

LENGUA-LINGÜÍSTICA-COMUNICACIÓN

Los fundamentos lógicos de la semiótica y su práctica

Juan Angel Magariños de Morentin



EDICIAL

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

¿QUÉ CONOCIMIENTO GARANTIZA LA SEMIÓTICA?

PRIMERA PARTE

FUNDAMENTOS LÓGICOS DE LA SEMIÓTICA

I. INTRODUCCIÓN

II. ESBOZO, PROGRESIVAMENTE FORMALIZADO, DE LOS FUNDAMENTOS LÓGICOS DE LA SEMIÓTICA

III. REFLEXIÓN PEIRCEANA

SEGUNDA PARTE

COMENTARIOS A “FUNDAMENTOS LÓGICOS DE LA SEMIÓTICA”

I. ENUNCIADOS SEMIÓTICOS PRODUCIDOS POR RAZONAMIENTO ABDUCTIVO

EN CONSIDERACIÓN ACRÓNICA

1. Formulación de enunciados definicionales

2. Forma

2.1. Desarrollo lógico

2.2. Interpretación

2.3. Práctica metodológica

3. *Valor*

3.1. *Desarrollo lógico*

3.2. *Interpretación*

3.3. *Práctica metodológica*

4. *Enunciados Operacionales: consideraciones generales*

5. *Relación de acronía*

5.1. *Desarrollo lógico*

5.2. *Interpretación*

5.3. *Práctica metodológica*

6. *Atribución*

6.1. *Desarrollo lógico*

6.2. *Interpretación*

6.3. *Práctica metodológica*

7. *Recurrencia en relación de acronía*

7.1. *Desarrollo lógico*

7.2. *Interpretación*

7.3. *Práctica metodológica*

TERCERA PARTE

NOTAS PARA NUEVOS COMENTARIOS

A “FUNDAMENTOS LÓGICOS DE LA SEMIÓTICA”

8. *Articulación Acrónica*

9. *Integración Acrónica*

10. *TS1: Identificación del Objeto Semiótico*

II. ENUNCIADOS SEMIÓTICOS PRODUCIDOS

POR RAZONAMIENTO DIALÉCTICO

EN CONSIDERACIÓN SINCRÓNICA

11. *Definiciones en etapa sincrónica*

12. *Sincronía*

13. *Sustitución*

14. *Recurrencia Sincrónica*

15. *Articulación Sincrónica*

16. *Integración Sincrónica*

17. *TS2: Semantización del Objeto Semiótico*

**III. ENUNCIADOS SEMIÓTICOS PRODUCIDOS
POR RAZONAMIENTO DIALÉCTICO
EN CONSIDERACIÓN DIACRÓNICA**

- 18. Definiciones en etapa diacrónica*
- 19. Diacronía*
- 20. Superación*
- 21. Recurrencia Diacrónica*
- 22. Articulación Diacrónica*
- 23. Integración Diacrónica*
- 24. TS3: Historicidad del Objeto Semiótico*

**CUARTA PARTE
ESBOZO SEMIÓTICO PARA UNA METODOLOGÍA
DE INVESTIGACIÓN EN CIENCIAS SOCIALES**

- I.*
- II.*
- III.*
- IV.*

COMENTARIOS

**QUINTA PARTE
LA SEMIÓTICA DE ENUNCIADOS**

INTRODUCCIÓN

I. PROLEGÓMENOS

- 1. Los Enunciados (E)*
- 2. Los Conjuntos de Enunciados (CE)*
- 3. Las Redes de Enunciados (RE)*

**II. LA CONSTRUCCIÓN DE ENUNCIADOS (E), CONJUNTOS
DE ENUNCIADOS (CE) Y REDES DE ENUNCIADOS (RE)**

- 4. Introducción*
- 5. Reglas básicas para la construcción de E y CE*
- 6. Comentarios a las reglas precedentes*
- 7. Reglas complementarias para la construcción
de redes de enunciados (RE)*

III. LA CONSTRUCCIÓN DE HIPER-REDES DE ENUNCIADOS

8. *Sobre una determinada secuencia textual:*

Hiper-Redes Secuenciales (HRS)

9. *Sobre un conjunto de segmentos textuales, con un lexema común:*

Hiper-Redes Contrastantes (HRC)

SEXTA PARTE

ANÁLISIS SEMIÓTICO DEL DISCURSO POLÍTICO

PRESENTACIÓN

I. INTRODUCCIÓN GENERAL

1. *Lo ideológico en una investigación sobre las ideologías*

2. *¿Qué es “lo político” en el discurso político?*

3. *Decisiones metodológicas*

II. EL DESARROLLO DE LA INVESTIGACIÓN

4. *Primer acotamiento del corpus*

5. *Tratamiento informático (inicial) del corpus seleccionado*

SÉPTIMA PARTE

LOS MUNDOS SEMIÓTICOS POSIBLES

LOS MUNDOS SEMIÓTICOS POSIBLES

EN LA INVESTIGACIÓN SOCIAL

I. INTRODUCCIÓN

II. HACIA UN PRINCIPIO DE FORMALIZACIÓN DE LOS MSPs

1. *Caracterización general de la forma lógica*

de un sistema de mundos semióticos posibles

2. *Operaciones sintácticas elementales y necesarias*

para la formación de conjuntos de modelos pertenecientes

a un sistema de mundos semióticos posibles

3. *Operaciones semánticas elementales y necesarias*

para la interpretación de conjuntos de modelos pertenecientes

a un sistema de mundos semióticos posibles

LOS MUNDOS SEMIÓTICOS POSIBLES
Y EL ESPACIO IMPOSIBLE

I. INTRODUCCIÓN

II. LAS FORMAS DEL ESPACIO

- 1. El espacio como proyección*
- 2. El espacio como representación*
- 3. Los MSPs como organizadores del conocimiento del espacio*
- 4. Las formas del espacio y sus transformaciones*
- 5. Las formas del “topos”*

BIBLIOGRAFÍA GENERAL CITADA

**LOS FUNDAMENTOS LÓGICOS
DE LA SEMIÓTICA
Y SU PRÁCTICA**

Edición impresa

© EDICIAL S.A., 1996

Rivadavia 739 - Buenos Aires

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN: 950-506-258-3

PRIMERA EDICIÓN

Edición digital

© EDICIAL S.A., 2002

Rivadavia 739 - Buenos Aires

© LIBRONAUTA, 2002

Perú 267 - Buenos Aires

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN:

Reservados todos los derechos.

Queda rigurosamente prohibida sin la autorización por escrito de Edicial S. A. y Libronauta Argentina S. A., la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

JUAN A. MAGARIÑOS DE MORENTIN

**LOS FUNDAMENTOS LÓGICOS
DE LA SEMIÓTICA
Y SU PRÁCTICA**

EDICIAL

*A mi madre,
en homenaje a su labor semiótica,
educándome*

INTRODUCCIÓN

¿QUÉ CONOCIMIENTO GARANTIZA LA SEMIÓTICA?

I.

Considerar a la semiótica como *un proceso cognitivo riguroso y eficaz* no es, en modo alguno, una actitud pacífica. Las tres calificaciones, tomadas por separado o en forma conjunta: ser cognitivo, ser riguroso y ser eficaz, son motivo de controversia. Esto, sin entrar a considerar otras características de tal proceso, como el carácter innato o cultural (o la porción de uno u otro) que se atribuye a su origen. O, incluso, esta caracterización procesual de la semiótica, frente a la alternativa de considerarla una actuación en paralelo o un acto de comprensión holístico.

Entrar en este debate sería, al menos, inoportuno en esta ocasión y, en el mejor de los casos, sólo lograría desplegar, descriptivamente, una multitud de posiciones que ni siquiera agotarían los matices que les confieren a estos problemas los numerosos estudiosos que las han abordado.

Lo que me propongo es asumir una posición determinada, explorar las consecuencias a las que conduce y discutir los límites de su aceptabilidad. La posición que asumo es la que, a título de posibilidad, formulé inicialmente: *la semiótica es un proceso cognitivo riguroso y eficaz*.

Pero, esta afirmación es necesario que vaya acompañada de otra que también se formula a título de posición asumida, de la que se discutirán igualmente sus límites y su eficacia: *la semiótica es una facultad humana* (y no una

institución humana, como Martinet 1972:13, prefiere considerar al lenguaje, aunque el ejercicio histórico de la semiótica haya institucionalizado muchos de sus aspectos). Como muy elemental aclaración a esto, digo que afirmarla como humana no la excluye (tomando en cuenta determinadas variantes específicas) del resto de lo orgánico; y afirmarla como facultad no elimina, ni siquiera reduce, el papel que en su actuación cumple la sociedad; simplemente se afirma que el hombre la posee y la ejerce como instrumento cognitivo para la comprensión del mundo.

Es necesario advertir que, en este trabajo, se utiliza el término “semiótica” en tres acepciones diferentes: como *práctica intuitiva*, como *teoría* y como *práctica profesional*. En el primer sentido, el de la *práctica intuitiva* que involucra a todo ser humano, el hombre usa espontánea e, incluso, inconscientemente a la semiótica, aunque ignore su existencia. En el segundo sentido, el de la *teoría semiótica* que viene involucrando a los pensadores occidentales al menos desde los estoicos, el hombre reflexiona acerca de su comportamiento semiótico, tanto intuitivo como profesional. En el tercero, el de la *práctica profesional*, el hombre utiliza los conocimientos adquiridos mediante sus reflexiones acerca de su comportamiento semiótico para intervenir consciente y eficazmente en la tarea de atribuirle significado al mundo. Esta perspectiva sólo involucra a determinados especialistas y los involucra, a su vez, desde dos perspectivas: como *práctica profesional analítica* que estudia los comportamientos individuales y sociales comprometidos en la producción e interpretación *históricas* del significado *atribuido* a entidades correspondientes al mundo de determinada sociedad; y como *práctica profesional productiva* que estudia los comportamientos individuales y sociales comprometidos en la producción e interpretación *prospectivas* del significado *atribuible* a entidades correspondientes al mundo de determinada sociedad.

Pero, en principio, pese a la proliferación terminológica en torno de “semiótica” (y su equivalente inglés “semiotics” y francés “sémiologie”; ver T. A. Sebeok, 1976:47-58) no se dispone de una terminología precisa, económica y diferencial con la que designar los espacios propios de una práctica intuitiva, de una reflexión teórica y de una práctica profesional de la semiótica.

Tentativa y provisionalmente para este trabajo, siguiendo la séptima de las reglas que se autoprescribe Ch. S. Peirce, relativas a una *Ética de la Terminología* (1965:2.226), voy a hablar de “SEMIOSIS” para referirme a los eventuales íconos, índices y símbolos que exclusiva o conjuntamente contribuyen a la construcción del texto semiótico, como su materia prima. Utilizaré el término “SEMIOTIZACIÓN” para designar a la práctica intuitiva y la expresión

“SEMIÓTICA APLICADA” para referirme a la práctica profesional, diferenciando, a su vez, entre una “semiótica aplicada al análisis” y una “semiótica aplicada a la producción”, y reservaré el termino “SEMIÓTICA” para referirme a la disciplina teórica que estudia esas prácticas (o sea, que estudia la semiotización y las dos formas de la semiótica aplicada). Complementariamente, para designar al resultado de esas prácticas intuitiva y/o profesional (analítica o de producción) utilizaré la expresión “TEXTO SEMIÓTICO”. Quizá se comprenda ahora el alcance de haber afirmado que *la SEMIÓTICA es un proceso cognitivo riguroso y eficaz*; supone afirmar que existe una ciencia que, rigurosa y eficazmente, da cuenta de y se aplica a dichas prácticas.

El tema de la eventual calidad científica de la semiótica se vincula, desde su perspectiva más general, con el problema de *si las ciencias sociales son o no realmente ciencias*. También en esto, voy a proponer algunos puntos de partida que se integran en el problema principal acerca de la clase o tipo de conocimiento que garantiza¹ la semiótica y que, por tanto, se mantendrán presentes a lo largo de este trabajo.

1. El concepto tradicional de la ciencia (pensado desde las disciplinas que se admiten indiscutiblemente como científicas: la física, la química, la astronomía, etc.) ha reducido, durante las últimas décadas, respecto de las propuestas que considera *verdaderas*, sus expectativas de validez universal. O sea, la verdad científica se ve afectada por un cierto *relativismo objetivo*.

2. Las *humanidades*, o sea el estudio de los fenómenos sociales y de su significado, se van separando progresivamente tanto del ámbito de la literatura como del de la metafísica, donde la mayoría de lo que se dice es intuitivo, subjetivo e indemostrable, pero *comprensible*. En la actualidad, tienden a aproximarse, cada vez más, a la formulación de conclusiones *rigurosas* o, al menos, *plausibles* (Gardin, 1987) que, en determinados contextos históricos y sociales fuertemente acotados, pueden considerarse *válidas* o sea, *con eficacia explicativa y predictiva para intervenir de determinada manera en determinado momento de ese concreto contexto social, provocando determinada transformación deseada*. Así, las humanidades se hacen cada vez más rigurosas y eficaces y, por tanto, tras haber incorporado la observación acerca del relativismo que mencioné en el punto anterior, más científicas.

3. En consecuencia, el concepto moderno de ciencia y el concepto moderno de humanidades van estando cada vez más cerca. La ciencia debilita sus

pretensiones y las humanidades incrementan sus exigencias. Este es el punto de confluencia donde puede hablarse de *la existencia de las ciencias sociales*.

4. Lo que se requiere, a continuación, es poder acreditar el derecho de la semiótica a ocupar un lugar en el universo de las ciencias sociales y a desempeñar una función dinámica en el proceso de aproximación entre las humanidades y las ciencias. La pregunta sobre el eventual carácter riguroso y eficaz tanto del conocimiento acerca de la semiotización, como del conocimiento puesto en funcionamiento en las tareas específicas de la semiótica aplicada, puede comenzar por tratar de responder afirmativamente a otra pregunta previa: *¿existe algún espacio en las ciencias sociales que estudie (o permita estudiar en el futuro) a la semiosis, a la semiotización y/o a la semiótica aplicada como su objeto de conocimiento?*; tal espacio sería el de la semiótica en cuanto ciencia social. Por la información que poseo, ni la semiotización intuitiva, ni la semiótica aplicada (con estos u otros nombres que designen la práctica específica de atribuirle significado al mundo) han sido incluidas, hasta el presente, en ninguna área rigurosa de estudio. Su presencia fuerte pero implícita, en especial en trabajos vinculados a las ciencias o investigaciones cognitivas (Cunningham, 1993:71), revela más un ocultamiento de la posible sistematicidad del conocimiento en cuestión, que una constitución teórica consistente. Independientemente de figurar en los currícula de algunas carreras universitarias del área de las “ciencias de la comunicación”, de las llamadas “licenciaturas en letras”, de algunas facultades de “Bellas Artes” y en las facultades de medicina (con la denominación de “semiología clínica” y con un contenido muy específico, que quizá pudiera tomarse como ejemplar de lo que puede considerarse como “semiótica aplicada”), el desarrollo de estos temas se ubica preferentemente en espacios más o menos próximos al polo de la creatividad, donde lo intuitivo y lo subjetivo predominarían sobre lo explicativo y racional. Parecería que la eficacia de la práctica de la semiótica no puede garantizarse, sino sólo aventurarse, consistiendo fundamentalmente en un conocimiento especulativo, al menos tal como está planteado actualmente su estudio, lo que, por tanto, no permitiría la inclusión de la semiótica entre las ciencias sociales.

5. Con independencia de la responsabilidad que nos quepa a los estudiosos y profesionales de la semiótica, en el sentido de no haber sabido inspirar la confianza necesaria para obtener su reconocimiento como ciencia social (suponiendo que tal haya sido o sea todavía un objetivo deseable), existe un equívoco que es necesario eliminar desde el principio. Desde la perspectiva de la semiótica, *los fenómenos sociales no se crean científicamente,² pero puede estudiarse rigurosamente el proceso de su creación*, suponiendo esto último la posibilidad de dar respuestas que expliquen por qué ha sido posible

la aparición, en determinado ámbito social, de determinado fenómeno social, por qué se lo interpreta de modo diferente a como lo hacían las interpretaciones precedentes y cuál ha sido el efecto de determinada interpretación en determinada sociedad (en sus formas de vida, de pensamiento o de acción), siendo éste el objeto de conocimiento de *la semiótica aplicada al análisis*.

6. También es necesario aclarar que los efectos y resultados de la semiótica aplicada, en cuanto producción, no son el resultado (al menos, no exclusivamente) de un acto creativo. Parto del supuesto de que *la semiótica aplicada a la producción es un discurso técnico* que utiliza racionalmente elementos originalmente intuitivos para obtener una eficacia específica. La respuesta a la pregunta inicial de este trabajo, dentro de esta afirmación, se concreta en la posibilidad de garantizar, en su totalidad o en alguna medida, esa eficacia específica de *la semiótica aplicada a la producción*.

7. Para proyectar el desarrollo de un estudio riguroso de la semiotización y de la semiosis, que dé lugar a una semiótica incluíble entre las ciencias sociales y que, en consecuencia, permita, a través de las semióticas aplicadas, analítica y productiva, que de ella dependen, garantizar la eficacia de su intervención en la sociedad, es necesario identificar adecuadamente *en qué consiste esa intervención y qué clase de eficacia se pretende*.

8. *La semiótica aplicada al análisis* interviene en determinado segmento del universo de las significaciones efectivamente vigentes en determinado sector de la sociedad, proponiendo, respecto del segmento seleccionado, un *discurso explicativo* acerca de los componentes y las relaciones que han participado, históricamente, en el proceso de atribución de determinada significación a determinado fenómeno, el cual, por la eficacia, histórica, de ese proceso de atribución, se constituyó en social. O sea, la semiótica aplicada al análisis propone un discurso tal que, utilizando determinadas operaciones analíticas unívocamente definidas e inequívocamente aplicables, es eficaz para establecer la existencia y las cualidades del significado históricamente atribuido a determinada entidad, idea o comportamiento; o la inexistencia del significado supuesto y la identificación, a través de la detección de otras cualidades alternativas, de otro u otros significados históricamente posibles. En definitiva, *la semiótica aplicada al análisis interviene y es eficaz para reconstruir el proceso de atribución de significado que dio existencia social a un fenómeno*.

9. *La semiótica aplicada a la producción* interviene en determinado segmento del discurso social efectivamente vigente en determinado sector de la sociedad proponiendo, en ese ámbito, una *comunicación discursiva* acerca de

determinado fenómeno, para que, en la medida en que tal discurso se comparta en el interior del ámbito social seleccionado, dicho fenómeno se constituya en social (o modifique los caracteres sociales que ya poseía), por haber logrado que haya sido interpretado según las propuestas de tal comunicación discursiva. O sea, la semiótica aplicada a la producción propone un discurso tal que, a partir de las características de determinada o determinadas semiosis, es eficaz para atribuir determinada significación a determinado fenómeno. En definitiva, *la semiótica aplicada a la producción interviene y es eficaz para proponer la construcción del significado que, caso de ser aceptado, dará a determinado fenómeno la existencia social deseada por el productor del discurso.*

10. En uno y otro caso, la eficacia de esas intervenciones consistirá en que los integrantes de determinado sector de la sociedad acepten la existencia, cualidades y conveniencia del significado, histórico o prospectivo, de esa determinada entidad, idea o comportamiento, tal como está propuesto en el correspondiente discurso. No está en juego, por tanto, la verdad del discurso semiótico ni la verdad de la significación del fenómeno, sino *su aceptabilidad.*

11. La garantía acerca de la eficacia de esas intervenciones, al igual que la garantía de toda propuesta científica, dependerá de que pueda *pronosticarse, antes de intervenir en la sociedad*, que determinada forma de intervención es la más adecuada para producir determinado resultado.

12. El tema de la *garantía* se platea, por tanto, exclusivamente con respecto a la *confiabilidad* en el resultado de la semiótica aplicada ya bien al análisis, ya bien a la producción. Su discusión es, pues, pertinente, exclusivamente, en relación con la *práctica profesional de la semiótica*. Se contrapone al tratamiento del tema de la justificación en relación con la estructura teórica de la semiótica.

13. Obtener esa garantía requiere haber seguido, en la elaboración del discurso semiótico aplicado a la producción y/o en la elaboración del discurso semiótico aplicado al análisis, *determinadas pautas, reglas y operaciones* que conduzcan a la obtención de la eficacia que se pretende. O sea, requiere disponer de una metodología rigurosa y adecuada que sólo podrá ser tal en la medida en que: (1) provenga de una teoría semiótica consistente y (2) dé cuenta de las múltiples interpretaciones sociales aplicables a cualquier fenómeno.

14. Para ello, la semiótica deberá, al menos, poder garantizar la verdad de sus afirmaciones acerca de: 1/ *cómo*, en determinado momento de determinada comunidad, *se construyen los conceptos posibles* en ese momento de esa

comunidad (y *cuáles* sean estos); 2/ *cómo*, en determinado momento de determinada comunidad, *adquiere significado determinado fenómeno* (y *cuál* sea éste significado); y 3/ *cómo cambia*, en determinada sociedad, *la vigencia de determinados significados* (y *cuál* sea ese cambio).

15. El punto 1/ requiere disponer de una explicación plausible y adecuada (pero no universal ni definitiva) acerca de *la relación entre mente, lenguaje y mundo*; el punto 2/ lo mismo acerca de *la relación entre percepción e interpretación*; y el punto 3/ lo mismo acerca de *la relación entre estado de cosas e historia*.

16. Caso de que satisfaga estos tres requerimientos, podrá afirmarse que *la semiótica es una ciencia social*.

17. Caso de que satisfaga aquellas tres garantías, podrá afirmarse que la semiótica aplicada (al análisis o a la producción) constituye *la metodología de base* para el reconocimiento o la producción del significado de los fenómenos acerca de los cuales tratan las restantes ciencias sociales.

En lo que sigue, esbozaré, nocionalmente, cómo cumple o puede llegar a cumplir la semiótica con estas garantías.

II.

El ámbito específico para el tratamiento de la eventual garantía que pueda reclamársele al conocimiento semiótico es, por consiguiente, el de la práctica profesional de la semiótica, tanto en su aspecto analítico como productivo. La importancia del tema consiste en poder ofrecer una respuesta razonada a la más directa de las preguntas que puede llegar a plantearse a un semiólogo: *¿para qué sirve la semiótica?*

La respuesta que anticipé al final de la parte anterior (13.(2)) requiere que la semiótica “*dé cuenta de las múltiples interpretaciones sociales aplicables a cualquier fenómeno*”, con lo que pretendo formular en términos y operaciones observables lo que suele expresarse, metafísicamente, como “explicar el significado concreto de cualquier fenómeno”.

Semióticamente, por “*fenómeno*” se entiende *toda configuración resultante de cualquier aplicación (intuitiva o profesional) de la facultad de semiosis*. Esto elimina la posibilidad de una primera interpretación de algún fenómeno, el cual por el hecho de preceder a su interpretación sería natural; to-

do fenómeno es ya social en cuanto ya está interpretado (Magariños de Morentin y col., 1991:6, 19) o sea, en cuanto todo ya es signo (Peirce, 1965:2.231).

Complementando la aproximación inicial, puedo decir que, en este trabajo, se entiende por “facultad de semiosis” a una operación mental que se aplica identificando formas y asociándolas de modo tal que constituyan conjuntos diferenciables de otros conjuntos, constituidos mediante la intervención de esa misma facultad de semiosis sobre otras formas o asociándolas de otros modos. Cada uno de estos conjuntos son configuraciones proyectables (Jackendoff, 1983:29) y designables. *Mediante la proyección* es posible identificar referentes y experimentar asociaciones diferentes que, mediante una sintaxis simbólica (en sustitución de la sintaxis indicial que le sería pertinente), den lugar a la posibilidad de nuevas proyecciones. *Mediante la designación* es posible asignarles nombres y experimentar asociaciones diferentes que, mediante una sintaxis indicial (en sustitución de la sintaxis simbólica que le sería pertinente), den lugar a la posibilidad de nuevas designaciones³ (lo que Jackendoff estudia como la creación de tipos a partir de agrupaciones originales de ejemplares, *Ibidem*: 100 ss).

La explicación de un significado requiere, por tanto, identificar las proyecciones-designaciones que se han utilizado como materia prima semiótica y las reglas de combinatoria por contextualización de esas proyecciones-designaciones; tales son las entidades y reglas de las que proviene el significado en estudio. Si las proyecciones-designaciones preexisten y también preexisten las reglas que las combinan, el problema (que será analítico) consistirá en obtener una representación teóricamente bien fundada y adecuada de la coexistencia de unas y otras. Si las proyecciones-designaciones preexisten, pero no así las reglas que pueden llegar a combinarlas, el problema (que será de producción) se centra en identificar las reglas que las combinan; si fuere a la inversa o sea, si se dispone de las reglas pero no de las proyecciones-designaciones, el problema (que también será de producción) consistirá en identificar las entidades que pueden combinarse mediante tales reglas. En definitiva, si unas u otras o ambas no existen, habrá que producir aquella o aquellas de las que se carezca. O sea, para la práctica semiótica aplicada al análisis, tanto las proyecciones-designaciones como las reglas que las combinan preexisten; el analista deberá identificarlas en los textos semióticos que las han producido históricamente. Para la práctica semiótica aplicada a la producción, no preexisten las proyecciones-designaciones ni/o las reglas que podrían combinarlas, sino que hay que producir unas u otras o ambas, para que determinada significación llegue a estar socialmente disponible.

Para una comprensión eficaz de este esquema de explicación de la significación, resulta conveniente establecer algunas definiciones explícitas.

1/ Se entiende por **“proyecciones-designaciones”** las configuraciones identificables en el mundo de la experiencia perceptual y los nombres identificables en el mundo de la experiencia simbólica (cualquiera sea la categoría gramatical que les corresponda); estas configuraciones y estos nombres aparecen vinculados de determinada y diferente manera en diferentes momentos históricos de un mismo o de diferentes grupos sociales.

En el contexto de esta definición: a) se entiende por **“configuraciones”** determinadas formas asociadas de manera determinada y aceptable en determinado momento de determinada sociedad; b) se entiende por **“mundo de la experiencia perceptual”** todo aquello de lo que tienen conciencia los integrantes de determinada sociedad en determinado momento histórico; c) se entiende por **“nombres”** (cualquiera sea la categoría gramatical que les corresponda) determinadas formas convencionalmente disponibles en determinado momento de determinada sociedad; d) se entiende por **“mundo de la experiencia simbólica”** todo aquello que sólo está disponible para los integrantes de determinada sociedad en determinado momento histórico, mediante un proceso de aprendizaje; e) se entiende por **“forma de vinculación entre estos nombres y aquellas configuraciones”**, aquella forma que responde a reglas convencionalmente disponibles en determinado momento de determinada sociedad. En el contexto del inciso b), se entiende por **“tener conciencia”** de algo, el hecho de estar capacitado para representarlo (aun cuando se carezca, contingentemente, de los instrumentos para realizar dicha representación o del conocimiento necesario para la utilización de tales instrumentos). En el contexto del inciso d) se entiende por **“estar sólo disponible... mediante un proceso de aprendizaje”** todo aquello para disponer de lo cual o para saber utilizarlo se requiere de un contexto social. Por brevedad, no incluyo otros niveles de definición explícita (posibles y eventualmente necesarios para una comprensión plena) respecto de los restantes términos pertenecientes al contexto de esta definición explícita.

2/ Se entiende por **“reglas de combinatoria por contextualización”** las exigencias sintácticas según las cuales, en determinado momento histórico de determinada sociedad, se forman expresiones complejas a partir de aquellas proyecciones-designaciones, tales que, siendo distintas las requeridas para formar expresiones complejas utilizando proyecciones respecto de las que se requieren utilizando designaciones, no obstante, se utilizan las segundas

para dar cuenta de las primeras y se perciben las primeras según lo permiten las segundas.

En el contexto de esta definición, las frases en las que se enuncia que “se utilizan las segundas para dar cuenta de las primeras y se perciben las primeras según lo permiten las segundas” constituye una definición explícita de “*relación semántica*”, pudiendo, en adelante, utilizarse esta última expresión con el significado que le atribuyen aquellas frases. En ningún momento se utilizará, aquí, el término “semántica” para dar cuenta de ningún tipo de cualidad inherente a un término, expresión o enunciado, sino como la cualidad resultante de una relación contrastativa (del tipo que acaba de definirse) entre, al menos, dos términos, dos expresiones o dos enunciados o, en general, dos contextos de la dimensión por la que opte el semantizador, en cuanto textos semióticos contruidos con la misma o con diversa materia prima semiótica (íconos, índices, símbolos).

III.

En lo que antecede se vislumbra una gran interdependencia (pero no sinonimia) entre los términos “*significado*” e “*interpretación*”. Si se acepta que la interpretación es la operación concretamente realizada o realizable por los concretos componentes de una determinada sociedad en un determinado momento, mediante la que se materializa esa pura virtualidad que es el significado, resulta admisible la posibilidad de garantizar la tarea de la semiótica aplicada (analítica o productivamente) que realiza el semiólogo. Esta tarea consiste, desde una primera aproximación, según anticipé, en “explicar el significado concreto de cualquier fenómeno”, lo cual, así formulado, si bien puede afirmarse como remisión tautológica respecto de un determinado sistema hermenéutico, difícilmente puede garantizarse; pero la tarea de la semiótica aplicada también puede consistir, dicho menos metafísicamente, en “dar cuenta de las múltiples interpretaciones sociales aplicables a cualquier fenómeno”, lo que permite, al menos, un principio de garantía, ya que es falsable, en cuanto, o bien fracasa la pretensión de afirmar la efectiva vigencia social de las interpretaciones que se atribuyen al fenómeno en estudio, o bien se estabiliza como una línea de acción controlada por el éxito (Habermas, 1973b:232).

Desde esta perspectiva, *la práctica semiótica puede garantizar sus afirmaciones acerca de cómo en determinado momento de determinada comuni-*

dad, se construyen los conceptos posibles en ese momento de esa comunidad y cuáles sean éstos.

Los *conceptos posibles* son aquellos que pueden enunciarse en los discursos que circulan en ese momento de esa sociedad. *Hay conceptos imposibles* que son aquellos para cuya enunciación no se dispone de las proyecciones-designaciones que podrían enunciarlos en los discursos vigentes. Los conceptos imposibles son también inimaginables, ya que lo imaginable es enunciable.

Los *conceptos posibles* se construyen utilizando las posibilidades sintácticas disponibles en determinado momento de una sociedad. *Hay conceptos imposibles* que son aquellos para cuya construcción no se dispone de las reglas de combinatoria por contextualización. Los conceptos imposibles son también irrealizables, ya que lo realizable es contextualizable.

En consecuencia, *son posibles todos aquellos conceptos que se construyen con la materia prima semiótica disponible y según las reglas combinatorias disponibles* (directas o por transposición metafórica entre distintas semiosis, tal como está siendo estudiado en las investigaciones cognitivas; entre otros, Lakoff 1987, Danesi 1990). Desde el punto de vista de *la semiótica aplicada al análisis*, la afirmación de un semiólogo acerca de con qué materia prima semiótica y según qué reglas combinatorias se ha construido un concepto es garantizable ya que puede negarse la existencia de esa materia prima semiótica o la disponibilidad de esas reglas combinatorias en determinado momento de determinada sociedad. El concepto de cuya producción da cuenta el semiólogo no puede no existir (ser imposible), ya que el propio discurso del semiólogo que lo enuncia prueba su existencia; pero podría ser otro distinto de aquel que estaba en estudio; esto puede probarse, ya que el concepto se construye al enunciarse y la enunciación del semiólogo no construiría al concepto en estudio, con lo que *queda garantizada la posibilidad de verdad* del enunciado del semiólogo. Un caso extremo consistiría en que el enunciado del semiólogo fuese una tautología, no aportando nada nuevo a la propia enunciación del concepto; la tautología no elimina la verdad del enunciado en el que se produce, si bien no es una verdad interesante en las ciencias sociales.

Desde el punto de vista de *la semiótica aplicada a la producción* la afirmación de un semiólogo acerca de con qué semiosis o materia prima semiótica y según qué reglas combinatorias puede construirse un concepto permite el mismo desarrollo crítico del párrafo anterior, teniendo en cuenta que, aquí, la eficacia que se pretende garantizar se refiere a que sea uno determinado y no otro o cualquiera el concepto que se construye y, además, que el discurso

mediante el que se propone la construcción de tal concepto va a ser interpretado por la sociedad a la que se dirige dicho discurso de modo tal que sea éste y no otro o ninguno el concepto interpretable. O sea, el tema consiste en garantizar que se produzca un concepto, se interprete uno y, comunicacionalmente, que exista un intercambio convencionalmente válido entre el que se produce y el que se interpreta. La semiótica puede afirmar que, si el discurso que construye al concepto y el universo de discursos disponibles para interpretar aquel discurso pertenecen a un conjunto homogéneo (un mismo “mundo semiótico posible”⁴), el concepto producido y el interpretado serán sintáctica y semánticamente, al menos, semejantes. La identidad entre ambos conceptos sólo puede darse cuando el discurso que produce a uno es el mismo y el único de que dispone el intérprete; de nuevo es el caso de la tautología, por lo que la identidad conceptual, salvo en casos límites (ciencia, creencia, órdenes; que requieren la reproducción del mismo discurso desde la producción y desde la interpretación), no es de interés en las ciencias sociales.

La práctica semiótica puede, asimismo, garantizar sus afirmaciones acerca de cómo, en determinado momento de determinada comunidad, adquiere significado determinado fenómeno (y cuál sea este significado).

El problema acerca del *significado de determinado fenómeno*, se ha desplazado, con cuanto antecede, hacia el de *la interpretación* que ese determinado fenómeno recibe en un momento determinado de determinada comunidad. No hay fenómeno sin interpretación, ni hay nada más allá de determinada interpretación (o del conjunto de interpretaciones contemporáneamente vigentes) salvo otras ya agotadas (históricas) o posibles (futuras) interpretaciones y esto puede afirmarse por definición ya que, al ser el “fenómeno” lo que emerge y se hace perceptible e identificable, ello ocurre por el hecho de ser enunciable a partir de alguna de las materias primas semióticas disponibles en ese momento de esa comunidad. O sea que es fenómeno en la medida en que ha sido enunciado y, al ser enunciado, queda interpretado por esa misma enunciación. Con esto se aproxima (sin proponerlos como sinónimos) el fenómeno al referente, ya que este término designa al fenómeno construido desde un enunciado.

O sea, se han ido produciendo ciertos desplazamientos que permiten ubicar con mayor precisión la tarea de las ciencias sociales y, dentro de ellas, la tarea de una metodología semiótica o semiótica aplicada. En vez de utilizar el término “significado”, se utiliza el término “interpretación”; y en vez de utilizar el término “fenómeno” se utiliza el término “referente”. Esto no es un mero cambio de designaciones, sino que implica una modificación en el ob-

jetivo de la investigación científica en las ciencias sociales; no se trata de estudiar *el significado de un fenómeno*, sino de estudiar *la interpretación de un referente* (tanto las interpretaciones cuyo resultado fue su identificación como tal referente, como las interpretaciones posteriores que la sociedad va atribuyéndole a ese referente).

En este campo, *la semiótica aplicada al análisis* puede garantizar que su tarea de identificar los discursos mediante los que se interpreta de determinada manera a un fenómeno que, a su vez y por intermedio de tales discursos, queda disponible socialmente como referente, *es posible que sea verdadera y adecuada*. El análisis puede mostrar que las relaciones contenidas en tales discursos dan lugar a una interpretación que ha sido aceptada por la sociedad (o por determinado sector social) para constituir a ese fenómeno como el referente que dicha sociedad acepta; o bien, las relaciones que el análisis muestra no son las que dan lugar a dicha interpretación, lo cual es comprobable por contrastación con los discursos que efectivamente están vigentes de dicha sociedad acerca de dicho referente.

En lo que respecta a *la semiótica aplicada a la producción*, ésta puede garantizar que los discursos que propone, si son aceptados por la comunidad (y tiene efectivamente, como ya indiqué en el caso de la construcción de los conceptos, los medios para intentar tal aceptación), son eficaces para la construcción de determinado referente o, lo que equivale, para que determinado fenómeno quede interpretado de determinada manera. La validación de esta garantía se produce por el efectivo uso social del discurso propuesto por el semiólogo para la interpretación de tal fenómeno/referente.

En cualquiera de ambos casos (análisis o producción) el fenómeno sobre el que recae la interpretación no es natural ni primitivo (en cuanto no-modificado), sino ya social, puesto que tiene la historia de sus precedentes estados como otro referente distinto al actual, siendo sobre estos otros referentes (o sobre el último) sobre los que recae la interpretación modificadora. Lo que vengo diciendo en estos últimos párrafos implica que *dar significado a un fenómeno* consiste en proponer que *un determinado referente se transforme en otro determinado referente* y ello por *la eficacia de determinados discursos que circulan en un momento dado de una sociedad dada proponiendo interpretaciones distintas (superadoras) de las que históricamente se consideraban adecuadas*. Esta es la respuesta a la tercera hipotética garantía que puede proporcionar la semiótica acerca de *cómo cambia, en determinada sociedad, la vigencia de determinados significados (y cuál sea ese cambio)*. El significado de un fenómeno, o sea la interpretación de un referente, cambia, en

una sociedad, cuando cambia el referente que había sido construido con interpretaciones precedentes. Estas interpretaciones, efectivamente históricas, se han opacado y, en vez de construir referente alguno, se muestran a sí mismas como los instrumentos, actualmente inoperantes, mediante los que alguna vez se construyó un referente. Tentativamente, al par *uso-mención* se está incorporando un tercer término: *la eficacia*. O sea, un concepto, una expresión o un discurso puede, aun en los casos en que se lo use, no ser eficaz, en el sentido de no ser aceptado como interpretación posible por la sociedad. La interpretación estereotipada, usada pero no eficaz, establece, socialmente, la posibilidad de generar nuevos discursos, los que se realizarán en virtud de la capacidad social espontánea de semiotización o en virtud de aceptar la nueva interpretación propuesta por el semiólogo.

NOTAS

1. El tema de la **garantía** no ha sido objeto de frecuentes ni de extensos desarrollos; para Habermas (1973a: 170) es un problema ideológico y no de la teoría de la ciencia, en la medida en que garantizar o dejar de garantizar el éxito esperado depende del hábito vinculado a convicciones fijadas precientíficamente; refiriéndola a la argumentación, Ducrot (1988: 73) retoma el concepto de los “garantes” de Toulmin; en la reflexión epistemológica el problema se descentra hacia la lógica de la justificación (Plantinga, 1987) o hacia las condiciones que hacen válida a la predicción (Schuster, 1982). La importancia de la garantía se vincula, en la ciencia aplicada, al resultado del trabajo de investigación.
2. ¿Cuál es el límite efectivo de las fuertes componentes éticas de esta negación? ¿Acaso una parte de los significados sociales no son producto de algún tipo de estrategia discursiva, sea de tipo ético, estético o científico, y resultado de una dura competitividad en el marketing de los discursos?
3. La operación de sustitución, que aquí se alude, la desarrollo detalladamente más adelante (p. 40).
4. El concepto de “mundo semiótico posible” es una adecuación, al ámbito de las ciencias sociales, del concepto específico de la lógica modal conocido como “mundos posibles”, destinado a dar cuenta de la semántica de sus proposiciones, en especial de las denominadas “actitudes proposicionales”. Como aplicación de este concepto a las humanidades remito a los trabajos editados por Stury Allen (1989); su desarrollo como **mundos semióticos posibles**, lo esbozo más adelante (ps. 427 y ss.; también en 1990b; 1993a). Un antecedente importante, desde el punto de vista pragmático, se encuentra en las “**formaciones discursivas**” de Foucault (1969: 44 *passim*).

PRIMERA PARTE

FUNDAMENTOS LÓGICOS DE LA SEMIÓTICA

FUNDAMENTOS LÓGICOS DE LA SEMIÓTICA

SUMARIO

I. INTRODUCCIÓN

II. ESBOZO, PROGRESIVAMENTE FORMALIZADO, DE LOS FUNDAMENTOS LÓGICOS DE LA SEMIÓTICA

III. REFLEXIÓN PEIRCEANA

I. INTRODUCCIÓN

El presente trabajo concreta el intento de formular un conjunto de proposiciones elementales a partir de las cuales puedan derivarse aquellas *explicaciones que apetezcan validez semiótica* en el ámbito de las ciencias sociales.

Se entiende, provisionalmente, por “explicaciones con validez semiótica” al sistema de enunciados mediante los cuales se da cuenta de *cómo y por qué un determinado fenómeno adquiere, en una determinada sociedad y en un determinado momento histórico de tal sociedad, una determinada significación y cuál sea ésta.*

Desde esta perspectiva, la semiótica se puede plantear como un modo de hacer o sea como una *metodología de base* apta para estructurar adecuadamente las investigaciones cuyo objeto de conocimiento pueda incluirse en la problemática de la *representación*, en el específico sentido que le confiere M. Foucault: “la manera en que las empiricidades pueden darse a la representa-

ción”, entendida no sólo como “el campo mismo de las ciencias humanas”, sino como “la base general de esta forma de saber (...), su condición de posibilidad” (Foucault, 1966: 374-5). “El hombre (...) para las ciencias humanas (...) es ese ser vivo que, desde el interior de la vida (...) construye representaciones gracias a las cuales vive (...); es ese ser que, desde el interior de las formas de producción que dirigen su existencia, forma la representación de esas necesidades (...); es ese ser que, desde el interior del lenguaje por el que está rodeado, se representa, al hablar, el sentido de las palabras o de las proposiciones que enuncia” (*Ibid.*: 363-4).

Sin desconocer las peculiaridades de cada disciplina, la semiótica aporta a todas y a cualquiera de ellas una reflexión crítica acerca de cómo y por qué se produce la significación (jurídica, social, psicológica, arqueológica, pedagógica, comunicacional, etc.) de los correspondientes fenómenos. No pretende resolver (porque no es su finalidad) los específicos problemas que constituyen el objeto de conocimiento de cada una de ellas, sino que proporciona las pautas operacionales y procedurales para, a partir de la identificación general de tales problemas en cuanto relativos a la interpretación de dichos fenómenos, identificar sus componentes, organizar sus relaciones elementales y ubicarlos en el contexto social e histórico de donde procede su significación. La materia prima de los fenómenos sociales consiste en las distintas semiosis (la más habitual de las cuales es el habla, pero, evidentemente, no la única) que los interpreta (ya que son sociales en cuanto interpretados); por ello, el conocimiento de lo social es el conocimiento acerca de la superación histórica que afecta a las interpretaciones efectivamente vigentes en una determinada sociedad.

El desarrollo que a continuación se propone queda encuadrado en el ámbito de reflexión de una *semiótica dura*. Se trata de aquella que, desarrollando los conceptos fundacionales (en su modernidad) de Charles Sanders Peirce (1839-1914), así como los de Ferdinand de Saussure (1857-1913), sintetiza, tras la emergencia *abductiva* de un conocimiento intuitivo (para la formulación inicial de sus hipótesis y con la pretensión de constituirse en una lógica del descubrimiento científico), las elaboraciones de una lógica *deductiva* (para enunciar formalmente las operaciones cognitivas que se ponen en funcionamiento al producirse determinada significación y/o interpretación y para modelizar la representación del conocimiento así alcanzado, en el pertinente sistema informático, preferentemente experto), con los aportes de una lógica *dialéctica* (para encuadrar los contenidos concretos de cada significación/interpretación posible en determinada sociedad, en las semiosis sociales contradictorias efectivamente vigentes en determinado momento de esa sociedad y para explicar el proceso histórico de su superación).

La propuesta metodológica que aquí desarrollo (muy rudimentariamente) en su forma lógica, establece que, para explicar la producción, circulación social, interpretación y transformación de la significación:

a) es necesario *identificar* dos (al menos) sintaxis. En este primer momento metodológico, se reconstruirán, independientemente y atendiendo a cada una de ellas por separado, las respectivas reglas sintácticas, tanto de: i) la semiosis mediante la cual se enuncia el objeto semiótico o *semiosis sustituyente*, como de: ii) la semiosis a la que pertenece el propio objeto semiótico o *semiosis sustituida*. Esta etapa constituye lo que, haciendo centro en la operación de *atribución*, conduce al que aquí se denomina “teorema de la identificación del objeto semiótico” (TS1);

b) es necesario *relacionar* ambas semiosis (sintácticamente conocidas mediante el trabajo cumplido en la etapa precedente), de modo tal que se pueda constatar que, en un determinado momento y en una determinada sociedad, con una de tales semiosis (se afirma que, predominantemente, este papel lo cumple el lenguaje verbal, pero prefiero referirme, en sentido amplio, a las semiosis sustituyentes) se establecen las relaciones que le confieren un (al menos) significado posible en dicha sociedad al objeto semiótico en estudio, integrante de la otra semiosis (se afirma que, predominantemente, este papel lo cumple el mundo o la llamada “realidad”, pero prefiero referirme, en sentido amplio, a las semiosis sustituidas). Debo aclarar que el uso del término “sustitución” no implica limitar el proceso semiótico a alguna especie de mero reflejo o especularidad o representatividad; abarcará, según los casos, la eficacia constructiva que Foucault (1969: 11b ss.) le atribuye a los enunciados, la proyectiva que Jackendoff (1983: 26) atribuye a las estructuras conceptuales y la interrelación representacional que estudian algunos cognitivistas (Stenning and Oberlander, 1995: 100 ss); la sustitución es la más elemental de las operaciones que pueden realizarse utilizando signos para dar cuenta (o construir) otros signos; pero aún en esta elementalidad, acabará negando su propia eficacia y, así, generando un espacio vacío que será ocupado por otro u otros signos superadores de los que intervienen en tal sustitución; tampoco pretende excluir, ignorar o suplantarse las operaciones de interpretación y representación mediante las que se trasciende el dualismo saussureano y se incorpora la tríada peirceana indispensable para la consideración pragmática de la semiótica (Parret, 1983: 25ss), sino que las incluye, en cuanto designación a la que se atribuye una máxima generalidad lógica. Esta etapa constituye lo que, haciendo centro en la operación de *sustitución*, conduce al que aquí se denomina “teorema de la semantización del objeto semiótico” (TS2);

c) es necesario, finalmente, establecer *según qué específicas determinaciones históricas* cada una de las dos (al menos) semiosis que interactúan en la operación de sustitución (conocida ya su eficacia semántica mediante el trabajo cumplido en la etapa precedente) constituyen la superación de las contradicciones inherentes a las operaciones de sustitución que les precedieron y, a su vez, generan nuevas contradicciones que incluyen a la actualidad social de la significación en una dinámica histórica. Esta etapa es la que, haciendo centro en la operación de *superación*, conduce al que aquí se denomina “teorema de la historicidad del objeto semiótico” (TS3).

El supuesto metodológico básico del que se parte consiste, por tanto, en afirmar que, *para que “algo” signifique*, debe ser percibido en cuanto forma identificable de determinada semiosis y debe ser enunciado desde otra semiosis (incluida la alteridad de todo metalenguaje respecto de su lenguaje objeto) diferente de aquella a la que pertenece dicho “algo”. La mera percepción es necesaria pero insuficiente (a los efectos de iniciar el control crítico de alguna significación que le sea socialmente atribuible) sin el correspondiente “juicio perceptual” (Peirce: 5.115) que, utilizando como materia prima la episteme social disponible (las “formaciones discursivas” de Foucault, 1969: 44ss, retomadas y reelaboradas por la escuela del análisis del discurso francés: Pêcheux, 1969 y 1975; Marandin, 1979; Courtine, 1981, etc.), construya en el consciente cognitivo la representación de aquella percepción. La razón de esta insuficiencia se asienta sobre la contradicción inherente a toda semiosis y que constituye lo que puede denominarse “el dilema semiótico”: *es necesario que una semiosis (sustituyente) deje de ser lo que es “en sí”* (el juicio perceptual: un fenómeno de lengua) *para que otra semiosis (sustituida) sea, no lo que es “en sí”* (la percepción: un fenómeno sensorial), *sino aquello en lo que la primera la constituye* (el referente: un fenómeno semiótico y, en cuanto tal, significativo).

Esta contradicción, interna a toda construcción simbólica, es la que conduce al ineludible agotamiento histórico de toda semiosis sustituyente (o “lenguaje”) y de toda semiosis sustituida (o “mundo posible”) en cuanto producto (o “referente”) de la primera, exigiendo la emergencia de otras semiosis en las que se supere tal contradicción, pero que habrán de incurrir, ellas mismas, en nuevas contradicciones, lo que las hará impensables al margen de la historia.

El término “significación” se reserva, pues, para designar la relación diferencial que vincula a un determinado *objeto semiótico* con el resto del universo del conocimiento y con el conocimiento de su propia historia (Kripke,

hablando del “referente”, dice que “en general nuestra referencia depende, no de lo que nosotros mismos pensamos, sino de lo que piensan otras gentes en la comunidad, la historia de cómo el nombre ha llegado hasta uno y cosas semejantes”; 1980: 95). Dicha relación diferencial no es algo genérico e inespecífico sino que se encuentra materializada en la o las semiosis que la enuncian y que, en cuanto tal relación concreta, elimina las contradicciones de la o las semiosis que la enunciaban precedentemente (lo que constituye el universo de los *significados históricos* de dicho objeto semiótico). El establecimiento de esta relación diferencial, acotada al ámbito de conocimiento pertinente de cada disciplina y a las exigencias provenientes del problema seleccionado por el investigador, constituye el conocimiento obtenible mediante la aplicación de la metodología semiótica como metodología de base en ciencias sociales.

La expresión “objeto semiótico” adquiere, así, un valor específico en el ámbito de la teoría semiótica. *Se entiende por “objeto semiótico”:*

a) cualquier percepción construida, en un momento determinado y en una sociedad concreta (o sector de esa sociedad), mediante un conjunto de referentes producidos por un conjunto de enunciados provenientes de las semiosis efectivamente disponibles en dicha sociedad,

b) en cuanto tal construcción constituye una propuesta de resolución de las contradicciones inherentes a las relaciones enunciado/ referente, según las que dicha percepción (pero no ya la misma) había resultado identificable en otro momento (diacrónicamente) precedente,

c) y en cuanto contiene nuevas contradicciones que habrán de ser resueltas por nuevos pares de relaciones enunciado/referente en otro momento (dielécticamente) posterior.

A su vez, *se entiende por “semiosis”*: todo universo de percepciones sensoriales identificadas, en cuanto construidas (y, coyunturalmente, utilizables como sustituyentes o como sustituidas), y cuyas operaciones de formación, transformación y recurrencia pueden identificarse de modo formal, cuasi-formal o entre límites relativos de arbitrariedad (Chomsky, 1979: 32).

Todo objeto semiótico procede, pues, de la interacción de dos (al menos) semiosis y pertenece, a su vez, a alguna determinada semiosis. Todo cuanto el hombre percibe conscientemente (o conoce, en sentido amplio) es, en cuanto tal, objeto semiótico.

Antes de iniciar el desarrollo de la lógica semiótica y de su práctica metodológica, conviene formular algunas observaciones.

La primera de ellas se refiere a los términos elegidos para designar las operaciones y relaciones que se estudian. Una de las reglas prácticas de la investigación semiótica (que aquí se asume como constante instrumental) consiste en no perder el enunciado explícito (o descripción definida) con que se identifica un concepto, no permitiendo que el término o expresión verbal (o simbólica) que lo designa (o rotula) predomine (sustancializándose) sobre la operación o relación enunciada. Esto se basa, a su vez, en dos razones. Por una parte, mantener actualizada *la memoria semiótica* acerca de las operaciones y relaciones eficazmente productivas que van quedando integradas en otras operaciones y relaciones más complejas, conforme progresa el análisis (lo que le confiere a las definiciones semióticas su carácter recurrente específico). Por otra parte, la mayoría de los términos y expresiones utilizadas (por lo general, originariamente) en la lingüística y (por lo general, derivadamente) en la semiótica son *polisémicos*, cambiando su valor y su significado según el sistema conceptual desde el que cada autor los estudia. Los términos, por tanto, elegidos en este trabajo para designar las relaciones y operaciones pueden ser discutidos en cuanto a su oportunidad y/o conveniencia; tal eventual crítica podrá evaluarse, por ejemplo, en el marco de lo que Peirce denomina “la ética de la terminología” (2.219-26). La crítica, en cambio, de la descripción y el funcionamiento de dichas relaciones y operaciones, según el específico modo en que se irán proponiendo en este trabajo, es fundamental, ya que afectará (caso de formularse o en la medida en que se la formule) a la “razonabilidad racional” (la expresión también es de Peirce en otro contexto: 5.121) con que se construyen las propuestas teóricas y las instancias metodológicas que constituyen el eje conductor de la presente reflexión.

La segunda observación se refiere a las dos formas posibles de lectura del presente texto. Una es *lógica* y la otra es *interpretativa*, siendo ideal, por supuesto, la confluencia de ambas lecturas, de modo que el seguimiento del razonamiento lógico vaya siendo acompañado por la interpretación lingüístico-semiótica a que de lugar. Para la lectura de las expresiones lógico-simbólicas formalizadas, es suficiente con el conocimiento del simbolismo y de las reglas de razonamiento de una lógica proposicional y de predicados de primer orden; se siguen aquí las reglas del *cálculo de deducción natural* y, no planteándose problemas lógicos de especial complejidad, remito a los manuales convencionales como Quine (1962) o Sacristán (1973), habiendo seguido la simbolización lógica de este último autor (salvo restricciones del lenguaje de computación utilizado y que se aclaran en su debido momento). La interpretación lin-

güístico-semiótica requiere de ciertos conocimientos de ambas disciplinas y, naturalmente, cuanta mayor familiaridad se posea con sus actuales desarrollos tanto mejor se podrán percibir los eventuales alcances y limitaciones del presente estudio.

Otra observación que considero oportuno plantear desde el principio se refiere al papel que juega *la verdad* en la valoración de los resultados que puedan alcanzarse mediante la aplicación de la metodología semiótica a las investigaciones en ciencias sociales. A título tentativo se pueden plantear las siguientes proposiciones acerca de los valores de verdad de las aserciones semióticas: a) es verdadero/falso que determinada significación *está efectivamente vigente* en un determinado momento histórico de una determinada sociedad, sin interrogarse acerca de la verdad del contenido de dicha significación; verdad/falsedad, por tanto, del enunciado acerca de la *existencia* de determinado fenómeno semiótico; b) es verdadero/falso que dicha significación se produce por la *interacción de determinados enunciados efectivamente vigentes* en ese mismo momento de esa sociedad; verdad/falsedad, por tanto, del enunciado acerca de la *eficacia* de la interacción entre determinados fenómenos semióticos; y c) es verdadero/falso que dicha significación constituye la superación de determinados enunciados que *estuvieron efectivamente vigentes* (y contradictoriamente) en otro momento (que, por la determinación de este proceso, se constituye en histórico) de esa misma sociedad; verdad/falsedad del *enunciado acerca del proceso histórico-semiótico* que condujo a la producción de determinada significación. Tal la carga de la prueba que se le asigna a la semiótica desde esta perspectiva lógica. Exclusión, por tanto, del problema de la *verdad de los contenidos* y afirmación de la *semiótica como metodología crítica*, apta para transformar a la significación propuesta como “el ser” (inmediatez ideológica de lo socialmente significativo) en “el devenir producido como su verdad” (Hegel, 1973: XCVIII, Zusatz II).

También creo útil reafirmar que asumo la tesis (que defenderé más adelante) de que “la lengua (natural) no debe considerarse más que como un caso particular de ese objeto más general (la semiótica)” (Hjelmslev, 1971: 135). Por consiguiente, el uso, en este trabajo, de una terminología predominantemente lingüística (“texto”, “formaciones discursivas”, “enunciado”, “enunciación”, etc.) deberá interpretarse como coextensiva respecto de las diversas configuraciones teóricas válidas para el sistema de los signos en general; generalidad a la cual también le son atribuibles los efectos que se describirán como producidos por las operaciones a las que se somete a tales configuraciones, pertenezcan a la semiosis (íconos, índices, símbolos, por

ejemplo) que sea. En su momento, también discutiré la argumentación de E. Benveniste al atribuir a la lengua, de modo exclusivo y diferencial, la posesión de “la doble significación” y al limitar los restantes sistemas a “una significación unidimensional: o semiótica (gestos de cortesía: *mudras*), sin semántica; o semántica (expresiones artísticas), sin semiótica” (Benveniste, 1974: 65).

Finalmente, respecto de la práctica metodológica de estos fundamentos lógicos de la semiótica, se irán desarrollando varios ejemplos, a lo largo del presente trabajo, correspondientes a disciplinas cuyo objeto de conocimiento se construye a partir de diferentes semiosis. Ello permitirá demostrar la aplicabilidad de la metodología semiótica, que aquí se fundamenta y desarrolla (en un “aquí” histórica, social y epistemológicamente determinado), a la resolución de problemas que, teniendo en común la significación social de algo, difieren en la materia prima o soporte físico de esa significación y, consecuentemente, en las variantes sintáctico-valorativas inherentes a tales semiosis. También permitirá evaluar la calidad empírico-instrumental de las etapas metodológicas que se vayan proponiendo y someterlas a su eventual crítica.

Como técnica expositiva, se adopta el criterio de partir de esquemas sumamente sintéticos que, progresivamente, se irán enriqueciendo a través de la formalización de sus enunciados y de la correspondiente reflexión interpretativa.

II. ESBOZO, PROGRESIVAMENTE FORMALIZADO, DE LOS FUNDAMENTOS LÓGICOS DE LA SEMIÓTICA*

En el Gráfico 1 de la página siguiente se sintetiza la propuesta conceptual de este trabajo.

* Una versión inicial de este trabajo se publicó en *Semiotische Berichte* 10: 141-159, con el título “Logic Foundation of Semiotics”. La redacción actual tiene importantes modificaciones.

Gráfico 1
Fundamentos Lógicos de la Semiótica (esquema general)

... desde los cuales, ciertas...			...sometidas a determinadas...		...producen los...		...donde quedan enunciados los siguientes...	
ÁMBITOS EPISTEMOLÓGICOS	ENTIDADES	OPERACIONES	TEOREMAS SEMIÓTICOS	CONCEPTOS SEMIÓTICOS				
Abductivo-acrónico	-Forma	*Supuesto acrónico	TS1: Teorema de la identificación del Objeto Semiótico	E.2.c	E.2.d.	**“Paradigma” **“Texto” **“Identificación del Objeto Semiótico”		
	- Valor	*ATRIBUCIÓN *Recurrencia *Articulación *Integración						E.3.c.
Dialéctico-sincrónico	No se requieren nuevos conceptos	*Relación de sincronía	TS2: Teorema de la semantización del Objeto Semiótico	E.4.c.	E.4.d.	**“Sistema” **“Discurso” **“Enunciado” **“Referente” **“Semantización del Objeto Semiótico”		
	Disponibles: Forma/ Valor/ Paradigma/ Texto/ Identificación del Objeto Semiótico	*SUSTITUCIÓN *Recurrencia *Articulación *Integración						E.3.b.
Dialéctico-diacrónico	No se requieren nuevos conceptos	*Relación de diacronía	TS3: Teorema de la historicidad del Objeto Semiótico	E.5.c.	E.5.d.	**“Formación” **“Enunciación” **“Significación del Objeto Semiótico”		
	Disponibles: Forma/ Valor/ Paradigma/ Texto / Identificación del Objeto Semiótico/ Sistema/Enunciado/ Discurso/ Referente	*SUPERACIÓN *Recurrencia *Articulación *Integración						E.3.a.

Esquema 1: ámbitos epistemológicos

Este primer esquema establece los grandes ámbitos epistemológicos desde cuya perspectiva el análisis semiótico habrá de encontrar, *sucesivamente* su fundamento adecuado.

E.1.a. Enunciados semióticos producidos por razonamiento abductivo en consideración acrónica.

E.1.b. Enunciados semióticos producidos por razonamiento dialéctico en consideración sincrónica.

E.1.c. Enunciados semióticos producidos por razonamiento dialéctico en consideración diacrónica.

Esquema 2: componentes constitutivas del razonamiento producido desde el interior de cada uno de los ámbitos epistemológicos establecidos

Este segundo esquema especifica las componentes que habrán de tenerse en consideración durante el proceso de explicación de la producción e interpretación de la significación de determinado objeto semiótico.

E.2.a. Enunciados definicionales.

E.2.b. Enunciados operacionales.

E.2.c. Teoremas semióticos.

E.2.d. Conceptos semióticos resultantes.

Esquema 3: designación de las instancias metodológicas según las que se desarrolla la etapa abductivo-acrónica del proceso de explicación de la significación

Este tercer esquema especifica las pertinentes designaciones de las entidades, operaciones, teoremas y conceptos resultantes que intervienen en la producción e interpretación del primer rango de la significación (*E.1.a*) de determinado objeto semiótico.

E.3.a. Enunciados definicionales:

Def. 1: *Forma*

Def. 2: *Valor*

E.3.b. Enunciados operacionales:

Op. 1: *Supuesto acrónico*

Op. 2: *ATRIBUCIÓN*

Op. 3: *Recurrencia en supuesto acrónico*

Op. 4: *Articulación en supuesto acrónico*

Op. 5: *Integración en supuesto acrónico*

E.3.c. Teoremas semióticos:

TS1: *Teorema de la Identificación del Objeto Semiótico*

E.3.d. Conceptos semióticos resultantes:

a: *Paradigma*

b: *Texto*

c: *Identificación del Objeto Semiótico (1º rango de la significación)*

Esquema 4: designación de las instancias metodológicas según las que se desarrolla la etapa dialéctico-sincrónica del proceso de explicación de la significación

Este cuarto esquema especifica las designaciones pertinentes de las entidades, operaciones, teoremas y conceptos resultantes que intervienen en la producción/interpretación del segundo rango de la significación de determinado objeto semiótico (E.1.b.).

E.4.a. Enunciados definicionales: no es necesario definir nuevos conceptos ya que toda la elaboración posterior, durante esta etapa, deberá limitarse a utilizar aquellos de los que ya se dispone; tanto los iniciales de “forma” y “valor”, como los producidos según TS1, o sea, “paradigma”, “texto” e “identificación del objeto semiótico”, todos los cuales son necesarios y suficientes.

E.4.b. Enunciados operacionales:

Op. 6: *Relación de sincronía*

Op. 7: *SUSTITUCIÓN*

Op. 8: *Recurrencia en relación de sincronía*

Op. 9: *Articulación en relación de sincronía*

Op. 10: *Integración en relación de sincronía*

E.4.c. Teoremas semióticos:

TS2: Teorema de la *Semantización* del Objeto Semiótico

E.4.d. Conceptos semióticos resultantes:

d) *Sistema*

e) *Enunciado (y Discurso)*

f) *El Objeto Semiótico como Referente (2º rango de la significación)*

Esquema 5: designación de las instancias metodológicas según las que se desarrolla la etapa dialéctico-diacrónica del proceso de explicación de la significación

Este quinto esquema especifica las designaciones pertinentes de las entidades, operaciones, teoremas y conceptos resultantes, que intervienen en la producción/interpretación del tercer y último rango de la significación de determinado objeto semiótico (E.1.c.).

E.5.a. Enunciados definicionales: no es necesario definir nuevos conceptos ya que toda la elaboración posterior, durante esta etapa, deberá limitarse a utilizar aquellos de los que ya se dispone; tanto los iniciales de “forma” y “valor”, como los producidos según TS1, o sea, “paradigma”, “texto” e “identificación del objeto semiótico”, y los producidos según TS2, o sea, “sistema”, “enunciado” (y “discurso”) y “el objeto semiótico como referente”, todos los cuales son necesarios y suficientes.

E.5.b. Enunciados operacionales:

Op. 11: *Relación de diacronía*

Op. 12: *SUPERACIÓN*

Op. 13: *Reurrencia en relación de diacronía*

Op. 14: *Articulación en relación de diacronía*

Op. 15: *Integración en relación de diacronía*

E.5.c. Teoremas semióticos:

TS3: Teorema de la *Historicidad* del Objeto Semiótico

E.5.d. Conceptos semióticos resultantes:

h) *Formación*

i) *Enunciación (y Pragmática y Comunicación)*

j) *Significación del objeto semiótico* (3º rango de la significación)

Esquema 6: primeras formulaciones (abductivas-acrónicas)

El presente esquema contiene un *desarrollo lógico elemental* de las designaciones propuestas en el **tercer esquema**.

E.6.a. Formulación de los primeros enunciados definicionales

Def. 1: *Forma*: la existencia posible del resultado de una percepción sensorial.

Simbolización: “F”; en su particularidad: “f_a”, “f_b”, ... “f_n”; como símbolo de cualquier forma: “f_x”; como conjunto o universo de formas relativamente homogéneas: “F”.

Def. 2: *Valor*: la relación entre (al menos) dos formas.

Simbolización: “u”; en su particularidad: “u_a”, “u_b”, ... “u_n”; como símbolo de cualquier valor particular: “u_x”; como conjunto o universo de valores pertinentes a un determinado universo de formas relativamente homogéneas: “U”.

Descripción simbólica: “u”≡“R₂ff”; en su particularidad: “u_a” ≡ “R₂f_af_x”.

E.6.b. Formulación de los primeros enunciados operacionales

Op. 1: *Relación de acronía*: aquella operación mediante la cual, dado un único conjunto de formas relativamente homogéneas, las formas constitutivas de dicho conjunto interactúan lógicamente entre sí.

Esta relación opera como una consecuencia necesaria de la aplicación de la operación de atribución y como una regla que deben cumplir las restantes operaciones pertinentes al razonamiento acrónico-abductivo.

Simbolización: “Acr”.

Descripción simbólica: “ $f_a \text{ Acr } f_x$ ”.

Op. 2: *ATRIBUCIÓN*: aquella mediante la cual se pone en relación una forma con un valor.

Simbolización: “ $f_x \text{ Atr } u_x$ ”.

Descripción simbólica: “ $f_x \text{ Atr } u_x$ ” $\equiv$ “ $R_2 f_x u_x$ ” o simplemente “ $R_2 f u$ ”.

En función de la definición de valor y aplicando la *memoria semiótica*, las precedentes expresiones son equivalentes a:

$$“f_a \text{ Atr } u_a” \equiv “R_2 f_a (R_2 f_a f_x)”$$

Op. 3: *Recurrancia en relación de acronía*: puede distinguirse, al menos, la recurrancia como inducción lógica, para la definición de la atribución y para su operativización y como proceso recursivo de su emergencia semiótica.

Como inducción lógica, la recurrancia en relación de acronía es aquella mediante la cual se establece la diferencia entre: a) la ausencia de aplicación de la operación de atribución; b) una única aplicación de tal operación; y c) la aplicación ***n*** número de veces de dicha operación (***n*** $\geq$ 2).

Simbolización: “Rec X ($f \text{ Atr } u$)”

Descripción simbólica:

a) “Rec 0 ($f \text{ Atr } u$)” $\equiv$ “ $\emptyset$ ”, donde el símbolo “ $\emptyset$ ” expresa la ausencia de aplicación de la operación de atribución.

b) “Rec 1 ($f_x \text{ Atr } u_x$)” $\equiv$ “ $R_2 f_x u_x$ ”, lo que constituye la definición de la operación de atribución.

c) “Rec N ($f_{x_i} \text{ Atr } u_{x_i}$)” $\equiv$ “ $R_n [(f_{x_1} u_{x_1}) \dots (f_{x_n} u_{x_n})]$ ”

La tercera de estas formas de recurrancia es condición necesaria para la producción de efectos semióticos en el supuesto acronico.

Como proceso recursivo, la recurrancia en relación de acronía permite formular la más elemental definición de cada una de las operaciones semióticas fundamentales: *ser la “sucesora” de la precedente*; salvo, por su calidad (provisional) de operación inicial, en este caso, ya que la ***atribución equivale a la superación y es el “ancestro” de la sustitución***. Más adelante, a través de las expresiones lógicas correspondientes, se mostrará cómo la *atribución* inicia una nueva semiosis y un nuevo mundo semiótico posible con el que *se superan* las contradicciones inherentes a la *sustitución* precedente.

Op. 4: *Articulación en relación de acronía*: aquella mediante la cual se ponen en relación *virtual* n valores ($n \geq 2$) pertenecientes a un mismo universo de formas relativamente homogéneo.

Simbolización: “ $u_a \text{ Artic } u_n$ ”

Descripción simbólica: “ $u_a \text{ Artic } u_n$ ” $\equiv$ “ $R_n^* u_a \dots u_n$ ”. En función de la definición de valor y aplicando la memoria semiótica, esta expresión equivale a: “ $u_a \text{ Artic } u_n$ ” $\equiv$ “ $R_n^* (R_2 f_a f_x) \dots (R_2 f_n f_x)$ ”.

Utilizo el símbolo “*” para especificar la calidad *virtual* de la relación enunciada.

Op. 5: *Integración en relación de acronía*: aquella mediante la cual se ponen en relación *actual* n formas ($n \geq 2$), pertenecientes a mismo universo de formas relativamente homogéneo.

Simbolización: “ $f_a \text{ Int } f_n$ ”

Descripción simbólica: “ $f_a \text{ Int } f_n$ ” $\equiv$ “ $R_n^0 f_a \dots f_n$ ”

Utilizo el símbolo “0” para especificar la calidad *actual* de la relación enunciada.

E.6.c. Formulación de TS1: Teorema de la Identificación del Objeto Semiótico

TS1: para toda forma y todo valor, en relación de acronía y con n -recurrencia de atribuciones, la existencia de una n -ésima relación actual de integración de formas y la existencia de una n -ésima relación virtual de articulación de valores,

equivale

a la existencia de una n -ésima relación semiótica de identificación de dichas formas en función de los valores propios atribuidos.

Dadas las premisas: a) $f_a \text{ Acr } f_x$

b) $\text{Rec } N (f_{xi} \text{ Atr } u_{xi})$

de las operaciones de atribución, integración y articulación, ambas en relación de acronía, se sigue:

$$(f)(u) (\exists R_n^0 f_a \dots f_n \ \& \ \exists R_n^* u_a \dots u_n) \equiv \exists R_n^s [(R_2 f_a u_a) \dots (R_2 f_n u_n)]$$

Utilizo el símbolo “*s*” para especificar la calidad semiótica de la relación resultante.

E.6.d. Enunciación de los conceptos semióticos relativos a TS1

TS1 requiere la posibilidad de conocimiento de 2 *conceptos semióticos*

a) *Paradigma: relación virtual de articulación* entre los valores relacionales atribuidos a un determinado universo de formas.

Se lo puede representar simbólicamente como “ $\exists(R_n^* u_a \dots u_n)$ ”

b) *Texto: relación actual de integración* entre las formas de un determinado universo.

Se lo puede representar simbólicamente como: “ $\exists(R_n^0 f_a \dots f_n)$ ”

De TS1 surge la posibilidad de conocimiento de 1 *nuevo concepto semiótico*:

c) *Identificación del Objeto Semiótico: relación semiótica de diferenciación* entre las formas de un determinado universo en función de los valores relacionales propios que se les asignan por atribución.

Lo represento simbólicamente como “ $\exists R_n^s [(R_2 f_a u_a) \dots (R_2 f_n u_n)]$ ”

En definitiva, lo que TS1 enuncia es que, a partir de las premisas establecidas, la existencia de paradigmas y textos equivale a *la existencia de identificación-diferenciación semiótica de las formas percibidas*.

Esquema 7: segundas formulaciones (dialéctico-sincrónicas)

El presente esquema contiene un *desarrollo lógico elemental* de las designaciones propuestas en el ***cuarto esquema***.

E.7.a. Formulación de los segundos enunciados definicionales

No se necesitan nuevos conceptos, siendo necesarios y suficientes aquellos de los que se dispone, producidos por TS1.

E.7.b. Formulación de los segundos enunciados operacionales

Op. 6: *Relación de sincronía*: aquella mediante la cual, dados n universos diferentes ($n \geq 2$) de formas semióticamente identificadas, con estructura de paradigmas y textos, estos universos interactúan simultáneamente entre sí.

La relación de sincronía opera como una *condición o supuesto* para que pueda aplicarse la operación de sustitución y como una regla que deben cumplir las operaciones pertinentes al razonamiento dialéctico-sincrónico.

Premisas para que pueda darse una relación de sincronía:

- a) F (existencia de un universo de formas)
- b) G (existencia de otro universo de formas)

En virtud de TS1 y con las premisas que su aplicación requiere, se tendrá:

- a) respecto del universo " F ":

$$(f)(u) (\exists R_n^0 f_a \dots f_n \ \& \ \exists R_n^* u_a \dots u_n) \equiv \exists R_n^S [(R_2 f_a u_a) \dots (R_2 f_n u_n)]$$

lo que puede enunciarse, a nivel metateórico, como: " R_2FU "

- b) respecto del universo " G ", en el cual se define: " w " $\equiv$ " $R_2g_i g_j$ ":

$$(g)(w) (\exists R_n^0 g_a \dots g_n \ \& \ \exists R_n^* w_a \dots w_n) \equiv \exists R_n^S [(R_2 g_a w_a) \dots (R_2 g_n w_n)]$$

lo que puede enunciarse, a nivel metateórico, como: " R_2GW "

Simbolización: "Sinc"

Descripción simbólica: " $F \text{ Sinc } G$ " $\equiv$ " $F \text{ Atr } U \ \& \ G \text{ Atr } W$ "

o bien : " $F \text{ Sinc } G$ " $\equiv$ " $R_2FU \ \& \ R_2GW$ "

Op. 7: *SUSTITUCIÓN*: aquella mediante la cual, dados n universos diferentes ($n \geq 2$) de formas semióticamente identificadas, con estructura de paradigmas y textos y en relación de sincronía, las *formas* pertenecientes a uno de tales universos se ponen en relación con los *valores* atribuidos a las formas del otro (u otros) universo(s).

Simbolización: “Sust”

Descripción simbólica: “ $R_2F(U)$ Sust $R_2(G)W$ ”, donde el par de letras incluidas en los paréntesis, así como el par no incluido, marcan las posibilidades de sustitución. Cumplida la operación de sustitución, se tendrá, por tanto:

$$“R_2F(U) \text{ Sust } R_2(G)W” \equiv “R_2FW \& R_2GU”$$

Esto quiere decir que, en un momento determinado, se tendrá:

por *atribución*: “ R_2FU ” y “ R_2GW ”

por *sustitución*: “ R_2FW ” y “ R_2GU ”

Pero, habiendo establecido como una peculiaridad de las operaciones semióticas que *sus resultados conservan la estructura de donde proceden* (“memoria semiótica”), la descripción de cada uno de los universos, tal como quedan *una vez cumplida la operación de sustitución*, será:

$$“R_2F(U) \text{ Sust } R_2(G)W” \equiv “R_2F(-U \vee W) \& R_2G(-W \vee U)”$$

Conforme a las características escriturales establecidas, se podrá utilizar de modo equivalente la siguiente descripción simbólica:

$$“R_2F(U) \text{ Sust } R_2(G)W” \equiv “R_2f_x(-u_x \vee w_x) \& R_2g_x(-w_x \vee u_x)”$$

o, en función de la *definición de valor* y aplicando la *memoria semiótica*:

$$\begin{aligned} & \text{"R}_2\text{F(U) Sust R}_2\text{(G)W"} \equiv \\ & \equiv \text{"R}_2\text{f}_x \text{ (-R}_2\text{f}_n\text{f}_x \vee \text{R}_2\text{g}_n\text{g}_x) \& \text{R}_2\text{g}_x \text{ (-R}_2\text{g}_n\text{g}_x \vee \text{R}_2\text{f}_n\text{f}_x)"} \end{aligned}$$

Op. 8: *Recurrencia en relación de sincronía*: puede distinguirse, al menos, la recurrencia como *inducción lógica*, para la definición de la sustitución y para su operativización y como *proceso recursivo* de su emergencia semiótica.

Como inducción lógica, la recurrencia en relación de sincronía es aquella mediante la cual se establece la diferencia entre: a) la ausencia de aplicación de la operación de sustitución; b) una única aplicación de tal operación; y c) la aplicación *n* número de veces de dicha operación (*n* ≥ 2).

Simbolización: "Rec X (R₂F(U) Sust R₂(G)W)"

Descripción simbólica:

a) "Rec 0 (R₂F(U) Sust R₂(G)W)" ≡ "R₂FU & R₂GW", lo que simboliza el mantenimiento de la previa operación de atribución, sin aplicación de la operación de sustitución.

b) "Rec 1 (R₂F(U) Sust R₂(G)W)" ≡ "R₂F(-U ∨ W) & R₂G(-W ∨ U)", lo que constituye la definición de sustitución.

$$\begin{aligned} & \text{c) "Rec N (R}_2\text{F(U) Sust R}_2\text{(G)W)" } \equiv \\ & \equiv \text{"R}_2\text{F}_n\text{(-U } \vee \text{ W)}_n \& \text{R}_2\text{G}_n\text{(-W } \vee \text{ U)}_n\text{"} \end{aligned}$$

La tercera de estas formas de recurrencia es condición necesaria para la producción de efectos semióticos en el supuesto sincrónico.

Como proceso recursivo, la recurrencia en relación de sincronía permite formular la más elemental definición de, en este caso, la sustitución: *ser la "sucesora" de la atribución y el "ancestro" de la superación*. A través de las expresiones lógicas correspondientes, se va mostrando cómo la *sustitución* produce una semiosis y un mundo semiótico posible, a partir (en cuanto "sucesora") de los correspondientes *universos de formas atributivamente valora-*

das y cómo establece los términos de la contradicción (en cuanto “ancestro”) de donde procederán *nuevos universos de formas superadoras de las precedentes*.

Op. 9: *Articulación en relación de sincronía*: aquella mediante la cual se ponen en relación *virtual* n pares de valores (sustituyentes-negados y/o sustituidos-afirmados) ($n \geq 2$) pertenecientes a n universos diferentes de formas ($n \geq 2$), simultáneos entre sí.

Simbolización: “U Artic W”

Descripción simbólica: “U Artic W” $\equiv$ “ $R_n^* (-u \vee w)_a \dots (-u \vee w)_n$ ”

Como la articulación opera entre valores pertenecientes a n universos diferentes de formas, enunciar una articulación supone también la posibilidad de enunciar la articulación inversa (o n articulaciones, cada una de ellas pertinente a cada uno de los pares de universos de formas intervinientes en la sustitución). Se tendrán, por tanto, al menos dos articulaciones; la segunda podrá simbolizarse como:

“W Artic U” $\equiv$ “ $R_n^* (-w \vee u)_a \dots (-w \vee u)_n$ ”

Por economía, continuaré el desarrollo exclusivamente respecto del universo “F”, teniendo en cuenta que homólogas expresiones son válidas y necesarias respecto del universo “G”.

Op. 10: *Integración en relación de sincronía*: aquella mediante la cual se ponen en relación *actual* n formas ($n \geq 2$), pertenecientes a un mismo universo de formas relativamente homogéneas, según determinadas relaciones virtuales correspondientes a los valores atribuidos a las formas de otro diferente universo de formas relativamente homogéneas.

Simbolización: “ $f(w)_a$ Int $f(w)_n$ ”

Descripción simbólica: “ $f(w)_a$ Int $f(w)_n$ ” $\equiv$ “ $R_n^0 f(w)_a \dots f(w)_n$ ”

E.7.c. Formulación de TS2: Teorema de la Semantización del Objeto Semiótico

TS2: para todo par de universos de formas y para todo par de universos de valores, en relación de sincronía y con n-recurrencia de sustituciones, la existencia de una enésima relación actual de integración de formas sustituyentes y de una enésima relación actual de integración de formas sustituidas, y la existencia de una enésima relación virtual de articulación de pares de valores sustituyentes-negados y/o sustituidos-afirmados y de una enésima relación virtual de articulación de pares de valores sustituidos-negados y/o sustituyentes-afirmados

equivalen

a la existencia de una enésima relación semiótica de formas sustituyentes, con sus valores sustituyentes negados y sustituidos afirmados, y a la existencia de una enésima relación semiótica de formas sustituidas, con sus valores sustituidos negados y sustituyentes afirmados.

Dadas las premisas: a) $R_2FU \text{ Sinc } R_2GW$

b) $\text{Rec } N (R_2F(U) \text{ Sust } R_2(G)W)$

y en función de las operaciones 7, 9 y 10, se sigue:

$$\begin{aligned} ((f)(g))((u)(w)) [\exists R_n^O f_a(w)_a \dots f_n(w)_n \& \exists R_n^O g_a(u)_a \dots g_n(u)_n \& \\ \& \exists R_n^* (-u \vee w)_a \dots (-u \vee w)_n \& \exists R_n^* (-w \vee u)_a \dots (-w \vee u)_n \equiv \\ \equiv \exists R_n^S f_a(-u \vee w)_a \dots f_n(-u \vee w)_n \& \exists R_n^S g_a(-w \vee u)_a \dots g_n(-w \vee u)_n] \end{aligned}$$

E.7.d. Enunciación de los conceptos semióticos relativos a TS2

TS2 requiere la posibilidad de conocimiento de 2 *conceptos semióticos*:

d) *Sistema: relación virtual de articulación*, en supuesto sincrónico, entre pares de valores pertenecientes a universos diferentes (sustituyentes-negados y/o sustituidos-afirmados y viceversa; existirán tantos sistemas cuantos sean los universos sustituyentes y sustituidos tomados en consideración).

Se lo puede representar simbólicamente como:

i/ “ $\exists(R_n^* (-u \vee w)_a \dots (-u \vee w)_n)$ ”, para los valores del universo “*F*”

ii/ “ $\exists(R_n^* (-w \vee u)_a \dots (-w \vee u)_n)$ ”, para los valores del universo “*G*”

e) *Discurso: relación actual de integración* entre las formas de un determinado universo según los valores correspondientes a las formas de otro determinado universo.

Se lo puede representar simbólicamente como:

i/ “ $\exists(R_n^0 f(w)_a \dots f(w)_n)$ ”

ii/ “ $\exists(R_n^0 g(u)_a \dots g(u)_n)$ ”

De TS2 surge la posibilidad de conocimiento de 2 *nuevos conceptos semióticos*:

f) *Enunciado*: (o *semantización del objeto semiótico sustituyente*) relación semiótica entre formas sustituyentes, con sus valores propios negados (usados pero no mencionados) y los valores sustituidos afirmados (mencionados pero no usados).

Se lo puede representar simbólicamente como:

“ $\exists(R_n^s f_a(-u \vee w)_a \dots f_n(-u \vee w)_n)$ ”

g) *Referente*: (o *semantización del objeto semiótico sustituido*) relación semiótica entre formas sustituidas, con sus valores propios negados (usados pero no mencionados) y los valores sustituyentes afirmados (mencionados pero no usados).

Se lo puede representar simbólicamente como:

$$“\exists(R_n^s g_a(-w \vee u)_a \dots g_n(-w \vee u)_n)”$$

Lo que, en definitiva, enuncia TS2 es que, a partir de las premisas establecidas, *si existen dos universos de formas atributivamente valoradas y se dispone a sus respectivas formas y valores en relación de sustitución, entonces y sólo entonces las formas correspondientes a cada uno de tales universos adquieren, respectivamente, el valor semiótico de enunciados y referentes.*

Esquema 8: terceras formulaciones (dialéctico-diacrónicas)

El presente esquema contiene un *desarrollo lógico elemental* de las designaciones propuestas en el **quinto esquema**.

E.8.a. Formulación de los terceros enunciados definicionales

No se necesitan nuevos conceptos, siendo necesarios y suficientes aquellos de los que se dispone, producidos por TS1 y TS2.

E.8.b. Formulación de los terceros enunciados operacionales

Op. 11: *Relación de diacronía*: aquella mediante la cual, dados **n** pares de universos diferentes (**n** ≥ 2) de formas semióticamente semantizadas, con estructura de sistemas, discursos, enunciados y referentes, y dispuestos según una sucesión ordenada u ordenable, estos pares de universos interactúan contradictoriamente entre sí.

La relación de diacronía opera como una *consecuencia posible* de la aplicación de la operación de superación y como una regla que deben cumplir las restantes operaciones pertinentes al razonamiento dialéctico-diacrónico.

Premisas para que pueda darse una relación de diacronía:

a) $(\exists F \ \& \ \exists G)_{t1}$ (existencia, en el momento “t1”, de *un par* de universos de formas sobre los que ya se han cumplido todas las operaciones implicadas en los Teoremas Semióticos 1 y 2).

b) $(\exists H \ \& \ \exists I)_{t2}$ (existencia, en el momento “t2”, de *otro par* de universos de formas, a consecuencia de la aplicación de la operación de superación sobre los precedentes universos de formas “F” y “G”).

Simbolización: “Diac”

Descripción simbólica: “FG Diac HI” $\equiv$ “(F Sinc G)_{t1} & (H Sinc I)_{t2}”

Aplicando la operación de sustitución en ambos pares de formas:

“FG Diac HI” $\equiv$ “(R₂F(U) Sust R₂(G)W)_{t1} & (R₂H(P) Sust R₂(I)Q)_{t2}” $\equiv$
 $\equiv$ “(R₂F(-U $\vee$ W)_{t1} & R₂G(-W $\vee$ U))_{t1} & (R₂H(-P $\vee$ Q)_{t2} & R₂I(-Q $\vee$ P))_{t2}”

donde “P” y “Q” son las designaciones simbólicas de los *nuevos valores* respectivamente correspondientes a los universos de nuevas formas “H” e “I”.

Op. 12: *SUPERACIÓN*: aquella mediante la cual, dados *n* pares de universos diferentes (*n* $\geq$ 2), constituidos por formas semióticamente semantizadas, con estructura de sistemas, discursos, enunciados y referentes y dispuestos según una sucesión ordenada u ordenable, las contradicciones lógicas inherentes a tales pares (o a alguno de ellos) dan lugar a nuevos pares de universos de formas valoradas.

Simbolización: “Sup”

Descripción simbólica: “Sup (F(-U $\vee$ W) & G(-W $\vee$ U))” $\equiv$ “H(P) & I(Q)”

Aplicando el cálculo lógico a cada uno de los *n* pares de universos de formas semióticamente semantizadas, se tendrá (ejemplificando en base al par “F” y “G”):

$$\begin{aligned} R_2F(-U \vee W) \& R_2G(-W \vee U) \equiv R_2(F \& G) ((-U \& U) \vee (-U \& -W) \vee \\ & \vee (W \& -W) \vee (W \& U)) \end{aligned}$$

lo cual, en virtud de la regla del cálculo de deducción natural para la eliminación de la negación (“-”), según la cual: “(a & -a) $\rightarrow$ b” (lo que los escolásticos expresaban “*a falso sequitur quodlibet*” y, estableciendo para nuestro simbolismo que: “(u & -u) $\rightarrow$ p” y “(w & -w) $\rightarrow$ q”, la anterior expresión puede reescribirse como:

$$R_2(F \& G) (P \vee (-U \& -W) \vee Q \vee (W \& U))$$

donde “P” y “Q” representan la emergencia de nuevos valores (correspondientes a otros tantos universos de formas) por superación de las relaciones de contradicción “(-U & U)” y “(-W & W)”, generadas por la previa aplicación de la operación de sustitución entre los universos “F” y “G”.

La definición simbólica de valor (“u” $\equiv$ “R_{2f_if_j””) implica que la presencia de los nuevos valores (“P” y “Q”) exige la identificación de nuevas relaciones entre formas determinadas; estas nuevas relaciones modifican las formas anteriores (en cuanto en ellas no se percibían estas nuevas relaciones como posibles), lo que equivale a establecer la emergencia de nuevas formas. Tales son las designadas como “H” e “I”, nueva presencia que permite afirmar, también, la ocurrencia de una diacronía y, por tanto, un nuevo momento (“t₂”) en la *historia lógica* de los universos de formas en estudio. Pueden, pues, establecerse las siguientes definiciones simbólicas de los nuevos valores:}

$$\begin{aligned} \text{“p”} &\equiv \text{“R}_{2h_ih_j} \text{”} \\ \text{“q”} &\equiv \text{“R}_{2i_i i_j} \text{”} \end{aligned}$$

En forma metateórica, la superación puede simbolizarse:

$$\text{“Sup (R}_2\text{F(-U} \vee \text{W) \& R}_2\text{G(-W} \vee \text{U))”} \equiv \text{“R}_2\text{H(P) \& R}_2\text{(I)Q”}$$

Puede observarse:

a) en la disyunción: “P $\vee$ (-U & -W) $\vee$ Q $\vee$ (W & U)”, es suficiente con que sea válido uno solo de sus términos, por lo que puede prescindirse (tal como se ha efectuado) de “(-U & -W)” y de “(W & U)”. Ello no quiere decir que su eliminación no sea semióticamente interpretable. A nivel meramente nocional puede decirse que “(-U & -W)” es interpretable como un estado del conocimiento en que, *no existiendo los valores de una semiosis sustituyente, tampoco pueden existir referentes sustituidos* (dicho de modo más coloquial, no puede verse en el mundo lo que no puede enunciarse desde algún lenguaje simbólico). Por su parte “(U & W)” no hace más que establecer el dominio propio del conocimiento: cuando existen los valores de una semiosis sus-

tituyente existen, también, referentes enunciables. Pero ninguna de estas dos expresiones da cuenta de las operaciones mediante las cuales se establece la interacción entre las formas valoradas de una semiosis sustituyente y los valores cognoscibles en una semiosis sustituida.

b) En el caso de las dos contradicciones “(-U & U)” y “(-W & W)”, cuya falsedad lógica permite la opción por un nuevo símbolo lógico (lo que, en la praxis histórica, no resulta tan arbitrario como en el cálculo lógico, pero igualmente consecutivo) la interpretación semiótica también encuentra ricas consecuencias. De modo igualmente nocional, puede decirse que “(-U & U)” es interpretable como el envejecimiento de una semiosis sustituyente, ya que, al mismo tiempo que *niega* sus valores propios (“-U”, lo que se ha visto como condición para poder dar cuenta de los valores del universo de formas al que sustituye) los *afirma* (“U”, lo que estereotipa u opaca a la semiosis sustituyente, dificultando su capacidad sustitutiva; véase, sobre la opacidad y la transparencia de los lenguajes: F. Récanati, 1981). Inversamente, “(-W & W)” establece que determinada forma del mundo (o semiosis sustituida) está siendo construida desde algún lenguaje (o semiosis sustituyente) para lo que debe *negar* sus valores propios (que en la praxis son los valores que le habían sido atribuidos por alguna precedente semiosis sustituyente, ya superada) y simultáneamente los *afirma*, como reconducción del conocimiento a lo ya conocido y rechazo de la capacidad cognitiva de la semiosis sustituyente vigente (desde el punto de vista del análisis de la enunciación, ver los contrastes entre un modelo de *reconocimiento* y un modelo de *producción* en J.-J. Courtine, 1981: 82-4 y sobre la calidad semiótica de “lo real”, con un enfoque peirceano, ver H. Parret, 1983: en especial ps. 81-7). Me he permitido estas someras indicaciones interpretativas por considerar a la operación de superación el núcleo semiótico del presente desarrollo lógico.

Op. 13: *Recurrencia en relación de diacronía*: puede distinguirse, al menos, la recurrencia como *inducción lógica*, para la definición de la superación y para su operativización y como *proceso recursivo* de su emergencia semiótica.

Como *inducción lógica*, la *recurrencia en relación de diacronía* es aquella mediante la cual se establece la diferencia entre: a) la ausencia de aplicación de la operación de superación; b) una única aplicación de tal operación; y c) la aplicación *n* número de veces de dicha operación ($n \geq 2$).

Simbolización: “Rec X (Sup $R_2F(-U \vee W)$ & $R_2G(-W \vee U)$)”

Descripción simbólica:

a) “Rec 0 (Sup $R_2F(-U \vee W) \& R_2G(-W \vee U)$)” $\equiv$ “ $R_2FW \& R_2GU$ ”

lo que simboliza el mantenimiento de la precedente operación de sustitución, en cuanto posibilidad, no realizada, de aplicar la operación de superación.

b) “Rec 1 (Sup $R_2F(-U \vee W) \& R_2G(-W \vee U)$)” $\equiv$

$\equiv$ “ $R_2(F \& G) ((-U \& -W) \vee ((-U \& U) \rightarrow P) \vee ((W \& -W) \rightarrow Q) \vee (U \& W))$ ”

lo que constituye la definición de superación, en cuanto agotamiento de las posibilidades generadas por la operación de sustitución.

c) “Rec N (Sup $R_2F(-U \vee W) \& R_2G(-W \vee U)$)” $\equiv$ “ $R_n(R_nHP \& R_nIQ)$ ”

donde puede observarse que el “definiens” (“ $R_n(R_nHP \& R_nIQ)$ ”) presenta, aparentemente, las características de una *nueva atribución*.

Reescribiéndola para mostrar la iteración de las relaciones producidas, se tendrá:

“ $R_n(h_a... h_n... p_a... p_n) \& R_n(i_a... i_n... q_a... q_n)$ ” con las posibilidades formales de aplicación, a este par de universos de formas atributivamente valoradas, de la operación de sustitución y con la posibilidad de aplicar, a los resultados así obtenidos, la operación de superación con *recurrencia* (en el sentido que se verá a continuación) *teóricamente infinita*.

La tercera de estas formas de recurrencia es condición necesaria para la producción de efectos semióticos en el supuesto diacrónico.

Como proceso recursivo, la recurrencia en relación de diacronía permite formular la más elemental definición de, en este caso, la superación: ser la “sucesora” de la sustitución y la equivalente de una nueva atribución.

Recién en este estadio, conocido el efecto del proceso recursivo producido sobre las relaciones de acronía, sincronía y diacronía, es posible considerar plenamente tales relaciones conforme a lo que se conoce en lógica como “*esquema de recursión primitiva*”. Partiendo del concepto de *función recursiva* como aquella que requiere, para el conocimiento de sus propios valores, el conocimiento previo de los valores precedentes y utilizando, como vengo haciéndolo, los conceptos de “*sucesor*” (“Suc”) y de “*ancestro*” (“Anc”), característicos de la recurrencia de las funciones aritméticas, y adecuándolos semióticamente como *la operación siguiente* (“ $n+1$ ” = “*sucesor*”) *aplicada sobre los efectos de una operación anterior* (“ $n-1$ ” = “*ancestro*”), resulta posible enunciar simbólicamente *el proceso de producción de la significación*, según el siguiente *esquema semiótico de recursión primitiva*:

a) *Rec Sem N*: “Atr” $\equiv$ “ R_2FU ”, en cuanto opción primitiva de identificación de una forma en función de las posibilidades de relación con otras formas que tiene atribuidas. Es “ n ” y no “ 1 ” porque el supuesto de una atribución ontológicamente primera, supondría un metafísico “lenguaje jafético” o “adámico”, lógicamente vinculado a la recuperación (o reconstrucción) futura de un lenguaje universal, ontológicamente final o a la afirmación de una estructura formal innata, ontológicamente necesaria (ver la crítica a las bases racionalistas de esta búsqueda de un único lenguaje en Bar-Hillel, 1970: 206-21; también con otro enfoque, en Gadet y Pêcheux, 1981: 86-91 frente a las propuestas de N. Marr; la aproximación de Chomsky, 1972: 129-30 y 1981: 182-3 a las tesis de Leibniz para reforzar su hipótesis innatista, tampoco contradice la calidad n -ádica del lenguaje (o semiosis sustituyente) ya que su modelo de aprendizaje asocia la gramaticalidad innata con el contexto social preexistente y necesario para la adquisición de cualquier lenguaje; no obstante, ver también la crítica de Rossi-Landi, 1985: 261-9, al “nuevo innatismo”; también se excluye de este enfoque las categorías ontológicas, originalmente “probadas” mediante el recurso a las anáforas pragmáticas, propuestas por R. Jackendoff como base de su estructura conceptual: 1983: 48 ss).

b) *Rec Sem N + 1*: “Suc Atr” $\equiv$ “Sust”, o sea:

$$\text{“Suc}(R_2FU \ \& \ R_2GW)\text{”} \equiv \text{“}R_2F(-U \vee W) \ \& \ R_2G(-W \vee U)\text{”}$$

en cuanto transformación de la *identidad semiótica* (posibilidades de interrelación sintáctica entre las formas de un determinado universo relativamente homogéneo) producida por atribución, en *diferencia semiótica* (o *alteridad semántica*, en cuanto uso y no mención de las posibilidades de interrelación

entre las formas de otro determinado universo relativamente homogéneo) producida por sustitución (el término “sustitución” se lo utiliza aquí en cierto modo próximo a como Parret aplica “trasposición”, 1983: 46; y, también, a como Jakobson utiliza la expresión “traducción intersemiótica”, 1963, 79: en ese artículo pueden encontrarse algunos ejemplos que interpretan nuestra expresión lógica “ $R_2G(-W \vee U)$ ”, es decir, las formas del mundo adquiriendo los valores del lenguaje: “...un niño ruso, leyendo cuentos alemanes traducidos, se sorprende al descubrir que la Muerte, evidentemente una mujer (en ruso ‘*smert*’, femenino), esté representada por un anciano (en alemán ‘*der Tod*’, masculino)”, etc., op. cit. 85; téngase también en cuenta que la estructura de la sustitución de valores “ $(-U \vee W)$ ” constituye la operación semántica de la *metáfora*, cuya problemática se ve reactualizada por el interés en los *aspectos cognitivos* del pensamiento científico y por “su poder para presentar de un modo claro e irremplazable *lo que las cosas son*”, M. Black, 1980: 21).

c) *Rec Sem (N+I) + I*: “Suc Sust” $\equiv$ “Sup”, o sea:

“ $\text{Suc}(R_2F(-U \vee W) \ \& \ R_2G(-W \vee U))$ ” $\equiv$ “ $R_2HP \ \& \ R_2IQ$ ”

en la que se simboliza la última (provisionalmente) producción de una *nueva significación*. Percibida, no obstante, por la intuición de la *evidencia* como una atribución (y afirmada *ideológicamente* como la única y definitiva atribución del correcto valor que corresponde a determinada forma), reinicia el ciclo que habrá de conducir, a través de la crítica de tales nuevas relaciones entre formas y valores, a la aplicación de las *sucesivas* operaciones de sustitución y superación. El significado vigente en un momento determinado de una determinada sociedad (acerca de cualquier fenómeno o del conjunto de interpretaciones de los fenómenos que constituyen la *cultura* de esa sociedad en ese momento) es pues el sucesor de las instancias cognitivas que aquí denomino “atribución” y “sustitución”, constituyendo una *superación* de los procesos cumplidos mediante cada una de tales operaciones; en este sentido “la superación implica, pues, un *regreso* al pasado: una profundización del pasado” (H. Lefebvre, 1984: 268). El conjunto de las tres instancias cognitivas: *atribución*, *sustitución* y *superación* se corresponde al orden de las tres categorías paradigmáticas: ser, conocer y significar/comunicar, correspondiéndose, asimismo, con la tríada peirceana: *objeto*, *signo* e *interpretante* (H. Parret, 1983: 7-8), en cuanto triple dimensión de lo sincrónico. Desde un tercer enfoque, la reinserción de los resultados de todo proceso de superación *en la productividad* del pensamiento científico forma parte de las corrientes de

crítica epistemológica basadas en la historia (B. Cohen, 1979: 349ss.), en especial de la “metodología de programas de investigación” (Lakatos, 1982), pero también en los conocidos desarrollos de Bachelard, Canguilhem, Kuhn, Toulmin, Feyerabend y otros.

Op. 14: *Articulación en relación de diacronía*: aquella mediante la cual se ponen en relación *virtual* n valores ($n \geq 2$) producidos por superación de las relaciones contradictorias inherentes a los valores de los universos de formas que intervienen en las sustituciones precedentes.

Simbolización: “ $((-u \& u)_a \rightarrow p_a) \text{ Art } ((-u \& u)_n \rightarrow p_n)$ ”

Descripción simbólica: “ $((-u \& u)_a \rightarrow p_a) \text{ Art } (-u \& u)_n \rightarrow p_n$ ” $\equiv$
 $\equiv “R_n^* p_a \dots p_n”$

Lo mismo ocurre con el segundo (o enésimo) universo de valores producido por superación:

“ $((-w \& w)_a \rightarrow q_a) \text{ Art } (-w \& w)_n \rightarrow q_n$ ” $\equiv “R_n^* q_a \dots q_n”$

Por economía, continuaré el desarrollo lógico exclusivamente respecto del universo de valores “P” y su correspondiente de formas “H”, teniendo en cuenta que homólogas expresiones son válidas y necesarias respecto del universo de valores “Q” y su correspondiente de formas “I”.

Op. 15: *Integración en relación de diacronía*: aquella mediante la cual se ponen en relación *actual* n formas ($n \geq 2$) identificadas como superación de las precedentes formas afectadas por valores contradictorios.

Simbolización: “ $(f_a(-u \& u) \rightarrow h_a) \text{ Int } (f_n(-u \& u) \rightarrow h_n)$ ”

Descripción simbólica:

“ $(f_a(-u \& u) \rightarrow h_a) \text{ Int } (f_n(-u \& u) \rightarrow h_a)$ ” $\equiv “R_n^0 h(p)_a \dots h(p)_n”$

E.8.c. Formulación de TS3: Teorema de la Historicidad del Objeto Semiótico

TS3: para todo n-par de pares de formas y valores, en relación de diacronía y con n-recurrencia de superaciones,

la existencia de una enésima relación actual de integración de formas resultantes de la superación de las contradicciones inherentes a los valores que identificaban un universo de formas sustituyentes y/o sustituidas,

y la existencia de una enésima relación virtual de articulación de valores resultantes de la superación de los contradicciones inherentes a un universo de valores sustituyentes y/o sustituidos

equivalen

a la existencia de una enésima relación semiótica de formas valoradas como superación de las precedentes.

Dadas las premisas: a) $(F \text{ Sinc } G)_{t1} \text{ Diac } (H \text{ Sinc } I)_{t2}$

b) $\text{Rec } N (\text{Sup } R_2F(-U \vee W) \& R_2G(-W \vee U))$

y en función de las operaciones 12, 14 y 15, se sigue:

$$((f)(u))((g)(w))((h)(p)) [(\exists R_n^0 (f_a(-u \& u)_a \rightarrow h_a) \dots (f_n(-u \& u)_n \rightarrow h_n)) \& (\exists R_n^* ((-u \& u)_a \rightarrow p_a) \dots ((-u \& u)_n \rightarrow p_n))] \equiv (\exists R_n^s (R_2h_a p_a) \dots (R_2h_n p_n))$$

en cuanto superación de “ R_2FU ”; y con posibilidad de desarrollo homólogo, a partir de los mismos pares “ $((f)(u))$ ” y “ $((g)(w))$ ”, en cuanto superación de “ R_2GW ” mediante el par “ $((i)(q))$ ”.

E.8.d. Enunciación de los conceptos semióticos relativos a TS3

TS3 requiere la posibilidad de conocimiento de 2 *conceptos semióticos*:

h) *Formación: relación virtual de articulación* entre los valores de un universo (provisionalmente) final, que son superación de los valores contradictorios del sistema o sistemas precedentes. Existirán tantas formaciones cuan-

tos sean los pares superadores de pares de universos sustituyentes y sustituidos tomados en consideración.

Si no se toma en consideración o se desconoce su carácter (provisionalmente) final ni su origen superador, coincide formalmente con el *paradigma*.

Se lo puede representar simbólicamente como:

$\text{"}\exists(R_n^*((-u \& u)_a \rightarrow p_a) \dots ((-u \& u)_n \rightarrow p_n))\text{"}$, conservando la memoria de la superación, o bien, $\text{"}\exists(R_n^* p_a \dots p_n)\text{"}$ limitándose a mostrar su exterioridad atributiva.

i) *Enunciación: relación actual de integración* entre las formas de un universo (provisionalmente) final, que son superación de las formas (contradictoriamente valoradas) de algún discurso o discursos precedentes.

Si no se toma en consideración o se desconoce su carácter (provisionalmente) final ni su origen superador, coincide formalmente con el *texto*.

Se lo puede representar simbólicamente como:

$\text{"}\exists(R_n^0 (f_a(-u \& u)_a \rightarrow h_a) \dots (f_n(-u \& u)_n \rightarrow h_n))\text{"}$, o bien, $\text{"}\exists(R_n^0 h_a \dots h_n)\text{"}$

De TS3 surge la posibilidad de conocimiento del *nuevo concepto semiótico*:

j) *Significación del objeto semiótico (o valoración histórico-diferencial del objeto semiótico sustituyente y/o sustituido)*: relación semiótica (provisionalmente) final, entre formas y valores que son superación de las formas y valores de algún enunciado y/o referente precedentes.

Si no se toma en consideración o se desconoce su carácter (provisionalmente) final ni su origen superador, coincide formalmente con la *identificación del Objeto Semiótico*.

Se lo puede representar simbólicamente como:

$\text{"}\exists(R_n^s (R_2 h_a p_a) \dots (R_2 h_n p_n))\text{"}$

Siguiendo el mismo desarrollo, pero atendiendo a los efectos de la superación sobre “R₂GW”, se obtendría:

h') *Formación*: “ $\exists(R_n^* q_a \dots q_n)$ ”

i') *Enunciación*: “ $\exists(R_n^0 i_a \dots i_n)$ ”

j') *Significación*: “ $\exists(R_n^S (R_2 i_a q_a) \dots (R_2 i_n q_n))$ ”

Lo que, en definitiva, enuncia TS3 es que, a partir de las premisas establecidas, *la existencia de formaciones y enunciaciones equivale a la existencia de la significación del objeto semiótico, en cuanto valor históricamente diferencial* (y, en consecuencia, percepción diferencial) *de ese mismo objeto tal como resultaba valorado* (y percibido) *en un momento* (diacrónicamente) *precedente*.

Si se confronta esta última expresión simbólica, que establece la forma lógica de *la significación del objeto semiótico* producida a través de la superación diacrónica (“R2HP”), con la inicial expresión simbólica que establecía la forma lógica de *la identificación del objeto semiótico* producida a través de la atribución acróica (“R2FU”), su homología puede resultar sorprendente.

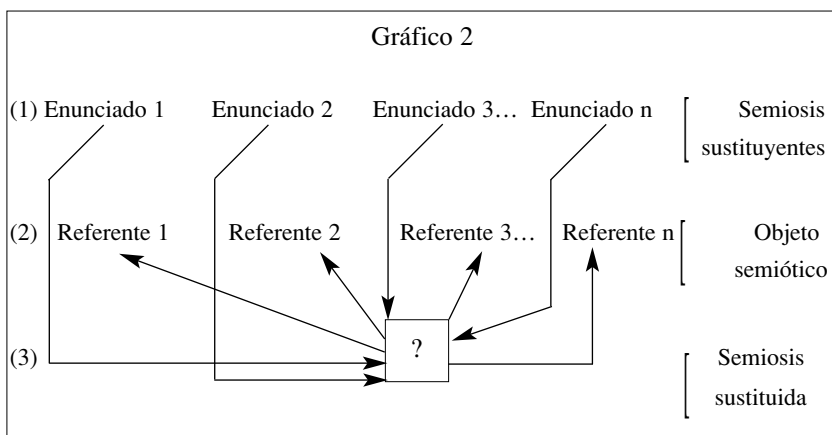
Esta homología se interpreta semióticamente como el fundamento de la *evidencia*, o sea, de esos significados, efectivamente vigentes en una determinada sociedad y en un determinado momento, que se establecen como la *verdad* (al menos, como la verdad del sentido común).

Tal homología es necesaria ya que, en cada instancia histórica y social, el significado de un fenómeno se presenta como la atribución “natural” de un valor a una forma. Lo que realiza el método semiótico es establecer la calidad “histórica” de esa atribución y, por tanto, de la significación vigente en esa sociedad.

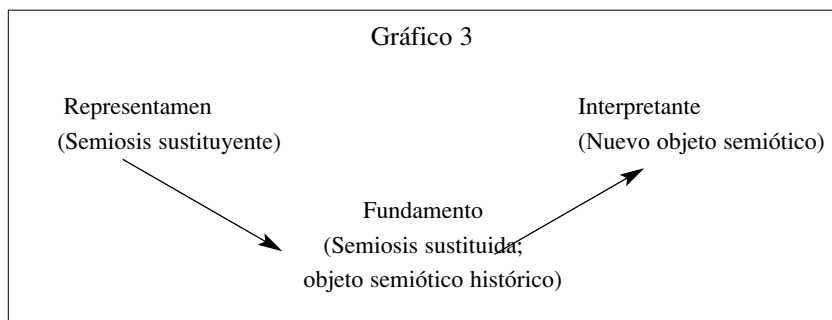
Por ello, el tema fundamental y crítico de la Teoría Semiótica está constituido por *la recuperación de la memoria semiótica*; es decir, por la recuperación de las relaciones de contradicción que subyacen en los enunciados vigentes en determinada sociedad y por la detección, en esos mismos actuales enunciados, de las relaciones de contradicción que conducirán a posteriores superaciones, o sea, al establecimiento de nuevas significaciones que habrán de ser atribuidas a un determinado fenómeno en estudio. La Teoría Semiótica no se propone, por tanto, cuestionar *la verdad* de un determinado *enunciado* o de *la significación* atribuida a un determinado *referente*, sino establecer *la eficacia* de su efectiva presencia en un concreto momento histórico; ni, simétricamente,

te, se propone constituirse en una *gnoseología del error*, sino establecer la *diferencia* existente entre los diversos sistemas de enunciados que compiten en la pretensión de atribuirle significado al supuesto fenómeno en estudio.

III. REFLEXIÓN PEIRCEANA



Este gráfico, como parcial esbozo del encuadre teórico adoptado en este trabajo, utiliza una adecuación de la estructura elemental del signo según Peirce: “un signo es algo que está para alguien, por algo, en algún aspecto o disposición” (Peirce: 2.228), lo que, a su vez, puede representarse de la siguiente manera:



El nivel (1) del gráfico superior está ocupado por las *semiosis sustituyentes*. Debe advertirse que el término “enunciado” no se limita, aquí, al producido con signos lingüísticos, sino que incluye la utilización de toda clase de signos (pictóricos, musicales, fílmicos, comportamentales, etc.; o sea, en la tradicional tipología de Peirce: “íconos, índices y símbolos” e, incluso, los sistematizados en su cuadro de 10 signos) para la producción de textos mediante los cuales una sociedad construye los referentes de cuanto percibe en su entorno. Se corresponde con el concepto de “representamen” (que también es signo) en Peirce.

El nivel (3) sitúa *al mundo como un interrogante*, permaneciendo como tal hasta que es enunciado. Como el hombre está en la historia (Adán es un supuesto ideal, como metáfora de los orígenes), ya nunca puede tener frente a sí un mundo del que pudiera decirse que “lo enuncia por primera vez”; siempre será un mundo ya enunciado al que se lo enuncia de modo diferente (de dónde, la indisociabilidad del lenguaje y el conocimiento del mundo en Wittgenstein; A. Ayer, 1986: 157). Así, el interrogante ya está, en la práctica, respondido; pero hablar de una actualidad es referirse a las posibilidades de interrogación (y, en consecuencia, de descubrimiento) permitidas por la efectiva vigencia social de una lengua (o semiosis sustituyente) determinada (lo que es “posible o imposible de decir”; G. Kress, 1985: 28). Con estas limitaciones (y otras que se irán especificando), puede decirse que “*nada es*”, sino que todo “*resulta ser*” lo que las posibilidades constructivas de las semiosis sustituyentes, socialmente disponibles, “*le permiten ser*”. Interrogarse acerca de algo es ubicar a ese algo como semiosis destinada a ser sustituida desde alguna otra semiosis utilizada como sustituyente. Pero nada impide, en principio, que la semiosis sustituida sea utilizada, en una ocasión diferente, como sustituyente y viceversa; es una cuestión de predomios coyunturalmente vinculados a sociedades o a sectores o actividades sociales distintas (dejando, de momento, en suspenso la calidad de esa diferencia). En definitiva, ninguna semiosis es exclusivamente sustituyente o sustituida (lo que, en forma parcial pero que fue anticipatoria, se vincula con los conceptos de “semiótica connotativas” y “metasemióticas” de Hjelmslev, 1971: 144-57). Por otra parte, la alusión, en este nivel (3) del gráfico, al “objeto semiótico histórico” recupera nocionalmente la calidad dialéctico-diacrónica de *ya enunciada* que tiene toda la percepción de la *realidad*, lo que hace que sea *semiosis* y no pura *noción* hegeliana, ni pura *sensación* machiana. Se corresponde con el concepto de “*fundamento*” (que “también es signo”) en Pierce.

El *Objeto Semiótico* aparece en el nivel (2) del gráfico, como el conjunto de los referentes producidos por las correspondientes semiosis sustituyentes y

según las particulares características (fundamentalmente, sintácticas) que éstas poseen para sustituir a los “referentes históricos” del nivel (3). El objeto semiótico es, por tanto, una representación: conceptual, psicológica, ética, estética, etc.; en cada caso según la calidad de la “sustancia” y de la “forma” de la “expresión” (recurriendo, de nuevo, a la terminología de Hjelmslev) y según la coyuntura histórica de la sociedad que utilice las correspondientes semiosis sustituyentes. La reconstrucción del proceso de producción de este *nuevo objeto semiótico* y/o la formulación de hipótesis acerca del proceso de producción de otros objetos semióticos constitutivos de otros “*mundos semióticos posibles*” es el objeto de conocimiento *metodológico* de la semiótica. Se corresponde con el concepto de “*interpretante*” y continúa compartiendo el concepto de “*fundamento*”, (que “también es signo”) en Peirce.

SEGUNDA PARTE

COMENTARIOS A

“FUNDAMENTOS LÓGICOS DE LA SEMIÓTICA”

COMENTARIOS A

“FUNDAMENTOS LÓGICOS DE LA SEMIÓTICA”

SUMARIO

I. ENUNCIADOS SEMIÓTICOS PRODUCIDOS POR RAZONAMIENTO ABDUCTIVO EN CONSIDERACIÓN ACRÓNICA

- 1. Formulación de enunciados definicionales***
- 2. Forma***
- 3. Valor***
- 4. Enunciados operacionales: consideraciones generales***
- 5. Relación de acronía***
- 6. Atribución***
- 7. Recurrencia en relación de acronía***

I. ENUNCIADOS SEMIÓTICOS PRODUCIDOS POR RAZONAMIENTO ABDUCTIVO EN CONSIDERACIÓN ACRÓNICA

1. Formulación de enunciados definicionales

Cualquiera sea el carácter lógico (abductivo, inductivo, deductivo o dialéctico) del pensamiento semiótico que se esté desarrollando, el primer paso analítico consistirá en identificar y definir los conceptos necesarios y

suficientes para ponerlo en funcionamiento. La formulación de los enunciados en que se concreten las correspondientes definiciones será específica a cada uno de los niveles de reflexión (abductivo-acrónico, dialéctico-sincrónico y dialéctico-diacrónico) que se transite. Simultáneamente, en cada etapa progresiva de la reflexión, dicha formulación deberá ser no-contradictoria y consistente con las formulaciones de las etapas precedentes y subsiguientes.

Con el primer párrafo de este trabajo se plantea un dilema que parecería destinar al fracaso el intento de metodología semiótica que se propone: o se inscribe al pensamiento en la lógica formal con mayor o menor rigor (lo que ineludiblemente conduce a la calificación de, al menos, “neopositivista” y, por tanto, a ser dejado de lado por quienes, entre otros, parten de la calidad dialéctica de la realidad y/o del pensamiento) o se inscribe al pensamiento en el método dialéctico, ya bien en su versión histórico-materialista, ya bien en su versión hegeliano-idealista (lo que atrae las iras de los empiristas, lo sean “de secano”, según la feliz expresión de N. R. Hanson, 1977: 21, o cultiven terrenos más fértiles). Los intentos de combinar ambas actitudes han resultado, por lo general, polémicos e incluso, cuando el dogmatismo ejerce su poder, reprobados (tal el caso del intento de H. Lefebvre, 1984/69, fechas a las que hay que añadir “1947”, ya que de entonces data la primera edición y el proyecto de síntesis dejado en suspenso por represión de la ortodoxia a la que decidió acatar). Desde el campo opuesto, la dialéctica queda tan formalizadamente desdibujada que uno puede dudar si todavía lo es (e, incluso, si se pretendió que lo fuese), como en el caso del “uso de la entropía relativa para evitar la información negativa”, mediante la que S. Watanabe (1970: 531) se aproxima al problema. Cualquiera que haya incursionado, con cierto detalle, en la lógica formal y en la lógica dialéctica ha tenido la experiencia intelectual de la *necesidad e insuficiencia* de la primera y de la *contingencia y plenitud* de la segunda.

Trataré de esbozar, muy elementalmente, la forma que le he dado al tratamiento de este (aparente o real) dilema, sin ninguna pretensión de superación epistemológica, en función meramente de su práctica metodológica en las investigaciones de las ciencias sociales. A) La lógica formal permite establecer una determinada secuencia de pasos metodológicos necesarios para dar cuenta de las sucesivas operaciones que intervienen en la tarea de producir el significado. B) La construcción lógica así obtenida es válida en el aquí y ahora de la historia de la ciencia, o sea, mientras se mantengan los principios científicos del conocimiento, con el contenido y las relaciones que actualmente (y a grandes rasgos) se conviene en que posean. C) Los dominios sobre los que

se proyectan los correspondientes enunciados lógicos, nunca son únicos ni simples, sino que constituyen *conjuntos de entidades dialécticamente relacionadas*. Me limito, por ahora, a estos tres escuetos enunciados. Su alcance se irá viendo a lo largo del presente trabajo, en especial en los párrafos que siguen, bajo el título de “Interpretación”, a la presentación formalizada de cada instancia lógica.

Volviendo a las características de los concretos *enunciados definicionales* que se van formulando durante el proceso de producción de una explicación semiótica, puede observarse que sólo en la primera etapa (abductiva), cuyo estudio ahora se inicia, es necesario definir dos conceptos, por su calidad de premisas (aunque, de inmediato, restringiremos el carácter existencial de tales premisas): “forma” y “valor”. En la segunda etapa (dialéctico-sincrónica) y en la tercera (dialéctico-diacrónica), no se requiere definir nuevos conceptos, siendo suficiente con los disponibles por haber sido producidos por las operaciones de las etapas precedentes (recursividad semiótica). Las necesidades conceptuales provenientes de la complejidad creciente (por la acumulación relacional de los sucesivos razonamientos) quedan satisfechas con las entidades semióticas emergentes de los teoremas semióticos que se van construyendo: “paradigma”, “texto” e “identidad semiótica”, producidos a nivel acrónico y destinados a ser trabajados con las operaciones del nivel sincrónico; “sistema”, “enunciado”, “discurso” y “el objeto semiótico como referente”, producidos a nivel sincrónico y destinados a ser trabajados con las operaciones del nivel diacrónico; de éste habrán de resultar, finalmente: “formación”, “enunciación” y “significación del objeto semiótico”, con las que concluye cualquier investigación estructurada a partir de una metodología semiótica.

Esta característica en la administración de los insumos teóricos y empíricos es importante porque permite desarrollar una investigación semiótica sobre la base, tan sólo, de aquellas dos iniciales premisas y, aún, como irá mostrando su correspondiente análisis, en realidad sobre una sola: *la forma*, ya que es el único concepto que requiere una definición existencial, mientras que la otra, *el valor*, no es más que aparentemente una premisa; apariencia proveniente de su habitual consideración arquetípica o, en algún modo, esencialista e inmanentista. Para el enfoque semiótico que aquí se desarrolla, el valor resulta ser necesariamente producido y, por tanto, históricamente vinculado. En la etapa acrónica, con la que se inicia el análisis, el único contenido que se atribuye a dicho “valor” es lógico, en cuanto *relación entre formas*; relación que permanece inespecífica, en cuanto puramente sintáctica, desde esta perspectiva lógica, pero que es indispen-

sable para dar cabida, en posteriores instancias del análisis, a las peculiares relaciones empíricas que intervienen en la producción de concretos valores (semánticos) vigentes en una comunidad, tanto pragmáticos (relaciones sociales contemporáneas y/o históricas) como teóricos (ciencia e ideología). Quizá resulte complejo comprenderlo, en este momento, pero que de planteado que incluso la *forma* de la que se parte, sólo aparentemente es una premisa, ya que también resulta definida, recursivamente, a través de la superación de instancias anteriores, aun cuando el analista la tome como dato (hipotético) en una necesaria pero provisional segmentación analítica, siempre eliminable.

Esto lleva, también, a que, en la segunda y tercera etapa, tanto estas definiciones como los conceptos emergentes de los teoremas semióticos contruidos mediante la intervención de las operaciones correspondientes sobre las entidades previamente definidas-construidas, sean susceptibles de interpretarse atribuyéndoles *elementos no necesariamente predeterminados* en el contexto histórico-social. En este sentido, la articulación sistemática de los múltiples y complejos conceptos y funciones semióticas no requiere basarse en nuevas e inagotables premisas existencialmente predefinidas, sino que tal articulación surge, mostrando la legalidad de su funcionamiento, por *interpretación* de los respectivos teoremas o de sus derivaciones. Si, tras definir “forma” y “valor”, se prosiguiera con las definiciones de “sistema lingüístico”, “sistema icónico”, “sistema económico” o “discurso político”, “discurso fílmico”, etc., en el caso de la segunda etapa (sincrónica), y de “episteme”, “praxis”, “tradición”, “progreso”, etc., en el caso de la tercera (diacrónica), se estarían incorporando nuevas premisas respecto de las cuales habría que establecer la razón de por qué ésas y no otras, además de tener que enunciar sus definiciones existenciales, las que difícilmente satisfacerían todos los criterios. Por el contrario, introducidos como interpretación de los esquemas definicionales o de los teoremas, los conceptos ejemplificativamente mencionados tan sólo deberán probar la correspondencia de su funcionamiento (en el universo histórico-social de los objetos semióticos) con el funcionamiento lógico de las variables con que se han construido los enunciados formales. A su vez, la adecuación de estas últimas dependerá de su capacidad de dar cuenta de los fenómenos cuya significación se ha problematizado al elegirlos como objeto de estudio. Permite, también, que otros investigadores propongan otros elementos del universo semiótico como interpretación y puedan acotar los límites de la interpretabilidad de los enunciados lógicos propuestos, enriqueciéndose, de ese modo, el conocimiento del sistema teórico de la semiótica, de su ca-

pacidad de adaptación y de la exigencia de su superación, como metodología de base en ciencias sociales.

2. *Forma*

2.1. *Desarrollo lógico*

Def. 1: “Forma”: la existencia posible del resultado de una percepción sensorial.

Simbolización: “F”; en su particularidad: “f_a”, “f_b” ..., “f_n”; como símbolo de cualquier forma particular: “f_x”; como conjunto o universo de formas relativamente homogéneas: “F”.

2.2. *Interpretación*

La definición del término “forma” pone de relieve su carácter de premisa. Se trata de un enunciado existencial que supone un contenido empírico específico. Desde la perspectiva semiótica, la forma constituye la materia prima del trabajo de interpretación, luego de haber sido resultado del trabajo (por lo general, no consciente pero socialmente condicionado) de percibir. “¿No es acaso la percepción un procedimiento operativo regido por reglas socialmente inducidas?”, se pregunta retóricamente F. Rossi-Landi (1985: 158) para provocar la evidencia de una respuesta afirmativa.

¿Cuál es la extensión del dominio que podrá conferirle un contenido semántico al símbolo “f”? o, lo que es semejante, ¿puede enunciarse intensionalmente un conjunto de características de ese resultado de la percepción al que se denomina “forma” de modo que, pese a su abstracción, pueda identificar determinados referentes como los abarcados o contruidos por tal término?

Lo primero que puede decirse es que *toda forma tiene ya historia*. Todo lo percible se percibe porque ya está interpretado y así la forma viene a ser una bisagra que media entre la percepción y la interpretación y permite la transformación de la primera en la segunda. Los tres términos involucrados “percepción”, “forma” e “interpretación” constituyen una totalidad cuyo primer sustrato objetivo es la forma, lo que no la excluye de dicha totalidad sino que meramente la afirma como lo efectivamente observado. La conciencia de esta totalidad ha sido asumida ya por la teoría cuántica al de-

clarar sin sentido “decir, por ejemplo, que hay un ‘objeto observado’ en interacción con el ‘instrumento de observación’” (D. Bohm, 1979: 430) ya que “el sistema individual no puede en principio separarse de las condiciones experimentales” (Bohr, citado en J. Bub, 1979: 452). La historia de la cultura de cada sociedad ofrece a sus integrantes instrumentos de observación constituidos por los enunciados (y sus reglas de producción) mediante los que se atribuye significación al mundo. Así existe una historia de las formas observables inescindible de la historia de los modos posibles de enunciación. Esta modificación histórica y social de las formas percibibles en distintos momentos y por distintos grupos elimina la posibilidad de considerar a algún tipo de realidad de las formas como depositarias finales de algún tipo de verdad.

Otra característica de la forma consiste en que *su pertinencia depende de la significación que se pretende construir o se ha construido efectivamente* y, en definitiva, desde la perspectiva metodológica, del objetivo que se propone una determinada investigación. La forma es, pues, el elemento de referencia para establecer determinadas relaciones que serán las que, en definitiva, construirán la significación. Se excluye, así, la pretensión de una correspondencia biunívoca entre forma y contenido. El contenido significado no lo es de *una* forma sino de una relación que puede establecerse entre, al menos, *dos* formas. Pero esto pertenece al próximo tema; lo que ahora interesa es que, mediante la actividad perceptual, el intérprete fija la identidad y la extensión de las formas que va a poner en relación para interpretarlas como productoras de determinada significación; esa identidad y extensión seleccionadas es una de entre todas las posibilidades de identidad y extensión (para la puesta en relación) provistas mediante el aprendizaje social. Realizando la observación del mismo fenómeno, otro intérprete quizá seleccione alguna de esas otras posibilidades de identidad y extensión porque desea o ve posible o tiene el hábito de extraer otra clase de conclusiones, o sea, de atribuirle un significado distinto al fenómeno en cuestión. Este tipo de reflexión constituye el eje del pensamiento de N. R. Hanson al tratar “la observación” como problema: “Quizá puede tener sentido decir que ambos observadores no ven la misma cosa, no parten de los mismos datos, aunque su vista sea normal y los dos perciban visualmente el mismo objeto” (Hanson, 1977: 78), hipótesis que va fundamentando hasta poder concluir que “en cierto sentido, entonces, la visión es una acción que lleva una ‘carga teórica’” (*Ibidem*: 99).

No puedo, por el momento, responder a ciertas objeciones de ambigüedad que podían formularse al párrafo precedente. ¿De qué formas se está hablan-

do? ¿De las formas de los fenómenos o de las formas de los enunciados mediante los que se produce la significación de tales fenómenos? Quien haya leído con cierta atención la “Introducción” podrá dejar, al menos provisionalmente, tales objeciones en suspenso. En especial, porque se trata de una falsa oposición y, entre otros motivos, porque ninguna semiosis es necesariamente “mundo” o “lenguaje”, o sea, “semiosis sustituida” o “semiosis sustituyente”, sino que eso también depende de las opciones que pueden realizar las distintas prácticas sociales. Por ello, las anteriores reflexiones son válidas, tanto referidas a la percepción de los fenómenos enunciables (y que se percibirán según alguna(s) enunciación(es) precedente(s)), como a la percepción de los fenómenos que los enuncian; en uno y otro caso se trata de fenómenos semióticos.

En resumen, la expresión semiótica “f” mantendrá su univocidad en los sucesivos enunciados lógicos en los que intervenga. Pero, en su interpretación, habrá de atribuírsele un contenido fundamentalmente dialéctico: aquel resultado de una percepción cuyos límites están establecidos por las posibilidades provenientes del concreto proceso histórico-social y por las posibilidades semánticas histórico-socialmente vigentes en determinada sociedad (o sector social). La expresión lógica “f” tiene muchos posibles contenidos (dentro de márgenes empíricamente finitos) y la selección de alguno de tales contenidos, por parte del investigador (y de modo, posiblemente, no consciente por parte de cualquier intérprete) responde a una hipótesis de trabajo que es uno de los aspectos que habrá de probarse en el trascurso de la correspondiente investigación: que dicha forma (en la práctica, un determinado universo de formas) al ponerse en relación con otra forma (perteneciente a ese mismo universo de formas) adquiere un valor que se integra en una relación de sustitución con otro valor (producido por interrelación de formas pertenecientes a otro determinado universo) para dar lugar, así, a una significación que es la superación de precedentes relaciones de sustitución.

Una observación complementaria. Esta forma, aquí planteada como comienzo de un orden de despliegue del desarrollo lógico y de la práctica metodológica, no difiere, en su definición, de la forma a la que habrá de llegarse tras el proceso de la investigación semiótica (véase, en el comentario al último teorema semiótico, la observación sobre la homología entre la forma lógica de la *identificación* del objeto semiótico y la forma lógica de su *significación superadora*). Ello se debe a que cualquier forma efectivamente percibida puede tomarse, en una investigación semiótica, como dato o información o *forma hipotéticamente inicial* destinada a servir como punto de re-

ferencia para el establecimiento de aquella otra u otras formas frente a las cuales se identifica como lo negado y, así, poder proponer la forma semiótica posible que supere la contradicción actual; pero, también (e incluso, en última instancia, necesariamente), cualquier forma efectivamente percibida puede tomarse, en una investigación semiótica, como problema o *forma hipotéticamente final*, en cuanto forma superadora de las formas efectivamente utilizadas, precedentemente, en otro determinado momento histórico de una sociedad dada. Esta doble calidad de cualquier forma percibida: ser final de un proceso de significación y principio de otro, no excluye la necesidad de seguir el orden de exposición del desarrollo lógico y de la práctica de investigación que aquí se propone. La inmediata evidencia de la significación, socialmente intercambiada, no autoriza a tomarla, en su totalidad ya producida, como punto de origen de la investigación o del conocimiento de dicha significación. En este tema, continúa vigente la respuesta hegeliana a la eventual pregunta: “¿por qué, si es así, no se ha comenzado por ella?” que, formulada a la *noción* respecto del *ser*, puede parafrasearse para la significación respecto de la forma (asumiendo el riesgo de la transformación que, respecto de sus fundamentos filosóficos, ello implica): “...se presentaría la cuestión de saber lo que hay que entender por ser y por esencia (*por forma y valor*) y cómo el ser y la esencia (*la forma y el valor*) vienen a juntarse en la unidad de la noción (*la significación*). Pero, comenzando por la noción (*la significación*) se comenzaría según el nombre y no según la cosa. El verdadero comienzo consistirá en empezar por el ser (*la forma*), como lo hemos hecho; (...) nosotros hemos considerado el ser y la esencia (*la forma y el valor*) en su desenvolvimiento dialéctico especial y los hemos pensado como absorbiéndose ellos mismos en la unidad de la noción (*de la significación*)” (Hegel, 1973, Zusatz al CLIX; añado los paréntesis como paráfrasis semiótica).

En resumen, afirmar la historicidad de la forma implica hacer consciente que ninguna forma lo es apriori o esencialmente; es el resultado del aprendizaje de ver (identificar) y de delimitar (excluir) vigente en cada momento de cada sociedad (o grupo social o clase). A la existencia posible del resultado de este ver y delimitar es a lo que aquí se llama “forma”.

Esta consideración inicial de la forma y la doble dirección que postula toda investigación semiótica (hacia el establecimiento de la contradicción superada y hacia la detección de la nueva contradicción en que habrá de incurrirse) fundamentan la consideración de la semiótica como metodología de base en ciencias sociales. Proporciona la base analítica para la recuperación histórica y/o la proyección hacia el futuro del proceso de producción, circulación

e interpretación de determinada significación atribuida a determinado fenómeno, en determinadas circunstancias y por determinado grupo social, lo cual es inherente a todas y a cualquiera de las disciplinas sociales.

2.3. *Práctica metodológica*

Tras haber identificado un determinado problema en un concreto objeto de estudio y sólo a condición de haber efectuado tal identificación, el investigador se encuentra en condiciones de poder formular su hipótesis de trabajo inicial acerca de las formas a partir de las cuales comenzará a trabajar.

Esta hipótesis la formula el investigador como consecuencia de dos procesos que se producen de modo, por lo general, intuitivo o, al menos, no consciente. Uno de ellos tiene que ver con cierta *anticipación* de la significación buscada. Habiendo problematizado determinada significación social (lo que incluye, en su caso, a determinada significación académica o científica), el investigador procede a seleccionar determinadas formas observables en enunciados y/o en fenómenos extralingüísticos (lo que, de ahora en adelante, designaremos como “semiosis” sin diferenciación y en la cual, posteriormente, reintroduciremos la diferencia como “semiosis sustituyente(s)” y/o “semiosis sustituida(s)”), suponiendo que tales formas observables son las que intervienen, a través de los desarrollos cuya efectiva operatividad le corresponderá probar, en la producción de la significación que constituye su objeto de estudio. El otro tiene que ver con algún tipo de *recuperación* de la experiencia profesional del propio investigador y/o, según los casos, de la memoria individual o colectiva del grupo social de pertenencia de dicho investigador. En este caso, el investigador selecciona determinadas formas observables en determinadas semiosis por parecerle que son asimilables a otras cuya eficacia, en la producción de problemas de la significación similares a los que estudia, ha experimentado o respecto de las cuales lo que ha experimentado es la dificultad en explicar la producción de determinada significación por haberse omitido el tomarlas en consideración. De cualquier modo, la selección de las formas que considera importantes para la solución de su problema responde a una mera hipótesis cuya prueba pesa sobre él y que sólo resultará admisible en la medida en que logre resolver el problema que ha formulado. No es necesario que justifique, en este momento inicial de la investigación, las formas sobre las que va a trabajar ni, quizás, ello sería posible, más allá de dar testimonio de las anticipaciones y recuperaciones que se acaban de mencionar; el acierto o el fracaso de esta opción inicial quedará establecido, como condición necesaria y suficiente, en caso de fracasar su intento de explicación, y como condición necesaria pero no suficiente, en caso de tener éxito.

¿Constituye esta etapa de selección de formas hipotéticamente pertinentes una instancia pre-científica de la investigación? En los formularios habituales de las investigaciones institucionalmente subvencionadas, la pregunta se concreta en la exigencia de desarrollar determinados comentarios críticos a los tratamientos preexistentes del mismo o semejante problema o de evidenciar la adecuación entre la información que manejará el investigador y los objetivos que se propone alcanzar. Pero en ningún caso están destinadas a obtener una evaluación de la estructura de la investigación (de otro modo, la realización de la investigación sería una cuestión más bien retórica, ya que al saberse lo que estuvo mal hecho o lo que hay que hacer para hacerlo bien, ya se conocería su resultado), sino para obtener una evaluación del propio investigador; aun con este objetivo su utilidad es muy relativa, ya que tan sólo se trataría de identificar afinidades y discrepancias respecto de determinadas ortodoxias científicas.

La eventual científicidad del proceso intelectual mediante el cual el investigador selecciona las formas que considera, hipotéticamente, pertinentes para alcanzar la explicación del proceso de producción, comunicación e interpretación de determinada significación, se vincula con la temática de la “lógica del descubrimiento”, inicialmente propuesta por H. Reichenbach (1938) y anticipada por lo que C. S. Peirce había denominado indistintamente “abducción” o “retroducción” (si bien considera a este último término como más preciso en la traducción del $\alpha\nu\alpha\lambda\omega\gamma\eta$ aristotélico: 1.65).

No pretendo terciar en la discusión acerca del rigor lógico y la utilidad cognitiva de esta operación intelectual que N. R. Hanson intentó rescatar como estructura explicativa de la lógica del descubrimiento (Hanson, 1977: 51-4; F. Suppe, 1979: 194-8) y que para S. Toulmin no soluciona el problema al que más se aproxima: el de establecer “en qué consiste la racionalidad del procedimiento científico cuando los problemas conceptuales y los cambios en cuestión son esencialmente no-matemáticos e informales” (S. Toulmin, 1979: 668). Creo, sin embargo, que puede encontrarse, para la abducción o retroducción, un ámbito de especificidad y adecuación más concreto que el de una mera “estrategia del conocimiento” como, siguiendo una expresión del propio Peirce (1.139), le reconoce H. Parret (1983: 27), y menos intuitivo que la mentalidad detectivesca que T. A. Sebeok y J. Humiker-Sebeok (1979: 240 ss.) le atribuyen al propio Peirce en un brillante paralelo con la mentalidad semiótica atribuida a Sherlock Holmes.

Tentativamente puedo sugerir que las características que Peirce le confiere a la *abducción* se corresponden con las *exigencias de racionalidad inheren-*

tes a la elaboración de un proyecto de investigación. Puede desorientar el hecho de que haya ubicado a la abducción a un mismo nivel con la inducción y la deducción como una de las “tres clases de razonamiento en ciencia” (1.65), vinculándolas, respectivamente, con la probabilidad (inductiva), la necesidad (deductiva) y la expectabilidad (abductiva) (5.194); pero advirtiéndolo que “la inferencia abductiva (...) está absolutamente más allá de la crítica. La sugerencia abductiva nos llega como un fogonazo. Es un acto de *comprensión (insight)*, aunque de una comprensión extremadamente falible” (5.181); no debe sorprender esta admisión amplia de la “falibilidad” vinculada a este tipo de razonamiento científico, ya que Peirce insiste en el carácter “eminentemente falible de todos los signos usados por una inteligencia ‘científica’” (2.227), lo que ha llevado a identificar su actitud epistemológica como “falibilismo” (J. R. Newmann, 1974: 25; A. J. Ayer, 1986: 138).

La abducción parecería, no obstante, poseer una estructura lógica interna, como la que puede afirmarse de la inducción y la deducción, identificable, definible y utilizable. En este sentido recuerda Peirce que “la abducción, pese a estar muy poco trabajada por las leyes lógicas, es inferencia lógica, estableciendo su conclusión sólo como problemática o conjetural, ello es cierto, pero teniendo, sin embargo, una forma lógica perfectamente definida” (5.188). El desarrollo explicativo de lo que es la abducción lo logra Peirce, con particular eficacia, al relacionarla con el análisis de “las conjeturas racionales” (1.608), refiriéndola a “*il lume naturale* que iluminó las huellas de Galileo” (1.630) y, en especial, al establecerla como etapa necesaria para la formación (2.623) o adopción (7.202) de hipótesis. Se constituye así en el instrumento conceptual para la elaboración de un proyecto de investigación: “este escalón hacia la adopción de una hipótesis, en cuanto sugerida por los hechos, es lo que llamo *abducción* (...), resulta axiomático que una hipótesis adoptada por abducción sólo puede *adoptarse en prueba*” (7.202); por eso, una vez que ha cumplido su eficacia, “la retroducción no aporta seguridad. La hipótesis debe probarse. La prueba, para que sea lógicamente válida, debe iniciarse honestamente, no con el escrutinio de los fenómenos, como se inicia la retroducción, sino con el examen de las hipótesis en cuanto muestra de todas las clases de consecuencias condicionales y experimentales que pueden seguirse de su verdad...” (6.470). De este modo, la retroducción interviene tanto para la formulación de las hipótesis a partir de los hechos que ya conoce el investigador, como preparando el proceso de su prueba a través de los pasos observacionales y/o experimentales que requieran las consecuencias que de tales hipótesis se deriven; y no en otra cosa consiste el proceso de elaboración de un proyecto de investigación.

En el umbral de la investigación en que se encuentra el investigador al iniciar esta etapa que, por cuanto antecede, he denominado acrónico-abductiva, debe comenzar su tarea seleccionando las formas que habrán de conducirlo a la explicación que busca. Hasta el momento ha realizado las siguientes operaciones: definió un problema, formuló su(s) hipótesis acerca de la solución de dicho problema y enunció los pasos mediante los que espera probar tal(es) hipótesis. Todo esto ha estado en el ámbito de la *conjetura*, dándole a esta conjetura cierta forma de racionalidad, que es para lo que afirmo que ha seguido, de modo consciente o no, las pautas de la abducción peirceana; o sea, posee un proyecto de investigación. Al adoptar abductivamente (ya que conjetura racionalmente que va a resultarle de utilidad) la metodología semiótica, debe formular una nueva hipótesis: la relativa a las formas que supone que intervienen en la producción, circulación e interpretación de esa determinada significación que previamente ha problematizado. Una vez seleccionadas dichas formas, deberá ir probando que las sucesivas operaciones a las que las somete producen el estado problemático de la significación que anticipó y que las transformaciones derivadas de dichas operaciones son las que efectivamente han ocurrido en la sociedad en las que estudia a tales formas y a tal significación. Que esas formas son pertinentes a su investigación no pasa de ser una conjetura y puede resultar falsa. Mediante la reflexión abductiva se puede *reducir el riesgo*, no eliminarlo. Las formas elegidas deberán resultar ser (tal la carga de la prueba que recae sobre el investigador) determinaciones mediadas de la significación final, o sea parte transformada pero persistente en el contenido de dicha significación. Aquí mi lenguaje se hace dialéctico, pero esto no debe extrañar conociendo la conflictiva relación de amor-odio que mantuvo Peirce con la filosofía de Hegel. En los propios términos de Peirce: “No puede admitirse una inferencia abductiva hasta que todo su contenido esté presente en las premisas” (5.189). Como resultado de su abducción, el investigador conjetura que esas y no otras son las formas que participan en las relaciones fundamentales y críticas que *prevé* que constituyen la significación en estudio. Por tanto, supone determinada estructura en la significación que investiga y es esa estructura (plantada como problema) la que tiene presente al seleccionar su corpus inicial de formas. No existe un camino ingenuo (en cuanto empíricamente objetivo y no comprometido) que conduzca a algún lugar desconocido. Para la ciencia (y, en especial, para las ciencias sociales) sólo hay caminos para llegar a donde se quiere estar. Si Caperucita Roja no hubiera querido encontrarse con el lobo, no hubiera elegido el camino del bosque.

3. Valor

3.1. Desarrollo lógico

Def. 2: “Valor”: la relación entre (al menos) dos formas.

Simbolización: “u”; en su particularidad: “u_a”, “u_b”, ..., “u_n”; como símbolo de cualquier valor particular: “u_x”; como conjunto o universo de valores pertinentes a un determinado universo de formas relativamente homogéneas: “U”.

3.2. Interpretación

Lo que aquí se denomina “valor” y se representa como “u” es, sólo, *la(s) posibilidad(es) relacional(es) sintáctica(s) que se atribuye(n) a determinada(s) forma(s)*. Dista mucho, todavía, de la habitualmente denominada “significación”, pero interviene necesariamente en su producción. Para describir este primer nivel valorativo del proceso de producción (y/o, como se verá, de transformación) de la significación, he optado por la formulación simbólica:

“u” ≡ “R₂ff” o, en su particularidad: “u_x” ≡ “R₂f_af_x”

Su lectura establece que hablar de “valor”, semióticamente, requiere la determinación (como mínimo lógico) de *una relación diádica entre formas*. En principio, de cualquier forma con cualquier forma, incluso consigo misma.

No es la forma lo primario en la percepción (humana o sea interpretativa), sino la relación. En este sentido es más ilustrativa la expresión alemana de Wittgenstein: “*der Sachverhalt*” (recuperando el valor relacional de “*Verhältnis*”), que la versión inglesa “*atomic fact*”, de neta impronta russelliana, pese a las reflexiones justificadoras del propio Russell en el prólogo a la traducción inglesa del *Tractatus*: el mismo Wittgenstein se preocupa de definir “*der Sachverhalt*” como “*eine Verbindung von Gegenständen (Sachen, Dingen)*” (“una asociación de objetos (cosas, entes)”; Wittgenstein, 1973: 2.01). Desde otra perspectiva, pero coincidentemente, el primado de la frase sobre la palabra, en cuanto al hecho de que la capacidad para identificar unidades (palabras/signos lingüísticos) componentes de una estructura relacional compleja (frase/sintagma) es posterior a la disponibilidad previa de tales estructuras complejas, aparece, abarcando un amplio espectro filosófico, teórico y metodológico, tanto en Cassirer, al retomar la conclusión de Humboldt

de que “las palabras se desprenden del discurso” para fundamentar su propia afirmación acerca “de que no sea la palabra simple sino la *oración* el elemento genuino y originario de toda configuración lingüística” (Cassirer, 1971: 290-1), como en la escuela francesa del Análisis del Discurso, buscando, en este último caso, su caracterización enriquecida a través del “aparato formal de la enunciación” (Marandin, 1979: 27). Este relegamiento del estudio del signo en beneficio de la problemática relacional de unidades más complejas se ve reforzado desde las perspectivas estructuralistas que llegan, en algunos casos, a rechazar al signo como módulo adecuado para la segmentación de la frase (Benveniste, 1966: 43), como también desde las perspectivas pragmáticas, tanto las que tienen su fundamento en la psicología (como la hipótesis de Fodor y Bever, 1967: 327, de raigambre distribucionalista), como las que lo buscan en la lógica (como la recuperación “de la tesis fregeana de la primacía de las frases” y “de la importancia que –Bakhtin– otorga a la expresión”, en Callinicos, 1988: 273ss.). También el enfoque predominantemente operativo de la inteligencia artificial, pone al día el tema de las relaciones entre formas al asociar, en procura de un espacio epistemológico pertinente, los desarrollos alcanzados en la disciplina conocida como “reconocimiento de formas” (*Pattern Recognition*) con la posibilidad de formalizar los procesos de resolución de problemas y de representación y comprensión del conocimiento (Le Moigne, 1986: 46), así como va exigiendo la formulación, igualmente operativa, de nuevos conceptos relacionales que abarquen formas y conjuntos de formas cada vez más complejos (como es el caso, en Borillo, 1986: 256, del “hipertexto”, capaz de abarcar “la perspectiva de un texto multisensorial”).

La importancia de lo relacional es, también, fundamental para Peirce, ubicándolo en el ámbito de su segunda categoría, con autonomía de signo bajo la designación de “Dicisign or Dicent Sign” con la que identifica a una proposición o cuasi-proposición (2.250) y estableciendo la condición de su contextualidad para que pueda constituirse “en signo de verdadera existencia” (2.251). No obstante, la primera y más simple característica que se observa en algo “cuando se presenta ante la mente” es, para Peirce, exclusivamente, su inmediata presencia (*presentness*). Esta focalización de la cosa “que es como es, ignorando completamente todo lo demás” se vincula con su criterio de establecer como primera categoría la cualidad de sentir: “*the quality of feeling*”, “o lo que es tal como es positivamente y sin considerar nada más” (5.44). Pero ello está en posible contradicción con el comienzo de ese mismo párrafo en que organiza estos conceptos partiendo del supuesto: “Cuando algo se presenta ante la mente...”, ya que lo que se presenta ante la mente no puede ser (y aquí la crítica a Peirce) alguna forma de *sensación pura*, sino alguna

forma de conocimiento o conciencia de esa sensación (al menos para la mente humana) y, por tanto, se presenta ya como semiosis o sea, ya interpretada y, por tanto, puesta en alguna relación. Por supuesto, Peirce diferencia estos dos estados posibles de la sensación: “la sensación es simplemente una cualidad de la conciencia inmediata” (1.307); “no podemos adquirir conocimiento de ninguna sensación mediante la introspección, ya que la sensación se vela completamente por la introspección, por la concreta razón de que pertenece a nuestra conciencia inmediata (...); todo lo que un hombre tiene inmediatamente presente es lo que está en su mente en un instante presente (...). Pero cuando se pregunta por el contenido de ese instante presente, su pregunta llega siempre demasiado tarde” (1.310). En esa instancia, en cuanto conocimiento, Peirce ya hace intervenir a la relación: “sólo podemos *conocer* una cualidad mediante su contraste o su similitud con otra” (1.522; el destacado es mío); pero esta relación de contraste o similitud que hace aparecer la necesidad de un *correlato* es constitutiva de la segunda categoría, reafirmando como primera y base de su sistema teórico a la sensación, a la que hace corresponder con la cualidad y/o la posibilidad. La fugacidad, inestabilidad e incognoscibilidad de ese eventual contenido de la “conciencia inmediata” adscribe la primeridad peirceana al ámbito de la metafísica (o del inconsciente) en cuanto supuesto ideal de las operaciones cognitivas. A este origen incognoscible contrapongo la necesidad de una inicial percepción de lo relacional (de la que, posteriormente, podrán desgajarse los funtores o entidades relacionadas) en cuanto origen elemental de toda semiótica considerada como la actividad humana interpretativa.

La expresión “ R_2ff ” constituye una reducción lógica que enuncia la relación mínima necesaria y suficiente para la producción de un valor. El aporte semiótico de esta definición de “valor” consiste en que formula la exigencia metodológica de *recuperar la relación* en virtud de la cual, en determinado momento de determinada comunidad, se percibe de determinado modo (se atribuye determinada significación) a determinadas formas. Con esto se problematiza la significación establecida. El *nombre* de un valor (ético, político, estético, económico, etc.) adquiere, en cada coyuntura histórica, un sentido: se ideologiza. Es una transparencia (en sentido lingüístico) conveniente para el mantenimiento de alguna hegemonía ideológica, pero que impide su cuestionamiento y su crítica, así como trata de impedir su transformación. La propuesta crítica fundamental de la semiótica radica en el opacamiento (también en sentido lingüístico) de esa transparencia aparentemente incontrovertible y esencial o sea, en el opacamiento de las verdades necesarias. Desde el origen de la semántica moderna, quedó establecido el vínculo entre “el orden de las

palabras” y la producción de determinada y no otra significación: “toda perturbación en la construcción arriesga alterar el sentido. Son conocidas esas cerraduras con secreto, cuyo mecanismo funciona a condición de que se dispongan las piezas según un orden previamente establecido. Nuestras lenguas modernas son algo así. Modificad el orden: o se modificará el sentido o se dejará de comprenderlo” (Bréal, 1924: 220). Se trata entonces de restablecer la identificación y el orden con que se han relacionado determinados significantes, ya que esos determinados significantes, en esa determinada relación, son los que han recibido ese nombre (el de algún valor); y la aceptación (didáctica y/o dogmática) del nombre encubre la aceptación de relaciones que, por lo general, han quedado olvidadas o se mantienen desconocidas (al menos para los usuarios cotidianos y desprevenidos de las semiosis vigentes en determinada comunidad). La *creencia* es una necesidad social, pero su contenido (los valores que la constituyen) no es la verdad necesaria, si bien trata de protegerse mediante la sacralización de los nombres que designan a tales valores. El instrumento metodológico para la crítica básica de las creencias sociales consiste en este proceso de recuperación de la efectiva relación entre formas que está tras el nombre de un valor. No es pues admisible ningún tipo de definición sustancialista del concepto de “valor”; estas tratan de independizarlo del hombre, ya bien como una estoica conformidad con la naturaleza o ya bien con un kantiano *a priori* trascendental. La metodología semiótica es más afín con una metafísica relativista; pero no en un sentido nietzscheano de inversión de valores o sustitución de lo apolíneo por lo dionisíaco; tampoco en un mero sentido situacional (R. Frondizi, 1958: 127); sino, dentro de ese marco situacional, socio-histórico, especificándose como la semántica de un mundo posible y efectivamente enunciable; o sea, como las opciones posibles entre modos distintos de construir significados diferentes; y, por supuesto, incluyendo aquella necesidad social de la adhesión ideológica o de la creencia en alguna(s) de entre esas formas posibles de construcción.

Pareciera que me he deslizado desde el problema (lógico-)sintáctico de la producción de valores (en el interior, por tanto, de un lenguaje o semiosis), hacia el problema (metafísico-)semántico de la adhesión a determinados valores (en el interior, en este caso, de una ética o ideología). Lo considero inevitable, ya que según el lenguaje que se utilice o el modo en que se utilice determinado lenguaje se producirán unos u otros valores. Sintaxis, semántica y pragmática no son sólo tres *partes de la semiótica* diferenciables a partir de “los tres correlatos (signo-vehículo, designatum, intérprete) de la relación triádica de la semiosis” (Morris, 1969: 84), sino tres *dimensiones de la semiosis*, “meros aspectos de un proceso unitario” (*Ibidem*, 86).

Así como no es posible aislar ninguno de esos tres niveles como objeto de estudio autónomo y autosuficiente (a este respecto, ver la crítica actual a la tripartición de Morris en Rastier, 1987: 12), tampoco hay “valores” sustanciales ni formales (universales) en ninguno de estos tres “niveles o dimensiones de la semiosis”. No hay un *valor sintáctico* sustancial ni formal (algún determinado fonema, morfema o sintagma) que preexista (lógicamente) a toda lengua o semiosis y, por tanto, que deba estar presente en ella (no obstante, en el actual momento de nuestra epistemología de la cognición, parece requerirse todavía, y en esta provisionalidad habré de utilizarla, una definición universal de la operación productora de lo sintáctico). No hay un *valor semántico* sustancial ni formal (alguna determinada referencia, en cuanto denotación, o algún determinado sentido; o, desde otra perspectiva, algún concreto ícono, índice o símbolo, en cuanto posibilidades diferentes de sustitución; o, desde otra, algún núcleo semántico) que preexista (lógicamente) a cualquier significado y, por tanto, que deba formar parte de cualquier sistema posible de significaciones (no obstante, en la contingencia mencionada, parece requerirse todavía, y en esta provisionalidad habré de utilizarla, una definición universal de la operación productora de lo semántico). No hay un *valor pragmático* sustancial ni formal (por ejemplo, alguna determinada estructura de enunciación, alguna locución, ilocución o perlocución, algún uso performativo de alguna semiosis) que preexista (lógicamente) a cualquier acto de habla o comportamiento semiótico cualquiera y, por tanto, que cualquier sistema posible de comunicación tenga que admitir (no obstante, y siempre con el mismo condicionamiento histórico, parece requerirse todavía una definición universal de la operación productora de lo pragmático y en esta provisionalidad habré de utilizarla).

Pero, no obstante lo dicho, todo valor sintáctico, semántico o pragmático, tanto sustancial como formal efectivamente vigente en determinada sociedad, requiere de la *preexistencia histórica* de determinados antecedentes relacionales de los que procede, reproduciéndolos o superándolos; ello implica, justamente, la restricción de lo universal (en su relativización desde la actual coyuntura del desarrollo del pensamiento científico) a las operaciones (semióticas) que lo producen. Como paráfrasis dialéctica de Morris (1969: 85) puede afirmarse que los *valores sintácticos* de alguna semiosis son relaciones posibles “implicadas” entre las formas significantes de tal semiosis en función de las posibilidades semánticas que habrán de configurar a su efectiva pragmática; los *valores semánticos* de alguna semiosis son relaciones posibles “designadas” entre pares de formas, un par perteniente a la semiosis sustituyente y el otro perteneciente a la semiosis sustituida, cada uno de tales pares históri-

camente seleccionado de entre las posibles relaciones implicadas por cada una de las syntaxis de dichas semiosis relacionadas con eficacia semántica; los *valores pragmáticos* de alguna semiosis son relaciones posibles “expresadas” entre pares semánticos pertenecientes a determinada actualidad, frente a otros pares semánticos precedentes y rechazados, lo que requiere la selección sintáctica que permita la construcción semántica (actual) que configure dicha expresividad. Con esto se ratifica la provisionalidad de los conceptos de sintáctica, semántica y pragmática, no sólo en cuanto a su diferenciabilidad y/o a la utilidad de tal eventual diferenciación, sino en cuanto al valor analítico de su diferencia; sólo como un intento más de llevarlos hasta el límite de su propia negación habré de utilizarlos en el presente estudio (creo, no obstante, que el uso que hago de los correspondientes términos no se corresponde ya con su significado histórico técnico lingüístico/semiótico).

En este párrafo, de algún modo, se sintetizan las operaciones fundamentales destinadas a *la producción y/o a la transformación de los valores*, desde una perspectiva semiótica. En él están implícitas (y este trabajo pretende ir las explicitando) las tres operaciones que caracterizan, en cada caso, cada una de las etapas por las que transcurre el proceso de producción de la significación (etapas metodológicas que no reconstruyen sino que son base para la explicación de un orden histórico diferente). Así, *la atribución* genera un valor relacional que permite la identificación de cada forma en cuanto a perteneciente a un sistema de formas interrelacionadas (de alguna semiosis sustituyente y/o sustituida). Una vez que se tienen (históricamente) organizadas determinadas semiosis (en cuanto conjuntos relativamente homogéneos de formas valoradas), la operación siguiente exige trastocar esta atribución de determinados valores a determinadas formas. En efecto, la operación de *sustitución* asigna las formas de los valores de uno de tales universos (que, en ese momento y por una opción histórica, se constituye en semiosis sustituyente) a los valores de las formas de algún otro universo, las que quedan, así, de determinado modo relacionadas (y que, en ese momento y por esa opción histórica, se constituye en semiosis sustituida). Finalmente, cuando se dispone de tales pares de valores (por interrelación de formas) sustituyentes y sustituidos, es posible, en un tercer momento, identificar nuevos valores (la exigencia histórica de otras relaciones entre formas que, por este mismo hecho, ya no son las precedentes) que sean producto de las contradicciones inherentes a las sustituciones previas; tal el efecto de la operación de *superación*. Recién en este punto puede afirmarse la presencia plena (pragmática) de la significación, en cuanto valor efectivamente producido y cuya identidad diferencial se produce por la consecuencia sincrónica y diacrónica de aquellas otras propuestas relaciona-

les alternativas; este nivel pragmático de la significación supera (utilizándolos) a los valores sustitutivos (semántica) que habían sido establecidos para, a partir de determinadas formas que tenían atribuidos determinados valores (sintáctica), dar cuenta (conocer) otros determinados valores (antes inapreciables) atribuibles a determinadas formas (antes imperceptibles): así la significación en un presente es siempre alguno de los mundos semióticos que fueron posibles en un pasado (efectivamente) histórico.

Gran parte de la ambigüedad y del reproche metafísico que se le imputa al problema de la significación (y que sigue entremezclado con la problemática de su verificabilidad; ver, por ejemplo, la exposición sintética que hace A. Papp, 1964: 15ss., del “criterio empirista del significado”) encuentra justificación en la equivocidad con que se usa este término para señalar, indistintamente (o sin la necesaria especificación), cualquier afirmación de valores que, con muy distintas consecuencias, pueden acontecer en cualquiera de estas tres instancias. Teniendo en cuenta, por el contrario, los resultados que, en la construcción de lo significativo, se van produciendo por la aplicación de las operaciones semióticas fundamentales, lo que habitualmente se abarca indiferenciadamente con el término “significación” queda distribuido en tres niveles que resulta indispensable diferenciar:

a) relaciones entre formas cuyo valor (en sentido saussureano, pero sin la ambigüedad con la que Saussure, 1972: 158-64, alude indistintamente a la representación de una idea y/o a la solidaridad entre los elementos de la lengua; Magariños de Morentin, 1983: 57ss.) se agota en las relaciones perceptuales que es posible atribuirles en el interior de un universo (o sistema, su provisionalidad histórica) de formas relativamente homogéneas: primer nivel, *sintáctico*, de la significación;

b) relaciones entre formas cuyo valor (sintaxis sustituyente) se constituye en función de su capacidad para *sustituir*, de modo biúnico (en el caso de las formalizaciones: interpretación lógica) o plurívoco (en el caso de los sistemas simbólicos en mayor o menor medida arbitrarios: interpretación semiótica), a las relaciones posibles (sintaxis sustituida) entre las formas de otro universo diferente: segundo nivel, *semántico*, de la significación;

c) relaciones entre formas cuyo valor actual proviene de la *superación* de las contradicciones inherentes (en cuanto relaciones necesariamente arbitrarias, también ahora en sentido saussureano pero teniendo en cuenta, en especial, la crítica que le formulan, por una parte Benveniste, 1966: 49-55 y, por otra, Gadet y Pêcheux, 1981: 51-59) a las sustituciones precedentes: tercer nivel, *pragmático o histórico*, de la significación.

3.3. *Práctica metodológica*

Quien se propone el análisis del proceso de producción, circulación, interpretación y transformación de la significación, habrá de encontrarse con una sociedad concreta y, por tanto, con historia, en la que acontece tal significación. La posibilidad del ingreso del niño o del ajeno en esa sociedad va precedida del aprendizaje al que se ha hecho referencia anteriormente: ver (identificar) y delimitar (excluir). Pero, simultáneamente, “la cultura ha privilegiado la manipulación de formas que, en el plano de la percepción, son ya muy precisas” (Groupe μ , 1989: 225), por lo que se requiere, también, el aprendizaje del manipuleo (material y/o intelectual) de las formas vistas y delimitadas. Esto no puede producirse sin el concurso, al menos, de dos semiosis: aquella desde la cual se aprende y aquella que se aprende. En el proceso analítico de la búsqueda de explicación del proceso de producción de la significación, se deben aislar, provisionalmente, ambas semiosis. Para ser interactivamente eficaces, una y otra relacionan determinadas formas propias (de la semiosis sustituyente que enuncia y de la semiosis sustituida en la que resulta construido el referente), de modo que el valor producido por las formas relacionadas en una de ellas sirva para dar cuenta del valor producido por las formas que resultan relacionadas en la otra. Esto permite analizar de modo (provisionalmente) autónomo la problemática de las relaciones entre formas como generadoras de (determinado nivel de) valores. Este estructuralismo (metodológicamente inicial y destinado a ser superado, ya que supone una hipótesis previa acerca de las características de la significación en estudio) conduce a “un análisis puramente formal, sintáctico, de la morfología (...), haciendo abstracción de la significación”. Si bien es René Thom quien advierte como peligrosa tal tentación estructural-logicista, él mismo admite como excepción “el caso en que uno se encuentre ante un sistema de signos desconocidos que se trata de descifrar”, situación en la que “debe adoptarse, al comienzo, una aproximación formalista; se trata de una necesidad metodológica” (R. Thom, 1980b: 197-8). En el caso de la investigación semiótica, esto coincide con su objetivo crítico: cuestionar lo conocido de los signos sociales, mediante el desciframiento del cruce de significantes de donde proceden y que resulta sistemática y cuidadosamente ocultado por la propia sociedad que los utiliza (ocultamiento del “abuso ideológico” al que se refiere R. Barthes, 1957: 9). El aprendizaje social comienza por el de determinadas significaciones como *presupuestos* (en sentido hegeliano); a partir de lo cual (con terminante prohibición de explorar su génesis; prohibición que se disfraza como descrédito por no manejar los conceptos y las abstracciones científicas adecuadas y como ridiculización por lo tedioso, innecesario o el alto costo de la

tarea de desarticular y reconstruir las obviedades con las que se piensa) puede (aunque socialmente “debe”, ya que se constituye en la precondition inexcusable) iniciarse cualquier tarea creativa o crítica (que, así, queda garantizadamente incluida en el sistema de valores vigente). Frente a esto, para el investigador que utiliza la semiótica, todo signo es “un signo desconocido que trata de descifrar”.

El valor producido por la puesta en relación de dos (al menos) formas es, en esta etapa, un *valor sintáctico*. Cualquier significación lo contiene (y lo oculta) como una determinación lógica de su proceso de producción. Por el carácter social de la significación (en cuanto producto destinado al intercambio), el trabajo de producirla tiene que recaer sobre una materia prima que esté disponible en determinada comunidad y dicho trabajo habrá de consistir en recortar y agrupar (manipular) esa materia prima según procedimientos (y para que resulten determinadas configuraciones) reconocibles en dicha comunidad. En esto radica el carácter socio-histórico de toda sintaxis, cualquiera sea la semiosis en la que se intervenga, y fundamenta el rechazo de todo universalismo, sustancial o formal, que determine *a priori* las posibilidades de producción y/o la eficacia significativa de las semiosis efectivamente vigentes en determinada sociedad. Parcialmente al menos, me aproximo aquí a la perspectiva desde la que Rossi-Landi critica el idealismo inherente a la “hipótesis de la relatividad lingüística” (Rossi-Landi, 1979: 140) y la imposición de límites cognitivos a la especie humana (desconociendo la posibilidad evolutiva de lo cognitivo) que implica la hipótesis chomskyana del “innatismo lingüístico” (Rossi-Landi, 1985: 263), contraponiéndole, a este último, la necesidad de una relación dialéctica de interacción entre organismo y ambiente (no limitado a un mecanicismo positivista, sino expandido a un simbolismo representativo), “donde las instituciones, los objetos y los individuos son productos del trabajo humano precedente” (1985: 266) y, al primero, el “poder auto-generativo del lenguaje” resultante de “la fuerza de trabajo de los hablantes” aplicada a “todo aquello que sirva para la producción lingüística” (1979: 162). Como plásticamente afirmaba Bréal: “por ser el lenguaje la obra del pueblo, es necesario, para comprenderlo, abandonar al lógico y hacerse pueblo con él” (Bréal, 1924: 233); no niega Bréal la existencia de una lógica en el lenguaje, por el contrario, la afirma explícitamente, pero “el lenguaje (...) desborda la lógica por todos los costados. Además, sus categorías no coinciden con las del razonamiento”, desalentando la búsqueda de “la noción fundamental expresada por el subjuntivo” o “la idea fundamental de un modo, de un caso, de una conjunción, de una preposición” (*Ibidem*: 225). Lo que Bréal anticipaba era la necesidad de otra lógica (que incluyera la dialéctica social) y de otro tipo de razonamiento (que abandonase el determinismo en favor de una capacidad

probabilística de predicción). Con este enfoque, el objeto de conocimiento en esta etapa inicial de la investigación semiótica está constituido por la materialidad de las relaciones entre formas que habrá que identificar, cuya regularidad y eficacia deberán probarse, hasta poder afirmarla como una *sintaxis* probabilística y constituyente, necesariamente vinculada a una comunidad o sector de la comunidad, a un momento histórico y a determinada coyuntura social y económica. El trabajo semiótico inicial de establecer el valor (sintáctico) emergente de las formas puestas en relación, no puede partir de consideraciones apriorísticas, modélicas o sustancialistas, sino de la observación del específico modo de relacionar formas que cumplen determinados sujetos (enunciadores e intérpretes), en determinado momento de determinada sociedad, al manipular las semiosis preelaboradas por otros sujetos según las posibilidades provenientes de las formaciones discursivas (en el sentido de Foucault y Pêcheux) que los constituyen. Ni tampoco el alcance de la descripción y/o de la explicación que pueda obtenerse va más allá de constatar el uso o el cambio efectivamente producidos, sin que pueda conferirse a los resultados de determinada investigación alcances pretendidamente universales. La concepción de la ciencia como la búsqueda de la unidad fundamental es una herencia aristotélica que conservó su esplendor hasta el desvanecimiento de la mentalidad alquímica, pero que sobrevive en las sombras provocadas por los luminosos hallazgos de la epistemología contemporánea, pese a la reflexión sobre la actualidad y la contingencia, mediante la cual un amplio arco de pensadores que van desde Kant hasta Foucault construyen la modernidad (Habermas, 1988: 98ss.).

Recapitulo brevemente. Una forma aislada no significa (ni podría percibirse). Aparenta, no obstante (porque así suele impartirse la enseñanza positivista-enciclopedista, primaria, secundaria y universitaria, de las ciencias sociales, al menos en general), significar algo, ostentar un contenido, que poseería en sí o esencialmente, pero que, en la efectividad de los hechos comunicacionales que producen lo social, constituye tan sólo (y justamente) la memoria histórica de su utilización o sea, de las relaciones en las que se la incluyó o se la viene incluyendo. Esta *memoria* es importante, pero en cuanto tal y no desvirtuada tras un cambio cualitativo (lo histórico convertido en inmanente y sustancial); ocultamiento peligroso e instrumento ideológico concreto que la metodología semiótica se preocupa por desmontar. Desposeída de esa “memoria histórica”, la significación es una totalidad vigente pero indiscernible e inexplicable, de fácil acceso y oscuras consecuencias, propicia, por tanto, a su utilización voluntarista por quienes la afirman o la niegan según intereses hegemónicos.

Atribuir a una forma una determinada significación, en cuanto, en mayor o menor medida, naturalmente necesaria, es una falacia. Cada comunidad, en cada época, pone a cada una de las formas (innumerables) de que dispone en determinadas relaciones con determinadas otras formas y/o excluye de determinadas relaciones a otras determinadas formas. Lo que la semiótica se propone es proporcionar los instrumentos metodológicamente adecuados para identificar, en determinado momento de determinada comunidad, las relaciones efectivamente establecidas entre formas efectivamente utilizadas; los instrumentos metodológicamente adecuados para contrastar estas relaciones con las otras (históricas) efectivamente excluidas, así como para explicar, mediante este juego de presencias y ausencias, la calidad de las significaciones efectivamente producidas y efectivamente vigentes (por más que se detecten o, justamente, por el hecho de detectarse, como diferentes o contradictorias, compartiendo, simultáneamente, un mismo escenario social como ámbito necesario de la pugna por el poder). Aceptando el supuesto de que toda sociedad está constituida por un conjunto de grupos humanos y que estos se identifican diferencialmente por las reglas simbólicas que utilizan en su actuación (Blache y Magariños, 1986: 5), nada impide comprender que identidades, exclusiones y reglas de manipuleo no constituyen una única totalidad, sino que coexisten (competitivamente) diversas propuestas (desde la variación hasta la contradicción) acerca de los modos de relacionar a tales formas para obtener tales resultados.

Identificar una forma determinada, excluir de tal identificación a otra como requisito necesario para dicha identificación, junto con la regla que establece cómo pueden (o no) asociarse físicamente (según las características simbólicas de utilización del espacio de que disponga dicha sociedad) constituyen las relaciones fundamentales según las cuales dicha sociedad produce lo que aquí denomino “valor”. Este valor proviene, por tanto, de lo que, en un momento determinado de una sociedad, *se sabe que puede hacerse* con determinado par de formas. En el espacio de este saber se despliega lo que *se quiere hacer* y se excluye, por contradicción lógica, lo que *no se sabe que puede hacerse* (no así lo que *no se quiere hacer*, necesariamente incluido en el ámbito de ese saber). El valor, como la posible relación entre dos formas, constituye, pues, *el mundo semiótico posible* de esa comunidad en ese momento histórico (Magariños, 1990b).

De aquí que el primer paso metodológico, una vez enunciado el problema pertinente en la correspondiente disciplina social, consiste en identificar las relaciones que producen la significación cuestionada o las que incluyen a la forma en estudio para llegar a atribuirle, en la efectiva comunicación vigente,

una u otra o varias (competitivas) concretas significaciones. O sea, el primer paso en una metodología semiótica (necesario pero no suficiente) es *la detección de las relaciones sintácticas* que vinculan las posibilidades de uso de una forma para la producción de determinadas significaciones.

4. Enunciados operacionales: consideraciones generales

Cualesquiera sean las características lógicas (abductivas, inductivas, deductivas o dialécticas) del pensamiento semiótico que se estén desarrollando, el siguiente paso, después de haber formulado los enunciados definicionales básicos (los correspondientes a “forma” y “valor”), consistirá en identificar y definir las *operaciones necesarias y suficientes* que se requieren para generar nuevas entidades semióticas, a través de la producción (lógica o empírica) de los correspondientes teoremas semióticos y a partir de los conceptos predefinidos que se posean.

Las operaciones que deberán utilizarse en la construcción de una Teoría Semiótica (y/o en su aplicación metodológica) se distribuyen entre aquellas que son comunes a todas las etapas de la reflexión semiótica y aquellas que son específicas a cada una de ellas. La propuesta que, tentativamente, aquí formulo es la siguiente:

Operaciones comunes:

Recurrencia

Articulación

Integración

Operaciones específicas

a) de la etapa lógico-abductiva:

Relación de acronía

Atribución

b) de la etapa dialéctico-sincrónica:

Relación de sincronía

Sustitución

c) de la etapa dialéctico-diacrónica:

Relación de diacronía

Superación

Sin entrar, todavía, en un desarrollo acerca de las características de cada una de estas operaciones (lo que se realizará en los apartados correspondien-

tes), parece conveniente formular algunas apreciaciones acerca de estos dos grupos de operaciones.

En principio una precisión sobre el uso que hago del término “operación”. Se encuentra muy próximo al sentido en que lo utiliza Gardin y, por tanto, puede incluirse en la perspectiva con que enfoca una “epistemología práctica de las ciencias humanas”. Estas, para Gardin, deben revestir el carácter de “construcciones científicas” en las que los datos y las operaciones ocupan lugares y desempeñan funciones precisas y explícitas: “los datos... no son los datos empíricos, es decir los fenómenos o los objetos mismos de la observación, sino datos simbólicos considerados como representaciones convenientes de aquellos para las necesidades de la construcción que se pretende” (1987a: 30); es necesario fijar “con la misma precisión la naturaleza de las *operaciones* que establecen el paso de los datos iniciales a las proposiciones finales de la construcción”, o sea “indagar, en o a través del texto, las proposiciones intermedias P_i , cada una de las cuales marca una etapa del razonamiento, entre las proposiciones iniciales P_0 de la base de datos y las proposiciones terminales P_n de la conclusión; a continuación, en resumir estas proposiciones en cadenas orientadas $P_0, P_1, P_2...P_n$, tales que puedan percibirse claramente las operaciones de derivación sucesivas $P \rightarrow P_{i+1}$ que determinan la construcción, tanto su contenido como su forma” (*Ibidem*, 32-33).

Las operaciones, pues, que ahora sintetizo nocionalmente y que se irán viendo en detalle sucesivamente, son explícitas intervenciones cognitivas en determinadas formas y sus relaciones (o valores) o en determinados pares o pares de pares de tales formas y valores. Tales operaciones impulsan un proceso finito (o de un número determinado de pasos) y permiten su tratamiento como “funciones computables” que implican verdaderos “cambios mentales” y que han sido llamadas por Putnam (1965: 52) “procesos *n*-probatorios” (*n-trial procedures*).

Bajo la expresión “*operaciones comunes*” se identifica un conjunto de comportamientos cognitivos que son, en todos los casos, necesarios para la producción de la significación; lo son concurrentemente, pero no son determinantes de la transformación diferencial de cada etapa.

La *recurrencia* establece la necesidad de incluir, en las identificadas como “operaciones específicas” de cada etapa (salvo, por definición, en el caso de la primera) el resultado alcanzado por las operaciones específicas de la etapa precedente, así como (en un sentido más trivial, pero pragmáticamente exigido) la necesidad de aplicar más de una vez dichas operaciones específicas.

La *articulación* y la *integración* son un par de operaciones necesarias, respectivamente, para la disponibilidad de determinadas posibilidades combinatorias y para la realización de esas mismas combinatorias; constituyen, pues, las operaciones necesarias para la constitución, respectivamente, de “sistemas” y de “textos” (en el sentido diferencial más genérico de estos términos). De manera general, sin entrar a su definición ni caracterización lógica, con “articulación” (en una acepción muy diferente a la que es tradicional a partir del uso que hace de él Martinet, 1968: 9ss; 1972: 20ss) aludo a la operación de disponer los signos según las relaciones virtuales en algún sistema; con “integración” aludo a la operación de disponer los signos según las relaciones actuales en algún contexto. Respecto de ellas se plantea el tema de su orden lógico, histórico y operativo. En la construcción *lógica*, la articulación precede a la integración, por cuanto las reglas de formación y transformación deben fijarse con anterioridad a la escritura de las fórmulas y de su desarrollo deductivo. Desde el punto de vista *histórico*, articulación e integración coexisten, si se toma en cuenta un momento determinado, con la observación de que no constituyen necesariamente un sistema de relaciones interdependientes, sino que la integración sensorialmente perceptible en un momento determinado puede (suele) concretar una articulación que estuvo vigente con anterioridad, mientras en ese mismo momento ya existe la posibilidad (que ocasionalmente se actualiza en integraciones esporádicas y, por lo general, consideradas como inaceptables; es decir, creativas) de otra articulación cuya producción de integraciones se desplaza hacia el futuro. En su consideración *operativa*, la articulación y la integración se especializan ordenándose según el proceso cognitivo que se cumple: para la producción de contextos tiene que haberse aplicado la operación de articulación a un conjunto determinado de formas y valores (relaciones entre formas) para que pueda aplicarse la operación de integración a tales formas y valores de modo que se genere el pretendido contexto; para el análisis (o, en la inmensa plenitud de su cotidianeidad, para la interpretación) de un determinado contexto, tiene que partirse de la operación de integración que lo ha producido, ya que las integraciones efectivamente producidas no son sino ejemplares (o la actualización) de los tipos (virtuales) de las operaciones de articulación efectivamente disponibles, imprescindibles para su interpretación y multiplicadores de las posibilidades de tal interpretación (con la diferencia de que estas operaciones, en la medida en que obtienen aceptabilidad social son reglas y no conjuntos de atributos (Jackingoff, 1983: 82), ni signos; esta última relación entre integración y articulación se corresponde a la que establece Peirce: 4.537, entre “token” y “type”; debe observarse que Peirce enuncia una tercera relación a la que designa “tone”, que se corresponde a la posibilidad de su primera categoría, la cualidad,

mientras que el “token” concreta la segunda categoría, la existencia y el “type” la tercera, el valor o ley). Una reflexión final, por el momento, sobre la relación entre integración y articulación: si bien es posible suponer una articulación de formas que nunca haya producido una integración concreta (la invención de las reglas sintácticas de un nuevo lenguaje), no es posible suponer una integración que carezca de articulación (cualquier syntaxis, aun la producida al azar, es la realización de determinadas posibilidades relacionales).

Con la expresión “*operaciones específicas*” se identifica un conjunto de comportamientos cognitivos que son necesarios para la producción de la significación, lo son secuencialmente (desde un punto de vista analítico; no como efectivo proceso mental, en el que confluyen concurrentemente) y son determinantes de la transformación diferencial de cada etapa. Se distribuyen en tres pares. Cada uno de ellos está constituido por una operación que puede calificarse de *fundamental (atribución, sustitución y superación)* ya que es la que produce el incremento semiótico, al término acumulativo de cuyo proceso de incremento se dispondrá de un objeto semiótico plenamente significativo; el otro de los componentes de cada par identifica determinadas relaciones (y la operación que las genera) que pueden calificarse de *complementarias (relaciones de acronía, de sincronía y de diacronía)* ya que, como supuestos o consecuencias (según el caso), se encuentran lógicamente vinculadas con las fundamentales.

Con respecto a las *operaciones específicas fundamentales* (véanse sus definiciones lógicas en los correspondientes capítulos de este libro, ya que considero inadecuado e introductor de confusión ofrecer anticipadamente sus definiciones intuitivas) quede establecido que cada una de ellas es necesaria para la explicación de determinada instancia de la significación, constituyendo todas ellas una secuencia o proceso estrictamente ordenado. Aquí, el orden lógico se corresponde con el orden histórico y con el operativo y los tres se contraponen al orden de las evidencias.

Desde un punto de vista *lógico*, la operación de sustitución no puede aplicarse más que a condición de que, en una instancia lógica precedente (o en la correspondiente y anterior línea del cálculo), se haya aplicado la operación de atribución. La sustitución, en efecto, produce expresiones en que se simboliza un intercambio de formas y valores pertenecientes a universos diferentes. Para que dichas expresiones resulten bien formadas es necesario disponer de otras expresiones resultantes de la operación de atribución, mediante la cual determinados valores hayan sido atribuidos a determinadas formas (relación de acronía) y que ello se haya realizado, al menos, sobre dos universos dife-

rentes (relación de sincronía). Del mismo modo, la operación de superación no puede aplicarse más que a condición de que, en una instancia lógica precedente, se haya aplicado la operación de sustitución. La superación, en efecto, produce expresiones en que se simboliza una nueva atribución de un valor a otra forma (una nueva puesta en relación de dos formas), mediante la cual se elimina la contradicción inherente a la relación sustitutiva en que las formas de un determinado universo sustituían a los valores de otro determinado universo (relación de diacronía). Para que dichas expresiones superadoras resulten bien formadas es necesario que provengan, por implicación, de la estructura lógica específica de las precedentes expresiones sustitutivas. Cuando la explicación lógica logra su plenitud, puede representarse bajo la forma de una deducción, la validez de cuya conclusión (el contenido significativo o interpretación de determinado fenómeno) depende de la validez de la conjunción lógica de las premisas (o sea, del contenido de cada una de las entidades semióticas producidas mediante las sucesivas y ordenadas operaciones de atribución, sustitución y superación).

Desde el punto de vista *histórico*, una atribución inicial es un supuesto metafísico de cualquier sustitución: “metafísico” en cuanto empíricamente indemostrable su primeridad histórica o, en otras palabras, resulta indemostrable que “en el principio” fue la atribución; “supuesto” en cuanto condición necesaria para tal intuición histórica. En efecto, cualquier testimonio de humanidad (en cuanto identificación de un objeto como producto de una intervención específicamente humana) es ya, al menos y en cuanto tal, sustitutivo, sin que sea recuperable el proceso de humanización a partir de considerar determinado elemento observable como una pura o mera atribución y de afirmar que, en el siguiente momento histórico, va a ser utilizado (necesariamente) como sustituyente o sustituido. Es metafísica la tarea de imaginar el momento en que un organismo superior asociaba formas (encontradas o producidas) confiriéndoles un valor (o sea, aplicaba la operación de atribución) e identificar el resultado de la operación así cumplida (determinado útil o “materia técnica inanimada”, Greniewski, 1965: 53) como el momento de alumbramiento de la humanidad; “nunca podemos alcanzar al hombre separado del lenguaje, ni podemos imaginarlo inventándolo” (Benveniste, 1966: 259). Cuando sólo se detecta una atribución todavía no hay humanidad y cuando hay humanidad ya hay sustitución, lo que lleva a inferir, en este último caso, que previamente ha habido dos atribuciones en los respectivos universos, lo que deberá ser materia de prueba; pero la identificación de una o varias atribuciones (en un supuesto momento pre-histórico, o sea, pre-humano) no permite inferir, por sí sólo, que en el instante siguiente vaya a producirse una sustitución (y se fun-

de, por tanto, lo histórico o sea, lo humano). Pese a lo dicho, un atisbo probatorio podría proporcionarlo la zoosemiótica (el término y la reflexión sobre el continuum son de Sebeok, 1972) como ámbito predominante de la atribución u orientación del comportamiento animal, regido por relaciones indiciales de contigüidad, sintácticas por tanto (en esto, diferenciándome de la posición de Sebeok que opta por el concepto icónico de “mimesis”; Sebeok, 1975), pero debiendo atenderse a alguna elemental posibilidad de sustitución simbólica, tomada en consideración a partir de Lorenz (1965).

Por su parte, la operación de superación, históricamente considerada, produce la eliminación de las concretas contradicciones efectivamente actualizadas por la vigencia de determinada operación de sustitución; es decir, por la contradicción inherente a la utilización de las formas de un determinado universo (sustituyente) para establecer los valores de las formas de otro determinado universo (sustituido). El envejecimiento de los lenguajes es una necesidad histórica ya que la reiteración de su uso los va opacando, de modo que las formas sustituyentes van perdiendo su propia eficacia para la sustitución. La contradicción inherente a que el significado de algo se produzca por eficacia de otro algo (que no *tiene* dicho significado pero que lo *expresa* o *produce*) permanece, durante un primer período de tiempo, inobservable para la conciencia (cognitiva) de quien lo utiliza en su carácter de superación de otra contradicción precedente (Althusser, 1969: 165-6); pero, en un segundo período de tiempo, al comenzar a aflorar la contradicción propia (de que *el valor de lo dicho* se produzca mediante *las formas del decir*), necesita (y encuentra habitualmente) en la *ritualización del decir* una posibilidad de durar todavía, durante un tercer período de tiempo, como estereotipo enunciativo (un deber ser enunciativo), formalmente vigente en determinada sociedad y productor de una significación ya degenerada o, incluso, absolutamente ineficaz para la producción de significación alguna (que dicha sociedad ya no valora, pero cuya forma de producción se sacraliza, tanto en función de las estructuras de poder constituidas a partir de dichas significaciones desvalorizadas, como por la inexistencia transitoria de otras semiosis sustituyentes superadoras de la envejecida). No existe pues posibilidad ni necesidad de superar si previamente no ha habido una práctica sustitutiva; esto ubica la superación en una necesaria posterioridad histórica respecto de la sustitución.

Desde el punto de vista *operativo*, por el momento debemos limitarnos a la enunciación, a título de hipótesis, de que la secuencia de operaciones de atribución, sustitución y superación es una secuencia ordenada y lo es en ese preciso orden. Así, la más elemental definición que puede formularse para cada una de ellas es la de ser el “sucesor” de la precedente, salvo, por su calidad (provisional) de operación inicial, en el caso de la atribución:

- 1) “Atr”
- 2) “Sust” $\equiv$ “Suc Atr”
- 3) “Sup” $\equiv$ “Suc Sust”

(léase, como en los “Fundamentos Lógicos de la Semiótica”, “Atr” como “atribución”, “Sust” como “sustitución”, “Sup” como “superación”, “Suc” como “sucesor de” y “ $\equiv$ ” como “si y sólo si” o como “equivale a”).

Cuando se interpreta la secuencia lógico-operativa así ordenada con las constantes de un universo históricamente determinado, el primer paso, el de la atribución, no es un primero absoluto, sino que está incluido en un ciclo de recursividad teóricamente indefinido, sobre el cual el analista establece, de modo relativamente arbitrario (abductivamente guiado por la intuición de su experiencia profesional), un punto de *origen* y un punto de *parada* (“*halting*”). Puede tomar tal origen con prescindencia del ciclo *del cual procede* y puede tomar tal parada con prescindencia del ciclo *subsiguiente en el cual se integra como nuevo origen*. En términos menos absolutos, puede representarse el orden de la secuencia de operaciones del siguiente modo:

- n-2) $\rightarrow$ “Sust_{n-2}”
- n-1) “Suc Sust_{n-2}” $\rightarrow$ “Sup_{n-1}”
- n): n.i.) “Sup_{n-1}” $\equiv$ “Atr_{n.i}”
- n.ii.) “Suc Atr_{n.i}” $\equiv$ “Sust_{n.ii}”
- n.iii.) “Suc Sust_{n.ii}” $\equiv$ “Sup_{n.iii}”
- n+1) “Sup_{n.iii}” $\equiv$ “Atr_{n+1}”
- n+2) “Suc Atr_{n+1}” $\rightarrow$...

(léase “ $\rightarrow$ ” como “si... entonces...”. La transformación de “ $\equiv$ ” en “ $\rightarrow$ ”, producida entre este esquema y el anterior, obedece a que lo que en el primero era “definición” aquí es “derivación” o “producción”, corriendo a cargo del investigador demostrar que ese cambio cualitativo en las relaciones entre las formas de una determinada semiosis ha llegado a ser tal (por transcurso histórico) y que el nuevo estado cualitativo puede definirse mediante la afirmación de dicho cambio.

En este esquema se representa tanto el orden secuencial como la posibilidad de establecer el punto de parada (con problemas afines a los que se plantean en la *máquina de Turing*; Cuenca, 1985: 235ss.; Kugel, 1986: 181ss.). Establecer un punto de origen para una investigación semiótica es equivalente a la detención de un ciclo de producción de la significación, en un punto tal que pueda identificarse una operación de atribución (determinadas formas han sido puestas en determinada relación de modo que se les atribuya un determinado valor). Al analista puede no interesarle reconstruir el ciclo en el que se incluye a esta atribución (pues de lo contrario toda investigación caería en una recursión indefinida), pero la hipótesis que desarrollo supone una *equivalencia* entre el final de un ciclo (la efectiva aplicación de la operación de superación) y el origen de otro (la efectiva aplicación de la operación de atribución). Por supuesto que ni la atribución en el punto de origen es la misma atribución que la que se generará por superación en el punto final del ciclo en estudio, ni la superación que habrá de generar una nueva atribución en la que comenzará un nuevo ciclo es la misma superación que la que generó la atribución con la que comienza el ciclo en estudio. Pero esto no impide afirmar el hecho de que la superación con que finaliza un ciclo *equivalga* a la atribución con que se inicia otro.

Desde el punto de vista de las *evidencias*, el problema es diferente. Todo lo que se percibe, en un particular momento de una concreta comunidad, tiende a percibirse como la pretendida manifestación de un valor cuya vigencia o verdad se propone como definitivamente adquirido y se hace de su preservación el cometido fundamental de las instituciones que velan por la seguridad social. El reconocimiento y la valoración de cualquier fenómeno se produce como si forma y valor se superpusieran en una perfecta identidad y unicidad; en definitiva, como si tal superposición recuperara *la verdad atribuible a la realidad*. En las ciencias físicas, la aceptación de la vigencia simultánea de más de un modelo está, prácticamente, fuera de cuestión. Tras las discusiones sucesivas, los modelos newtoniano, einsteniano y cuántico o de Planck, han sido asignados a la explicación de universos de diferentes magnitudes: en el primero, el lenguaje matemático se corresponde con el conocimiento intuitivo de un universo de fenómenos directamente observables; en el segundo da cuenta de las relaciones espacio-tiempo en las grandes dimensiones; y en el tercero de relaciones en el interior de partículas elementales que sólo son expresión de una estructura matemática. Pese al progresivo distanciamiento de una comprensión intuitiva respecto del fenómeno explicado y pese a la inconmensurabilidad de estas teorías si se pretendiera contrastar su poder explicativo en un universo de dimensiones constantes, se admite a cada una de ellas

como “parte integrante de nuestro conocimiento del mundo” (Heisenberg, 1974: 16, 80, 105ss.). Esto, todavía, no sucede en las ciencias sociales. Su principal obstáculo epistemológico consiste en reconducir la validez de toda teoría al universo de la experiencia individual y social (al sentido común), donde la única magnitud reconocida es la de la obvedad que se genera en la vivencia de la significación. Pero la significación intuitivamente utilizada para interpretar (dar significación) a un fenómeno, no proporciona conocimiento acerca de las operaciones (efectivamente producidas en la historia, ya bien inmediata, ya bien larga) que permiten y condicionan su emergencia, así como tampoco de las que la estereotipan y reclaman su transformación. Las operaciones de atribución, sustitución y superación forman parte de un universo no intuitivo, pero capaz de producir explicaciones acerca de la significación de los fenómenos sociales inalcanzables en el universo de lo intuitivo.

De modo consciente o no, utilice o no la metodología semiótica, el investigador social enfrenta constantemente los cuernos de un *dilema semiótico* (al que se aludió en la *Introducción*) del que caben dos formulaciones. Según la primera de ellas (cuyas componentes ya forman parte de la teoría lingüística: Récanati, 1981): cuando (como es cotidiano en la comunicación social) se utiliza un enunciado semiótico como sustituto de otro (las frases respecto del mundo dicho, las imágenes respecto de las cualidades del mundo percibido, el precio respecto del valor de la fuerza de trabajo, etc.), ese enunciado sustituyente se hace *transparente* y lo que se percibe es el fenómeno sustituido; cuando, mediante un esfuerzo consciente, se recupera la efectiva presencia del enunciado sustituyente, al ser percibido se *opaca*, perdiéndose la percepción de lo sustituido. Cuando, como resultado del trabajo metodológico, se sitúa al fenómeno de la significación en esta biplanaridad alternante, parece perderse la rica y espontánea comprensión que proporciona la vivencia intuitiva de la significación. Todo lo que de *evidente* tienen los valores con los que se interpreta el mundo, en cuanto atributos reales y definitivos del mundo o, al menos, atributos mayoritariamente aceptados de los fenómenos de ese mundo, se transforma en *artificiosidad* y *no-evidencia* cuando se trata de explicarlos según el proceso, históricamente determinado, de su producción en cuanto significación. Más difícil resulta, todavía, desde una consideración intuitiva, admitir que los valores con los que una comunidad ordena su universo de evidencias son la consecuencia de la superación de precedentes contradicciones características de la operación de sustitución sin la cual no existiría conocimiento ni, por tanto, universo significativo. Por ello, frente a gran parte de las propuestas explicativas de los científicos sociales, usen o no la metodología semiótica pero con mayor contundencia cuando la utilizan, se apela al senti-

do común de un realismo social, según el cual los valores serían atributos inmediatos y evidentes de los comportamientos sociales, como *el lugar probatorio de sus afirmaciones*. El problema es semejante al de la relación entre los términos teóricos y los observacionales (estos últimos, en algún modo, afines al sentido común) que condujo a Hempel a su formulación del *dilema del teórico*: “Si los términos y principios de una teoría sirven a su finalidad” (si establecen conexiones definidas entre fenómenos observables) “son innecesarios” (ya que pueden reemplazarse por leyes formuladas en términos observacionales); si no sirven a su finalidad, con toda seguridad son innecesarios. Pero dada cualquier teoría, sus términos y principios o sirven a su finalidad o no. Por tanto, los términos y principios de cualquier teoría son innecesarios” (Hempel, 1965: 186).

En lo que vengo diciendo hay un doble rechazo: por una parte, se rechaza la universalidad de los valores (tema que ha sido y volverá a ser trabajado en este estudio); por otra (que desde el punto de vista metodológico es, en esta instancia del desarrollo, fundamental), se rechaza al sentido común (y/o, en consecuencia, a lo evidente) como el conocimiento de contraste al que no sólo no podría contradecir, sino al que tendría que adecuarse cualquier teoría de las ciencias sociales y cualquier explicación que de ellas se derive, para merecer ser aceptada.

Rechazar las evidencias del sentido común no ubica a la Teoría Semiótica en el ámbito de algún trasnochado idealismo (última posibilidad crítica del empirismo positivista). Las operaciones semióticas son concretas intervenciones en la materialidad de las lenguas, los lenguajes gráficos, musicales, etc., que preexisten en la sociedad y en la historia de esa sociedad; son operaciones que se identifican en la práctica semiótica de determinada sociedad y no axiomas o supuestos *a priori* que serían necesarios para explicar la significación; la posibilidad de su formalización lógica y de su desarrollo deductivo es *a posteriori* de su efectiva aplicación existencial y proporciona, tan sólo, una ordenación explicativa de la secuencialidad de su producción (incompleta hasta el punto de requerir la complementación dialéctica que aquí se esboza). Este *materialismo semiótico, histórico y social* está indisolublemente ligado al fenómeno de lo simbólico. El valor o significación de lo social proviene del valor de los símbolos (o signos, en su más amplio sentido) con que se sustituye al acontecer y no en el puro e inmediato acontecer (incomprensible si no es desde afuera del propio acontecer y, más específicamente, desde otro acontecer diferente que es el que lo enuncia). El hombre no es hombre porque trabaje, sino porque sabe que trabaja; y sabe que trabaja y cómo y en qué condiciones lo hace porque puede enunciarlo (decirlo, pintarlo, teatralizarlo, etc.);

o bien, a lo que se llama “trabajo” es ya el valor de determinado esfuerzo y no el puro acontecer de tal esfuerzo.

Así, frente al aparente orden de las evidencias, la significación es el *producto* de un proceso de sustitución y no *consiste* en una mera atribución. Ni siquiera es suficiente con decir que la significación (en la plenitud de su propia significación) *consista* en el efecto de una sustitución; es el efecto de una sustitución que es ya el resultado de un proceso de transformación de anteriores (y teóricamente interminables) sustituciones, cada una de las cuales proviene de la superación de las contradicciones de las sustituciones precedentes. Así, *la segunda formulación del dilema semiótico* establece que la significación no es el fenómeno, pero que el fenómeno no es perceptible más que en cuanto significativo; esta brecha es insalvable y hace que al simbolizar un fenómeno *se lo afirme*, en cuanto se lo hace significativo, y *se lo niegue*, en cuanto ya es semiosis y no fenómeno. Esto proporciona, a su vez, la identificación de una nueva precisión en el concepto de “sin sentido”, ya que como tal se calificará a toda pregunta (y, por supuesto, a su pretendida respuesta) del tipo: “¿Qué significa X, *en realidad?*”. El tipo de pregunta, con apetencia explicativa, que deberá formularse en su reemplazo (y que enunció pese a su, por ahora, farragosa pretensión de síntesis) será: “¿Posee X *un espacio significativo propio*, al ser enunciado desde la semiosis A, en el momento T, en cuanto se diferencia de la significación de X (que ya no es X) resultante de su enunciación desde las semiosis B, C, D, etc., vigentes en ese mismo momento T, en la sociedad S, y en cuanto se diferencia de la significación histórica que recibía X (que todavía no era X) cuando era enunciado desde las semiosis K, L, M, etc., vigentes en el(los) momento(s) T-1, T-2, T-3, etc., en esa misma sociedad S?” Esta *significación diferencial* (sincrónica y diacrónicamente) es la que afirmo como no-intuitiva y no-disponible desde la perspectiva del sentido común o de las evidencias. Esto implica que el problema semiótico de la significación se corresponde con “el problema de *si sabemos qué quiere decir*” (determinada expresión) “en el sentido de ser capaz de *hacer un análisis correcto* de su significado” y no se confunde con “el problema de si entendemos su significado (cosa que realmente nos ocurre a todos)” (Moore, 1974: 257). Pero, además, la respuesta a la anterior pregunta dispone de un ámbito específico para su verificación empírica que (de modo meramente tentativo y anticipatorio, ya que lo desarrollaré más adelante) esbozo del siguiente modo: la explicación semiótica acerca de la eficacia superadora y diferencial de determinado enunciado para la producción de determinada significación de un determinado fenómeno *es válida* si puede identificarse, en el mismo mo-

mento de la misma sociedad, la existencia de enunciados que contradicen dicha significación y que son diferentes a los enunciados competitivos que contradecían a dicha significación en algún momento histórico precedente, y *no es válida* cuando el enunciado que produce tal significación puede contradecirse con los mismos enunciados competitivos que contradecían a dicha significación en algún momento histórico precedente. Dicho de otro modo: la prueba de validez de una explicación semiótica depende de la posibilidad de ubicar al enunciado en estudio en una relación de contradicción que *no reproduce* la relación de contradicción en que ese mismo enunciado se ubicaba en algún momento histórico precedente.

Con respecto a las *operaciones específicas complementarias* que intervienen en el proceso de producción/interpretación de la significación o sea, a las relaciones de *acronía*, de *sincronía* y de *diacronía*, me limito, por el momento, a observar que no presentan un funcionamiento perfectamente simétrico.

En efecto, la *relación de acronía* sólo puede establecerse (identificarse como tal) una vez cumplida la operación de atribución y como *su consecuencia*. Esta operación, al generar un valor, o sea, al poner en relación, al menos, dos formas, identifica un lugar conceptual y a consecuencia de esta identificación, sin ningún otro condicionamiento, se produce una posibilidad cognitiva acrónica o puramente lógica.

En el caso de la *relación de sincronía*, ésta es una *condición o supuesto* cuya disponibilidad debe probarse para afirmar que puede aplicarse la operación de sustitución: es necesario que sea posible utilizar las formas (valoradas) de un determinado universo (semiosis sustituyente) para dar cuenta de (o producir) los valores de las formas de otro universo, en una contemporaneidad no necesariamente cronológica.

Por su parte, la *relación de diacronía* es, de nuevo, una *consecuencia*. La operación de superación genera la dimensión de lo histórico (una extemporaneidad no necesariamente cronológica). Para ello se requiere la eliminación, tanto de las pretensiones de negación de las contradicciones inherentes a la sustitución de la que proviene, como de las pseudo-superaciones que pretenden desconocer, manteniéndola como un “re-conocimiento” de lo ya producido, a tal contradicción (Karsz, 1970: 71ss.).

5. Relación de acronía

5.1. Desarrollo lógico

Operación 1. “**Relación de acronía**”: *aquella operación mediante la cual, dado un único conjunto de formas relativamente homogéneas, las formas constitutivas de dicho conjunto interactúan lógicamente entre sí.*

Simbolización: “Acr”

Descripción simbólica: “ f_a Acr f_x ”

5.2. Interpretación

El término “acronía” señala el límite en los alcances del análisis, cuando éste se efectúa exclusivamente sobre las relaciones lógicas entre determinadas formas. Calificar de “acrónica” a la relación identificada y descrita significa afirmar su validez con independencia de la historia y de la contemporaneidad de la comunidad cuyas formas semióticas se están estudiando. Validez, por supuesto, restringida al hecho de identificar y describir determinadas relaciones en cuanto efectivamente existentes entre las formas en estudio. Pero también, mera hipótesis acerca de la pertinencia de las relaciones identificadas y descritas para elaborar la explicación de su eficacia en la producción de la significación. Hipótesis, no obstante, que es necesario formular y que deberá modificarse cuantas veces se requiera hasta llegar (tras su necesaria y secuencial integración con las relaciones de sincronía y diacronía) a establecer la red de la intertextualidad que confiera valor histórico-pragmático a la significación de un determinado fenómeno.

Para la correcta comprensión de los comentarios críticos que siguen, considero conveniente anticipar los supuestos y las delimitaciones con que propongo organizar el concepto diferencial de “acronía” frente a los de “sincronía” y “diacronía”.

i) La problemática de la significación, tal como se viene desarrollando, involucra tres conjuntos de acciones identificadas, en sus grandes líneas, con las designaciones de “producción”, “comunicación” e “interpretación”. Puede presumirse que la acronía tiene alcances distintos al reflexionarla en función de cada uno de estos conjuntos o núcleos de acción, así como en función de la relación entre pares de ellos (producción-comunicación; comunicación-interpretación; producción-interpretación) o en función de la relación entre los tres (esto lo desarrollaré a continuación al estudiar, en detalle, la operación de atribución).

ii) Concibo aquí, en principio, la “relación de acronía” como una relación puramente lógica entre las formas de un determinado universo relativamente homogéneo.

iii) La expresión “universo relativamente homogéneo” de formas designa a un conjunto existencial cuya identificación (la afirmación formulada por el investigador acerca de que el universo que selecciona y al que propone como relativamente homogéneo es tal o cual) constituye la primera hipótesis en toda investigación semiótica.

iv) La expresión “universo relativamente homogéneo” de formas designa una cualidad que el investigador atribuye a determinado conjunto existencial y que consiste en que las formas a las que incluye en dicho universo están siendo utilizadas, con determinada eficacia significativa, ya bien como semiosis sustituyente o ya bien como semiosis sustituida. Lo que excluyo de dicho universo es la presencia de formas algunas de las cuales pertenezcan a la semiosis sustituyente y otras a la semiosis sustituida. La formación de un universo en que participasen formas de una y otra semiosis se calificaría, en este estudio, de “universo relativamente heterogéneo” (con lo que se daría lugar a la relación de *sincronía*).

v) Casos especiales, como es el de los *metalenguajes* o el de la *traducción*, las *paráfrasis*, la *metáfora*, etc., requerirán advertir cuándo las formas en estudio se utilizan como semiosis sustituyentes y cuándo como semiosis sustituidas (que pueden ser, a su vez, semiosis sustituyentes de otras finalmente sustituidas), pero no infringen ni son una excepción al criterio establecido en el punto anterior. La perspectiva semiótica permite establecer, en estos casos y otros afines, importantes diferencias atendiendo a las operaciones efectivamente aplicadas. Así (si bien será objeto de posterior desarrollo), no considero metalingüística la operación de traducción entre textos de lenguas diferentes, ni admisible la definición de “definición” como “regla para traducir una lengua a otra” (Wittgenstein, 1973: 3.343), ni concuerdo en que el concepto de traducción abarque los “procedimientos de reducción” utilizados en el análisis del discurso francés (Marandin, 1979: 21); tampoco la extensión del término “traducción” para dar cabida en él a la etnografía y la filología (Mounin, 1971: 261ss., 277ss. *passim*), ni para dar cabida a los problemas de la teoría de la ciencia relativos a la definición de los términos de una disciplina mediante los de otra (Hempel, 1965: 192; si bien es importante a este respecto la actualización del tema en la recopilación de Ortony, 1980), ni reducir a un problema de traducción el que plantea la posibilidad de “hablar acerca de lo que se ve” (Macnamara, citado por Jackendoff, 1987a: 90).

vi) Aunque puede resultar redundante con lo enunciado en el punto “iv”, aclaro que la homogeneidad a la que me refiero no radica en la materia prima semiótica con la que se construya cada una de las semiosis (palabra, música, imagen, etc.), sino en la función semiótica que cumpla en cada caso: ya bien como sustituyente o ya bien como sustituida. Por esta causa, la homogeneidad de un determinado universo de formas será coyuntural, estará históricamente vinculada a concretos grupos humanos, quedando excluida toda pretensión de generalización (y, con más razón, de universalización) de las cualidades (sensoriales) que puedan homogeneizar a determinadas formas. En resumen, aunque puedan coincidir materia prima semiótica y función sustituyente o sustituida, homogeneizar por la materia prima semiótica es irrelevante al menos o, incluso, introductor de posibles confusiones, a los fines de la explicación de la significación.

vii) La expresión “relación puramente lógica” habrá de considerarse referida a cualquiera de los dos estados en que pueden encontrarse las formas de un determinado universo relativamente homogéneo: virtual o actual. Dichas relaciones lógicas, en uno y otro estado, deberán ser unas y las mismas para que pueda afirmarse la acronía como cualidad lógica común a la totalidad de dichas formas. La relación entre estos dos estados posibles de dichas relaciones lógicas es la que media entre un *tipo* y un *ejemplar* (“*type*”/“*token*” o “*legisign*”/“*réplica*” en Peirce, 1965: 4.537 y 2.246 respectivamente).

viii) La expresión “relación puramente lógica” abarca el conjunto de características relacionales según las cuales, las formas en estudio se vinculan efectivamente entre sí para constituir los fenómenos semióticos existentes. Una asociación (técnicamente, aquí: “integración”) de formas constituye un fenómeno semiótico existente cuando resulta utilizada como semiosis sustituyente o semiosis sustituida por determinada comunidad, sin proveer, en principio, información alguna, acerca de las características en virtud de las cuales adquiere su potencia sustituyente o admite la capacidad de ser sustituida (la que provendrá de las particularidades sociales e históricas a cuya identificación contribuirá el análisis sincrónico y el diacrónico).

ix) La expresión “relación puramente lógica” abarca, asimismo, el conjunto de posibilidades relacionales (técnicamente, aquí: “articulación”), efectivamente realizadas o no, que posee determinada comunidad en determinado momento histórico (y como efecto histórico de lo que vengo denominando “superación”), para la construcción de los fenómenos semióticos cuya existencia es posible en la coyuntura correspondiente.

x) La expresión “relación puramente lógica” en ningún modo abarca las relaciones existentes o posibles entre universos heterogéneos de formas. Por tanto, el “interpretante final” peirceano, el “signo” saussureano o la “función semiótica” hjelmsleviana, que establece la necesaria inclusión de la semántica (en cuanto relación entre “representamen” y “objeto” o entre “representamen” y “fundamento”; entre “significante” y “significado”; entre “expresión” y “contenido”), no pueden incluirse entre estas relaciones puramente lógicas que caracterizan a la relación acrónica. De aquí que, en la etapa acrónica posiblemente no se estén analizando “signos” propiamente dichos; o bien, el término “signo” está como la relación de una forma con sus posibilidades de relación con otras formas o sea, como la relación de una forma con su “valor”, tal como aquí lo considero.

xi) La expresión “relación de acronía” designa, por tanto (completando la definición dada en “ii”), una *invariancia* (veremos dentro de qué límites) en las relaciones puramente lógicas entre las formas de un determinado universo relativamente homogéneo, tanto considerado *en su estado virtual como en el actual*.

xii) Constatar la ruptura de esta “invariancia” conduce a la verificación de la producción de una *diacronía* (la que desarrollaré en su apartado específico).

xiii) La identificación de las relaciones entre dos acronías, cada una de ellas correspondiente a su respectivo “universo relativamente homogéneo” de formas y utilizados uno como semiosis sustituyente y el otro como semiosis sustituida, conduce a la verificación de la producción de una *sincronía* (la que desarrollaré en su apartado específico).

A partir de estos presupuestos y reflexiones es posible y fructífero realizar una lectura crítica de algunos de los usos más destacados que ha tenido el término “acronía”.

Saussure introduce la clásica oposición entre “una lingüística sincrónica y una lingüística diacrónica”, en función de “la noción de valor” (lingüístico) lo que le permite afirmar “la dualidad interna de todas las ciencias que operan con valores”, así como advertir acerca de la existencia de “dos rutas absolutamente divergentes” para la lingüística, según se tome en cuenta o no al transcurso del tiempo (1972: 114ss.). Pero la noción de *valor*, tanto la saussureana (en cuanto interdependencia en el sistema y no en el uso equívoco asimilable a significado) como la semiótica que vengo desarrollando (no contradictoria con la saussureana), contiene una relación acrónica, ya que se define suficientemente en el interior de un único sistema, con prescindencia del mo-

mento de la historia de ese sistema que se tenga en cuenta o, lo que es lo mismo, tomando el sistema en un momento determinado (a criterio del estudioso), lo que equivale a dejar en suspenso la pertinencia del tiempo para la identificación del valor (independientemente de que pueda fechárselo). Asimismo, la relación entre los diversos valores que constituyen un sistema es acrónica, a condición, tan sólo, de que se esté considerando un único sistema de formas relativamente homogéneas; es lo que ocurre con las relaciones que atribuyen valor sintáctico a determinados significantes lingüísticos, aunque el conjunto estudiado de tales significantes corresponda a un determinado momento. No obstante, que Saussure haya establecido como término inicial a la sincronía tiene plena justificación, ya que la plantea respecto de los signos lingüísticos que, desde su concepción (en principio) dualista, están constituidos por la íntima unión del concepto y de la imagen acústica. El conjunto de estas uniones visto desde las consideraciones anteriores, constituye *un universo de formas relativamente heterogéneas* que requiere, como condición previa a su constitución (o identificación), el establecimiento de una relación de *sincronía* entre dos universos de formas relativamente homogéneas, cuyas relaciones internas (y, analíticamente, precedentes), tomados ambos universos separadamente, serán acrónicas. Establecer esta diferencia (coherente con el pensamiento saussureano, salvo por la ausencia del término “acronía”, pero con presencia implícita por cuanto antecede y, en especial, por su desarrollo de la *arbitrariedad* del signo lingüístico) resulta de particular importancia como fundamento lógico de la operación de superación ya que, al menos en una de sus variantes, requiere poder dar respuesta afirmativa a la siguiente pregunta: *¿puede haber diacronía entre los componentes* (universo de significantes y universo de significados) *de un mismo signo lingüístico?* (problema no perceptible, todavía, desde el interior de la perspectiva teórica de Saussure, pero que dicha perspectiva teórica permite formular hacia su exterioridad).

Greimas reclama la necesidad de poder pensar la estructura de una lengua sin “referencia alguna a lo temporal”; rechaza la dicotomía saussureana de sincronía/diacronía como no pertinente para su enfoque, ya que “el eje ‘crónico’ es lógicamente anterior a la oposición que supone que establecen” (Greimas, 1970: 107) y se manifiesta más conforme con el concepto de “estado lingüístico” de Hjelmslev, considerando que “la estructura de un estado lingüístico aparecerá pues como una especie de mecanismo *acrónico* que sirve para producir mensajes –y operar reconversiones de estos mensajes en tipos diferentes– en número indefinido, llenando así de acontecimientos un espacio histórico correspondiente” (*Ibidem*: 108). Pese a admitir la necesidad de una consideración acrónica de la lengua, tampoco coinciden sus observacio-

nes con las exigencias lógicas de la acronía, haciendo de este término un uso innecesariamente difuso, ya que de ningún modo es el mismo “mecanismo” en el caso de la producción de mensajes (en el que puede admitirse la acronía como la simultánea existencia de las relaciones tanto en el estado virtual como en el estado actual o realizativo) y en el caso de “operar las reconversiones” entre mensajes de tipos diferentes (operaciones que, por el contrario, quedarían incluidas, por generarla, en el concepto de sincronía), con todo lo cual no sostiene adecuadamente su objeción. Tampoco parece aproximarse al concepto que estoy puntualizando cuando dice: “desde el punto de vista de la teoría semiótica, puede considerarse que las estructuras semióticas profundas son acrónicas, mientras que las estructuras discursivas, más superficiales, apelan a la temporalización” (Greimas et Courtés, 1972: 2). Por una parte, la “acronía” no se contrapone con la “temporalización”, sino con la “sincronía” y/o la “diacronía”, constituyendo el tiempo una parte del problema de la significación diferencial entre los tres términos. Por otra parte, esta apelación “a la temporalización” de lo discursivo “desde el punto de vista de la teoría semiótica”, es, tanto trivial (en cuanto duración cronológica de la emisión o de la lectura o interpretación del discurso), como parcial (en cuanto eventualmente restringida a la semiosis verbal y, al menos, no necesaria ante otra semiosis, por ejemplo, la icónica). Greimas no parece haber resuelto el problema del doble contraste: acronía-sincronía-diacronía por una parte y temporalidad-intemporalidad por otra, inherente a lo discursivo, que ya había formulado previamente (1973: 194), refiriéndola al mensaje, el cual “aunque se presente, en la recepción, como una sucesión articulada de significaciones, es decir, con su estatuto diacrónico (!), la recepción sólo puede efectuarse transformando la sucesión en simultaneidad y la pseudodiacronía en sincronía (!)”, para, unas líneas más adelante, extremar este “principio de la captación simultánea de la significación” haciendo aparecer al mensaje “como una unidad de manifestación acrónica (!)” (los paréntesis son míos). El desarrollo de una deducción en lógica formal *tiene una duración* en su despliegue fenoménico, y se va constituyendo a través de la producción de una secuencia de enunciados hasta su conclusión; no obstante, infringiría la propiedad de *decidibilidad* considerarla sincrónica (ya que la sincronía implica la presencia simultánea de, al menos, dos lenguajes o sistemas o semiosis) e infringiría la propiedad de *consistencia* considerarla diacrónica (ya que la diacronía implica la constatación de la efectiva existencia de contradicción). La exigencia de que un cálculo lógico sea decidable, completo y consistente, equivale a afirmar su *acronía*, tanto en cuanto sistema (virtual) como en cuanto a los teoremas (actuales) que a partir de él pueden producirse correctamente. Hay *sincronía* cuando, por ejemplo, se estudia la correspondencia (y sus problemas) entre la

presentación axiomática de un cálculo y su presentación según las reglas de la deducción natural; y hay *diacronía*, por ejemplo, entre la lógica formal y la lógica dialéctica o, a nivel más puntual, entre una inferencia lógica y una inferencia plausible o entre un conjunto ordenado y un conjunto difuso o entre el “PASCAL” y el “PROLOG”. Si se pasa de los lenguajes completamente formalizados a los lenguajes (o semiosis) relativamente arbitrarios, cambia la necesidad y especificidad de sus reglas de formación y/o de transformación, pero no las relaciones acrónicas, sincrónicas y diacrónicas, en cuanto a los ámbitos, las condiciones y la eficacia de su aplicación.

También considero incompleta la aproximación al tema que (discretamente, en nota al pie de página) formula Lyons: “la definición de ‘sincronía’ como descripción en un punto del tiempo equivale o, mejor todavía, debe equivaler a una *abstracción* del factor ‘tiempo’ en la operación de describir y viene a ser, por tanto, una ‘acronía’: el estudio de las relaciones funcionales *sin* aludir, operativamente, al momento en que se producen ni a las fases anteriores” (Lyons, 1973: 45, n.32). Por una parte, es desmesurado reconducir toda sincronía a una acronía; la diferencia entre ambos conceptos está fundada y es fructífera (ubicándola en su adecuado espacio conceptual), por lo que conviene mantenerla. Por otra parte, en la mayoría de las oportunidades, *no es suficiente* con que no exista remisión a otro momento para que se esté ante una relación acrónica (por ejemplo, la relación funcional entre imagen y texto en un informativo de TV o durante una visita guiada en un museo o, más simplemente aún, entre la palabra y el gesto, pese a ser simultánea y no remitir a ningún otro momento, no es una relación acrónica, sino en principio y fundamentalmente sincrónica, pudiendo incluso llegar a ser diacrónica). Es más, *ni siquiera es necesario* que no exista tal remisión, ya que podría darse acronía aunque se tuviera que tomar en consideración otro momento diferente del que se está analizando (por ejemplo, en la reconstrucción de un sistema semiótico a partir de textos de diferentes fechas, cada uno de los cuales actualiza a tal sistema sólo de modo parcial, puede darse acronía en la medida en que el estudioso vaya reestableciendo cada una de las relaciones formales efectivamente utilizadas para construir los respectivos textos y que le permitan reconstruir el sistema del que proceden; al margen, por supuesto, de que, en este caso, la prueba de tal acronía o sea, la prueba de la invariancia de las relaciones lógicas actualizadas en los distintos textos de diferente datación, pesa sobre dicho estudioso). En definitiva, que se establezca la fecha de producción de un texto no perjudica ni favorece la constatación analítica de la eventual acronía que pueda llegar a establecerse; tampoco la referencia de las relaciones acrónicas identificadas en un texto perteneciente a determinado mo-

mento, a las relaciones acrónicas identificadas en otros textos correspondientes “a las fases anteriores” en la utilización de un determinado lenguaje, aporta ni sustrae nada a la constatación analítica de su eventual acronía (o diacronía; debiendo probarse una u otra). La relación del *tiempo* con los conceptos de acronía-sincronía-diacronía no pasa por un nunca-contemporáneo-posterior, sino que inaugura una específica segmentación temporal no-lineal, no-cronológica.

Otra forma de desarrollar el concepto de “acronía” o “atemporalidad” es oponiéndolo al concepto de “proceso”. Se recurre para ello a una argumentación que retoma la paradoja eleática del movimiento, reapareciendo este recurso al pensamiento clásico especialmente en los actuales desarrollos de las ciencias cognitivas aplicadas a la inteligencia artificial. Ronald W. Langacker, en un texto en que anticipa sus importantes investigaciones semánticas posteriores (Langacker, 1986 y ver, también, 1987 y 1991a), elabora “la distinción entre un proceso y una relación atemporal compleja”, como aquella que “implica el contraste entre ‘el registro secuencial’ y ‘el sumario’”, definiendo: “registro secuencial es el modo de procesar que empleamos al mirar una película cinematográfica o al observar cómo vuela por el aire una pelota (...). Registro sumario es el que empleamos en la reconstrucción mental de la trayectoria que ha seguido una pelota (...). Los estados constitutivos se activan sucesiva pero acumulativamente (...) de modo que eventualmente todos ellos se coactivan como una totalidad accesible simultáneamente. La diferencia entre una relación atemporal (como *across*) y el verbo correspondiente (*cross*) se atribuye, por tanto, no a su contenido intrínseco, sino más bien al modo de registro empleado; es cuestión de imágenes convencionales” (1986: 25-26). Esta opción entre posibilidades convencionales de representación de un mismo fenómeno se aproxima mucho más a un enfoque semiótico. El eje, aquí, está constituido por el modo de representación (o registro). No veo inconveniente en considerar al análisis acrónico como un *modo de representación* según el cual la producción de la significación se detiene mostrando las relaciones que la hacen posible, pero que, durante esta etapa, “se coactivan como una totalidad accesible simultáneamente”. También el análisis sincrónico y el diacrónico son otros tantos modos de representación, no contradictorios con el primero, sino incorporadores de otras variables (semánticas e históricas) que no habían sido tomadas en consideración previamente. En lo que difiere la “relación atemporal compleja” de Langacker del concepto de “acronía” que vengo estudiando, es en la exigencia apriorística de una semántica: ya se sabe, desde el principio, lo que ese “modo de registro” representa efectivamente y, así, se está interrelacionando universos de formas relativamente hetero-

géneas; por eso se ve obligado a acudir a la información supuestamente provista por una “semántica natural” que, entre otros problemas teóricos, implica la aceptación de determinadas intuiciones: los “primitivos semánticos”, fuertemente cuestionados en teoría lingüística (Levrat, 1987) y, en consecuencia, a la aceptación de determinados “universales sustanciales” como supuestos a-históricos. En un análisis acrónico, el objetivo no es identificar la *representación* sino el *modo* de representar.

En definitiva, dos son los aspectos por los que me he ido distanciando del tratamiento más habitual en el estudio de la *acronía* y ambos aspectos están íntimamente vinculados: uno se refiere a la consideración de la *acronía* como *atemporalidad* y el otro al *objeto de conocimiento* acerca del cual se afirma o se niega la *acronía*.

Respecto de la atemporalidad, en el presente estudio, la interpreto como *carencia*, pero no como *negación*. Esta última, por una parte, implica una consideración trivial del tiempo en cuanto ambigua opción entre la eventual duración (correlativa con la extensión del texto) de la tarea de interpretación y su concentración puntual en el acto de comprensión de su significado; por otra, implica una falacia ya que todo texto y todo sistema es cronológicamente fechable. Pero, además, es preciso tener en cuenta que las conclusiones de la etapa acrónica, en una investigación semiótica, sólo resultarán válidas (en cuanto al incremento de conocimiento de la significación de determinado fenómeno) en la medida en que se las inscriba, posteriormente, en una temporalidad específica (saturando la inicial y provisoria *carencia*), momento en el que podrá establecerse la razón (comunicativa; Habermas, 1988: 143 *passim*) de la concreta función social del fenómeno semiótico en estudio como sustituyente o como sustituido (mediante el correspondiente análisis *sincrónico*) y su efectiva función histórica como superador y superable (mediante el correspondiente análisis *diacrónico*).

Con respecto al objeto de conocimiento en que se investiga la presencia de las relaciones acrónicas, considero que mi dificultad en aceptar los razonamientos corrientes se basa en que se aplican a un objeto diferente al que me interesa. En los autores que he citado a título de ejemplo, se problematiza la *acronía* respecto de textos *ya semantizados*. Pero, en tal caso, para mí, sólo cabe hablar de “sincronía”, ya que esta es la relación que necesariamente tiene que producirse para que una *forma* tenga un *significado* (por supuesto, para alguien y en alguna situación comunicacional determinada). El *referente*, desde la perspectiva que aquí desarrollo, existe siempre (¿quién puede negar, a estas alturas, la existencia del calvo rey de Francia?), ya que resulta produci-

do desde algún texto (conjunto de formas) o bien no existe ni siquiera como problema (ya que los referentes de los mundos semióticos posibles existen, al menos, como posibilidad; los únicos referentes que no existen son aquellos de los que es imposible hablar; no según una ética-lógica wittgensteiniana, sino según una ontología del discurso). Las *formas textuales* y los *referentes en cuanto formas* constituyen, cada uno por su parte, lo que he denominado “universos relativamente homogéneos”; el análisis hacia el interior de cada uno de ellos es *necesariamente acrónico*, ya que cualquier consideración temporal los pondría en relación con algo ubicado en su exterioridad (aunque sólo sea el referente que ellos mismos producen). Ahora bien, las *formas textuales* y los *referentes en cuanto formas* confluyen, mediante su interrelación sustitutiva, en un “universo relativamente heterogéneo”; el análisis de esta interrelación es *necesariamente sincrónico*, ya que la exterioridad en que se encuentra cada uno de ellos respecto del otro y la simultaneidad especular de la relación sustituyente/sustituido fundan la temporalidad más simple: la de la coexistencia (que no tiene por qué ser cronológicamente contemporánea).

5.3. Práctica metodológica

Dos son los ámbitos de reflexión operativa que se vinculan especialmente con el tema de la acronía: tomando sus designaciones más generales, uno es el de la “segmentación” y el otro el de la “desemantización”. El primero, junto con sus más inmediatas expansiones (su inverso no-simétrico: la “composición”, próxima al “*Sachverhalt*” wittgensteiniano; la opción por determinada dimensión de las “unidades de análisis” o signos específicos a las semiosis en estudio; la identificación del “objeto semiótico”, etc.), constituye uno de los aspectos fundamentales de la *operación de atribución*; por tanto su tratamiento metodológico se realizará al desarrollar esa concreta operación, así como la de recurrencia, integración y articulación correspondientes a esta misma etapa de la investigación semiótica. Esto es coherente con lo ya adelantado acerca de que la relación de acronía es una *consecuencia* de la operación de atribución.

El tema, en cambio, de la *desemantización*, si bien posee aspectos técnico-operativos que se continuarán desarrollando en los apartados siguientes, se relaciona particularmente con la actitud del investigador en estos comienzos de su trabajo.

De lo escrito recientemente (5.2.) interesa destacar ahora tan sólo que la acronía es un tipo de relación (y, consecuentemente, de análisis) que se cum-

ple exclusivamente entre las formas de una única semiosis sustituyente o de una única semiosis sustituida (en el interior, por tanto, de lo que he denominado un “universo relativamente homogéneo”). Trabajar en un único universo relativamente homogéneo requiere de una tarea previa de desemantización o sea, prescindir (por más que sea de modo absolutamente provisorio y aunque se realice de modo en mayor o menor medida intuitivo) de lo que se sabe que son capaces de significar (en el caso de las semiosis sustituyentes) o prescindir de la semiosis (verbal, visual, etc.) desde la que se sabe que adquieren significado (en el caso de las semiosis sustituidas).

Desemantizar parecería ser, en cierto modo, como destruir el signo o, al menos, quebrar la indisoluble unión de sus partes. Mieczyslaw Wallis sistematiza ciertas definiciones simples y pertinentes a este enfoque: “‘Semántico’ es para mí ‘ser un signo o un complejo de signos’ o ‘tener un significado’ por sí mismo o en conexión con otros signos. Por el contrario ‘asemántico’ es ‘no ser un signo’ o ‘no tener significado’ (...). Llamo ‘desemantización’ a la transformación de algo que es un signo en algo que no es un signo; ‘semantización’ a la transformación de algo que no es un signo en algo que es un signo” (1970: 525). Pero, ¿puede conocerse algo que *no es un signo*? De modo parecido a como corta Peirce otra discusión semejante (2.231), también puedo decir que “a eso no le llamaría signo en este libro”. Lo que ocurre, al desemantizar, es que se quiebra *una* de las uniones del signo (la más habitualmente mantenida, la que hace a su transparencia) para que destaque *otra* de sus uniones (más inhabitual, la que hace a su opacidad o, incluso, a otra transparencia también más inhabitual), mediante lo cual se establecen sus relaciones de solidaridad en el interior de un determinado universo de formas al que pertenece o se formula la hipótesis de que puede pertenecer. Por eso, su conocimiento (o el conocimiento que de este modo se produce) es siempre técnico (aunque se efectúe como reflexión vulgar acerca de una semiosis: “¡Con qué delicadeza despliega sus colores Boticelli!”).

Un ejemplo, por muchas de sus características paradigmático, de este trabajo sobre *relaciones acrónicas* entre formas, especialmente vinculado al tema de la *desemantización* y que conserva muchos rastros del *razonamiento abductivo*, lo ofrece la investigación sobre los “anagramas” realizado por Saussure (entre 1906 y 1909), recopilado y comentado por Starobinski (1982).

Saussure enfrenta la evidencia del discurso como el ámbito específico de la semántica y se plantea como problema el modo específico según el cual “la lengua *entra en acción como discurso*”. Partiendo del presupuesto de que “te-

nemos a nuestra disposición, ya listos en la lengua, conceptos”, se pregunta: “Pero, ¿en qué momento o en virtud de qué operaciones, de qué juego establecido entre ellos, de qué condiciones, estos conceptos formarán el *discurso*?” (una pregunta que muchas décadas después, en 1970, empezará a encontrar respuesta rigurosa en textos como “El aparato formal de la enunciación”, de Benveniste, 1974: 79-88). No obstante, aquí, la preocupación de Saussure se centra en la producción de la significación mediante las palabras. Se le hace demasiado evidente la *distancia* entre esas formas de la lengua y la comunicación del pensamiento: “¿Qué es necesario para que se tenga la idea de que por el hecho de usar los términos disponibles en la lengua se intente significar algo?”. Su respuesta la ensaya elaborando un concepto *ad hoc* de *discurso*: “el discurso consiste, aunque sea de modo rudimentario y por caminos que ignoramos, en afirmar un vínculo entre dos conceptos que se presentan revestidos por la forma lingüística, mientras la lengua se limita, de modo preliminar, a dar vida a conceptos aislados, que esperan ser puestos en relación entre sí para poseer significado de pensamiento” (Starobinski, 1982: 12).

El propio Starobinski comenta que se trata de “un acto que sólo puede cumplirse *operando* un material; es una *puesta en uso* al mismo tiempo libre y gobernada por reglas, un ‘juego’ que tiene el valor de una ‘operación’” (*Ibidem*: 12-3). Para ratificar la necesidad de este operar sobre materiales físicos (formas) para obtener o modificar significaciones (valores), los fragmentos seleccionados ejemplifican la explicación materialista que Saussure propone respecto de la transformación de la leyenda a través de la historia: “los dos tipos de modificación histórica de la leyenda más difíciles probablemente de aceptar son: 1º La sustitución de los nombres. 2º La desubicación del *motivo* (o *perspectiva*) de una acción que permanece inmodificada” (*Ibidem*: 15). Lo que quiere destacar es el efecto que, sobre la significación, ejercen los elementos materiales de un texto y su manipulación, intencional o no. Lo contrario “sería verdaderamente como suponer que para esta leyenda no ha existido jamás transmisión de elementos materiales a través de los siglos; porque, dados cinco o seis elementos materiales, el sentido cambiará en el lapso de pocos minutos si hago que los combinen cinco o seis personas que trabajen independientemente” (*Ibidem*: 16-7), comentando Starobinski: “se debe pues considerar al sentido como un producto, como el producto variable de la operación combinatoria y no como un dato preliminar *ne varietur*”.

Saussure, analizando las cualidades formales, métricas, de los versos saturnales o sea, los correspondientes a la más antigua poesía romana (“Saturnia” es el nombre del Lacio arcaico), llama la atención en particular hacia el tema de la *aliteración*: “El fenómeno de la aliteración (e incluso de la rima)

observado en el Saturnal no es más que una parte insignificante de un fenómeno más general o, más bien, *absolutamente total*. La totalidad de las sílabas de cada verso Saturnal obedece a una ley de aliteración, desde la primera a la última sílaba; no hay una sola consonante o una sola vocal, incluso una sola *cantidad vocálica*, que no se tenga escrupulosamente en cuenta” (*Ibidem*: 18). Pero, todavía da un paso más, para afirmar una presencia oculta, en estos versos, que un laborioso trabajo permite sacar a luz: es la presencia, a través de los *anagramas y/o hipogramas* (prescindo aquí de sus restantes precisiones y discusiones terminológicas), del nombre de un dios o de un héroe. “Como indicación sumaria de este tipo (...) citaré: *Tauracia Cîsauna Samnio cê-pit*. Se trata de un verso anagramático que contiene enteramente el nombre de *Scîpio* (en las sílabas *cî + pi + io* y, además, en la *S* de *Samnio* que es la inicial del grupo en el que retorna casi toda la palabra *Scîpio* (...))” (*Ibidem*: 25).

Esta búsqueda anagramática ilustra la perspectiva *desemantizadora*, ya que nada importa el significado del verso trabajado, sino la búsqueda de determinadas relaciones formales (en este caso de escritura) mediante cuya reconexión (oculta tras el discurso poético formador del sentido) se integra otra forma con su referente propio y su particular sentido (emergente de este ocultamiento): homenaje al héroe o a invocación al dios: “¿Qué sabemos acerca de la razón que introdujo el anagrama en los breves textos que hemos tomado como punto de partida? La razón *podría haber consistido* en la idea religiosa de que una invocación, una plegaria, un himno no eran eficaces más que a condición de mezclar en el texto las sílabas del nombre divino” (*Ibidem*: 56). La desemantización implica, por tanto, una toma de distancia *dialéctica* mediante la construcción semántica que el análisis de determinadas formas está manifestando, frente a otra semántica obvia que se repliega. Esta permanencia de ambas semánticas había sido conscientemente observada por Saussure: “se trata de realzar un nombre, una palabra, esforzándose por repetir las sílabas y produciendo de esa manera *un segundo modo de ser*, artificial, asociado, por así decirlo, al original de la palabra” (*Ibidem*: 26; el destacado es mío). Esto es lo que induce a Starobinski a titular su libro “Las palabras bajo las palabras” y a afirmar que, “descubierto en toda su amplitud, el anagrama se convierte en un discurso bajo el discurso” (*Ibidem*: 72). En pintura se han realizado ejercicios semejantes, que manifiestan características afines, en especial respecto de la “desemantización” de uno o varios textos para que surja la posibilidad de otra semántica o interpretación. Me refiero, por ejemplo, a la técnica de la *anamorfosis* tal como la practicó Jean-François Nicéron en su construcción del retrato de Luis XIII mediante un juego de espejos que selecciona y ensambla 16 fragmentos arbitrarios de retratos de 12 príncipes otoma-

nos. “(...) la palabra y la frase sufren en el anagrama exactamente el mismo proceso de transformación que la imagen: descomposición, deslizamiento, recomposición en otra forma. La ‘palabra bajo la palabra’ que implica una ‘proyección de la forma fuera de sí misma’ es también ‘anamórfica’ según la definición proporcionada por Baltrusaitis” (Siguret, 1981: 34; retomo el tema, con un enfoque afín, al estudiar la *recurrencia* en su específico sentido de *direccionalidad*). Desemantizar implica, por tanto, la tarea del analista mediante la cual una semántica (la evidente) es dejada de lado, para que comiencen, primero, a entreverse y, finalmente, a hacerse manifiestas las formas y las relaciones entre las formas que construyen otra semántica (que permanecía hermélica pero que no por eso dejaba de ser operativa). Tanto teórica como metodológicamente he tratado un tema afín, con la designación de “signo ideológico”, inverso del habitual signo saussureano y complementario del algoritmo semiótico:

valor lingüístico /4	1/ significante sustituyente
significante sustituido /3	2/ significado

donde (en el orden lacaniano, 1966: 253), 1/2 es el *signo saussureano*, 1/4 es el *signo metasemiótico sustituyente* (o metalingüístico, si se restringe a la lengua), 3/2 es el *signo metasemiótico sustituido* (por ejemplo, “la forma de la información visual” y la “inferencia visual”, en el sentido de Jackendoff, 1987b: 293) y 3/4 es el *signo ideológico* a todo lo cual he hecho reiterada referencia en otros trabajos (Magariños de Morentin, 1983: 54ss.; 1984a 152ss.; 1984b: 135ss.).

Regresando a los anagramas saussureanos, otro de sus aportes a la comprensión de lo *acrónico* de esta etapa, se concreta en la búsqueda de las leyes o regularidades según las cuales se organizan esas relaciones entre formas. Las referencias que se encuentran, en los fragmentos recopilados por Starobinski, al tema de la fecha de los textos poéticos o a la permanencia de la técnica anagramática a través del tiempo (“Desde los más antiguos monumentos saturnales hasta la poesía latina que se escribía en el 1815 o en el 1820, no ha existido otra manera de escribir versos latinos que aquella de parafrasear todo nombre propio según las formas reguladas por el hipograma”, *Ibidem*: 127), así como a la extensión de este uso en otras culturas (“esta ciencia de la forma vocal de la palabra era la que constituía probablemente, desde la más

remota antigüedad indo-europea, la superioridad y la cualidad particular del *Kavis* hindú, del *Vates* latino, etc.”, *Ibidem*: 31; una reflexión, calificada por Starobinski de “extraña especulación sobre la corteza del roble”, acerca de la “poesía germánica aliterante” que concluye con una hipótesis sobre el “actual compuesto alemán *Buchstabe* (aparentemente ‘vara de roble’)”, *Ibidem*: 33-5; y sus referencias a la poesía griega, dudando de la presencia anagramática en la poesía lésbica, pero afirmándola en la de Homero: “la poesía homérica, al contrario, es *fónica*, en el sentido en que decimos *anafónico* y *anagramático* o sea, que se propone repetir, de tanto en tanto, las sílabas de un determinado nombre”, *Ibidem*: 56-7), no son sino referencias eruditas para establecer la extensión temporal y espacial del fenómeno que estudia y que no distraen a Saussure de su objetivo de encontrar las reglas según las cuales los poetas latinos construían sus *Carmina epigraphica*. En diversas oportunidades va construyendo estos conjuntos de reglas que revelan la gran complejidad escritural y/o fonética a la que se sometían (*Ibidem*: 18-9; 20-2; 43-7, *passim*; y los detallados análisis de las reglas seguidas por Lucrecio para reiterar la obsesiva presencia del nombre “*AFRODITE*” en los primeros trece versos de su *De Rerum Naturae*, *Ibidem* 73-8; así como su asombro ante la mantenida fidelidad a esta técnica por poetas posteriores: “Cómo Nevio, Ennio, Pacuvio, Accio hubieran podido conservar todavía una tradición que podía parecer inviolable en su época de imitaciones, puedo comprenderlo. ¿Cómo un Virgilio con su hálito poético completamente original, un Lucrecio con su intensa preocupación por la idea, un Horacio con su sólido sentido común en todas las cosas, podían, en cambio, exigirse el conservar esta increíble reliquia de otras épocas?”, *Ibidem*: 130). Su constante preocupación es poder afirmar que ha encontrado las reglas: “...puedo anunciarle que tengo ya en un puño la victoria en toda la línea. He pasado dos meses interrogando la muestra y luchando contra ella sólo como tentativas, pero ya, desde hace tres días, avanzo a golpes de artillería pesada”, (*Ibidem*: 17); victoria que, retomando la experiencia de J.-F. Nicéron, permite afirmar la “ruptura entre el concepto y el precepto” (desemantización), ya que (resemantización) permite ver a la vez “al rey y a los turcos” (Siguret, 1981: 36).

Como observa Starobinski, “no se le oculta a Saussure la evidente objeción: el hipograma, leído a partir del texto, ¿no es una construcción arbitraria, nacida del capricho del lector y basada sobre la distribución fortuita de los fonemas en el texto?” (*Ibidem*: 111).

También Saussure, como Peirce (cuando autocorrigie, en 1902, su concepto de “Inferencia hipotética”, y según define, en 1903, la “abducción”, Peirce: 2.102 y 2.270 respectivamente), se encuentra con la sorpresa de un resul-

tado inesperado que le induce a formular diversas hipótesis (ver, en Peirce, el “hecho sorprendente” como punto de partida del razonamiento abductivo: 5.189) y a intentar explicarlas desde distintas perspectivas. “Lejos de creer que la cuestión deba necesariamente ser válida a partir de la palabra que yo considero anagramada, estaría satisfecho si se me demostrase, por ejemplo, que no hay anagrama, sino solamente una repetición de la misma sílaba o elemento, según leyes de versificación que no tienen nada que ver con los nombres propios ni con una palabra determinada. Justamente desde este punto de vista y con este presupuesto yo mismo había enfrentado el verso homérico, creyendo tener razones para suponer una proporción regular de vocales y consonantes; no he podido encontrarla, pero, en compensación, he visto que a cada instante era posible establecer un anagrama y en esto me apoyo para abrir algún camino acerca de fenómenos que considero incontestables en su valor general” (*Ibidem*: 119-20). Todo es cuestionable en los primeros momentos, al pretender evaluar los logros de una investigación sobre relaciones entre formas: “Suponer que, si se ha comenzado con el *anagrama*, la repetición de sílabas que brotaban habían dado la idea de la creación de un orden de fonema a fonema, de una aliteración que concluía en el equilibrio de los sonidos, es tan fácil como suponer lo contrario; esto es, que inicialmente se ha puesto atención al equilibrio de los sonidos y que después parece natural, dada la necesidad de repetir los mismos sonidos, seleccionar sobre todo aquellos que aluden, al mismo tiempo, a un nombre que todos tenían en mente” (*Ibidem*: 121). Mediante consideraciones de técnica métrica, Saussure se desembaraça con bastante seguridad de la posibilidad de que la teoría de los anagramas se desmorone como el fortuito resultado que evidenciaría un cálculo de probabilidades; no obstante, Starobinski transcribe fragmentos de su carta al colega y poeta Giovanni Pascoli, sometiendo al análisis probabilístico la validez de sus hallazgos: “...cuanto más considerable se hace el número de ejemplos, hay más motivos para pensar que la producción cuasi regular de esta coincidencia sea el juego natural de la probabilidad sobre las 24 letras del alfabeto (...); he encontrado más directo y más seguro dirigirme a quien, por excelencia, podrá informarme sobre el valor atribuible a estos hallazgos de sonidos” (*Ibidem*: 144). Esta carta no obtuvo respuesta y como, según transmite Starobinski, “el silencio del poeta italiano fue interpretado como un signo de desaprobación, las investigaciones sobre los anagramas se interrumpieron”. En la combatividad necesaria para sostener este tipo de hipótesis, había afirmado (coincidiendo, de nuevo, con Peirce, en valorar la sugerencia “de que algo *puede ser*”, Peirce: 5.171) “que se trata, ante todo, de procurarse en primer término algún tipo de fe” (*Ibidem*: 132; si bien Peirce había preferido hablar de un “instinto”: 5.173).

Algunas expresiones de Starobinski me parecen oportunas para terminar estas referencias a un análisis de particulares características *acrónicas* y, en cuanto tales, basadas en el análisis de las formas con independencia del sentido del poema en estudio: “Se llega pues a la conclusión, implícita en toda la investigación de Ferdinand de Saussure, de que las palabras de la obra se originan en otras palabras precedentes y que *no las selecciona directamente* la conciencia formadora. La respuesta a la pregunta, ¿qué hay inmediatamente detrás del verso?, no es ‘el *sujeto* creador’, sino la *palabra* inductora. No que Ferdinand de Saussure se lance a eliminar el papel de la subjetividad del artista; pero concluye que sólo puede producir su texto después de haber pasado a través de un *pre-texto*” (*Ibidem*: 145). Esta concepción está ya muy cerca de la de Foucault (“las formaciones discursivas” estructuradoras del sujeto, Foucault, 1972: 50-64); no en vano Starobinski, refiriéndose a los “ecos” de este tipo de investigación, menciona en su última página “el método de composición de Raymond Roussel (admirablemente analizado en un libro de Michel Foucault)” (*Ibidem*: 155; ver Foucault, 1973).

Las referencias al trabajo de Saussure y a su tesis subyacente de que la poesía clásica sea un “arte combinatoria” (*Ibidem*: 155) han sido largas y, pese a todo, incompletas. Sólo la lectura del libro de Starobinski, con sus propios comentarios y los fragmentos de Saussure, puede transmitir la plenitud, la laboriosidad y las dudas de una investigación que se mantiene en el plano de las relaciones puramente formales. Pero, retomando el tema desde la plenitud de la perspectiva de la metodología semiótica, es necesario formular algunas observaciones que creo que, ahora, podrán ser mejor comprendidas y que, además, son necesarias, ya que una investigación con metodología semiótica posee un objetivo diferente al que se propuso Saussure con su estudio de los anagramas.

La etapa del *análisis acrónico* (en la que Saussure agota su investigación, sin haber utilizado nunca esa expresión) es una *etapa* (la primera) de una investigación semiótica. Esto hace que sus resultados, aunque lo dejen al investigador sumergido en el mar de dudas que manifestaba Saussure, no son finales sino plenamente provisionales y su admisibilidad dependerá de que sean eficaces al ponerlos en correspondencia con otro universo (el referencial) al que producen (o reproducen), pudiendo (o debiendo) modificar tales resultados conforme avanza su trabajo. Hay, por tanto, una posibilidad de *prueba* de la que carecía Saussure; él buscó desesperadamente algún texto “*De re métrica*”, en que se enunciaran reglas (las que él pretendió descubrir u otras, pero que demostraran la existencia de tales reglas) acerca de la distribución de esos grafemas o fonemas en que se ocultaba la palabra-tema o el nombre del dios

o del héroe; y nunca lo encontró (*Ibidem*: 130). El investigador que usa la metodología semiótica tendrá siempre a su disposición otras formas de construir ese referente, otras semiosis que concurren a construirlo de modo diferente, efectivamente vigentes en la sociedad en que ocurre el fenómeno cuya significación estudia; hasta (debidamente avanzada su investigación) dispondrá de una historia acerca de los textos que han actuado como semiosis sustituyentes; incluso, con las características y exigencias que se expondrán en su momento, dispondrá de la propia semiosis sustituida (del análisis del referente en cuanto signo), para establecer la validez de sus hipótesis acerca de la eficacia que, para la producción, comunicación e interpretación de determinada significación, poseen las formas cuya interrelación está estudiando, en esta primera etapa (todavía un tanto a ciegas) de su estudio (áridamente estructuralista).

Otra observación, tras esta lectura de Starobinski-Saussure, es que el análisis acrónico, como etapa metodológica, no busca un “nombre secreto” distribuido en los intersticios del texto (al menos, no necesariamente), sino que se enfrenta con el lenguaje como *totalidad* o, mejor, con el total de la semiosis utilizada en el(los) texto(s) en estudio. La hipótesis subyacente es la de que *el sentido de cada texto y la significación como sumatoria dialéctica de los sentidos producidos por los textos en sus relaciones sincrónicas y diacrónicas, se origina o tiene como punto de referencia el complejo de las relaciones acrónicas efectivamente establecidas, mediante la aplicación de determinada sintaxis, entre las formas del texto o de cada uno de los textos tomados en consideración*; por eso puede hablarse del “lenguaje como totalidad”, en cuanto no existe lenguaje (o semiosis) más allá del aplicado o aplicable a la producción de los textos efectivamente existentes y a los efectivamente posibles o accesibles desde los existentes (con lo que rechazo la idea de que sea, ni siquiera imaginable, una posibilidad semiótica indeterminada).

6. Atribución

6.1. Desarrollo lógico

Operación 2: “**Atribución**”: *aquella mediante la cual se pone en relación una forma con un valor.*

Simbolización: “ $f_x \text{ Atr } u_x$ ”

Descripción simbólica: “ $f_x \text{ Atr } u_x$ ” $\equiv$ “ $R_2 f_x u_x$ ” o simplemente “ $R_2 fu$ ”

En función de la definición de “valor” y aplicando la memoria semiótica, las precedentes expresiones pueden escribirse:

$$“f_a \text{ Atr } u_a” \equiv “R_2 f_a (R_2 f_a f_x)”$$

6.2. Interpretación

La lectura de esta última expresión permite redefinir la operación de atribución como “aquella mediante la cual se le asigna a una forma su propia capacidad para relacionarse con otra forma”, constituyendo la especificidad de esta capacidad relacional su *valor* propio.

La operación de atribución se propone, por tanto, como una relación semiótica que vincula dos funtores, uno de los cuales está constituido por una determinada percepción sensorial o, mejor, por su resultado o “perceptum”, y el otro por algún tipo de relación entre esa misma percepción sensorial particular y alguna otra diferente percepción sensorial particular. Dicho en términos de la lógica de relaciones, en principio se trata de una relación diádica cuyo dominio anterior está constituido por una forma y cuyo dominio posterior está constituido por un valor (siendo éste, a su vez, una relación diádica, cuyo dominio anterior está constituido por esa misma forma y cuyo dominio posterior está constituido por alguna otra forma). En símbolos: “ $D_1 R$ ” $\equiv$ “ f ”; “ $D_2 R$ ” $\equiv$ “ u ”; lo que proporciona nuevas definiciones formales para “forma” (“ f ”) y “valor” (“ u ”).

Analíticamente, es posible que esto sea suficiente; dialécticamente, no lo es. “ $R_2 f_a f_x$ ”, en cuanto **valor** de “ f_a ” no proporciona pautas de interpretación ni en cuanto a la pertinente segmentación de cada uno de tales “ f ”, ni en cuanto a la relación “ R ” que se afirma entre ella. En la investigación semiótica la identificación de las entidades correspondientes constituye una hipótesis de trabajo para cuya formulación es necesario tener presente al otro universo (en esta simbolización, el universo “ G ”), en el que, también por hipótesis, se supone que interviene el universo de las “ F ”, para producir el correspondiente valor, aquí simbolizado por “ w ”.

Por tanto, el análisis correspondiente a la *operación de atribución* determina relaciones de naturaleza *acrónica*. Tomar en cuenta, simultáneamente, lo que está ocurriendo en otro universo “ G ”, supone determinar relaciones de naturaleza *sincrónica*. Si bien el desarrollo lógico deductivo se cumple adecuadamente identificando las relaciones que afectan a un sólo universo (y así

debe realizarse), esta descripción lógica posee una importancia predominantemente teórica. Establece el modo lógico de la emergencia del *valor*. Pero, interpretativamente, las “ R_2fu ” que se establezcan deberán ser adecuadas para producir (o dar cuenta) de las “ R_2gw ” en las que intervengan. La descripción de este proceso, en una instancia lógica posterior, estará a cargo de la *operación de sustitución*. La *operación de atribución*, por el momento, confiere respuesta lógica a la pregunta acerca de *cómo* buscar, en un universo sustituyente, las formas y sus relaciones, así como también enuncia el valor relativo atribuido a tales formas; pero no informa acerca de *lo que* se busca. De aquí que cualquier segmentación e interrelación que se afirme, respecto de un concreto universo de formas socialmente vigente, sólo lo será a título de hipótesis, supeditada su admisión a la efectiva verificación de que tal segmentación e interrelación produzca, efectivamente, las correspondientes segmentaciones e interrelaciones en el otro universo. Esta hipótesis requiere, por tanto, una anticipación acerca de su propia eficacia, la cual sólo puede proponerse *abductivamente*. Esto puede simbolizarse del siguiente modo:

$$(1) \text{ RDsust } \left\{ \begin{array}{c} \exists f \exists u (R_2fu) \\ \hline \exists g \exists w (R_2gw) \end{array} \right\} \rightarrow R_{2fw} \& R_{2gu}$$

donde, “RDsust” se lee: “relación *dialéctica de sustitución*”, con lo que se alude a la concreta operación de sustitución por la que el par de expresiones:

$$(2) \text{ “}\exists f \exists u (R_2fu)\text{” y “}\exists g \exists w (R_2gw)\text{”}$$

es el antecedente necesario para que se produzca “ $R_{2fw} \& R_{2gu}$ ” (el estudio de cuya productividad dejo pendiente hasta desarrollar dicha *operación de sustitución*). A ese nivel, las relaciones que se estudian son de naturaleza *sincrónica*.

Por el momento, el investigador trabaja analíticamente, tratando de establecer las posibilidades relacionales de “fu”, sabiendo que con ellas (o con alguna de ellas) habrá de determinar la potencia sustitutiva del universo de las “F”; y/o (sucesiva pero no conjuntamente, durante la instancia *acrónica* de la atribución) tratando de establecer las posibilidades relacionales de “gw”, sa-

biendo que con ellas (o con alguna de ellas) habrá de determinar la correlativa capacidad sustituible (o la configuración, tal como ha quedado efectivamente sustituida) del universo de las “G”.

Este análisis, realizado independientemente respecto de cada uno de los enunciados (2), constituye la investigación específica acerca de la *operación de atribución*. La selección de los fenómenos sociales modelizados en (2) resulta de la hipótesis de trabajo (abductiva) acerca de que tales son los universos relativamente homogéneos (en cuanto, en la situación en estudio, uno representa, exclusivamente, al universo de formas sustituyentes y el otro representa, exclusivamente, al universo de formas sustituidas/-bles), que intervienen en la producción de una determinada significación en cuanto interpretación de determinado fenómeno. Estos problemas concretos de la investigación semiótica serán considerados en “6.3. Práctica metodológica”.

Por supuesto, no concluye con ello la exploración de las cualidades de “fu”. Situada en un momento histórico determinado, la expresión “fu” constituye la *superación* de las contradicciones inherentes a otro (precedente) universo de formas “M”, con los valores relacionales “y”, contradicción surgida en la práctica de su efectiva intervención sustituyente sobre el universo de formas “K”, con los valores relacionales “z”. Entonces, al llegar deductivamente a las expresiones: “m(-y&y)” y “k(-z&z)”, se puede enunciar “fu” en el primer caso (lo que determina la específica segmentación y posibilidad relacional de “F” y ya no “M”, siendo “F” el sucesor de “M”) y “gw” en el segundo (lo que determina la específica segmentación y posibilidad relacional de “G” y ya no “K”, siendo “G” el sucesor de “K”). En consecuencia, se puede escribir también:

$$(3) \quad \exists f \exists g \exists u \exists w \left\{ \text{RDsup} \left\{ \begin{array}{c} \exists m \exists y (R_2 m(-y \& y)) \\ \hline \exists k \exists z (R_2 k(-z \& z)) \end{array} \right\} \rightarrow R_2 f_u \& R_2 g_w \right\}$$

donde, “m” simboliza una determinada forma del universo sustituyente “M” e “y” simboliza un determinado valor del mismo universo “M”; “k” simboliza una determinada forma del universo sustituido/-ble “K” y “z” un determinado valor del mismo universo “K”. Aquí “RDsup” se lee: “relación dialéctica de superación”, con lo que se alude a la concreta operación de *superación* por la que el par de expresiones:

$$(4) \text{ “}\exists m \exists y (R_2m(-y \& y))\text{” y “}\exists k \exists z (R_2k(-z \& z))\text{”}$$

(en las que se simboliza la respectiva contradicción “(-y&y)” y “(-z&z)” en que han incurrido los valores propios de los universos de formas “M” y “K”) es el antecedente necesario para que se produzcan los nuevos universos “F” y “G” de formas que habrán de tener atribuidos los valores “u” y “w”, respectivamente; o sea, permitirán escribir: “R₂fu & R₂gw” (el estudio de cuya productividad dejo pendiente hasta desarrollar dicha operación de *superación*). Cuando el análisis se lleva hasta este nivel se están analizando relaciones de naturaleza *diacrónica*.

Teniendo en cuenta que el propio “fu” habrá de incurrir en contradicción, la problemática de “f” (y, correlativamente, la de “g”) puede formularse del siguiente modo:

$$(5) \quad \exists h \exists i \exists p \exists q \left\{ \text{RDsup} \left\{ \frac{\exists f \exists u (R_2f(-u \& u))}{\exists g \exists w (R_2g(-w \& w))} \right\} \rightarrow R_2hp \& R_2iq \right\}$$

donde, “hp” e “iq” simbolizan los *nuevos* universos de formas “H” e “I” con sus respectivos valores “P” y “Q”, producidos por (proyectada hacia su propio futuro) superación del universo de formas “F”, con su valor “U” y del universo de formas “G” con su valor “W”.

Lo que antecede permite ubicar el lugar lógico de la problemática de la *operación de atribución*. En efecto, las expresiones (3), (1) y (5), en este orden, recorren la secuencia explicativa de la semiótica, en cuanto al estudio de los dos (al menos) universos de necesaria intervención para la producción de la significación: el sustituyente (“ $\exists f \exists u (R_2f(-u \& u))$ ”) y el sustituido/-ble (“ $\exists g \exists w (R_2g(-w \& w))$ ”). En (3) se expresa el proceso de superación (precedente) de otras formas y valores que produce (como consecuencia o *sucesor*) la conjunción de estos dos universos; en (1), la línea superior y la línea inferior de la “RD-sust” (consideradas separadamente, pero estructural y funcionalmente condicionándose mutuamente) expresan las *operaciones de atribución* según las que organizan su pertinente capacidad sustituyente y sustituida, mientras que la relación entre ambas líneas representa la efectiva aplicación de la operación de sustitución que permite escribir, como su consecuente, la expresión que

simboliza la sustitución efectivamente cumplida (" R_{2fw} & R_{2gu} "); en (5) se expresa la contradicción en que habrán de caer (o habrán caído, cuando el estudio es acerca de procesos semióticos históricos) los universos en estudio. O sea, (3), (1) y (5) permiten ubicar a la *operación de atribución* en su adecuado lugar lógico, en el proceso de producción (como sucesor de " $m(-y \& y)$ "), efectiva eficacia (por transposición de formas y valores: " R_{2fw} & R_{2gu} ") y extinción (por su propia inestabilidad: " $f(-u \& u)$ " y " $g(-w \& w)$ ") de determinada significación. Las correlaciones enunciadas anticipan el carácter *intensional* de este enfoque semiótico (en el sentido de Montague, 1977: 167ss.). Considero conveniente agregar algunas reflexiones intuitivas, más discursivas, que faciliten la interpretación metodológica de esta etapa.

La simplicidad de la operación de atribución es sólo aparente. Establecer que el valor de una forma consiste en sus concretas (histórico-socialmente vinculadas) posibilidades de situarse en (efectiva) relación (contextual) con otra forma parece restringir la problemática involucrada a la de la identificación de la sintaxis correspondiente. No obstante, desde una perspectiva lógico-semiótica, el problema se complica al pretender interpretar la "f" del simbolismo utilizado o, lo que es semejante, al intentar establecer cuál sea aquella determinada percepción (*perceptum*) que pueda utilizarse como interpretación del término teórico "forma".

Ya me he referido al condicionamiento histórico y al aprendizaje social como presupuestos del éxito (al menos en cuanto aceptabilidad) de la tarea de percibir. Las dificultades a las que se refiere mi advertencia se originan en otro plano de reflexión: aquel en que se toma particularmente en cuenta que el *perceptum* que aquí se pretende incluir en la clase de las formas pertenece a determinada semiosis, con lo que se está teniendo anticipadamente en cuenta que viene siendo utilizada (o va a ser utilizada) como sustituyente o como sustituida. En el primer caso, la percepción (observacional) correspondiente a la forma (teórica) deberá ser tal que demuestre poseer (o poder llegar a adquirir) la capacidad de dar cuenta (o producir) determinadas otras relaciones entre otras determinadas percepciones; tal es la característica de toda semiosis sustituyente (o lenguaje, en sentido amplio). En el segundo caso, la percepción (observacional) correspondiente a la forma (teórica) deberá ser tal que demuestre poseer (o poder llegar a adquirir) determinada capacidad relacional cuando queda sustituida por la eficacia de otras relaciones entre otras determinadas percepciones; tal es la característica de toda semiosis sustituida (o referente, en el específico sentido en que aquí uso este término). Todo ello, teniendo en cuenta que las respectivas posiciones de sustituyente y de sustituida de las semiosis involucradas son meramente coyunturales (histórica y so-

cialmente) y que (tanto histórica como socialmente) dicha asignación de posiciones puede encontrarse (o, de hecho, se encuentra) invertida.

Así pues, no puede interpretarse la operación de atribución sin tener específicamente en cuenta la sustitución en la que aplica su eficacia (así como, según veremos, no ha de poderse interpretar la operación de sustitución sin tener en cuenta la superación que produce). Este es un punto (en este desarrollo, el primero, surgido apenas comienza la reflexión explícita acerca de la aplicación de la primera operación semiótica fundamental) en el que se produce la confluencia de los tres niveles lógicos pertinentes a la semiótica: el *abductivo*, en cuanto formulación de la hipótesis de trabajo de que determinado perceptum puede ser una forma de determinada semiosis capaz de sustituir o de ser sustituida; el *deductivo*, en cuanto dicho perceptum puede considerarse una constante perteneciente a un universo interpretable según el correspondiente teorema lógico-semiótico; y el *dialéctico*, en cuanto la validez de la posibilidad relacional (o valor) asignado a dicho perceptum depende, no de alguna cualidad existencial (intrínseca a la naturaleza de lo percibido) o formal (por cumplimiento de las reglas del cálculo) sino de que así sea establecido desde la otra semiosis con la que (necesariamente, por definición de semiótica) se vincula mediante una relación de sustitución.

Tales son, por tanto, las características de lo que se denomina “forma” en este trabajo, al estudiar la operación de atribución:

i) aquella parte (en cuanto segmentación posible) de un universo perceptual que al relacionarse con otra u otras del mismo universo (“homogeneidad”, en el sentido antes especificado) produce (o hace posible la producción) de determinadas relaciones entre determinadas partes de otro segundo universo diferente del primero (pero también calificable de “homogéneo” en el mismo sentido indicado);

ii) aquella parte de un universo perceptual cuya aptitud para producir determinadas relaciones entre otras partes de determinado universo diferente al primero proviene de la superación de las contradicciones generadas por la pretensión de precedentes segmentos de un anterior universo (que puede o no ser el mismo que este primero) en cuanto a poseer aptitud para establecer relaciones (diferentes de las que están en estudio) entre partes (diferentes de las que están en estudio) de otro universo diferente del primero (que puede o no ser el mismo segundo en el que interviene tal primero);

iii) aquella parte de un universo perceptual cuya aptitud para producir determinadas relaciones entre otras partes de determinado universo diferente del

primero habrá de incurrir en sus propias contradicciones al producir determinadas relaciones entre determinadas partes de otro segundo universo diferente del primero, dando así lugar a la posibilidad lógica (y a la necesidad histórica) de su propia superación.

Lo que aquí se denomina “forma” no se corresponde por tanto (al menos, no necesariamente) con la identidad perceptual de los objetos, palabras, figuras, etc. de un mundo determinado; ni siquiera con la modificación que en ellos introduce su consideración teórica (tradicional) en cuanto *signos*; o sea, no se corresponde con los “signos lingüísticos”, ni con los “signos icónicos, indiciales”, etc., al menos en principio y dejando a salvo la posibilidad de utilizar estas expresiones una vez asimiladas las tres características de la forma que acabo de formular; no niego, por tanto, la calidad semiótica de las *formas* en estudio, sino que afirmo la insuficiencia de su identificación mediante la segmentación producida por obviedad o por razones teóricas que no tengan debidamente en cuenta su correspondiente función sustituyente o sustituida, en cuanto esencial para la determinación de tal calidad semiótica.

Esto puede parecer innecesario (o incorrecto) ya que la biplanaridad (Saussure-Hjelmslev), así como la estructura triádica peirceana, toman en cuenta, precisamente, la relación entre el aspecto *formal* del signo y su aspecto *conceptual*, lo que satisfaría la exigencia de tener presente la segmentación producida en el universo *sustituido* para estar en condiciones de establecer la identificación (por segmentación) que caracteriza a las formas del universo *sustituyente*. Pero el eje de mi reflexión pasa por negar la homología entre las relaciones pertinentes a los pares: *significante-significado*, *expresión-contenido* y *forma-concepto* e incluso las pertinentes a la tríada *representamen-objeto* - *interpretante* y las relaciones exigidas por el par *sustituyente-sustituido*.

Este rechazo de la homología entre la estructura de tales pares o tríada de conceptos surge apenas se contrasta el problema metodológicamente. En un trabajo de investigación es totalmente necesario pero insuficiente disponer, inicialmente, del concepto tradicional de signo. Es cierto que el investigador precisa saber que no hay contenido sin forma, ni forma sin contenido, así como también debe saber que la relación entre ambos conceptos (en cualquier dirección que se plantee) es una operación que se cumple en el intérprete (o, en el sentido lógico peirceano, en el “Interpretante”). Pero las limitaciones con las que frecuentemente se choca en las investigaciones pretendidamente semióticas, consiste en el carácter *estereotipado* con que se maneja el concepto de signo. El sistema de la lengua, como expresión prototípica, pero igualmente el resto de los sistemas semióticos (por más que su análisis esté en pro-

ceso de elaboración), se presentan como estructuras terminadas (aunque sea en la provisionalidad de una sincronía) y con una correspondencia entre expresión y contenido cuya validez es un presupuesto. O sea, se está en presencia de *códigos* semióticos. Considero insuficiente (si bien necesaria) la exigencia hjelmsleviana de la doble prueba conjunta “de derivación” y “de conmutación (...) para decidir si un objeto dado es o no una semiótica” (Hjelmslev, 1971: 141). Por supuesto que, *a fortiori*, coincido con Hjelmslev en excluir del ámbito de la semiótica a los que él denomina “sistemas de símbolos”, según la caracterización que de ellos hace (*Ibidem*: 142-3). Pero, todavía, subsiste en Hjelmslev una concepción esencialista del contenido, en cuanto preexistente al sistema semiótico (en su caso, el de la lengua) y que se hace evidente en su concepto de “sustancia del contenido”, en cuanto “continuum amorfo y no analizable” (*Ibidem*: 71), de neta raigambre saussureana. Lo que aquí me interesa resaltar es el carácter *recíproco* de la función semiótica; *la forma del contenido* no es necesariamente posterior a la *forma de la expresión*, sino que, también, la determina. Por supuesto, para entender (y poder admitir) esto es necesario salir del marco estructuralista como propuesta explicativa del sistema de la semiótica. En virtud de que tanto la forma como el contenido tienen historia (y no sólo identidad contrastativa), la forma, según la cual se segmenta determinada parcela del contenido, no interviene en una esencia (para Hjelmslev, “sentido”) preexistente y universal, sino en un contenido tal como ha sido segmentado por las formas de anteriores sistemas semióticos. Entonces, una *nueva* forma, para ser tal (y toda forma en algún momento ha sido o será nueva), debe quedar acreditada, en ese carácter, por una investigación que, más allá de determinar su variación histórica perceptual (ya Saussure rechazó la lingüística histórica), establezca la forma que tenía el contenido según la anterior semiosis; con lo que se completa la reciprocidad al pedirle al contenido que justifique a la forma; todo ello según la historia y dialécticamente considerado (lo que hace insuficiente la saussureana consideración diacrónica en el estudio de la lengua; dejo incompleta esta consideración ya que será en el análisis de la operación de superación donde la desarrollaré adecuadamente).

Pero el aspecto más importante en la modificación de esta problemática creo que radica en cuestionar la idea de *concepto o contenido* (y, con más razón, de significado, pero respecto de éste ya he anticipado, al menos, tres diferentes sentidos) como la contrapartida necesaria de la *imagen* (acústica o de cualquier otra naturaleza semiótica), de la *expresión* o del *significante*, en la estructura dualista del *signo*. Prefiero optar por el supuesto (cuya pertinencia se irá estableciendo a lo largo de este trabajo) de que la eficacia cognitiva de

la que continúo denominado “función semiótica” es el producto o resultado de la superposición o puesta en correlación de las *relaciones materiales* entre las formas perceptuales de dos diferentes (o diferenciados) universos. El *concepto* es la abstracción resultante cuando dicha correlación tiene éxito. En este sentido, la semiótica de Peirce permite una interpretación más ajustada de lo que vengo diciendo. El “concepto” se corresponde con el “interpretante dinámico” (“Y a esta criatura (*creature*) del Signo se le llama el Interpretante”; “El Interpretante Dinámico es cualquier interpretación que alguna mente hace realmente de un Signo”; Peirce, 1966: 8.179 y 8.315 respectivamente), en cuanto posibilidad cognitiva emergente de la interrelación de *dos materialidades*: el “representamen” y el “objeto”. Por supuesto que tal materialidad no autoriza a suponer una relación de *cosa a cosa*, como lo sería desde una concepción trivialmente positivista. Por una parte, se trata de determinada *asociación* de representámenes (formas sustituyentes) que, al aplicarse a determinada *asociación* de objetos produce, al menos como posibilidad, determinado interpretante dinámico o conocimiento adquirido o concepto (en la terminología de esta obra: “referente”), que sólo forma parte del signo como su *resultado necesario*, pero no como parte activa de la producción semiótica; con independencia de que, posteriormente, o sea, una vez ya producido, adquiera su propia eficacia (que Peirce enuncia respecto de una específica mente “a la que determina a esta o aquella conducta”, aclarando a continuación: “Por ‘conducta’ entiendo *acción* con una intención de auto-control”: 8.315) y que mediante su *nombre* se reintroduzca en el circuito semiótico como un nuevo representamen. Por otra parte, pero derivada de lo anterior, este materialismo semiótico es histórico, lo que debe interpretarse en el sentido de que cualquiera sea la función (sustituyente o sustituida/-ble) que se atribuya a tales “cosas” (que ya no son meramente “cosas” sino “objetos semióticos”), éstas han sido, en algún momento precedente, “interpretante final” (“El Interpretante Final no consiste en el modo según el cual alguna mente actúa efectivamente, sino en el modo según el cual tal mente actuaría”: 8.315) de alguna otra función semiótica que permitió identificarlas. Así, en resumen, el signo *no une* un concepto y una imagen; el signo une dos secuencias de imágenes (pertenecientes a universos heterogéneos, en el específico sentido de que uno sustituye y otro es sustituido) y *produce* un concepto.

Creo que esto (sobre lo que volveré reiteradamente a lo largo del presente estudio y, en especial, al estudiar la operación de sustitución) es lo que hay que tener presente para comprender las peculiaridades de la operación de atribución (y para aplicarla de modo, metodológicamente, correcto).

6.3. Práctica metodológica

El investigador se encuentra, durante esta primera etapa de su tarea, ante la necesidad de dar respuesta a las siguientes preguntas: ¿cuáles son las semiosis sustituyentes (corpus) mediante las cuales determinado fenómeno (convencionalmente encuadrable en alguna de las disciplinas sociales) adquiere significado (aquel que posee o ha poseído en determinado momento histórico o aquel que se le quiere conferir)? ¿Cuáles son, en cada una de las semiosis sustituyentes seleccionadas como posibles productoras de dicha significación, las unidades mínimas fundamentales capaces, mediante su interrelación, de producir dicha significación? ¿Cuáles son, finalmente, las reglas de tal interrelación entre esas unidades mínimas?

Al hablar, aquí, de “significado” o “significación” debe entenderse, conforme a lo que vengo exponiendo (y en un primer nivel de la producción de su explicación), las unidades de la semiosis sustituida que quedan identificadas mediante la específica *segmentación* y *composición* operada por la aplicación de las unidades de la semiosis sustituyente y sus interrelaciones. Las características y el modo particular de aplicarse una semiosis (sustituyente) sobre la otra (sustituida) y la verificación de que así ocurre efectivamente en determinado ámbito social, será el tema específico de estudio al tomar en consideración la *operación de sustitución* (segundo nivel de la producción de la explicación de la significación). Lo que el investigador realiza al dar respuesta a aquellas preguntas es formular determinados enunciados (y recopilar y ordenar determinada información) que poseen el valor de ser sus hipótesis de trabajo.

Por otra parte, por “significado” y “significación” debe entenderse el concepto producido (o el efecto cognitivo resultante) por la puesta en relación de todas y cada una de las semiosis sustituyentes con la semiosis sustituida. Corresponderá, entonces, evaluar el *aporte diferencial* entre lo que podemos denominar “tensión” específica a cada una de las posibles semiosis sustituyentes, en su capacidad de intervención sobre la semiosis sustituida (*competitividad* entre tales semiosis en determinado momento de determinada sociedad), así como el grado de cohesión, desde la coherencia hasta la contradicción, que media entre los conceptos o efectos cognitivos vigentes en determinada sociedad al aplicarse a la semiosis sustituida en estudio; el tema es relativamente congruente (salvo en aquellos aspectos particulares que irán estableciendo la diferencia) con una parte de lo que se entiende por “episteme” o por las foucaultianas “formaciones discursivas”. A su vez, dicho aporte diferencial y dicha competitividad se evaluarán en función del aporte diferencial y la compe-

titividad que caracterizaba a otras semiosis sustituyentes aplicadas a otras semiosis sustituidas (o fenómeno) tal que pueda considerarse (con problemática propia que analizaré más adelante) *antecedente* de las actuales: ello será el tema específico de estudio al tomar en consideración la *operación de superación* (tercer nivel en la producción de la explicación de la significación). Hasta este último momento de la investigación, todas las aserciones previas que se formulen tendrán el valor de hipótesis cuya prueba habrá de consistir, justamente, en la consistencia del razonamiento que conduzca hasta la demostración de la superación producida o efectivamente no-producida.

El investigador, por consiguiente, se maneja, en estos primeros momentos de su investigación, con tres clases de hipótesis: a) las hipótesis empíricas acerca de la pertinencia o adecuación del corpus, de las unidades identificadas en dicho corpus y de las relaciones que propone establecer entre ellas, para la producción de determinada significación; b) las hipótesis acerca de la vigencia social de determinada significación en cuanto atribuible a determinado fenómeno (o, en otros términos, la hipótesis de que determinado fenómeno está recibiendo efectivamente determinada significación) y de que esta significación/interpretación representa o no representa una superación respecto de determinada(s) interpretación(es) precedente(s); y c) las hipótesis metodológicas procedentes, en este caso, de la teoría semiótica (cuya exposición y fundamentación, en lo que respecta a su validez lógica y operativa, constituyen el tema del presente trabajo, por lo que las excluyo de la reflexión crítica del investigador).

Lo importante es que *las hipótesis empíricas (a) se formulan en base a la anticipación de las hipótesis (b)*. Considero que esto ocurre en todos los casos, sin que se tome, por lo general, adecuadamente en cuenta; el relieve que le atribuyo a esta etapa inicial de la investigación está destinado a que forme parte de la problemática a resolver por el investigador (o, al menos, a que tome conciencia expresa del problema). En virtud de la dependencia afirmada (las hipótesis (a) dependen de las hipótesis (b)), resulta posible que llegue a derrumbarse todo el edificio de la investigación que se va construyendo al trabajar con las hipótesis (a), si resultan falseadas las hipótesis (b); pero el investigador no tiene alternativa para comenzar su trabajo si no es a partir de esta inestable situación. Con frecuencia, las hipótesis (b) no pasan de ser una difusa intuición; no siempre es posible enunciar, con relativa precisión, su contenido; más bien suele irse concretando con el avance de la investigación. Pero ello debe asumirse como natural a las circunstancias iniciales de toda investigación; investigar supone correr el riesgo de que lo único que se demuestre es que no eran válidos los supuestos (b) de los que se partió o que no era

adecuado el corpus que se seleccionó (a); resultado que, si bien constituye un aporte al conocimiento (el de un camino que no conduce a ninguna parte), no deja de ser doloroso para el investigador (como lo fue la ya citada experiencia saussureana sobre los anagramas saturnales; pero que coincide, no obstante, con la actitud natural del estudioso que Peirce se autoasignó en los siguientes términos: “Verdaderamente, siempre me ha parecido que toda mi filosofía proviene de un contrito falibilismo, combinado con una gran fe en la realidad del conocimiento y un intenso deseo de descubrir cosas”, 1.14; “falibilismo” al que caracterizó afirmando que “nuestro conocimiento está limitado no sólo en alcance, siendo aún más importante que comprendamos que lo que conocemos mejor, humanamente hablando, lo conocemos sólo de modo incierto e inexacto”, 5.587; todo lo cual le conduce a formular una regla de *economía metodológica*, muy adecuada a la inseguridad de esta etapa inicial de una investigación y que resultaría desconcertante si se creyera conveniente partir de otros presupuestos más consistentes, según la cual conviene comenzar “con aquella predicción positiva que provenga de la hipótesis que parezca menos apta para ser verificada”, 7.206). De aquí la conveniencia de concretar la formulación, en la medida de lo posible, de los supuestos o hipótesis (b), fijando lo que se trata de explicar (sin buscar en ello una garantía de éxito y recordando que el problema de la garantía es un problema ideológico y no de teoría de la ciencia; ver Habermas, 1973); y, también, la conveniencia de estar dispuesto, en todo momento, a modificarlos, así como (concurrente o alternativamente) a modificar las hipótesis empíricas (a). Hasta un cierto punto, la investigación se hace dueña del investigador (a pesar del aforismo heideggeriano: “*die Wissenschaft denkt nicht*”, “la ciencia no piensa”; citado en R. Thom, 1983: 56), lo contrario conduce a un desarrollo ideológico de demostración de lo indemostrable. Todo esto considero que abre algunas perspectivas para una reordenación de la lógica del descubrimiento científico en las que, por el momento, no profundizo.

Suponiendo establecidas (en algún grado de concreción posible) las hipótesis (b) por el investigador, atenderé, ahora, a los específicos problemas que plantea el tratamiento inicial de las hipótesis empíricas (a) y que son los pertinentes a la *operación semiótica de atribución*.

Quizá el problema más rudimentario consista en la identificación de las semiosis en las que el investigador va a intervenir analíticamente. El enfoque semiótico se inicia estableciendo una respuesta acerca de la calidad sustituyente o sustituida/-ble del fenómeno en estudio. Supongamos, por ejemplo que se trata de un jurista que estudia el significado de “hurto”. La ciencia del derecho (y la política del Estado de Derecho) lo conducen de inmediato a los

textos legales, por tratarse de un delito, por lo que deberá consistir en una *conducta tipificada* (o sea, taxativamente, descrita) en la legislación penal (al menos, en los países de derecho continental). Pero, también de inmediato, se enfrenta a dos semiosis: el universo de las formas perceptuales del comportamiento o *conductas* y el universo de las formas perceptuales de la escritura de una determinada clase o *tipos* (legales). En consecuencia, el interés de su estudio puede centrarse ya bien en el análisis del discurso jurídico para determinar las características lingüísticas mediante las que se produce el concepto de “hurto”, ya bien en el análisis de determinada secuencia de acciones para determinar las características comportamentales mediante las que se produce un *hurto*, ya bien (como es la situación en la práctica tribunalicia) en la correspondencia o falta de correspondencia entre las características lingüísticas que producen el concepto (legal) de “hurto” y las características comportamentales que producen el hurto. Por supuesto que, según los principios que rigen el Derecho Penal, determinada conducta no adquirirá el significado de “hurto” hasta que se pruebe la homología entre determinada conducta y determinada descripción lingüística legal. Esto se decide como culminación del proceso penal, en el cual, por sus características actuales, predomina el discurso lingüístico (simbólico: testimonios, alegatos, etc.), si bien también suelen (o, al menos, pueden) participar discurso gráficos (icónicos: fotografías, filmaciones, etc.) y cierto tipo de discurso escénicos (indiciales: reconstrucción *in situ* o no de secuencias de actos, gestos, actitudes, etc.). Todo esto, al igual que cualquier otro tema jurídico y en especial judicial plantea múltiples problemas ante los cuales la metodología semiótica puede aportar fructíferos criterios de racionalidad crítica. Limitándome a la finalidad del ejemplo, tan sólo tomaré en cuenta el par *conducta-tipificación*.

Si se sitúa en el plano de la lengua, al investigador jurista no le va a interesar una reconstrucción sintáctica tal que pueda producir explicaciones acerca de cómo utilizó la lengua el autor de la ley o código correspondiente: “el objeto de análisis del discurso es diferente del objeto de la lingüística” (Marandin, 1979: 55; ver también Magariños de Morentin y *col.*, 1989. En esta edición, p. 416). Su intervención en el texto legal tendrá como objetivo identificar los términos y expresiones, así como las relaciones que los vinculan, en la medida en que le permitan *identificar acciones, secuencias de acciones y las relaciones que las vinculan*. Es decir, identificará, segmentando y componiendo el material lingüístico, determinadas expresiones, de modo tal que le permitan identificar, por segmentación y composición, determinado comportamiento. De esta correlación, en la que partiendo de la escritura (como semiosis sustituyente) organiza el comportamiento (como semiosis sustituida), surgirá (o no) el significado o concepto legal de “hurto”.

Si se sitúa en el plano del comportamiento, tampoco le va a interesar una reconstrucción puramente conductual o de la teoría de la acción. Su intervención en determinado desarrollo del comportamiento tendrá como objetivo identificar acciones y secuencias de acciones, así como las relaciones que las vinculan, en la medida en que le permitan *identificar términos, expresiones lingüísticas y las relaciones que los vinculan* capaces de identificar al comportamiento en estudio. Es decir, identificará, segmentando y componiendo el comportamiento, determinadas acciones, de modo tal que le permita identificar, por segmentación y composición, determinado discurso. De esta correlación, en la que partiendo del comportamiento (como semiosis sustituible) organiza un discurso (como semiosis sustituyente), surgirá (o no) el significado o calificación judicial de “hurto”.

En el primer caso, su análisis lo será acerca de la adecuación de un texto legal para la descripción de determinado comportamiento; el eventualmente crítico resultado de su análisis recaerá sobre el texto legal (crítica legislativa). En el segundo caso, su análisis lo será acerca de la adecuación de un comportamiento respecto a la descripción contenida en un determinado texto legal o bien acerca de la inadecuación entre ambos (en este último caso, porque el discurso verbal construable para dar cuenta de determinado comportamiento difiere de determinado curso legal según el cual lo que resultaría construido será otro comportamiento); el resultado de su análisis producirá la calificación jurídica del comportamiento en estudio (práctica judicial).

Pero es importante resaltar que en uno y otro caso, el significado de la semiosis analizada consiste en *la eficacia con que interviene en la otra semiosis*: el del texto en cuanto construye un tipo de comportamiento y el del comportamiento en cuanto resulta ser el construido por el texto. Así, el significado es el producto (“interpretante” peirceano) de la interrelación de dos semiosis, la sustituyente y la sustituida (“representamen” y “objeto” peirceanos). La comprobación de lo fructífero (o no) de esta interrelación es el tema de estudio de la *operación de sustitución*. Lo que interesa destacar, no obstante, en esta etapa inicial de la *operación de atribución* es que el análisis se limita a una **única semiosis** para establecer, a su respecto, cuáles son las entidades y relaciones diferenciables en ella que *puede llegar a demostrarse* que serán eficaces en la instancia semiótica de la sustitución. Teóricamente, sería necesario construir un repertorio (“paradigma”) con la totalidad de las entidades diferenciables (realizando todas las segmentaciones imaginables) y con la totalidad de las relaciones asignables a tales entidades, para después establecer, mediante su puesta en correlación con la otra (u otras) semiosis, cuáles serían las entidades y relaciones que efectivamente intervienen en determinada ope-

ración de sustitución. Empíricamente, hay que tomar en cuenta que la producción de la significación es un acontecimiento histórico y social. Esto quiere decir que, cuando el analista interviene, posee ya una idea (al menos intuitiva) acerca de la significación (hipótesis (b)) cuyo proceso de producción estudia. El investigador, al realizar el análisis, no precisa, por tanto, reconstruir el universo de posibilidades inherente a determinada semiosis (lo que no excluye que ello pueda constituir su interés y que le resulte fructífero realizarlo); en el ejemplo, el analista jurista no tiene que reconstruir la totalidad de las posibles relaciones sintáctico-lingüísticas identificables en el correspondiente artículo del Código Penal, ni/o la totalidad de las posibles relaciones sintáctico-comportamentales identificables en determinada conducta; en uno u otro caso sabe lo que busca; por eso, las entidades y relaciones lingüísticas o comportamentales que necesita identificar son aquellas que se ponen en funcionamiento para producir el concepto legal o para atribuir a un comportamiento el significado de “hurto”, tal como está siendo interpretado-valorado en determinada coyuntura de determinada sociedad. Este preconocimiento es lo que he denominado “hipótesis (b)” y es lo que propongo que haga consciente y actualice antes y durante el desarrollo de su *análisis acrónico de la atribución*, ya bien para coincidir o ya bien para discrepar con la utilización histórico-social que de tales entidades y relaciones se está haciendo. Cuanto antes he escrito acerca del rechazo de la obviedad y de la necesidad de estar alerta para descubrir sus trampas tienen, en la tarea que se cumple en esta etapa, su comienzo de refutación o de develamiento respecto de las relaciones ideológicas implícitas; o bien será el momento en que el investigador quedará atrapado en la red de esas mismas relaciones ideológicas.

¿Se produce, con esto, una *petitio principii*? La posible falacia podría formularse groseramente resumiendo gran parte del desarrollo precedente en los siguientes términos: *para saber que se produce determinada significación, es necesario conocer la significación que se produce.*

En principio, hay que tener en cuenta que la semiótica no trabaja sobre los contenidos de la significación, sino sobre los procesos que producen determinada significación. No responde, por tanto, a *qué* significación se produce, sino a *cómo* se produce (o no) determinada significación. La que he denominado “hipótesis (b)” es un supuesto acerca de que determinada significación ya existe o existió o se pretende que exista, en determinada sociedad. Esto, para el investigador que utiliza la metodología semiótica es independiente del contenido de dicha significación; incluso la verdad acerca de su existencia (histórica, actual o futura) es una mera hipótesis que, de resultar falsada, pondrá en evidencia que no existe semiosis o texto capaz de producirla (situación que

tiene otras implicaciones, vinculadas a la lógica de los mundos posibles, que no es ésta la oportunidad de desarrollar). El planteo alternativo de la tarea semiótica se puede formular en los siguientes términos: *para explicar cómo se produce determinada significación, es necesario presuponer de qué significación se trata*; en lo que no existe ninguna petición de principio. Suponer que el término “hurto” es el nombre de la significación (jurídica) de determinada clase de comportamientos e, incluso, tener una idea intuitiva (que, para el investigador, está afianzada en la práctica profesional y/o teórica) acerca de sus contenidos, no convierte en tautológica ni hace incurrir en circularidad a la reflexión acerca de las características de las semiosis y textos que, en determinada coyuntura social, producen la significación vigente denominada “hurto”. Lo que la investigación semiótica va a establecer es la adecuación o inadecuación entre el contenido de esa idea intuitiva y el contenido efectivamente producido por las semiosis y textos pertinentes. Por eso dije que toda investigación en ciencias sociales (utilice o no la metodología semiótica) parte de dos hipótesis *débiles* (fácilmente falsables): la relativa a la idea intuitiva acerca de los contenidos de determinada significación, con la que se orienta la búsqueda, y la relativa al corpus que se selecciona para explicar su producción.

En segundo lugar, por supuesto que la metodología semiótica aporta, también (y hasta fundamentalmente), a la crítica del contenido. Ello ocurre por la diferencia (o no) entre el contenido de la inicial idea intuitiva y el contenido resultante del análisis de las semiosis y textos que producen la significación en estudio. Así, aún en la primera formulación, tampoco hay petición de principio entre la previa necesidad de “conocer la significación que se produce” y el resultado alcanzado de “saber que se produce determinada significación”, ya que no tienen por qué coincidir una y otra. La primera es una intuición (individual) o un estereotipo (social) cuya vigencia (o no) es lo que justamente se trata de establecer; la segunda es el registro del resultado producido por las semiosis y textos que circulan en la sociedad en estudio. Esto recupera y utiliza en su plena potencia analítica y metodológica uno de los principios fundamentales de la semiótica para la investigación en ciencias sociales: *qué es algo consiste en cómo se lo enuncia* (ya que lo social *no es en sí*, sino que *es en cuanto representación*). Esto unifica las dos formulaciones precedentes acerca de la tarea semiótica, mostrando, en ambos casos, su productividad cognitiva. Lo que le interesa al investigador es saber que el presupuesto semántico está presente en la semiosis en estudio, a fin de poder identificar las entidades semióticas que lo producen; pero, simultáneamente, prescindir de semejante supuesto, a fin de trabajar las entidades semióticas identificadas como meras relaciones lógico-sintácticas. A este tema lo desarrollaré en un apartado próximo sobre: “Integración en relación de acronía” (p. 153).

La tarea de mostrar las operaciones de atribución efectiva y socialmente utilizadas para producir un determinado concepto (como el de “hurto”) se cumple, como acabo de expresar, trabajando sobre *una única semiosis* o más bien, ya que ello sería más exacto, aplicando el análisis, *en cada oportunidad*, a una única semiosis, pero sin suponer que la producción del significado se cumpla, exclusivamente, mediante las entidades y relaciones provenientes de tal única semiosis; el “hurto” se construye en el texto legal, pero aparece mencionado y/o descrito en textos periodísticos, morales, de ficción; es tema de conversación; puede filmárselo (como ficción o como documental) y puede presenciarse un hurto, entre otras ilimitadas formas de presentación o representación. El significado socialmente vigente del “hurto” proviene de estos múltiples textos y diferentes semiosis (en breve ajustaré la diferencia entre “texto” y “semiosis”), a los que se tiene diferente modalidad y frecuencia de acceso en diferentes sectores sociales y, en consecuencia, a los que se atribuye distinta eficacia. La puesta en relación a-crítica entre, por ejemplo, el texto legal y el comportamiento puede ser objeto de conocimiento para un estudiante de Derecho o para el abogado defensor o el fiscal en un concreto proceso. Pero *en ninguno de ambos casos se trata de una investigación*. La investigación es la que realiza un jurista, sociólogo, filósofo o, en general, un estudio de los fenómenos sociales, al que le interesa establecer lo que significa el “hurto” en determinado momento histórico de determinada sociedad. Lo estudia porque intuye (de nuevo la *hipótesis* (b)) que es necesario reformar la ley o el proceso judicial o que existe una diferencia, que considera importante poner de manifiesto, entre lo que significaba históricamente y lo que significa en determinada actualidad o que posee aspectos que se vinculan a la práctica social del sistema capitalista, etc. En todos estos casos, no basta con la correlación texto-legal/comportamiento. Necesita interrelacionar diversos textos y diversas semiosis para poder ir construyendo, mediante el análisis, la explicación de la significación, socialmente vigente, del hurto. No obstante, en esta etapa inicial de la correspondiente investigación, el *análisis acrónico de la atribución* deberá realizarse *por separado* en cada uno de los textos y de las semiosis que seleccione como pertinentes para su objetivo. La selección de tales semiosis y textos constituye el contenido de su *hipótesis* (a): supone que el material que selecciona va a ser adecuado, suficiente y necesario tanto para interrelacionar los universos sustituyentes, como para aplicarlos eficazmente a la semiosis sustituida/-ble.

En resumen, la operación de atribución, como primer paso metodológico, tiene por objeto identificar la estructura sintáctica que habrá de alcanzar (posteriormente) eficacia semántica. La apelación a la hipótesis semántica como

origen (abductivo) de la hipótesis empírica (sintáctica), además de apuntar a producir una primera identificación (imprescindible para la investigación) del *objeto semiótico* en estudio (no de su eficacia, sino del simple y necesario reconocimiento de su forma), posee una finalidad operativa de *control*. Thomason, refiriéndose al programa de Montague acerca de elaborar una “teoría semiótica del lenguaje natural”, advierte que “bajo ninguna circunstancia debe ir la investigación sintáctica un buen trecho por delante de tal interpretación” (semántica), “puesto que existe un gran riesgo de que los resultados de esa investigación hayan de ser descartados a causa de su inadecuación semántica” (Thomason, 1977: 38). Aquí, como se habrá observado, opto por una solución dialéctica, que se irá justificando a lo largo del presente trabajo y que posee, no obstante, la misma base recursiva.

7. Recurrencia en relación de acronía

7.1. Desarrollo lógico

Op. 3: *Recurrencia en relación de acronía*: puede distinguirse, al menos, la recurrencia como *inducción lógica*, para la definición de la atribución y para su operativización y como *proceso recursivo* de su emergencia semiótica.

Como *inducción lógica*, la *recurrencia en relación de acronía* es aquella mediante la cual se establece la diferencia entre: a) la ausencia de aplicación de la operación de atribución; b) una única aplicación de tal operación; y c) la aplicación *n* número de veces de dicha operación ($n \geq 2$).

Simbolización: “Rec X (f Atr u)”

Descripción simbólica:

a) “Rec 0 (f Atr u)” $\equiv$ “ $\emptyset$ ”, donde el símbolo “ $\emptyset$ ” expresa la ausencia de aplicación de la operación de atribución.

b) “Rec 1 (f_x Atr u_x)” $\equiv$ “ $R_2 f_x u_x$ ”, lo que constituye la definición de la operación de atribución.

c) “Rec N (f_{x1} Atr u_{x1})” $\equiv$ “ $R_n [(f_{x1} u_{x1}) \dots (f_{xn} u_{xn})]$ ”

La tercera de estas formas de recurrencia es condición necesaria para la producción de efectos semióticos en el supuesto acrónico.

Como *proceso recursivo*, la recurrencia en relación de acronía permite formular la más elemental definición de cada una de las operaciones semióticas fundamentales: ***ser la “sucesora” de la precedente***; salvo, por su calidad (provisional) de operación inicial, en este caso, ya que *la atribución equivale a la superación y es el “ancestro” de la sustitución*.

7.2. Interpretación

La problemática de la “recurrencia” (o “recursividad” o “recursión”, provisionalmente tomadas como sinónimas) delimita un campo teórico fundamental y, empíricamente, de constante presencia en el proceso semiótico de producción-interpretación-transformación de la significación. Pero abarca, asimismo, un conjunto de matices diferenciales que dificultan la comprensión de lo que por su intermedio quiere decirse, cuando se habla de “recurrencia”. También interesa advertir que un amplio espectro de temas, todos ellos con incidencia en distintos aspectos del proceso semiótico, pueden relacionarse y adquirir consistencia específica al estudiarlos en función del concepto de recurrencia.

Un esquema tentativo de los distintos ámbitos en los que se diversifica el significado del término “recurrencia” puede ser el siguiente: a) la recurrencia como *determinación de la direccionalidad y sus alteraciones* (por regresión, recuperación, incrustación o anticipación) en el contexto semiótico; b) la recurrencia como *acumulación de niveles de sentido* (por metalenguaje o trasposición o “transuasión”, este último término en el sentido que inaugura Peirce, 1965: 2.89) entre múltiples y ordenados referentes; y c) la recurrencia como *memoria semiótica* (por atribución, sustitución o superación) dialécticamente acumulada en el transcurso del proceso de producción/interpretación /transformación de la significación.

En cualquier momento del proceso semiótico hay recurrencia y la hay (concurrentemente) de los tres aspectos que acaban de señalarse; no obstante, en cada uno de tales momentos predomina alguno de tales aspectos. En el momento *acrónico* predomina la recurrencia como direccionalidad, predominando en el momento *sincrónico* la consideración de la recurrencia en cuanto acumulación de niveles de sentido y en el momento *diacrónico* su consideración en cuanto memoria semiótica.

Pero de modo previo al tratamiento de cualquiera de estos aspectos, conviene desarrollar el concepto de *recursividad o recurrencia como carácter intensional de la semiótica*, haciéndolo, además, en función de su elaboración lógico-matemática.

Para entender el alcance de calificar al signo como recursivo, tomo el concepto de “definición recursiva” tal como lo desarrollan H. B. Curry y R. Feys (1967: 96): “Llamaremos **definición recursiva** de ϕ a un sistema S_1 formulado por medio de un conjunto finito de esquemas axiomáticos y completo respecto de la nueva operación ϕ ”. Sustitúyase, en el párrafo citado: “operación ϕ ” por “signo” y “sistema S_1 ” por “semiótica” y se comprenderá el carácter recursivo de la definición de signo.

Por supuesto que el “conjunto finito de esquemas axiomáticos” que conforman a dicha *semiótica* podrá adquirir la interpretación, por ejemplo, de las “formaciones discursivas” en sentido foucaultiano, donde cada “esquema axiomático” puede corresponderse con cada uno de sus “enunciados”, sin ignorar ni contradecir, en esta perspectiva epiteórica, su rechazo a equipararlos con las “proposiciones lógicas” (M. Foucault, 1970: 133-135). Con relación a la imposibilidad empírica para llevar a cabo el registro del conjunto de los enunciados efectivamente vigentes en un momento determinado de determinada sociedad, ello no impide aceptar, a su respecto, la calidad de constituir un “conjunto finito”; basta con pensar en la existencia de *mundos posibles inaccesibles* desde una determinada de tales formaciones discursivas, para comprender tal finitud.

El carácter de “completo” es también coherente con las características de toda semiótica vigente en determinada comunidad: la posibilidad de producción/interpretación de cualquier discurso estará prevista por las *reglas* que vinculan a los enunciados en las correspondientes formaciones discursivas, las que deberán dar cuenta de las significaciones cuya construcción es posible y ha sido efectivamente actualizada en tales discursos y excluir a aquellas otras significaciones que resultarían imposibles de construir (producir/interpretar) a partir de tales reglas.

Curry y Feys advierten, asimismo, que “el estudio más profundo de las definiciones recursivas tiene que hacerse por el rodeo de la aritmetización” (*Ibidem*). Y también esto contribuye a la comprensión de las características recursivas de una semiótica, al leer *semióticamente* el tratamiento que los mismo autores hacen de los postulados de Peano: “Los postulados de Peano pueden formularse del modo siguiente:

- 1) 0 es un número.
- 2) Si x es un número, x' es un número.

3) 0 es distinto de todo x' .

4) Si $x' = y'$, entonces $x = y$.

5) Todo número se obtiene a partir de 0 por iteración de la operación ‘el siguiente’ (Curry y Feys; 1967: 107).

Recuérdese que “ $'$ ” simboliza “el siguiente” o “el sucesor de”; por tanto, “ x' ” simboliza “el siguiente de x ” o “el sucesor de x ”.

Interesados Curry y Feys en fundamentar una “lógica combinatoria” independiente (pero no-contradictoria) respecto de cualquier sistema determinado, formulan una posible interpretación de los postulados de Peano que, al desprenderse del concepto de “número”, se aproximan, con mayor evidencia, al fundamento último de una semiótica que (a este nivel epitéórico, próximo al concepto de Kalinowski, 1975: 1 y 1976: 10, de “la semiótica como metalógica”) comienza a aparecer liberada del concepto de “signo”. Formulan su interpretación en los siguientes términos:

“Los enunciados correspondientes para todo sistema formal son:

1) Todo átomo es un ob.

2) Las operaciones combinan obs para formar otros obs.

3) Ningún ob compuesto es un átomo.

4) Para todo ob compuesto, la operación y los argumentos están determinados unívocamente.

5) Los obs son una clase inductiva, producida a partir de los átomos por las operaciones” (*Ibidem*).

Léase “ob” como “objeto” y “obs” como “objetos”.

Los autores distinguen entre “átomos”, que son “obs primitivos” (dados, no modificados), y los “obs compuestos”, que son “los formados a partir de los átomos mediante las operaciones y según las reglas de formación”; aparte de los “obs primitivos”, todos los demás son construcciones provenientes del “modo de combinar secuencias finitas de obs”, estableciendo también que “obs contruidos mediante procesos diferentes (pero todos permitidos por las

reglas) son obs distintos” (1967: 33, 34 y 35). Todo ello configura una concepción *constructiva* del ob y, en cuanto tal, *recursiva*; o sea, cualquier ob es el resultado de una operación sobre un átomo o sobre otro ob.

El 5º postulado de Peano está muy condensado en la formulación de Curry y Feys, lo que les resulta útil y coherente con su desarrollo de una epiteoría, pero que otras formulaciones, más tradicionales, lo hacen más intuitivamente aplicable a la semiótica.

J. Mosterín lo enuncia así: “5º. Si cero tiene una propiedad cualquiera **P** y si siempre que un número natural **x** tiene la propiedad **P** también la tiene el siguiente de **x**, entonces, todo número natural tiene la propiedad **P**” (J. Mosterín, 1971: 19). A este último postulado suele denominársele “principio de inducción matemática”. R. Blanché amplía la concepción de inducción matemática, introduciendo el importante concepto de “progresión”: “Lo que ella (la axiomática de Peano) caracteriza no es, pues, propia y limitativamente, la aritmética; es, más generalmente, una cierta estructura, que es la de las *progresiones*” (R. Blanché, 1965: 33). Esto conecta la *inducción matemática*, en la formulación de Peano, con la *definición recursiva* en cualquier progresión (y no, exclusivamente, en la matemática) o sea, con la definición de “definición recursiva” en cuanto “definición que involucra una inducción o proceso iterativo (como construir oraciones a partir de otras más simples)” (W. Hatcher, 1968: 6).

En consecuencia, una *lectura semiótica* de los postulados de Peano podría ser la siguiente:

- 1) El resultado de una percepción es una forma.
- 2) Las operaciones semióticas combinan formas para producir otras formas; toda forma combinada adquiere un valor (al menos, el de poder combinarse de ese específico modo); todo valor (semiótico) es de determinado grado; la combinación de combinaciones con otras formas produce un valor de grado inmediatamente superior al más alto ostentado por las combinaciones combinadas.
- 3) El resultado de una percepción es distinto de todo valor.
- 4) Para todo valor, la operación y los argumentos están determinados unívocamente.
- 5) Los valores son una clase inductiva, producida por las operaciones a partir de las formas;

o bien:

5') Si el resultado de una percepción tiene la propiedad **P** y si siempre que un valor de grado determinado tiene la propiedad **P** también la tiene el valor de grado inmediatamente superior, entonces todo valor tiene la propiedad **P**.

Puede interpretarse, provisionalmente, que **P** es la propiedad de “ser una semiótica posible” o bien de “estar siempre en función de algo distinto de sí mismo”.

Contra lo que podría parecer, al remitir la explicación de la recursividad en semiótica a una posible interpretación de un conjunto de axiomas lógicos, se desarrolla, en el presente estudio, una *concepción indicial o existencial de la semiótica*; ésta es una semiótica que se origina en la percepción de formas y en la combinación y contraste de las formas percibidas (en cuanto “*the element of struggle*” en que consiste la segunda categoría; Peirce, 1965: 1.322 y 5.45); no se recurre a ideas, conceptos o valores abstractos preexistentes, sino a operaciones de contextualización materialmente registradas o registrables en relaciones intra o inter-textuales que los producen (cualquiera sea la materia semiótica de tales textos); de donde surgen los caracteres materialista y profundamente crítico de la semiótica. Parafraseando lo que Wittgenstein dice de “la filosofía”, puede decirse que *la semiótica* “es una batalla contra el embrujamiento de nuestro entendimiento por medio de nuestro lenguaje” (L. Wittgenstein, 1953: parág. 109)

Si bien estos *Fundamentos Lógicos de la Semiótica* son un desarrollo *in extenso* de la interpretación que acabo de formular respecto de los postulados de Peano, enuncio algunas elementales observaciones para la mejor (aunque sintética) comprensión del alcance que les atribuyo.

Aquí, el “0” de Peano y su sustituto el “átomo” de Curry y Feys han sido sustituidos, a su vez, por el “*resultado de una percepción*” (aquel que es previo al “juicio perceptual” peirceano; P: 5.54); el “número” del primero y el “ob” de los segundos, se sustituyen por la “*forma*”; y la “combinación de formas” es la “operación” que genera el “*valor*” como “sucesor de” (en Peano) o como “ob compuesto” (en Curry y Feys). Este “valor” será acumulativa y recursivamente el resultado de la operación de “*atribución*” (en cuanto valor puramente sintáctico) y/o de la de “*sustitución*” (en cuanto valor semántico producido por la interacción de, al menos, dos sintaxis) y/o de la de “*superación*” (en cuanto valor pragmático: actualización competitiva de dos, al menos, propuestas semánticas), siendo el valor así producido, en cada caso, “el sucesor de” el valor producido por la operación precedente.

Aunque el resultado de una percepción es una forma, nunca puede recuperarse tal “resultado de una percepción” (sino la forma a que da lugar) ya que ello implicaría combinar la forma que es resultado de una percepción con el resultado de una percepción que es una forma; esta especularidad (con su inversión específica) hace que “la forma que es resultado de una percepción” no sea neutra sino siempre ya cultural, es decir, histórica. Por ello, el “resultado de una percepción” es equiparable al “0” de Peano el cual, siendo un número, es distinto del sucesor de todo número, pero comparte determinada propiedad (si la posee él, un número y su sucesor) con todos los números; esta propiedad consiste *en estar siempre en función de algo distinto de sí mismo*, lo cual es compartido por el “resultado de una percepción”, por la “forma” y por el “valor”. El “número”, por su parte, es equiparable a la “forma” ya que tanto ella como su “sucesora” son “formas”, advirtiendo que, cuando se habla de *una forma en cuanto sucesora de otra forma*, a esa forma se le denomina “valor”, consistiendo en esto el sentido materialista del “valor” en una semiótica dura (podría, incluso, prescindirse, en su vocabulario, del término “valor”, como también del término “concepto”, y utilizar, tan sólo, el término “sucesor”; no obstante, hasta el momento, la falta de aquella “madura consideración” que exige Peirce en su 6ª regla acerca de la “ética de la terminología” (P: 2.226) aconseja seguir usando los términos más convencionales, si bien ya marcados por esta observación). Por esto mismo, si bien el “resultado de una percepción” comparte la propiedad de “ser una semiótica posible” (en cuanto es “forma”) no puede ser “el sucesor de otra forma”, o sea, es siempre distinto de todo “valor” (tan es así que, demostrar que, en un caso determinado, el “resultado de una percepción” constituye la *superación* de un valor precedente equivale a demostrar la efectiva presencia de una diacronía o, lo que es lo mismo, la efectiva presencia de la historia).

Finalmente, ningún valor es arbitrario, sino que siempre es el resultado de determinada *operación* de combinación de determinados “argumentos” (formas o combinaciones de formas precedentes), de modo (teóricamente, al menos) identificable, enumerable y describible, o sea, *determinable unívocamente*.

Tras este encuadre global de la *recurrencia semiótica*, corresponde caracterizar las nociones de la recurrencia en cada uno de sus tres momentos: a) como determinación de la direccionalidad y sus alteraciones; b) como acumulación de niveles de sentido; y c) como memoria semiótica.

7.3. Práctica metodológica

a) *La recurrencia como determinación de la direccionalidad y de sus alteraciones.* (Los aspectos “b) *la recurrencia como acumulación de niveles de sentido*” y “c) *la recurrencia como memoria semiótica*”, se desarrollarán más adelante ya que corresponden, respectivamente, a las etapas *sincrónica* y *diacrónica*).

Toda sintaxis modifica a cada una de las entidades a las que relaciona, en función de características que son específicas a otras entidades que, en las semiosis lineales, le anteceden y/o le siguen y, en general, se sitúan en algún hipotético ámbito de influencia.

Ser capaz de reconocer, intuitiva o razonadamente, consciente o inconscientemente, esa manera de quedar afectada una entidad por las entidades precedentes y/o subsiguientes y/o circundantes es el fundamento elemental (pero no suficiente) para entender el significado posible de una determinada materia semiótica (en cuanto *texto* interpretable) o para disponer de la posibilidad de explicarlo (desde algún *metatexto* analítico). La identificación de una forma, proveniente de la segmentación realizada en una determinada materia semiótica, como perteneciente a determinada semiosis, equivale a formular la hipótesis de que la *dimensión* que se le atribuye (en el sentido hjelmsleviano: **grandeur**, en la traducción francesa; **entity**, en la anglosajona; en todo caso conforme a su “*definición 11: functivo que no es una función*”; Hjelmslev, L., 1971: 164 y, en especial, 123ss), es adecuada para reconocer, en ella, los condicionamientos formales o *marcas* que le vienen impuestos por otras dimensiones presentes en esa misma materia semiótica y/o la presencia, en ella, de los condicionamientos formales o *marcas* que modifican a otras dimensiones también presentes en esa misma materia semiótica; tema que se encuadra en la *teoría de la marcación (markedness theory)* y la posibilidad de identificar gramáticas semióticas en las que se cumpla con los requisitos de estos FLS. La semejanza de este tipo de reflexión con la discusión acerca de la relación entre las gramáticas nucleares y la gramática universal (Chomsky 1981: 10ss), no es casual y, para la construcción de semióticas (en cuanto gramáticas de determinada semiosis), resultan particularmente útiles sus consideraciones epistemológicas acerca de la validez de una gramática universal (aquí, los FLS) que permita la aparición de gramáticas (no solo generadoras de conjuntos recursivos, sino también, desde el enfoque ideal que asume Chomsky) generadoras de conjuntos no-recursivos e, incluso, “locos” (*‘crazy’ sets*), por “no existir una conexión conceptual entre recursividad y ‘aprendizaje’... lo que no implica negar que se pueda construir algún conjunto de condiciones bajo las cuales pueda establecerse algún tipo de conexión” (*Ibidem*: 12).

Así entendida, tal dimensión semiótica se corresponde con la “forma” que es “el resultado de una percepción”, en la lectura semiótica del primer postulado de Peano. Es la “forma 0” que, si la hipótesis (aquella sobre la que trabaje el analista para atribuir a determinada segmentación el carácter de *dimensión* significativa para la semiosis en estudio) resulta convalidada, quedará acreditada su pertenencia a esa determinada semiosis y, por tanto, la posibilidad de su percepción estará histórica y socialmente condicionada. La operación intelectual del analista, en esta etapa de su trabajo, se encuadra en la que caracteriza Peirce como “*abducción*”, sólo válida en la medida en que pruebe su hipótesis o conjetura (Peirce, 1965: 7.219 y ver Sebeok, T. A. y J. Umiker-Sebeok 1979: 203ss) acerca de la “*dependencia*” en que esa “forma 0” se encuentra respecto de las otras o de alguna otra del contexto que la incluye. Hablar, aquí, de “forma 0” no implica afirmar a su respecto algún tipo de a-historicidad ni sustantividad alguna, ya que toda forma, por el hecho de serlo, lo es para el hombre y tiene, por tanto, historia (lo que se analizará al estudiar la recurrencia como *memoria semiótica*), sino que ésta es una “forma 0” para el analista, el cual no puede permitirse (en esta etapa de estudio de la recurrencia como *direccionalidad*) utilizar otro conocimiento a su respecto sino el que pueda derivarse de esta red de dependencias que le confieren identidad.

Para convalidar tal hipótesis se requiere lograr identificar “las operaciones semióticas” que “combinan”, efectivamente, esta forma con otras precedentes, subsiguientes o copresentes, con lo cual la inicial “forma 0” ya no habrá de ser “0”, sino la *sucesora* de aquella o aquellas otras que la constriñen a adoptar la forma que ostenta. Así es cómo, combinada con esa o esas otras formas “adquiere un valor (al menos el de poder combinarse de ese específico modo)”, según establece el 2º postulado, siendo ese “valor (semiótico)... de determinado grado” (así, el mismo Hjelmslev atribuyó a las formas, dimensiones o funtores en estudio la calidad de *interdependencias, determinaciones o constelaciones*, según la dependencia en que se encuentren y la dirección y reciprocidad de esa dependencia; 1971: 38 *passim*; téngase también en cuenta que, en el nivel acrónico al que opera la recurrencia en cuanto direccionalidad, el significado del término “valor” está muy próximo al de la “grammatical valence relation” de las gramáticas cognitivas; ver R. Langacker 1987: 277). Una vez combinadas, las formas investigadas pueden combinarse, nuevamente, con otra u otras, pero esta nueva combinación tendrá (siempre conforme a este 2º postulado) “un valor de grado inmediatamente superior al más alto ostentado por las combinaciones combinadas”.

Una vez asociadas, es decir, habiendo adquirido un valor de determinado grado, las formas en estudio (mientras se las considere en el interior de una

misma y determinada materia semiótica) ya no pueden reducirse (salvo mediante la artificial tarea del análisis) al puro “resultado de una percepción”, el cual, como se ha mostrado, es base pero es distinto del valor que adquiere dicho resultado al combinarse; tal, lo que se afirma en el tercer postulado.

También se comprende, por lo que antecede, que el “valor” adquirido por la entidad en virtud de las relaciones semióticas que la vinculan, en el interior de la materia semiótica en cuestión, proviene de “la operación y los argumentos” que “están determinados unívocamente”, que es lo que afirma el 4º postulado y también evidencia el carácter de “clase inductiva” del “valor” alcanzado, así como su carácter de “producida por las operaciones a partir de formas” como lo establece el 5º postulado. Igualmente se confirma la versión 5’ de este postulado, ya que “la propiedad **P**” poseída conjuntamente: a) por “el resultado de una percepción”, b) por “un valor de grado determinado” y c) por el “valor de grado inmediatamente superior”, es justamente el de “estar siempre en función de algo distinto de sí mismo” o sea, en este primer nivel operativo, en función de esa otra forma efectivamente presente en la materia semiótica en estudio, por combinación con la cual la anterior adquiere un determinado valor *estrictamente sintáctico*. Pero este valor estrictamente sintáctico resultará ser de determinación necesaria (o sea, identificable mediante algún algoritmo específico a la semiosis en estudio) para explicar el *valor semántico* que llegará o podrá llegar a adquirir mediante la interpretación, ya que el intérprete, por lo general de modo inconsciente y en cuanto usuario de una gramática, la habrá aplicado efectivamente para construir tal interpretación (recuérdese que lo que estoy desarrollando y tratando de establecer es que esta primera forma de la recurrencia, así como las otras dos que habrán de seguir, estructural y no secuencialmente, constituyen una *representación* de las operaciones cognitivas que se aplican efectivamente en el proceso de la interpretación).

En múltiples oportunidades, el trabajo lingüístico asume esta *recursividad direccional*, con mayor o menor conciencia explícita de estar aplicando esta operación. Es lo que se realiza en cualquier estudio sintáctico de cualquier gramática (Chomsky, 1981: 73). Es, también, lo que he desarrollado, en este mismo trabajo, al estudiar los *anagramas saussureanos* en la versión que de ellos comenta J. Starobiski (1982).

Entre otras utilizaciones interesantes, se constata su aplicación en la transformación de las “gramáticas de dependencia” en “gramáticas de dirección” (“*grammaires d’adresses*”; Y. Lecerf, 1979: 100), a través de la prescindencia tanto de la forma (en cuanto categoría gramatical, a la que se transforma

en percepción de una dimensión en determinada posición relacional) como del sentido (eliminado incluso en cuanto semántica formalizada, característica de las lingüísticas distribucional y transformacional). La propuesta de estas gramáticas de dirección es fundamentalmente semiótica, ya que tratan de reconstruir *ab initio* el proceso de producción del significado, eludiendo, en esta primera etapa analítica, las posibles trampas de la sintaxis de superficie: “La superficie es, en el lenguaje escrito, como en todo, aquello sobre lo que se posa, inicialmente, nuestra mirada. Pero, al observar la superficie, nunca estamos seguros de tomar en cuenta la superficie; porque entre las formas vistas, la mayoría son simples reflejos de fenómenos que acontecen en otra parte, a nivel de las estructuras profundas. La superficie, en parte, las transparente, como corresponde a su función propia; pero esta transparencia obstaculiza nuestra investigación en cuanto dirigida a considerar la superficie en sí misma” (*Ibidem*: 105). Depuración, por tanto, de una semántica y aplanamiento de las formas en estudio, oponiendo “a la idea de un campo superficial específico, la de una simple especificidad desde el punto de vista superficial” (*Ibidem*: 109). Esto le permite a Lecerf clasificar los operadores superficiales según lo sean respecto de “una dirección, dos direcciones, tres direcciones...” (*Ibidem*: 110), cada uno de ellos *sucesor* de la relación establecida por el precedente o por el conjunto de los precedentes. Lecerf vincula la idea de *dirección* con la del *path* en la memoria del computador (*Ibidem*: 91) y respecto del problema de la *regresión infinita*, inherente al tema de la recursividad, le plantea una solución semejante a la implementada para la exploración de los programas de computación (*Ibidem*: 97). Esto constituyó un tema clásico, vinculado a la operatoria de la *máquina de Turing*; la demostración de la no-decidibilidad del problema de la *parada* (“*halting*”) en el cálculo de predicados (Cuenca, 1985: 235-242) mantiene su vigencia en la tarea de construir la gramática de determinada semiosis (como para la gramática de la lengua afirma Chomsky, en general, la falta de procedimientos de decisión; 1981: 11), pero mantiene también su valor heurístico, si bien en un plano distinto, cuando la recursividad se asume como problema a decidir por el investigador que aplica la metodología semiótica a un estudio acerca de la producción de determinado significado; el analista *decide* hasta dónde expande la búsqueda de relaciones direccionales que fundamenten su afirmación de que se encuentra ante determinada semiosis (como fue el caso de Saussure con sus anagramas) y la validez de su decisión se contrasta con la eficacia del análisis o sea, con la demostración de la efectiva emergencia de los signos de determinada semiosis, en cuanto *formas eficaces* para la producción de la significación hipotetizada (lo que, justamente, pareciera que no logró Saussure; o sea que, en ese histórico caso, la *decisión* acerca de la *dimensión* de la forma seleccio-

nada y su *direccionalidad* se construyó en base a una hipotética recurrencia que no habría quedado convalidada; no obstante, el método de análisis de la *recurrencia* utilizado por Saussure es el único y el necesario para toda investigación semiótica que pretenda eludir las aporías del significado; aun cuando lo que demuestre el resultado de determinada investigación sea que la hipótesis de la que se partió no era demostrable; Magariños de Morentin y col., 1991: 12).

El artículo en el que F. Siguret trabaja sobre la posibilidad de “ruptura entre el concepto y el precepto” (Siguret, 1981: 36) constituye también una interesante ilustración de lo fructífero (aparte de metodológicamente necesario) que resulta, para la explicación (o la producción) de fenómenos semióticos, la aplicación de la operación cognitiva en que consiste esta *recurrencia direccional*, en cuanto dependencia de determinadas entidades (ahora, gráficas) respecto de otras determinadas entidades copresentes. Toma para ello el texto en el que Jean-François Niceron analiza la imagen de Luis XIII, compuesta por la yuxtaposición de fragmentos de retratos de sultanes otomanos. Una parte de su cita de Niceron dice lo siguiente: “Este cuadro, dispuesto de la manera que dijimos..., al verlo directamente, representa a una quincena de Otomanos vestidos a la turca, la mayoría extraídos tal cual de un libro titulado *Icones Sultanorum*; y cuando se lo mira a través del antejo, en vez de a estos Otomanos, se ve el retrato, muy bien hecho y parecido, de su Muy Cristiana Majestad, vestido a la francesa, pese a estar compuesto por muchas piezas de los otros retratos que se contraen y reúnen, para formarlo tal como se lo ve” (*Ibidem*: 28). Trabajo semejante al de los *Anagramas* saussureanos y propio de las experiencias que siguieron al descubrimiento de las leyes de la perspectiva y al desafío de jugar con sus posibilidades ópticas (como, en el caso de Saussure, coherente con su *descubrimiento* de la lengua como sistema y las posibilidades semióticas que de ello se derivaban), a Niceron le sirvió para explorar el concepto de que “son nuestros sentidos los que nos engañan en la percepción de una verdad ilusoria: las figuras anamórficas ayudaron a la revisión cartesiana del mundo: de modo semejante a la manipulación de espejos o de anteojos, descomponiendo y recomponiendo las imágenes, para embrujar la mirada y ‘defraudar’ a la razón” (*Ibidem*: 25). O sea, el *juego*, aquí, consiste en *segmentar* una representación gráfica, con la *hipótesis* de que la *dimensión*, que mediante tal segmentación se le atribuye, es eficaz para, al poner a dicho fragmento en relación con otros, transformar el valor (o “valencia gramatical”) inicial, inaugurando un valor que, en la interpretación convencional, no se consideraba imaginable. Un fragmento del dibujo de una nariz se convierte en el dibujo (o el fragmento del dibujo) de una oreja o de un me-

chón de peluca o de un pliegue de vestimenta. Esto *demuestra* que la entidad *en sí* no tiene un valor propio, sino que el valor que adquiera provendrá de *la recurrencia de relaciones direccionales* que incidan sobre tal entidad. Lo que la experiencia de Niceron trasmite es la percepción de los distintos resultados que se obtienen al combinar, según gramáticas diferentes (pero que mantienen las reglas básicas del *dibujo*, en cuanto gramática gráfica) los mismos elementos perceptuales. Desde el punto de vista de una semiótica cognitiva, el *contexto* es el resultado de la aplicación de la operación de recurrencia, en una determinada situación, y su eficacia fundamental, la *atribución de sentido*, no es un efecto *metafísico*, en cuanto indemostrable, sino el resultado acumulativo de la concreta recurrencia de relaciones direccionales que lo constituyen, recurrencia efectivamente identificable según algún algoritmo y, por tanto, objeto posible de conocimiento semiótico riguroso. La construcción del pertinente algoritmo, específico a la semiosis en estudio y que dé cuenta de las operaciones de recurrencia direccional a que están sometidas determinadas formas, es el objetivo de esta etapa de investigación que, caso de resultar exitosa dicha construcción, habrá establecido las bases (identificación de determinada recurrencia direccional) de la correspondiente semiótica (en cuanto gramática de determinada semiosis).

También está presente el criterio de la específica direccionalidad de las operaciones de recurrencia en un tema clásico del análisis filosófico, retomado, con enfoque muy próximo al que estoy desarrollando, por la lingüística cognitiva: *la no equivalencia entre las expresiones del lenguaje natural y las expresiones lógicas*. Así, desde la primera de estas perspectivas, se busca la solución proponiendo nuevos “cuantificadores generalizados”, tras reconocer que “la estructura sintáctica de las expresiones cuantificadas en cálculo de predicados es completamente diferente de la estructura sintáctica de las oraciones cuantificadas en lenguaje natural” y asumiendo que “el trabajo sobre cuantificadores generalizados... ha conducido a nuevas ideas acerca de la naturaleza de los cuantificadores, ideas que permiten que la sintaxis lógica se corresponda con mayor aproximación a la sintaxis del lenguaje natural” (J. Barwise and R. Cooper, 1981: 159). Por su parte, Ray Jackendoff, con una posición de rechazo más terminante y con un replanteo del problema de modo más próximo a este tratamiento de la recurrencia, analiza las diferencias entre la oración “Floyd rompió un vaso” y su traducción en la expresión lógica: “ $\exists x(\text{vaso}(x) \ \& \ \text{rompe}(\text{Floyd}, x))$ ”. Aquí, “el constituyente sintáctico ‘un vaso’ no se corresponde con ningún constituyente semántico; es más, su interpretación se forma con varias partes discontinuas de la expresión lógica. Además, la traducción lógica distorsiona severamente las relaciones de incrusta-

ción de la oración, ya que el cuantificador existencial, el más externo operador en la expresión lógica, es una contribución semántica del artículo indefinido, el elemento más profundamente subordinado de la oración”(Jackendoff, 1983: 14). “En síntesis”, agrega, “la Restricción Gramatical nos impide aceptar el uso de la lógica cuantificacional para darle forma a la semántica del lenguaje natural” (*Ibidem*: 15), formulando dicha “*Restricción Gramatical*” como que “debe preferirse una teoría semántica que explique las de otro modo arbitrarias generalizaciones acerca de la sintaxis y el léxico” (*Ibidem*: 13)...“lo que no quiere decir que *todos* los aspectos de la sintaxis deban poder explicarse en términos semánticos” (*Ibidem*: 14); pero sí que la problemática de la recursividad es inherente a *todo* estudio sintáctico, constituyendo su metalenguaje semiótico, por lo que le es aplicable lo que categóricamente establece Jackendoff: “sin ello, jamás podrá intentarse descubrir nada de interés en la relación entre forma y significado” (*Ibidem*: 16).

Otra óptica desde la que cobran particular importancia las operaciones sintácticas de recurrencia es la que se organiza mediante la articulación de la informática y el análisis del discurso. A partir de un concepto materialista de la lengua, el enfoque exige lo que se ha denominado “una aproximación morfológica a los discursos”, utilizándose, aquí, *morfología* “en su acepción cuasi-naturalista: se trata de descubrir, observar, clasificar una pluralidad de ‘formas’, en cuanto ‘haces de rasgos’ que permiten aislar y reconocer no ya ‘especies’, sino *funcionamientos discursivos discriminantes*” (A. Lecomte et P. Plante, 1986: 92). Se añade a esto la concepción *espacial* de la interpretación, lo que aproxima este modo de operar el análisis a la teoría de la catástrofe (R. Thom, 1980b) y a sus desarrollos según J. Petitot (1989: 93). Pese al uso frecuente de categorías sustancialistas y greimasianas (como *actante*) y a la pretensión de establecer, ya a este nivel, problemas de cambios metafóricos y desplazamientos metonímicos, (lo que no resulta posible, por faltar todavía el *otro* texto de referencia y las operaciones emergentes de una *recurrencia por acumulación de niveles de sentido*) ofrecen un interesante enfoque del tema de la constitución de las *secuencias*, desde dos puntos de vista: “uno parte de marcas ‘externas’ (indicando los ‘límites’) que estructuran pro- y retro-activamente la secuencia; el otro parte de marcas ‘internas’ que estructuran la secuencia desde el interior, describiéndola como un espacio que vincula posiciones potencialmente ocupables” (*Ibidem*: 94).

TERCERA PARTE

**NOTAS PARA NUEVOS COMENTARIOS A
“*FUNDAMENTOS LÓGICOS DE LA SEMIÓTICA*”**

NOTAS PARA NUEVOS COMENTARIOS A “FUNDAMENTOS LÓGICOS DE LA SEMIÓTICA”

SUMARIO

- 8. Articulación Acrónica*
- 9. Integración Acrónica*
- 10. TS1: Identificación del Objeto Semiótico*
- II. ENUNCIADOS SEMIÓTICOS PRODUCIDOS POR RAZONAMIENTO
DIALÉCTICO EN CONSIDERACIÓN SINCRÓNICA**
- 11. Definiciones en etapa sincrónica*
- 12. Sincronía*
- 13. Sustitución*
- 14. Recurrencia Sincrónica*
- 15. Articulación Sincrónica*
- 16. Integración Sincrónica*
- 17. TS2: Semantización del Objeto Semiótico*
- III. ENUNCIADOS SEMIÓTICOS PRODUCIDOS POR RAZONAMIENTO
DIALÉCTICO EN CONSIDERACIÓN DIACRÓNICA**
- 18. Definiciones en Etapa Diacrónica*
- 19. Diacronía*
- 20. Superación*
- 21. Recurrencia en relación de diacronía*
- 22. Articulación en relación de diacronía*
- 23. Integración en relación de diacronía*
- 24. TS3: Historicidad del Objeto Semiótico*

8. Articulación Acrónica

Op. 4: *Articulación en relación de acronía (E.6.b.)*

La operación de articulación en relación de acronía ha quedado definida como “aquella mediante la cual se ponen en *relación virtual* n valores ($n \geq 2$) pertenecientes a un mismo universo de formas relativamente homogéneas”.

Se la ha simbolizado con la expresión “ $u_a \text{ Artic } u_n$ ”. Por ser una operación requiere la descripción simbólica de su funcionamiento:

$$“u_a \text{ Artic } u_n” \equiv “R_n * u_a \dots u_n”$$

con las correspondientes variantes particularizadoras y generalizadoras. Por aplicarse específicamente a valores, puede reescribirse esta descripción como:

$$“u_a \text{ Artic } u_n” \equiv “R_n * (R_2 f_a f_x) \dots (R_2 f_n f_x)”$$

Con ella se expresa que la operación de articulación, aplicada sobre un conjunto de resultados de la n -recurrencia en la aplicación de la operación de atribución, produce un conjunto cuyos elementos son relaciones entre dos formas; estas relaciones entre formas son las que se han denominado “valores”. Ya bien se considere a tal resultado como un conjunto o como una relación n -ádica, sus elementos constitutivos son *posibilidades relacionales* entre las formas sobre las que se ha aplicado la operación de atribución; o sea, se trata de *valores disponibles* para relacionar formas a las que se los atribuye. Por eso, la relación en que se articulan ha sido calificada de “*virtual*” (en símbolos: “*”).

Esta calidad *virtual* exige que su conocimiento sólo pueda alcanzarse mediante la *inferencia* elaborada a partir del estudio de las relaciones concretamente utilizadas al relacionar las formas existentes (lo que, como se verá en el apartado siguiente, constituye el resultado de la operación de integración); por otra parte, con ello también se afirma que constituye una *posibilidad*, en cuanto conjunto de relaciones disponibles para ser utilizadas en el caso de establecerse relaciones concretas entre formas existentes. Esta misma calidad *virtual* asignada al conjunto de relaciones que son resultado de la aplicación

de la operación de articulación, hace que pueda ser *enunciada* (su existencia y/o sus regularidades) y que puedan ser utilizadas (sus regularidades), pero que *no pueda ser mostrada* en una existencia actual de la que carece. O sea, que se trata de un “*constructo*” que sólo tiene la existencia del enunciado que lo construye: el enunciado teórico que establece la inferencia de su existencia a partir del análisis de las relaciones identificadas como vinculantes en un determinado conjunto existencial de formas; o bien el enunciado empírico que las utiliza sin nombrarlas; o bien el enunciado que las sustituye representándolas (este último sería el caso de los diccionarios y de ciertos diagramas como los “árboles” de las gramáticas generativas o los “grafos” de la lógica). En cualquier caso, debe observarse que tal representación es el resultado de una operación de integración destinada a describir *el resultado de una operación de articulación, la cual nunca sería inmediatamente perceptible* (aunque sí sus efectos). Utilizando los términos de modo intuitivo, podría decirse que un sistema (así como también un paradigma y una formación) *no puede percibirse*, por ser un objeto lógico, *sino sólo enunciarse* mediante un discurso (así como también mediante un texto o una enunciación). Pero, en tal caso, conviene insistir en que lo que tenemos en presencia es un discurso (o un texto o una enunciación) y no un sistema (ni un paradigma, ni una formación), soportando, por consiguiente, nuestra pretensión de conocer el sistema (o el paradigma o la formación) todas las transformaciones que puedan llegar a introducir las peculiares relaciones constitutivas de lo discursivo (o de lo textual o de lo enunciativo). Suelen, así, considerarse cualidades de los *valores articulados* las que lo son, específicamente, de las *formas integradas* que enuncian tales valores.

Puesto que la operación de articulación se limita a relacionar los valores (en cuanto relaciones entre pares de formas) *no a producirlos*, requiere, en un ordenamiento lógico, que haya actuado previamente la operación de atribución; así, la relación poliádica resultante de la articulación, al describir la interrelación de un conjunto de pares de formas (producida por atribución), ofrece la posibilidad de verificar *la coherencia, no-contradicción y exhaustividad* de las relaciones valorativas producidas por tal atribución (*ofrece* la posibilidad, pero no es el instrumento crítico destinado a realizarla). Sólo en el caso de las estructuras teóricas de algunas disciplinas científicas (sistemas simbólicos totalmente formalizados) y, aun entonces, con múltiples limitaciones, se verifican estas tres exigencias; el resto del comportamiento semiótico humano (sistemas simbólicos parcial o relativamente arbitrarios) sólo las cumple en forma fragmentaria (o no las cumple), siendo sus incongruencias y contradicciones la materia prima de la historia y de la creatividad humana (la

“*mathesis universalis*” leibniziana, aparte de utópica, no constituye un *desideratum*). Todo lo cual no le quita a la relación poliádica resultante de la operación de articulación nada de su potencia y necesidad analítica; su eficacia se cumple al permitir una lectura crítica que ponga de relieve los puntos de ruptura lógicos, los solapamientos y las omisiones inherentes a un universo de valores vigentes en un momento y lugar determinados, detectando, así, las posibles bisagras de la transformación histórica. Por esta causa, la semiótica no se propone como una teoría de la verdad, ni de los criterios para evaluar su presencia o ausencia en un enunciado, sino como una teoría de la significación y de los criterios para establecer los procesos que la producen, o como una teoría de la interpretación, con independencia de la verdad o falsedad de tal interpretación.

Al ser ésta la primera operación de articulación (ya que se cumple en relación acrónico-abductiva) identificable en el complejo proceso de producción de la significación (y a la que habrán de seguirle: el “sistema” en cuanto articulación de los pares de valores producidos por *sustitución*, y la “formación”, en cuanto nuevos valores producidos por *superación*), su conocimiento parecería proporcionar las relaciones iniciales puestas por el hombre en el mundo, es decir, la primera intervención histórica del hombre en la naturaleza. No obstante, como mencionamos anteriormente, resulta imprescindible no confundir la función histórica con la función lógica que cumple la operación de articulación en relación de acronía. Desde una perspectiva histórica, recuperar las posibilidades relacionales iniciales del pensamiento humano reviste, no sólo una gran dificultad técnica, sino que roza, incluso, el ámbito de lo contradictorio. La arqueología sería la disciplina que más podría llegar a aproximarse, tanto a la eventual construcción (en el mejor de los casos, fragmentaria) de algunos de los primeros conjuntos de relaciones establecidos por el hombre en el mundo (a través del estudio de las relaciones observables en cada uno de los restos y entre los restos constitutivos de conjuntos asignables al “*early man*”), como a una eficaz utilización metodológica del *modelo* de operación de articulación en relación de acronía, para la organización de la observación y la interpretación cognitiva del material de trabajo que le es pertinente. Por supuesto, dado el carácter *virtual* del conjunto de relaciones asociadas mediante la articulación, ello será el resultado de una *inferencia* a partir de la observación de *las relaciones efectivamente utilizadas* para la producción de los restos en estudio; los cuales, en cuanto restos *producidos* desde la episteme o articulación de relaciones disponibles en determinada sociedad, son considerados, semióticamente, como el resultado de la actualización de tales relaciones disponible mediante la aplicación de la operación de integración a

una determinada materia prima. Pero, ineludiblemente, los objetos (semióticos) empíricos sobre los que recae el estudio de los arqueólogos son objetos (semióticos) *contemporáneos* y no históricos o prehistóricos. Tan contemporáneo, para el conocimiento, es un fragmento lítico, recuperado en un yacimiento arqueológico, cuyo microlascado está siendo observado mediante un microscopio, como el microscopio utilizado para observarlo. La contemporaneidad es la única dimensión existencial del pensamiento humano, siendo la historia (incluida la prehistoria) un constructo inexistente salvo en su enunciación. Se comprende con facilidad que tratar de establecer la *primeridad* de una articulación en relación de acronía mediante la observación de las relaciones perceptibles en un objeto semiótico que está siendo conocido en determinada contemporaneidad tiene un fundamental y exclusivo valor lógico (en cuanto tales relaciones son necesarias para su posterior interpretación semántica, tanto sincrónica como diacrónica), pero no puede apetecer una *primeridad histórica* en cuanto fundación del pensamiento. Cada una de las relaciones perceptibles es ya *superación de relaciones previamente utilizadas* (por determinada sociedad en estudio) y/o *enunciadas* (por determinada teoría arqueológica), las cuales son, a su vez, *superación* de otras y, así, en una recurrencia indefinida. Nunca se alcanzaría la articulación (de relaciones entre formas) originaria, ya que aquella hasta la que se llegase *seguiría siendo histórica y no origen de lo histórico*. El desarrollo, en cuanto disciplinas científicas, de la historia y de la prehistoria padece la creciente conciencia de esta contradicción incrustada en su propio marco epistemológico.

La utilidad del *modelo de operación de articulación en relación de acronía* (aparte de su necesidad lógica) consiste en que es el instrumento adecuado para establecer *las relaciones lógicas efectivamente utilizadas* para la producción de la significación *actual* de un objeto semiótico. Que sean antecedente lógico necesario de dicha significación no quiere decir que su identificación sea suficiente para explicarla. Por el contrario, cada una (o mejor, el paradigma) de las relaciones identificadas por este procedimiento deberá ser, después (en el orden de la investigación), transformada (mediante otro procedimiento: la articulación en relación de sincronía) de modo que dé cuenta de su capacidad para sustituir o ser sustituida, lo que recién entonces conferirá calidad semántica (específica a su pertinente tiempo histórico) al objeto semiótico en estudio. A su vez, cada uno de los pares de relaciones de sustitución identificados deberá ser, después (en el orden de la investigación), transformado (mediante un tercer procedimiento: la articulación en relación de diacronía) de modo que dé cuenta de su capacidad para haber superado las contradicciones inherentes a las precedentes relaciones de sustitución. Todo este

camino regresivo, sin el cual la significación de un objeto semiótico podrá ser utilizada por estar disponible, pero no podrá ser explicada, no puede cumplirse sin haber identificado las relaciones de articulación con las que se inicia (el proceso de aplicación, no el orden de producción) y a las que habrá que enriquecer con todas las transformaciones que en ellas confluyen (integrando el proceso de explicación con el orden histórico de producción). La operación de articulación en relación de acronía proporciona el *momento (lógico) inicial* para la investigación del proceso de producción de la significación de un objeto semiótico, siempre y a condición de que se lo transforme en el *momento (histórico) concreto* en el que adquiere su plenitud semántica diferencial.

Una última observación respecto del enunciado simbólico de la operación de articulación en relación de acronía. Podría parecer más económico designar a cada una de las relaciones que constituyen la relación poliádica producida por tal articulación mediante un símbolo simple. Por ejemplo, establecer:

$${}^{\text{R}}\text{2f}_{\text{a}}\text{f}_{\text{x}} \equiv \text{“A”}; \quad {}^{\text{R}}\text{2f}_{\text{n}}\text{f}_{\text{x}} \equiv \text{“N”}; \text{ etc.}$$

con lo que la anterior descripción simbólica de la operación de articulación quedaría:

$$\text{“u Art u”} \equiv \text{“R}_{\text{n}} * \text{A... N”}$$

pero, en tal caso, se incurriría en una anticipación y una inconveniencia. Anticipación, porque tal efecto *designativo* es el resultado de una operación de *sustitución* (aunque no el único) y todavía no se dispone de la estructura lógica de esta operación, ni forma parte de nuestras premisas la pluralidad de universos de formas diferentemente valoradas (o sea, no se dispone de la *relación de sincronía*). Inconveniencia, por ser tal, como he indicado, el mecanismo productor de *conceptos* que, en la tradición aristotélica y escolástica, han provocado la ilusión de considerar a los *valores* como entidades sustanciales (afirmación de la calidad *existencial* de “A”, “N”, etc) y no como *determinación histórica de posibilidades relacionales concretas* (afirmación de la calidad *virtual* de “ ${}^{\text{R}}\text{2f}_{\text{a}}\text{f}_{\text{x}}$ ”, “ ${}^{\text{R}}\text{2f}_{\text{n}}\text{f}_{\text{x}}$ ”, etc.). No se pretende con esto negar el carácter conceptual del conocimiento, ya que ello permite la realización de las operaciones metateóricas indispensables para su desarrollo, sino estable-

cer, como uno de los aspectos fundamentales de la reflexión semiótica, la necesidad de no perder de vista la *base relacional* inherente a todo proceso de producción de la significación; un tema que ya se ha mencionado (y sobre el que se volverá reiteradamente) como *memoria semiótica*.

9. Integración Acrónica

Op. 5: Integración en relación de acronía (E.6.b.)

La operación de integración en relación de acronía ha quedado definida como “aquella mediante la cual se ponen en *relación actual* n formas ($n \geq 2$), pertenecientes a un mismo universo de formas relativamente homogéneas”.

Se la ha simbolizado con la expresión “ $f_a \text{ Int } f_n$ ”. Por ser una operación requiere la descripción simbólica de su funcionamiento: “ $f_a \text{ Int } f_n \equiv “R_n^0 f_a \dots f_n”$ ”, con las correspondientes variantes particulares y generalizadoras. La relación n -ádica en que se integran tales formas ha sido calificada de “actual” (en símbolos: “o”); tal relación requiere algunos comentarios.

El primero se refiere a su calidad de *actual*. Con ello se sitúa a toda integración de formas en el plano de la existencia, lo que equivale a exigir, para poder afirmar que se está en presencia de una integración de formas, que las entidades componentes de la relación n -ádica en estudio se encuentren *yuxtapuestas en una secuencia concreta* y que sean, por tanto, sensorialmente perceptibles.

Otra observación necesaria se refiere a la calidad de las formas o entidades componentes de dicha relación n -ádica. Estas formas están ya identificadas. Con esto se afirma que se conocen, de cada una de ellas, sus posibilidades de relación con todas y cada una de las restantes. Este conocimiento puede abarcar un amplio espectro: desde el que se limita al reconocimiento empírico y/o a la utilización práctica de tales posibilidades de relación, hasta el que proporciona la sistematización rigurosa de tales posibilidades (o construcción de la relación n -ádica de articulación que subyace en la actualidad de toda relación n -ádica de integración). Con esto se está afirmando que, mientras no se produzca una aplicación de la operación de superación con su consiguiente efecto de producción de nuevas formas, existirá una correlación teóricamente perfecta (el conocimiento de cuya perfección dependerá del estado de desarrollo de la correspondiente disciplina encargada de sistematizar tales posibilidades de relación) entre las relaciones actualizadas mediante la inte-

gración y las relaciones disponibles mediante la articulación. Por consiguiente, si es perceptible una forma es que de ella se conoce su posibilidad de relacionarse con aquella otra con la que se la percibe relacionada en una secuencia concreta.

Una tercera observación que puede formularse, respecto de las características pertinentes a esta relación n -ádica producida por la operación de integración, se refiere a su calidad de *modelo lógico*. La expresión simbólica " $R_n^0 f_a...f_n$ " supone una *yuxtaposición teóricamente exhaustiva* de todas las relaciones concretamente producidas y producibles a partir de un determinado universo de formas relativamente homogéneas. Se trata más, por tanto, de un *esquema* de enunciado relacional que de la descripción de un conjunto de formas relacionadas; el enunciado de la relación de integración concretamente producida entre las formas de un determinado conjunto será una variante de este otro enunciado en cuanto su esquema o modelo lógico; además, al representar las relaciones efectivamente perceptibles en un fenómeno concreto, se limitará a enunciar *fragmentos* de tales posibilidades de combinatoria.

Considerando al problema desde esta faz de la integración, complementaria (y contradictoria) con la de la articulación, se llega a la formulación de consideraciones semejantes a las que se han enunciado en el apartado anterior. Toda *relación actual de integración*, por el hecho de serlo, es contemporánea de quien la percibe y, así, la *relación virtual de articulación* capaz de dar cuenta de las relaciones efectivamente aplicadas para producirla será aquella relación virtual de articulación que pueda ser construida en el momento histórico del observador, con independencia del momento histórico en que haya sido producida efectivamente la relación de integración cuyos efectos están en presencia de tal observador (y con pérdida, por tanto, de la relación de articulación que fue efectivamente aplicada para producirla). Del análisis de la operación de integración en relación de acronía tal como es recuperable mediante la observación de un determinado fenómeno (objeto semiótico), no puede inferirse ninguna otra operación de articulación salvo aquella o aquellas que son producibles por el observador en el momento de la observación. Por ello está condenado al fracaso el intento de recuperar relaciones con validez en el pasado mediante el mero registro de relaciones identificables en el presente. No es ésta la etapa de la reflexión semiótica de la que pueda deducirse valor histórico alguno; pero, para poder llegar a hacerlo resultará imprescindible establecer cuáles de las posibles relaciones de articulación vigentes en la actualidad del investigador pueden identificarse en las actuales relaciones de integración productoras de la calidad semiótica del fenómeno u objeto en estudio. Sólo mediante un exhaustivo conocimien-

to del presente puede conocerse el pasado (de ese presente); la inversa es una falacia (ya que todo conocimiento aparentemente objetivo del pasado estará en el presente de quien lo estudia; y lo peor que puede ocurrir es que no haya declarado su presencia).

10. TS1

Formulación de TS1: Teorema de la Identificación del Objeto Semiótico (E.6.c.)

El primer teorema semiótico (TS1) surge a partir de las entidades y operaciones que han quedado definidas y desarrolladas en los apartados anteriores y fue enunciado en los siguientes términos: “para toda forma y todo valor, en relación de acronía y con n-recurrencia de atribuciones, la existencia de una enésima relación actual de integración de formas y la existencia de una enésima relación virtual de articulación de valores, *equivalen* a la existencia de una enésima relación semiótica de identificación de dichas formas en función de los valores propios atribuidos”.

Como se vio anteriormente, su expresión simbólica sería:

$$(f)(u) [(\exists R_n^0 f_a \dots f_n \ \& \ \exists R_n^* u_a \dots u_n) \equiv \exists R_n^s ((R_2 f_a u_a) \dots (R_2 f_n u_n))]$$

o bien, utilizando la definición de “valor”

$$\begin{aligned} (f) [(\exists R_n^0 f_a \dots f_n \ \& \ \exists R_n^* (R_2 f_a f_x) \dots (R_2 f_n f_x)) \equiv \\ \equiv \exists R_n^s (R_2 f_a (R_2 f_a f_x)) \dots (R_2 f_n (R_2 f_n f_x))] \end{aligned}$$

todo ello, con las premisas:

- a) $(f_a \text{ Acr } f_x)$
- b) $(\text{Rec } N (f \text{ Atr } u))$, y la aplicación de las operaciones 2, 4 y 5.

Reactualizo sintéticamente y, ahora, dirigiéndolas a interpretar el segundo miembro de la equivalencia enunciada en este teorema, las definiciones que han ido siendo anticipadas.

La “acronía” y la “n-recurrencia” quedan caracterizadas como premisas. Téngase en cuenta que lo son para este teorema, no para el comienzo de la reflexión semiótica.

La premisa de “acronía” constituye, aquí, una consecuencia factual de la aplicación de la operación de atribución, para que pueda afirmarse la existencia de las dos relaciones poliádicas, de articulación y de integración, cuya conjunción equivale a la relación poliádica semiótica. Para llegar a esta afirmación es necesario admitir que se está (o puede estarse) en presencia de un único conjunto de formas relativamente homogéneas que, por eficacia de la operación de atribución, interactúan entre sí.

Para la formulación de esa misma afirmación es necesario, también, que se dé la premisa de “n-recurrencia” de la operación de atribución. O sea, que el modo de interactuar esas formas les haya asignado una determinada posibilidad de relación con cada una o alguna de las restantes formas de aquel mismo conjunto y haya imposibilitado alguna o algunas otras relaciones en la interioridad de ese mismo conjunto; lo que equivale a decir que les haya *atribuido un determinado valor* a cada una de tales formas.

Por consiguiente, para poder plantear la estructura lógica de TS1 es necesario disponer de un conjunto de formas cuyas posibles relaciones mutuas estén ya establecidas. Constatar que se dispone de ello equivale a afirmar la propuesta cognitiva que se enuncia en TS1. Este teorema no es una instancia lógica ni cronológicamente posterior a la enunciación de las premisas; TS1 enuncia la forma que adquiere el conocimiento de tales situaciones factuales (empíricamente observables). Desde una perspectiva metodológica, lo que enuncia TS1 son los procesos que deberán cumplirse para explicar cómo y por qué se identifica y diferencia una determinada forma de las restantes de un supuesto universo relativamente homogéneo.

Constatadas tales premisas (y sólo éstas) se está en condiciones de establecer la existencia (en cuanto disponibilidad) de una relación virtual n-ádica cuyos elementos serán los pares de relaciones (con prescindencia, en este nivel lógico, del específico contenido de tal relación) que es posible establecer entre cada forma y cada una de las restantes. De igual modo se está en condiciones de establecer la existencia (realizada o realizable) de una relación actual n-ádica cuyos elementos serán cada una y todas las formas constitutivas del univer-

so en estudio; el contenido de tal relación tampoco es objeto de especificación en este nivel lógico del desarrollo, pero teniendo en cuenta que, por su calidad de “actual”, deberá tratarse de alguna variante de relaciones de yuxtaposición.

Estas dos relaciones n-ádicas, una *virtual de articulación* y la otra *actual de integración*, son simultáneamente existentes y recíprocamente productivas, por lo que las vinculo en el simbolismo lógico mediante el conector de la conjunción (“&”) en cuanto producto lógico o cartesiano. Ello con independencia de que el *conocimiento* de la relación virtual de articulación no sea completo y de que la realización de la relación actual de integración no haya agotado todas sus posibilidades. En cambio, tal conocimiento será necesariamente verdadero, ya que será el que *realiza* la única posible percepción de tales formas; para afirmar la falsedad de una relación n-ádica virtual de articulación se requiere haber producido la superación de tales relaciones, lo que sólo puede ocurrir desde una perspectiva dialéctico-diacrónica, o sea, histórica; no pertinente, por tanto, en la presente instancia acrónica.

Para la relación n-ádica virtual de articulación en relación de acronía, propongo la designación de “*paradigma*”; para la relación n-ádica actual de integración en relación de acronía, propongo la designación de “*texto*”. No se opta, en este segundo caso, por el término “sintagma” (pese a constituir un par habitual con “paradigma”), en principio por tratarse de un término mucho más vinculado técnicamente a la lingüística, cuando que, de lo que aquí se trata es de permitir la reflexión (cimentada en y no contradictoria con los principios teóricos de la lingüística) más amplia a nivel semiótico. El término “texto”, si bien también de amplio uso en lingüística, ofrece mayores posibilidades de expansión (recuperando, en cierta forma, su origen etimológico en la artesanía del tejido: “tectum”). Respecto de “paradigma”, además de su habitual uso en lingüística, cubre, semánticamente, todo un conjunto de formas de representación familiares en epistemología y lógica. Al margen de acuerdos o desacuerdos terminológicos, lo que se pretende dejar establecido es que, como instrumentos básicos e iniciales para la posterior producción de la significación, se necesitan tanto un conjunto de posibilidades relacionales disponibles (paradigma) como un fenómeno perceptual en el que sean identificables (por haber sido utilizadas) algunas de tales posibilidades relacionales (texto).

La existencia conjunta de ambas relaciones equivale a afirmar *la existencia del objeto semiótico en cuanto identificable* (o identificado). Tal es lo que se enuncia simbólicamente como: “ $R_n^s(R_2f_a u_a) \dots (R_2f_n u_n)$ ”. El objeto semiótico no es el producto de una única atribución (“ $R_2f_a u_a$ ”) sino que resulta ser *el lugar de una atribución en el interior de una relación poliádica me-*

diante la cual se vincula con las restantes atribuciones cuyo conjunto genera un universo de formas relativamente homogéneas. Tal la estructura cognitiva (generada por las operaciones descriptas y en las condiciones establecidas por las correspondientes premisas) que identifica a *algo* como *signo*.

II. ENUNCIADOS SEMIÓTICOS PRODUCIDOS POR RAZONAMIENTO DIALÉCTICO EN CONSIDERACIÓN SINCRÓNICA

11. Definiciones en etapa sincrónica

Definiciones necesarias para el razonamiento dialéctico en consideración sincrónica (E.7.a.)

Como ya se ha establecido, no es necesario definir nuevos conceptos, ya que se dispone de los iniciales, “*forma*” y “*valor*”, así como de los producidos según TS1, o sea, “*paradigma*”, “*texto*” e “*identificación del objeto semiótico*”, todos los cuales resultan necesarios y suficientes para continuar el análisis en esta nueva etapa.

Ya se ha aludido también a que una de las reglas prácticas de la investigación semiótica consiste en *no perder el enunciado explícito en que se define un concepto*, no permitiendo que el término o expresión verbal (o simbólica) que lo identifica predomine, sustancializándose, sobre la relación enunciada. Más allá de los nombres que se dé a tales enunciados y mas allá de las razones de economía y de abstracción que se aporten, interesa mantener actualizados, *en la memoria de la investigación semiótica*, los contenidos de los nombres de los conceptos que se utilizan en el desarrollo del conocimiento. Cualquiera de las designaciones de los conceptos que figuran entrecomillados en el primer párrafo de este apartado se presta a múltiples interpretaciones; sería gratuito y superfluo tratar de fundamentar su adecuación para designar las relaciones que han ido siendo establecidas y soberbio pretender que es equivocado utilizarlas para designar otras relaciones diferentes. Peirce ha escrito breves y reconocidas páginas sobre la “ética” de la terminología científica. Ello motiva este párrafo y fundamenta la apelación a la *memoria semiótica* como un refuerzo a la exigencia de definición explícita, de eludir intuiciones metafísicas y de mantenimiento de la coherencia, en la elaboración de investigaciones en el ámbito de las ciencias sociales.

Recuperemos, pues, nuestra propia *memoria semiótica* antes de entrar al tratamiento de esta nueva instancia, ahora ya *dialéctica*, en la propuesta de

una estructura teórica capaz de proporcionar la explicación semiótica del proceso mediante el que se produce la significación. Desplazando a un segundo lugar el *nombre* de los conceptos y trayendo a primer plano, para la crítica y el control de la reflexión, el *enunciado* que lo establece, el repertorio de relaciones de que se dispone hasta el momento es el siguiente:

FORMA: *la existencia posible del resultado de una percepción sensorial.*

VALOR: *la relación entre (al menos) dos formas.*

PARADIGMA: *la relación virtual de articulación entre los valores relacionales atribuidos a un determinado universo de formas.*

TEXTO: *la relación actual de integración entre las formas de un determinado universo.*

IDENTIFICACIÓN DEL OBJETO SEMIÓTICO: *relación semiótica de diferenciación entre las formas de un determinado universo en función de los valores relacionales propios que se les asignan por atribución.*

Tal es, en forma excluyente, el bagaje conceptual que deberá demostrar ser necesario y suficiente para el desarrollo del *razonamiento dialéctico en consideración sincrónica*.

12. Sincronía

Op. 6: *Relación de sincronía (E.7.b.)*

La relación de sincronía ha quedado definida como “aquella mediante la cual, dados n universos diferentes ($n \geq 2$), de formas semióticamente identificadas, con estructura de paradigmas y textos, estos universos interactúan simultáneamente entre sí”. Se la simbolizó como “*Sinc*”, utilizando para su descripción simbólica la expresión:

“F Sinc G” $\equiv$ “F Atr U & G Atr W”, o bien, haciendo totalmente explícita la simbolización de los valores (“U” y “W”) y utilizando variables individuales:

$$\text{“F Sinc G”} \equiv \text{“R}_2\text{f}_a(\text{R}_2\text{f}_a\text{f}_x) \& \text{R}_2\text{g}_a(\text{R}_2\text{g}_a\text{g}_x)\text{”}$$

Con esta formulación se recupera lo que es una condición de la propia sincronía, en cuanto requiere contar con la previa producción de, al menos, *dos atribuciones*. Mediante la aplicación de cada una de tales atribuciones han quedado identificados dos diferentes universos de formas, los cuales, antes de dicha aplicación, permanecían indiferenciados en lo que puede denominarse (si provisionalmente se prescinde de toda consideración histórica) “*caos*”. Tal identificación quiere decir que, de esos universos, se conocen las formas que los constituyen (cuya identidad proviene de los valores que se les han atribuido; por lo que tal identidad es, en principio y desde una perspectiva lógica, convencional) y las relaciones que pueden establecerse entre tales formas (cuya determinación identifica, simultáneamente, a los valores que, por convención, se les atribuyen). Esta tautológica definición de la *forma* y del *valor* es mera consecuencia del carácter lógico de la operación de atribución. En la praxis del reconocimiento significativo (vulgar, científico o poético) de las percepciones del entorno, se encuentran, *siempre*, operaciones que son ya de *superación* y, por ello, la significación (que es necesariamente histórica) es un fenómeno que acontece en la praxis y no en la teoría (aunque también ocurre en la práctica de la teoría, que es de nuevo histórica) y, también por ello, la significación implica siempre una superación, no siendo suficiente con una mera atribución (que admite conceptualizarse a-históricamente). Aceptar que la operación de atribución pueda intervenir en el universo empírico de los fenómenos sociales, equivale a aceptar que el hombre puede llegar a percibir una forma *a-histórica*, o sea, una forma para la identificación de cuyas relaciones específicas careciera de todo marco de referencia, entendiendo esta carencia de forma absoluta y necesaria, ya que cualquier comparación perceptual en que pudiera ubicarse a tal forma serían un rastro histórico agregado a esa forma. Dado que tampoco es posible la percepción de una forma *absolutamente aislada* ya que, por lo menos, necesita del *fondo* del que perceptualmente se diferencia (constituyéndose en un *alter*), es necesario admitir que *la posibilidad empírica de la percepción de una forma implica la posibilidad empírica de su identificación diferencial frente a otra de la que se la separa*. Por ello, formular la explicación del proceso de producción de una determinada significación requiere disponer previamente de más de un universo de

formas, ya que las posibilidades de relación entre los conjuntos de relaciones internas de cada uno de tales universos (a uno de los cuales pertenecerá la forma en estudio) constituye la historia (o, dicho con cierta retórica, la *prehistoria*) de la significación de esa forma. Lo que el hombre percibe en su entorno (cuando sabe el significado de lo que ve y nada ve que no tenga significado) son ya formas con historia, en cuanto conjunto de relaciones diferenciales, no solo en una simultaneidad que permita su interrelación *sustitutiva* (pertinente a la etapa sincrónica en estudio), sino susceptible de interrelaciones de *superación* con otras relaciones diferenciales precedentes (pertinentes a la etapa diacrónica que se estudiará).

Con excesiva frecuencia, *la explicación de la significación* en ciencias sociales se supone cumplida mediante un conjunto de enunciados con lo que pretende demostrarse (aunque, por lo general, meramente *muestran*) cómo esa significación *es la que corresponde* (o se le *atribuye*) a un determinado fenómeno u objeto, o sea, es la que hay que *continuarle atribuyendo* para pensar correctamente (germen imprevisible y solapado, como es habitual, de cualquier autoritarismo). Al poner el acento teórico en el tema de la atribución, o sea, al conferir una particular importancia a la identificación de los rasgos perceptuales específicos de un fenómeno, una hipótesis se considera exitosa cuando se verifica la vigencia social de una determinada atribución y la coherencia de esta atribución con el restante conjunto de atribuciones perceptibles en el universo de fenómenos en estudio. Desde luego, tales constataciones son necesarias para admitir la posibilidad de validez de la hipótesis en cuestión, pero, al mismo tiempo, resultan absolutamente insuficientes para explicar cualquier significación hipotética de dichos fenómenos. Limitada al campo de la atribución de significación a un fenómeno, cualquier hipótesis sólo puede pretender un efecto descriptivo y aun éste sesgado por los *aprioris* ideológicos que enmarcan, en cualquier tiempo y lugar, las posibilidades perceptuales. Este conocimiento especular (re-conocimiento ideológico, en definitiva) cuando se presenta con la pretensión de formular la hipótesis explicativa final, omite dar cuenta de por qué es ésa la significación atribuida a dicho fenómeno, a lo que sólo puede llegarse mediante el conocimiento de la o las significaciones previas que habían sido atribuidas al mismo fenómeno en momentos precedentes; *la significación de una significación actual es, justamente, su aporte diferencial (superador) respecto del conocimiento que se tenía de la significación de ese fenómeno*. Tal es el objetivo cognitivo de cualquier ciencia social: la *variación de la significación*, no como un agregado bizantino al problema del conocimiento, sino como factor inherente al propio conocimiento en cuanto proceso dinámico sin término absoluto; de otro modo se

habla de dogma y de fe, pero no de conocimiento. Llegue o no a dar cuenta una disciplina científica de tales transformaciones superadoras de la significación, la práctica social la realiza efectivamente; lo que hace la ciencia, cuando tiene éxito, es desentrañar lo ocurrido (u ocurrible) en la praxis. Este es el sentido de la *búsqueda de explicaciones con validez semiótica* como fundamento metodológico para las ciencias sociales.

Entre la *atribución*, en cuanto instancia lógica inicial (necesaria pero no suficiente), y la *superación*, en cuanto instancia empírica terminal (sólo provisionalmente, por actual, ya que está destinada a reiniciar una nueva atribución) en el proceso de producción de la significación, es necesario ubicar a la *sustitución* en cuanto instancia cognitiva intermedia. Su específica eficacia consiste en transformar las identificaciones estáticas producidas por atribución en relaciones dinámicas pero, todavía, vinculadas a una contemporaneidad. Aquí es donde se ubica la sincronía como delimitación de tal contemporaneidad (con independencia de la dimensión de su duración) y como condición para que pueda intervenir la operación de sustitución relacionando (de modo cruzado) *formas y valores* generados por (al menos) una doble atribución aplicada (al menos) a un par de universos diferentes de formas (que, en el interior de cada uno de ellos, son) relativamente homogéneas.

En la representación simbólica, descriptiva de la operación de sincronía, se ha optado por vincular a los dos universos diferentes de formas (" $R_2f_x u_x$ & $R_2g_x w_x$ ") mediante la *conjunción lógica* ("&"). Ello implica la exigencia de que ambos universos sean individual y conjuntamente verdaderos. Aquí, la "verdad", en cuanto validez lógica, debe permitir interpretar las correspondientes variables lógicas (por una parte " $R_2f_x u_x$ " y por otra " $R_2g_x w_x$ ") como representativas de formas valoradas pertenecientes a específicos universos semióticos *efectivamente coexistentes*. Afirmar una sincronía requiere poder afirmar que, en una comunidad temporal y espacialmente determinada, coexistan, al menos, dos diferentes universos de formas valoradas; o sea, que se haya cumplido, en cada uno de tales universos, la operación de atribución y que, en consecuencia, estén disponibles los *paradigmas y textos* por ella producidos (según *TSI*); la permanencia (o duración) de tal sincronía vendrá determinada por la constancia de tales paradigmas y textos; su cambio (o acabamiento) vendrá determinado por la superación de esos mismos paradigmas y textos. Esto supone que tal comunidad reconoce (y utiliza), en su *praxis*, la presencia material-perceptual de *textos* diferentes (pero permaneciendo, cada uno, idéntico a sí mismo y, en cuanto tal, reconocible) y, en su *episteme*, la presencia teórico-cognitiva de *paradigmas* diferentes (pero permaneciendo, cada uno, idéntico a sí mismo y, en cuanto tal, utilizable para generar y orga-

nizar aquellos textos). Utilizo los términos “praxis” y “episteme” (en forma *blanda* y provisional) para diferenciar analíticamente el ámbito del comportamiento simbólico y el del conocimiento, cuya respectiva materia prima estaría constituida por *textos* y *paradigmas*, al menos en este segundo e intermedio momento en el proceso de producción de la significación; su producto consistirá en transformarlos, una vez cumplida la sustitución, en *sistemas*, *enunciados* y *referentes*.

Cuando, al caracterizar la relación de sincronía, afirmo, también, que opera “como una regla que deben cumplir las operaciones pertinentes al razonamiento dialéctico-sincrónico”, ello no obedeció a una mera recurrencia terminológica, sino a dejar establecido que, cualquiera fuera la calidad de las operaciones que se produjeran a partir de la de sustitución, la sincronía debe continuar estando presente. Por consiguiente, tanto la *articulación* de valores provenientes de una sustitución, como la *integración* de formas provenientes de una sustitución, lo serán *entre pares* (al menos) de valores o formas sincrónicas. De este modo, los *sistemas* que serán producto de la articulación de sustituciones entre pares (al menos) de valores sincrónicos y los *enunciados* y *referentes* que serán producto de la integración de sustituciones entre pares (al menos) de formas sincrónicas, conservarán, en el valor o la forma *afirmados* tras la sustitución, el valor o la forma *negados* por la sustitución, lo que permitirá o, más bien, exigirá la superación histórica de tal contradicción.

13. Sustitución

Op. 7: Sustitución (E.7.b.)

La operación de sustitución ha quedado definida como “aquella mediante la cual, dados n universos diferente ($n \geq 2$) de formas semióticamente identificadas, con estructura de paradigmas y textos y en relación de sincronía, las *formas* pertenecientes a uno de tales universos se ponen en relación con los *valores* atribuidos a las formas del otro (u otros) universo(s)”. Recuperemos el desarrollo simbólico descriptivo de la operación de sustitución:

$$\begin{aligned} & \text{“}R_2F(U) \text{ Sust } R_2(G)W\text{”} \equiv \\ & \equiv \text{“}R_2f_a(-R_2f_af_x \vee R_2g_ag_x) \& R_2g_a(-R_2g_ag_x \vee R_2f_af_x)\text{”} \end{aligned}$$

Se comprende, en función de esta definición y de su descripción simbólica, que la relación de sincronía sea una condición necesaria para poder aplicar la operación de sustitución. También se establece en ella que, desde un punto de vista cognitivo, la enunciación acerca de las características formales de un determinado universo (identificación e interrelación de las formas que lo constituyen) necesita producirse desde y mediante las formas de otro determinado universo, en principio (con necesarias especificaciones cuando se adopta la perspectiva *metalingüística*) diferente al primero. O sea, el conocimiento de un determinado universo de formas se produce, necesariamente, desde otro diferente universo de formas.

La operación de sustitución se vincula, de este modo, con uno de los conceptos semióticos más característicos: *el signo*. Como se habrá observado en las síntesis que preceden en este mismo trabajo, no se le ha asignado al signo un lugar específico entre los conceptos semióticos fundamentales. Con el término “signo”, al margen de precisiones y tendencias particulares, puede designarse a *toda percepción interpretada como la asociación de una forma y un valor*. Se trata de un enunciado de generalidad universal, de modo tal que cualquier percepción sensorial realizada por el hombre (e incluso, tomando en cuenta la peculiaridad de las características comunicacionales que los identifican, por cualquier organismo) resulta ser un signo; con ello pierde capacidad de diferenciación y, en consecuencia, utilidad cognitiva. Mantiene, no obstante, su utilidad lógica en cuanto relación básica para la producción de la significación; desde este punto de vista, el presente estudio se desarrolla diferenciando, a través de las operaciones de *atribución, sustitución y superación*, los distintos contenidos lógicos que, en cada una de las correspondientes etapas, adquiere el concepto de signo, así como, de modo correspondiente, su distinta eficacia en la producción de la significación.

La representación de la situación previa a la aplicación de la operación de sustitución y la representación de la situación producida por tal aplicación permite comprender mejor la necesidad lógica de esta operación para la explicación del proceso de producción de la significación y los alcances de su eficacia práctica.

Al intervenir la operación de sustitución (limitada, por consideraciones expositivas, a la interrelación entre dos universos) se producen dos nuevos conjuntos o universos de formas tales que, siendo perceptualmente las mismas identificadas en cada uno de los conjuntos preexistentes, aparecen asociadas,

en forma cruzada, con los valores pertenecientes al otro de tales conjuntos. Se tendrá, pues:

<i>Universos preexistentes</i>		<i>Universos producidos</i>	
<i>“F”</i>	<i>“G”</i>	<i>“FI”</i>	<i>“GI”</i>
$f_a(u)_a$	$g_a(w)_a$	$f_a(w)_a$	$g_a(u)_a$
$f_b(u)_b$	$g_b(w)_b$	$f_b(w)_b$	$g_b(u)_b$
.....			
$f_n(u)_n$	$g_n(w)_n$	$f_n(w)_n$	$g_n(u)_n$

Pero, en realidad, la sustitución no es tan completa como se representa en las columnas “ F_I ” y “ G_I ”. La posibilidad de poder seguir identificando a las respectivas formas “ f ” y “ g ” implica que, de alguna manera, conservan su *valor* original. La característica de esta conservación consiste en su negación, ya que la sustitución, en cuanto operación semiótica, está destinada a modificar a las correspondientes formas para que, en vez de identificarse a sí mismas (pero sin dejar de hacerlo), identifiquen las relaciones existentes entre las formas (ausentes) cuyos valores sustituyen.

O sea, de manera más explícita, se puede representar a los nuevos conjuntos como:

Universos producidos

<i>“FI”</i>	<i>“GI”</i>
$f_a(-u_a \vee w_a)$	$g_a(-w_a \vee u_a)$
$f_b(-u_b \vee w_b)$	$g_b(-w_b \vee u_b)$
.....	
$f_n(-u_n \vee w_n)$	$g_n(-w_n \vee u_n)$

La disyunción de esta doble valoración (negativa o positiva), afectando a las respectivas formas de los dos (al menos) universos tomados en consideración, encuentra una posible interpretación lógica en los conceptos de “uso” y

“mención”, conforme a los enunciados, relativamente canónicos que, a partir de G. Frege, se rotulan con este par de términos. En efecto, el funcionamiento de cada uno de los nuevos universos, producidos por aplicación de la operación de sustitución sobre los originarios, implica que el valor propio de cada forma (el negado) está *usado* pero *no mencionado* y, así, la relación mediante la que pueden manifestarse tales formas (al actualizarse en las relaciones producidas por aplicación de la operación de integración) será la pertinente a ellas mismas (conservación y uso de la sintaxis propia). Pero el valor sustituto, el que cada forma toma de la otra forma (perteneciente al otro de los universos originarios), está *mencionado* y *no usado* y, así, las formas sustituyentes (relacionadas según sus valores propios) dan cuenta de (mencionan) los valores correspondientes a las otras formas (mostración de la *semántica* adquirida).

Esta representación de lo producido por aplicación de la operación de sustitución permite, tentativamente, plantear algunos desarrollos ilustrativos respecto de diversos problemas semióticos. Uno de ellos es el relativo a los *metalinguajes* (conservaré, por el momento, esta designación pese a que correspondería hablar de “metasemiosis” y, cuando correspondiera, de “meta-semiótico”; en general, los problemas relativos al uso de los términos “lenguaje” y “semiosis” los reflexionaré en el apartado 18 al referirme a las “definiciones necesarias para el razonamiento dialéctico en consideración diacrónica”).

Respecto de una determinada forma puede decirse que, *en su consideración metalingüística*, se le niega a tal forma su capacidad de sustituir valores diferentes a los propios y se recupera su estricto valor propio. Pero esto no quiere decir que se regrese *simpliciter* al valor originario tal como se supone que le había sido *atribuido*, sino como *negación del valor sustituyente* del que *ya es* portadora. Esto quiere decir que la *opacidad* de una forma semiótica sustituyente lo es con respecto a una determinada y específica *transparencia*, la que permanece tras la opacidad, al menos como posibilidad. Para producir un universo de formas metalingüísticas deberá aplicarse una nueva operación de sustitución, de modo que las nuevas formas sustituyentes (nuevas, pese a aparentar la misma forma que las del universo originario que pasan a ser las sustituidas) lo sean en función de haber adquirido un nuevo valor: el resultante de negar los valores (el par propio-sustituto) de los que eran portadoras en cuanto sustituyentes (“F₁”) y reafirmar el propio originario (“F”). Se tendrá, pues, a partir de las precedentes expresiones simbólicas:

<i>Universo preexistente</i>	<i>Univ. producido</i>	<i>Univ. metalingüístico</i>
“F”	“F ₁ ”	“F _{met} ”
$f_a(u)_a$	$f_a(-u_a \vee w_a)$	$f_a(-(-u_a \vee w_a) \vee u_a)$
$f_b(u)_b$	$f_b(-u_b \vee w_b)$	$f_b(-(-u_b \vee w_b) \vee u_b)$
.....		
$f_n(u)_n$	$f_n(-u_n \vee w_n)$	$f_n(-(-u_n \vee w_n) \vee u_n)$

Las expresiones simbólicas en la columna correspondiente al “universo metalingüístico” conducen a: “ $f_n(u_n \vee -w_n \vee u_n)$ ”, o sea a: “ $f_n(u_n \vee -w_n)$ ”, lo cual, evidentemente, no es lo mismo que “ $f_n(u)_n$ ” (si bien es suficiente con que sea posible en cuanto término de la disyunción precedente). Esto advierte acerca de la ingenuidad de la pretensión de poder recuperar sin contaminación los valores originariamente atribuidos a un determinado universo de formas, una vez que tales formas han sido utilizadas como sustituyentes. Lo que reafirma la imposibilidad de eliminar los rastros de la transformación histórica (ya que la presencia de un metalenguaje es siempre posterior a la existencia de un lenguaje) sufrida por una forma. También en este aspecto, la *memoria semiótica* alerta acerca de la conveniencia de la recuperación de tales rastros para no incurrir en triviales interpretaciones metalingüísticas.

Otro desarrollo sugerido por estas representaciones simbólicas se refiere a lo que acontece en el universo sustituido; éste ha quedado enunciado como: “ $g_n(-w_n \vee u_n)$ ”.

Con ello se establece que una determinada forma (“ g_n ”), por el hecho de haber sido objeto de la eficacia sustitutiva de otra determinada forma (“ f_n ”), recibe el valor que puede conferirle (la sintaxis de) esta última forma (“ $f_n u_n$ ”); pero ello implica la admisión de la posibilidad de que resulten negados sus valores propios (“ $g_n(-w_n \vee u_n)$ ”). ¿Cuáles son esos “valores propios” de una determinada forma? Aquellos según los que se la percibe en un determinado momento, o sea, los procedentes de *enunciados históricos* mediante los cuales había sido previamente sustituida. Esto se vincula de inmediato con el tema del *referente*, en cuanto *construido* por la sintaxis del enunciado semiótico que lo toma como objeto de su enunciación; *resultando ser, cualquier objeto semiótico, el constructo referencial producido por el conjunto de los enunciados vigentes, en un momento dado, en una determinada comunidad*. El conjunto de enunciados que circulan efectivamente en una socie-

dad establece, respecto del referente, las únicas posibilidades relacionales *perceptibles* en dicho referente. A la inversa, ningún objeto semiótico puede ser percibido en el seno de determinada sociedad (ni puede ser percibido de otro modo) más que a condición de haber sido construido como referente de determinado (o múltiples y diversos e, incluso, contradictorios) enunciado(s) (procedentes de una o múltiples y diversas e, incluso, contradictorias semiosis). La negación de los valores (pretendidamente “propios”) de una forma constituye, así, la consecuencia de la aplicación de la operación de sustitución sobre los valores *referenciales* de tal forma (que son los efectivamente “negados”). En la inmediatez de la praxis social, pareciera que cualquier enunciado atribuye valores al mundo que podrían ser corroborados según se verifique o no, en tal mundo, la existencia de esos valores. Lo que la crítica semiótica establece, acerca de la eficacia de cualquier enunciado, es que dicho enunciado sustituye a los valores producidos por otro enunciado, con lo que queda fuera de lugar la pretensión de corroborar, con la *realidad*, su validez; lo que la Teoría Semiótica se propone establecer es la explicación de la significación de los valores producidos por un determinado enunciado en cuanto *variación* respecto de los valores producidos por otro determinado enunciado.

En definitiva, no existe un valor último o definitivo de forma alguna *en sí misma* que pudiera ser recuperado, despojando al enunciado que lo sustituye de la contaminación de los valores del propio enunciado en cuanto sustituyente. De modo semejante a lo que se ha desarrollado respecto de los *metalen-guajes*, la negación de la eficacia sustitutiva en el objeto semiótico (lo que implica una consideración, ahora sí, específicamente *metasemiótica*) proporcionaría una expresión como la siguiente:

$$“g_n(-w_n \vee u_n) \vee w_n”$$

la que equivale a “ $g_n(w_n \vee -u_n)$ ”, lo que no es lo mismo que un hipotético y metaafísicamente *real*: “ $g_n w_n$ ”. Esta es una de las situaciones en que la interpretación semiótica exige determinadas precisiones frente a la convencional interpretación del cálculo lógico. Si bien “ $g_n w_n$ ” es una de las posibilidades veritativas de la disyunción “ $g_n(w_n \vee -u_n)$ ”, semióticamente sólo da cuenta de un aspecto parcial de los valores del objeto en estudio; y, lo más importante, del aspecto *aparente* (en cuanto evidencia intuitiva disponible) de los valores de tal objeto. El otro término de la disyunción: “ $g_n -u_n$ ”,

que posee los mismos títulos lógicos para reclamar su validez, está simultánea e indisolublemente vinculado a la posibilidad de percibir la forma " g_n ". No se trata, no obstante, de una conjunción, ya que lo que se trata de establecer no es su simultánea validez sino la disponibilidad simultánea de la alternativa para considerarlo, ya bien según el valor sustituido por el enunciado, ya bien según el valor sustituyente del enunciado (que, en esta recuperación metasemiótica de los valores del objeto, requiere la posibilidad de ser negado).

El rechazo (para el conocimiento) de un valor empírico pertinente a una determinada forma y *previo* a cualquier sustitución, se establece mediante un razonamiento lógico-semiótico semejante. La interpretación empírica de algún " w_n " como valor en sí o esencial de algún " g_n " (en procura de cuya recuperación se habría desarrollado la historia del conocimiento como una pura *gnoseología del error*), implicaría admitir la posibilidad de un *uso* sin necesidad de *mención*. Si el objeto usado tiene historia (o sea, si se trata de un objeto semiótico) es que ha sido mencionado, ya que tal historia consiste en la conciencia (enunciable) de *un uso anterior*, identificado y diferenciado respecto del uso actual. Es decir, si en un determinado momento *histórico* se percibe al objeto semiótico como " $g_n w_n$ " es porque *se sabe* (puede reproducirse otro enunciado tal) que en otro determinado momento *histórico* se lo percibió como " $g_n - w_n$ "; y esta transformación de " $g_n - w_n$ " en " $g_n w_n$ " requirió de una tercera relación " $g_n u_n$ " que enunciase aquella negación (" $-w_n$ "). La posibilidad de esta tercera relación supone la existencia de otro universo de formas (" f_n ") cuyos valores propios (" u_n ") intervinieran sustitutivamente para generarla en cuanto tal negación: " $g_n (-w_n \vee u_n)$ "; así, que un objeto devenga semiótico (histórico) requiere que haya sido enunciado (sustituido). Si se pretende afirmar que el objeto usado no tiene historia, ello equivale a afirmar que el usuario no tiene conciencia de (no puede enunciar) *ningún uso anterior* identificado y diferenciado respecto del uso actual, con lo cual tampoco podrá tener conciencia de este *uso actual*. La representación simbólica que podría expresar esta situación ahistórica y asemiótica de tal objeto sería: " $g_n ?_n$ "; lo que nos situaría frente a *lo óntico* como ante *una pura posibilidad vacía de contenido pero capaz de cualquier contenido, dependiendo la determinación de tal contenido de la operación de sustitución que lo sitúe en la historia*.

14. Recurrencia Sincrónica

Op. 8: *Recurrencia en relación de sincronía (E.7.b.)*

La operación de recurrencia en relación de sincronía, desde su enfoque como inducción lógica, ha quedado definida como “aquella mediante la cual se establece la diferencia entre: a) la ausencia de aplicación de la operación de *sustitución*; b) una única aplicación de tal operación; y c) la aplicación **n** número de veces de dicha operación ($n \geq 2$)”.

Se la ha simbolizado como: “Rec X(R₂F(U) Sust R₂(G)W)”, requiriendo su descripción simbólica la formulación de tres enunciados:

$$a) \text{ “Rec } 0 (R_2F(U) \text{ Sust } R_2(G)W) \equiv “R_2FU \& R_2GW”$$

$$b) \text{ “Rec } 1 (R_2F(U) \text{ Sust } R_2(G)W) \equiv “R_2F(-U \vee W) \& R_2G(-W \vee U)”$$

$$C) \text{ “Rec } N (R_2F(U) \& R_2(G)W) \equiv “R_2F_n(-U_n \vee W_n) \& R_2G_n(-W_n \vee U_n)”$$

Cada uno de estos tres enunciados permite las correspondientes reflexiones semióticas que profundizan el concepto de *sustitución*.

$$a) \text{ “Rec } O (R_2F(U) \text{ Sust } R_2(G)W) \equiv “R_2FU \& R_2GW”$$

Una recurrencia “O” de la operación de sustitución quiere decir que dicha operación *no ha llegado a aplicarse*. Por consiguiente, los respectivos universos de formas permanecen en su calidad de *atributivamente identificados*. Esto, a su vez, supone que se conocen de ellos las posibilidades de interrelación (los “valores” propios) que afectan las formas que los constituyen. La descripción formal que acaba de enunciarse coincide, en el segundo miembro de la equivalencia, con el segundo miembro de la equivalencia de la definición de *sincronía*; en efecto, tal enunciado puede reescribirse como:

$$\text{“Rec } O (R_2F(U) \text{ Sust } R_2(G)W) \equiv “R_2f_x(R_2f_x f_i) \& R_2g_x(R_2g_x g_i)”$$

mostrando el primer miembro, simplemente, la *posibilidad* de la sustitución, lo que constituye el efecto específico de la relación de sincronía.

En efecto, la presencia de dos universos de formas valoradas es *condición necesaria* para que pueda aplicarse a las formas de uno de ellos los valores del otro y viceversa. Cualquiera de los dos puede ser utilizado, en principio, para, mediante la percepción de sus formas, dar cuenta (mencionar) los valores de las otras formas. La concreta y empírica opción acerca de cuál de tales dos va a cumplir una de dichas funciones y cuál la otra responde, por una parte, a contingencias históricas y, por otra, a una evaluación de la respectiva adecuabilidad a tal función, no desconectada de tal contingencia. O sea, para que exista *semiosis sustituyente* (lenguaje, en sentido amplio), se necesita, como condición necesaria, la existencia de dos universos de formas valoradas, siendo, en principio, indiferente cuál se seleccione como sustituyente y cuál como universo sustituido (como referente). Puede suponerse que se tenderá a elegir como sustituyente aquél cuyas relaciones propias (la *sintáctica* de las formas que lo constituyen) sean suficientemente ricas y conocidas (disponibles por la comunidad) para dar cuenta de las relaciones (históricamente ya enunciadas) de las formas del otro universo (o, en su caso, de las relaciones entre las formas de cada uno de los otros restantes universos sincrónicamente disponibles por tal comunidad). Se comprende, por tanto, que *el otro* universo (en cuanto no seleccionado como sustituyente) quedará (en una determinada situación) construido como *referente*, o sea, que de él sólo podrá conocerse lo que pueda ser enunciado desde el seleccionado como sustituyente (sin perjuicio de que, en otra coyuntura, tal referente pueda dejar de serlo o bien constituirse, además, en sustituyente); ninguna semiosis es, definitivamente, sustituyente o sustituida, dependiendo la función que le corresponda de decisiones comunicacionales de la sociedad. Como ya se ha visto, las relaciones establecidas por *atribución* sólo pueden ser *usadas*, pero para ser conocidas (lo que marca su ingreso en la historia y, por tanto, en el ámbito de significación de la humanidad) es necesario (aunque todavía no suficiente) que hayan sido *sustituidas* mediante las formas de otro universo. Como, en una situación empírica concreta, existe a disposición de una sociedad *más de un* universo de formas sustituyentes, cada uno de los otros universos (conocidos por esa sociedad) resulta el *referente simultáneo* de cada uno de aquellos universos sustituyentes, lo que quiebra el supuesto de que *todo lo que puede percibirse en el mundo está en la "lengua"* (la cual, en cuanto semiosis verbal, es tan sólo uno de los universos sustituyentes disponibles en un momento histórico de una determinada comunidad), pero reafirma la hipótesis semiótica de que *todo lo que pue-*

de percibirse en el mundo está enunciado en alguno de los universos sustituyentes (lenguaje, en sentido amplio).

Así como la “Rec 0”, en el caso de la *atribución*, se interpretaba como la forma nula o forma inidentificada, la “Rec 0” en el caso de la *sustitución* se interpreta como el valor nulo o clase vacía de las relaciones de sustitución o valor no conocido, ya que tal conocimiento sólo puede producirse desde alguna otra forma de algún otro universo que lo sustituya. La afirmación del valor nulo es equiparable a la afirmación de la existencia de la *alteridad*, ya que la manifiesta como carencia; así, la alteridad constituye el supuesto *necesario* (pero, también, el mero supuesto) del conocimiento de cualquier valor.

$$\text{b) “Rec 1 (R}_2\text{F(U) Sust R}_2\text{(G)W)”} \equiv \text{“R}_2\text{F(-U} \vee \text{W) \& R}_2\text{G(-W} \vee \text{U)”}$$

Una única aplicación de la operación de sustitución tan sólo muestra su propia definición, en cuanto, de cualquiera de los dos universos tomados en consideración, cada una de las formas que los constituyen puede ser considerada como portadora de los valores pertenecientes a las formas del otro universo o como negación de sus valores propios o como simultánea afirmación y negación de, respectivamente, los valores de la alteridad y los valores propios. Una única aplicación tan sólo afirma la posibilidad de la sustitución, pero no la realiza ya que, desde un punto de vista lógico, aunque la realizase sería incognoscible (por indiferenciable), pues la identificación de todo signo se produce contextualmente, en función de algún otro signo y, en esta instancia, se poseería, tan sólo, un único signo sustitutivo. El valor relacional producido en esta instancia de “Rec 1” es, pues, un *valor neutro* o conjunto universal de todas las posibilidades sustitutivas de un universo de formas respecto de otro diferente universo de formas. En definitiva, tal *neutralidad* constituiría una afirmación acerca de la capacidad sustitutiva de dicho universo; o sea, la mera afirmación de su *aptitud* como lenguaje.

La interpretación semiótica se enriquece en este punto con la reflexión emergente del teorema del cálculo de deducción natural según el cual: $(p \rightarrow q) \equiv (\neg p \vee q)$, lo que, en nuestros enunciados simbólicos, permite reescribir:

$$\text{“R}_2\text{F(-U} \vee \text{W) \& R}_2\text{G(-W} \vee \text{U)”} \equiv \text{“R}_2\text{F(U} \rightarrow \text{W) \& R}_2\text{G(W} \rightarrow \text{U)”}$$

La expresión " $R_2F(U \rightarrow W)$ " permite las siguientes **lecturas** (lógico-semióticas) válidas: *a)* si son verdaderos determinados valores de un universo de formas sustituyentes, entonces también son verdaderos determinados valores de un universo de formas sustituidas (o sea, es válida la implicación en la cual "U" es verdadero y "W" también); *b)* si no son verdaderos determinados valores de un universo de formas sustituyentes, entonces tampoco son verdaderos determinados valores de un universo de formas sustituidas (o sea, es válida la implicación en la cual "U" es falso y "W" también); *c)* determinados valores de un universo de formas sustituidas pueden ser falsos sin que necesariamente lo sean determinados valores de un universo de formas sustituyentes (o sea, es válida la implicación en la cual "U" es falso y "W" es verdadero; o sea, un enunciado falso puede sustituir un referente verdadero, en cuanto es verdad que ha sido sustituido por el enunciado falso, requiriéndose, por tanto, disputar acerca de la falsedad de tal enunciado). Estos tres enunciados, que se corresponden con el valor veritativo del functor " $\rightarrow$ ", son igualmente verdaderos en el campo de la semiótica. Por lo mismo, *no será válido* el siguiente posible cuarto enunciado: *d)* si son verdaderos los valores de un universo de formas sustituyentes, entonces pueden no ser verdaderos los valores de un universo de formas sustituidas (o sea, no es válida la implicación en la cual "U" es verdadero y "W" es falso).

El valor metodológico de estos enunciados es importante, como puede constatare mediante *esta interpretación que atiende al universo de las formas lingüísticas*: *a)* a determinados valores de un lenguaje se corresponden determinados valores de un referente; *b)* si no están correctamente establecidos determinados valores de un lenguaje, tampoco podrán estar correctamente establecidos determinados valores de un referente; *c)* la validez de determinados valores de un referente no requiere que sean válidos determinados valores de un lenguaje. También aquí sería falso el cuarto siguiente enunciado: *d)* pese a no estar correctamente establecidos determinados valores de un referente pueden estarlo determinados valores de un lenguaje. En todos los casos, por supuesto, la relación entre tal lenguaje y tal referente es generalizable a la relación entre un universo de formas sustituyentes y un universo de formas sustituidas.

La posibilidad de que *sean válidos* los valores de un referente *sin que lo sean* los valores de una semiosis sustituyente (caso "c") proviene de que *tal referente tiene historia* y puede llegar bien-nombrado por una semiosis anterior y no corresponder sus valores (resultar mal-nombrados) con los de una determinada semiosis sustituyente que pretende nombrarlo de otro modo. Este tipo de consideraciones introduce la *dialéctica* en la aplicación misma de la operación de sustitución.

Asimismo, (caso d) la posibilidad de que no sean válidos los valores de un referente y sí lo sean los de la semiosis que lo enuncia, es falsa ya que supondría la negación de su calidad de referente, contradicha por la afirmación de la calidad del enunciado. Supondría la existencia de una *semiosis sustituyente no utilizada*, válida tan sólo como posibilidad, y un *referente no construido* (del que se afirmarí su inexistencia). A la inversa del caso anterior, éste equivaldría a la *negación de la historia*, ya que negar el valor de referente en el objeto (semiótico) equivale a afirmar que nunca fue enunciado por ninguna semiosis. Así, o bien tal objeto todavía no entró en la historia (no ha sido percibido por el hombre) o se está ignorando su historia y afirmando un lenguaje que nunca ha participado en la construcción de tal objeto. Precisamente una de las tareas de la crítica semiótica consiste en poner en evidencia falacias de este tipo, frecuentes en la praxis social, indicativas de deformaciones ideológicas destinadas a mantener (frente a la historia) la vigencia de semiosis cuya capacidad sustitutiva está agotada. Lo que también señala el ingreso de la dialéctica en el proceso de producción de la significación, por la contradicción entre una semiosis (aparentemente) válida (en cuanto sistema enunciativo) pero ineficaz (para producir referentes) y un objeto (aparentemente) in-significante (en cuanto no enunciado por la semiosis afirmada) pero efectivamente identificado (por enunciados de otra semiosis no reconocida).

Con respecto a la expresión " $R_2G(W \rightarrow U)$ " que completa la conjunción " $R_2F(U \rightarrow W) \& R_2G(W \rightarrow U)$ " anteriormente escrita, se mantienen los enunciados desarrollados bajo a) y b). Por el contrario, en los casos de los enunciados c) y d) su validación se invierte por la correspondiente inversión de los símbolos utilizados. El enunciado c) "determinados valores de un universo de formas sustituidas (" W ") pueden ser falsos sin que necesariamente lo sean determinados valores de un universo de formas sustituyentes (" U ")" resulta ser verdadero, dado el presente orden de la implicación. El enunciado d) "si son verdaderos determinados valores de un universo de formas sustituidas (" W ")", entonces son falsos determinados valores de un universo de formas sustituyentes (" U ")", ahora resulta ser falso, por la misma causa. Este cambio, que parece convertir en tautología las implicaciones analizadas, registra la eficacia del cambio de perspectiva, desde el que se efectúa el análisis semiótico, diferenciando entre considerar cómo el enunciado construye al referente y cómo el referente recupera al enunciado que lo construye. Esto se resuelve, en el calculo lógico, sintetizando las dos implicaciones en una equivalencia:

$$"R_2F(U \rightarrow W) \& R_2G(W \rightarrow U)" \equiv "R_2(FG)(U \equiv W)"$$

La interpretación semiótica de ninguna manera excluye esta transformación simbólica, si bien, como se verá enseguida, la considera insuficiente por empobrecimiento de las relaciones subyacentes representadas.

La expresión “ $R_2(FG)(U \equiv W)$ ” es representativa del nivel más ingenuo (e ideológico) en la explicación del significado de los objetos semióticos. Afirma, meramente, la *evidencia* de que, en un universo de semiosis y objetos (semióticos), determinados valores sustituyentes equivalen a (son el instrumento para o son exigidos por) determinados valores pragmáticos. Es, de nuevo, la hipótesis (fuerte) de Whorf-Sapir que se limita a dar cuenta de cómo se presenta la significación del mundo vista desde el lenguaje que lo nombra. Su aceptación incuestionada o, al menos, sin la recuperación de las relaciones de donde procede, ubica al hombre en un universo perfectamente armónico o, al menos, armonizable en la medida en que acepte *la forma dominante* de enunciarlo. La crítica del lenguaje, que emerge ya en esta instancia a través de lo que he denominado “memoria semiótica”, ubica, por el contrario, al hombre en el espacio dialéctico de las diferencias, de las relaciones contradictorias que entrelazan enunciados y referentes y de las exclusiones, mediante todo lo cual construye la significación del mundo.

Recuperando, finalmente, la expresión mediante la que se simboliza específicamente la definición de la operación de sustitución y que sería lo único que se enuncia mediante la “Rec 1”, se obtiene la siguiente secuencia de equivalencias:

$$“R_2(FG)(U \equiv W)” \equiv “R_2F(U \rightarrow W) \ \& \ R_2G(W \rightarrow U)” \equiv “R_2F(-U \vee W) \ \& \ R_2G(-W \vee U)”$$

1

2

3

las cuales permiten establecer, (1) tras la aparente totalidad tautológica de la significación del mundo, (2) la efectiva función de las semiosis en la configuración significativa del mundo (referente) y la efectiva función del mundo (referente) respecto de la eficacia significativa de la semiosis que lo enuncia, así como (3) lo que la semiosis debe perder de sí misma (su opacidad) para enunciar el mundo y lo que el mundo debe perder de sí mismo (de su historia) al ser enunciado por una semiosis.

$$c) \text{ "Rec N (R}_2\text{F(U) Sust R}_2\text{(G)W)"} \equiv \text{"R}_2\text{F}_n\text{(-U } \vee \text{ W)}_n \& \text{R}_2\text{G}_n\text{(-W } \vee \text{ U)}_n\text{"}$$

Mediante la "Rec N", la relación diádica "F(-U $\vee$ W)", así como la relación diádica "G(-W $\vee$ U)", adquieren una enésima posibilidad de variantes. Será esta enésima posibilidad la que permitirá aplicar la operación de *articulación* (con la consiguiente constitución de los *sistemas* pertinentes) y/o la operación de *integración* (con la consiguiente constitución de los pertinentes *discursos*).

Se mantienen válidas las observaciones formuladas al analizar la "Rec 1"; éstas se completan, ahora, con la reflexión acerca del valor de **n** tanto en "F" como en "G".

Tres son las posibilidades de la relación cuantitativa a establecer entre "F" y "G", según que, en virtud de la dimensión numérica que se asigne a "**n**" en uno y otro universo: a) sea " $F_n < G_n$ "; b) sea " $F_n \equiv G_n$ "; c) o sea " $F_n > G_n$ ". Considerando estrictamente a la sustitución como una instancia en el proceso de producción de la significación (o sea, prescindiendo de la *utilidad* pragmática de tal sustitución en una coyuntura determinada) resulta indiferente la dimensión del universo de formas sustituyente respecto de la dimensión del universo de formas sustituidas. Por otra parte estas tres posibilidades en la dimensión de la relación cuantitativa adquieren distinta significación según se considere a "F" y a "G" constituidos por *formas unitarias o atómicas* (en cierto sentido, *signos* elementales del universo sustituyente y del universo sustituido) o por *integraciones de formas o formas moleculares* (los *enunciados* y *referentes* contruidos mediante la integración de tales signos).

Atendiendo a la cantidad de formas elementales involucradas, puede decirse que lo normal (en cuanto a la situación predominante, basada por lo general en consideraciones de efectividad pragmática) corresponde al caso en que " $F_n < G_n$ ". Ello quiere decir que con menor cantidad de formas elementales sustituyentes se puede dar cuenta de un mayor número de formas elementales sustituidas (principio de economía de la lingüística). Pero, si a lo que se atiende es a la cantidad de *integraciones de formas elementales sustituyentes* que pueden producirse a partir de las formas elementales sustituyentes disponibles, puesta en relación con la cantidad de *integraciones de formas elementales sustituidas* que pueden producirse a partir de las formas elementales sustituidas disponibles, entonces existirá siempre un momento en que los universos de ambas integraciones serán *equivalentes*; supuesto en el cual se estaría cumpliendo el caso en que " $F_n \equiv G_n$ ". Para esta equivalencia sólo se re-

quiere admitir como elementos del universo de formas sustituidas a aquellas configuraciones *aparentemente absurdas* enunciadas desde las correspondientes integraciones de formas sustituyentes. Mientras que el *absurdo* no puede existir en la integración de formas sustituyentes (con el único límite de cumplir con las relaciones *atribuidas*, en un determinado momento y en una determinada sociedad o sector de esa sociedad, a tal universo de formas sustituyentes y que regulan sus relaciones sintácticas de yuxtaposición), la calificación de “aparentemente absurdas” podría aplicarse a las relaciones según las que se manifiestan integradas las formas del universo sustituido. Pero ello requerirá tener debidamente en cuenta que tal “absurdo” proviene de la contradicción entre la calidad referencial ostentada por una determinada forma u objeto semiótico (en función de los enunciados históricos que se la han conferido) y la calidad referencial que propone conferirle el nuevo enunciado. Por tanto, ese “absurdo” en las formas sustituidas tendrá el límite de aquella situación en que la calidad referencial histórica deje de estar vigente y se transforme, a su turno, en *absurda*, viabilizando la admisibilidad del referente construido por el nuevo enunciado. Surge de esto la posibilidad de introducir precisiones semióticas en la clásica afirmación de Russell acerca de que la expresión “El rey de Francia es calvo” es un sinsentido; hay en ello una consideración que se basa en que *actualmente no existe el rey de Francia*. Ya anticipé que el establecimiento de la verdad no figura entre los problemas de la Teoría Semiótica, pero sí el de la *significación*, la cual puede ser poética, mítica, ideológica, etc., sin que necesariamente deba (por ejemplo, en este caso) existir una persona a la que le sean aplicables el conjunto de los restantes enunciados relativos al poder político inherente a la realeza (por otra parte, la frase de Russell *produce como referente* un ejemplo de lógica y, en ese ámbito, encuentra “el rey de Francia” su objeto semiótico significativo; y, desde otra perspectiva, es suficiente con que un cantante de moda se autodenomine “el rey de Francia” para que exista el individuo que se construye como referente de tal enunciado).

Para Hjelmslev (1971: 131ss), el supuesto de que “ $F_n \equiv G_n$ ” queda excluido del concepto de semiótica. Cuando a cada dimensión del contenido se corresponde, biunívocamente, una dimensión de la expresión, Hjelmslev prefiere designar a tal situación como “sistema de símbolos” y ya no como “semiótica”, por considerarlos enteramente conformes el uno con el otro, no cumpliendo, en consecuencia, con las exigencias de “catálisis” y “sincretismo” que establece para la biplanaridad semiótica. Pero, si bien el rechazo de las situaciones en que “ $F_n \equiv G_n$ ” es atendible porque la correspondencia biunívoca cerraría el sistema, impidiendo toda transformación, ello debe quedar

limitado al caso de tratarse de una equivalencia cuantitativa entre *formas elementales*. La afirmación de esa misma equivalencia entre *integraciones de formas elementales* tiene un sentido productivo acorde con las exigencias hjelmslevianas; lo que en definitiva se establece es que, ante una nueva integración de " F_n " se produce un correspondiente incremento en " G_n " y viceversa (lo que tiene particular importancia, sobre todo, para recuperar la potencia semiótica del universo sustituido).

Teniendo en cuenta cuanto antecede, el tercer supuesto, aquel en que " $F_n > G_n$ ", constituye una *imposibilidad semiótica* (desde la perspectiva de las *integraciones de formas elementales*; la relación cuantitativa de este signo entre puras *formas elementales* plantea problemas de sinonimia cuyo tratamiento, no banal, se reconduce al mismo tema de su contextualización en las correspondientes integraciones). La "imposibilidad semiótica" proviene de la previa afirmación de que todo enunciado produce un referente. La eventual consideración del problema puede adoptar una perspectiva sincrónica o diacrónica. Sincrónicamente, la consideración de que puedan existir varios enunciados con apetencia de atribuir significación a un determinado objeto semiótico (base para poder llegar a admitir que se dé " $F_n > G_n$ ") padece del mismo vicio positivista que señalé anteriormente: no es que exista *una* entidad enunciable de diversas maneras, sino que, si existen varios enunciados, cada una de las entidades posibles construidas por cada uno de ellos *es distinta*; existirán tantos referentes cuantos enunciados; otro problema es (y de cuya importancia se toma debida cuenta) la aceptabilidad (y sus ámbitos identificados o identificables en una determinada comunidad) de cada uno de los enunciados; ello reconduce al problema de la aceptabilidad (y en qué ámbitos) de cada uno de los objetos semióticos referencialmente producidos. De nuevo conviene recordar que es tarea específica de la crítica semiótica eliminar la aparente evidencia de *la mismidad* del objeto significado, para adquirir conciencia social epistemológica de que tales enunciados no son triviales diferencias en el modo de *decir* determinado fenómeno, sino propuestas en pugna para *constituir* uno u otro fenómeno cuya pluralidad es contemporánea, en una sociedad con *pluralidad* de enunciaciones competitivas

Diacrónicamente, la respuesta es homóloga. Con frecuencia se toman en cuenta las *posibilidades histórico-proyectivas* de un determinado universo de formas sustituyentes. Es la habitual consideración lingüística de que una teoría adecuada debe dar cuenta, no sólo de los enunciados actuales e históricos, sino también de cualquier nuevo enunciado que se formule en el futuro. Esto parecería dar sentido a una expresión del tipo " $F_n > G_n$ ". Pero, semióticamente, existe una equivalente *posibilidad histórico-proyectiva* respecto del co-

respondiente universo de formas sustituidas. Por tanto, una teoría semiótica adecuada debe dar cuenta, junto con lo establecido para los enunciados, no sólo de los referentes actuales e históricos, sino también de cualquier nuevo referente que se formule en el futuro. Con lo que, una vez más, la expresión que da forma a esta problemática será: “ $F_n \equiv G_n$ ”.

En definitiva, si un estudio toma en consideración las relaciones cuantitativas que pueden establecerse por sustitución entre *formas elementales* sustituyentes y sustituidas, los tres signos “<”, “>” y “ $\equiv$ ” tienen sentido, son posibles, pero con poco alcance heurístico. Si lo que se toma en consideración son las relaciones cuantitativas que se pueden establecer entre *integraciones de formas elementales* sustituyentes y sustituidas, el análisis crítico del problema reconduce como única expresión válida a “ $F_n \equiv G_n$ ”.

15. Articulación Sincrónica

Op. 9: Articulación en relación de sincronía (E.7.b.)

La operación de articulación en relación de sincronía ha quedado definida como “aquella mediante la cual se ponen en relación virtual n pares de valores (sustituyentes-negados y/o sustituidos-afirmados) ($n \geq 2$) pertenecientes a n universos diferentes de formas ($n \geq 2$), simultáneos entre sí”.

Se la ha simbolizado con la expresión: “U Art W”.

Por las características de la relación de sincronía la descripción de esta operación requiere la enunciación de cada una de las articulaciones efectivamente producidas. En el mínimo supuesto de la intervención de dos universos de formas, será necesario describir la forma específica que adoptan los valores sustituyentes en función de los valores sustituidos, así como la forma específica que adoptan los valores sustituidos en función de los valores sustituyentes. Se tendrá, por tanto:

$$a) \text{ “U Art W” } \equiv \text{ “R}_n^* (-u \vee w)_{a...} (-u \vee w)_n \text{”}$$

$$b) \text{ “W Art U” } \equiv \text{ “R}_n^* (-w \vee u)_{a...} (-w \vee u)_n \text{”}$$

Como ya se dijo, con “*” se simboliza la calidad virtual de esta relación. Tomando en cuenta la definición de “valor”, estos enunciados pueden reescribirse:

$$a) \text{ “U Art W” } \equiv \text{ “R}_n^*(-R_2f_a f_x \vee R_2g_a g_n) \dots (-R_2f_n f_x \vee R_2g_n g_x) \text{”}$$

$$b) \text{ “W Art U” } \equiv \text{ “R}_n^*(-R_2g_a g_x \vee R_2f_a f_x) \dots (-R_2g_n g_x \vee R_2f_n f_x) \text{”}$$

Es necesario tener presente, en cualquier instancia en que se estudie la operación de articulación, que se mantienen vigentes sus características generales de *virtualidad, disponibilidad y efectiva identificación diferencial de/los valores relacionales de los universos de formas intervinientes*.

También mantienen su plena validez las observaciones recientemente formuladas, al tratar la *operación de sustitución*, para cuyo desarrollo se utilizaron *representaciones* mediante diagramas (*discursos acerca de articulaciones*).

Conforme a tales antecedentes, la reflexión acerca de los efectos de la aplicación de la operación de articulación en relación de sincronía permite establecer una importante diferencia entre *referente* y *objeto semiótico*; diferencia fundamental ya que con ella se construye el específico objeto de conocimiento de la semiótica. Simultáneamente, este tema hace surgir un problema que no había sido identificado como tal previamente: *¿cuántos universos de formas sustituyentes (o, en cierto modo, lenguajes) son necesarios y suficientes para producir la significación de un objeto? ¿Habría uno de tales universos al que serían reconducibles todos los demás?* Dicho de otra manera; sin tomar todavía en consideración la etapa de superación que proporciona la definitiva respuesta histórica al proceso de producción de la significación, *¿es suficiente un único universo sustituyente (lo que comúnmente se considera que ocurre con el lenguaje verbal) para semantizar al mundo?* Estas son las preguntas que encuentran su respuesta afirmativa cuando se opta por la hipótesis translingüística (por ejemplo, en Barthes y Kristeva) según la cual cualquier *sentido* producido por cualquier sistema semiótico es traducible al sistema de la lengua, lo que constituye al lenguaje verbal en el único necesario y suficiente. Si algo se debatió con relativo rigor fue el tema de la existencia de diversos lenguajes (o sistemas semióticos) con capacidad autónoma para conferirle sentido al mundo (o a determinados objetos del mundo). Lo que no se reflexionó es acerca de la posibilidad de que no sea su-

ficiente con *un* sistema semiótico (verbal o de cualquier otra materia prima significativa), sino que se requieran, como exigencia lógica y como práctica empírica, *al menos dos*.

Como un desarrollo preliminar de este problema y sin pretender llegar más allá de esbozar los fundamentos de una hipótesis (y en modo alguno de probarla) respecto de la *necesidad lógica y empírica de la intervención de más de una semiosis en el proceso de producción de la significación*, valgan las siguientes reflexiones.

Un único universo de formas sustituyentes (lenguaje) construye a una forma o universo de formas sustituidas como su *referente*. Quiere decir que se da una *relación especular* entre la capacidad de sustitución de que dispone tal universo de formas sustituyentes y los valores (en cuanto relaciones pertinentes) de las formas sustituidas que, por su intermedio, pueden llegar a ser conocidas (y de este modo pueden entenderse los isomorfismos de Russell y del primer Wittgenstein; es interesante la discusión que desarrollan Guillet, E. & P. Gochet, 1990: 536-537, acerca de tal isomorfismo, a partir de una semántica situacional y su eventual diferencia respecto de una semántica de los mundos posibles). La racionalidad lógica de esta afirmación pareciera contradirse con la experiencia. Por una parte, la evidencia (en cuanto intuición del *hablante* o utilizador de determinadas formas sustituyentes, que es también *manipulador* o usuario de determinadas formas sustituidas) respecto de la insuficiencia de cualquier enunciado (o integración de formas sustituyentes) para dar cuenta definitiva y exhaustiva de los valores propios (en cuanto históricos) de las formas sustituidas. Por otra, la evidencia (en cuanto intuición de tal *hablante-manipulador*) respecto de la resistencia del objeto a responder, necesariamente, en los límites de los valores que han llegado a ser sustituidos o a renunciar a valores propios que aparecen como absolutamente independientes de que hayan sido sustituidos o de que contradigan la sustitución construida (tema que plantea un claro desafío a la investigación semiótica, la que no dudo que podrá producir respuestas superadoras en el debate cognitivo acerca de las categorías de la semántica natural; ver, en particular, E. Rosch, 1973; E. Rosch & Lloyd, B., 1978 y las múltiples perspectivas recopiladas en D. Dubois, 1993). O sea, por una parte la evidencia de lo inagotable de la significación de cualquier objeto y por otra la evidencia de que el objeto tiene sus propias exigencias de funcionamiento (y sus propios límites) totalmente al margen de lo que de él se diga.

Esta contradicción, que aparenta rechazar la hipótesis semiótica de que todo objeto (en cuanto forma susceptible de ser sustituida) resulta construido

plena y exclusivamente desde el conjunto de las formas sustituyentes que sobre él confluyen, se disuelve cuando se establece la diferencia entre *referente* y *objeto semiótico*. En cuanto referente, una forma puede quedar absurda o incompletamente sustituida, pero este absurdo o incompletud procede del contraste con el conocimiento que de tal forma se tiene en cuanto objeto semiótico. El *referente* es la *construcción posible* que, respecto de una determinada forma sustituible, se realiza desde un determinado universo de formas sustituyentes. El *objeto semiótico* es la *construcción efectivamente realizada* sobre una determinada forma sustituible mediante la *totalidad* de los universos sustituyentes que actual o históricamente intervienen y han intervenido en su efectiva sustitución.

El conocimiento posible (aunque no actualizable en su totalidad) en un determinado momento acerca de los objetos estaría constituido, conforme a esta hipótesis, por *el conjunto, la síntesis y la superación* de todos los enunciados disponibles, contruidos con formas sustituyentes provenientes de todas las semiosis (o lenguajes) disponibles. El universo de formas sustituidas y, en cuanto tales, conocidas es lo que puede denominarse “universo de objetos semióticos”. El específico conocimiento acerca de tales formas sustituidas, producido desde cada uno de los universos sustituyentes, es lo que puede denominarse “universo de referentes”. Cuando se habla, por tanto, de un “*referente*” es preciso establecer el *específico universo* de formas sustituyentes (o lenguaje) que lo construye como tal (por ejemplo, la luna será un referente si se parte de un universo de formas gráficas, otro desde un universo de formas poético-verbales, otro desde un universo de formas matemáticas, otro desde un universo de formas musicales, etc.); cuando se habla de un “*objeto semiótico*” habrá que dar cuenta del *conjunto de universos* diferentes de formas sustituyentes (o lenguajes) que lo construyen como tal (por ejemplo, la luna será un objeto semiótico en cuanto es un objeto de conocimiento en el que se integran los conocimientos contruidos desde el universo de las formas gráficas y desde el de las formas poético-verbales y desde el de las formas matemáticas y desde el de las formas musicales y etc.). La tarea que se propone la semiótica en cuanto *explicación del proceso de producción de la significación* consiste, por tanto, en identificar las operaciones fundamentales, por aplicación de las cuales, de semejante *conjunto* de semiosis, *algunas* están vigentes y producen a tal *objeto semiótico* como una síntesis de todas sus posibilidades de sustitución, seleccionadas, en la actualidad del momento de la atribución de determinada significación a tal objeto, según precisos *procesos de superación* de las propuestas sustitutivas precedentes.

Cuando me referí a los diferentes universos de formas sustituyentes que pueden concurrir a la construcción de un objeto semiótico, me estaba refiriendo a determinaciones sociales muy concretas como son lo verbal, lo económico, lo estético, lo utilitario, lo ritual, etc. Como deberá tratarse de “universos de formas sustituyentes” *diferentes*, este “etc.” no resultará excesivamente amplio, ya que su materia prima perceptual (aquellas formas perceptibles o, en cierto sentido, *significantes* capaces de sustituir a los valores o relaciones de las formas sustituidas) deberá estar constituido por *sistemas relativamente (al menos) estructurados de formas sustituyentes*. Así, a un nivel de suficiente abstracción y dejando de lado específicas peculiaridades de múltiple dispersión (pese a ser de la mayor importancia pragmática y a las que deberán atender las correspondientes semióticas particulares), la triple clasificación de triadas de Peirce puede ofrecer un adecuado criterio de sistematización de tales universos posibles de formas sustituyentes. Cada uno de estos sistemas relativa o absolutamente estructurados de formas sustituyentes está disponible, en una determinada comunidad, para concurrir a la enunciación de relaciones específicas acerca del objeto semiótico que se estudie; tales relaciones específicas son las que lo constituyen en *referente* del correspondiente universo de formas sustituyentes. Así, se lo construye como *referente conceptual* de los sustituyentes verbales, como *referente remuneratorio* de los sustituyentes económicos, como *referente estético* de los sustituyentes icónicos, como *referente pragmático* de los sustituyentes indiciales, como *referente sacralizado* de los sustituyentes rituales, etc.

La hipótesis de una distribución diferencial (y diferenciadora) de la disponibilidad de específicos sistemas (o, en sentido amplio, universos) de formas sustituyentes entre distintos grupos humanos, permite la identificación de tales grupos en función de las semiosis que utilizan y en mayor grado, cuando, al tomar en cuenta la transformación diacrónica de superación que afecta a cada una de tales semiosis, se identifican y diferencian tales grupos humanos en función de la instancia histórica en que se encuentra la semiosis (o cada una de las semiosis) que utilizan en la construcción referencial de los objetos semióticos de su específico *mundo semiótico posible* (respecto del concepto de “mundo semiótico posible”, Magariños de Morentin, J. A., 1990b, 1993a, 1994a, 1994b y 1994d; también, Magariños de Morentin y col., 1993b; los dos últimos textos constituyen la *Séptima Parte* de esta edición). La relación entre la calidad referencial de las transformaciones históricas de determinados objetos semióticos y la calidad enunciativa de las transformaciones históricas de determinados sistemas de formas

sustituyentes, constituye uno de los instrumentos cognitivos más eficaces para el análisis y la identificación de la estructura social de una determinada comunidad.

Así pues, *el objeto semiótico posee una múltiple significación constituida por la confluencia, en él, de las calidades referenciales producidas por las diversas semiosis desde las que se lo puede enunciar*. Un análisis sincrónico (pertinente a la etapa en estudio) deberá establecer las diversas articulaciones de formas sustituyentes, en cuanto disponibilidades capaces de sustituir aspectos diferentes y específicos de las relaciones atribuibles a dicho objeto semiótico. Pero esto no agotará la explicación de la significación que posee ese determinado objeto semiótico en un concreto momento. Será necesario, mediante el análisis diacrónico, estudiar *el proceso de superación de las formas sustituyentes*, en cuanto resolutorias de las contradicciones y de los límites generados entre los valores propios (sintácticos) de determinados universos de formas sustituyentes (en una concreta actualidad) y los valores referenciales del objeto semiótico (en cuanto forma sustituida) tal cual han sido enunciados históricamente por las restantes semiosis. O sea, el análisis sincrónico estudia al objeto semiótico como *ámbito de dispersión de referentes contradictorios simultáneamente disponibles*, mientras que el análisis diacrónico lo estudia como *ámbito de dispersión de referentes contradictorios sucesivamente utilizados*. De más está decir que este mismo doble análisis (sincrónico y diacrónico) puede (y, en la mayoría de los casos, debe) cumplirse respecto de las sustituciones y superaciones emergentes de un mismo y único universo de formas sustituyentes, en virtud de la posibilidad (que, en cada coyuntura histórica, se actualiza efectivamente), pertinente a cada una de las correspondientes semiosis, de producir enunciados diversos, no necesariamente coherentes y posiblemente contradictorios. El problema semiótico (que se esbozará con mayor detalle al estudiar la superación) consiste en establecer si una determinada semiosis es, realmente, *una y la misma* cuando se muestra capaz de producir enunciados contradictorios generadores de referentes contradictorios.

En definitiva, ¿cuál es el producto de la operación de articulación en relación de sincronía? Representemos cada uno de los universos sustituyentes como “F₁”, “F₂”, ... “F_n” y supongamos que se está en presencia de un único objeto semiótico (o único universo de objetos semióticos) al que puede representarse como “G”, que es la forma cuyos valores propios quedan sustituidos por aquellos universos sustituyentes (no debe olvidarse que tales “valores propios” del objeto semiótico son los valores referenciales producidos por los enunciados históricos procedentes de universos sustituyentes históricos, si

bien por el momento no se estudia el problema de la superación). En el momento en que se haya aplicado la operación de sustitución y como consecuencia, a su vez, de la aplicación de la operación de articulación, se dispondrá de *sistemas* correspondientes a cada uno de los universos de formas sustituyentes, cada uno de los cuales contendrá un conjunto de posibilidades sustitutivas respecto de un diferente y específico valor referencial del objeto semiótico, a partir de un diferente y específico valor propio (sintáctico) de tales formas sustituyentes. Representaremos simbólicamente los pares de la sustituibilidad: valor propio sustituyente / valor referencial sustituido, correspondientes a cada uno de los universos de formas sustituyentes, mediante las siguientes expresiones: para “ F_1 ”, el par “-U v W”; para “ F_2 ”, el par “-J v Z.”; ... para “ F_n ”, el par “-K v M”. Esto permite construir, mediante la *operación de articulación en relación de sincronía* los siguientes modelos de sistemas de sustitución:

“F_1”	“F_2”	...	“F_n”
$f_{1a}(-u_a \vee w_a)$	$f_{2a}(-j_a \vee z_a)$	...	$f_{na}(-k_a \vee m_a)$
$f_{1b}(-u_b \vee w_b)$	$f_{2b}(-j_b \vee z_b)$	...	$f_{nb}(-k_b \vee m_b)$
.....		...	
$f_{1n}(-u_n \vee w_n)$	$f_{2n}(-j_n \vee z_n)$	...	$f_{nn}(-k_n \vee m_n)$

O sea, “ F_1 ”, “ F_2 ”, ... “ F_n ” son universos de formas sustituyentes (o semiosis sustituyentes) cuyos valores (o reglas de segmentación y sintaxis) son: “u” para “ F_1 ”; “j” para “ F_2 ”; “k” para “ F_n ”. A su vez, cada una de estas semiosis sustituyentes tienen la capacidad de producir, en el objeto semiótico al que sustituyen (“G”), los siguientes valores (o reglas de segmentación y sintaxis): “w” desde “ F_1 ”; “z” desde “ F_2 ”; “m” desde “ F_n ”.

A partir de estos sistemas de sustitución, que corresponden a cada uno de los respectivos universos de formas sustituyentes utilizables por una determinada sociedad, se puede establecer que un determinado objeto semiótico (o universo de objetos semióticos): “G” dispone de los siguientes sistemas de posibilidades referenciales, que constituyen el universo de las posibilidades cognitivas utilizables, en un momento dado, para el reconocimiento social de dicho objeto semiótico.

“G”

$g_a(-w_a \vee u_a)$	$g_a(-z_a \vee j_a)$	...	$g_a(-m_a \vee k_a)$
$g_b(-w_b \vee u_b)$	$g_b(-z_b \vee j_b)$	...	$g_b(-m_b \vee k_b)$
.....		...	
$g_n(-w_n \vee u_n)$	$g_n(-z_n \vee j_n)$	...	$g_n(-m_n \vee k_n)$
.....		...	
Sustituido o	Sustituido o		Sustituido o
enunciado	enunciado		enunciado
desde “F ₁ ”	desde “F ₂ ”		desde “F _n ”

Puede desarrollarse otra forma de representación, para mostrar, más directamente, la diversidad de sustituciones o enunciados que pueden formularse acerca de cada objeto semiótico, según el universo sustituyente que lo produzca como referente:

Universo de objetos semióticos: “G”

Objeto semiótico: “ g_a ”: como referente desde “F₁” será: “(-w_a v u_a)”
 como referente desde “F₂” será: “(-z_a v j_a)”

 como referente desde “F_n” será: “(-m_a v k_a)”

Objeto semiótico: “ g_b ”: como referente desde “F₁” será: “(-w_b v u_b)”
 como referente desde “F₂” será: “(-z_b v j_b)”

 como referente desde “F_n” será: “(-m_b v k_b)”

Objeto semiótico: " g_n ": como referente desde " F_1 " será: " $(-w_n \vee u_n)$ "

como referente desde " F_2 " será: " $(-z_n \vee j_n)$ "

.....

como referente desde " F_n " será: " $(-m_n \vee k_n)$ "

Cuanto antecede conduce a establecer que, con un determinado repertorio de universos de formas sustituyentes (" $F_1, F_2, \dots F_n$ "), pueden conocerse (o sea, se poseen los sistemas de pares [sustituyente/sustituido] necesarios para enunciar) determinados, correlativos y sólo esos valores referenciales (" $w, z, \dots, m$ "). Si sólo se dispusiera de una única semiosis sustituyente, el único valor referencial producible agotaría de modo especular el conocimiento posible del objeto semiótico de que se trate, identificando, de modo aparentemente absoluto, la semiosis enunciativa con el objeto enunciado.

La hipótesis "translingüística" (Barthes-Kristeva) queda también ubicada en su adecuado lugar, con las anteriores reflexiones. Un supuesto único universo de formas verbales, capaz de ser traductor de cualquier sentido y/o significado producido por cualquier otra semiosis, cumplirá una doble función. Por una parte, la específica a la capacidad sustitutiva del lenguaje verbal: la *conceptualización* referencial del objeto semiótico. Esto quedaría representado por uno cualquiera de los supuestos teóricos que se acaban de desarrollar (por ejemplo, " F_1 "). Por otra parte, cuando se utiliza la lengua para dar cuenta de los sentidos y/o significados producidos por otros universos semióticos (por ejemplo, fílmico, plástico, musical, ritual, etc.) lo que quedaría enunciado *no serían* los valores referenciales específicos como capacidad sustituyente de tales otros universos semióticos, sino los valores conceptuales que pueden llegar a construirse como referentes del *proceso de sustitución* efectivamente cumplido por los otros universos semióticos. En términos no teóricos puede decirse que el lenguaje verbal es apto para dar cuenta de *cómo* Van Gogh o Tapies han producido determinado efecto estético, *pero no lo es para producirlo*; o sea que las correspondientes pinturas enuncian objetos semióticos cuya calidad referencial, por ellas producida, no es sustituible por la que, acerca de tales objetos (que, semióticamente, *no serían los mismos*), puede producir el lenguaje verbal. En símbolos:

Desde " F_1 " (por ejemplo, lenguaje verbal), el objeto semiótico " g_a " queda construido como: " $g_a(-w_a \vee u_a)$ ".

Desde “F₂” (por ejemplo, semiosis icónica), el objeto semiótico “g_a” queda construido como: “g_a(-z_a v j_a)”.

Si, desde “F₁” se pretende sustituir el objeto semiótico producido desde “F₂”, tal construcción deberá representarse como: “(-(-z_a v j_a) v u_a)”; lo que, simplificando, da: “((z_a v -j_a) v u_a)”. Pero, “(-j_a v z_a)” expresa la *capacidad substitutiva* de “F₂” (la semiosis icónica) y *no la efectiva construcción* de “g_a” como referente de “F₂” (que se simboliza en la expresión *negada* “(-z_a v j_a)”); o sea, lo que “F₁” (lenguaje verbal) puede sustituir es la capacidad substitutiva de “F₂” (semiosis icónica), pero no la sustitución producida.

16. Integración Sincrónica

Op. 10: *Integración en relación de sincronía* (E.7.b.)

La operación de integración en relación de sincronía ha quedado definida como “aquella mediante la cual se ponen en relación *actual* *n* formas (*n* ≥ 2), pertenecientes a un mismo universo de formas relativamente homogéneas, según determinadas relaciones virtuales correspondientes a los valores atribuidos a las formas de otro diferente universo de formas relativamente homogéneas”.

Se la ha simbolizado como “f(w)_a Int f(w)_n”. La descripción simbólica de su funcionamiento sería: “f(w)_a Int f(w)_n” ≡ “R_n^Of(w)_a... f(w)_n”; donde “O” simboliza la calidad “*actual*” de la relación de integración. Por otra parte, conforme a la memoria semiótica, se tendrá:

$$\begin{aligned} \text{“R}_n^{\text{O}}\text{f(w)}_a \dots \text{f(w)}_n \text{”} &\equiv \text{“R}_n^{\text{O}}\text{f(-u v w)}_a \dots \text{f(-u v w)}_n \text{”} \equiv \\ &\equiv \text{“R}_n^{\text{O}}\text{f(u} \rightarrow \text{w)}_a \dots \text{f(u} \rightarrow \text{w)}_n \text{”} \end{aligned}$$

Mantienen toda su vigencia las reflexiones formuladas al desarrollar la operación de integración en supuesto acrónico, respecto del carácter de actualidad (“O”) de la relación *n*-ádica formulada, o sea, de su carácter existencial y perceptible; asimismo respecto de la *identidad* de las formas intervinientes en tal relación (por habérseles aplicado ya la operación de atribución que re-

gula sus posibilidades diferenciales de interrelación) y respecto de la calidad de modelo lógico o esquema que tiene la representación simbólica de la relación n-ádica en estudio.

Lo específico de la operación de *integración* en relación de sincronía consiste en su *productividad*. La relación existencial resultante de la aplicación de esta operación constituye el eje del estudio acerca de la significación. Su presencia permite inferir un sistema (las relaciones de *articulación* que acaban de desarrollarse) del que procede. También, la evaluación acerca de la posibilidad y direccionalidad del cambio (en la siguiente *superación*) deberá fundarse en las concretas características con que se manifiesta. Ella misma es resultado de modificaciones históricas de las integraciones precedentes. Como aquí interesa considerarla desde su aspecto exclusivamente sincrónico, dejaré para el momento de desarrollar las características de la integración como resultado de la operación de superación todos los aspectos que se refieren a su desempeño como instrumento de cambio.

Cualquier posibilidad de actualización de una relación de integración procede de un sistema (entre articulaciones); todo producto de la actualización de una relación de integración (insistencia o modificación de formas sintácticas, en cuanto reglas vigentes o nuevas reglas posibles) reingresa al sistema del que procede. La eficacia de una relación de integración se establece por los efectos que dicho producto produce, a su vez, en tal sistema. Trataré de concretar algunas hipótesis semióticas acerca las diferentes instancias de este proceso.

Cualquier percepción sensorial compleja (y toda percepción sensorial lo es, siendo sólo por un proceso analítico que cabe referirse a una percepción simple o elemental, en el sentido en que Wittgenstein (1953, pars. 46-47) retoma el tema de los "*Urelemente*" (elementos primarios) y los asocia a los "*individuals*" de Russell y a sus propios "*Gegenstande*" (objetos)) puede proponerse como interpretación de una relación actual de integración. Aparte, por tanto, de la calidad semiótica de la percepción (con la consiguiente intervención de determinadas operaciones cognitivas), la recuperación de todos los procesos semióticos que preceden a su manifestación, así como la construcción de todos los procesos semióticos que le siguen, se cumplen en el plano del conocimiento. La relación actual de integración en relación de sincronía es *el modelo de la praxis*. La intervención del hombre en la praxis es una intervención semiótica y no ingenua ni pasiva respecto de la realidad; el recorte y la selección de lo perceptible es el resultado de su sistema semiótico de identificación y de puesta en relación.

Una posible expresión simbólica de *una relación actual de integración entre particulares formas **sustituyentes*** puede ser la siguiente:

$$“R_n^0 (f_a(-u \vee w)_a) \& (f_b(-u \vee w)_b) \& (...) \& (f_n(-u \vee w)_n)”$$

la cual se construye mediante la conjunción de las formas sustituyentes en un todo conforme a las posibilidades relacionales y sustitutivas de su correspondiente (sistema) relación de articulación (las representaciones simbólicas que utilizo a lo largo de este trabajo guardan coherencia entre sí, por lo que, aquí, el sistema actualizado ha sido el del apartado anterior).

Por tratarse de formas *efectivamente* conjuntas o yuxtapuestas, puede resultar conveniente una representación icónica que incorpore las peculiaridades de su interconexión (aunque siempre en una abstracción modalizadora) tal como pueden llegar a ser percibidas (para evitar reiteraciones, agregó una expresión simbólica de la que daré cuenta de inmediato).

Supuesto 1: “ $f_a / f_b / \dots / f_n$ ” $\equiv$ “E-Enunc”

Supuesto 2:

$$\left| \begin{array}{c} f_a / f_b \\ \dots / \dots \\ \dots / f_n \end{array} \right| \equiv \text{“E-Enunc”}$$

Nada impide (salvo los recursos técnicos de la página escrita) suponer una tercera posibilidad en que se despliegue una interconexión espacial de las formas intervinientes. Al primer supuesto corresponde, por ejemplo, la yuxtaposición de la palabra hablada (en cuanto sucesión temporal de lo fónico) o escrita (en cuanto sucesión lineal de lo escritural). Al segundo supuesto corresponde, por ejemplo, la yuxtaposición de lo pictórico (en cuanto delimitaciones figurativas o simplemente cromáticas, desarrolladas sobre una superficie). Al tercer supuesto podría corresponder, por ejemplo la yuxtaposición de lo escultórico o de lo arquitectónico (en cuanto distribución espacial de componentes corpóreos). Sin la menor pretensión de exhaustividad (téngase en cuen-

ta, meramente, la posible coexistencia de estas tres variantes de yuxtaposición, como ocurre por ejemplo en el envase de un producto comercial, en una representación teatral, etc.) pueden ayudarnos a reflexionar sobre estos temas.

“E-Enunc” es una elemental expresión que se lee “efecto enunciativo”. Con ella se representa la característica de *productividad* que se afirmó como específica de la operación de integración. Constituye, ahora, nuestro problema principal.

El “E-Enunc” produce siempre un valor (relación entre formas) pertinente al universo de las formas *sustituidas*. Aun en el caso de una integración metasemiótica (aquella que es sustituyente de valores de su propio universo de formas sustituyentes, como es el caso de los metalenguajes), se requiere el desdoblamiento del único universo de formas que interviene, de modo que cualesquiera de tales formas (o un repertorio especialmente seleccionado) pueda ser sustituyente de las mismas formas o de una parte de ese mismo universo de formas; así se las utiliza como sustituyentes para dar cuenta de determinados valores de ellas mismas en cuanto sustituidas. Pues bien, aún en este caso, el “E-Enunc” será un valor pertinente al universo de tales formas en cuanto sustituidas. Generalizando, puede escribirse:

$$\begin{aligned} & \text{“}R_n^0 (f_a(-u \vee w)_a) \& (f_b(-u \vee w)_b) \& (...) \& (f_n(-u \vee w)_n) \equiv \\ & \equiv \text{E-Enunc } (w_a \& w_b \& (...) \& w_n)\text{”} \end{aligned}$$

Se afirma, por tanto, que el efecto enunciativo se produce *a partir y mediante* las formas de un universo sustituyente, pero produce su eficacia *sobre* las formas de un universo sustituido (por ello, la expresión simbólica propuesta “-u v w”).

¿Cuál es el destino de esta entidad puramente valorativa producida, como efecto enunciativo, por la relación de integración entre formas sustituyentes? Suponiendo que esa conjunción de valores (“ $w_a \& w_b \& (...) \& w_n$ ”) puede sintetizarse en un determinado valor: “ w_x ”, al que, por el momento, consideraré no-nuevo, coherente e incluíble en el paradigma de los valores “W”, se podrá escribir:

$$\text{“}R_n^0 (R_2 f_a u_a) \& (R_2 f_b u_b) \& (...) \& (R_2 f_n u_n) \equiv (R_2 (?) w_x)\text{”}$$

quedando, efectivamente, por esclarecer la ausencia marcada con el interrogante, el cual, en definitiva, expresa la exigencia de una forma que soporte el valor " w_x ", ya que ningún valor existe con independencia de determinada forma a la que valora.

En cuanto " w_x " pertenece al paradigma de los valores "W", afectará al universo de formas sustituidas "G", ya que, por la *aparente atribución* que se toma como supuesto simplificado de partida (aunque en realidad ya se han producido, históricamente, multitud de sustituciones y de superaciones hasta que dicho universo "G" aparece, a la evidencia, afectado por los valores "W"), la identificación de las formas "G" se produce a través de los valores "W", lo que, en su momento, permitió formular la expresión atributiva " R_2GW ".

En consecuencia, si existe un " w_x ", no nuevo, coherente e incluíble en el paradigma de los valores "W", es que existe una forma " g_x " así valorada. O sea, la expresión anterior " $R_2(?)w_x$ " queda establecida como " $R_2g_xw_x$ ". Esta última expresión es interpretable mediante la percepción identificadora de la forma " g_x "; "percepción identificadora" ya que permite individualizar a " g_x " de entre el resto de las formas de "G" por determinadas y específicas relaciones diferenciales, simbólicamente anotadas como " w_x ".

Después de actualizada una semejante relación de integración (de formas sustituyentes), existe la posibilidad de percibir " g_x " identificándola como dotada del *atributo* " w_x ". Se comprende, tras lo que vengo diciendo, que se trata de una pseudo-atribución (si bien el concepto de atribución resulta útil metodológicamente como *base de análisis* provisoria y sin perder la memoria semiótica del proceso de su producción). En realidad, cuando se percibe a " g_x " como un " w_x ", lo correcto es considerar a la relación " $R_2g_xw_x$ " como *referente* producido desde el universo de formas sustituyentes "F". En su calidad de referente, adquiere plena eficacia interpretativa la expresión " $R_2g_x(-w_x \vee u_x)$ " (o, mediante su transformación lógica: " $R_2g_x(w_x \rightarrow u_x)$ "), ya que tal valor (" w_x ") sólo aparentemente es un valor propio de " g_x ", habiendo sido, en realidad, producido por el valor " u_x " de la forma sustituyente " f_x ". Puede, por tanto, hablarse de un "efecto referencial" (al que simbolizaré como "E-Ref"). La estructura semiótica que se propone para este "E-Ref" no coincide exactamente con el empleo habitual del término "referente". En principio, el "E-Ref" se percibe *en* el universo sustituido (en el objeto semiótico) pero remite *al* universo sustituyente (a la semiosis que lo produce). Implica buscar la explicación del valor reconocible (como atribuido o pseudo-propio) en un determinado objeto semiótico mediante la reconstrucción del enunciado (o

sea, del “E-Enunc” de un enunciado) que lo produjo. El “E-Ref” será, por tanto, un valor pertinente al universo de formas sustituyentes. Se podría, pues, escribir:

$$\begin{aligned} & \text{“}R_n^0(g_a(-w \vee u)_a) \& (g_b(-w \vee u)_b) \& (...) \& (g_n(-w \vee u)_n) \equiv \\ & \equiv \text{E-Ref}(u_a \& u_b \& (...) \& u_n)\text{”} \end{aligned}$$

Con esto se afirma que el efecto referencial se manifiesta sobre las formas de un universo sustituido, pero lo que manifiesta es la *eficacia* de las formas de un universo sustituyente (por ello la expresión simbólica propuesta: “-w v u”).

El “E-Ref”, en cuanto específicamente identificable sobre las formas de un universo sustituido, se corresponde simétricamente con el “E-Enunc”, en cuanto específicamente identificable sobre las formas de un universo sustituyente. No obstante esta simetría no es tautológica, salvo el supuesto de tener en presencia, simultáneamente, la integración de formas sustituyentes que producen determinado “E-Enunc” y la integración de formas sustituidas en las que se reconoce determinado “E-Ref”. Aún en tal caso, para afirmar la eventual tautología entre ambos efectos se requeriría suponer que el “E-Enunc” se limita a permitir la identificación de ese único “E-Ref” en un único objeto semiótico y que, además, en tal objeto semiótico se identifica exclusivamente ese único “E-Ref” en cuanto producido por el correspondiente y único “E-Enunc”. Finalmente, puede suponerse que tal tautología nunca llegará a producirse por la distinta calidad semiótica de las formas, (de los correspondientes universos sustituido y sustituyente) de cuyo análisis provendrá la identificación de los respectivos efectos; es imaginable que éstos se aproximen, pero es muy difícil aceptar que lleguen a superponerse (debilitando la hipótesis isomórfica del primer Wittgenstein, 1973: 4.01 y recuperando, con cierto desplazamiento de sentido, su “ley de proyección”, *Ibid.*: 4.0141, de modo que permita la identificación de “mundos proyectados” al estilo R. Jackendoff, 1983 y 1987b). En este mínimo espacio es donde se origina la autonomía semiótica del objeto semiótico. La expansión de esta autonomía proviene de considerar que sobre un mismo objeto semiótico recaen “E-Enunc” producidos por universos sustituyentes de diversa y múltiple calidad semiótica (basta recuperar, por ejemplo, la clasificación de los signos, de Peirce, sobre el eje de Íconos, Índices y Símbolos), de cada uno de los cuales provendrán diferentes “E-Ref”. La autonomía de las formas del universo sustituyente parece no necesi-

tar justificarse, por ser universalmente aceptada (precisamente en detrimento de la autonomía de los objetos semióticos) pero el razonamiento seguiría la misma pauta.

Respecto de *la relación actual de integración entre particulares formas sustituidas*, la explicación del proceso de producción de la significación que permite percibir las y que conduce a interpretarlas en un específico sentido, no difiere y es en un todo coherente con cuanto se acaba de desarrollar. Lo que cambia es la perspectiva cognitiva del espectador. Un universo de formas ya sustituidas es un desafío a encontrar las específicas integraciones de formas sustituyentes, procedentes de los más heterogéneos universos de formas con capacidad sustituyente (las semiosis), que han producido, mediante sus respectivos “E-Enunc”, los “E-Ref” cuya síntesis, en cuanto objetos semióticos, se está percibiendo.

Se trata pues de un proceso analítico inverso al anterior, pero que debe recorrer exhaustivamente todos sus pasos. De la totalidad, intuitivamente captada, del objeto semiótico es necesario desagregar las calidades referenciales que confluyen en tal intuición. Pero, asegurarse de que son éstas y no otras las calidades referenciales pertinentes a la construcción de nuestra específica percepción semiótica total, requiere identificar los universos de formas sustituyentes (las semiosis o, de entre ellas y cuando corresponda, los “lenguajes”) que han intervenido efectivamente, mediante la integración de sus formas, para producir los *efectos enunciativos* que llevan a percibir, en el objeto en estudio, determinados y no otros *efectos referenciales*. Esto permite la crítica de determinadas integraciones de formas sustituyentes (discursos) en cuanto a su pretensión de capacidad y adecuación para conferir, a un determinado objeto semiótico, un determinado valor. En muchas oportunidades, determinar, con fuerza explicativa, el valor semiótico de un objeto requerirá proponer modelos de *articulación* de tal valor con otros valores semióticos de otros objetos en sistemas coherentes y no contradictorios. Ello requerirá, a su vez, una clara identificación de los universos de formas sustituyentes que intervienen efectivamente, en una determinada coyuntura social, en la tarea de producir sus correspondientes efectos enunciativos; así como el adecuado conocimiento de las reglas de actualización de sus específicas posibilidades de interrelación (su sintaxis) que se concretan en cada una de las relaciones de *integración* de las que derivan tales efectos enunciativos. No es otro el tema de la historia de la ciencia, construida sobre la crítica (y la superación) de los lenguajes que utiliza.

17. TS2

Formulación de TS2: Teorema de la Semantización del Objeto Semiótico (E.7.c)

El segundo teorema semiótico (TS2) surge a partir de las entidades y operaciones que han quedado definidas y desarrolladas en los apartados anteriores y ha quedado enunciado en los siguientes términos: “para todo par de universos de formas y para todo par de universos de valores, en relación de sincronía y con n-recurrencia de sustituciones, la existencia de una enésima relación actual de integración de formas sustituyentes y de una enésima relación actual de integración de formas sustituidas y la existencia de una enésima relación virtual de articulación de pares de valores sustituyentes negados y/o sustituidos afirmados y de una enésima relación virtual de articulación de pares de valores sustituidos negados y/o sustituyentes afirmados, *equivalen* a la existencia de una enésima relación semiótica de formas sustituyentes con sus valores sustituyentes negados y sustituidos afirmados y a la existencia de una enésima relación semiótica de formas sustituidas, con sus valores sustituidos negados y sustituyentes afirmados”.

Como se vio anteriormente, su expresión simbólica, a partir de las premisas:

$$a) R_2 f_u \text{ Sin } R_2 g_w$$

b) $\text{Rec } N (R_2 f(u) \text{ Sust } R_2 (g)w)$, y de la aplicación de las operaciones 7, 9 y 10

se sigue:

$$\begin{aligned} ((f)(g))((u)(w)) [\exists R_n^0 f_a(w)_{a...} f_n(w)_n &\& \exists R_n^0 g_a(u)_{a...} g_n(u)_n &\& \\ &\& \exists R_n^* (-u \vee w)_n &\& (-u \vee w)_n &\& \exists R_n^* (-w \vee u)_{a...} (-w \vee u)_n \equiv \\ \equiv \exists R_n^S f_a(-u \vee w)_{a...} f_n(-u \vee w)_n &\& \exists R_n^S g_a(-w \vee u)_{a...} g_n(-w \vee u)_n] \end{aligned}$$

Adquiere particular importancia, en este teorema, el hecho de que se enuncie en él la existencia de *dos* relaciones semióticas eneádicas, correspondientes una al universo de las formas sustituyentes y otra al de las formas sustituidas. Como cada operación de sustitución constituye la determinación histórica de una puesta en correlación de dos de tales universos, constituye también una específica instancia en la historia de cada uno de dichos universos. Afirmar la

existencia de una relación semiótica eneádica respecto de las formas (“ $f_a \dots f_n$ ”) constitutivas del conjunto o universo “F” implica conocerlas en cuanto específicos sustituyentes de un determinado universo de objetos semióticos (E. Enun); y esto constituye una concreta determinación en la historia del universo “F” de formas sustituyentes. Por otra parte, afirmar la existencia de una relación semiótica eneádica respecto de las formas (“ $g_a \dots g_n$ ”) constitutivas del conjunto o universo “G” implica conocerlas en cuanto específicamente sustituidas por las formas sustituyentes de un determinado universo (E- Ref); y esto constituye una concreta determinación en la historia del universo “G” de formas sustituidas.

Así, la *operación de sustitución* es constitutiva, tanto del universo de las formas sustituyentes (semiosis o lenguajes en sentido amplio), como del universo de las formas sustituidas (el universo de los objetos semióticos o, más estrictamente, del subconjunto de referentes incluido en tal universo). Ejemplificando esto en términos de los lenguajes verbales, cada *dialecto* (popular o científico) se construye (adquiere sus valores propios) por la especificidad de su capacidad enunciativa, o sea, por los concretos enunciados que puede formular acerca de un determinado universo de objetos semióticos y responde a una exigencia derivada de la propia historia semiótica de tales objetos.

En ocasión de la formulación de cada enunciado, la correspondiente semiosis muestra el estado de su evolución histórica en cuanto a su especificidad para conferir significación a un determinado universo de objetos semióticos. Los términos “*enunciado*” y “*referente*” son, pues, simétricos, mostrando el primero la capacidad de la semiosis utilizada para sustituir valores que no le son propios y el segundo los valores adquiridos por el objeto en virtud de la eficacia de dicha semiosis. En cada coyuntura histórica, una sociedad tiene a su disposición determinados universos de formas sustituyentes (verbales, gráficas, gestuales, rituales, etc. y sus dispersiones internas) con las cuales puede formular determinados enunciados, siendo la eficacia de tales enunciados la que determina el valor de esas formas en dicha sociedad. A su vez, a tales enunciados se corresponderán sus respectivos referentes que consistirán en lo que dicha sociedad puede identificar (en virtud de su propia historia semiótica) en su universo de objetos semióticos.

El concepto de “*enunciado*” constituye la interpretación de la expresión simbólica “ $R_n^s f_a(-u \vee w)$ ” y el concepto de “*referente*” es la interpretación de “ $R_n^s g_a(-w \vee u)$ ”.

Una conclusión de cuanto antecede es que *tan objeto semiótico* es la *forma sustituyente* con la que se construyen los enunciados como la *forma sustituida* construida por tales enunciados. Esta observación exige determinadas

precisiones terminológicas que se desarrollarán en el próximo apartado. También corrobora cuanto se viene diciendo, el hecho de que nada sea definitivamente forma sustituyente, ni nada sea definitivamente forma sustituida; dependerá de la opción del analista (o de la opción social vigente, cuando ésta constituye el objeto de estudio); pero todo es definitivamente objeto semiótico, o sea, resultado de una construcción.

III. ENUNCIADOS SEMIÓTICOS PRODUCIDOS POR RAZONAMIENTO DIALÉCTICO EN CONSIDERACIÓN DIACRÓNICA

18. Definiciones en etapa diacrónica

Definiciones necesarias para el razonamiento dialéctico en consideración diacrónica (E.8.a.)

Conforme a la estructura formal de razonamiento que se viene desarrollando, no es necesario definir nuevos conceptos para continuar la reflexión a nivel diacrónico, siendo necesarios y suficientes los definidos o producidos hasta el momento. Cumpliendo, también, con el criterio de *actualizar la memoria semiótica*, se volverán a enunciar las relaciones fundamentales designadas por cada uno de los términos disponibles. A este respecto, recuérdese, asimismo, que lo que considero fundamental es *cada una de las relaciones enunciadas y su secuencia recursivamente ordenada*, mientras que sólo de modo provisional y para este trabajo, les asigno las correspondientes designaciones.

DESIGNACIÓN

RELACIÓN

FORMA..... *La existencia posible del resultado de una percepción sensorial.*

VALOR..... *La relación entre (al menos) dos formas.*

PARADIGMA..... *La relación virtual de articulación entre los valores relacionales atribuidos a un determinado universo de formas.*

TEXTO..... *La relación actual de integración entre las formas de un determinado universo.*

IDENTIFICACIÓN DEL

OBJETO SEMIÓTICO..... *La relación semiótica de diferenciación entre las formas de un determinado universo en función de los valores relacionales propios que se les asignan por atribución.*

SISTEMA..... *La relación virtual de articulación, en su puesto sincrónico, entre pares de valores pertenecientes a universos diferentes.*

ENUNCIADO..... *(o semantización del objeto semiótico sustituyente) relación semiótica entre formas sustituyentes, con sus valores propios negados (usados pero no mencionados) y los valores sustituidos afirmados (mencionados pero no usados).*

DISCURSO..... *La relación actual de integración entre las formas de un determinado universo según los valores correspondientes a las formas de otro determinado universo.*

REFERENTE..... *(o semantización del objeto semiótico sustituido) relación semiótica entre formas sustituidas, con sus valores propios negados (usados pero no mencionados) y los valores sustituyentes afirmados (mencionados pero no usados).*

En la interpretación de las expresiones simbólicas propuestas, vienen utilizándose algunos términos y designaciones que, pese a no integrar el cálculo

semiótico (no siendo, por tanto, su definición necesaria al formalismo), resulta conveniente precisar:

SEMIOSIS..... *Toda percepción sensorial, simple o compleja, identificable y cuyas reglas de formación, transformación y, cuando corresponda, de recurrencia operan de modo normalizado o relativamente arbitrario.*

LENGUAJE..... *Aquella semiosis que es convencional, predominantemente sustituyente y cuyas reglas de formación, transformación y recurrencia operan de modo formal o cuasi-formal.*

**UNIVERSO
DE FORMAS**

SUSTITUYENTES..... *Algún lenguaje o semiosis, en cuanto productor de enunciados (como sinónimo, se utiliza, también, “semiosis sustituyente”).*

UNIVERSO DE FORMAS

SUSTITUIDAS..... *Algún lenguaje o semiosis, en cuanto producido como referente (como sinónimo, se utiliza, también, “semiosis sustituida”)*

DIALECTO..... *Parte integrante o región de un universo de formas sustituyentes, que se diferencia de otra u otras partes de ese mismo universo por determinadas peculiaridades en sus reglas de formación, transformación y, cuando corresponda, de recurrencia.*

19. Diacronía

Op. 11: *Relación de diacronía (E.8.b.)*

La relación de diacronía ha quedado definida como “aquella mediante la cual, dados n pares de universos diferentes ($n \geq 2$) de formas semióticamente semantizadas, con estructura de sistemas, discursos, enunciados y referentes, y dispuestos según una sucesión ordenada u ordenable, estos pares de universos interactúan contradictoriamente entre sí”.

Se la simbolizó como “Diac” y se la describió simbólicamente como:

“FG Diac HI” $\equiv$ “(R₂F(U) Sust R₂(G)W)_{t1} & (R₂H(P) Sust R₂(I)Q)_{t2}”.

La relación de diacronía es una *consecuencia* de la aplicación de la operación de superación. Con esto quiere decirse que la posibilidad de afirmar que existe diacronía entre dos (al menos) pares de universos supone que se ha constatado que la relación de sustitución efectivamente establecida entre los componentes del primer par *ha sido superada* por la relación de sustitución efectivamente establecida entre los componentes del segundo par. O sea, la diacronía puede suponerse como hipótesis de trabajo, pero de ninguna manera puede afirmarse salvo después de haber verificado que efectivamente se ha producido una superación; del mismo modo que, probada la superación, se afirma necesariamente la diacronía. Esto requiere diversas precisiones que pueden contribuir a incrementar la corrección metodológica de las investigaciones en ciencias sociales.

Una consiste en la reflexión acerca del símbolo de conjunción (“&”) ubicado entre las sustituciones correspondientes a dos momentos distintos (“t1” y “t2”). Por la condición de “ordenados u ordenables” que se enuncia en la definición de “diacronía”, así como por la intuición acerca de la sucesividad en el transcurso del tiempo, la conjunción podría parecer un conector inapropiado. Con su uso se afirma la necesidad de la *copresencia cognitiva* de las sustituciones (o más bien de sus efectos: los enunciados y los referentes) acerca de las cuales se formula una hipótesis de diacronía. La propuesta de que existe una superación se enuncia en un momento determinado que constituye un *presente cognitivo* desde el cual se evalúan sustituciones que pueden estar (y, por lo general, lo están) distanciadas temporalmente, pero que pueden no estarlo. No obstante, al afirmar que entre ellas existe diacronía se las está *actualizando* y es esta reflexión actual (conjuntiva) la que deberá establecer una

distancia lógica entre ellas. En ocasiones, no haber tenido en cuenta esta diferencia ha conducido a interpretaciones a-históricas de los fenómenos o comportamientos (objetos semióticos) estudiados. Es decir, se transforma *la actualidad desde la que se está conociendo* en una negación de *la historia de lo que se está conociendo*. Es necesario, por una parte, trabajar de modo consecuente con el supuesto de que todos los instrumentos cognitivos que se ponen en funcionamiento pertenecen al presente; pero, por otra parte, también es necesario utilizarlos para establecer las diferencias entre las formas y las relaciones que intervienen en las respectivas sustituciones; diferencias que permiten conocerlas en cuanto al proceso histórico de su producción. La “sucesión ordenada u ordenable” es, pues, un efecto de significación o de conocimiento producido por la *conjunción actual* de dos (o más) sustituciones (“enunciados”/“referentes”) las cuales pueden ser, cronológicamente, tanto sucesivas como contemporáneas.

Otro tipo de precisiones que proporciona un correcto conocimiento del concepto de “diacronía” puede enunciarse afirmando que *la significación (históricamente válida) de una sustitución es aquello en que supera a otra*. Todas las reflexiones que se desarrollan en esta etapa dialéctico-diacrónica van dirigidas a dotar de la mayor racionalidad posible a esta afirmación. Ella constituye el objetivo del presente trabajo y concreta la propuesta de *la semiótica como sistema de enunciados mediante los que se da cuenta de cómo y por qué un determinado fenómeno adquiere una determinada significación*. En otras palabras, la precedente afirmación enuncia el objetivo de *la semiótica en cuanto metodología capaz de proporcionar la explicación del proceso de producción de significación*.

Lo que el concepto de “diacronía” aporta, en este sentido, es que, poderlo aplicar al conocimiento de un determinado objeto semiótico, supone que es posible afirmar que determinados enunciados producen determinados referentes de modo tal que, en ellos, quedan *superadas* contradicciones inherentes a las características según las cuales otros determinados enunciados producían otros determinados referentes acerca del objeto semiótico en estudio; de lo contrario no existe diacronía.

Y puede ocurrir que, efectivamente, no exista diacronía, cuando la transformación que puede percibirse en un conjunto determinado de enunciados es reconducible a las posibilidades inherentes al sistema del que proceden (o sea, cuando las expresiones que hacían inconsistente al primer sistema continúan siendo eficaces para hacer inconsistente al segundo); en este caso, el hecho de que correlativamente a tales variaciones *sea constatable* un transcurso de

tiempo no sería suficiente para afirmar un transcurso histórico. Por el contrario, puede ocurrir que, efectivamente exista diacronía, cuando la transformación que puede percibirse en un conjunto determinado de enunciados ya no es reconducible a las posibilidades inherentes al sistema del que, aparentemente, proceden, aunque, correlativamente, *no sea constatable* un transcurso de tiempo; pese a ello, podría afirmarse la existencia de transcurso histórico (o, más correctamente, de diferentes momentos históricos en el conjunto, simultáneo, de enunciados acerca de un mismo objeto semiótico). Por supuesto (y es el caso más obvio) también puede (y suele) ocurrir que exista diacronía cuando tal transformación no es reconducible a las posibilidades del sistema del que proceden los enunciados que la generan y, correlativamente, se constata la mediación de un transcurso de tiempo; la conjunción de ambas características reafirma la existencia de un transcurso histórico.

Importa destacar la dependencia de la relación de “diacronía” respecto de la relación de “sustitución”, así como su independencia de la mera constatación de la presencia de (al menos, dos) sustituciones diferentes. Será necesario, para que pueda hablarse de “diacronía”, comprobar que tales sustituciones producen referentes diferentes relativos a un mismo objeto semiótico (o universo de objetos semióticos), así como que tal diferencia consiste en una superación de las contradicciones de alguna de tales sustituciones; aquella cuyas contradicciones aparezcan superadas ocupará el lugar de la expresión simbólica a la que se aplica el subíndice “*t1*” y aquella que aparezca como producto de la superación de tales contradicciones ocupará el lugar de la expresión simbólica a la que se aplica el subíndice “*t2*”. Nada tiene que ver el orden temporal o la simultaneidad cronológica en que hayan ocurrido efectivamente tales sustituciones (esto permite, dado el caso, hablar de “regresiones” en una secuencia de enunciados); *el orden histórico es una sucesión semiótica* y la eventual ubicación de un par “enunciado/referente” como *sucesor* o como *ancestro* de otro determinado por “enunciado/ referente” sólo puede resultar asignada por la constatación de la particular relación de diacronía que los vincula.

Otra precisión proporcionada por la relación de “diacronía” se refiere a la *calidad diacrónica de todo objeto semiótico*. Se plantea un complejo conjunto de problemas respecto de tal calidad diacrónica de los objetos semióticos, cada uno de los cuales repercute en diferentes aspectos, tanto cognitivos como políticos, relativos a la interpretación y a la dinámica de transformación de una concreta sociedad. Así, por ejemplo, limitándonos a enunciar algunos grandes enfoques posibles, surge como problema si tal calidad de “diacrónico” es una exigencia lógica o una consecuencia de la praxis del propio obje-

to semiótico; y aún en este último sentido, si se requiere una evaluación estadística, si basta con la constatación de la vigencia (contradictoria) de tal diacronía o si se impone como un supuesto pragmático históricamente necesario.

Todo objeto, por ser semiótico (y todo objeto lo es), tiene historia; o sea, existe otro momento (al menos lógico) en que ha estado construido por otros referentes producidos por otros enunciados cuyas contradicciones se encuentran resueltas (en la provisionalidad de un presente) en los referentes actuales que son producto de enunciados actuales (a los que llamaré “enunciaciones”). Tal el sentido lógico y, en cuanto tal, *necesario* de la afirmación de la calidad diacrónica de todo objeto semiótico.

Uno de los temas más interesantes para la investigación semiótica (y a su respecto sólo formularé algunas breves reflexiones) surge cuando se estudia al objeto semiótico en su contemporaneidad para dar respuesta al problema de la calidad sincrónica o diacrónica de las relaciones que vinculan los distintos pares de enunciado/referente que simultáneamente pretenden conferirle determinadas y diferentes significaciones.

Coherente con la afirmación de que toda estructura social es compleja, desde el enfoque semiótico puede afirmarse que sobre todo objeto semiótico concurre una pluralidad de enunciados generadores de una pluralidad de referentes que son constitutivos de dicho objeto semiótico. Además, diferentes conjuntos de tales enunciados provienen de diferentes paradigmas de formas, las cuales, por consiguiente, están afectadas por diferentes relaciones de atribución. Se trata, por tanto, de diferentes universos de formas que son (en la interioridad de cada uno de tales universos) relativamente homogéneos; según sus diferentes características serán semiosis, lenguajes o dialectos distintos incidiendo sobre el mismo objeto semiótico. El problema radica en determinar si tal pluralidad de enunciados coexistentes se vincula mediante relaciones de sincronía o de diacronía. Su resolución requerirá determinar, para cada caso concreto, si existe o no contradicción entre los enunciados que compiten en conferirle significación al objeto semiótico y si existe o no superación de todas o alguna de tales contradicciones. En efecto, *la diacronía requiere la constatación de la superación*, mientras que *la sincronía la excluye*.

Pero aquí incide el efecto perturbador de otra ambigüedad muy frecuente. El término “contradicción” abarca, al encuadrarlo en la problemática semiótica, tres tipos de relaciones diferentes: 1) *la contradicción inherente al concepto de semiosis*; ésta, de naturaleza lógica, es un resultado necesario de la operación de sustitución, mediante la cual se le atribuyen a las formas de un determinado universo los valores pertinentes a las formas de otro universo di-

ferente; es lo que se ha expresado como “(-u v w)” y que permite que una determinada integración de formas pueda designarse como “enunciado”, y como “(-w v u)” lo que permite que otra determinada integración de formas pueda designarse como “referente” de dicho enunciado; 2) *la contradicción entre enunciado y referente*; ésta tiene dos aspectos, uno empíricamente falso y otro lógicamente productivo; el lógicamente productivo se resuelve mediante la operación de superación que hace emerger “p” y “q” de “(-u&u)” y de “(-w&w)” respectivamente; el empíricamente falso se formula como la posibilidad de producción de (dos o más) referentes contradictorios a partir de un único enunciado; cada enunciado no puede producir más que un referente (al margen de las posibles contextualizaciones de tal enunciado que ya lo transforman en otros tantos enunciados diferentes). Cuando en una sociedad se advierte que un objeto semiótico (y, más adelante, cuestionaré, incluso, esta unicidad) puede construirse según dos (o más) referentes distintos, pero que (aparentemente) se dispone de un solo enunciado relativo a tal objeto semiótico, ello es el más cierto indicio de que la exclusiva existencia de tal *único* enunciado ya no es válida y de que existe (al menos) *otro* enunciado (posiblemente omitido, aunque no ignorado, por los detentadores del poder semiótico de la comunidad en cuestión) que está produciendo el otro efectivo referente que contradice al primero; y esto lleva al tercer tipo de relación ambiguamente incluida bajo la designación de “contradicción”; 3) *la contradicción históricamente producida entre las diversas semiosis simultáneamente vigentes en una comunidad* (o entre diferentes dialectos de una misma semiosis), que conduce a la efectiva producción de referentes contradictorios entre sí, emergentes de enunciados contradictorios entre sí, si bien cada referente es consistente con el enunciado de donde procede.

El estudio de la existencia o no de contradicción entre pares de enunciado/referente que compiten para conferir distintas significaciones a determinado objeto semiótico, toma en cuenta la tercera de las relaciones de contradicción que acabo de enumerar (la históricamente producida y simultáneamente vigente).

Las posibles soluciones requerirán de investigaciones empíricas que establezcan: *i)* la no-contradicción entre los pares de enunciado/referente vigentes en la comunidad; *ii)* la efectiva presencia de relaciones contradictorias entre tales pares, y *iii)* la presencia de relaciones de superación aplicadas a todas o algunas de las contradicciones existentes entre tales pares.

En el primer caso, se trataría de una *aparente* multiplicidad de semiosis, lenguajes o dialectos, todos ellos reconvertibles a un único universo de formas

sustituyentes y su correspondiente único universo de formas sustituidas. Sólo existiría *una* significación para el objeto semiótico en estudio.

En el segundo caso, deberá reconocerse la coexistencia de múltiples semiosis, lenguajes o dialectos de los que procederían los correspondientes pares de enunciado/ referente contradictorios. Pero como se ha partido del supuesto de que la investigación empírica no detectaría, en este caso, la presencia de ningún par enunciado/referente superador, el objeto semiótico estaría construido por *un conjunto sincrónico de pares contradictorios*.

En el tercer caso, la investigación empírica deberá, además, determinar las características mediante las que se produce la superación detectada, así como ponderar la eficacia social con que aparecen utilizadas las distintas semiosis superadora(s) frente a contradictoria(s) todavía vigente(s) que producen la significación del objeto semiótico. El objeto semiótico estaría constituido, en este caso, por *un conjunto diacrónico* de pares, alguno de ellos superador y otros enunciadores, simultáneamente, de las contradicciones ya superadas (pero mantenidas como vigentes, por determinados ámbitos de poder semiótico).

Existe, pues, la posibilidad de una doble consideración al estudiar el proceso de producción de significación de un objeto semiótico. Por una parte, su calidad *necesariamente diacrónica* en cuanto término provisional de una historia construida como la superación de precedentes significados contradictorios. Por otra parte, *la posibilidad de su consideración sincrónica* (en cuanto punto de confluencia de enunciados contradictorios) o *diacrónica* (en cuanto, junto con tales enunciados contradictorios, concurren también enunciados superadores de esas mismas contradicciones).

20. Superación

Op. 12: *Superación (E.8.b.)*

La operación de superación ha quedado definida como “aquella mediante la cual, dados n pares de universos diferentes ($n \geq 2$), constituidos por formas semióticamente semantizadas, con estructura de sistemas, discursos, enunciados y referentes y dispuestos según una sucesión ordenada u ordenable, las contradicciones lógicas inherentes a tales pares (o a alguno de ellos) dan lugar a nuevos pares de universos de formas valoradas”.

Esta operación quedó simbolizada mediante la expresión:

$$\text{"Sup (F(-U } \vee \text{ W) \& G(-W } \vee \text{ U))"} \equiv \text{"H(P) \& I(Q)"}\text{"}$$

El efecto más inmediato de la operación de sustitución es el establecimiento de una relación de diacronía entre ambos pares de universos. Esto los ordena, pudiendo, por tanto, reescribirse:

$$\text{"Sup (F(-U } \vee \text{ W) \& G(-W } \vee \text{ U))}_{t1}\text{"} \equiv \text{"(H(P) \& I(Q))}_{t2}\text{"}$$

Las posibilidades de que *ocurra* una efectiva aplicación de la operación de superación son inherentes a la efectiva *ocurrencia* de la aplicación de la operación de sustitución. O sea, no es suficiente con disponer de posibilidades de sustitución, para lo que sólo se requiere la relación virtual de articulación en relación de sincronía; es necesario, además, que tales posibilidades se hayan concretado en *n* número de relaciones actuales de integración en relación de sincronía. En otras palabras, la posibilidad de la superación requiere que los *sistemas* hayan producido *enunciados* a los que corresponden sus respectivos *referentes*. Por eso, el punto de partida lógico para la definición simbólica de la superación es la calidad del objeto semiótico tal como ha quedado configurado por aplicación de la operación de sustitución. En efecto, TS2 producía la siguiente relación semiótica eneádica:

$$\text{"R}_n^s f_a(-u \vee w)_a \dots f_n(-u \vee w)_n \& R_n^s g_a(-w \vee u)_a \dots g_n(-w \vee u)_n\text{"}$$

La comprensión de la operación de superación requiere el mejor conocimiento posible de los tres siguientes esquemas lógicos:

1) " $f_x(-u \vee w)_x \& g_x(-w \vee u)_x$ "; como la situación semiótica en la instancia de sustitución;

2) “ $(f.g)_x ((-u \vee w)_x \& (-w \vee u)_x)$ ”; como la totalidad cognitiva (“episteme”) disponible en un momento dado por eficacia de la aplicación de la operación de sustitución;

3) “ $h_x(p)_x \& i_x(q)_x$ ”; como situación semiótica (procedente de “2”) en la instancia de superación.

Desarrollaré la interpretación semiótica de estos esquemas.

1) “ $f_x(-u \vee w)_x \& g_x(-w \vee u)_x$ ”

La interpretación pertinente a esta expresión se refiere a una determinada semiosis disponible y utilizada como sustituyente (“ $f_x(-u \vee w)_x$ ”) y a otra determinada semiosis disponible y utilizada como sustituida (“ $g_x(-w \vee u)_x$ ”).

La identificación propia y diferencial de cada una de estas semiosis caracteriza a esta instancia sincrónica. El universo de formas sustituyentes tiene, en tal instancia, una autonomía como objeto de conocimiento que lo distingue, con plena conciencia cognoscitiva, del universo de formas sustituidas, objeto, también, de una consciente autonomía cognoscitiva.

La consideración sincrónica de una determinada coyuntura histórica de una comunidad requiere identificar: *a)* qué formas están disponibles y/o se utilizan como sustituyentes (“F”); *b)* cuáles son los valores propios que tienen atribuidos esas formas y que permiten su interrelación sintáctica (“U”); *c)* cuáles son los valores (pertenecientes a otro universo de formas) que tales formas sustituyentes pueden efectivamente sustituir (“W”); *d)* de qué modo o según qué peculiaridades, el efectivo uso sustitutivo de tales formas sustituyentes requiere que sus valores propios sean condición para la identificación de los valores sustituidos (“ $U \rightarrow W$ ”) o, lo que es equivalente, requiere que se reconozca la disyunción existente entre negar los valores propios y afirmar los valores sustituidos (“ $-U \vee W$ ”); *e)* qué formas quedan identificadas como sustituidas (“G”); *f)* cuáles son los valores que, por eficacia de las formas sustituyentes, resultan atribuidos a esas mismas formas sustituyentes (“W”); *g)* cuáles son los valores (pertenecientes al universo de formas sustituyentes) que actúan efectivamente sobre tales formas sustituidas (“U”); *h)* de qué modo o según qué peculiaridades, el efectivo uso sustitutivo de aquellas formas sustituyentes requiere que los valores atribuidos a esas formas sustituidas sean

condición para la identificación de los valores sustituyentes (" $W \rightarrow U$ ") o, lo que es equivalente, requiere que se reconozca la disyunción existente entre negar los valores atribuidos y afirmar los valores sustituyentes (" $\neg W \vee U$ ").

Puede observarse que el punto *b*) es simétrico del punto *g*); o sea, que " U " es tanto el valor de una semiosis sustituyente como el valor reconocible en cuanto efectivamente actuante sobre una semiosis sustituida. También, que el punto *c*) es simétrico del punto *f*); o sea, que " W " es tanto el valor sustituido por una semiosis sustituyente como el valor efectivamente atribuido a la semiosis sustituyente. Finalmente que los puntos *d*) y *h*) son inversos simétricamente; o sea, que " $U \rightarrow W$ " ubica al valor de la semiosis sustituyente como condición para la identificación del valor de la semiosis sustituida, cuando el objeto de conocimiento es tal semiosis sustituyente, mientras que " $W \rightarrow U$ " ubica al valor atribuido a la semiosis sustituida como condición para la identificación del valor de la semiosis sustituyente, cuando el objeto de conocimiento es la semiosis sustituida.

Estas correlaciones constituyen el contenido cognitivo de los términos "enunciado" y "referente". Visto desde el enunciado, " U " permite conocer su sintaxis; visto desde el referente, " U " permite conocerlo como lo enunciable a su respecto. Visto desde el enunciado, " W " permite conocer sus contenidos (su capacidad semántica); visto desde el referente, " W " permite conocerlo como lo identificable en él. Vista desde el enunciado, la relación " $U \rightarrow W$ " permite conocer cómo las posibilidades de enunciar contenidos dependen de las reglas sintácticas que generan tal enunciado; vista desde el referente, la relación (simétricamente inversa de la anterior) " $W \rightarrow U$ " permite conocer cómo las posibilidades sintácticas que lo generan en cuanto referente dependen de los contenidos enunciables.

Tal la situación reconocible (empírica y lógicamente) cuando se opta por una semiosis para producir enunciados y, simultáneamente, se opta por otra semiosis como objeto de una enunciación; todo ello en una situación sincrónica, o sea, sin tomar en cuenta las transformaciones que, por esta misma estructura interna, pueden llegar a afectar a una u otra (o ambas) de tales semiosis.

2) " $(f \ \& \ g)_x ((\neg u \vee w)_x \ \& \ (\neg w \vee u)_x)$ "

La interpretación pertinente a esta expresión se refiere a relaciones que, habitualmente, han sido designadas como "episteme" y a las que puede espe-

cificarse como “mundo semiótico posible” (ver, en esta misma obra, ps. 427ss). Supone una conjunción de formas identificadas en función de una conjunción de pares de valores identificadores. En cuanto esquema lógico, supone la conjunción de todas las formas identificables socialmente, en un momento dado y en una determinada comunidad, en función de la conjunción de todos los pares de valores disponibles en tal momento y comunidad.

Son estos valores, en cuanto relaciones afirmadas entre formas de sus respectivos universos, los que concentran el interés de la reflexión, ya que de ellos, en cuanto efectivas relaciones, proviene la posibilidad de *identificar* a las formas en estudio y de *explicar* la significación que habrá de adquirir tal identificación.

Por las posibilidades de transformación lógica, se está en presencia de dos expresiones simbólicas que se prestan a una fructífera reflexión semiótica:

$$a) \text{ “}(-u \vee w) \& (-w \vee u)\text{”}$$

$$b) \text{ “}(-u \& -w) \vee (-u \& u) \vee (w \& -w) \vee (w \& u)\text{”}$$

La primera de ellas acaba de ser desarrollada en el punto anterior de este mismo apartado. Conviene, no obstante, volverla a recuperar para poder esbozar las diferencias, respecto del proceso de producción de la significación, que contiene frente a la segunda, pese a la *equivalencia lógica* de ambas expresiones.

En primer lugar, a) enuncia una conjunción de disyunciones. Tales disyunciones poseen un contenido lógico interpretable (como acabamos de hacerlo) a través de determinadas constantes. Por eso mismo, el posible hermetismo de la disyunción entre una variable negada y otra afirmada puede, como regla lógica, transformarse en una implicación más accesible a una interpretación intuitiva. Lo que, en definitiva, se está enunciando, respecto de un universo de objetos semióticos, es que la *eficacia de toda semiosis exige su transparencia*; o sea, la eficacia de una semiosis sustituyente (o lenguaje o dialecto) requiere utilizar pero no mencionar (“-u”) sus valores sintácticos y de esto depende su posibilidad de enunciar los valores a los que sustituye (“w”); simultáneamente, establece que *el conocimiento de un objeto (semiótico) también exige la transparencia de tal objeto*, o sea, renunciar a mencionar sus valores

propios (“-w”) (ya que su identificación exige que hayan sido producidos desde el enunciado de alguna semiosis) y de esto depende la posibilidad de ser enunciado, como referente, desde las reglas de dicha semiosis (“u”). En el mismo sentido puede decirse que todo conocimiento es una proyección en el mundo (la “w” en la expresión “-u v w”) y que (con cierta semejanza a como se plantea el tema en Jackendoff, 1983 y 1987b) el mundo no es, para el ser humano, más que lo proyectado desde el conocimiento (la “u” en la expresión “-w v u”).

Pero la expresión *b)* establece que esta relación especular entre enunciados y objetos semióticos incluye una disyunción de operaciones, todas las cuales, individualmente consideradas, conducen al fracaso por neutralización o por contradicción. Puede interpretarse que “(-u & -w)” y “(w & u)” *neutralizan* la posibilidad de sustitución y que “(-u & u)” y “(w & -w)” son *contradictorias* y, por tanto, en cuanto conjunciones, necesariamente falsas.

Aparte de estas contradicciones internas (entre elementos atómicos), existe también contradicción entre el *éxito* de cada enunciación efectivamente realizada y el *fracaso*, intrínseco a tal enunciación, por la neutralización y contradicción de las relaciones mediante las cuales se enuncia. Pero este fracaso es productivo, mientras que aquel éxito es estéril, agotándose en la inmediatez de su especularidad representativa. La reiteración en el uso de las *integraciones de relaciones de sustitución* va generando una conciencia (epistemológica) acerca de cada una de tales neutralizaciones y contradicciones, planteando la necesidad de encontrar *una nueva semiosis que las supere*. Este tipo de reflexiones reubica a la *praxis* en el comienzo de toda reflexión semiótica.

Regresando a nuestro desarrollo lógico, entiendo por “neutralizar la posibilidad de sustitución” impedir la producción de significación y, en cuanto tal, de conocimiento. En efecto, “(-u & -w)”, requiriendo que los dos términos de la conjunción sean simultáneamente verdaderos, no hace más que establecer el ámbito de una especie de contradominio del conocimiento: *allí donde no hay reglas de una semiosis sustituyente (o lenguaje o dialecto) tampoco existen referentes enunciables*. Por su parte, “(u & w)” no hace más que establecer el dominio del conocimiento: *allí donde hay reglas de una semiosis sustituyente (o lenguaje o dialecto) hay referentes enunciables*, pero sin contenido concreto alguno; siempre en el ámbito de las operaciones lógicas, no puede transformarse ninguna de estas expresiones en una implicación (ni en ninguna otra relación lógica); sólo se enuncia la simultánea necesidad de las afirmaciones por una parte y de las negaciones por otra; nada vincula entre sí al par de afirmaciones ni al par de negaciones.

En cuanto a las *contradicciones*, el resultado parece más dramático todavía. “(-u & u)” no ofrece ninguna posibilidad de interpretación válida ya que pretendería afirmar que es posible, simultáneamente, que existan las reglas de una semiosis y que no existan las reglas de ese mismo lenguaje; lo cual es, con toda evidencia, *falso*. “(-w . w)” tampoco corre mejor suerte, ya que pretendería afirmar que es posible que, simultáneamente, existan y no existan determinados valores enunciados; lo cual, evidentemente, también es *falso*.

Pero, al contrario de lo que ocurría en el caso de las expresiones neutralizantes, para las expresiones contradictorias hay una salida, al menos, desde una perspectiva lógica; esto permite buscarle una correspondiente interpretación semiótica. Según las reglas del cálculo de la deducción natural, son válidos los siguientes enunciados simbólicos:

$$\text{i) } “(-u \ \& \ u) \rightarrow p”$$

$$\text{ii) } “(-w \ \& \ w) \rightarrow q”$$

Claro que no tiene por qué ser precisamente “p” lo implicado por la primera contradicción, ni “q” lo implicado por la segunda; podría ser “x”, “z”, “m”, o cualquier otra variable que le plazca al calculista, con la única condición de que no haya sido previamente utilizada en algún esquema cuantificado del mismo cálculo. Todo ello como realización simbólica del viejo aforismo escolástico: “*a falso sequitur quodlibet*”.

Tanto las expresiones de a) como las de b) formulan, bajo la forma de relaciones lógicas, operaciones cognitivas, unas explícitas y otras implícitas, que se cumplen cuando se formulan enunciados acerca del mundo; en definitiva, cuando se utiliza una semiosis sustituyente (*enunciados* contruidos con las semiosis disponibles en un momento y en una comunidad determinada; y un *mundo* construido como objeto semiótico por los referentes producidos por tales enunciados). Una mínima reflexión sobre la propia experiencia (en cuanto hablantes o pintores o protagonistas de rituales, etc.) puede hacer evidente la exigencia de transparencia (“-u v w”) en los enunciados. Es un poco menos intuitivo reconocer, mediante la propia experiencia, que los objetos del entorno son, en definitiva, objetos semióticos; o sea, que lo que puede *verse* en ellos y *usarse* de ellos tiene que haber sido enunciado en alguna de las semiosis disponibles; o, lo que es lo mismo, que cuanto se sabe o se puede hacer

con ellos no es sino en cuanto se los identifica como referentes (“-w v u”) del enunciado de alguna semiosis. Pero así surge uno de los más importantes ámbitos de investigación pertinente a la teoría semiótica: *¿cuál es la semiosis y, en esta semiosis, cuál es el enunciado que produce el referente que atribuye determinado valor a determinado objeto?* Y esta pregunta podrá siempre encontrar respuesta; con lo cual siempre existirá la posibilidad de encontrar la semiosis desde la cual determinado objeto semiótico adquirió determinado valor; o bien, de producir otro enunciado, a partir de la misma semiosis, que produzca otro referente que valore de modo diferente a determinado objeto semiótico; o ubicar en otra semiosis la productividad de enunciados que provoquen tales cambios de valoración.

Pero esta productiva creatividad de los valores de los objetos semióticos se enfrenta con la neutralidad y la contradicción que se ha señalado en las relaciones lógicas de *b*). Usar una semiosis para producir enunciados que construyan los referentes que hacen semióticos (o sea, cognoscibles) a los objetos del mundo, es el único proceso de la mente humana para la producción de los significados. Las relaciones lógicas neutrales y contradictorias marcan los límites a la eficacia de este uso de semiosis para la producción de enunciados (y, por tanto, para la producción de los significados posibles en un momento determinado). Toda producción de enunciados está, necesariamente, sometida a ver su eficacia constreñida por tales relaciones. Las *relaciones neutrales* establecen lo que no puede enunciarse y lo que no puede conocerse, pero hasta el punto de *no saber siquiera que no puede enunciarse ni conocerse*; o bien establecen lo que se enuncia y lo que se conoce pero en una inmediatez que llega al punto de considerarlos dos procesos independientes. Las *relaciones contradictorias* establecen que los valores (usados pero) no mencionados son los valores que afirman lo conocido en el objeto semiótico; así, simultáneamente, *lo que se niega en el enunciado se afirma en el referente y lo que se niega en el referente se afirma en el enunciado*. Es esta contradicción la que produce el agotamiento de las semiosis de donde provienen tales enunciados y de las semiosis producidas mediante los correlativos referentes. El desarrollo social de esta conciencia (epistemológica) va haciendo perder credibilidad a los objetos semióticos así contruidos y eficacia productora a los correspondientes enunciados. Este es el punto en que surge la exigencia lógica (históricamente concretada) de nuevos enunciados capaces de generar otros referentes; en definitiva, se transformarán tanto las semiosis sustituyentes como las semiosis sustituidas.

3) " $h_x(p)_x \& i_x(q)_x$ "

La interpretación pertinente a esta expresión, por constituir un esquema homólogo a " $f_x(u)_x \& g_x(w)_x$ ", pareciera reconducir la reflexión a la *instancia acrónica de la atribución*, pese a constituir un enunciado acerca de la significación efectivamente producida por superación de las precedentes relaciones de sustitución, respecto de las cuales establece el *ámbito de la diacronía*.

Volveré sobre el tema de esta aparente atribución, pero, por el momento, resulta necesario reflexionar sobre el proceso que hace emerger estas nuevas formas valoradas y sobre sus específicas características semióticas.

Acaba de verse cómo, por cálculo lógico, llegan a enunciarse las expresiones: " $(-u \& u) \rightarrow p$ " y " $(w \& -w) \rightarrow q$ ". También se hizo referencia a la *arbitrariedad* de las variables " p " y " q " introducidas en el cálculo. En la operación semiótica de superación inciden algunas circunstancias que restringen (o, quizá, eliminan) tal arbitrariedad.

Una de ellas descansa sobre lo que se ha denominado "memoria semiótica" y a la cual se ha hecho frecuente apelación. Ciertamente que podrá usarse cualquier variable en los posteriores desarrollos lógicos formalizados, pero como mero rasgo o elemento tipográfico; cualquiera que sea la variable que se use, siempre será el segundo término de una implicación cuyo primer término será, en un caso " $(-u \& u)$ " y en el otro " $(w \& -w)$ ". Este origen lógico de su presencia puede decirse que queda "anotado" como su ancestro lógico al cual no podrá contradecir.

Otras restricciones a la arbitrariedad indicada surgen al realizar la interpretación semiótica de esas expresiones. El agotamiento de la semiosis sustituyente por la simultaneidad del uso de sus reglas propias para producir referentes y la necesidad de no mencionarlas para ser eficaz en tal producción, así como el agotamiento de la semiosis sustituida por la simultánea necesidad de identificarse mediante los valores enunciados y de negarlos en cuanto propios, exige que la propuesta de los nuevos valores mediante los que se supera tal agotamiento por contradicción, efectivamente supere tal contradicción y no constituya una arbitraria propuesta que *cambia* las semiosis sin solucionarlas. Los valores propuestos como superadores deberán ubicarse, precisamente, entre los términos de tal contradicción eliminándola. A su vez, generarán otras contradicciones, pero lo importante es que estas contradicciones afectarán aspectos distintos, en los enunciados y los referentes, de aquellos que estuvieron afectados por las anteriores semiosis. La concreción de ese espacio que

deberán resolver los nuevos valores sólo puede establecerse atendiendo a las específicas determinaciones históricas en que se produce el desarrollo social de la conciencia (epistemológica) acerca de la existencia de tal contradicción. Desde una teoría semiótica sólo puede advertirse que no todo cambio en las semiosis intervinientes producen una superación; e incluso le corresponde llegar a establecer la existencia de un espacio **teórico** que es el pertinente para descubrir la contradicción e intervenir superándola: el espacio de las relaciones internas propias de cada una de las semiosis que participan en la operación de sustitución (o sea, en cierto modo, su syntaxis).

Si bien se ha hecho hincapié, en todo este desarrollo, acerca del papel que cumplen los valores en el proceso de superación, es necesario recuperar la definición (recurriendo, también aquí, a la memoria semiótica) de “valor” como “la relación entre dos formas”, para no desvirtuar la propuesta semiótica en esta instancia de diacronía. Los valores no se sostienen a sí mismos sino que son la designación de determinadas relaciones identificables. En consecuencia, si ha podido constatarse una transformación de valores, ello tiene que haberse debido a que han podido percibirse variaciones en las formas cuyas relaciones eran constitutivas de los precedentes valores.

Será por tanto posible establecer que existe un universo de formas “H” tal que: “ p_a ” $\equiv$ “ $R_2h_a h_x$ ” y otro universo de formas “I” tal que: “ q_a ” $\equiv$ “ $R_2i_a i_x$ ”.

“H” e “I” constituyen, pues, universos de formas superadores (en virtud de las nuevas relaciones o valores que permiten su respectiva identificación) de los precedentes universos “F” y “G”, cuyas relaciones propias mostraron su respectivo agotamiento. “H” e “I” permiten su interpretación semiótica en cuanto, ya bien otras semiosis que reemplazan a las precedentes, ya bien diferentes reglas entre las formas de alguna o ambas de las precedentes semiosis; teniendo en cuenta que esto último exige que tales formas precedentes *no sean ya las mismas* que las superadoras puesto que una forma no se identifica en sí, sino por las relaciones que la vinculan con las restantes.

Tampoco puede darse que haya diacronía en uno sólo de los universos, permaneciendo el otro invariado. Al superarse las formas de una semiosis sustituyente, quedan superadas en cuanto tales sustituyentes y, así, implican la necesaria modificación del universo sustituido. En otras palabras, la superación en la productividad de determinados enunciados lleva consigo la superación de los correspondientes referentes y, en consecuencia, del objeto semiótico.

Lo que deberá tenerse en cuenta es que el origen histórico y pragmático de la superación puede provenir tanto de la semiosis sustituyente como de la semiosis sustituida. En efecto, la conciencia (epistemológica) del agotamiento

de la capacidad sustitutiva entre formas sustituyentes y formas sustituidas puede producirse porque el objeto semiótico no queda satisfactoriamente enunciado o porque los enunciados no producen referentes satisfactorios. Está calificación de “satisfactorios”, como requisito (*a contrario sensu*) para la permanencia de una situación sincrónica de sustitución, puede resultar inquietante. Y lo sería si se le confiriera una calidad valorativa subjetiva y, por tanto, independiente de las formas en las que puede constatarse. Sería, también, un absurdo *si sólo existiera una única semiosis para enunciar a otra única semiosis*, del mismo modo que, en tal supuesto, sería absurdo suponer la existencia de la historia. En efecto, la relación de sustitución especular que se produciría entre una y otra semiosis no consentiría que se evaluase como satisfactoria o no a la relación de sustitución involucrada; meramente sería la única y la necesaria. Dado que existe la historia, o sea, que nuevos enunciados llegan a producir nuevos objetos semióticos, no puede admitirse tal especularidad. Es preciso, por tanto, suponer: *a)* que existen varias semiosis sustituyentes para una misma semiosis sustituida; *b)* y/o que existen varias semiosis sustituidas que pueden ser enunciadas por una misma semiosis sustituyente; en definitiva, *c)* que existen varias semiosis sustituyentes enunciando, simultáneamente, como referentes a varias semiosis sustituidas. En esta pluralidad de semiosis, constructivas de los múltiples objetos semióticos identificables en un momento determinado, es donde una semiosis sustituyente puede producir enunciados que dejan de ser *satisfactorios* frente a los enunciados producidos por otras distintas semiosis que concurren con ella en tal construcción. También puede ocurrir que determinado objeto semiótico (o semiosis sustituida) se manifieste como *insatisfactoriamente* construido desde los enunciados de una determinada semiosis sustituyente, por predominio de los referentes que lo construyen desde otras semiosis sustituyentes. Un enunciado será, por tanto, *satisfactorio* cuando sea coherente con los valores establecidos (la calidad referencial construida) por otros enunciados provenientes de la misma o de diferente semiosis, pero conforme a los cuales adquiere algo, en un momento dado y en una determinada comunidad, su calidad de objeto semiótico. Caso contrario, será *insatisfactorio*. Es pues una cuestión pragmática de *aceptabilidad social* (bajo las formas de enunciados científicos, vulgares o poéticos vigentes) la que establece el marco de los enunciados que se consideran válidos y respecto de los cuales todo otro enunciado debe demostrar que *satisface* los mismo valores. Es también una cuestión pragmática de aceptabilidad social la que establece la validez o no de las propuestas de nuevos enunciados o de nuevas semiosis que superen a los enunciados y/o semiosis agotados. Todo ello en el marco de la lucha *política* en cuanto al poder de decisión acerca de la calidad de “agotado” y de “superador” que se asigne a unos y otros enunciados y/o semiosis.

21. Recurrencia Diacrónica

Op. 13: *Recurrencia en relación de diacronía (E.8.b.)*

Como *proceso recursivo* de su emergencia semiótica y utilizando el criterio de la “memoria semiótica”, puede entenderse que sólo es posible aplicar la operación de *superación* en el 3º de los siguientes momentos, cuyo conjunto constituye *el esquema semiótico de recursión primitiva*:

a) *Rec Sem n*: “Atr” $\equiv$ “R₂FU”

Este primer momento constituye la instancia acrónica o de afirmación de la operación de *atribución*. Supuestos dos universos: “F” y “G”, se tendrá:

Respecto del universo “F”:

$$“R_n^0 f_a \dots f_n \ \& \ R_n^* u_a \dots u_n” \equiv “R_n^S (R_2 f_a u_a) \dots (R_2 f_n u_n)”$$

Respecto del universo “G”:

$$“R_n^0 g_a \dots g_n \ \& \ R_n^* w_a \dots w_n” \equiv “R_n^S (R_2 g_a w_a) \dots (R_2 g_n w_n)”$$

en cuanto opción primitiva de *identificación* de las formas de cada uno de los universos tomados en consideración en función de sus posibilidades de interrelación (en la interioridad de cada uno de los universos de formas considerados) las que quedan atributivamente homogeneizadas.

b) *Rec Sem n + 1*: “Sust” $\equiv$ “Suc Atr” $\equiv$ “R₂F(U) Sust R₂(G)W” $\equiv$
 $\equiv$ “R₂F(-U $\vee$ W) & R₂G(-W $\vee$ U)”

Este segundo momento constituye la instancia sincrónica (afirmación + negación) de la operación de *sustitución*. Continuando el desarrollo a partir de los dos universos seleccionados, se tendrá:

$$\begin{aligned}
& \text{"}[(R_n^O(f_a(W)_{a...} f_n(W)_n) \text{ Sust } R_n^O((g)_a^u \dots (g)_n^u)) \& \\
& \& (R_n^*((-u \vee w)_{a...} (-u \vee w)_n) \& R_n^*((-w \vee u)_{a...} (-w \vee u)_n))]\text{"} \equiv \\
& \equiv \text{"}(R_n^S(f_a(-u \vee w)_{a...} f_n(-u \vee w)_n) \& R_n^S(g_a(-w \vee u)_{a...} g_n(-w \vee u)_n))\text{"}
\end{aligned}$$

en cuanto *transformación de la identificación sintáctica* (posibilidades de interrelación internas entre las formas de uno o varios universos atributivamente homogeneizados) *en alteridad semántica* (uso y no mención de sus relaciones internas y/o mención y no uso de las relaciones de otro diferente universo de formas también atributivamente homogeneizadas), lo que recién llega a establecerse por *sustitución*.

$$\begin{aligned}
c) \text{ Rec Sem } (n + 1) + 1: \text{"Sup"} &\equiv \text{"Suc Sust"} \equiv \text{"R}_2(F \& G)((-U \vee W) \& \\
&\& (-W \vee U))\text{"} \equiv \text{"R}_2\text{HP} \& \text{R}_2\text{IQ"}
\end{aligned}$$

Este tercer momento constituye la instancia diacrónica (síntesis) de la operación de *superación*. Completando el desarrollo de los universos seleccionados, se tendrá:

$$\begin{aligned}
& \text{"R}_n^S(f_a(-u \vee w)_{a...} f_n(-u \vee w)_n) \& R_n^S(g_a(-w \vee u)_{a...} (g_n(-w \vee u)_n))\text{"} \equiv \\
& \equiv \text{"R}_n^S(h_a(p)_{a...} h_n(p)_n) \& R_n^S(i)_a q_{a...} (i)_n q_n)\text{"}
\end{aligned}$$

en cuanto transformación de la *alteridad semántica en identificación de nuevas formas* relacionalmente valoradas por *superación*.

La importancia de la individualización de cada una de estas tres instancias del *esquema semiótico de recursión primitiva* radica en dejar establecida su *interdependencia* y su *orden*. No puede hablarse de la *significación superadora* de las formas de una semiosis determinada si no es en referencia a la *capacidad sustitutiva* específica de otras determinadas formas de (la misma u otra) determinada semiosis. Pero para poder hablar de la capacidad sustitutiva (o de la significación sustitutiva) entre pares de formas de determinado par (al menos) de semiosis determinadas es necesario haber establecido los valores que tienen *atribuidos* las formas constitutivas de tales pares en el interior

de cada una de las correspondientes semiosis. De la atribución *no puede pasarse* a la superación *si no es a través* de la sustitución. Describir o establecer *el valor* que tiene atribuido una forma no basta para *explicar el significado* de esa forma; si tal *significado* se considera como su capacidad para trasportar el valor de otra forma de otra semiosis, será necesario establecer la aptitud de dicho valor en cuanto *sustituyente*; si se emplea laxamente el término “significado” y con él se pretende establecer la transformación dinámica, a la que prefiero designar con el término “*significación*”, entonces será necesario establecer lo que de *diferencial* existe en tal valor respecto de otro valor preexistente asignado a otra determinada forma (que ya no será *la misma forma*, aunque así parezca a la ingenua consideración de las evidencias). Toda atribución lo es *para poder realizar una sustitución* mediante la que se superan sustituciones precedentes; por ello, la pura atribución es, en definitiva, una falacia ya que, históricamente, surge como superación. Por eso, también, la configuración final (por tanto, superadora) de determinado proceso de producción de la *significación se manifiesta* de modo semejante a una atribución; pero, eliminar de una (aparente) atribución su historia y lo que de superación contiene equivale a suponer la posibilidad de realizar un *acto cognitivo inicial*, lo que (al menos) encuentra como obstáculo (tanto en la razón como en la experiencia) la necesidad del previo conocimiento de la correspondiente semiosis *sustituyente* en la que se formula el acto cognitivo en cuestión, el cual deja así de ser *intrínsecamente* (al menos) inicial, pudiendo, por supuesto, no serlo tampoco respecto del *objeto* de dicho acto cognitivo (en el mismo sentido excluye Peirce a tal ausencia previa de conocimiento, requiriéndolo, en todo caso, como necesario para la admisibilidad del concepto de “signo”, 1965: 2.231).

Este *conjunto ordenado de interrelaciones* constituye, asimismo, al concepto de *memoria semiótica* como fundamental en el marco de la Teoría Semiótica. Sin *memoria* de las operaciones semióticas necesarias para la producción de determinada *significación* no puede alcanzarse *explicación* alguna del correspondiente proceso, debiendo limitarse, cualquier intento que no la tenga en cuenta, a parciales *descripciones* de escasa relevancia. Por supuesto que, si bien la memoria semiótica es necesaria, no alcanza a ser suficiente. Por de pronto, debe tratarse de una memoria *ordenada* según la secuencia de operaciones que se han venido desarrollando. Pero, además, es insuficiente en otros dos aspectos: *a)* en cuanto a la selección de los concretos universos de formas que habrán de ponerse en interrelación en la operación de sustitución; y *b)* en cuanto a la selección del nuevo universo de formas valoradas capaces de producir la superación del agotado. Para ello se requiere, no ya el mero concepto operativo y ordenado de “memoria semiótica”, sino los específicos

contenidos (históricos) de tal memoria en cuanto *determinantes* de las opciones sociales disponibles y/o utilizables en determinada instancia de sustitución y/o de superación. La forma lógica deductiva o dialéctica de la Teoría Semiótica establece los requisitos necesarios (y, en ocasiones, lógicamente suficientes) para una explicación del proceso de producción de la significación; deberá, no obstante, recurrirse a la Práctica Semiótica de tal Teoría Semiótica para establecer qué *concretas atribuciones* intervinieron o intervienen o podrán intervenir en una *concreta sustitución* mediante la que se produce la *concreta superación* de las contradicciones precedentes.

La operación de *recurrencia en relación de diacronía* tiene, también, la lectura que se refiere a la necesidad de la recurrencia de la propia *operación de superación*, en cuanto *inducción lógica*. Como *inducción lógica*, la recurrencia en relación de diacronía ha quedado definida como “aquella mediante la cual se establece la diferencia entre: a) la ausencia de aplicación de la operación de superación; b) una única aplicación de tal operación; y c) la aplicación *n* número de veces de dicha operación ($n \geq 2$)”.

Se la ha simbolizado como: “Rec X ($R_2F(-U \vee W)$) Sup ($R_2G(-W \vee U)$)”. Las tres posibilidades de tal recurrencia quedaron enunciadas simbólicamente del siguiente modo:

$$\begin{aligned} \text{a) “Rec O (Sup } R_2F(-U \vee W) \text{ \& } R_2G(-W \vee U))”} &\equiv \\ &\equiv \text{“} R_2F(-U \vee W) \text{ \& } R_2G(-W \vee U) \text{”} \end{aligned}$$

$$\begin{aligned} \text{b) “Rec 1 (Sup } R_2F(-U \vee W) \text{ \& } R_2G(-W \vee U))”} &\equiv \\ &\equiv \text{“} R_2(F \text{ \& } G) ((-U \text{ \& } -W) \vee (-U \text{ \& } U) \vee (W \text{ \& } -W) \vee (W \text{ \& } U)) \text{”} \end{aligned}$$

$$\text{c) “Rec N (Sup } R_2F(-U \vee W) \text{ \& } R_2G(-W \vee U))”} \equiv \text{“} R_n(R_nHP \text{ \& } R_nIQ) \text{”}$$

Los siguientes desarrollos corresponden a la interpretación semiótica de cada uno de estos enunciados.

$$\begin{aligned} \text{a) “Rec O (Sup } R_2F(-U \vee W) \text{ \& } R_2G(-W \vee U))”} &\equiv \\ &\equiv \text{“} R_2F(-U \vee W) \text{ \& } R_2G(-W \vee U) \text{”} \end{aligned}$$

La recurrencia “O” implica que la operación de superación no ha llegado a aplicarse. La situación semiótica permanece en la instancia de la sustitución. Pero esto también implica que la efectiva vigencia de la sustitución es el límite para la aplicación de la superación. Están dadas todas las condiciones lógicas para que el resultado de tal sustitución deje de mostrarse efectivamente sustituyente y se desplace hasta mostrarse efectivamente contradictorio. El universo “F” de formas sustituyentes está aceptado, en un determinado momento y en una determinada comunidad, como adecuado para sustituir a los valores de las formas que constituyen el universo “G”. El hecho social de estar aceptado como sustituyente (su aceptación como enunciado) involucra el conocimiento de su calidad en cuanto tal sustituyente; en otros términos, su *efectiva distancia* respecto del universo de formas sustituidas y, no obstante, su *efectiva aceptación* como conocimiento de tales formas sustituidas. Por otra parte, el universo “G” de formas sustituidas está aceptado, en un determinado momento y en una determinada comunidad, como adecuadamente sustituido por los valores de las formas constituyentes del universo “F”. El hecho social de estar aceptado como sustituido (su aceptación como referente) involucra el conocimiento de su calidad en cuanto tal sustituido; en otros términos, su *efectiva distancia* respecto del universo de formas sustituyentes y, no obstante, su *efectiva aceptación* como conocido mediante tales formas sustituyentes.

Un mundo semiótico posible construido a partir de los enunciados de una determinada semiosis sustituyente contiene el germen de su propio agotamiento en la aceptación de la *efectiva contradicción* de ser conocidos al precio de su propio desconocimiento; y una semiosis sustituyente constructora de un mundo semiótico posible en cuanto referente contiene el germen de su propio agotamiento en la aceptación de la *efectiva contradicción* de permitir conocer al precio de su propio desconocimiento. Renunciar, en uno y otro caso, a este desconocimiento es *conocer la contradicción* en que uno y otro se agotan.

Así como la “Rec O”, tanto en el caso de la atribución como en el de la sustitución, se interpretaba como *la forma o el valor nulos*, respectivamente, la “Rec O” en el caso de la *superación* se interpreta como el *cambio nulo* o cambio no-conocido o clase vacía de las relaciones de superación, ya que tal conocimiento sólo puede producirse desde alguna otra forma de algún otro universo que lo supere. La afirmación del cambio nulo es equiparable a la *afirmación de la existencia de la contradicción*; y, así, la contradicción constituye el supuesto necesario (pero, también, el *mero* supuesto) del conocimiento de cualquier cambio.

$$\begin{aligned} \text{b) "Rec 1 (Sup } R_2F(-U \vee W) \& R_2G(-W \vee U))" \equiv \\ \equiv "R_2(F \& G) ((-U \& -W) \vee (-U \& U) \vee (W \& -W) \vee (W \& U))" \end{aligned}$$

Como propuse, el segundo miembro de esta equivalencia se interpreta semióticamente como la *neutralización* de la eficacia sustitutiva (“(-U & -W)” y “(W & U)”) o de la *contradicción* (“(-U & U)” y “(W & -W)”) inherente a tal eficacia. La productividad de la contradicción da lugar a un “P” y a un “Q” que, en cuanto valores diferentes relacionan de diferente modo a los universos de formas “F” y “G”, transformándolos en los universos de formas “H” e “I”. En definitiva, la “Rec 1” *enuncia la definición de la superación*, proporcionando la posibilidad del conocimiento de la específica contradicción inherente a los universos involucrados en la relación de sustitución. Pero no realiza tal superación ya que, desde el punto de vista lógico, aunque la realizase sería incognoscible (por indiferenciable), ya que la identificación de todo signo se produce en función de algún otro signo y, en esta instancia, se poseería, tan sólo, un único signo superador. El cambio así producido es, pues, un *cambio neutro* o conjunto universal de todas las posibilidades superadoras de un universo de formas en función de los valores contradictorios inherentes a las mismas formas de tal universo. En definitiva, tal *neutralidad* constituiría una afirmación acerca de la capacidad superadora de un determinado universo (tanto en cuanto superador como en cuanto superado); o sea, la afirmación de la calidad *histórica* de tal universo.

$$\text{c) "Rec N (Sup } R_2F(-U \vee W) \& R_2G(-W \vee U))" \equiv "R_n(R_nHP \& R_nIQ)"$$

La “Rec N” de la operación de superación equivale a la efectiva constitución de una nueva semiosis o universo (“R_n”) de nuevas formas interrelacionadas mediante sus valores propios (“R_nHP & R_nIQ”).

La secuencia del proceso de superación que, a partir de una “Rec 0”, pasa por la “Rec 1” y llega a la “Rec N”, constituye no sólo un desarrollo lógico sino una concreta identificación de las instancias históricas por las que transita toda semiosis. La interpretación del enunciado simbólico correspondiente a la “Rec 0” establece que una determinada semiosis está plenamente vigente en una sociedad, consistiendo esta vigencia en la aceptación de su aptitud sustitutiva. Tal semiosis y el mundo semiótico posible por ella construido se consideran armónicos y satisfactorios. En esa instancia histórica, la posible nece-

sidad de *otra semiosis* está ausente de la conciencia (epistemológica) social. Nada hace prever (aparentemente) que la eficacia de la semiosis sustituyente o que la efectiva sustitución producida en la semiosis sustituida lleguen a dejar de satisfacer, en algún momento, las exigencias de la intervención del hombre en la naturaleza o en lo social. La investigación semiótica, con su pretensión de explicar el proceso de producción de la significación, es la que establece que tal es la instancia dialéctico-diacrónica en que se encuentra la historia de tal semiosis. Para la teoría semiótica, esa euforia en el uso sustitutivamente eficaz de dicha semiosis constituye tanto la justificada satisfacción de haber superado contradicciones de otra semiosis precedente, como la necesaria atención al proceso de agotamiento de tal eficacia en el cual, por la propia estructura contradictoria que sostiene su eficacia, habrá de entrar tal semiosis ineludiblemente.

La interpretación del enunciado simbólico correspondiente a la “Rec 1” establece que una determinada semiosis, sin dejar de estar socialmente aceptada, ha comenzado a evidenciar sus propias limitaciones, consistiendo esta evidencia de sus limitaciones en cierto escepticismo y en la aceptación de la posibilidad de que existan otras semiosis alternativas capaces de alcanzar armonía y satisfacción respecto del otro mundo semiótico posible que a partir de ellas se construiría. La investigación semiótica está destinada a establecer que tal es la instancia dialéctico-diacrónica en que se encuentra la historia de tal semiosis. Instancia en la cual la conciencia (epistemológica) social advierte las limitaciones de la semiosis todavía vigente al descubrir, por la eficacia de tal vigencia, posibilidades cognitivas que, no obstante, no puede llegar a enunciar por la específica contradicción inherente a la semiosis que utiliza. Esas otras posibilidades cognitivas *son intuiciones* tal como pueden llegar a enunciarse desde la propia semiosis en agotamiento. O sea, son formulados mediante *enunciados falsos*, según los valores propios de tal semiosis (contradiendo las reglas relacionales de su sintaxis); pero construyen *referentes válidos* según los valores propios de la semiosis sustituida (*atribuidos* por los enunciados de otras semiosis sincrónicas, no agotadas y concurrentes en la construcción de los correspondientes objetos semióticos). Las intuiciones acerca de referentes válidos contruidos mediante enunciados falsos anticipan *poéticamente* los nuevos valores (las reglas relacionales de la nueva sintaxis) de la semiosis superadora. El aporte metodológico de la teoría semiótica contribuye a la identificación de estas relaciones mediante la detección de las contradicciones inherentes a las relaciones atribuidas a la semiosis precedente.

La interpretación del enunciado simbólico correspondiente a la “Rec N” establece la definitiva superación de una determinada semiosis mediante la

identificación de las nuevas relaciones a que acaba de aludirse. Señala el momento histórico en que las relaciones antes intuitas se han reproducido hasta generar un nuevo sistema sustitutivo eficaz. Esta reproducción identificadora e interrelacionada de relaciones es lo que se enuncia simbólicamente mediante la exigencia n-ádica de tal recurrencia.

Lo que corresponde señalar expresamente como percepción de las evidencias semióticas de una sociedad en un momento dado, es que la “Rec 0” y la “Rec N” aparentan identificarse. O sea, en uno y otro caso teórico, lo que se tiene en presencia es la vigencia de determinada semiosis sustituyente y su eficacia en la producción del correspondiente mundo semiótico posible. El aporte de la teoría semiótica, en este aspecto, consiste en diferenciarlas, ya que sólo diferenciándolas podrá *explicarse la significación* tanto de un enunciado como de su referente; otros enfoques pueden *describir* los componentes del *significado* de un enunciado y de su referente; sólo estableciendo lo que tal enunciado y referente presentan de diferencial respecto a las posibilidades históricas de enunciar y referir ya agotadas o todavía no formuladas, podrá explicarse el efectivo valor que adquieren en un momento dado respecto a las exigencias de enunciación y referencia inherentes a la conciencia social epistemológica. Sobre este tema volveré al desarrollar el teorema semiótico (TS3) que se produce en esta instancia dialéctico-diacrónica.

El manejo de tales diferencia permite establecer una opción (que también puede, y en ocasiones debe, ser una concurrencia) respecto de *la base de análisis* desde la que opera el investigador. En efecto, dada una semiosis (o mejor, el par de semiosis sustituyente-sustituida) vigente en una sociedad determinada, tal semiosis puede ser considerada, desde la “Rec 0”, atendiendo al modo según el cual las características de su utilización semiótica (productora de significación) revelan las contradicciones internas que, en algún momento, deberán ser superadas mediante la construcción de otra semiosis. O bien, tal semiosis puede ser considerada, desde la “Rec N”, atendiendo al modo según el cual las características de su utilización semiótica (productora de significación) revelan la superación de las contradicciones internas inherentes a alguna otra semiosis precedente. Toda semiosis constituye, por tanto, la determinación histórica de una precedente semiosis que ha quedado superada y de otra subsiguiente semiosis que habrá de superarla.

Pero la práctica social *no se desarrolla* según secuencias lógicas *ordenadas* como la que se viene estableciendo. Esto, lejos de ser una objeción a las propuestas teóricas de la semiótica, afianza su oportunidad y su eficacia explicativa. La variante pragmática que, por lo general, deberá tomarse en con-

sideración consiste en que, en un momento dado de una sociedad determinada, *una misma semiosis puede coexistir según cada una de las formas enunciadas en las tres recurrencias*. Distintos sectores sociales pueden tener distinta conciencia social epistemológica; de ese modo, mientras uno de ellos considera a tal semiosis como plenamente vigente y productora de referentes que construyen un mundo semiótico posible satisfactorio, sin prever (ni, en la mayoría de los casos, admitir) la posibilidad (y, aún menos, la necesidad) de su superación, otro de tales sectores sociales ya comienza a experimentar los efectos limitadores en la construcción de un aceptable mundo semiótico posible, los cuales provienen de las contradicciones de tal semiosis, lo que le lleva a admitir la posibilidad (e incluso a intentar aislados enunciados *poéticos*) de superación, sin conocer o admitir, no obstante, que un tercer sector social tiene ya (quizás) a su disposición y utiliza la semiosis superadora de tales contradicciones. Cuando habitualmente se habla de las “contradicciones sociales”, se usa el término “contradicción” en este sentido (el tercero de los mencionados al estudiar la relación de diacronía, en el apartado 19), en cuanto simultánea presencia, en el seno de una misma sociedad, de momentos dialéctico-diacrónicos diferentes, correspondientes al proceso histórico de transformación de una misma semiosis. Pero, tal “contradicción” es totalmente coherente con el específico valor de este término; por su parte, el sistema teórico de la semiótica lo aprovecha en toda su potencia productiva, proporcionando criterios, primero analíticos y posterior y recurrentemente sintéticos, capaces de intentar, al menos, una explicación cognitiva relativa al desenmarañamiento de tan complejas relaciones semiótico-sociales.

22. *Articulación Diacrónica*

Op. 14: *Articulación en relación de diacronía (E.8.b.)*

La operación de articulación en relación de diacronía ha quedado definida como “aquella mediante la cual se ponen en relación *virtual* n valores ($n \geq 2$) producidos por superación de las relaciones contradictorias inherentes a los valores de los universos de formas que intervienen en las sustituciones precedentes”.

Se la ha simbolizado con la expresión:

“ $((-u \& u)_a \rightarrow p_a) \text{ Artic } ((-u \& u)_n \rightarrow p_n)$ ”; la cual, si no se hace explícita la memoria semiótica, se reduce a: “ $p_a \text{ Artic } p_n$ ”, cuya estructura lógica no

difiere de: “ $u_a \text{ Artic } u_n$ ”, que constituía la simbolización de la *operación de articulación en supuesto acrónico*.

Del mismo modo, la descripción simbólica de está operación:

“ $((-u \& u)_a \rightarrow p_a) \text{ Artic } ((-u \& u)_n \rightarrow p_n)$ ” $\equiv$ “ $R_n * p_a \dots p_n$ ” es homóloga (salvo por la memoria semiótica) a la *descripción de la articulación en supuesto acrónico*: “ $u_a \text{ Artic } u_n$ ” $\equiv$ “ $R_n * u_a \dots u_n$ ”.

Ya se ha aludido suficientemente a la *aparente* homología entre los *resultados* de la operación de *atribución* y los de la operación de *superación*, los cuales aquí continúan manifestándose en los correspondientes desarrollos de las respectivas operaciones de *articulación*.

Teniendo en cuenta la definición de “valor”, la descripción simbólica de la operación de articulación en relación diacrónica puede reescribirse (en su enunciado abreviado):

$$“p_a \text{ Artic } p_n” \equiv “R_n * (R_2 h_a h_x \dots R_2 h_n h_x)”$$

lo que permite hacer aparecer el universo de formas (“H”) identificables en función de los valores que les resultan atribuidos.

Esbozaré a continuación el desarrollo de lo que, en un momento determinado de una sociedad determinada, constituiría un modelo lógico de un *mundo semiótico posible* vigente por la articulación de los valores que efectivamente se utilizan en tal coyuntura. Denominaré a este tipo de articulación “*formación*”, aproximándome, al sentido en que ha venido siendo utilizado este término desde Marx hasta Foucault y la escuela francesa de Análisis del Discurso, pero limitándolo, aquí, a la designación del tipo particular de relación que se establece mediante la *articulación en relación de diacronía*.

La representación gráfica de esta formación admite las siguientes lecturas e interpretaciones:

Gráfico 4

Semiosis sustituídas	Semiosis sustituyentes			
	F ₁	F ₂	...	F _n
A	-u v π	-j v θ		-k v μ
	- π v u	- θ v j		- μ v k
	Rec ?	Rec ?		Rec?
...	...	...	...	...
G	-u v w	-j v z		-k v m
	-w v u	-z v j	...	-m v k
	Rec ?	Rec ?		Rec ?
...	...	...	...	...
X	-u v @	-j v \$-		k v £
	-@ v u	-\$ v j		-£ v k
	Rec ?	Rec ?	...	Rec ?

-El objeto semiótico “A”:

-adquiere el valor “- π v u”, desde la semiosis “F₁”

- “ ” ” ” “- θ v j”, “ ” ” ” “F₂”

- “ ” ” ” ... “ ” ” ” ...

- “ ” ” ” “- μ v k”, “ ” ” ” “F_n”

-El objeto semiótico “G”:

-adquiere el valor “-w v u”, desde la semiosis “F₁”

- “ ” ” ” “-z v j”, “ ” ” ” “F₂”

- “ ” ” ” ... “ ” ” ” ...

- “ ” ” ” “-m v k”, “ ” ” ” “F_n”

-El objeto semiótico “X”:

-adquiere el valor	“-@ v u”,	desde la semiosis	“F ₁ ”
- ” ” ”	“- \$ v j”,	” ” ”	“F ₂ ”
- ” ” ”	...	” ” ”	...
- ” ” ”	“- £ v k”,	” ” ”	“F _n ”

-La semiosis sustituyente “F₁”:

-aplica el valor	“-u v π”,	al objeto semiótico	“A”
- ” ” ”	“-u v w”,	” ” ”	“G”
- ” ” ”	“-u v @”,	” ” ”	“X”

-La semiosis sustituyente “F₂”:

-aplica el valor	“-j v θ”,	al objeto semiótico	“A”
- ” ” ”	“-j v z”,	” ” ”	“G”
- ” ” ”	“-j v \$”,	” ” ”	“X”

-La semiosis sustituyente “F_n”:

-aplica el valor	“-k v μ”,	al objeto semiótico	“A”
- ” ” ”	“-k v m”,	” ” ”	“G”
- ” ” ”	“-k v £”,	” ” ”	“X”

Cada uno de los nudos en que confluyen las semiosis sustituyentes con las semiosis sustituidas, contiene también un interrogante acerca de cuál sea la recurrencia específica (“Rec ?”) indicadora del estado de superación de la relación entre valores sustituyentes y valores sustituidos, en un determinado momento de transformación diacrónica. Todo enunciado y, correlativamente, todo referente construido por ese enunciado podrá ser identificado como situado en alguna de las tres instancias de recurrencia antes establecidas: a) “Rec 0”; b) “Rec 1”; y c) “Rec N”. Esta evaluación es la que constituye al gráfico anterior como *representación de la formación de los estados de superación*

según la cual cada uno de los objetos semióticos componentes de un determinado mundo semiótico posible ocupa un determinado lugar en un proceso dialéctico-diacrónico de transformación.

La lectura por líneas horizontales de tal esquema permite, como interpretación semiótica, establecer el conjunto de pares enunciado/referente que confluyen sobre un objeto semiótico determinado, así como el estado de superación o negación de superación de la vigencia de tal par. El objeto semiótico *no es otra cosa* que el resultado (desde pacífico a competitivo) del conjunto de dichos pares; éstos, a su vez, provienen de las distintas semiosis disponibles y efectivamente aplicadas, en esa determinada comunidad, a la atribución de los correspondientes valores. La *praxis* en que cada uno de los integrantes de esa sociedad interactúa con su entorno, encuentra constituido a tal entorno por los objetos semióticos así producidos. El manipuleo cognitivo y/o fáctico de esos objetos semióticos tiene a su disposición el conjunto de los enunciados que se consideran *válidos* (al margen de la *verdad* de todos y cada uno de ellos) para atribuir valor a dichos objetos semióticos. Las posibilidades según las cuales cada integrante de esa sociedad interactúa con cada uno de tales objetos semióticos están, pues, preestablecidas y acotadas por las posibilidades (específicamente relacionales) pertinentes a cada una de las correspondientes semiosis. Este aparente círculo de esterilidad y automatización tiene, no obstante, diversos y fructíferos puntos de ruptura en los cuales se recupera la libertad y la creatividad. Libertad y creatividad que no son, en modo alguno, absolutas, sino que se plantean como transformaciones vinculadas a la posibilidad de superación de cada una de las semiosis vigentes y a su interacción.

En efecto, por una parte, los enunciados de cada semiosis contienen la contradicción inherente al proceso que interrelaciona valores sustituyentes y sustituidos, de donde surgen, como se ha visto ampliamente, las específicas formas posibles en que se concreta la libertad y la creatividad.

Además, una misma semiosis puede estar utilizada, simultáneamente, aplicando valores propios (atribuidos) diferentes; esto como *aparente* manifestación de tal semiosis, porque lo que en realidad ocurre es que *no se trata ya de una misma semiosis sino de dos semiosis*, puesto que las formas que las constituyen se identifican por los valores que las diferencian y no por su negación en función de aparentes similitudes en las formas interrelacionadas; aunque el tema de la identidad o de la diferencia (respecto de la pretendida unidad de determinada semiosis) sea campo de lucha para el acceso al poder mediante la imposición, política, de determinada legalidad respecto de tal de-

terminada semiosis. *El objeto semiótico* construido a partir de los enunciados de esa semiosis (que no es ya una sino, al menos, dos y que pueden ser múltiples) *tampoco es ya uno sino doble o múltiple*, puesto que las formas sustituidas se identifican según los valores que les atribuyen las formas sustituyentes y no menospreciando la consideración de tales valores en función de aparentes similitudes conservadas en las formas sustituidas; aunque el tema de la identidad o la diferencia entre objetos semióticos, basada en la conservación o el olvido de su historia semiótica, sea, también, campo de lucha para el acceso al poder mediante la configuración, desde una determinada de tales semiosis y no de otra, de los objetos del entorno). En nuestro cuadro, el tema se resuelve semióticamente, identificando no una, sino dos semiosis diferentes. O sea, el comentario puede establecer que “F₁” y “F₂”, por ejemplo, son *semiosis (o lenguajes o dialectos)* en pugna, respecto de si las relaciones propias (atribuidas) que las diferencian son suficientes o no para constituir identidades autónomas. Ello encuentra una doble respuesta; por una parte respecto del referente que una y otra construyen, el cual deberá ser el mismo en un supuesto y diferente en otro. Pero como el debate se desplaza, de este modo, de los enunciados al referente, puede ocurrir que sea poco lo que se esclarezca, por la simétrica correlación entre ese par de resultados semióticos. Por lo general, resultará definitorio, el efecto de tales semiosis al integrarse con las restantes semiosis que confluyen en la producción de enunciados/referentes constitutivos, finalmente, del objeto semiótico en estudio y que es el ámbito en que las diferencias (el segundo de los sentidos del término “contradicción” al que ya se aludió) conducirán a establecer, no sólo la unidad o dualidad (o multiplicidad) de la semiosis cuya unidad se discute, sino también su respectiva posición dialéctico-diacrónica y, por tanto, el envejecimiento y la superación de cada una de ellas. Se exceptúa el caso en que la diferencia genere la posible coexistencia de una o varias sin eliminación de otra u otras, como ocurre con los llamados “lenguajes científicos”, en especial pero no exclusivamente en las ciencias sociales, que se desgajan (coexistiendo) de los llamados “lenguajes vulgares” (conforme al uso que G. della Volpe, 1966, hace de estos términos y del de “lenguaje poético”, en un importante anticipo del concepto de *valor semántico sintácticamente producido*; según la terminología del presente trabajo: la dependencia que, sobre la *sustitución* entre diversas semiosis, establecen los valores *atribuidos* a las respectivas formas de cada una de ellas); pero, por supuesto que aquí la respuesta provendría de constatar la existencia de más de un objeto semiótico ya que coexistiría y, en ocasiones, de modo contradictorio, el “objeto científico” con el “objeto vulgar”.

Pero, con independencia de que sea o no éste el problema de una determinada semiosis, la ruptura de la circularidad que vincula a enunciados y referentes provenientes de determinada semiosis ocurre al interrelacionarlos con los enunciados y referentes que provienen de otras (de todas las restantes) semiosis. Este es el aporte fundamental del análisis de la lectura por líneas horizontales de nuestro gráfico. Como todos los enunciados simbólicos precedentes se han formado asignando a la variable “F”, interpretable como “universo de formas sustituyentes”, la variable “u”, interpretable como “valor propio atribuido” y a la variable “G”, interpretable como “universo de formas sustituidas”, la variable “w”, interpretable como “valor propio atribuido”, se ha preferido mantener estas simbolizaciones por claridad en el desarrollo.

En el caso, por tanto, del objeto semiótico “G” (en cuanto un “universo de formas sustituidas” o “semiosis sustituida” entre los varios que constituyen el mundo semiótico posible de una determinada comunidad), “w” es el valor de “G” tal como le resulta atribuido *desde la semiosis sustituyente* “F₁” (o “universo de formas sustituyentes”), “z” es el valor de “G” tal como le resulta atribuido *desde la semiosis sustituyente* “F₂” y “m” es el valor de “G” tal como le resulta atribuido *desde la semiosis sustituyente* “F_n”.

El desarrollo simbólico relativo al objeto semiótico “A” procuró proponerlo como *icónicamente* expresivo de que las mismas semiosis sustituyentes que intervenían en el objeto semiótico “G” producían, ahora, un diferente repertorio de valores, por lo que se eligieron, para simbolizar la marca de esta diferencia, *letras griegas*. Así, “A” adquiere el valor “-π v u”, atribuido por la semiosis sustituyente “F₁”, el valor “-θ v j”, atribuido por la semiosis sustituyente “F₂” y el valor “-μ v k” atribuido por la *semiosis sustituyente* “F_n”. Del mismo modo, utilizando para diferenciar el específico repertorio de valores que adquiere el objeto semiótico “X” algunas *formas tipográficas* convencionales, “-@ v u” es el valor de “X” tal como le resulta atribuido por la *semiosis sustituyente* “F₁”, “-\$ v j” es el valor de “X” tal como le resulta atribuido por la *semiosis sustituyente* “F₂” y “-£ v k” es el valor de “X” tal como le resulta atribuido por la *semiosis sustituyente* “F_n”.

Debe tenerse en cuenta algo que surge de la lectura vertical de las columnas de ese cuadro: respecto de todos los objetos semióticos “A”, “G”, “X”, etc., que se tomen en consideración, el valor de cada uno de los universos de formas sustituyentes, “F₁”, “F₂”, “F_n”, etc. que se estudien, permanece constante para cada uno de ellos. Así, “F₁” aplica en todos los casos “u” como valor sustituyente, “F₂” aplica en todos los casos “j” como valor sustituyente y “F_n” aplica en todos los casos “k” como valor sustituyente. Observemos aquí que, si bien “u”, “j” y “k” son letras que pertenecen al alfabeto latino, no se

ha pretendido homogeneizar en absoluto los valores específicos según los cuales cada una de dichas semiosis producen su eficacia sustituyente (los cuales, quede una vez más establecido, son diferentes y peculiares a cada una de tales semiosis), sino que, para evitar el barroquismo y el engorro de una lectura ya de por sí compleja, se prescindió de la diferenciación icónica que hubiera requerido, por ejemplo, acudir a letras de los alfabetos cirílico, hebreo, árabe, etc.

La ruptura, por tanto, de la mencionada circularidad entre enunciados y referentes de un determinado mundo semiótico posible, en un determinado momento de una concreta sociedad, proviene de la múltiple interrelación de los valores homogéneos a cada una de las semiosis sustituyentes intervinientes (pero diferenciables de una a otra de tales semiosis) con los valores específicos de cada una de las semiosis sustituidas (*u objetos semióticos*) tal como resultan producidas por aquellas. Será el estudio de esta interrelación lo que, en definitiva, permitirá asignar contenido (histórico) específico a cada una de las recurrencias (“Rec ?”) que caracterizan la posición que ocupan en el proceso dialéctico-diacrónico de superación.

La respuesta concreta exige la construcción de un conjunto de matrices cuali-cuantitativas, nutridas por los datos empíricos de una praxis social determinada. Manteniendo el desarrollo metateórico de esta exposición, se puede, no obstante, diseñar el repertorio de preguntas conducentes a establecer la calidad de la recurrencia con la que una determinada semiosis sustituyente produce los enunciados que construyen los referentes de una determinada semiosis sustituida. Supongamos que se trata de responder a la “Rec ?” que afecta, por ejemplo, la interrelación de “F₂” con “G”. Ello equivale a formular la siguiente pregunta:

¿Cuál es la capacidad sustituyente diferencial del valor enunciativo “j”, pertinente a la semiosis sustituyente “F₂” en cuanto productora del valor referencial “z” en “G”? El mencionado diferencial habrá de establecerse respecto de la capacidad sustituyente de los valores enunciativos de las restantes semiosis sustituyentes que construyen a los restantes objetos semióticos del mundo semiótico posible de una determinada sociedad en la que coexisten dichas semiosis.

Analíticamente esta pregunta incluye a las siguientes:

1/ ¿Cuáles son los valores referenciales (designados simbólicamente en el cuadro por “θ”, “z”,... “\$”) producidos por el valor sustituyente “j” de “F₂” al enunciar a las restantes semiosis sustituidas que constituyen dicho mundo semiótico posible?

2/ ¿Cuál es la coherencia interna (o su límite, hasta la contradicción) existente entre tales valores referenciales pertinentes a las restantes semiosis sustituidas y el específico valor “z” de “G” producido por el valor “j” de “F₂”?

3/ ¿Cuál es la vigencia social (frecuencia, extensión y aceptabilidad) comparativa en cuanto a la utilización del valor “j” de “F₂” para producir el valor “z” en “G”, frente a la utilización de ese mismo valor para producir los valores referenciales de los restantes objetos semióticos?

4/ ¿Cuáles son los valores referenciales (designados simbólicamente en el cuadro por “w”,... “m”) producidos en el mismo objeto semiótico “G”, al enunciarlo mediante los valores sustituyentes “u” de “F₁”,... “k” de “F_n”, desde sus respectivos universos (en vez de el valor “z” en “G” producido al enunciarlo mediante el valor “j” de “F₂”)?

5/ ¿Cuál es la coherencia interna (o su límite, hasta la contradicción) existente entre tales valores referenciales producidos por las restantes semiosis sustituyentes aplicadas al objeto semiótico “G” y el específico valor referencial “z” producido por “F₂” también en “G”?

6/ ¿Cuál es la vigencia social (frecuencia, extensión y aceptabilidad) comparativa en cuanto a la utilización del valor “u” de “F₁” para producir el valor “w” en “G”,... del valor “k” de “F_n” para producir el valor “m” en “G”, frente a la utilización del valor “j” de “F₂” para producir el valor “z” en estudio, en el mismo “G”?

La capacidad sustituyente de cualquier semiosis contiene, como posibilidad inherente a su estructura de sustitución, *la incurrencia en contradicción*. Determinar si ello ha ocurrido o no o en qué grado ha ocurrido es una cuestión de hecho que sólo puede determinarse atendiendo a la efectiva capacidad sustituyente que manifiestan las restantes semiosis vigentes en un momento determinado de una determinada sociedad. Atendiendo a una única semiosis y a su exclusiva capacidad sustituyente respecto de un único objeto semiótico no es posible establecer el lugar relativo que ocupa tal semiosis en el proceso dialéctico-diacrónico de producción de la significación. Podrá conocerse, así, cómo sustituye, pero no el *valor* de tal sustitución, lo cual, conforme a la inicial definición de “valor”, habrá de consistir en algún tipo de *relación entre formas*. Por ello, la secuencia de preguntas que acaban de enunciarse tienen como objetivo identificar las formas acotadas como objetos semióticos por las restantes semiosis sustituyentes, así como identificar la eficacia de tal semiosis sustituyente al acotar las formas de otros objetos semióticos diferentes del que está sometido a estudio, y poner en relación las identificaciones así

producidas con las formas identificadas en el objeto semiótico en estudio por eficacia de la semiosis sustituyente en estudio. De este modo quedará evaluada la confluencia de una semiosis sustituyente con una semiosis sustituida respecto de la situación de *superación* que tal confluencia representa en determinado mundo semiótico posible de una sociedad determinada. La dificultad en obtener respuesta a alguna de tales preguntas constituirá una eventual dificultad instrumental en la práctica de la investigación (generalmente magnificada por la falta de aplicación de este tipo de análisis), pero no un obstáculo epistemológico ni metodológico relativo al objeto de conocimiento propuesto.

La operación de articulación en relación de diacronía, en definitiva, permitirá establecer, en el seno de la *formación* correspondiente a dicho mundo semiótico posible, la *efectiva producción de determinada superación* (de las contradicciones inherentes a un precedente estado de las semiosis en estudio). Tal estado de superación dista mucho de ser una evidencia. Más bien, salvo en excepcionales y hasta artificiales casos, se presenta como la atribución inherente (ideológicamente ostentada como *la natural*) a una específica semiosis. Así, la enunciación de sus relaciones internas constitutivas se plantea como la articulación de los valores relacionales atribuidos a tales formas sustituyentes. Otro tanto ocurre respecto del conocimiento del objeto semiótico en cuanto referente de tal semiosis; aparecerá como la articulación de los valores relacionales atribuidos a las correspondientes formas sustituidas. Lo cual lleva a formular enunciados incluíbles en el esquema simbólico:

$$“p_i \text{ Artic } p_j” \equiv “R_n * (R_2 h_a h_x \dots R_2 h_n h_x)”$$

$$“q_i \text{ Artic } q_j” \equiv “R_n * (R_2 i_a i_x \dots R_2 i_n i_x)”$$

Este par de articulaciones, correspondientes a los valores propios de las respectivas semiosis, aparecen, en un momento de una comunidad determinada, relacionados mediante la operación de sustitución, así como efectivamente utilizados por los integrantes de tal comunidad en virtud de la aplicación de dicha operación. Los pares de enunciados/referentes resultantes de esa interrelación pueden enunciarse simbólicamente mediante la expresión:

$$“R_n^S h_a(-p \vee q)_a \dots h_n(-p \vee q)_n \& R_n^S i_a(-q \vee p)_a \dots i_n(-q \vee p)_n”$$

lo cual se interpreta como la construcción de una semiosis sustituyente (en cuanto tal “sustituyente”) y de una semiosis sustituida (en cuanto tal “sustituida”), *sin que haya en ello rastro evidente de la superación cumplida* (pero ya preanunciando la superación a que llegará a ser sometida).

Recuperar lo que ahí subyace, por exigencia de la *memoria semiótica*, permite determinar el específico valor (de superación) que tiene, en una determinada comunidad, la *enunciabilidad* de tal semiosis sustituyente (conociendo la transformación de sus posibilidades de sustitución respecto de la anterior situación de esas semiosis o respecto de otra anterior semiosis, lo que viene a resultar equivalente); del mismo modo, permite determinar el específico valor (por superación) que adquiere, en una determinada comunidad, la *referenciabilidad* de tal semiosis sustituida (conociendo la transformación de sus posibilidades de sustituibilidad respecto de la anterior situación de sustituibilidad de esa misma semiosis o de otra anterior semiosis, lo que viene a resultar equivalente). Cuando, por tanto, de una articulación se ha revelado, su posición superadora y la específica calidad de tal superación (identificando la contradicción superada) el anterior esquema simbólico de la articulación en relación de diacronía puede quedar formulado como:

$$\begin{aligned} & “((-u \ \& \ u) \rightarrow p) \ \text{Art} \ ((-w \ \& \ w) \rightarrow q)” \equiv \\ & \equiv “R_n^* (R_2 p_a p_x \dots R_2 p_n p_x) \ \& \ R_n^* (R_2 q_a q_x \dots R_2 q_n q_x)” \end{aligned}$$

Por supuesto que la definición de valor y la relación de contradicción también lleva a escribir:

$$“R_2 p_a p_x” \equiv “\text{Sup } R_2 (-R_2 f_a f_x \ \& \ R_2 f_a f_x)”$$

con las restantes sustituciones homólogas hasta completar “ $R_2 p_n p_x$ ”. Por supuesto lo mismo ocurre con:

$$“R_2 q_a q_x” \equiv “\text{Sup } R_2 (-R_2 g_a g_x \ \& \ R_2 g_a g_x)”$$

Afirmar que se conoce la *significación* del universo de formas sustituyentes representables mediante “ $R_2 h_a h_x$ ” sólo tendrá sentido si se la conoce en cuanto superación del universo de formas sustituyentes representables mediante “ $R_2 f_a f_x$ ” y lo mismo respecto del universo de las “I”, en cuanto superación del universo de las “G”. Lo desarrollado en este apartado relativo a las *formaciones* inherentes a una *articulación en relación de diacronía* tendió a aportar ese resultado cognitivo. Pero, por la calidad *virtual* inherente a la relación producida por la operación de articulación, ello deberá complementarse con el conocimiento de las relaciones *actuales* producidas mediante la operación de integración, la tarea de cuya identificación constituye el único procedimiento analítico *apto para la reconstrucción de la correspondiente formación*.

23. Integración Diacrónica

Op. 15: *Integración en relación de diacronía (E.8.b.)*

La operación de integración en relación de diacronía ha quedado definida como “aquella mediante la cual se ponen en relación *actual* n formas ($n \geq 2$) identificadas como superación de las precedentes formas afectadas por valores contradictorios”.

Se la simbolizó mediante la expresión:

$$“(f_a(-u \& u)_a \rightarrow h_a) \text{ Int } (f_n(-u \& u)_n \rightarrow h_n)”$$

quedando enunciada la descripción simbólica de su funcionamiento como:

$$“(f_a(-u \& u)_a \rightarrow h_a) \text{ Int } (f_n(-u \& u)_n \rightarrow h_n)” \equiv “R_n^0 h_a \dots h_n”$$

donde “0” expresa la calidad actual identificadora de toda relación eneádica de integración.

La memoria semiótica exigirá tener siempre en cuenta que “h” se interpreta como una *forma* mediante la cual queda *superada* la contradicción (“-u & u”) inherente a los valores de otra determinada forma (“f”).

Al estudiar la operación de *sustitución* se afirmó su necesidad para la producción del *conocimiento*; éste se constituye como una relación entre dos

semiosis, mediante los valores de una de las cuales se sustituyen los valores de la otra. Las relaciones *internas* de una única semiosis pueden ser experimentadas pero no conocidas; el conocimiento metasemiótico de una semiosis (o como habitual y más restringidamente suele decirse, “metalingüístico de un lenguaje”) ocurre a condición de desdoblar tal semiosis para que pueda cumplirse la sustitución.

La operación de *sustitución* es, también, necesaria para la producción de la *historia*. La contradicción, como característica inherente a toda sustitución, plantea la necesidad de su resolución y la actualización de tal resolución (producida por aplicación de la operación de superación) afirma su presencia en cuanto historia: *histórico es aquello cuya contradicción se resuelve*. Las relaciones de sustitución internas a un par (al menos) de semiosis constituyen una experiencia actual, pero no proporcionan conocimiento histórico; la evolución metasemiótica de una semiosis ocurre a condición de desdoblar tal semiosis para que pueda superarla (y, por tanto, mostrar como histórica) la contradicción emergente de tal desdoblamiento.

Pero ni el conocimiento ni la historia *ocurren* en las virtualidades de la articulación (que, por supuesto, deberá serlo de pares de valores sustituyentes-sustituídos) sino *en la actualización de tales virtualidades*. Y éste es el ámbito en que se aplica la operación de integración ahora estudiada en función de la relación de diacronía.

Lo que en este caso se integra son, por tanto, *formas perceptibles sustitutivamente valoradas e identificadas como superadoras* (al menos, en alguna de las instancias de *recurrencia* que se han establecido) de otras formas también sustitutivamente valoradas. El esquema lógico de este trabajo, en función de cuanto se ha venido desarrollando, adquiere una cierta complejidad al enunciar simbólicamente las relaciones actuales de integración involucradas en toda superación:

$$\text{“Sup} \left\{ \begin{array}{l} R_n^0 f_a(-u \vee w)_a \dots f_n(-u \vee w)_n \\ R_n^0 g_a(-w \vee u)_a \dots g_n(-w \vee u)_n \end{array} \right\} \text{”} \equiv$$

T_1

$$\equiv \underbrace{\left\{ \begin{array}{l} R_n^o h_a(-p \vee q)_a \dots h_n(-p \vee q)_n \\ R_n^o i_a(-q \vee p)_a \dots i_n(-q \vee p)_n \end{array} \right\}}_{T_2} "$$

o sea, la superación del par de relaciones actuales de integración sustituyente-sustituida equivale a la identificación de un nuevo par de relaciones actuales de integración sustituyente-sustituida.

Conforme a la lectura que viene desarrollándose, se trata de dos pares de relaciones de integración, correspondiente uno al momento “ T_1 ” y el otro al momento “ T_2 ”. Pero la señalización de estos tiempos diferentes no basta para afirmar la diacronía, ya que puede tratarse de dos semiosis en interrelación sustitutiva, correspondientes a dos momentos diferentes, pero que *pueden no estar* históricamente vinculados. Sólo el término simbólico “Sup” advierte acerca de que la relación entre ambos pares es (aquí, por definición) de superación. La memoria semiótica sabe, pues, que, además de interpretar al segundo como una relación de sustitución vigente en un momento dado en una determinada sociedad, *tal relación resuelve las contradicciones* inherentes a la relación de sustitución del par precedente, sin que todavía haya emergido en la conciencia epistemológica social la propia contradicción inherente a la relación de sustitución del par actual. En otras palabras, *la crítica histórica*, aplicando la operación de superación, ha enunciado ya la contradicción inherente al primer par (al producir al segundo como superador), pero todavía no ha intervenido sobre ese segundo par. Las advertencias de la crítica hacia la crítica de su propio lenguaje son fruto del conocimiento del destino de toda semiosis, pero no puede transformarse en *praxis*, salvo al precio de esterilizarse por destrucción (y no ya por la “de-construcción”) del lenguaje propio; la superación, en cuanto resultado de la conciencia de la contradicción, sólo puede producirse desde afuera del texto en que se afirma.

La utilidad del esquema lógico recién enunciado consiste, fundamentalmente, en establecer las *relaciones de integración* cuya identificación es necesaria para poder estudiar la existencia o no o en qué grado de una concreta superación en una determinada sociedad, así como en establecer la *calidad de las relaciones* (de sustitución y de diacronía) que vinculan a tales relaciones de integración. También constituye el esquema metodológico que guía cualquier investigación acerca de la *historia de una semiosis concreta* (y, por tan-

to, de cualquier objeto semiótico; teniendo en cuenta que ningún objeto semiótico puede conocerse, pero sí usarse, sin conocer su historia). Esto implica aproximarse a la hipótesis de que *el conocimiento de la significación* de cualquier fenómeno (en cuanto objeto semiótico y todo fenómeno lo es) no radica tanto en *el conocimiento de su capacidad sustituyente o de su capacidad para ser sustituido* (que es como se presenta a la *evidencia*, en un momento de una sociedad determinada), como en *el conocimiento de la diferencia* que, en cuanto sustituyente o sustituido, manifiesta respecto de esa misma capacidad en un momento precedente. Mientras no hayan sido identificadas esas *cuatro relaciones de integración* (en cuanto mínimo lógico) e interpretadas en conformidad con los correspondientes datos empíricos, no podrá establecerse la *plenitud significativa* de ningún fenómeno en estudio.

Las transformaciones lógicas que permiten pasar de “ T_1 ” a “ T_2 ” ya han sido elementalmente enunciadas y, para los alcances de este trabajo preliminar, suficientemente desarrolladas. Lo que permanece como caja negra es todo lo que ocurre en el intervalo que media entre “ T_1 ” y “ T_2 ”; todo lo que hace que las expresiones simbólicas abarcadas por “ T_2 ” *hayan llegado a ser* la efectiva superación de las expresiones simbólicas abarcadas por “ T_1 ”.

En principio, la oportunidad de tratar aquí este tema se fundamenta en la calidad *actual* de la relación de integración; la semiótica aporta una perspectiva según la cual “lo que ocurre” entre “ T_1 ” y “ T_2 ” se modeliza según una relación de integración. En efecto, la transformación cuya constatación permite afirmar que se ha producido un proceso diacrónico-dialéctico de superación es un acontecimiento social y, en cuanto tal, *un fenómeno semiótico concreto y actual*. De este modo, se le impone la *praxis interpretativa* al investigador y a ella debe acudir cuando pretende explicar el proceso de producción de la significación de cualquier fenómeno. La significación adquiere, así, la calidad de lo *concreto*, no en el sentido hegeliano de una realidad metafísica absoluta, sino en el sentido marxiano de una realidad histórico-social elemental. El modelo de esta realidad, en la Teoría Semiótica, se construye como una *relación actual de integración*.

El comportamiento (cualquier comportamiento, individual y/o social) constituye, por tanto, una posible interpretación semiótica del esquema lógico de la relación de integración. En el caso de hechos o fenómenos sociales complejos, distintos comportamientos *se integran* (o sea, las formas que los identifican se vinculan según relaciones *actuales* permitidas por los valores de tales formas, tal como se encuentran disponibles en la *episteme* de una sociedad determinada) entre sí y con objetos y con otros comportamientos (más sistemá-

ticamente y conforme a la semántica modal de los mundos posibles, se tratará de individuos, relaciones y estados de cosas, epistemológicos y no ontológicos; Guillet, E. & P. Gochet, 1990: 539). Esta interrelación permite obtener explicaciones semánticas acerca del proceso de producción de la significación de cada uno de los elementos que constituyen cada integración parcial, así como la del fenómeno total e, incluso, la que vincula a éste con otros cada vez más complejos, cuya interpretación continúa siendo producida según las pautas de atribución, sustitución y superación que se vienen desarrollando.

Al decir que lo que ocurre, en el espacio comprendido entre “ T_1 ” y “ T_2 ” pertenece a la praxis, al comportamiento individual y/o social, no se está eludiendo la formulación de una respuesta lógica y semiótica respecto de tal co-ocurrencia. En principio, porque tal praxis resulta analizable según el modelo de la relación actual de integración; pero, además, porque es posible esbozar, al menos, ciertos criterios formales para evaluar el estado en que se encuentra una semiosis respecto de su propio agotamiento por predominio de las contradicciones inherentes a su propia capacidad sustitutiva. En el apartado anterior, al reflexionar sobre la *operación de articulación* en relación de diacronía, ya se comenzaron a perfilar algunos de tales criterios, principalmente vinculados al estado de *recurrencia* en que se encontraba el sistema de pares de valores involucrados. Ahora, estudiando la operación de integración, el tema requiere retomar la expresión simbólica de la contradicción (“-u & u”) y buscar respuesta a la pregunta: ¿cuándo se agota la eficacia enunciativa de una semiosis?

La respuesta, coherente con los desarrollos precedentes, será: *cundo el efecto enunciativo de “ $R_n^0 f_a(-u \vee w)_a \dots f_n(-u \vee w)_n$ ” deje de corresponderse con el efecto referencial de “ $R_n^0 g_a(-w \vee u)_a \dots g_n(-w \vee u)_n$ ”*. O sea, cuando los integrantes de una determinada sociedad *rechacen* tales efectos enunciativos y prefieran considerar al objeto semiótico como dotado de otros diferentes efectos referenciales. Pero, debe tenerse en cuenta que el objeto semiótico no puede dejar de estar construido por efectos referenciales, cualesquiera que éstos sean; lo contrario implicaría la desaparición (del ámbito perceptual de una comunidad) de ese concreto objeto semiótico (lo que, no obstante, también puede ocurrir). Así pues, si determinados efectos referenciales se excluyen por inadecuados para identificar-diferenciar a un determinado objeto semiótico es porque son otros los seleccionados para cumplir tal función. Pero ningún efecto referencial puede ser identificado en un objeto semiótico sin que haya sido utilizada alguna específica semiosis (sustituyente) para producir los enunciados cuyos efectos enunciativos se los atribuyan. Así, la negación de determinados efectos referenciales sólo es posible si se dispone de

otros enunciados de donde provengan los otros efectos referenciales que se afirman.

Es el momento histórico de *la lucha por el poder* entre semiosis diferentes. El poder por el que se lucha es *el poder de establecer los efectos enunciativos que atribuirán determinada significación al mundo*; o sea, que establecerán los efectos referenciales según los cuales se valorarán los objetos semióticos constitutivos de la identidad de una sociedad.

Esta lucha tiene una determinada duración (si bien con márgenes muy diferentes) según las circunstancias en que, una y otra vez, se va planteando en el transcurso histórico de una sociedad. Pero es durante su transcurso cuando se produce el progresivo acceso a la conciencia social epistemológica del *agotamiento de una determinada semiosis* (lo que no constituye un incremento sino una variación en los contenidos de tal conciencia); o sea, cuando se toma conciencia de las contradicciones inherentes a la semiosis cuyos efectos enunciativos se rechazan. Durante este proceso el efecto enunciativo irá siendo considerado, progresivamente, *cada vez más exclusivamente un efecto enunciativo* y el efecto referencial *cada vez más exclusivamente vinculado a tal efecto enunciativo y distanciado del objeto semiótico*. Se agudiza, pues, la conciencia de la *artificialidad de la operación de sustitución*. Esto quiere decir que se aproximan las eficacias enunciativa (“-u v w”) y referencial (“-w v u”); cuando se identifican (“(-u v w) & (-w v u)”), todo es (“-u & -w”): por una parte (“-u”), mera semiosis sustituyente que ya no sustituye sino que se contradice consigo misma (el puro nominalismo sin eficacia pragmática) y, simultáneamente, al vaciar de eficacia sustitutiva a una semiosis, parece quedar un resto (“-w”) en el objeto semiótico, que estaría constituido por la mera semiosis sustituida, la cual, al no estar ya sustituida por ninguna otra semiosis, pierde la posibilidad de ser conocida. Pero esto ocurre, tan sólo, refiriéndola a la semiosis sustituyente en vías de agotamiento; son los efectos referenciales que de ella derivan los que llevan a percibir el objeto semiótico como contradictorio consigo mismo: sustituido desde una semiosis cuya capacidad sustitutiva se niega. Esta situación extrema no ocurre (cuando no ocurre) porque, en la práctica, ya otra semiosis ha comenzado a sustituir al objeto semiótico y sus precedentes efectos referenciales (contradictorios) van siendo desplazados por los efectos referenciales procedentes de la semiosis superadora. Cuando aquella situación de extrema contradicción ocurre y ninguna semiosis logra superarla, el objeto semiótico *efectivamente desaparece* de la episteme de esa sociedad y se transforma en *objeto semiótico mítico*, o sea, mero efecto enunciativo de una semiosis agotada.

Como anticipara, este proceso no se inicia si (salvo el caso límite recién mencionado), en la praxis social, no se ha hecho presente una nueva semiosis sustituyente con *apetencia* de ser sustituyente de ese objeto semiótico. La situación semiótica en este límite entre “T₁” y “T₂” podría expresarse (icónicamente) mediante el siguiente esquema simbólico:

$$\text{“Límite } T_1/T_2 \text{”} \left\{ \begin{array}{l} R_n^0 f_a(-u \vee w)_a \dots f_n(-u \vee w)_n \ \& \ R_n^0 h_a(-p \vee q)_a \dots h_n(-p \vee q)_n \\ R_n^0 \left\{ \begin{array}{l} g_a(-w \vee u)_a \dots g_n(-w \vee u)_n \\ i_a(-q \vee p)_a \dots i_n(-q \vee p)_n \end{array} \right\} \end{array} \right\}$$

En este punto-medio-ideal, puede suponerse que la semiosis sustituyente “F” no ha perdido toda su eficacia sustituyente y que la semiosis sustituyente “H” no ha adquirido toda su eficacia sustituyente; en consecuencia, la semiosis sustituida aparece, al mismo tiempo, construida todavía como “G” y ya como “I”. En la praxis, esto puede manifestarse como una ambivalencia, con las consiguientes oscilaciones (relativamente arbitrarias), en la consideración del correspondiente objeto semiótico (uno y múltiple, simultáneamente), o bien como una polarización entre los integrantes de determinada sociedad, una parte de los cuales utiliza todavía la semiosis “F” con la que construye el objeto semiótico “G” y otra parte de los cuales utiliza ya la semiosis, “H” con la que construye el objeto semiótico “I”.

Los usuarios de “H” tratarán de mostrar aquellos aspectos: “[$(u \vee w) \vee (-u \vee u) \vee (-w \vee w) \vee (-u \vee w)$]]”, como los síntomas del agotamiento de “F”, rechazando, en consecuencia, la calidad referencial “G” del objeto semiótico producido por “F”. Los usuarios de “F” pueden tratar de demostrar que la semiosis “H” es una propuesta ya agotada aún antes de su aplicación; lo que requiere mostrar los aspectos: “[$(p \vee q) \vee (-p \vee p) \vee (-q \vee q) \vee (-p \vee -q)$]]” inherentes a “H”. Ello sólo será válido en cuanto “H” resulte ser, no una superación de las contradicciones de “F”, sino una pretensión de reutilizar semiosis que ya habían sido superadas por (o previamente a) “F”.

Esto permite esbozar algunos criterios de evaluación respecto de la aceptación o no de la *calidad superadora* de una pretendida (por el momento) nueva semiosis “H”. Una semiosis *inválida* (y una semiosis cuya calidad superadora resultase falsa, lo sería) es necesariamente una semiosis *regresiva*; no existe la posibilidad de una semiosis inválida en cuanto totalmente independiente de la historia. Cualquier *fantasía* (por poética o disparatada que sea) es una transformación de lo conocido, actual o histórico. Parafraseando a Peirce,

podría decir que si pudiera existir algo que no fuese una transformación de lo conocido, *eso no sería semiosis a los efectos de este trabajo*. Por tanto, la eventual crítica a una propuesta de nueva semiosis se deberá fundamentar sobre la detección de semiosis o partes de semiosis *ya superadas* a las que se pretende reutilizar como superadoras de otra semiosis vigente. Ello porque toda superación lo es de contradicciones específicas y genera, a su vez, sus propias contradicciones, las que requerirán de superaciones específicas. Por ello es posible *probar* que una determinada semiosis es regresiva: basta con verificar que los enunciados que hacían inconsistente a la semiosis que se pretende superada continúan haciendo inconsistente a la semiosis que se pretende como superadora y que, así, queda confirmada como regresiva. El buen recuerdo de cómo con determinada semiosis se superaron determinadas contradicciones, nada tiene que ver con la eficacia para superar las contradicciones de una semiosis actual.

Salvo esta situación de semiosis regresiva, no puede pretenderse mostrar los aspectos contradictorios inherentes a “H” más que produciendo los efectivos enunciados en los que se actualizan sus posibilidades sustitutivas y, sólo entonces, emergerán las contradicciones y será posible tomar conciencia de ellas.

Esto no quiere decir que no puedan existir *semiosis alternativas de superación*. En la praxis social, no es siempre la racionalidad en la evaluación de la precisa superación de específicas contradicciones la que decide acerca de la vigencia de una u otra semiosis, supuestas ambas (o varias) con capacidad (en diverso grado) de superación. Pasa a ser un problema de oportunidad en el acceso o el ejercicio del poder y, por tanto, un problema político. Esto no excluye que el analista disponga de instrumentos especialmente esclarecedores, cuando maneja estos criterios y esta metodología, para la evaluación de la contienda y de la decisión políticas.

24. TS3

Formulación de TS3: Teorema de la Historicidad del Objeto Semiótico (E.8.c.)

El tercer teorema semiótico (TS3) surge a partir de las entidades y operaciones que han quedado definidas y desarrolladas en los apartados anteriores y ha quedado formulado en los siguientes términos: “para todo n-par de pares de formas y valores, en relación de diacronía y con n-recurrencia de superaciones, la existencia de una enésima relación actual de integración

de formas resultantes de la superación de las contradicciones inherentes a los valores que identificaban un universo de formas sustituyentes y/o sustituidas, y la existencia de una enésima relación virtual de articulación de valores resultantes de la superación de las contradicciones inherentes a un universo de valores sustituyentes y/o sustituidos, *equivalen* a la existencia de una enésima relación semiótica de formas valoradas como superación de las precedentes”.

Como se vio anteriormente, su expresión simbólica, a partir de las premisas:

- a) $(F \text{ Sinc } G)_{t1} \text{ Diac } (H \text{ Sinc } I)_{t2}$
- b) $\text{Rec } N (\text{Sup } R_2 F(-U \vee W) \ \& \ R_2 G(-W \vee U))$

puede formularse del siguiente modo:

$$\begin{aligned} & (f)(u)(g)(w)(h)(p) [\exists R_n^O (f_a(-u \ \& \ u)_a \rightarrow h_a) \dots (f_n(-u \ \& \ u)_n \rightarrow h_n) \ \& \\ & \ \& \exists R_n^* ((-u \ \& \ u)_a \rightarrow p_a) \dots ((-u \ \& \ u)_n \rightarrow p_n)] \equiv \\ & \equiv \exists R_n^S (R_2 h_a p_a) \dots (R_2 h_n p_n) \end{aligned}$$

Como, también, ya se dijo, TS3 requiere la posibilidad de conocimiento de *dos conceptos semióticos*:

“**formación**” $\equiv$ “ $R_n^* ((-u \ \& \ u)_a \rightarrow p_a) \dots (-u \ \& \ u)_n \rightarrow p_n$ ”; lo que ocurre por articulación;

“**enunciación**” $\equiv$ “ $R_n^O (f_a(-u \ \& \ u)_a \rightarrow h_a) \dots (f_n(-u \ \& \ u)_n \rightarrow h_n)$ ”; lo que ocurre por integración; y

de TS3 surge, asimismo, la posibilidad de conocimiento de *un nuevo concepto semiótico*:

$$\text{“significación del objeto semiótico”} \equiv \text{“} R_n^S (R_2 h_a p_a) \dots (R_2 h_n p_n) \text{”}.$$

Respecto de estos conceptos, el investigador debe tener en cuenta el doble atributo de *fugacidad* y *ocultamiento* que los caracteriza. Puede hablarse de “fugacidad” en cuanto, apenas producidos, su presencia en la sociedad adopta las formas de *sistemas*, *enunciados* y *referentes*. De ese modo están disponibles en determinada sociedad para producir el significado del entorno y del propio comportamiento de dicha sociedad. Y es también en este mismo sentido que puede hablarse de “ocultamiento”, ya que los *procesos de enseñanza, aprendizaje y praxis* tienden a (o efectivamente logran) estereotiparlos como “la verdad” y/o “el deber ser”, perdiendo su fundamental enraizamiento en la historia. Uno de los aspectos combativos de la Teoría Semiótica (y por el cual es combatida) consiste en su constante preocupación por instaurarse como una crítica histórica de los significados vigentes en determinado momento de una concreta sociedad; con plena conciencia de la propia inclusión de dicha Teoría Semiótica en la historia, provocando (e, incluso en ocasiones, anticipando) su propia superación.

El último concepto semiótico enunciado, el de “significación”, ha constituido el objetivo cognitivo del presente trabajo. Se ha tratado de seguir el proceso de su surgimiento, desde las operaciones más elementales del conocimiento, hasta su aplicación constitutiva del *Objeto Semiótico*.

A este respecto, el investigador debe tener en cuenta el carácter *múltiple* de dicha significación. Con ello me ubico en un punto polarmente opuesto al de la “*mathesis universalis*” de Leibniz, ya que ésta, desde la perspectiva aquí considerada, equivaldría al fin de la historia. El estudio de las *semiosis* disponibles en cada sociedad y en cada momento de la historia de cada sociedad muestra su *diversidad*, tanto en cuanto instrumentos productores de significación, como en cuanto objetos (provisionalmente) significados. *La vida de la sociedad es la vida de sus signos* (paráfrasis, nuevamente, muy próxima a Peirce) y esta metáfora (que puede pecar de organicista) da cuenta poética de las *relaciones de contradicción* inherentes al propio concepto de semiosis, inherentes a la distancia entre enunciado y referente e inherentes, también, a la diversidad de las semiosis simultáneamente vigentes en una comunidad. Porque la significación es, *sincrónicamente*, múltiple, la estructura social es compleja, competitiva e, incluso, contradictoria. Pero, también, porque la significación es, *diacrónicamente*, múltiple, la estructura social tiene historia, en cuanto proceso de superación de tales contradicciones.

La Teoría Semiótica se establece en este espacio epistemológico constituido por el proceso de producción de la significación. Al establecer, de modo inescindible, *la relación entre significación e historia*, plantea exigencias es-

pecíficas a la propia epistemología de la historia. Esta consiste, desde la perspectiva semiótica, en un conjunto de enunciados que sustituyen el proceso de *atribución-sustitución-superación* de los significados según los cuales se identifican los concretos objetos semióticos (o el mundo semiótico posible de tales objetos semióticos) pertinentes a una determinada sociedad. Por consiguiente, toda historia es ideológica (lo que no la perjudica, sino que, como a la significación, la constituye) ya que tales enunciados producen un *referente* vinculado a la semiosis (o lenguaje o dialecto) de donde proceden dichos enunciados. También, desde este enfoque, se excluye el concepto de “verdad histórica”, al que se sustituye por el de “significación histórica” (que no es otra que la historia de la significación producida por la historia); y de la significación no puede cuestionarse su *verdad* sino su *eficacia*, ni cuestionarse su *error* sino su *diferencia*.

CUARTA PARTE

**ESBOZO SEMIÓTICO PARA UNA METODOLOGÍA
DE BASE EN CIENCIAS SOCIALES**

ESBOZO SEMIÓTICO PARA UNA METODOLOGÍA DE BASE EN CIENCIAS SOCIALES* **

SUMARIO

I, II, III, IV y COMENTARIOS

I.

1/ Cuando se habla de “investigación científica en ciencias sociales” y cuando se habla de “investigación científica en ciencias naturales”, se está hablando, tanto en uno como en otro caso, de “investigación científica”.

2/ Así enunciado, resulta intuitivamente cierto que, junto a la existencia de actividades de investigación científica, se está afirmando la existencia posible de actividades científicas que no sean de investigación, de actividades de investigación que no sean científicas y, por supuesto, de actividades que no sean ni científicas ni de investigación.

* Han colaborado en este trabajo: Cristina Baccin, Nancy Adriana Fernández, Carlos Eduardo Gassmann, Roque Graciano, Juan Domingo Masiuk y Miriam Silvestre, investigadores de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata.

** Agradecemos a quienes leyeron los originales de este trabajo y nos aportaron sus sugerencias: Dr. Aníbal Bibiloni, Ing. Julio Cuyás, Dr. Osvaldo Ferrer, Dr. Héctor Lahitte, Prof. Ural Amor Pérez y Dra. Giovanna Winchler; ello no les obliga a compartir nuestros puntos de vista y, por supuesto, no son responsables por nuestros eventuales errores.

3/ Suele dudarse o ser motivo de debate el tema de si, cuando se habla de “ciencias sociales”, corresponde efectivamente hablar de “ciencia” e, incluso de “investigación científica”; tal duda o debate supone que determinado tipo de actividades pueden desarrollarse en el ámbito de las ciencias sociales siendo, no obstante, investigación no científica o actividad que no sea científica ni de investigación.

4/ Al plantearse, aquí, el problema como pertinente a las denominadas “ciencias sociales” se parte del supuesto de que lo social puede ser objeto de conocimiento científico; de lo contrario se hablaría de “disciplinas o doctrinas sociales”.

5/ El desarrollo que sigue interesa solamente a quienes comparten (o están dispuestos a discutir lealmente) el supuesto de la existencia de las ciencias sociales; en esta oportunidad, no sería oportuno retrotraer, hasta las primeras justificaciones de tal supuesto, el tratamiento crítico del problema (sin desconocer que, en algunos ámbitos académicos, todavía resulta importante, si bien ya es de escaso interés); se admitirá, por tanto (con toda la provisionalidad que se desee), que existe la posibilidad de un *conocimiento científico de los problemas sociales*; al conjunto de los lenguajes mediante los cuales se produce dicho conocimiento se los denomina, en este trabajo, “ciencias sociales” (i) (ii).

6/ Bajo este supuesto, en las ciencias sociales existen *investigaciones científicas*, así como también otros tipos de actividades que no sean de investigación pese a ser científicas; lo que quedaría fuera del ámbito que acaba de acotarse sería el conjunto de actividades que pretendiendo ser de investigación no sean científicas; por supuesto, se excluyen también las actividades que no siendo científicas tampoco sean de investigación.

7/ De aquí en adelante se hablará exclusivamente de algunos aspectos relativos a las *investigaciones científicas en el ámbito de las ciencias sociales*.

II.

8/ El objeto de conocimiento de las ciencias sociales está constituido por el universo de los fenómenos sociales.

9/ Se califica, aquí, como “social” a la *representación/ interpretación* actual o histórica, vigente en determinada comunidad, de algún fenómeno, incluyendo tanto a los denominados “culturales” como a los denominados “naturales”; la calidad de *social* no proviene, por tanto, de un determinado ámbito de emergencia de un fenómeno, sino de determinada operación que lo genera (en cuanto *modo* de aparición y de apariencia) (iii) (iv).

10/ Se entiende, en este trabajo, por “representación” la específica identificación *perceptual* (sensorial o imaginaria) de determinadas formas (y de su interrelación), pertenecientes a un determinado fenómeno, en función de su *interpretación* posible, en determinado momento de determinada sociedad (v) (vi) (vii).

11/ Se entiende, en este trabajo, por “interpretación” la asignación *conceptual* de determinada significación a determinado fenómeno, en función de su *representación* posible, en determinado momento de determinada sociedad (viii).

12/ “Representación” e “interpretación” se definen, por tanto, recursivamente; en este trabajo, tales términos se utilizarán indistinta o conjuntamente para especificar la calidad de la información en ciencias sociales, pero diferenciadamente según el enfoque del tema en el que se los incluya (ix).

13/ Decir que “los fenómenos sociales son el objeto de conocimiento de las ciencias sociales” equivale a decir que “las ciencias sociales estudian los modos de representación/ interpretación social de cualquier tipo de fenómenos” (x).

14/ Se entiende, en este trabajo, por “investigación” en el ámbito de las ciencias sociales, el proceso de elaboración de una explicación acerca de cómo y/o por qué y/o con qué resultado y/o a partir de qué precedente, a un determinado fenómeno se lo representa/interpreta de determinada manera en determinado momento de determinada sociedad (xi).

15/ Existe, por ejemplo, un *modo* jurídico de representar/ interpretar cualquier tipo de fenómenos (desde un terremoto hasta la edición de un libro) y existen otros *modos* (psicológico, sociológico, histórico, antropológico, comunicacional, lingüístico, etc.) de representar/interpretar ese mismo fenómeno; cada uno de estos *modos* constituye la especificidad del objeto de conocimiento de cada una de las ciencias sociales.

16/ Para que, en el ámbito de las ciencias sociales, una investigación sea científica, el proceso de elaboración de la mencionada explicación debe llevarse a cabo utilizando correcta y adecuadamente (o sea, conforme a las pertinentes reglas sintácticas y semánticas) el lenguaje particular de la ciencia correspondiente.

17/ El lenguaje de las ciencias sociales da cuenta de los distintos modos (sociales) de representación/interpretación de fenómenos cualesquiera; esta elaboración (social) de los fenómenos es ya un lenguaje: aquel mediante el

cual los integrantes de una determinada sociedad *interpretan* intuitivamente la representación posible de los fenómenos de su entorno; en consecuencia, el lenguaje de las ciencias sociales es un metalenguaje (xii) (xiii) (xiv).

18/ Una investigación científica, en el ámbito de las ciencias sociales, necesita disponer, previamente, de un determinado conjunto de operaciones intermedias que establezcan la correspondencia bi-direccional entre el lenguaje (natural-intuitivo) que produce la representación/interpretación social de determinado fenómeno y el metalenguaje (teórico-crítico) que produce su explicación científica; ese conjunto de operaciones intermedias constituye la metodología de investigación en ciencias sociales (que es, por tanto, un metalenguaje de segundo grado) (xv).

19/ De aquí en adelante, se hablará exclusivamente de algunos aspectos relativos a las *características metalingüísticas de la metodología de las investigaciones científicas en el ámbito de las ciencias sociales*.

III.

20/ Un investigador en ciencias sociales necesita tener en claro determinados aspectos relativos a la *etapa inicial* de su tarea: *la recopilación de los datos y de la información* (xvi).

21/ En principio, puede decirse que sus *datos* no son los fenómenos sino los *discursos sociales* acerca de los fenómenos (xvii).

22/ Puede decirse, también en principio, que su *información* no son los datos sino las *representaciones/interpretaciones* que en ellos (o sea, en el discurso social) pueden identificarse (xviii) (xix) (xx) (xxi).

23/ La *representación social* de un fenómeno es el correlato perceptual de la interpretación social de tal fenómeno y ambas se materializan en el *discurso social* (verbal, gráfico, objetual, comportamental, musical, etc.), que no es sólo su soporte físico sino, también, el instrumento para su producción.

24/ Se denomina, en este trabajo, “discurso social” el conjunto existencial de las construcciones que circulan en una sociedad, con eficacia para la efectiva producción y/o reproducción de representaciones perceptuales y de interpretaciones conceptuales o valorativas. El discurso científico integra el universo del discurso social; no obstante, en este trabajo, por simplicidad en la designación, prefiero utilizar la expresión “discurso social” como lo que queda al excluir de él al discurso científico (xxii).

25/ “Representación”, “interpretación” y “discurso” son término que designan, aquí, conjuntos (enumerablemente infinitos) de representaciones, interpretaciones y discursos.

26/ Resumiendo: los *datos* para una investigación en ciencias sociales son, por tanto, *los discursos sociales en los que se materializan las interpretaciones* que reciben las representaciones de determinados fenómenos, en determinado momento de determinada sociedad.

27/ *La interpretación que recibe la representación de determinado fenómeno*, tal como se materializa en determinado discurso social, constituye la *información de base* para una investigación en ciencias sociales.

28/ La personal percepción inmediata que del fenómeno puede tener el investigador es, tan sólo, una de tales múltiples representaciones socialmente interpretadas.

29/ Cuando el investigador incorpora, como dato, el testimonio de su percepción personal del fenómeno, está incorporando un discurso social más; advirtiendo este carácter, puede hacerlo; de lo contrario suele adquirir, en la investigación, el valor de un discurso privilegiado (ya que contrasta a los restantes testimonios acerca del fenómeno en estudio con su propia observación, haciendo de ésta la segura portadora de la máxima garantía de objetividad).

30/ La pretensión de percepción personal e inmediata del fenómeno le oculta (haciéndoselo inobservable o sea, perdiéndolo) el carácter interpretativo/representacional de cualquier percepción humana (es decir, el carácter de *ya interpretado* que posee todo fenómeno, en cuanto representable o percibible); con ello desnaturaliza la calidad de objeto de conocimiento social del fenómeno en estudio, que sólo se constituye en tal en cuanto ya interpretado en alguno (o varios) discursos sociales y en función de alguna (o varias) de sus representaciones sociales vigentes.

31/ La afirmación acerca de que lo que precisa identificar como información de base consiste en el conjunto (o subconjunto cuya pertinencia deberá justificar) de representaciones/interpretaciones actuales o históricas del fenómeno en estudio, *no es una mera regla de procedimiento metodológico*, sino una efectiva exigencia cognitiva (en el estado actual de la ciencia cognitiva): cualquier identificación o descripción de un fenómeno lo es a partir de determinado sistema social de representación/interpretación; la pretensión de captar el fenómeno en sí y objetivamente lleva implícito el sistema de valoraciones desde el que se lo identifica, describe e interpreta; en tal caso, lo que debería ser objeto de la investigación (la explicación que se pretende) se da ya

por puesta o aplicada al fenómeno; si ya se sabe *lo que es* (en cuanto identificable por sus cualidades propias), no es objeto de conocimiento sino de reconocimiento (en cuanto aserción intuitiva de tales cualidades); pero no hay intuición original o no contaminada (es decir, toda intuición está históricamente condicionada); así, tomar el fenómeno como dato positivo y no interpretado es tomarlo tal como alguna interpretación (no explicitada) permite representarlo; la pretendida investigación no desarrollaría más que el conjunto de variaciones posibles en el interior de determinado sistema de valores (xxiii).

32/ Este es, de hecho, el modo en que cada miembro de determinada sociedad se representa e interpreta los fenómenos de su entorno; el investigador científico, en la especificidad de su tarea, no toma la posición de un usuario nativo de los sistemas de representación/interpretación vigentes en su sociedad; es usuario de un lenguaje científico (un metalenguaje) mediante el que explica el funcionamiento de los lenguajes naturales en la producción de tales representaciones/interpretaciones.

33/ Así como no existe un acceso inmediato al fenómeno en sí, no existe acceso inmediato a la interpretación ni a la representación (en sí) de tal fenómeno; ésta *tampoco es una mera regla de procedimiento metodológico* sino que responde a las exigencias del razonamiento lógico (en el estado actual de la ciencia de la lógica): la interpretación y la representación son *inferencias* (cuya producción debe probarse), el único elemento *observable* es el discurso social (xxiv).

34/ El discurso social materializa, al producirlas, las representaciones e interpretaciones posibles, en determinado momento de determinada sociedad; pero, también, el discurso social materializa, al utilizarlas, las operaciones cognitivas disponibles para la producción de representaciones e interpretaciones, en determinado momento de determinada sociedad.

35/ El discurso social, así entendido, constituye la entidad observable (el dato) en la que interviene el investigador en ciencias sociales para, mediante las operaciones analíticas correspondientes, establecer las características de representación e interpretación (la información) con las que habrá de elaborar la explicación acerca de la significación que adquiere determinado fenómeno, en determinado momento de determinada sociedad.

36/ Al recopilar datos, el investigador formula (explícita o implícitamente; y es preferible explicitarla) una hipótesis: que esos datos son *adecuados, necesarios y suficientes* para elaborar la explicación que se propone; es, por tanto, un riesgo que asume: probar, a lo largo de su trabajo, tal adecuación,

necesariedad y suficiencia; al conjunto de estas características se las denomina, en este trabajo, la “pertinencia” de los datos (xxv).

37/ Estas tres características no son, pues, inherentes al fenómeno sino al discurso social.

38/ La recopilación de los datos no es, por tanto, una tarea evaluable en función del fenómeno (lo que implicaría un uso perverso del concepto de “objetividad” o de “realidad”), sino que está en función de la representación/interpretación cuya producción, respecto de determinado fenómeno, se propone explicar.

39/ A la objetividad y realidad de determinada representación/interpretación de determinado fenómeno, en cuanto efectivamente producida por y materializada en determinado discurso social, en un determinado momento de determinada sociedad, se las denomina, en este trabajo, su “vigencia” (xxvi).

40/ Esto incrementa el riesgo del investigador, ya que la hipótesis acerca de la *pertinencia* de los datos que recopila depende de otra hipótesis previa acerca de la *vigencia* de la información que, mediante las operaciones analíticas, habrá de identificar; hipótesis que, a su vez, depende de la *probabilidad* de una hipótesis inicial acerca del contenido de la explicación que propone para el fenómeno en estudio.

41/ O sea, el investigador formula (en tercer lugar) la hipótesis (de trabajo) de que los datos que recopila son *pertinentes*, en función de haber formulado (en 2º lugar) la hipótesis (metodológica) de que determinadas operaciones analíticas le permitirán identificar (en dichos datos) las relaciones *vigentes* utilizadas para la representación/interpretación de determinado fenómeno, en función, a su vez, de la hipótesis (teórica) formulada (en primer lugar) acerca de la *probabilidad* de la explicación propuesta.

42/ Se entiende por “probabilidad” de una explicación, en este trabajo, la posibilidad de demostrar que la significación de un fenómeno se construye, en determinado momento de determinada sociedad, por la concreta eficacia de determinadas representaciones/interpretaciones (xxvii).

43/ La investigación puede demostrar que la hipótesis (3ª) de trabajo era falsa o sea, que los discursos sociales recopilados no resultaron pertinentes para identificar las relaciones (de representación/interpretación) capaces de producir la explicación que se pretendía.

44/ También puede resultar falsa la hipótesis (2ª) metodológica, al comprobar que determinadas operaciones, efectivamente aplicables al discurso

social analizado, no son las adecuadas para identificar las representaciones/interpretaciones con las que determinada sociedad construye la significación de determinado fenómeno en determinado momento.

45/ Por supuesto, también puede resultar falsa la hipótesis (1^a) teórica, al demostrarse que ninguna clase de representaciones/ interpretaciones efectivamente vigentes en determinada sociedad logra probar el contenido significativo atribuido (supuesto), por el investigador, a determinado fenómeno.

46/ En los dos primeros casos, la investigación se retrotrae al momento inicial, haciéndose necesario planificar una nueva recopilación de datos, en el primer caso, y nuevas operaciones analíticas, en el segundo; el fracaso de una u otra de estas hipótesis no arrastra necesariamente el fracaso de la otra o de la una, pero también pueden darse conjuntamente; o sea, las representaciones/interpretaciones pueden ser las efectivamente vigentes para atribuir significado a determinado fenómeno, pero no se encuentran materializadas en los discursos sociales recopilados; o bien, los discursos sociales las contienen, pero las operaciones analíticas no son las eficaces para identificarlas; por supuesto, ambos fracasos pueden concurrir, con lo cual la hipótesis teórica acerca del contenido significativo de determinado fenómeno sigue siendo un mero supuesto probable pero no probado (xxviii).

47/ En el tercer caso, el del fracaso de la hipótesis teórica (lo que sólo puede establecerse mediante una recopilación adecuada, necesaria y suficiente del discurso social y mediante la aplicación de operaciones analíticas eficaces para la identificación de las representaciones/interpretaciones socialmente vigentes, pero que no conducen a la prueba de la explicación propuesta), resulta necesario formular una nueva hipótesis explicativa; esta nueva hipótesis, en la práctica de la investigación, por lo general, ya habrá resultado probada; el contenido de la conclusión alcanzada contradiría al contenido de la hipótesis inicial, pero la investigación resultaría válida con el solo requisito de formular explícitamente dicha contradicción o, incluso (ya que la ciencia es un acto de comunicación), sustituyendo, en el informe final, el contenido de la hipótesis inicial fracasada y formulando, en su lugar, el contenido de la conclusión alcanzada (xxix) (xxx).

48/ No obstante, toda investigación científica produce un efecto de conocimiento: en los casos supuestos (el fracaso de las hipótesis), se habría establecido (al menos, provisionalmente) la no pertinencia de los datos y/o la no vigencia de la información y/o la no probabilidad de la explicación; exclusiones que implican un incremento de conocimiento.

49/ En resumen, no existen datos valiosos por sí mismos, sino datos útiles para fines determinados; no existen operaciones analíticas eficaces por sí mismas, sino operaciones analíticas eficaces para fines determinados; y, por supuesto, no existen explicaciones necesariamente probables, sino explicaciones posibles.

IV.

50/ Por cuanto antecede, el investigador en ciencias sociales necesita también tener en claro determinados aspectos de *la segunda* de las grandes etapas en que se distribuye su tarea: *el análisis de la información*.

51/ En este trabajo, se entiende por “análisis de la información” la aplicación de un conjunto de operaciones técnicas mediante las cuales se identifica, contrasta y transforma (segundo metalenguaje), conforme a las reglas específicas de cada una de las ciencias sociales (primer metalenguaje), la información producida/reproducida en el discurso social recopilado (lenguaje objeto) (xxx1).

52/ Este conjunto de operaciones técnicas no difiere, *en cuanto a su naturaleza*, de aquellas mediante las que cada integrante de una sociedad interpreta la información de que dispone (xxxii).

53/ Este conjunto de operaciones técnicas difiere fundamentalmente, *en cuanto a las exigencias impuestas a su aplicación*, de aquellas mediante las que cada integrante de una sociedad interpreta la información de que dispone.

54/ La confusión o, al menos, la no clara delimitación entre esta proximidad en la naturaleza de las operaciones y esta divergencia en las exigencias de su aplicación, mantiene activo el debate acerca de la calidad científica del conocimiento de los fenómenos sociales, así como de la correspondiente investigación.

55/ También contribuye a mantener dicho debate la carencia o la parcialidad en la formalización de los lenguajes específicos a cada una de las ciencias sociales; se entiende, aquí, por “formalización” la existencia de definiciones explícitas de *los términos teóricos y metodológicos* utilizados en dichas ciencias; además, por supuesto, el conjunto de tales definiciones habrá de cumplir con las exigencias lógicas generales de ser *completo, consistente y decidable*.

56/ La primera dificultad: el no diferenciar adecuadamente entre la naturaleza de las operaciones mediante las que se interpreta (que es compartida por todo ser humano) y las *exigencias* impuestas a la aplicación de tales operaciones (que son específicas a la calidad científica de la interpretación), es fácilmente obvia (al menos, en teoría): el investigador en ciencias sociales *no puede permitirse la interpretación intuitiva* de la información que analiza; se entiende, aquí, por “interpretación intuitiva” la que se obtiene utilizando, de modo acrítico, los lenguajes sociales vigentes (xxxiii).

57/ Esto no quiere decir que la interpretación científica no pueda coincidir con la interpretación intuitiva; no se trata de diferenciar el contenido sino el procedimiento mediante el cual se produce la interpretación; lo que hace científica a una interpretación es el procedimiento, con independencia de que el resultado coincida o no con la intuición (xxxiv).

58/ La segunda dificultad: el encontrarse el lenguaje de las ciencias sociales *en proceso* de formalización (existiendo tan sólo, en su ámbito, sistemas teóricos parcialmente formalizados), proporciona al investigador un espacio propicio a la creación científica, con márgenes (y riesgos) mayores de los que se dispone en el ámbito de las ciencias naturales (xxxv) (xxxvi) (xxxvii).

59/ A este respecto, la tarea del investigador en ciencias sociales, en el momento previo al análisis y atendiendo ya a su implementación, consiste en *formalizar* su metalenguaje de referencia (o sea, en hacer explícitas las definiciones de los términos teóricos y metodológicos en función de los cuales habrá de intervenir analíticamente en el discurso social recopilado) (xxxviii).

60/ El resultado de esta formalización (habitualmente designado “marco teórico”; que no consiste en el enunciado del repertorio de teorías existentes que puedan incidir sobre su objeto de conocimiento, sino en la exposición razonada del lenguaje teórico disponible, en el correspondiente estado de la ciencia y que pueda incidir sobre su objeto de conocimiento) contendrá a) definiciones explícitas (de los términos que designen conceptos y operaciones) *provenientes de las teorías existentes*; de una sola teoría o sintetizando varias (atendiendo, en este último caso, a los problemas relativos a la conmensurabilidad o inconmensurabilidad de teorías) y b) definiciones explícitas (de los términos que designan conceptos y operaciones) *propias* (o sea, elaboradas por el propio investigador), en aquellos aspectos (relativos al objeto de conocimiento de su investigación) que no preexistan en las teorías disponibles (o no hayan sido formalizados en ellas o cuya formalización no le conforme al investigador).

61/ En cualquier caso, el investigador cuidará la coherencia lógica del conjunto de las definiciones que utilice, según los mencionados criterios de completud, consistencia y decidibilidad.

62/ Esta actitud legítima, incluíble dentro de un “constructivismo” teórico, ha contribuido, *por las características desviantes de su utilización*, a difundir cierto desprestigio de las ciencias sociales, al menos desde espacios académicos habituados a disponer de estructuras teóricas totalmente formalizadas e, incluso, expresadas en lenguajes simbólicos que limitan aún más el margen de la ambigüedad terminológica; lo criticable es la no explicitación de las definiciones de los términos que vayan a utilizarse o lo incompleto, inconsistente o indecidible de su conjunto y, en consecuencia, la modificación *ad hoc* de tales definiciones (o la variación en la significación de los términos no definidos) por exigencias del desarrollo de la investigación; este tratamiento ambiguo o, al menos, *blando* de los fenómenos sociales ha aproximado sus resultados a la literatura, en la que la ambigüedad o polisemia de los términos es su procedimiento de creación estética (reconociéndose explícitamente la eficacia de lo estético en la producción del conocimiento); el constructivismo teórico, que aquí se postula como legítimo, exige un tratamiento terminológico y operativo duro (en cuanto específico al modo científico de producción del conocimiento); también en este caso es importante afirmar este criterio diferencial, si bien su desarrollo va dejando de ser interesante (xxxix).

63/ Disponiendo de (o construyendo) una formalización de sus términos teóricos (el metalenguaje de primer grado de la ciencia social correspondiente), en lo que afecta a la especificidad del objeto de conocimiento que se propone investigar, el investigador procede a la identificación, definición y descripción funcional de las particulares *operaciones analíticas* (el metalenguaje de 2º grado o *metodología* en sentido estricto) que considera necesario aplicar al discurso social recopilado.

64/ Se entiende, en este trabajo, por “operaciones analíticas” el conjunto de reglas de procedimiento que encuadran los modos específicos de intervención del investigador en el discurso social; tienen como finalidad demostrar la existencia, en dicho discurso social, de determinadas relaciones observables, y *su productividad* respecto de las representaciones/interpretaciones cuya vigencia y eficacia se enunciaron en la o las hipótesis teóricas.

65/ Cabe la observación de que las hipótesis teóricas (y, mucho menos, las operaciones analíticas) *no son modelos apriorísticos* según los que resultarían interpretadas las relaciones observables en el discurso social.

66/ Esto no excluye la dependencia epistemológica de tales hipótesis y operaciones respecto de la coyuntura histórica de la ciencia en la que trabaja el investigador; no existe el razonamiento científico puro, absoluto o ahistórico (xli).

67/ Las hipótesis teóricas formulan un supuesto acerca de la vigencia de determinadas representaciones/interpretaciones en cuanto efectivamente producidas por el discurso social y efectivamente productoras de la significación de determinado fenómeno social; no construyen ni reconstruyen al discurso social, sino que enuncian una *conjetura* acerca de la eficacia del discurso social como productor de tales representaciones /interpretaciones (xlii).

68/ Las operaciones analíticas, en cuanto reglas de procedimiento, poseen el valor heurístico de interrogantes o preguntas acerca del modo de producción de tales representaciones /interpretaciones, a las que se encontrará respuesta (en caso de éxito) en el discurso social y según la modalidad de producción efectivamente ostentada por tal discurso; la función, por tanto, de las operaciones analíticas consiste en *construir modelos* (con validez restringida a la información analizada) y no en aplicarlos o verificarlos (xlii) (xliii).

69/ Se entiende, en este trabajo, por “modelo construido” una interpretación *posible* de determinado discurso social, obtenida mediante la aplicación de un conjunto determinado de operaciones analíticas, a partir de una interpretación *supuesta* enunciada en la o las hipótesis teóricas; la existencia y características específicas de dicho modelo es un resultado que tan sólo es cognoscible a posteriori de la investigación.

70/ El conocimiento así producido es *riguroso*, meramente *posible* y eminentemente *falible*; pero es históricamente *plausible*; estos son los rasgos fundamentales de la verdad científica; ésta sólo es (debe ser) *consistente* con el sistema teórico que la produce (xlv) (xlv) (xlv).

71/ La eficacia de dicho conocimiento (riguroso, posible, falible y plausible), como *explicación de la significación vigente* de determinado fenómeno social en determinada sociedad, fundamenta su utilidad práctica (en cuanto posibilidad de intervención *política* en la coyuntura social) y establece (al menos, implícitamente) un límite *histórico* a la duración de su validez (historicidad del conocimiento científico).

72/ Las operaciones analíticas constituyen, en este trabajo, el instrumento específico para la producción (científica) de dicho conocimiento (científico).

73/ Por cuanto antecede, en este trabajo, las operaciones analíticas se caracterizan por ser *formales, independientes de las hipótesis teóricas y transferibles*.

74/ Se dice, aquí, que una operación analítica es “formal” en cuanto no implica el contenido de su resultado.

75/ Se dice, aquí, que una operación analítica es “independiente de las hipótesis teóricas” en cuanto, según el discurso social al que se aplica, puede confirmarlas o invalidarlas; también, en cuanto mantiene su utilidad para la demostración de otras hipótesis teóricas diferentes o, incluso, contradictorias con las primeras (al aplicarse a un discurso social diferente).

76/ Se dice, aquí, que una operación analítica es “transferible” en cuanto un tercero puede aprender a utilizarla y alcanzará (al utilizarla) los mismos resultados, si la aplica al mismo discurso social.

77/ En este trabajo, las operaciones analíticas, por sus características procedimentales, pueden ser: *identificadoras*, *contrastativas* y *transformacionales*; esta enumeración se limita a enunciar las operaciones analíticas de base en ciencias sociales; cada una de las restantes operaciones específicas de cada una de las ciencias sociales particulares quedará incluida en uno u otro de estos tres grandes grupos de operaciones fundamentales o combinará las características que las definen (xlvii).

78/ Se entiende, en este trabajo, por “operación analítica *identificadora*” aquella que segmenta y vincula marcas perceptuales efectivamente presentes en determinado discurso social (xlviii).

79/ Su aplicación depende de la hipótesis teórica (o supuesto) en la que se afirma que determinadas marcas (y no otras) son las productoras de las representaciones/interpretaciones con las que determinada sociedad atribuye determinada significación a determinado fenómeno, en determinado momento.

80/ Su éxito explica *el modo material* de producción de la significación de determinado fenómeno: componente *sintáctico* de la significación.

81/ Se entiende, en este trabajo, por “operación analítica *contrastativa*” aquella que relaciona las marcas perceptuales identificadas en determinado discurso social con otras marcas perceptuales identificadas en otro determinado discurso social, contemporáneo del primero (xlix).

82/ Su aplicación depende de la hipótesis teórica (o supuesto) en la que se afirma que el contraste entre las marcas de tales discursos sociales (contemporáneos) contrapuestos confiere, a las representaciones/interpretaciones producidas y/o reproducidas en uno de tales discursos, su específico significado diferencial.

83/ Su éxito explica el *modo diferencial* (y competitivo) en que cada discurso social produce la significación de un determinado fenómeno, en determinado momento de determinada sociedad: componente *semántico* de la significación.

84/ Se entiende, en este trabajo, por “operación analítica *transformacional*” aquella que relaciona los pares de marcas contrastadas en dos (conjuntos de) discursos sociales diferentes, pertenecientes a un determinado momento (una actualidad determinada) de determinada sociedad, con otros pares de marcas contrastadas en otros dos (conjuntos de) discursos sociales diferentes, pertenecientes a otro determinado momento (anterior o posterior, respecto de dicha actualidad) de esa misma determinada sociedad (I).

85/ Su aplicación depende de la hipótesis teórica (o supuesto) en la que se afirma que la transformación posible entre la específica significación diferencial de un fenómeno, en una actualidad determinada, y la específica significación diferencial de ese fenómeno, en otro momento determinado (anterior o posterior, respecto de dicha actualidad): a) no se ha producido, con lo que la significación del fenómeno sigue siendo la misma; o b) se ha producido, con lo que la significación diferencial no sólo no es la misma, sino que una de las enunciadas supera (o es superada por) las contradicciones inherentes a la otra.

86/ Sólo a condición de que la prueba de tal *superación* tenga éxito, podrá afirmar el investigador que posee *la plenitud de la explicación de la significación* de un determinado fenómeno, ya que, a más de la significación contrastada obtenida en función de un determinado momento, habrá establecido el *modo histórico* de dicha significación: componente *pragmática* de la significación.

87/ Se entiende, en este trabajo, por “superación” la transformación de las peculiares características de la contradicción básica (inherente al hecho de que la significación de un fenómeno ocurre en el discurso social y no en el fenómeno) inicial, en otra contradicción subsiguiente de características peculiares (cuya estructura no se hará consciente si no es con el uso, en el tiempo, del discurso social que la contiene) y que deberá, a su vez, ser, superada (II).

88/ La sucesiva superación de esta secuencia de contradicciones constituye la trama histórica de los fenómenos sociales; reconstruirla, hasta el momento en que interviene el investigador o *explicar el fenómeno en función de la trama histórica de los discursos sociales que le han ido confiriendo su significado* constituye el objeto de conocimiento de una investigación en el ámbito de las ciencias sociales.

89/ Cuanto se ha ido desarrollando en los párrafos precedentes constituye pautas metodológicas básicas para la investigación en ciencias sociales, derivadas de la reflexión crítica acerca de la posibilidad de una *semiótica dura*.

COMENTARIOS

(i/ *parág. 5*). La indicación de que el problema de la calidad efectivamente científica de las ciencias sociales “todavía resulta importante” reconoce su trascendencia política, en cuanto afirmación de un espacio académico propio; advertir, no obstante, que “ya es de escaso interés” alude a la superación teórica de dicho problema, tanto por el generalizado rechazo, en las ciencias naturales, de “las lógicas de la justificación de la epistemología clásica - empirista o racionalista” (Lakatos, I., 1981: 176), como por la generalizada preocupación por establecer “la forma de la positividad” de las ciencias sociales (Foucault, M., 1966: 338).

(ii/ *parág. 5*). Definir a la ciencia como lenguaje no constituye una perspectiva específica de las ciencias sociales, sino que es pertinente a la ciencia en general; se sigue, en esto, el criterio de N. Bohr: “Estamos suspendidos del lenguaje de tal modo que no podemos decir qué está arriba ni qué está abajo” (citado en Bub, J., 1979: 453).

(iii/ *parág. 9*). Este concepto de fenómeno, que se postula como específico a las ciencias sociales, excluye la posibilidad husserliana de conocimiento del fenómeno *en sí mismo* y retoma la tradición kantiana: “en el fenómeno los objetos y la manera de ser que nosotros les atribuimos son siempre considerados como alguna cosa realmente dada; solamente que, en tanto esta manera de ser no depende más que del modo de intuición del sujeto en su relación al objeto dado, este objeto es distinto como fenómeno de lo que es como objeto en sí” (Kant, *Crítica de la Razón Pura*: Estética trascendental, 8, III; 1950: 79). En el mismo sentido define C. S. Peirce al fenómeno (o “fáneron”): “la totalidad colectiva de todo lo que está de algún modo o en algún sentido presente ante la mente, sin considerar en absoluto si se corresponde o no con alguna cosa real” (Peirce: 1.284). Fenomenismo que asume Peirce con clara conciencia de ser “el fenomenismo de Kant y no el de Hume. En realidad lo que Kant llamó su revolución copernicana fue precisamente el paso de la visión nominalista a la visión realista de la realidad. La esencia de su filosofía fue considerar al objeto real como determinado por el entendimiento” (8.15).

Residuo idealista (y, mal que le pese a Peirce, también hegeliano) que, en la visión constructiva del fenómeno, se elimina determinando, a su vez, al entendimiento por el discurso realizado mediante el uso social de la lengua; cfr., por ejemplo, el materialismo explícito de M. Pêcheux, quien cifra sus esperanzas en el proyecto teórico de Mel'cuk y Zolkovskij, de quienes cita la definición de "sentido": "El sentido es lo que es común a las diversas expresiones reconocidas y utilizadas por los sujetos hablantes como sinónimas o, más brevemente, el sentido es la invariante de las transformaciones sinonímicas (paráfrasis)" (Pêcheux, M., 1975: 268).

(iv/ parág. 9). En este sentido, también, "la opinión de René Thom según la cual 'toda ciencia es el estudio de una fenomenología'" (citado por Marty, R., 1986: 341).

(v/ parág. 10). Lo que requiere estar atento para no incurrir en "el error de estímulo (...) o el *error de cosa* o el *error de objeto*, esto es, la suposición de que la cuenta que da la mente de una cosa es idéntica a todas o algunas de las propiedades objetivas de la cosa" (Arnheim, R., 1971: 103).

(vi/ parág. 10). El concepto de representación que se define en este párrafo sintetiza "las dos nociones conectadas entre sí, que no eran claramente distinguidas en aquel tiempo" (el de Kant y Schopenhauer) "y que se han prestado a confusión hasta el presente. En uno de sus sentidos, el término tenía un empleo 'sensorial' o 'perceptual' –así en la óptica fisiológica de Helmholtz y en la psicología de Mach–, que lo vinculaba con las filosofías empiristas de Locke y Hume. En su otro sentido, tenía un empleo más 'público' o 'lingüístico' –así en la mecánica de Hertz–, análogo al de la expresión 'representación gráfica' de la física actual" (Janik, A. y S. Toulmin, 1974: 166). Esta síntesis constituye "la relación fundante de la epistemología, la relación entre *conocimiento* y *representación*, habida cuenta de los nuevos conceptos aportados a la investigación científica por las nuevas técnicas de *representación de los conocimientos* (Le Moigne, J.-L., 1986: 52). Lo que encuentra sus antecedentes en C. S. Peirce: "(...) nuestros juicios perceptuales son las primeras premisas de todos nuestros razonamientos (...), todos nuestros restantes juicios son otras tantas teorías cuya única justificación es que han nacido y nacerán de juicios perceptuales" (5.116). Obsérvese: "juicios perceptuales" y no "percepciones", en el mismo sentido en que, en este trabajo, se habla de "representaciones".

(viii/ parág. 10). Es, además, importante conservar el carácter *sustitutivo* de toda representación. "Una representación es ese carácter de una cosa en virtud de la cual, para la producción de determinado efecto mental, puede es-

tar en lugar de otra cosa” (Peirce: 1.564). Así, la representación del fenómeno no es el fenómeno, sino algo que está en su lugar, en la medida en que así lo acepte o establezca determinada comunidad.

(viii/ parág. 11). El uso que aquí se hace del término “interpretación” se distancia expresamente del enfoque característico de la hermenéutica; ésta explora la eficacia interpretativa ya bien en el *sujeto*: “el discurso interpretativo depende del sujeto interpretante, cualificado por un saber preliminar y una competencia explicativa que le permiten comprometerse en la búsqueda del sentido” (Alexandrescu, S., 1979: 217), ya bien en el *comentario* “que transmite un saber cuya pretensión es la verdad” asociando lo *persuasivo* a lo propiamente *interpretativo*: “el comentario interpreta el relato que toma por objeto” (Panier, L., 1979: 240). La hermenéutica se constituye sobre “lo inacabado, la infinitud de las interpretaciones” y, por ello, “es necesario comprender (...) que la hermenéutica y la semiología son dos tristes enemigas. En efecto, una hermenéutica que se repliega sobre una semiología debe creer en la existencia absoluta de los signos” lo que contradice el tiempo de la interpretación (hermenéutica) que es circular (Foucault, M., 1964: 8). Este sentido *duro* de la semiótica es el que se desarrolla, en este trabajo, como base metodológica en la que se incluye el concepto de interpretación; es también el sentido analítico en el que R.H. Thomason escribe en su “Introducción” a la obra de R. Montague: “en lugar de concebir al tiempo pasado como si actuase sobre los valores extensionales de las fórmulas, le haremos actuar sobre las *intensiones*, siendo éstas, como las extensiones, denotaciones posibles construidas a partir de una estructura interpretativa” (1977: 42). Así, en este trabajo, se enuncian algunas consideraciones muy generales acerca de la naturaleza y el uso de las operaciones analíticas (en cuanto estructuras interpretativas) que le permitan al investigador identificar las denotaciones posibles (intensionales y extensionales) de los discursos sociales que producen la significación de los fenómenos en estudio. También es éste el sentido en que M. Bunge caracteriza la interpretación (con la sola observación de que, en este trabajo, en cuanto referido al ámbito de las ciencias sociales, la interpretación de un hecho se considera *siempre mediada* por la interpretación de un signo, en el sentido amplio de texto o discurso, siendo esta mediación el objeto específico de la investigación): “Interpretamos un hecho cuando lo explicamos e interpretamos un signo artificial (símbolo) cuando averiguamos o estipulamos lo que significa en un determinado contexto. Y un signo artificial significa –si es que significa– lo que representa o sea, su *designatum* (...). En particular, un signo unidad o *término* es significativo si designa un conjunto no-vacío ; la designación es no-ambigua si el conjunto es un conjunto-unidad. Y una sentencia se-

rá significativa si representa un conjunto de proposiciones; la sentencia será ambigua a menos que represente una sola proposición y será sin-sentido si no representa ninguna proposición” (Bunge, M., 1973: 161). Más adelante se refiere a la “explicación interpretativa” a la que diferencia de las ‘explicaciones subsuntivas’, afirmando que “sólo las teorías representacionales, las teorías que intentan representar el *modus operandi* de sus correlatos, pueden dar explicaciones más profundas. Las llamaremos *explicaciones interpretativas*” (*Ibid.*: 585). La diferencia con Bunge está en considerar que, en las ciencias sociales, el “modus operandi” sobre el que recae tal representación/interpretación y, por tanto, el que constituye el objeto de la correspondiente investigación, consiste en la productividad material del lenguaje natural (en la empírica forma social con que se manifieste) para la producción de la significación de los fenómenos. El lenguaje natural (en su pluralidad inherente a su carácter social) cumple, respecto de los fenómenos sociales, un papel semejante (pero multiplicado y complicado en forma tal que resulta indispensable el acotamiento que, para su estudio, se impone el investigador) al de las teorías científicas con respecto a *los hechos* a los que se aplican. Respecto de estas últimas, dice P.K. Feyerabend, en un artículo ya clásico: “Hechos y teorías están conectados mucho más íntimamente de lo que admite el principio de autonomía. No sólo la descripción de cada hecho singular depende de *alguna* teoría (la que, por supuesto, puede ser diferente de la que se está comprobando). Existen también hechos que no pueden desenterrarse más que con la ayuda de alternativas a la teoría que se comprueba, y que resulta inaprovechable tan pronto como se excluyen dichas alternativas. Esto sugiere que la unidad metodológica a la que debemos referirnos cuando se discuten cuestiones de prueba y de contenido empírico está constituida por un conjunto global de teorías en parte superpuestas, factualmente adecuadas, pero mutuamente inconsistentes (Feyerabend, P. K., 1970: 330). Así como la reflexión epistemológica posee un nivel metalingüístico respecto de las teorías científicas (naturales) que estudia (y aquí se inserta la reflexión de Feyerabend respecto de la existencia de “hechos que no pueden desenterrarse” más que tomando en cuenta multiplicidad de teorías o, al menos, sus alternativas), así las ciencias sociales poseen ya, en cuanto teorías formuladas, un nivel metalingüístico por intervenir en la multitud de los lenguajes sociales sin los cuales *ningún fenómeno lograría ser desenterrado* (o sea, no se lograría establecer *la interpretación de la eficacia* de tales lenguajes para la producción de la significación de determinado fenómeno).

(ix/ parág. 12). Pese a que el tema de la recursividad o recurrencia es tentador por lo fructífero que resulta para el conocimiento de los procesos de pro-

ducción del conocimiento (a partir de la formulación del 5º postulado de Peano), se lo menciona aquí, tan sólo como una reflexión metateórica acerca de las definiciones de los párrafos 10 y 11 precedentes. La intención ha sido vincular, mediante una necesariedad conceptual, las operaciones sociales de *representar e interpretar*, estableciendo la imposibilidad de definir una sin acudir a la otra, pero manteniéndolas como diferentes (disintiendo, en esto, de ciertos comentarios de N. R. Hanson a quien lo que le interesa es negar la dualidad de *ver e interpretar*: “Nos atreveríamos a decir que ‘la interpretación es la visión’”, 1977: 104; pero que formula interesantes observaciones acerca de la diferencia entre “ver como” y “ver que”, lo que permite aproximar su noción de ver o de visión a la que aquí se plantea de *representar o representación*). El problema que plantean las definiciones recursivas, en el sentido en que se las formula en este trabajo, se relaciona íntimamente con las que H. Poincaré denominó “definiciones impredicativas” y que B. Russell retomó como “principio del círculo vicioso”, en la crítica a G. Frege, al proponer su *teoría de los tipos* (Hatcher, W.S., 1968: 115 ss).

(x/ parág. 13). Pasa por aquí una sutil línea de diferencia entre las ciencias naturales y sociales. Por supuesto que, en principio, en uno y otro caso, se trata de *ciencias* y, así, no se plantea la diferencia en función de este concepto común. También es común a ambas la no-inmediatez del objeto de conocimiento; pero *es diferente el instrumento que pone la mediación*. En las ciencias cuyo objeto de conocimiento está constituido por los fenómenos sociales, la mediación sobre la que interviene la reflexión científica es, según se sostiene en este trabajo, el discurso social; en las ciencias cuyo objeto de conocimiento está constituido por los fenómenos naturales, la mediación está puesta por el discurso científico histórico (en cuanto precedente al del investigador que interviene en un momento determinado y que percibe su objeto a través de tal discurso precedente). No obstante, esto debe entenderse en cuanto predominio y no de un modo absoluto; los objetos del conocimiento científico natural también están mediados (además de por el discurso científico histórico pertinente) por el discurso social que, al menos, les atribuye una importancia cambiante y, en ocasiones, propone *modos éticos y estéticos* de representación/interpretación de tales objetos y que son recibidos por la reflexión científica (cuando lo son) como anticipaciones, objetivos o restricciones del conocimiento científico natural. Tal ocurre, por ejemplo, con “la utilización del lenguaje metafórico en un contexto científico”, en cuyo caso, tal lenguaje “juega un papel en el desarrollo y articulación de teorías de ciencias relativamente maduras. Su función es una especie de catacrexis o sea, se usan para introducir terminología teórica cuando no existe otra previamente” (Boyd, R.,

1979: 357), así como “con las categorías de la mente que irán cambiando por acomodación del lenguaje y de la experiencia” (Kuhn, T. S., 1979: 418-9). Por su parte, los objetos del conocimiento científico social también están mediados (además de por el discurso social en el que intervienen) por la propia historia del discurso científico particular que establece, al menos en sus fracasos, las ausencias e inconsistencias en la formalización de alguna ciencia social particular y, consiguientemente, en la explicación de los fenómenos sociales en estudio. Se constituyen, así, anticipaciones de problemas, objetivos de conocimiento y restricciones (el “obstáculo epistemológico” bachelardiano) que se le imponen, como exigencias de superación, al investigador que interviene en un momento determinado; “todo esto, naturalmente, significa que el esfuerzo por acercarse más a una verdad definitiva, matemática o de otro tipo, nunca tiene fin. Lo que se necesita en cada fase es justamente que el pensamiento y la comunicación de uno estén en armonía con el contexto total, experimental y teórico, para el que son relevantes y la clave de tal armonía está en la sensibilidad para captar la *disarmonía* (“disharmony”, en el original) en lo que se ha hecho ya” (Bohm, D., 1979: 438). Cfr., en este mismo trabajo, los párrafos 35, 36, 64 a 70 y 73 a 76 y sus notas.

(*xii/ parág. 14*). Téngase en cuenta, también, el párrafo 88. Peirce concibe la investigación, después de afirmar su identificación con el “estado de duda”, del siguiente modo: “De este concepto salta el deseo de lograr establecer una opinión que consiste en determinada conclusión independiente de todas las limitaciones individuales, independiente del capricho, de la tiranía o de los accidentes de cualquier eventualidad...., una conclusión a la cual llegaría cualquier hombre que haya seguido el mismo método y que lo haya exigido suficientemente. Al esfuerzo para lograr establecer tal opinión se lo llama *investigación*. La lógica es la ciencia que enseña si estos esfuerzos están correctamente dirigidos o no” (Peirce: 7.316). Pero, cfr. párrafo 70 y su nota.

(*xiii/ parág 17*). El problema suele plantearse respecto de la corrección o incorrección de decir que el lenguaje de las ciencias sociales es el lenguaje natural o sea, que en las ciencias sociales se utiliza *el mismo lenguaje* que en el habla cotidiana, diferenciándose, tan sólo, entre un “discurso científico *informal*” y un “discurso científico *formal*”, en función de las características del “empleo” del lenguaje natural (Bloomfield, L., 1973: 99); o bien si, pese a la analogía formal entre el lenguaje utilizado en los textos de las ciencias sociales y el utilizado en el discurso social, se puede calificar al primero de efectivamente “natural”, por oposición al lenguaje de las ciencias “de la naturaleza o de la materia, caracterizadas por el empleo de sistemas semiológicos propios” (Gardin, J.- Cl., 1987a 38; quien responde a su propia pregunta

con la afirmación de que, en el caso de las ciencias sociales, se trata de “una oposición de *hecho*” debida “únicamente al estado primitivo donde permanecen la mayoría de ellas, en el camino hacia una simbolización eficaz de los hechos que estudian”, con lo que convierte en coyuntural lo que, en este trabajo, se considera de profunda raíz epistemológica: la calidad semiótica de los fenómenos que estudian las ciencias sociales). Los investigadores del análisis del discurso son quienes han afirmado y asumido las consecuencias teóricas y operativas del carácter metalingüístico de los textos científicos que producen, “ya bien como intervención en un ‘preconstruido’ para designar aquello que reenvía a una construcción anterior, exterior, en todo caso independiente, por oposición a lo que ‘construye’ el enunciado” (P. Henry, citado y asumido en Pêcheux, M., 1975: 88-9), ya bien acudiendo a una “meta-lengua de descripción” inherente a “los textos consagrados al análisis del discurso como un discurso que tiene por objeto al discurso o a los discursos” (Marandin, J.-M., 1979: 55 y 33). También la semiótica misma se ha considerado como un metalenguaje, tanto en los textos ya clásicos: “La semiótica, como ciencia, utiliza signos especiales para establecer hechos acerca de signos; es un lenguaje para hablar acerca de signos” (Morris, C., 1969: 86), como en aportes epistemológicos más recientes; así, afirmando el carácter *interpretativo* de la semiótica, H. Parret la considera “un metadiscurso que transpone el sentido mediante la descripción”, concluyendo como propuesta de trabajo: “la teoría de la comprensión deberá referirse al *hacer-saber* (“making-to-know” en el original) de la semiótica. Para traducir estos contenidos epistemológicos en aportes metodológicos, trataré la profundidad y la generatividad vinculando estas nociones a la *construcción* y a la *reconstrucción*. La *generatividad* y la *profundidad* semióticas son radicalmente específicas, por una parte, con respecto a la generatividad y profundidad que *construimos* por *transposición traslativa* (en el uso del lenguaje ordinario, por ejemplo) y, por otra, con respecto a la generatividad y profundidad que *reconstruimos* por *transposición explicativa* (en las ciencias sociales, por ejemplo)” (Parret H., 1983: 78 y 81). En el enfoque metodológico que se plantea en este trabajo y formulándolo en términos de H. Parret, la semiótica se constituye como un conjunto de reglas (metalenguaje de segundo grado) que controlan la transformación del resultado de la tarea de *transposición traslativa* (mediante la que se construye el discurso social: lenguaje objeto) en el resultado de una *transposición explicativa* (con la que se reconstruye el discurso social en el texto del discurso científico: metalenguaje de primer grado), siendo esta última tarea la específica a las ciencias sociales ya que explica la eficacia social de las representaciones/interpretaciones de tal discurso social.

(xiii/ parág. 17). L. Hjelmslev, incorporando los desarrollos lógicos de su época (circa 1940; con especial alusión a los trabajos de los lógicos polacos, entre los que destaca, en lo que aquí interesa respecto de la noción de “meta-lenguaje”, Alfred Tarski; cfr. Tarski, A., 1956), reconoce “la existencia de semióticas cuyo *plano del contenido* es, él mismo, una semiótica que trata de una semiótica” (Hjelmslev, L., 1971: 150). No obstante, siguiendo desarrollos lógicos posteriores (cfr., en especial, Curry, H. B., y R. Feys, 1967: 58-61), a los efectos de evitar “los peligros del ‘modo autónomo de hablar’ – el modo, esto es, en el cual un ejemplar de una expresión simbólica se usa como nombre de esa expresión”, así como para tomar los resguardos necesarios a los efectos de “estar seguros de que se ha evitado la ‘confusión entre uso y mención’” (*Ibid.*: 49-50), se ha considerado conveniente distinguir entre “meta-lenguaje” y “lenguaje exterior” a otro lenguaje (Desclés, J. P. et Guentcheva Declés, 1977: 2), exigiendo, como criterio diferencial, que en el primero se utilice la misma lengua y que en el segundo intervenga “un sistema simbólico artificial y por tanto ‘exterior’ a la lengua” (*Ibid.*: 5), en este sentido, las ciencias sociales, mientras se desarrollen formalizando (ver parágrafos 58 a 60) el lenguaje natural para dar cuenta de discursos producidos en tal lenguaje natural, se construirán como metalenguajes propiamente dichos; cuando utilicen un lenguaje simbólico (artificial) para dar cuenta de los discursos producidos en lenguaje natural, se construirán como lenguajes exteriores al lenguaje en estudio. La diferencia es importante, ya que mediante el *metalenguaje* una lengua puede decirlo todo, en particular describirse a sí misma” (Z. S. Harris, citado en *Ibid.*: 9) mientras que el recurso a un *lenguaje exterior* responde al hecho de que “para Saumjan, estudiar las propiedades de una lengua (o lenguas) –o sistema U, objeto de estudio– significa construir otro sistema, llamémosle A, que tenga por finalidad ‘simular’ una (o varias) lengua(s)” (*Ibid.*: 18). Esta finalidad de simulación implica la posibilidad de explicar los procedimientos mediante los cuales el lenguaje natural (sus discursos) en estudio produce la significación de los fenómenos de los que habla, por lo cual, el concepto de “lenguaje exterior” resulta más fructífero que el de “metalenguaje, pese al sustrato lógico común a ambos. *Instrumentalmente*, esto adquiere transcendencia cuando se apunta, en la investigación, a la elaboración de programas de inteligencia artificial o sea, “al análisis de los razonamientos propios de las ciencias humanas, considerados desde las nuevas perspectivas abiertas por los sistemas expertos” (Gardin, J.-Cl., *et al.*, 1987b: 1). Por su importancia para la comprensión del enfoque global del presente trabajo, en el que todos los pasos metodológicos tienden a hacer posible una constante consideración crítica de la aplicación del razonamiento al progreso y culminación de una investigación, resulta de interés la precisión que formula J.-Cl. Gardin:

“¿Cuál es el *objeto* que designamos como tal cuando hablamos del estudio o del análisis de los razonamientos? Una respuesta cómoda, aunque incompleta, es que la expresión concreta de un razonamiento en ciencia es el propio texto científico, donde el autor expone las operaciones intelectuales que lo han conducido desde la observación de ciertos hechos empíricos al enunciado de proposiciones designadas de diversos modos: tesis, hipótesis, interpretaciones, conclusiones, comentarios, explicaciones, etc.” (*Ibid.*: 4). Por razones de facilidad comunicativa, no obstante, en el presente trabajo, se hace constante y exclusiva referencia al carácter *metalingüístico* del “texto científico” de las ciencias sociales (en cuanto, esta última expresión es sinónima de “ciencias humanas” habitual entre los autores franceses), sin usar la diferencia entre *metalenguaje* y *lenguaje exterior*. Cfr., también, la nota al párrafo siguiente.

(xiv/ parág. 17). No se desarrolla, tampoco, en este trabajo, la diferencia entre metalenguaje, metalengua, metatexto y metadiscurso ya que, pese a su importancia teórica, harían excesivamente farragosas estas notas y/u oscurecerían la aplicabilidad de las orientaciones metodológicas del texto (uno de sus más completos desarrollos puede encontrarse en el citado Desclés, J.P. et Z. Guentcheva Desclés, 1977); tampoco la, en última instancia, inexistencia del *lenguaje objeto* (en sentido estricto, por ser signos u objetos semióticos y no cosas, hechos o fenómenos en sí, el referente de cualquier lenguaje), siendo suficiente con esta observación para entender el sentido con que se utiliza tal expresión (lo que hace que, incluso, las ciencias naturales usen ya un metalenguaje en su textualidad; el único lenguaje objeto es el de los fenómenos en cuanto ya signos). No obstante, provisionalmente, se conservará la expresión “lenguaje objeto” para referirse al discurso social y al discurso (no metodológico) de las ciencias naturales; por lo que, al discurso de las ciencias sociales se lo considerará “metalenguaje” (de primer grado), calidad que también posee el discurso metodológico de las ciencias naturales; al discurso metodológico de las ciencias sociales se lo considerará “metalenguaje” (de segundo grado), calidad que comparte el discurso epistemológico relativo a las ciencias naturales; puede por ello decirse que el discurso epistemológico relativo a las ciencias sociales ostenta la calidad de “metalenguaje” (que sería de un tercer grado).

(xv/ parág. 18). “En la medida en que toda proposición metalingüística relativa a los lenguajes naturales es analítica” (Lyons, J., 1977: 292), el carácter de las operaciones (analíticas) constitutivas de una metodología en ciencias sociales es metalingüística. La reflexión sobre las peculiaridades metalingüísticas de tales operaciones metodológicas (que aquí se postulan de *segun-*

do grado por la exigencia de dar cuenta, simultáneamente, en forma sucesiva o acumulativa, de las relaciones inherentes al discurso social y las inherentes al discurso teórico) todavía está por hacerse, al menos según la información de la que, en este trabajo, se dispone. Existe, no obstante, la plena conciencia de la necesidad de trabajar (metalingüísticamente) con “una *cadena de operaciones* explícitamente definidas que las vincule” (a las tesis) “con los hechos” (Gardin, J.-Cl., 1987b: 6); a su vez, se es consciente de que “el desarrollo de los sistemas expertos, en ciencias humanas como fuera de ellas, se vincula esencialmente al progreso en las técnicas llamadas de ‘Representación y Tratamiento de los Conocimientos’” (*Ibid.*: 12) (también de neto carácter metalingüístico), con lo que las exigencias de programación constituyen un reaseguro del rigor de las operaciones analíticas utilizadas, sin que despierte temor el hecho de asumir, de ese modo “una perspectiva en todo caso no-filosófica, sino más bien técnica, tecnicista, tecnocrática incluso” (*Ibid.*: 10). La reflexión metodológica en ciencias sociales se ve obligada, por tanto, a modificar el ámbito de referencia de sus criterios y hábitos de validación, que ya no encuentran su fundamento en puras consideraciones de razonabilidad lógica, sino en la medida en que tal razonabilidad lógica constituye la posibilidad de una implementación operatoria (calculabilidad o computabilidad): “se trata, ahora, de dotar a esta máquina de mecanismos que le permitan controlar el estado de sus conocimientos de tal manera que pueda concebir estrategias de razonamiento que se concreten mediante la realización de una tarea dada. Entre las operaciones de razonamiento sobre el razonamiento, las más importantes son: -Demostrar que se lo puede demostrar (...). -El autoaprendizaje (...). -La búsqueda de soluciones elegantes (...)” (Sallantin, J., 1986: 131), operaciones, todas ellas, que implican la práctica de una reflexión metalingüística. Pero, con frecuencia (también es necesario decirlo), las propuestas analíticas relacionadas con la inteligencia artificial parten de un mundo (o de sus fenómenos) que parecen representables según una “lógica natural” o según la interrelación de “primitivos semánticos” (Jackendoff, R., 1987a: 91 *passim*), con lo que se pretende eliminar la consideración del lenguaje natural portador de esa lógica y atribuidor de esa semántica y con lo que se pondría a salvo de las divergencias de los lenguajes naturales, y por supuesto, de la historia. Se privilegia la observación del investigador como fuente de una segura (y, por tanto, suprema) racionalidad que, además (garantizada por la sinceridad del propio investigador), sería universal (o común a cualquier mente) y a-temporal (o eterna); cfr. frente a esto los párrafos 28 a 32. Este mundo, “visto por un marciano” (parafraseando la crítica a Chomsky de Gadet, F. et M. Pêcheux, 1981: 219) o ese lenguaje arbitrario y, por tanto, prescindible “pero solamente bajo la mirada impasible de Sirius” (según ironiza Benveniste, E., 1966:

51), es en realidad mucho más desconfiable que el contingente pero positivo (empírico) discurso que lo nombra (al mundo) y lo utiliza (el lenguaje). El razonamiento *automático* sobre el razonamiento se hace eficaz y explicativo cuando el razonamiento sobre el que razona está materializado en frases efectivamente en uso, en determinada sociedad. Si esto se completa con un lenguaje teórico que viene siendo elaborado (formalizado) progresivamente por los científicos a lo largo de la (corta o larga) historia de cada ciencia particular y que le proporciona los razonamientos concretos con los que razona, se habrá ubicado, en la relación que las hace eficaces, a las operaciones metodológicas en ciencias sociales: el punto (metalingüístico) de confluencia del lenguaje teórico y el discurso social. Los científicos sociales tienen, además, la ventaja de contar con la larga y debatida experiencia que acompañó, en la epistemología de las ciencias naturales, a las modificaciones de las “reglas de correspondencia”, en cuanto “descripciones de los diferentes procedimientos experimentales de conectar a las teorías con los fenómenos” (Suppe, F., 1979: 134), lo que *mutatis mutandis* se aplica a las operaciones analíticas (metalingüísticas) a las que se refiere este trabajo.

(xvii/ parág. 20). Al diferenciar los *datos* de la *información*, por una parte, se profundiza en la distancia que separa este enfoque metodológico del “empirismo de secano” al que se refiriera N. R. Hanson (1977: 21 y 27) y, por otra, se ajustan los conceptos para separar lo perceptualmente observable de lo que, en mayor o menor medida, ya implica alguna forma de transformación explícita (inferencia). En el primer aspecto, es contundente lo que afirma P. Suppes: “Lo que quiero hacer es esto: considerar las tesis filosóficas clásicas de que se puede dar una interpretación causal absoluta de los fenómenos, de que se puede obtener de los fenómenos naturales una ley definitiva de tipo determinista y de que es necesario algún fundamento firme de la certeza perceptual para lograr un conocimiento seguro del mundo. Las tres son falsas y definitivamente anticuadas de acuerdo al tipo de teorías que en la actualidad han llegado a imponerse en la ciencia (...). Cuando se trata de conocimiento, los cimientos reales descansan sobre la arena y no sobre roca” (1979: 322-3). Conviene observar que las tesis expresamente negadas por P. Suppes son las que más frecuentemente se ostentan para criticar la falta de rigor científico de las ciencias sociales y que Suppes las enuncia tras un trabajo en el que profundiza el problema de la corregibilidad de los datos, como un análisis crítico previo a su identificación y utilización. Pero la sencillez del reconocimiento de lo endeble del conocimiento científico (sea natural o social) no justifica el registro intuitivo y acrítico de los fenómenos sociales que han de ser objeto de estudio, rechazándose su carácter apriorístico y condicionándolos a las

características y calidades de la medición que registra de ellos lo que, en este trabajo, se denomina “información”. Buscando otro ámbito al problema de dotar del rigor adecuado al análisis en ciencias sociales, M. Borillo propone “sustituir la información, tal como se la utiliza en el razonamiento tradicional de las Ciencias del Hombre, multiforme, irregular, impolítica (...) por los *datos*, en la acepción estricta que el término posee en las Ciencias de la Naturaleza” (1977: 7). Aquí, datos e información designarían al mismo conjunto de entidades, diferenciándose por el rigor del razonamiento con que se los considera. El cambio de nombre apunta a provocar un cambio radical de actitud (“un tal bouleversement”) que M. Borillo identifica con el cumplimiento de la que denomina “condición mínima de regularidad”, en cuanto “la correspondencia entre los fenómenos y los sistemas simbólicos encargados de representarlos debe ser tal que dos fenómenos idénticos deben tener necesariamente la misma representación y que a dos representaciones idénticas deben corresponder dos fenómenos idénticos o ‘equivalentes’, atendiendo a los criterios del estudio” (*Ibid.*). Cfr. los párrafos 73 a 76. Se opta, en el presente trabajo, por mantener diferenciados los términos “información” y “dato”, no asignando uno a las ciencias sociales y el otro a las ciencias naturales, sino acotando el segundo (dato) al registro de los “discursos sociales” (cuya problemática será la de constituir el corpus adecuado, necesario y suficiente) y el primero (la información) al registro de determinadas marcas y relaciones materializadas en tales discursos sociales (cuya problemática será la de su identificación, contraste y transformabilidad, mediante las correspondientes operaciones analíticas; cfr. párrafo 51 y 64). Cfr., también las notas a los párrafos siguientes.

(*xviii/ parág. 21*). El concepto de dato que se propone en este párrafo presenta un doble aspecto: por una parte, su diferenciación del fenómeno y, por otra su diferenciación de la información (para esto último, cfr. las notas al párrafo siguiente). Si la primera actividad de una investigación, en ciencias sociales, consiste en recopilar los datos y estos no son los fenómenos, los fenómenos quedarían excluidos de la investigación; no obstante, lo que se desea excluir es la consideración trivial, intuitiva, holística de los fenómenos o sea, *al fenómeno en sí*. Por esta causa, lo primero que se incluye, como actividad elemental de toda investigación, es la recopilación del instrumento social (el discurso social) que los registra (ver párrafo 24 y su nota). La materialidad del fenómeno, como garantía de objetividad inicial para la investigación, es una falacia; lo que el fenómeno objetivamente es, es el modo de ser representado e interpretado por determinada sociedad, lo que se ha definido, en otro lugar, bajo la expresión “objeto semiótico” (Magariños de Morentin,

J. A., 1986: 151-2). Esta dependencia de lo objetivo a lo social figura entre las anticipaciones formuladas por C. S. Peirce, que han contribuido a su redescubrimiento: “(...) el verdadero origen del concepto de realidad muestra que este concepto incluye la noción de una COMUNIDAD, sin límites definidos y capaz de un determinado incremento de conocimiento” (5.311); “(...) el principio social está intrínsecamente enraizado en la lógica” (5.355), o bien, “La lógica está enraizada en el principio social” (2.654). Pero tal representación y/o interpretación no es objetiva ni directamente cognoscible (ver parágrafo 33); cuando se ha tratado de iniciar la investigación mediante la descripción del fenómeno lo que se ha hecho es partir de su representación/interpretación, tal como la intuye el investigador; esto ha deslizado a las investigaciones en ciencias sociales hacia consideraciones predominantemente subjetivas y/o literarias (ver parágrafo 62). O sea, no se excluye aquí al fenómeno para privilegiar la construcción mental de su representación/interpretación, sino que se lo excluye, justamente, para evitar que se parta de una acríticamente supuesta representación/interpretación. Por ello, lo que se considera efectivamente objetivo es tomar, como dato, a los textos de los discursos sociales que hablan del fenómeno, en cuanto *materialidad empíricamente observable*, cuyo conjunto efectivamente disponible en una sociedad contiene el conjunto de las relaciones posibles con las que dicha sociedad construye a dicho fenómeno (cfr. Foucault, M., 1969: 44 ss, para el concepto de “formación discursiva”, afín a lo que se viene desarrollando). Este tratamiento del *discurso como materialidad* ha sido posible en virtud de la consideración de la *lengua como materialidad* y no según la clásica visión saussureana de la lengua como “vínculo social” consistente en “la suma de imágenes verbales almacenadas en todos los individuos” (Saussure, F. de, 1972: 97). Esta “suma” no es inmediatamente accesible; lo que sí lo es es el conjunto de los discursos que circulan efectivamente en determinado momento de determinada sociedad. Así ha podido escribir E. Benveniste que la lengua “funciona como una máquina de producción del sentido” (1974: 97). Esta “conversión teórica que toma en cuenta la existencia histórica de las ‘materialidades discursivas’ desplaza, a la vez, la cuestión del sujeto y la de los datos, ya que, más allá del análisis sintáctico de la secuencia, tiende a reemplazar la interpretación semántica (...) por una práctica de la interrogación a los textos referidos a su posición en el campo histórico” (Gadet, F., et. M. Pêcheux, 1981: 170). La debilidad de las ciencias sociales ha consistido en comenzar por tal “interpretación semántica” (referida a los discursos o referida a los fenómenos cuya interpretación se ponía fuera de discusión, como lo obvio); por el contrario, la posibilidad de consolidar la estructura científica de las ciencias sociales se basa en esta “práctica de interrogación de textos” que, aquí, se constituyen en los datos primarios de to-

da investigación. O sea que, si se desea conservar el concepto de *fenómeno*, los fenómenos que estudian las ciencias sociales son los textos o discursos que produce determinada sociedad; una clase especial de fenómeno, por supuesto, ya que se trata de *fenómenos que construyen la significación de otros fenómenos*, habiendo sido (y siendo todavía) el acceso inmediato a dicha significación un espejismo en la historia de la conciencia. El tratamiento informático del análisis del discurso ha ido incrementando la preocupación por el registro empírico de las secuencias (frases) que *producen* el significado y no a la inversa. La óptica global para la aproximación a los hechos discursivos “ha sido resumida bajo la definición de ‘morfología discursiva’”. *Morfología* se toma aquí en su acepción cuasinaturalista: se trata de determinar, de observar, de clasificar una pluralidad de ‘formas’ en cuanto ‘haces de rasgos’ que permitan aislar y reconocer, no ‘especies’, sino *los funcionamientos discursivos determinantes*” (Lecomte, A., et P. Plante, 1986: 92). Sólo esta inversión en la consideración de lo que se entiende por lengua y discurso permite conferir a los *discursos sociales* el empírico y objetivo carácter de *datos*.

(xviii/ parág. 22) El concepto clásico de “*información como magnitud medible mediante una expresión isomorfa de la entropía negativa*” (Bertalanffy, L. von, 1976: 93; considerando a tal “entropía negativa o información” como “una medida del orden o de la organización, ya que la última, en comparación con la distribución al azar, es un estado improbable”, *Ibid.*: 42) no contradice (al menos, ya que además puede caracterizar) lo que en este trabajo se designa como “información”. En efecto, considerada como las representaciones/interpretaciones identificables en los datos, consiste en un orden medible (computable) entre aquellas relaciones físicas o “características distintivas” percibibles “en el plano de expresión del lenguaje” (Malmberg, B. 1969: 6) y, por tanto, manifiestas (si bien requieren de determinadas operaciones analíticas para su establecimiento y la descripción de su operatividad) en el discurso social. B. Malmberg estudia la información en relación a la distinción fonológica en cuanto “la secuencia de contenido ha sido segmentada en una serie de elementos de contenido discreto” (*Ibid.*: 106); en este trabajo, se la considera sintácticamente y la identificación de los correspondientes elementos discretos será o no aceptable en la medida en que permitan, por identificación, contraste y transferencia (o sea, mediante relaciones parafrásticas o de sustitución) establecer las posibilidades semánticas de representación/interpretación actualizadas en cada concreto discurso social (lo que concuerda con el concepto sistémico, en cuanto “medida de la organización” en la producción del significado, frente a “la distribución al azar” de otras muchas relaciones existentes en el mismo discurso y que no conducen a la significación

en estudio). El planteo está, también, muy próximo (y en la práctica metodológica resulta aplicable) a la propuesta de una gramática formal de un “lenguaje desambiguado”, de naturaleza fundamentalmente sintáctica, como lo formuló R. Montague (1977: 158 ss).

(xix/ parág. 22) El conjunto de la información (identificable, contrastable y transformable; cfr. parágrafo 77) proporcionada por determinado corpus de datos (que el investigador considera adecuado, necesario y suficiente; cfr. parágrafo 36) constituye un *dominio*, en el sentido en que D. Shapere utiliza este término, siendo aplicables igualmente, a esta reflexión metodológica, las condiciones que exige para la asociación de los items de la información en tal dominio: “1. La asociación se basa en alguna relación entre los items. 2. Este cúmulo así relacionado presenta un aspecto problemático. 3. Este problema es un problema importante. 4. La ciencia está ‘lista’ para ocuparse del problema” (Shapere, D., 1979: 578). En el presente planteo metodológico, el *problema* consiste, específicamente, en reconocer a dicha información como productora de la representación/interpretación con la que se construye la significación social de un fenómeno; siendo el establecimiento de esta significación social lo que constituye la *importancia* de tal problema.

(xx/ parág. 22) La primera distancia a tomar, cuando se habla de “información” en el sentido de este parágrafo, es frente al análisis del contenido. Como expresa J.-Cl. Gardin “todo proyecto de un método general de análisis del contenido en ciencias humanas (...) es una contradicción en los términos (...) Cuando Philip Stone y sus colaboradores elegían llamar *General Inquirer* al programa de análisis de contenido que había de proporcionarles cierto renombre y cuando en el voluminoso libro publicado en 1966 bajo ese título, se informaba que el mismo *computer approach* se había seguido para elucidar el contenido de textos tan diferentes como cuentos esquimales, discursos políticos americanos, los últimos escritos de suicidas, verdaderos o falsos (hombres y textos) y muchos otros, un lector apresurado podía concluir que existía sin duda, de ahora en adelante, un “método general de análisis de contenido en ciencias humanas” (...) El método de análisis de contenido se reduce, en la práctica, a una indexación fundada en el empleo de un diccionario automático o tesauro, diferente para cada aplicación; nada de general aquí, en consecuencia” (Gardin, J.-Cl., 1987a: 61-62). El mismo Gardin continúa desarrollando la historia del *tratamiento automático de la información* recordando “que los primeros trabajos de análisis de textos (...) tuvieron por objetivo la construcción de ‘sistemas de pregunta-respuesta’ capaces de detectar ciertas correspondencias de sentido entre el enunciado de preguntas formuladas en una lengua natural y las bases de datos formadas por textos o fragmentos de

textos escritos en la misma lengua”, lo que, no obstante el progreso que implicaba frente al análisis de contenido, evidenciaba “la incapacidad en que se está para dar cuenta de las equivalencias de sentido más simples entre determinados enunciados de una misma lengua si no se define un metalenguaje que implica, de manera casi tautológica la declaración misma de la equivalencia” (*Ibid.*: 74-75). Finalmente, alude a la aparición, en 1974, de “un informe Minsky cuyo título, la sustancia y sobre todo la frecuencia de las citas que aporta, permitirían pensar que constituye un primer manifiesto sobre las posiciones teóricas del análisis de textos. Vale la pena recordar al menos el título: “Un marco (general) para la representación de los conocimientos”. No se podría definir de manera más exacta y más concisa, en efecto, el problema central del análisis de textos. El objetivo de Minsky, sin embargo, era menos una teoría del lenguaje que, según sus propios términos, ‘una teoría parcial del pensamiento tal como se manifiesta mediante la producción y la comprensión del lenguaje natural’. Lo esencial de la tesis es que, en toda actividad de este tipo, el sujeto acude necesariamente a los datos de la memoria, estructurados de determinada manera; resta por determinar lo que son esos datos (componente semántica) y la manera en que están organizados (componente lógica) (...). Se postula que los tipos de estructuras lógicas semánticas movilizadas en la producción y comprensión del lenguaje natural son finitas en número, desde el punto de vista de su forma y que es posible dar una caracterización de ellas, independiente de su contenido. En esta última vía se han enrolado, siguiendo a Minsky, la mayoría de los teóricos de la inteligencia artificial aplicada al análisis de textos” (*Ibid.*: 75-76). Es ésta también la dirección que sigue el presente trabajo; así el concepto de *información* puede entenderse en este contexto histórico y de proyección analítica como *el conjunto de las marcas y relaciones sintácticas identificables en el discurso social* (sin hacer distinciones, provisionalmente, entre “discurso” y “texto”, pero tomando la expresión en su sentido plenamente material de modo que se exija a lo que se recopile como “discurso social” o datos, su presencia perceptual empírica y no en cuanto alusión a una totalidad ideal) *en cuanto socialmente utilizadas para producir los componentes semánticos* (representativos/interpretativos) *del significado de un fenómeno*; y que, por tanto, pueden permitir la construcción de una base de datos que represente, a su vez, la potencialidad expresiva de una sociedad. Estas marcas y relaciones se identificarán e interrelacionarán (por contrastación y transformación) mediante las operaciones analíticas pertinentes, según las pautas esbozadas en los párrafos 72 a 89, proporcionando así una base objetiva y un proceso criticable a la propuesta explicativa de determinado fenómeno.

(xxii/ parág. 22). *La relación de la información con la representación/interpretación* constituye el principal desafío para la utilización fructífera del concepto de información; las posibilidades de éxito y los riesgos de fracaso confluyen en este punto: “la esencia de la información reside en la *configuración* u *organización* de las señales, independientemente de la naturaleza sustantiva de éstas” (Buckley, W., 1978: 223). La información en cuanto marca o relación sintáctica es empírica y observable; en cuanto productora o portadora de representación/interpretación es conceptual e inferible (cfr. el parágrafo 33). La única alternativa del investigador (y lo que, en definitiva, lo constituye en tal) consiste en construir rigurosamente (según las exigencias de la lógica y del lenguaje teórico de su ciencia particular) la cadena de proposiciones que vayan de la información (como conjunto de premisas) a la representación/interpretación (como conclusión). El problema está actualmente elaborado en términos de la inteligencia artificial, lo que proporciona el control adicional del sistema de procesamiento; “se debe recordar que el procesamiento de un ‘objeto’, un ‘problema’ o un ‘acontecimiento’, el movimiento de ‘un brazo mecánico’ o de un ‘peón’ sobre un tablero de ajedrez, si se produce mediante una computadora, se dice que son todos prototípicos de la inteligencia artificial, si (1) esos objetos no se procesan por sí mismos (o sea en su materialidad básica), sino bajo una representación simbólica de algún tipo y (2) si la manipulación de los elementos de esta representación (es decir, la producción, el reconocimiento o la transformación de estos elementos simbólicos) se controla, en alguna medida, mediante reglas específicas” (Meunier, J.-G., 1989: 53-4). Lo observado por Meunier bajo el punto (1) es homólogo a la diferencia establecida en este trabajo entre dato e información: el dato, en cuanto materialidad observable, no es procesable por sí mismo, sino que requiere que determinadas relaciones que contiene sean traducidas según alguna representación simbólica; o sea la información consiste en el conjunto de representaciones/interpretaciones identificables en los datos. Por otra parte, coincidiendo con la condición (2), la manipulación (identificación, contraste y transformación; cfr. los parágrafos 77 a 86) de esta información requiere de determinadas operaciones analíticas metodológicamente básicas y específicamente adecuadas (o adecuadas a los textos de la ciencia social particular en cuyo ámbito trabaje el investigador).

(xxiii/ parág. 24). En el amplio espectro de definiciones de “discurso”, se prefiere continuar sosteniendo, provisionalmente, la formulada como “producto textual de las operaciones cognitivas, socialmente adquiridas por determinado emisor, en el cual y con las cuales se construyen los significados del mundo semiótico posible para ese determinado emisor” (Magariños de Mo-

rentin, J. A. y colaboradores, 1989: 22), que mantiene completa coherencia con el presente desarrollo metodológico.

(xxiii/ parág. 31). Como trasfondo del presente trabajo (que no se explicita más que en este breve comentario) existe una decisión de integración transdisciplinaria entre la *semiótica* (en el ya muy difundido sentido que le atribuye C. S. Peirce: “la lógica, en su sentido general, como creo haber mostrado, es solo otro nombre para la semiótica (σημειοτική), la cuasi necesaria o formal doctrina de los signos” (2.227), la *ciencia cognitiva* (cuyos principios centrales son “1) la dualidad tradicional entre mente y cerebro debe estrecharse hasta desaparecer (...); 2) el hombre puede simular artificialmente los procesos mentales (...); 3) el conocimiento es una representación simbólica de lo real”, Rastier, F., 1987: 6) y la *inteligencia artificial* (“perturbación intelectual” que se ha comparado “con la que acompañó y siguió a la constitución de la astronomía copernicana y de la física galileana” y en la que “se encontrará finalmente realizado un materialismo del pensamiento sin concesiones”, Henry, P., 1986: 299).

(xxiv/ parág. 33). La posibilidad de acceder a la representación/interpretación de un fenómeno, tal como ha sido producida o ha quedado registrada en un discurso social plantea, para el investigador, la necesidad de construir (manual o computacionalmente; pero con evidentes ventajas en el segundo caso y de modo casi seguramente insuficiente en el primero) un sistema experto, cuya arquitectura habrá de estar “basada en dos elementos fundamentales: - *Base de conocimiento*, que incorpora una representación de los hechos conocidos y deducibles, descriptivos del tema. - *Motor inferencial*, procedimiento capaz de responder y explicar preguntas, apoyado en la estructura de la base de conocimiento” (Cuenca, J., 1985: 496). El razonamiento inferencial con el que se programa dicho motor inferencial utiliza, por lo general, “una formulación de origen probabilístico bayesiano, mezclada con aspectos de lógica difusa” (*Ibid.*: 502); y para “el Teorema de Bayes:

$$P(h/e) = \frac{P(e/h).P(h)}{P(e)}$$

$P(h/e)$, la probabilidad de que ocurra h supuesta la evidencia e ; $P(e/h)$, recíproca; $P(h)$, $P(e)$, probabilidades previas (a priori) de ocurrencia de h y e ”, *Ibid.*: 510; cfr., también “Moteur d’inférence” en *Glossaire*, Le Moigne, J. L.,

(ed.) 1986: 359). Es interesante observar, ya que puede desconcertar, que H. Parret afirma que la inferencia en la racionalidad del discurso-ligado (“discoursebound rationality”) no se corresponde con la inferencia lógica: “Las estrategias”, en la producción del significado discursivo, “son regularidades externalizadas por una competencia comunicativa, son cadenas de razones basadas en procesos de razonamiento. El discurso, para el pragmático, es una totalidad de regularidades (reconocible por su generalidad) que expresa el razonamiento teórico y práctico. Estas estrategias de comprensión son *inferenciales* (no inferencias lógicas, sin embargo, porque se realizan en y por medio del lenguaje natural). La actividad inferencial es, de hecho, un procedimiento de transposición del significado de un nivel objetivo a otro nivel parafrástico del discurso”, Parret, H., 1983: 99). Lo interesante radica en advertir que la inferencia de la que Parret habla es la inferencia utilizada por el hablante en la producción de la significación; o sea, es la inferencia que debe descubrir el analista en el discurso social, en cuanto puesta allí por el usuario de la racionalidad social; es una de las “pretensiones de validez” que pone el hablante: “la pretensión (...) de que el acto de habla es correcto en relación con el contexto normativo vigente (o que el propio contexto normativo en cumplimiento del cual ese acto se ejecuta, es legítimo)” (Habermas, J., 1989: 144). Pero muy distinta es la inferencia que precisa realizar el analista para *llegar a inferir*, aplicando su racionalidad específica, que mediante esas inferencias efectivamente utilizadas por el hablante se produce determinada significación de determinado fenómeno social: “Si, por el contrario, tomamos en serio las pretensiones del actor exactamente en el sentido que este *rationaliter* les da, sometemos sus presuntas perspectivas de éxito a una crítica que se basa en nuestro saber y en nuestra comparación del decurso fáctico de la acción racional con arreglo a fines con un decurso construido en términos típicoideales” (*Ibid.*: 166). A lo que Parret se refiere es a la inferencia racional (pragmática y social) puesta por el hablante; a la que se refiere este esbozo metodológico es a la inferencia racional puesta por el investigador, la cual debe adecuarse a las exigencias de la lógica y de la ciencia social particular en cuyo marco trabaja. El investigador no puede permitirse compartir con el hablante lo que M. Bunge ha denominado “inferencia catalítica” que “tiene lugar en la ‘anticipación’ o el ‘conjeturar’ (sin duda frecuentemente incorrecto) resultado de laboriosas demostraciones o exigentes comprobaciones empíricas que carecen de *Ersatz*” (Bunge, M., 1965: 125); dejando al margen la observación de Bunge acerca de la eventual “incorrección” de la inferencia catalítica, lo expresado reafirma que el recurso a la inferencia lógica como deducción natural o como probabilística, no puede ser simplemente eliminado. Aún cuando el esquema del presente trabajo no coincida completamente, como advertirá el lector, con

el siguiente desarrollo de R. Boyd, no obstante su planteo confluye facilitando la comprensión de las operaciones cognitivas a las que se alude en este párrafo y de la construcción del referente: “A este respecto es importante observar que lo que ocurre no es realmente una división del trabajo *lingüístico*. En realidad, lo que se implica es la división social del trabajo mental (o mejor todavía, cognitiva): algunos son mecánicos de automóvil y saben lo que significa ‘émbolo de acelerador’, otros son empleados de vivero y saben lo que significa ‘haya’, mientras que otros son físicos que saben lo que significa ‘agujero negro’. Esta división del trabajo no es originariamente un fenómeno lingüístico, ni es originariamente un fenómeno epistemológico: en cambio, como insiste Putnam, representa hechos acerca de la organización social del trabajo en determinada etapa del desarrollo histórico. La división del trabajo cognitivo se vincula con la emergencia del referente sólo porque éste se refleja en los modos que tiene la gente para recopilar información acerca de los rasgos del mundo y porque la noción de referencia es esencialmente una noción epistémica” (Boyd, R., 1979: 388-9).

(xxv/ parág. 36). Sin especificar sus componentes, como se propone en este párrafo, el principio de pertinencia viene siendo tomado en cuenta por los análisis semióticos, incluso por los que continúan vinculados a una propuesta predominantemente intuitiva, en especial siguiendo a la escuela de A. J. Greimas; así J. Courtés afirma que la semiótica “encara los objetos que ella estudia desde un punto de vista muy determinado que les es común y en esto consiste el principio de *pertinencia*: cuando se trata de una colección de datos, el hacer semiótico se ejercerá solamente en la medida en que retiene sus características comunes (...). La semiótica postula que el acercamiento a la significación solo puede hacerse por medio de acercamientos diversificados y distintos, es decir, según *niveles* diferentes definidos por los rasgos distintivos comunes a (o extraídos de) los objetos estudiados” (Courtés, J., 1980: 34). En vez de hablar de niveles (que implican una sucesividad acumulativa) en este trabajo se prefiere hablar de “información” (para aprovechar la relativa neutralidad de este término a los efectos de plantear una concurrencia en acumulación simultánea de las relaciones o los “rasgos distintivos” de Courtés que habrán de explicar la producción de la significación y, de modo especial, por la interdependencia de dicha información respecto de las hipótesis planteadas por el investigador (cfr. párrafos 40 y 41). Esto es importante, ya que sus “características comunes” no son tales en abstracto o en general sino en función de determinada significación cuya explicación se investiga. El concepto de “pertinencia” posee un status preciso en la epistemología clásica (en inglés “*relevance*”); P. Achinstein lo desarrolla en los siguientes términos: “Aquí

debo introducir el concepto de pertinencia y hablar de una propiedad como pertinente por ser un **X**. Entiendo por esto que si se sabe que un ítem posee determinadas propiedades y carece de otras, el hecho de que el ítem posee (o carece de) la propiedad en cuestión normalmente se contará, al menos en cierta medida, en favor (o en contra) de llegar a la conclusión de que es un **X**; y si se sabe que posee o que carece de la suficiente cantidad de propiedades de determinada clase, el hecho de que el ítem posea o carezca de la propiedad en cuestión puede contribuir justificadamente a establecer si es o no un **X**” (Achinstein, P., 1968: 6), especificando, un poco más adelante, las características de la “pertinencia semántica”, ya bien a los efectos de proceder a la clasificación de **X** o a su confrontación con otras sustancias similares (*Ibid.*: 10-1). Obsérvese no obstante que, en el presente trabajo, se consideran los rasgos de determinados datos (discursos sociales) en cuanto pertinentes para la producción/registro de determinada información. El desarrollo de Achinstein, en cuanto tendiente a establecer la pertinencia de un **X**, entra ya al análisis de la información para la producción de la significación de un determinado fenómeno. Lo que ocurre en la evaluación de los datos, aquí planteada es que sólo *informa* acerca de su aptitud para contener la información que produce dicha significación y que la decisión acerca de la pertinencia o no pertinencia de tales datos sólo puede alcanzarse mediante el análisis de la producción de la significación en cuestión (lo que aquí se diferencia designándola como el problema de la vigencia de la información contenida en tales datos).

(xxvii/ parág. 39). El problema de la vigencia está directamente vinculado al ámbito de la “deontología”, término que pasó de designar una ciencia de lo moral como lo conveniente para el mayor número de personas (como lo fue para J. Bentham, creador de esta designación) a designar las ciencias de lo normativo. Así, en el derecho, la vigencia de la norma se constituye por la concurrencia de la validez y la eficacia, siendo, en la perspectiva kelseniana, la eficacia la condición de la validez: “pero no la razón de la misma. Una norma no es válida *porque* es eficaz; es válida si el orden al cual pertenece tiene, en general, eficacia” (Kelsen, H., 1958: 49). Por supuesto que existe un concepto jurídico de vigencia puramente *formal*, dependiendo tan solo del requisito que se establezca para la promulgación de la norma. En filosofía jurídica, el problema se relaciona inmediatamente con el de la existencia del Derecho y así “la dificultad nace desde un comienzo como una primera oposición entre positividad y vigencia del Derecho”. Si se parte de definir al Derecho como norma “la positividad aparece como algo que se añade al ser del Derecho” (Cossio, C., 1954: 181); pero, para la teoría egológica (de directa derivación husserliana) “la positividad viene en la conducta misma en cuanto hecho y es

simplemente su existencia, desde que el objeto jurídico también es con el modo de ser de la existencia en el tiempo” y Cossio cita a Olivecrona, concordando con él: “que el Derecho está vigente significa que lo soportan algunas fuerzas combinadas de los hombres. La existencia del Derecho es la misma cosa que su estar en vigencia. El estar en vigencia o existencia del Derecho se define así como un efectivo hecho” (*Ibid.*: 182). No extraña por tanto, que el tema sea retomado por las modalidades deónticas de la lógica, que “son usadas en frases tales como: ‘es obligatorio (...)’, ‘es permitido (...)’, ‘es prohibido (...)’” referidas a un acto (Wright, G. E. von, 1970a: 65), vinculándose, en este campo, al análisis del *prescribir*: “la vida de una prescripción es así la duración de la vinculación entre una autoridad-norma y uno o varios sujetos-norma. Mientras dura esta vinculación se dice que la prescripción está en vigor. La existencia de una prescripción no es el hecho, como tal, de que se ha dado, sino el hecho de que está *en vigor*” (Wright, G. E. von, 1970b: 132). Estos planteos convencionales y clásicos acerca de la “vigencia” quedan superados (en el sentido hegeliano del “*aufheben*” dialéctico en cuanto “proceso de despliegue de lo concreto por mediación de sus determinaciones internas eliminadas”; Karsz, S., 1971: 22) y por tanto, reestructurados en el seno de otra problemática, al formular M. Foucault su propuesta de análisis del discurso: “Por una parte el conjunto ‘crítico’ que aplica el principio de inversión: intentar establecer las formas de exclusión, de limitación, de apropiación, a que acabo de referirme; mostrar cómo se ha formado, en respuesta a qué necesidades, cómo se ha modificado y desplazado, qué restricciones han ejercido efectivamente, en qué medida se han transformado. Por otra parte el conjunto ‘genealógico’ que aplica los otros tres principios: cómo se han formado las series discursivas, traspasando, pese a o con el apoyo de esos sistemas de restricciones; cuál fue la norma específica de cada uno y cuáles fueron sus condiciones de aparición, de crecimiento y de variación” (Foucault, M., 1971: 62). Tal “vigencia” de la información (en cuanto formas sociales de representación/interpretación de los fenómenos) que el investigador busca y recupera en los discursos sociales, asumidos, en este trabajo, en su plena positividad o efectiva existencia y concreta historia, en el ámbito de determinada sociedad; eliminando, hasta donde sea posible y con la mayor exigencia, los residuos idealistas y los aprioris de lo obvio en el conocimiento, de lo sustancial en la esencia de los fenómenos en sí y de lo universal en la razón.

(xxviii/ parág. 42). Aquí, la expresión “probabilidad de una explicación” no se refiere a un a consideración *probabilista* de la validez de determinada explicación, sino que está utilizada en el sentido que posee en lógica la expresión semejante de “probabilidad de un teorema”, en cuanto a su deducti-

bilidad formal en el cálculo de predicados (Hatcher, W., 1968: 30); lo que se afirma, por tanto, es que la propuesta de explicación (de la significación de un fenómeno) que constituye la 1ra. hipótesis (teórica) de una investigación debe resultar probada por una secuencia de enunciados que dan cuenta de la productividad de las representaciones/interpretaciones identificadas por el investigador en el corpus de discursos sociales seleccionados. Es también el sentido que le atribuye J.-Cl. Gardin a “la naturaleza de las *operaciones* que fundamentan el paso de los datos-iniciales a las proposiciones finales de la construcción, donde se enuncian las conclusiones del autor” (Gardin, J.-Cl., 1987a: 32).

(xxviii/ parág. 46). Las tres posibilidades se encuadran en la falsabilidad popperiana (diferente de la *falibilidad* peirceana, a la que se aludirá en la nota al parágrafo 70) en cuanto condición para decidir el carácter empírico de un sistema de enunciados, lo que lo constituye en científico (siempre dentro de la concepción popperiana) al ser posible refutarlo por la experiencia (Popper, K. R., 1977: 40, 75, 108, *passim*). Cada una de las proposiciones contenidas en las enunciaciones de cada una de las hipótesis tiene que poder demostrarse si resulta o no falseada; o sea, en la conclusión de la investigación se obtendrán nuevas enunciaciones que estarán formuladas (respecto de las correspondientes hipótesis) según alguna de las modalidades epistémicas *de dicto*, teniendo en cuenta que “si la negación de una proposición se verifica, la proposición se denomina falsificada” (Wright, G. H. von, 1970a: 55 ss). Por supuesto que se trata de diferentes clases de falsedad: en el primer caso (falsedad de la 3a. hipótesis, de trabajo) lo que se niega es que el discurso social recopilado contenga la información necesaria para probar la explicación de la significación social del fenómeno (se trata, por tanto, de un caso de *falsedad empírica*); en el segundo caso (falsedad de la 2ª hipótesis, metodológica) lo que se niega es que la información (las relaciones productoras de representaciones/interpretaciones) identificada en el discurso social recopilado se corresponda con las representaciones/interpretaciones con las que determinada sociedad construye la significación de determinado fenómeno en determinado momento (se constata, por tanto, la existencia de una contradicción pragmática entre los enunciados recuperados como información y los enunciados efectivamente vigentes en la sociedad en estudio); en el tercer caso (falsedad de la 1ª hipótesis, teórica) lo que se niega es que el enunciado hipotético acerca de la significación atribuida a un determinado fenómeno pueda deducirse del conjunto de enunciados factuales relativos a las representaciones/interpretaciones (la información) vigentes en determinado momento y obtenidos mediante el análisis aplicado a un corpus pertinente de discursos sociales.

(xxix/ parág. 47). Este párrafo destaca el carácter de contradicción lógica que deberá existir entre la significación hipotetizada y las representaciones /interpretaciones sociales efectivamente vigentes en los discursos sociales pertinentes para poder rechazar la primera. En efecto, para negar dicha hipótesis es preciso haber probado la vigencia de las representaciones/interpretaciones identificadas y la pertinencia del discurso social que las produce/registra; lo que se niega es que dicha pertinencia y dicha vigencia (adecuadamente verificadas) sean los antecedentes lógicos de la significación enunciada en la hipótesis; sólo en ese caso se habrá demostrado la falsedad (se habrá falsificado) la hipótesis teórica. Mientras no se obtiene éxito en probar la validez de las hipótesis 2ª y 3ª (conjuntamente) se está en condiciones de afirmar o de negar la validez de la 1ª (lo que ocurrirá respectivamente según se pruebe o no la derivabilidad lógica de esta última a partir de las dos anteriores) o, según no se pruebe o se pruebe la contradicción lógica entre la una y las otras dos (la prueba de la derivabilidad y la de la no-contradicción lógica y la de la no-derivabilidad y la contradicción no son simétricas ya que en un caso, el de la contradicción o no-contradicción, ésta “procede de puras razones de lógica de proposiciones” (Hilbert, D. y W. Ackerman, 1962: 21) mientras que en el otro, el de la derivabilidad o no-derivabilidad, “pertenece a las proposiciones del sistema” (Ladrière, J., 1969: 153).

(xxx/ parág.47). Cabe preguntarse si, en definitiva, la metodología establece un orden para la realización de una investigación o este orden es el que corresponde al documento en que se comunican los resultados de dicha investigación. Dicho en términos más académicos, el problema se ha planteado como “la distinción entre contexto de descubrimiento y contexto de justificación”. P. K. Feyerabend resume la posición clásica diciendo: “El *descubrimiento* puede ser irracional y no necesita seguir ningún método reconocido. La justificación, por otra parte o, para usar la Palabra Sagrada de una escuela diferente, la *crítica*, empieza solo después que se han hecho los descubrimientos y procede de una manera ordenada”, a lo que contrapone su propia respuesta: “La investigación es, en su mejor condición, una *interacción* entre teorías nuevas que se enuncian de una manera explícita y viejas formas de las cosas que se han infiltrado en el lenguaje de observación” (Feyerabend, P. K., 1974: 99-100). Cfr. párrafos 56 y 57. Esta calidad interactiva de la investigación había sido afirmada por C. S. Peirce al oponerse a la existencia de un conocimiento intuitivo y, por tanto, *a priori*, como fundamento epistemológico de base, lo que se conoce como *el problema de los fundamentos*. “El paradigma alternativo de investigación y conocimiento que Peirce comienza a desarrollar en estos escritos” (en especial: *Questions Concerning Certain Facul-*

ties Claimed for Man) “y que precisa y modifica a lo largo de su carrera es una concepción de la investigación como un proceso autocorrectivo que no tiene ningún comienzo absoluto o un punto de llegada y en el que cualquier afirmación está sujeta a críticas racionales ulteriores, aunque no podamos poner en cuestión a la vez todas las afirmaciones. Nuestros postulados cognoscitivos están legitimados no por sus orígenes –puesto que los orígenes del conocimiento son variados y falibles–, sino por las normas y reglas de la investigación misma. Y aun estas normas, reglas y patrones están abiertos ellos mismos a la crítica racional” (Bernstein, Richard J., 1979: 183). En este trabajo esta interacción entre la praxis de la investigación y las conjeturas cognitivas que la impulsan se conciben de *modo dialéctico*, en cuanto resolución de las contradicciones mediante cuya superación la investigación despliega la trama de conocimientos que va produciendo (cfr. párrafos 77 en adelante y, en especial, los párrafos 87 y 88).

(xxxii/ parág. 51). Tal conjunto de operaciones técnicas constituye lo que puede denominarse “pensamiento racional”.

(xxxii/ parág. 52). “En la vida cotidiana utilizamos con alguna frecuencia la expresión ‘pensamiento racional’. Se trata de una expresión relativamente comprensible, para cuyo uso extra científico nos basta con las representaciones que sobre su significado poseemos. Una comprensión un poco más profunda de lo que es pensamiento racional es algo que de manera no inmediata resulta de la formulación de una expresión inteligible. Obtenemos esta comprensión mediante el análisis científico, esto es, mediante la aplicación de una forma particular del pensamiento racional al conocimiento de un objeto que en este caso es, precisamente, el pensamiento racional (...). La razón surge y se desarrolla como propiedad social humana en relación inextricable con el trabajo, por un lado, y con el lenguaje, por otro, y tiene un portador biosomático: vive unida al cerebro y al sistema nervioso del hombre que vive en sociedad” (Zeleny, J., 1982: 11 y 12). Todo ello entendido en un sentido pluralista de la razón que, en la actualidad, excede incluso “el concepto que Habermas proyecta de la razón en términos de teoría del consenso”, exceso señalado por Lyotard: “reconocer a la pluralidad e intraducibilidad de los juegos del lenguaje entrelazados entre sí su autonomía y especificidad, no tratar de reducirlos unos a otros; con una regla que sería, empero, una regla general, ‘dejados jugar (...) y dejados jugar en paz’” (citado en Wellmer, A., 1988: 109). Algo sencilla y humildemente anticipado por el fundador de la semántica moderna, M. Bréal: “por ser el lenguaje la obra del pueblo, es necesario, para comprenderlo, abandonar al lógico y hacerse pueblo con él” (1924: 233).

(xxxiii/ parág. 56). La intuición es un conocimiento social e histórico, muy próximo al “sentido común” y, en ambos casos, se confunde, como reflexionaba G. Moore, “el problema de si entendemos su significado (cosa que realmente nos ocurre a todos)” (se refiere al de la frase “la Tierra ha existido durante muchos años”), “con el problema de si sabemos qué quiere decir, en el sentido de ser capaces de *hacer un análisis correcto de su significado*” (Moore, G., 1974: 257). Esa es la intuición que no puede permitirse el investigador, ya que “es una facultad elástica; nuestros hijos no encontrarán, probablemente, dificultad alguna en aceptar como intuitivamente evidentes las paradojas de la relatividad, del mismo modo que nosotros no retrocedemos ante ideas que eran consideradas completamente no intuitivas hace un par de generaciones. Además, como todos sabemos, la intuición no es una guía segura: no puede ser utilizada adecuadamente como criterio de verdad ni de fecundidad en las exploraciones científicas” (Nagel, E. y J. R. Neuman, 1970:29). Por supuesto que queda fuera de esta exclusión el concepto de “intuición matemática”, en virtud del cual Hilbert “contra lo que admiten Dedekind, Frege, Russell y los lógicos en general (para quienes las matemáticas no son sino una parte de la lógica), afirma la independencia de las matemáticas frente a la lógica. Las operaciones lógicas afectan a objetos que deben ser dados previamente a la intuición y que constituyen precisamente la realidad matemática” (Ladrière, J., 1969: 26), así como el *intuicionismo* que ha sido la respuesta de Brouwer a la crisis de los fundamentos de la matemática, si bien en neta actitud polémica con Hilbert (Curry, H. B. y R. Feys, 1967: 57-58). Es necesario, por tanto, diferenciar la intuición como supuesto en el origen del conocimiento (problema gnoseológicamente válido, cualquiera sea la actitud que se tome a su respecto) de la intuición como recurso metodológico para el desarrollo de una investigación, que es lo que se rechaza en este trabajo. Pero, ver la nota al parágrafo siguiente.

(xxxiv/ parág. 57). Tampoco se rechaza la intuición como componente empírica del pensamiento del investigador, coincidiendo, en esto, con las reflexiones de M. Bunge: “En cualquier trabajo científico, desde la búsqueda y el planteo del problema hasta el control de la solución, y desde la invención de las hipótesis-guías hasta su elaboración deductiva, intervienen la percepción de cosas, acontecimientos y signos; la imaginación o representación visual; la formación de conceptos de diversos grados de abstracción; la comparación que lleva a establecer analogías y la generalización inductiva junto con la loca conjetura; la deducción tanto formal como informal; análisis toscos y refinados y probablemente muchas otras maneras de formar, combinar y rechazar ideas, pues, digamos de paso, la ciencia está hecha de ideas y no de he-

chos (...). La siguiente es una enumeración de los usos del término ‘intuición’ más frecuentemente aceptados en la literatura científica contemporánea: percepción rápida, imaginación, razonamiento abreviado y sentido común” (Bunge, M., 1965: 88-89). De acuerdo, posiblemente, con todo ello, pero a condición de que se lo pruebe; lo que no es la intuición es un procedimiento ni un recurso probatorio. Cfr. el párrafo 67 y su nota sobre la “abducción” peirceana.

(xxxv/ parág. 58). Es conveniente distinguir entre “formalización” y “simbolización”. “Aunque simbolización y formalización sean dos pasos distintos y teóricamente separables, se encuentran, de hecho, estrechamente asociadas: pues la segunda es considerablemente facilitada por la primera de suerte que la llama casi irresistiblemente” (Blanché, R., 1965: 44). Cuando la teoría está axiomatizada, “nos presenta proposiciones primeras que enuncian en lenguaje simbólico, relaciones lógicas entre términos primeros: puesto que no las propone sino a título de hipótesis, las admitimos como tales, bajo reserva de su compatibilidad. Pero, a partir de ahí, no recibiremos un término nuevo si no es definido con la ayuda de los términos primeros; no aceptaremos una proposición nueva si no es demostrada con la ayuda de las proposiciones primeras” (*Ibid.*, 45); tal la tarea y exigencia de la *formalización*. Con respecto a la *simbolización*, “el fin que uno se propone cuando se coloca bajo forma axiomática una teoría deductiva, es desprenderla de las significaciones concretas e intuitivas sobre la que en primer lugar fue construida, a fin de hacer aparecer claramente el esquema lógico abstracto (...). Así, bien pronto se hace sentir la necesidad de substituir las palabras que designaban las nociones primeras de la teoría, aún con el peso de su significación intuitiva, por símbolos desprovistos de sentido previo y susceptibles, en consecuencia, de recibir exacta y exclusivamente los que les confieren los axiomas” (*Ibid.*: 43).

(xxxvii/ parág. 58). Resulta importante, en especial en el ámbito de las ciencias sociales, el trabajo de diferenciación realizado por E. W. Beth entre “derivabilidad formal” e “implicación semántica”; en el primer caso “existen ciertas reglas formales de inferencia, cada una de las cuales, si se aplica a las premisas apropiadas produce una conclusión inmediata” (Beth, E. W., 1978: 6); y por otra parte, “puede designarse como implicación semántica a la noción de consecuencia lógica que resulta pertinente en este contexto”, siendo fundamental la dependencia del contexto (p. e.: contexto del conjunto de entidades, con su significado correspondiente, seleccionadas para interpretar las variables lógicas), lo que hace que, en el caso de la implicación semántica, “juega un papel esencial el ‘valor de verdad’ (es decir, la verdad o falsedad) de las nuevas premisas y la nueva conclusión” (*Ibid.*: 7).

(xxxviii/ parág. 58). M. Borillo se pregunta “¿Por qué pretender ir hacia la formalización de las Ciencias del Hombre?” (1977: 24). La respuesta, desarrollada a través de una serie de observaciones sugeridas por su experiencia práctica y por las investigaciones desarrolladas durante algunos años en el *Laboratoire d'Informatique pour les Sciences de l'Homme* dependiente del CNRS, pueden resumirse así: 1) “pasar a una expresión formal la totalidad o parte de los elementos constitutivos de un problema es una restricción que implica mayor rigor en el análisis de los fenómenos empíricos y en la conducción de los razonamientos (...)”; 2) “la formalización permite la construcción de teorías ‘más potentes’ (...)”; 3) “Los problemas de ‘adecuación teórica’ de los métodos matemáticos a la naturaleza profunda de los hechos estudiados (...) son cruciales para una reflexión sobre el estatuto científico de las Ciencias del Hombre (...)”; 4) “*la aptitud funcional* de los métodos formales para captar, representar y ordenar la información en su extensión y en su complejidad permite realizar la incorporación de informaciones correspondientes a clases de fenómenos distintos, pero susceptibles de encontrar en su asociación un alcance significativo más rico (...)”; 5) “resulta verosímil que la modificación de las problemáticas, desde el punto de vista de la extensión y de la riqueza de sus contenidos, se vincula, no sólo a los aspectos funcionales de los métodos formales evocados, sino también, de manera directa, a la *naturaleza teórica* de las construcciones (...). Esta capacidad integrativa (...) constituye el sustrato interno más seguro de una transdisciplinariedad por venir (...)”; 6) “el impacto de los métodos formales sobre las Ciencias del Hombre se manifiesta finalmente en la *práctica* de la investigación y de manera tanto más sorprendente cuanto que los cambios que han afectado a las Ciencias de la Naturaleza a escala secular están a punto de encontrar su equivalente a escala de decenios para las Ciencias del Hombre (...), es suficiente con recordar los puntos más importantes (...) desde el ángulo técnico, los problemas son los de la aplicación operatoria de los métodos y de los enfoques teóricos antes evocados (...), desde el punto de vista *social e institucional*, es una realidad que la producción científica adquiere rápidamente una dimensión colectiva que se opone al aspecto individual, a la autonomía erudita del sabio que ha predominado hasta aquí (...); la interdisciplinariedad tiene una doble componente, *temática* (...) pero también *metodológica*, ya que la formalización convocará tanto al semiólogo como al matemático, al lógico y al informático (...) sin descuidar la dialéctica de lo individual y de lo colectivo en el acto de reflexión y de creación (...), el equipo aparece cada vez más, como responsable colectivamente de su obra. Lo que no excluye, por experiencia, que la diversidad de los roles individuales, lejos de borrarse, se exalta por la multiplicidad de saberes y de desarrollos que confronta (...). Otra ilusión será pensar que las téc-

nicas informáticas instauren por sí mismas el libre acceso del investigador a la información científica (...). También ha de decirse que (la incorporación de la formalización en las Ciencias del Hombre) será ‘difícil’, como puede serlo el paso de la retórica al razonamiento, pese a que la naturaleza misma de esta transformación aproximará a investigadores de las Ciencias de la Naturaleza e investigadores de las Ciencias del Hombre en la búsqueda de una convergencia epistemológica en el interior de la esfera del conocimiento científico” (*Ibid.*: 25-30). Al cumplimiento de estas posibilidades y expectativas (que en algunos ámbitos de trabajo de las ciencias sociales ya son una realidad) ha confluído el desarrollo de técnicas analíticas denominadas “de razonamiento aproximado”, las cuales en vez de limitarse a “representar el nivel de certeza mediante un único valor” proponen procedimientos destinados a “mejorar la calidad de la representación”, en este caso, de los fenómenos sociales, mediante la aceptación de “un mayor número de parámetros para evaluar el grado de deductibilidad de una regla” (Cuena, J., 1985: 523-4); a ello concurren las lógicas denominadas “no monótonas”, la lógica difusa, el método posibilístico y los actuales desarrollos de la representación formal de los *mundos posibles*.

(xxxviii/ parág. 59). Sin entrar a la compleja problemática de la definición científica, resulta importante, en especial para la investigación en ciencias sociales, la diferencia analizada por S. A. Kripke, entre las definiciones científicas como *sinónimo* y como *fijación del referente*: “puesto que podemos identificar la luz por la impresión visual característica que nos produce, éste parece ser un buen ejemplo de fijar un referente” para la luz; pero si decidimos usar “luz” como una frase sinónimo con “todo aquello que nos causa una impresión visual –todo aquello que nos ayude a ver”, esta equivalencia no servirá para definir la luz en otro universo posible “en el cual ciertas criaturas, quizá incluso quienes se llamasen ‘gente’ y habitaran ese planeta, fueran sensibles no a la luz sino a las ondas sonoras, sensibles a ellas exactamente del mismo modo en que somos sensibles a la luz” (Kripke, S. A., 1980: 130-1).

(xxxix/ parág. 62). “Para precisar la naturaleza de la poesía tenemos que detenemos ahora ante aquel carácter semántico específico –el ser un discurso o género polisentido (polisémico)– que la distingue de la ciencia, discurso o género unívoco” (Volpe, G. della, 1966: 120). G. della Volpe diferencia de este modo el discurso poético (en que cada término, sometido a la acción de los restantes términos de su contexto adquiere un *plus semántico* que inaugura para él un nuevo sentido) del discurso científico; y diferencia al discurso científico del discurso común utilizando el término “*unívoco* (cfr. la ‘precisa determinación’ galileana) y *equivoco* (cfr. los ‘equivocos’ galileanos) según los

casos, según que se entienda la palabra o discurso científico o la palabra o discurso común, vulgar, para el último de los cuales usaremos también el término más riguroso de *literal-material*" (*Ibid.*: 121); de modo semejante a como lo había hecho anteriormente el discurso científico (en que cada término, sometido a la acción de los restantes términos de su contexto sufre un *minus semántico* que lo adscribe a un único e inmodificable sentido: conservación de su definición explícita a través de su uso en contextos que lo restrinjan a ella). Es particularmente interesante que aquel *plus* de lo poético (polisentido) y este *minus* de lo científico (que él caracteriza como el "respectivo locus semántico" generador de lo poético y lo científico; *Ibid.*: 122) se cumple como transformaciones posibles de ese valor *literal-material* que ostenta el discurso común, en cuanto materia prima social de todo discurso. Por todo ello un poeta no usa sus términos y expresiones como se utilizan los conceptos en las ciencias sociales: "en contradicción con estos conceptos" (mimesis, diferencia, rasgo, gramma, deconstrucción: pertenecientes al lenguaje teórico de Derrida) "el equívoco significante *azur* cumple diversas funciones semánticas en el poema de Mallarmé, pero no puede leerse como concepto. A nadie se le ocurriría reprochar a Mallarmé el empleo inexacto de la palabra *azur*; lo contrario ocurre con el reproche de ser inciertos, aunque llenos de sentido, los conceptos semióticos de Derrida y los conceptos ideológicos de Adorno, cuando los emplean como términos relativos a las ciencias sociales ya que su disolución en expresiones 'poéticas' arrastra consigo la desintegración de las ciencias sociales" (Zima, P.V., 1989: 12).

(xli parág. 66). Cfr. la ya clásica controversia cuyos protagonistas principales fueron K. R. Popper y T. W. Adorno (Adorno, T. W. *et al.*, 1973).

(xlii parág. 67). El concepto peirceano de "abducción" (que en algunas oportunidades denomina también "retroducción") ofrece interesantes posibilidades de reflexión acerca de la formación de hipótesis. El tema ha sido trabajado en Magariños de Morentin, J. A., 1994c: 46-49: "Tentativamente puedo sugerir que las características que Peirce le confiere a la *abducción* se corresponden con las exigencias de racionalidad inherentes a la elaboración de un proyecto de investigación. Puede desorientar el hecho de que haya ubicado a la abducción a un mismo nivel con la inducción y la deducción como una de las 'tres clases de razonamiento en ciencia' (1.65), vinculándolas, respectivamente, con la probabilidad (inductiva), la necesidad (deductiva) y la expectabilidad (abductiva) (5.194); pero advirtiendo que 'la inferencia abductiva (...) está absolutamente más allá de la crítica. La sugerencia abductiva nos llega como un fogonazo. Es un acto de comprensión, aunque de una *comprensión* extremadamente falible' (5.181) (...). La abducción parecería, no obstan-

te, poseer una estructura lógica interna como la que puede afirmarse de la inducción y de la deducción, identificable, definible, utilizable. En este sentido, recuerda Peirce que ‘la abducción, pese a estar muy poco trabada por las leyes lógicas, es inferencia lógica, estableciendo su conclusión solo como problemática o conjetural, ello es cierto, pero teniendo sin embargo una forma lógica perfectamente definida’ (5.188). El desarrollo explicativo de lo que es la abducción lo logra Peirce con particular eficacia, al relacionarla con el análisis de ‘las conjeturas racionales’ (1.608), refiriéndola a ‘*il lume naturale* que iluminó las huellas de Galileo’ (1.630) y, en especial, al establecerla como etapa necesaria para la formación (2.623) o adopción (7.202) de hipótesis. Se constituye así en el instrumento conceptual para la elaboración de un proyecto de investigación: ‘este escalón hacia la adopción de una hipótesis, en cuanto sugerida por los hechos, es lo que llamo *abducción* (...), resulta axiomático que una hipótesis adoptada por abducción solo puede *adoptarse en prueba*’ (7.202); por eso, una vez que ha cumplido su eficacia, ‘la retroducción no aporta seguridad. La hipótesis debe probarse. La prueba, para que sea lógicamente válida, debe iniciarse honestamente, no con el escrutinio de los fenómenos, como se inicia la retroducción, sino con el examen de las hipótesis en cuanto muestra de todas las clases de consecuencias condicionales y experimentales que pueden seguirse de su verdad... ’ (6.470). De este modo, la retroducción interviene tanto para la formulación de las hipótesis a partir de los hechos que ya conoce el investigador, como preparando el proceso de su prueba a través de los pasos observacionales y/o experimentales que requieran las consecuencias que de tales hipótesis se deriven; y no en otra cosa consiste el proceso de elaboración de un proyecto de investigación”.

(xlii/ parág. 68). La eficacia heurística de las operaciones analíticas ha de entenderse también en el sentido en que la define H. Bremmernans, la cual “pese a su carácter aparentemente negativo, parece hoy día la más adecuada ‘se entiende por heurística todo método o principio-guía programable que facilite la eliminación de posibilidades poco prometedoras en un proceso de investigación’” (citada en Le Moigne, J. L., 1986: 43).

(xliii/ parág. 68). El concepto de ciencia como *construcción*, en especial referido a las ciencias sociales, ha sido desarrollado por J.-Cl. Gardin y fructíferamente aplicado a las investigaciones que dirige en el área de la arqueología: “(...) debemos considerar los textos científicos como *objetos construidos* con fines y por medios particulares” (Gardin, J.-Cl., 1987b: 4). Esta característica textual de los textos científicos conduce a la noción de *construcción simbólica*, de la que señala “los dos componentes necesarios: (a) la base semiológica, por una parte, es decir el conjunto de los símbolos que constitu-

y en la *representación* de los objetos estudiados ('datos de base', 'base de datos'); (b) el aparato informático, por otra parte, entendido en un sentido real o figurado, a saber, el conjunto de las operaciones que vinculan la base con la cima de la construcción (hipótesis, conclusiones), expresadas por las cadenas de carácter algorítmico susceptibles de un *tratamiento* por computadora" (*Ibid.*: 15). "(...) el análisis de las construcciones plantea solamente dos preguntas precisas (...): tratándose de una obra escrita determinada, concebida como el producto de una tarea científica, nos preguntaremos de tanto en tanto *de qué está hecha esta obra y lo que hace*". Respecto de lo primero la pregunta pertinente es: "¿por qué medios el autor pasa de un conjunto de observaciones dadas a su interpretación, llamadas según los casos explicación, taxonomía, regla, ley, teoría, modelo o cualquier otro término que implique franquear el espacio entre aprehensión ingenua de los fenómenos y la formulación de un comentario científico?" (Gardin, J.-Cl., 1987a: 29). En cuanto al segundo tema: "lo que hace" un texto científico, Gardin reconoce un desequilibrio entre la eventual eficacia de "una construcción científica en dominios como la física, la astronomía o la biología" en cuyos ámbitos comunica "a quien la comprende o a quien se sirve de ella —los dos usos no están necesariamente ligados— un cierto poder sobre el tipo de fenómenos a los que se refiere esa construcción. Un poder en el sentido mas concreto del término, ya que concluye en una explosión nuclear, el envío de un hombre a la luna o la fabricación de una bacteria bienhechora" y los resultados de las ciencias sociales respecto de los que se pregunta "¿de qué incremento de poder disfrutamos después de la lectura de una explicación científica de *les Chats de Baudelaire*?" (*Ibid.*: 29-30). Bien puede pensarse que Gardin se ha dejado llevar por restricciones habituales en la consideración de la ciencia social, lo que es particularmente raro en él, que tanta preocupación manifiesta por la utilización de los sistemas expertos; el conocimiento científico del poema de Baudelaire aporta, al menos, importantes conocimientos acerca del funcionamiento de la mente humana (por ejemplo, en la creación del lenguaje o de nuevas posibilidades de representación del mundo) que constituyen la materia prima para la reflexión informática (por ejemplo en materia de inteligencia artificial), indispensable para la programación (e incluso para el *hardware*) que hace posible el viaje del hombre a las estrellas, la previsión de hambrunas en naciones y continentes o el diseño de políticas que derriben muros, que preserven idiosincrasias y que imposibiliten las explosiones nucleares sobre poblaciones. No es pequeño el poder de las ciencias sociales, si bien su afirmación y su incremento ha sido (como se sabe desde que existe historia escrita) objeto de aborrecimiento de todos los autoritarismos. Este comentario no restringe la validez de la propuesta teórica de Gardin que sintetiza con ambas pre-

guntas (de qué está hecha y cuál es la eficacia de las construcciones científicas) y con el mismo concepto de “construcción científica”, lo que denomina “el campo de la epistemología práctica”.

(xliv/ parág. 70). Ya es un postulado asumido por la epistemología que, por más exigencias que se impongan al tratamiento analítico de determinada información, *no existe garantía absoluta* de la validez del conocimiento adquirido: “(...) aunque el desarrollo científico suele ser razonable, no hay aquí nada que se pueda llamar adecuadamente ‘lógica del descubrimiento’ pues no hay ninguna *garantía* de que cierta línea de investigación, por razonable que sea, vaya a llevar a una solución del problema. En vez de hablar de una lógica del descubrimiento, resulta menos equívoco y más congruente con el espíritu de la ciencia referirnos a los análisis que se acaban de hacer como análisis que tratan de la racionalidad del desarrollo científico” (Shapere, D., 1979: 618). Pero esto no impide que el tratamiento científico de la información aplique las mayores exigencias posibles de racionalidad. Han sido positivos (y la semiótica se encuentra privilegiadamente situada en esa acción) los resultados de la crítica al *logocentrismo* inherente a la tarea de formación de conceptos teóricos. La dialéctica negativa de Adorno y la reflexión deconstructivista de Derrida han sido herramientas especialmente filosas para el descubrimiento de las trampas del lenguaje en la creación de teorías, pese a haberse preservado los máximos requisitos de la lógica y la racionalidad con pretensión de universalidad. Y esta *universalidad* fue su error, como lo fue en los casos de Adorno y Derrida, no haber observado que su propia crítica necesitaba crear también conceptos para criticar conceptos, lo que permitió reconducir su crítica a la propuesta de “un nuevo logocentrismo” (Zima, P. V., 1989: 12), pero menos justifica la pretensión de P. V. Zima de rechazar tal logocentrismo acudiendo a una tesis dialógica en la que, según el enfoque concreto que le da este autor, tras una cobertura histórica y contrastativa, subyace el viejo esencialismo y universalismo: “no dándose estos universales colectivos, la terminología de las ciencias sociales sería no sólo contradictoria y fragmentaria, sino inconmensurable y cada coloquio entre sociólogos, semiólogos y psicólogos sería un diálogo de sordos” (*Ibid.*: 17).

(xlv/ parág. 70). Uno de los criterios que adopta Peirce para reflexionar sobre las características de la producción de conocimiento mediante la investigación, consiste en la distinción entre *duda* y *creencia*. “Cuando creemos, hay una proposición que decide nuestras acciones conforme a alguna regla, de modo que conocida nuestra creencia se deduce con seguridad el modo según el cual debemos comportarnos, pero en el caso de la duda tenemos en nuestra mente una proposición más o menos identificada y no actuamos según ella”

(7.313). A partir de esta diferencia (cuya oposición terminante, no obstante, elude: “la creencia y la duda pueden concebirse como diferenciándose solo en grado” (7.314)) afirma la actitud que debe acompañar al investigador: “la duda viviente es la vida de la investigación. Cuando se pone fin a la duda, el estudio debe detenerse” (7.315). Por eso la investigación no pretende dar respuestas terminantes, sino que “en principio tiende a perturbar las opiniones, a cambiarlas y a confirmar una determinada opinión que depende solo de la naturaleza de la propia investigación” (7.317). La aceptación del resultado de la investigación como definitivo transforma al conocimiento en creencia y elimina a la razón: “La única justificación del razonamiento es que plantea dudas y cuando la duda finalmente cesa, sin importar cómo, se ha alcanzado el fin del razonar” (7.324). “Ahora bien, si se fija la creencia no importa cómo, la duda, de hecho, ha desaparecido y no hay motivo, racional o no, para seguir razonando” (7.325). El *falibilismo* es también un concepto que tuvo especial desarrollo en la obra de Peirce. “Hay tres cosas a las que no puede esperarse alcanzar mediante el razonamiento, ellas son la certeza absoluta, la absoluta exactitud y la universalidad absoluta” (1.141). “En general, pues, no podemos buscar, en modo alguno, la certidumbre perfecta, ni la exactitud. Nunca podemos estar absolutamente seguros de nada, ni podemos establecer con alguna probabilidad el valor exacto de ninguna medida o razón general. Esta es mi conclusión, tras muchos años de estudio de la lógica y de la ciencia; y ésta es la conclusión a la que otros, de muy diferente estructura de pensamiento, han llegado de modo semejante” (1.147). Es de gran interés la totalidad de este punto 5º (“Falibilismo, continuidad y evolución”, tres ideas claves en el pensamiento de Peirce; 1.141-75) del capítulo 3 (“Notas sobre filosofía de la ciencia”; en uno y otro caso, títulos formulados por los recopiladores). El tema reaparece en “la falibilidad del razonamiento y el sentimiento de racionalidad” (2.151-74). En la actualidad se difunde una tendencia a la medida ante el exceso de confianza en la razón y se afirma una “desconfianza frente a las sistematizaciones muy fuertes y las generalizaciones excesivas y, en general, contra las construcciones de contenido normativo; por otro lado, se alienta una sana desconfianza falibilista y una tolerancia frente a los procedimientos de las ciencias débiles, que no se ajustan a las pautas científicas positivas” (Habermas, J., 1988: 105), todo ello vinculado, de modo casi contradictorio con la crítica “a la herencia racional de la Teoría Crítica (...) esto es, con un concepto de verdad filosófico, recogido de Hegel, que los viejos frankfurtianos nunca abandonaron y que es irreconciliable con la falibilidad del trabajo científico” (*Ibid.*: 142).

(xlvi/ parág. 70). El concepto de *plausibilidad* se relaciona, en las exigencias metodológicas vinculadas al desarrollo de la inteligencia artificial, con el concepto de *interpretación*. Frente al criterio “de *eliminar* las interpretaciones consideradas impropias, postulando la univocidad del texto tratado”, afirma R. Rastier (acotando al pie de página “este prejuicio racionalista se remonta a la filosofía eleática”) “preferimos otro enfoque. Para una semántica interpretativa, la equívocidad es un dato fundamental. Por regla general, se encaran múltiples interpretaciones. En el mejor de los casos, puede establecerse que una interpretación es preferible a las restantes. En otros términos, y pese a que toda la tradición hermenéutica milita contra esta conclusión, *el sentido de un texto no pertenece al orden de la verdad, sino al de lo plausible*. En vez de rechazar las interpretaciones consideradas impropias, conviene jerarquizarlas, graduando su plausibilidad en relación a una estrategia dada” (Rastier, R., 1987: 100). La *plausibilidad* ocupa ya un lugar preciso (¿o plausible?) entre las modalidades de la lógica modal; “la certidumbre (afirmable, negable)”, vinculada a la completud; “la plausibilidad (justificable, refutable)”, vinculada a la contingencia (“no es refutable que no”); y “la propensión (rectificable, silencio)”, vinculada a la monotonía, esta última “un tipo de modalidad muy interesante sugerido por S. Watanabe en su *teoría de la propensión*” (Sallantin, J., 1986: 127). Cfr. el texto de J.-CI. Gardin, aquí citado en diversas oportunidades (1987a).

(xlviil/ parág. 77). Aquí se formula como supuesto (la fundamentación del cual se ha realizado en otro trabajo: Magariños de Morentin, J. A., 1986: 141-159 y cuya crítica continúa abierta a la discusión teórica y al contraste de su eficacia en la práctica de las investigaciones) la afirmación de que estas tres operaciones son las necesarias y suficientes para producir la explicación de la significación social de cualquier fenómeno; su aplicación *recursiva* exige la inclusión del resultado alcanzado por cada una de ellas en cada una de las restantes; no se pretende dar respuesta definitiva al problema de la asignación de la calidad de *primitiva* a la sintaxis o a la semántica, pero se plantea una solución operativa integrando la relación de ambas en una perspectiva histórica.

(xlviil/ parág. 78). La operación identificadora está inmediatamente vinculada a la percepción, ya bien en el texto, ya bien en el fenómeno (a través de otro texto). La búsqueda de efectivas relaciones sintácticas (cualquiera sea la materia prima semiótica del texto en estudio: verbal, gráfica, objetal, etc.) de las que se afirma, por hipótesis, que son capaces de producir (con permanencia provisoria en la historia de determinada comunidad) la significación que identifica al fenómeno en estudio, pretende concretar operativamente

ciertos conceptos teóricos de H. Parret “Ir a través de superficies y manifestaciones significa la búsqueda de permanencia e isomorfismo. Afortunadamente, los semiólogos neo-hjelmslevianos admiten que la búsqueda de la identidad ha de atraparse como un *procedimiento de identificación* o de *reconocimiento de la identidad* (Parret, H., 1983: 86). En esta etapa, el investigador aplica la operación identificadora, sin tomar en cuenta relaciones temporales (*acronía*) y tomando en cuenta, tan sólo, relaciones espaciales (*sintáctica*). Lo que se identifica, como su resultado, es el *objeto semiótico*: fragmento textual eficaz para la representación/interpretación de determinada cualidad del fenómeno; o bien, la cualidad del fenómeno en cuanto construida (o enunciable) por determinado fragmento textual (consideración *intensional* de la semiótica): “La identidad (...) no es la relación entre un objeto y sí mismo, sino la relación que se establece entre dos nombres cuando designan el mismo objeto” (Kripke, S. A., 1980: 107), identidad en la designación del objeto o en la designación de una cualidad de ese objeto. Con diferente terminología, esta operación, llamada allí “de atribución”, se define en Magariños de Morentin, J. A., 1986: 145: “Aquella mediante la cual se pone en relación una forma con un valor”.

(xlix/ parág. 81). Esta operación contrastativa tiene por objetivo establecer la presencia de, al menos, “dos valores antagonistas asignados a un lugar determinado del esquema sintáctico” resultante del análisis de un determinado corpus de discursos sociales, de modo “que pueda desencadenar, en el intradiscurso de las secuencias discursivas dominadas por determinada formación discursiva, una *modalidad contrastativa de la identificación* sintácticamente realizada” (Courtine, J.-J., 1981: 94). Esta contrastación “produce un *efecto de referencia*, en el sentido de que su forma sintáctica tiene por efecto la identificación contrastativa de sustitutos sinónimos que pertenecen a dos clases referenciales antónimas” (*Ibid.*: 102), siendo, a su vez, por efectos de esta referencialidad contrastante, como un fenómeno adquiere la calidad de *objeto semiótico*, ya no solo identificado, sino *semantizado* mediante la concurrencia efectiva de los enunciados competitivos simultáneamente (en *sincronía*) vigentes en una comunidad. En Magariños de Morentin, J. A., 1986: 148, se define esta operación (con el nombre de “operación de sustitución”) como “aquella mediante la cual, dados n universos diferentes de formas (n mayor o igual a 2), en relación de sincronía, las formas pertenecientes a uno de tales universos se ponen en relación con los valores atribuidos a las formas del otro (u otros) universo(s)”.

(l/ parág. 84). La operación transformacional (término que no se relaciona, en este caso, con las gramáticas generativas o transformacionales) tiene

por objeto mostrar el valor histórico de la significación social de determinado fenómeno, relacionando el contraste de significaciones identificables en determinado momento de determinada sociedad, con el contraste de las significaciones identificables en otro determinado momento (anterior o posterior) de esa misma sociedad. Que aparezca o no tal valor histórico dependerá de que la relación entre tales contrastes demuestre la efectiva transformación de la significación en uno y otro de los momentos tomados en consideración (*diacronía*). A tal efectiva transformación del valor histórico se la denomina “superación” y, con este término, ha sido definida en Magariños de Morentin, J. A. 1994c: 23, como “aquella mediante la cual, dados n pares de universos de formas (n mayor o igual a 2) semióticamente semantizadas, las contradicciones lógicas inherentes a cada uno de tales pares dan lugar a nuevos pares de universos de formas con sus respectivos valores atribuidos” (se ha optado por esta versión de la definición, en vez de la de 1986: 153, para evitar lo farfalogoso de la definición desarrollada en este último lugar, si bien operativamente tiene un mayor valor descriptivo).

(*lil parág.* 87). En esta definición de “superación” confluyen, tanto una consideración *dialéctica* como otra que aprovecha la metáfora topológica de la *catástrofe*. En el primer sentido, “lo que resulta superado se encuentra abolido, suprimido, *en un sentido*. Y, sin embargo, *en otro sentido*, lo superado no deja de existir, no cae en la pura y simple nada; al contrario, lo superado se encuentra elevado a un nivel superior. Pues ha servido de etapa, de mediación para obtener el ‘resultado’ superior y, ciertamente, la etapa atravesada no existe ya en sí misma, aisladamente, tal y como era con anterioridad, sino que persiste a través de su negación, en el resultado” (Lefebvre, H., 1984: 267). Un estudioso tan poco sospechoso de hegelianismo como W. Labov formula las siguientes reflexiones que ayudan a entender e, incluso desde una perspectiva pragmática, a establecer la utilidad empírica del concepto de “superación”, si bien la expresión que utiliza es la de “variante lingüística”; “Las variables más próximas a la estructura de superficie frecuentemente son el foco del compromiso (*affect*) social. De hecho, los valores sociales se atribuyen a las reglas lingüísticas sólo cuando existe la variación. Los hablantes no aceptan fácilmente el hecho de que dos expresiones diferentes realmente ‘signifiquen lo mismo’ y hay una fuerte tendencia a atribuirles diferentes significados. Si un determinado grupo de hablantes usa una variante particular, entonces, el valor social atribuido a ese grupo se transferirá a esa variante lingüística. Sturtevant (1947) ha propuesto un modelo general de cambio lingüístico mostrando la oposición de dos formas cada una de ellas favorecida por un determinado grupo social. Cuando se alcanza el éxito y una forma llega a uni-

versalizarse, el grupo social a ella vinculado desaparece” (Labov, W., 1984: 251), y desaparece también el significado social diferencial del fenómeno construido mediante la correspondiente expresión. Desde la otra perspectiva, también entra en funcionamiento el concepto de “superación” cuando se describe o se aplica el concepto de “catástrofe”. Aún sin concordar con las bases filosóficas inherentes al pensamiento de René Thom, resultan instrumentalmente útiles sus reflexiones. J. Petitot-Cocorda formula un elemental y claro resumen de ese *modus operandi*: “Para comprender un proceso de discontinuidad hay que colocarse en la siguiente situación general. Consideremos un sistema *S* susceptible de cierto número de estados estables regulados por una dinámica que opera en un espacio de parámetros descriptivos del sistema (del tipo espacio de fase) llamado *espacio interno*. Suponemos además que el sistema *S* depende de un *control*; es decir, que es posible operar sobre el mismo controlando el valor de otros parámetros que varían en otro espacio, llamado, por oposición, *espacio externo*. Sea entonces *S* el sistema para el valor *s* del control, encontrándose *Ss* en el estado estable *As*. Al hacer variar el control *s* en forma *continua*, puede suceder que para ciertos valores de ese control, una variación, por mínima que sea, haga saltar bruscamente el sistema de un estado a otro. Se dice entonces que se ha producido un cruce de un punto catastrófico, o bien que el sistema ha sufrido una catástrofe. Y en el caso (muy frecuente) de que sea el espacio externo el que soporta la aparición del fenómeno, su lugar catastrófico mismo aparecerá como un sistema de discontinuidades que discriminan zonas fenomenológicamente homogéneas” (Petitot-Cocorda, J., 1988: 129).

QUINTA PARTE

LA SEMIÓTICA DE ENUNCIADOS

LA SEMIÓTICA DE ENUNCIADOS*

SUMARIO

INTRODUCCIÓN

I. PROLEGÓMENOS

1. *Los Enunciados (E)*
2. *Los Conjuntos de Enunciados (CE)*
3. *Las Redes de Enunciados (RE)*

II. LA CONSTRUCCIÓN DE ENUNCIADOS (E), CONJUNTOS DE ENUNCIADOS (CE) Y REDES DE ENUNCIADOS (RE)

4. *Introducción*
5. *Reglas básicas para la construcción de E y CE*
6. *Comentarios a las reglas precedentes*
7. *Reglas complementarias para la construcción de Redes de Enunciados (RE)*

III. LA CONSTRUCCIÓN DE HIPER-REDES DE ENUNCIADOS

8. *Sobre una determinada secuencia textual:
Hiper-Redes Secuenciales (HRS)*
9. *Sobre un conjunto de segmentos textuales, con un lexema común:
Hiper-Redes Contrastantes (HRC)*

* Han colaborado en este trabajo: Cristina Baccin, Nancy Adriana Fernández, Adriana Frávega, Carlos Eduardo Gassmann, Roque Domingo Graciano, Gladys Lopreto, Juan Domingo Masiuk, María Teresa Poccioni y Miriam Silvestre, investigadores de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata.

INTRODUCCIÓN

La semiótica de enunciados, cuyas líneas fundamentales se establecen por primera vez en este trabajo, constituye un *instrumento analítico* especialmente diseñado para su utilización en las investigaciones sociales y es consecuente con el concepto de “fenómeno social” como *lo ya interpretado*, tal como se lo formula en el “Esbozo semiótico” (Magariños de Morentin y colaboradores, 1991).

Si, en lo que respecta a su *referencia*, la palabra tiene una estructura semántica que, con relativa permanencia, puede reconocerse como una imagen dinámica (en el “Bild” y el “Projektionsmethode” de Wittgenstein, 1953: 139, *passim*) o como un esquema o prototipo flexible (Langacker, 1991: 104), en lo que respecta a su significado, la palabra se caracteriza por una capacidad semántica inagotable, concretada acto a acto, en su aplicación (el “Anwendung” de Wittgenstein, *Ibid.*) a múltiples posibles contextos (de otras palabras y/o de otras semiosis), en los que pueden señalarse recurrencias y tendencias según los tiempos históricos, los ámbitos de vigencia y las identidades sociales (todos los cuales se constituyen mediante la efectiva reproducibilidad de tales contextos). La semiótica de enunciados tiene que ver con la exploración de las condiciones lingüísticas de producción (Courtine, 1981: 19) de ese *significado*, estableciendo algunas reglas elementales para la configuración de las relaciones semánticas, contrastativas y dialécticas, que una palabra mantiene con otras palabras (en los enunciados) o con determinadas secuencias de palabras (en los conjuntos y las redes de enunciados).

La semiótica de enunciados no pretende formular reglas semánticas de validez universal; el incremento de conocimiento que proporciona consiste en la identificación de las relaciones semánticas efectivamente utilizadas en el texto o *corpus* de textos analizados. A partir de tales identificaciones y contando con el “dominio asociado” pertinente (Foucault, 1969: 126-131) pueden establecerse inferencias bien fundadas acerca de (entre otros aspectos): la dimensión espacial y temporal de la vigencia social de tales relaciones semánticas; su variación y la calidad específica de las relaciones modificadas, omitidas o incorporadas; las concretas características que establecen su diferencia frente a las relaciones semánticas utilizadas en otro texto o conjunto de textos; la segmentación social y cultural resultante de efectivas diferencias en la utilización de las relaciones semánticas disponibles (al margen de obvias pero opacas diferencias socio-económicas); los posibles mundos semióticos accesibles desde un determinado conjunto de relaciones semánticas identificadas; las posibilidades de superación de las contradiccio-

nes efectivamente constatadas entre los conjuntos de relaciones semánticas construidas en los textos en estudio.

Si bien esta semiótica de enunciados puede trabajarse manualmente, está destinada a recibir un tratamiento informático. El requisito de manejar grandes cantidades de información y las búsquedas para realizar agrupamientos y dispersiones en base a secuencias físicas de caracteres suponen un tratamiento técnico que, en ocasiones, cae en irreverencias frente a convenciones de la epistemología, la lingüística y la semiótica (coincidiendo con algunos planteos de P. Thagard, 1993 y P. Lévy, 1990).

La semiótica de enunciados resulta particularmente útil en el análisis del discurso político, publicitario, de pacientes mentales, folklórico, pedagógico, jurídico, etc.

La aplicación de esta semiótica de enunciados a textos del lenguaje verbal no excluye su aplicación al análisis de los textos construidos con lenguajes gráficos o indiciales, si bien requiere asumir las problemáticas específicas a cada una de tales clases de signos (sistemas semióticos relativamente arbitrarios). Se ha comenzado, en colaboración con investigadores de la especialidad, el estudio de su eficacia específica en las investigaciones estéticas (plástica y música), arquitectura, arqueología y de diseño industrial.

Esta presentación tiene un carácter fundamentalmente descriptivo y ejemplificativo del *instrumento*, en cuanto conjunto de *operaciones semióticas*; por ello, las referencias bibliográficas son las imprescindibles. Su fundamentación teórica puede encontrarse en Magariños de Morentin y colaboradores, 1989 y 1991, así como en Magariños de Morentin, 1990a.

I. PROLEGÓMENOS

1. Los Enunciados (E)

Se denomina “enunciado”, en este trabajo, la estructura semántica mínima identificable en un texto.

Una estructura semántica mínima o enunciado (en adelante: E) es aquella en que dos términos (“a” y “b”) se vinculan mediante un conector (“R”).

Esta estructura del E se corresponde con la hipótesis, a la que se adhiere en este trabajo, de que la significación es el producto de una relación contextual o sintáctica (interpretada) y puede representársela, por tanto, mediante la forma lógica relacional “a R b”; o bien, de que toda estructura semántica mínima queda simbolizada por una relación predicativa diádica: “Rab”, con efectiva presencia del término relacional, lo que se manifiesta en la estructura, en definitiva *triádica*, de los esquemas operativos de los E.

En esta estructura, se designará a “a” como “1ª columna” y sustituye a la expresión cuyo contexto de significación se despliega en el resto del E; se designará a “R” como “2ª columna” y sustituye la relación posible efectivamente utilizada por el productor del texto para establecer el vínculo contextual; se designará a “b” como “3ª columna” y sustituye a la expresión con la que se contextualiza “a”, que, a su vez, contextualiza a “b” (bidireccionalidad).

Cada E va precedido de un número por el que se lo identifica, sin que implique ningún tipo de orden; la articulación ordenada de los E en las *redes* de E se cumple automáticamente (como se verá más adelante) por reconocimiento lexemático y por las posiciones relativas que tales lexemas ocupan en las columnas de los correspondientes enunciados.

Son ejemplos de E y de su forma lógica:

(1)

“a” Nº “1ª columna”	“R” “2ª columna”	“b” “3ª columna”
1. Los diputados	p. producir	leyes
2. La provincia	p. organizarse	∅
3. La representación	p. ser	de la sociedad
4. El disfrutar	p. poderse	∅
5. El hacer	p. negarse	∅
Etc.		

La 2ª columna se inicia siempre con una constante simbolizada como “p.” que representa al verbo “poder” y va seguida de un verbo en infinitivo. Tales son los dos únicos componentes de la 2ª columna.

El símbolo “p.” se lee, por tanto, “puede” o “pueden” (según lo exija la expresión, singular o plural, que aparezca en la 1ª columna del correspondiente E); así, la 2ª columna de este conjunto ejemplificativo se lee: “pueden producir”, “puede organizarse”, “puede ser”, “puede poderse”, “puede negarse”.

Este “p.” de la 2ª columna establece una *posibilidad cognitiva* y nunca debe interpretárselo como una posibilidad ontológica ni lógica. Lo que afirma es que el productor del texto dispone de la posibilidad de modalizar la expresión que aparece en la 1ª columna contextualizándola con la expresión que aparece en la 3ª, mediante el conector verbal que, en dicha 2ª columna, acompaña al símbolo “p.” de tal posibilidad, habiendo sido eso lo que realizó efectivamente. Esta posibilidad puede pertenecer, ya, al registro léxico de la lengua (Langacker, 1987: 24), en cuyo caso será usuario (inconsciente y posiblemente acrítico) de tal posibilidad.

P. ej.: la expresión original “La Constitución provincial” se registra mediante el E:

6. La Constitución p. ser provincial

con el que, sintéticamente, se afirma la existencia del E (asertivo y, en cuanto tal, contenido en sí mismo; Wittgenstein, 1953: par. 22): “el sujeto *afirma* que: ‘la Constitución *puede ser* provincial’”; o de los E (epistémicos y, en cuanto tales, dependientes de algún mundo posible; Hintikka, 1969: 153): “el sujeto *sabe* que: ‘la Constitución *puede ser* provincial’” o “el sujeto *cree* que: ‘la Constitución *puede ser* provincial’”; todo ello por oposición, (lo que, efectivamente, lo constituye en E), por ejemplo, a la existencia de otro u otros E tales como: “el sujeto *afirma* (o *cree* o *sabe*) que: ‘la Constitución *puede ser* nacional’” o “‘... liberal’” o “‘... federal’”, etc. Lo que el sujeto realiza al afirmar la expresión nominal: “La Constitución provincial” es una opción entre las alternativas de su universo de conocimiento o creencia.

Aquí “sujeto” se define (tan sólo) como “el productor del texto”, sin entrar a decidir sobre su calidad de sujeto individual, sujeto universal, etc. A título de (mera) afirmación (no fundamentada aquí) puede decirse que el sujeto es sólo un sujeto epistémico o doxástico y que tal episteme o doxa está vigente en la comunidad a la que pertenece el sujeto; pertenencia que se establece por su tarea efectiva de productor del texto original. También la existen-

cia de la comunidad se establece(rá) al probar que el E en estudio se articula en determinada *red* de E (diferentes y no contradictorios) efectivamente utilizados por determinado conjunto de productores de textos (entre los que se incluye al primero) y al probar, también, que otra (al menos) determinada *red* de E (diferente y contradictoria respecto de la anterior) está siendo (o ha sido o, incluso, puede llegar a ser) efectivamente utilizada por otros productores de otros textos (que constituirían, por tanto, otra comunidad diferente de aquella a la que pertenece el primero).

Se prescinde, en este trabajo, de la problemática inherente a la teoría referencial del significado. Lo que se busca establecer es el conjunto de las modificaciones posibles, en determinado momento de determinada comunidad, de las significaciones intuitivamente disponibles por un hablante nativo. Esto no constituye la aceptación de una semántica natural (innata, espacial y perceptual, como la propuesta por Jackendoff en su “*Hipótesis de Relaciones Temáticas*”, 1983: 188 y en 1987b: 86) ni de determinados primitivos semánticos (lingüísticos o conceptuales); siguiendo lo que se ha mantenido en precedentes trabajos, se supone a cualquier valor semántico identificable, cuya vigencia social pueda constatarse, como la derivación actual resultante de la secuencia histórica de sus transformaciones contextuales.

El símbolo “ $\emptyset$ ” indica que la 3ª columna está vacía; sólo la 3ª columna puede presentar este símbolo.

Todo texto es segmentable en un número finito de E.

2. Los Conjuntos de Enunciados (CE)

Respecto de cualquier texto es posible identificar un conjunto finito tal de E que contenga la totalidad de las relaciones sintácticas productoras de relaciones semánticas mínimas presentes en dicho texto; o sea, la totalidad de los E contenidos en un texto es *identificable, finita y ordenable*.

A los efectos de acotar, en cada caso, una dimensión de texto manejable en la práctica, se utilizará, en este trabajo, la técnica de segmentación resultante de la elaboración de definiciones contextuales (en adelante, DC).

Las DC han sido enunciadas en otro trabajo (1989: 26 ss) acudiendo al criterio del “mínimo sintáctico y semántico”; dado un término utilizado en un texto es posible establecer un conjunto de interdependencias sintácticas con el resto del discurso; cualquiera sea la ubicación de dicho término en la cadena sintáctica es siempre posible reordenar dicha cadena de modo que se constru-

ya una frase de estructura: “X (el término a definir) es aquel que...” o “... aquello que...” o “... aquel(lo) cuyo...” o “... aquel(lo) respecto del cual...”, etc.; la mínima estructura textual resultante, que tiene gramaticalidad sintáctica y semántica (aunque, en algunos raros casos, escasa aceptabilidad), se la denomina DC. Se dispone, así, de un segmento textual la totalidad de cuyas relaciones semánticas son identificables.

Sea el texto siguiente: “La salud es un bien tutelar en aquellos que no están en condiciones de elegirla, aquellos que tienen una discapacidad mental o los menores, aún siendo normales, que no tienen de ninguna manera posibilidad de participar en un presunto mercado libre.” (Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires, Período 117º, 17ª Reunión: p. 104). Algunos ejemplos de DC serían los siguientes:

“**Los menores** son aquellos en quienes la salud es un bien tutelar”

“**Los menores** son aquellos que, aún siendo normales, no tienen de ninguna manera posibilidad de participar en un presunto mercado libre”

“**Bien** es aquel tutelar que es la salud en aquellos que no están en condiciones de elegirla”

“**Mercado** es aquel libre y presunto en el cual, los menores no tienen de ninguna manera posibilidad de participar”.

Etc., hasta (si interesa) agotar la totalidad de los sustantivos.

Técnicamente, puede aparecer cierta ambigüedad en cuanto a la dimensión que acota el criterio del *mínimo sintáctico y semántico*; no obstante, en primer lugar, desde una perspectiva semiótica, *la dimensión* del signo (aquí, de la DC que se elabora) no es una y única, sino que depende del nivel al que se sitúa el analista. Un político, un sociólogo, un historiador, un antropólogo, etc., requerirán segmentaciones diferentes para la identificación de su objeto de conocimiento (signo) adecuado y pertinente. No obstante, desde una perspectiva estrictamente metodológica, el carácter *recursivo* de todas las operaciones semióticas hace que cada paso del proceso analítico implique una contrastación acerca de lo correcto o incorrecto de la segmentación producida. Como habrá de verse, la exigencia de un *E de Base* en cada red y de sólo uno hace unívoca, en este análisis de relaciones semánticas mínimas, la segmentación, ya que la red, en la que se registran y ordenan los E, llega un momento en que se satura, lo que indica la presencia de otro conjunto de E y, por tanto, de otra DC.

Un conjunto de E (en adelante, CE) es, por tanto, un listado de E que agota las relaciones semánticas identificables en un segmento no-arbitrario de texto.

Los E integrados en un CE son interdependientes, en cuanto su totalidad ha de permitir reconstruir, informáticamente, la articulación de las relaciones semánticas que constituyen el significado del texto en estudio; un CE es, en este sentido, la operación intermedia necesaria para la construcción de una red de E (en adelante, RE), con el valor de una *representación del conocimiento* desarrollado en el texto por su productor.

No se sigue, por ello, el criterio sintáctico de alguna gramática normativa vigente (del que, en ocasiones, se toma distancia pero al que, en ningún caso, se contradice); se adopta como guía para la construcción de CE el criterio de eliminar la ambigüedad (metodológica) en la posterior organización de las RE, estableciendo, al efecto, un conjunto de reglas que determinen una única forma posible para cada uno de los E de un conjunto concreto (ver, más adelante, las “Reglas básicas para la construcción de E y de CE”).

Los E que se integran en un determinado CE tienen las siguientes características generales:

a) Uno sólo de tales E tiene el carácter de *E Base*; se lo identifica con el símbolo “/B” que se le agrega al final (después de la 3ª columna). Tener este carácter quiere decir que es el único que admite expansiones (o, como se las llamará en adelante, “modalizaciones”) a partir de cualquiera de sus tres columnas; o sea, que pueden estar modalizadas la 1ª y/o la 2ª y/o la 3ª o ninguna de ellas. Este último sería el caso de un texto como: “Los tratados son internacionales”, respecto del cual (dejando de lado los que se denominarán “enunciados metalingüísticos”) su único E sería:

(2) 1. Los tratados p. ser internacionales /B

Una variante que llevaría a modalizar las tres columnas resultaría del análisis del texto: “Los países civilizados deben cumplir los tratados internacionales ratificados”, en cuyo CE, además del anterior (que pasaría de “/B” a “/m”), se integrarían:

2. Los países	p. cumplir	los tratados /B
3. Los países	p. ser	civilizados /m
4. El cumplir	p. deberse	ø /m
5. Los tratados	p. ratificarse	ø /m

b) Los restantes E (con una única excepción a la que se hará referencia en “c”) tienen el carácter de *E modalizadores* (simbolizado “/m”). Constituyen expansiones de otros E anteriores; tal es el caso, en el ejemplo, de los E1, E3, E4 y E5. Admiten, a su vez, la acumulación, junto con el carácter de modalizadores, del carácter de ser base de una o varias nuevas modalizaciones; o sea, pueden aparecer, a su vez, modalizados (se los identifica con el símbolo “/m/b”). Supóngase que el texto precedente terminara: “... por el poder legislativo”; el correspondiente CE, además de los E1 a E4 que permanecerían sin modificación, requeriría modificar el carácter (“/m”) asignado al E5, ya que va a ser, a su vez, modalizado:

5. Los tratados	p. ratificarse	ø /m/b
-----------------	----------------	--------

y la agregación de los siguientes:

6. El ratificar	p. ser	por el poder /m/b
7. El poder	p. ser	legislativo /m

de los cuales el E6 es también “/m/b” ya que modaliza al E5 y resulta modalizado por el E7.

c) Resulta importante introducir un tercer tipo de E, pese a su artificialidad, que puede calificarse como “metalingüístico”; se lo simbolizará mediante “/ml”; tiene por finalidad precisar la variante flexional del verbo, tal como éste aparece utilizado en el texto en estudio. En consecuencia de lo dicho, sólo puede especificar a la 2ª columna que es la que contiene el conector verbal. El ejemplo anterior se completa, por tanto, con los siguientes E:

8. “El deberse”	p. ser	“presente” /ml
9. “El ratificarse”	p. ser	“pasado-cont.”

Las comillas (“”) establecen, aquí, el carácter metalingüístico del E y advierten que (en su caso) el “presente” no constituye algún tipo de incremento o modalización de “el deberse”, ni el “pasado” de “el ratificarse”; o sea, elimina el contenido sustancial del término entrecomillado (que sería ajeno al texto), pero *especifica* determinadas características verbales (aquí: “presente”, “pasado continuo”) como aquellas según las que ha sido efectivamente usado el verbo (en el texto: “... deben...”; “... ratificados...”); por eso, respecto de esta clase de E se habla de “*especificar*” el verbo de otro E y no de modalizarlo. Por supuesto, la riqueza o esquematicidad de tales especificaciones son opciones que dependen del analista.

La anotación, al final de cada E, de la calidad “/B”, “/m”, “/m/b”, o “/ml” de tales E, está expresada, en este trabajo, con un objetivo exclusivamente didáctico; sirven a la reflexión del analista como comprobación de la corrección de su tarea en la construcción de cada E y en el número y las características de los E seleccionados para construir determinado conjunto. Pero esta calidad es inherente a los propios E *en el interior del conjunto al que pertenecen*. El tratamiento informático de los E los articula en posiciones de la RE que se corresponden con los nombres de tales calidades, con independencia de que estén o no rotulados y en virtud de las reglas de construcción de los conjuntos.

La identificación y formulación de CE tiene por finalidad su articulación en RE.

3. Las Redes de Enunciados (RE)

Una RE es una configuración de E articulados según determinadas reglas.

Una RE es una *representación del conocimiento* del productor de un texto, tal como se manifiesta efectivamente en el texto producido; es, por tanto, una representación de las relaciones semánticas contenidas en un texto determinado. Esta representación contiene el conjunto *mínimo y necesario* de relaciones semánticas para la producción de la significación del texto en estudio y las contiene según los órdenes de dependencia establecidos por su productor.

El siguiente es el ejemplo de una RE; es la única red posible, a partir de los E1 a E9 con los que se ejemplificó el CE (2).

2. Los países	p. cumplir	los tratados /B
3.=p. ser	4.=p. deberse	1.=p. ser
civilizados /m	ø /m	internacionales /m
	8.=p. ser	5.=p. ratificarse
	“presente” /ml	ø /m/b
		9.=p. ser
		“pasado-cont” /ml
		6.=p. ser
		por el poder /m/b
		7.=p. ser
		legislativo /m

Se incorpora el símbolo “=”, mediante el que se homologa la 1ª columna de cada E modalizador con el lexema de la columna correspondiente del E que se modaliza; otras precisiones acerca de los aspectos icónicos de las redes de E se formularán al estudiar su construcción.

La distribución de los E en la particular forma de integración que adoptan en cada RE manifiesta las estructuras relacionales semánticas de las que el productor del texto dispone previamente a su producción; con independencia de su intencionalidad, tal es la distribución realizada efectivamente.

La descripción sintáctica de un texto no siempre se corresponde con su descripción semántica (límite pertinente a su “restricción gramatical” que reconoce Jackendoff, 1983: 13). Las RE pretenden, en este trabajo, describir las relaciones semánticas contextuales; por ello no se superponen necesariamente con las relaciones sintácticas, ni con su categorización teórica. O sea, una relación semántica puede segmentar una unidad sintáctica mínima (por ejemplo, los “stemma” de Tesnière, 1982 o los “sintagmas nominales”, “frases nominales” o “frases verbales” de Chomsky, 1971); las “incrustaciones” sintácticas pueden distribuirse de modo diferente entre las columnas de la RE; diferentes relaciones sintácticas pueden realizar un mismo tipo de relación semántica; y ni siquiera la misma relación sintáctica realiza siempre el mismo tipo de relación semántica, etc. (estas convergencias y divergencias se analizarán más adelante). Con esto se trata de dejar establecido que el presente trabajo se

ubica al margen (pero sin contradecirla) de la importante literatura actual acerca de la construcción analítica de las categorías sintácticas y semánticas. Ello sin perjuicio de que las operaciones analíticas que aquí se proponen y su práctica aporten criterios e información que puedan resultar de utilidad para tales investigaciones categoriales.

En algunas oportunidades, es posible que determinadas variaciones en la forma de enunciación queden descritas por el mismo CE y por la misma RE. La finalidad de esta “semiótica de enunciados” no incluye la descripción diferencial de tales variaciones o, más bien, demuestra que tales variaciones no implican una variación en el número y la articulación de los E; es decir, existen determinadas variaciones enunciativas que contienen un conjunto constante de estructuras semánticas mínimas o E. Se excluyen, por tanto, de esta descripción, ciertas transformaciones posibles vinculadas a distintas opciones retórico-comunicacionales en la producción del texto, limitándose y centrándose el máximo rigor de exigencia en la descripción de las condiciones semánticas mínimas y necesarias para la producción del texto en estudio. Por supuesto que tales opciones retórico-comunicacionales transforman el sentido y, por tanto, la significación (en su aspecto discursivo y no-referencial); por lo que, aquí, se está marcando un límite (conscientemente asumido) en la potencia representativa de las RE.

Se entiende, entonces, por “condiciones semánticas mínimas y necesarias de producción” el CE y la específica RE a que dicho conjunto da lugar, que el productor de un texto tiene que tener a su disposición, antes de la producción y para la producción de dicho texto.

Por ejemplo: los textos siguientes tienen como condición semántica mínima y necesaria para su producción el mismo CE y la misma RE:

-“No puede existir un estado de derecho que prescinda de una base social”

-“Un estado de derecho que prescinda de una base social no puede existir”

El CE correspondiente es el siguiente:

(3)	1. Un estado	p. ser	de derecho /m
	2. Un estado	p. prescindir	de una base /m/b
	3. Una base	p. ser	social /m
	4. Un estado	p. existir	ø /B

5. El existir	p. poderse	ø /m/b
6. El poderse	p. negarse	ø /m
7. “El poderse”	p. ser	“presente” /ml
8. “El prescindir”	p. ser	“subj-pres.+ q!” /ml

que se articula en la siguiente RE:

4. Un estado	p. existir	ø /B
1.=p. ser	5.=p. poderse	
de derecho /m		ø /m/b
2.=p. prescindir	6.=p. negarse	
(8.=p. ser		ø /m
“subj-pres.+ q!” /ml)	7.=p. ser	
de una base /m/b	“presente” /ml	
3.=p. ser		
social /m		

(Más adelante se da cuenta del sentido y las condiciones para la introducción de E /ml del tipo: “...+ q!”.)

En cambio, el siguiente texto modificaría el CE y la RE :

-“No puede existir un estado de derecho prescindiendo de una base social”

donde, dado que “prescindiendo” es una modalización de “existir” y ya no de “un estado” se exigiría el siguiente cambio en el CE:

8’. “El prescindir”	p. ser	“pres-cont” /ml
2’. El existir	p. prescindir	ø /m/b

9. El prescindir p. ser de una base /m/b

modificando, también, la consiguiente RE:

4. Un estado	p. existir	ø/B
1.=p. ser	5.=p. poderse	
de derecho /m	ø /m/b	
	6.=p. negarse	
	ø /m	
	7.=p. ser	
	“presente” /ml	
	2'.=p. prescindir	
	ø /m/b	
	8'.=p. ser	
	“pres-cont” /ml	
	9.=p. ser	
	de una base /m/b	
	3.=p. ser	
	social /m	

(Otra serie de ejemplos, mostrando la variación en función de lo efectivamente dicho, puede encontrarse en (24), (25), (26) y (27).)

De esto se deduce que las condiciones semánticas de producción de un texto son necesarias para su producción, pero no son suficientes para describir unívocamente una única forma sintáctica de enunciación; lo que tampoco es el objetivo de esta “semiótica de enunciados” que, por el contrario, se satisface en cuanto a la identificación y articulación de las unidades semánticas mínimas y necesarias, lo más próximas *posible* a las relaciones sintácticas efectivamente producidas e identificables en un texto.

Los E que se identifican mediante este tipo de análisis tienen, como se anticipó, cierta universalidad en su forma: “a R b”, pudiendo expandirse cualquiera de estos tres elementos o los tres, mediante nuevos E también de la for-

ma “a R b”, sin límite teórico en la recursividad de tales expansiones; ello puede inducir a algunas reflexiones filosóficas que, por el momento, se dejan en suspenso.

Debe tenerse en cuenta que la descripción de las relaciones semánticas que así se obtienen no implica, en modo alguno, que se haya obtenido su interpretación. Es obvio que un mismo E y, en especial, una misma RE pueden recibir distintas interpretaciones en diferentes ámbitos socioculturales. Este análisis no pretende universalizar ninguna posible interpretación semántica, sino que se limita a proporcionar la estructura y la articulación *a partir de las cuales habrá de cumplirse cualquier interpretación posible*, destacando la relativización de la interpretación que efectúe el analista.

Eludiendo inferencias sustentadas en la introspección, en este trabajo se parte del supuesto de que las *posibilidades interpretativas* de un eventual intérprete social pueden conocerse, pero sólo conociendo las *posibilidades de producción* de dicho intérprete (individuo o grupo social), lo que requiere el análisis de aquellos textos (producidos por el que, en otro momento, es intérprete) que el analista hipotetice como pertinentes.

Por ello debe tenerse especialmente en cuenta que la interpretación de un E, de un CE y/o de una RE no se agota en su exclusivo despliegue ni en su exclusiva lectura, sino que requiere del *contraste* con otro u otros E, CE y RE provenientes de otros textos; será el criterio de selección de tales textos de contraste los que decidirán acerca de la validez de la interpretación atribuida por el analista al E, CE y/o RE en estudio. La significación, según la hipótesis adoptada en este trabajo, es *no sólo contextual sino contrastativa*. La interpretación originada en el análisis de cada E y/o mediante la lectura de cada RE sólo es respuesta a la primera exigencia de contextualización; para completar la interpretación debe cumplirse con la segunda exigencia de contrastación; tal interpretación resultará ser, necesariamente, dialéctica. Esto conducirá, más adelante, al desarrollo y descripción de las “Hiper-Redes”, tanto *secuenciales* (para la verificación empírica de la existencia de isotopía) como *contrastantes* (para la producción diferencial de la significación).

La lógica y la técnica de construcción de los E y de los CE, así como las reglas de articulación de las RE y las características y evaluación de la contrastación entre RE mediante las correspondientes Hiper-Redes cumplen con las exigencias de las tres etapas de la lógica de una semiótica dura: *atribución*, *sustitución* y *superación* (ver Magariños de Morentin, 1990a: 19ss).

En resumen, la elaboración de RE tiene por finalidad hacer posible la contrastación diferencial (tanto micro como macrosemántica) entre los significados producidos por diversos textos. A su vez, dicha contrastación diferencial tiene por finalidad establecer la dependencia de un corpus determinado de textos en estudio respecto de una misma o de distintas “formaciones de enunciados” (FE); expresión que, aquí, se utiliza en un sentido muy próximo al que Foucault le confiere a sus “formaciones discursivas” (1969: 149) y con capacidad para cumplir con las condiciones que Hintikka le impone a sus “conjuntos modelo” y “sistemas modelo” (1969: 114).

II. LA CONSTRUCCIÓN DE ENUNCIADOS (E), CONJUNTOS DE ENUNCIADOS (CE) Y REDES DE ENUNCIADOS (RE)

4. Introducción

La técnica para la construcción de E no puede desligarse de las exigencias planteadas por la estructura de los CE, las cuales, a su vez, se corresponden con las exigencias que plantea la articulación de las respectivas RE, en cuanto representación de los conocimientos semánticos poseídos por el productor del texto, como condición para la efectiva producción de tal texto.

Por eso, las indicaciones operativas que a continuación se formulan hacen habitual y recurrente referencia a los tres niveles, cuidando su respectiva congruencia.

Un problema previo lo constituye la segmentación del texto en estudio, de modo que permita el tratamiento coherente de CE y RE capaces de dar cuenta de unidades semánticas de relativa complejidad, pero, simultáneamente, de complejidad acotada a lo que, en una primera aproximación, puede denominarse “contexto inmediato”.

Ya se ha esbozado el procedimiento de la construcción de DC como criterio de segmentación.

Cuando se ha adquirido cierta habilidad en la identificación del contexto inmediato de un término en estudio, puede establecerse directamente dicho contexto; al menos como hipótesis, la que resultará (o no) convalidada por las exigencias (posteriores) de las operaciones productoras de la RE correspondiente. Por ejemplo, a partir del siguiente texto:

“Tanto es así, que se conoce que utilizar el mecanismo de la ley únicamente para la reforma constitucional, constituiría una monstruosidad del derecho público al decir de Mitre, Rocha, Alsina, etcétera, puesto que se estarían reuniendo en un mismo cuerpo facultades legislativas y constituyentes.” (Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires, Período 117º, 17ª Reunión: p. 51).

Si el interés del estudio estuviera centrado en el término “Derecho”, se construiría la siguiente DC: “Derecho es aquel público respecto del cual constituiría una monstruosidad utilizar el mecanismo de la ley únicamente para la reforma constitucional”.

Como punto de partida para la construcción del correspondiente CE y, posteriormente, la RE, si no hubiera interés es estudiar el significado que adquiere “Derecho” en ese contexto, podría también segmentarse el texto directamente, del siguiente modo: “... utilizar el mecanismo de la ley únicamente para la reforma constitucional, constituiría una monstruosidad del derecho público...”.

En ambos casos las relaciones semánticas mínimas identificables son las mismas. El análisis continúa así (obsérvese el criterio de numeración adoptada, que luego se comenta):

(4) CE.4

1.1. El utilizar	2.1. p. constituir	3.1. una monstruosidad /B
1.2. El utilizar	p. ser	para la reforma /m/b
1.3. La reforma	p. ser	constitucional /m
1.4. El utilizar	p. ser	únicamente /m
1.5. El utilizar	p. ser	el mecanismo /m/b
1.6. El mecanismo	p. ser	de la ley /m
2.2. “El constituir”	p. ser	“condicional”
3.2. La monstruosidad	p. ser	del derecho /m/b
3.3. El derecho	p. ser	público /m

que daría lugar a la siguiente:

RE.4

1.1. El utilizar	2.1. p. constituer	3.1. una monstruosidad
1.2.=p. ser	2.2.=p. ser	
para la reforma	“condicional”	3.2.=p. ser
1.3.=p. ser		del derecho
constitucional		3.3.=p. ser
1.4.=p. ser		público
únicamente /m		
1.5.= p. ser		
el mecanismo		
1.6.=p. ser		
de la ley		

(Téngase en cuenta que el análisis semántico completo de un párrafo como el transcripto requiere desarrollar las DC de todos los sustantivos utilizados en él; aquí se ejemplifica con la DC de “Derecho” la segmentación producida en el texto; o bien se va tomando secuencialmente el conjunto de segmentos textuales que barren la totalidad del texto en estudio. Para esto último, ver más adelante la construcción de *Hiper-Redes Secuenciales*).

El criterio para la numeración de los E, que es la misma en el CE que en la RE, es posterior a la articulación de la *red*. En principio, el E que se identifica como E Base lleva una numeración que identifica cada una de sus tres columnas (“1.1.”, “2.1.” y “3.1.”), lo que no resulta necesario en los restantes E, los cuales se identifican, en primer lugar, por el número de la columna a la que pertenecen. Este criterio de numeración, que identifica la posición relativa de cada E en el interior de la RE correspondiente, es de la mayor importancia para el trabajo sobre las Hiper-Redes Secuenciales y/o Contrastativas; en adelante, se mantendrá en todos los ejemplos de este trabajo.

La mención de que esta numeración es posterior a la articulación de la red resulta oportuna si se tiene en cuenta que la “semiótica de enunciados” debe ser fundamentalmente *computable* o sea calculable de modo mecánico (por computadora), una vez que el analista ha identificado los E correspondien-

tes. En general, el analista no necesita numerar los E, ni calificarlos (como “/B”, “/m/b”, “/m”, “/ml”), ya que el armado de las correspondientes RE se efectúa por programa; caso de que, de los E propuestos por el analista, resulte más de un E Base o ambigüedad en cuanto al E que modaliza a otro precedente, el CE será rechazado por la computadora debiendo ser revisado (lo que también es un mecanismo de control de la segmentación realizada en el texto).

Para que esto ocurra efectivamente así, es necesario formular un conjunto de reglas en las que se concreta la estructura lógica de esta “semiótica de enunciados”.

5. Reglas básicas para la construcción de E y CE

1.- En cada una de las tres columnas que constituyen un E sólo puede aparecer un único término.

2.- En la 1ª columna, el término correspondiente sólo puede ir acompañado por un determinante.

3.- En la 2ª columna, sólo puede aparecer un verbo en infinitivo precedido por la expresión simbólica “p.”.

4.- En la 3ª columna, el término correspondiente puede ir acompañado del determinante, preposición(es) y conjunción que corresponda, cuando sea el caso.

5.- En un E determinado, un mismo término sólo puede aparecer en una de sus columnas (no repetibilidad interna).

6.- En un E determinado, sólo puede aparecer vacía (“ø”) la 3ª columna.

7.- El análisis de un segmento textual debe identificar un E Base y sólo uno.

8.- Todos los restantes E de un CE son modalizadores, salvo el (o los) E metalingüístico(s).

9.- La modalización es recursiva; cualquier E modalizador puede, a su vez, resultar modalizado por otro y así sucesivamente.

10.- Dos o más E pueden concurrir a modalizar un mismo E.

11.- La modalización se efectúa puntualmente, a partir del término categoremático de la columna del E al que se modaliza.

12.- El término del E que se modaliza debe corresponderse con el término que ocupa la 1ª columna del E que lo modaliza.

13.- Sólo en el caso de los E Base, puede modalizarse uno cualquiera de los términos de sus tres columnas o dos de ellos o los tres.

14.- De los E modalizadores sólo puede modalizarse el término que aparece en su 3ª columna.

15.- De la regla anterior se exceptúan los E cuya 3ª columna aparece vacía (“ø”); en tal caso, lo que puede modalizarse es el verbo que aparece en la 2ª columna.

16.- El E metalingüístico sólo puede especificar una 2ª columna (del E al que especifica) y puede hacerlo aun cuando la 3ª no esté vacía; no admite modalización posterior.

17.- Si, en un CE determinado, un mismo término aparece: a) en alguna columna de un E Base o en la 3ª columna de un E “/m/b” y, simultáneamente, b) también en la 1ª columna de otro E modalizador, entonces, necesariamente, este último modalizará al anterior.

18.- Como consecuencia de la regla anterior, en un determinado CE, un mismo término no puede aparecer simultáneamente: a) en cualquier columna de un E Base y en alguna 3ª columna de un E “/m/b”; ni b) en la 3ª columna de varios E “/m/b”. Si ningún E del CE lo modaliza, puede aparecer libremente en la 3ª columna de uno o varios E (que, en consecuencia, serán “/m”).

Reglas complementarias para la introducción de oraciones subordinadas

19.- La representación de oraciones subordinadas que modalizan a un *sintagma nominal, adjetival, adverbial o preposicional* se marca añadiendo, al E metalingüístico (“/ml”) del verbo de la oración subordinada, el símbolo “... +q!”; el E cuya 2ª columna se especifica con este tipo de E/ml no puede ser E Base.

20.- La representación de oraciones subordinadas que modalizan a un **sintagma verbal** se construye (sin marca específica) incluyendo, en la 3ª colum-

na del E correspondiente, el conector de subordinación y el nombre (o pronombre) que introduce dicha subordinada; el E que contiene dicha 3ª columna puede ser, si corresponde, E Base.

21.- Como excepción a la Regla 19, cuando el conector de subordinación su ubica *entre un sintagma nominal, adjetival, adverbial o preposicional y otro nombre*, se aplica la Regla 20.

6. Comentarios a las reglas precedentes

Regla 1: *En cada una de las tres columnas que constituyen un E sólo puede aparecer un único término.*

Se entiende aquí por “término” a cada uno de los componentes simples del habla con capacidad semántica no-vacía; esta última característica excluye a los que, en lógica, se conocen como “términos sincategoremáticos” y, en gramática tradicional, a las preposiciones, conjunciones, artículos e interjecciones (se prescinde, provisional y operativamente, de los importantes desarrollos acerca de su valor semántico, en especial en el caso de las *preposiciones*; tanto Chomsky, 1984: 289ss, como Langacker, 1991a: 152ss). La exigencia de unicidad abarca, por tanto, a los sustantivos, adjetivos, verbos, adverbios y pronombres.

La exigencia de que el término sea único excluye la presencia, en una misma columna, de otros términos, pero no excluye, conforme se verá en los desarrollos que siguen, que dicho único término vaya asociado a un determinante (en la 1ª columna) o a un determinante, artículo, conjunción y/o preposición (en 3ª columna) que correspondan.

Cierto problema se presenta con las expresiones nominales, como el nombre de la ciudad de “Buenos Aires”, o con las designaciones complejas, como “La Cámara de Diputados” o “El Poder Judicial”, o con las descripciones definidas, como “El cantor de los cien barrios porteños”, “El Presidente de la Argentina”, etc. Todos estos sintagmas nominales no pueden, por lo general, resolverse de manera uniforme, cuando se trata de decidir si corresponde ubicarlos en una única columna o *abrirlos* en uno o varios E. En principio, puede aceptarse que, dada la finalidad operativa de esta *semiótica de enunciados*, es una cuestión de convención decidida por conveniencia. Dado el interés del analista, el tema se resuelve según el procedimiento que le proporcione mayor riqueza y especificidad a su análisis; si, por ejemplo, el estudio tratara de

la representación cognitiva correspondiente a la construcción semántica interviniente en la designación de ciudades, entonces “Buenos Aires”, “Río de Janeiro”, “San Miguel de Tucumán”, “Boulogne-sur-Mer” o el “Dartmouth” que motiva la kripkeana discusión acerca de las consideraciones de J. Stuart Mill a su respecto, deberán descomponerse en los E constitutivos para identificar las relaciones semánticas que intervienen (o intervinieron) en su construcción, aun cuando, por lo general, se las considere, en el habla cotidiana, como unidades indisociables, o sea, en este último caso, como “teniendo denotación pero no connotación”, mientras que, si se las analiza como contextos, “tienen connotación para alguien” (Kripke, 1980: 26). Lo que ha de tenerse presente es la finalidad de estos E y sus correspondientes CE y RE: mostrar las alternativas de conexiones semánticas que el productor del texto tenía a su disposición, así como el hecho de que desarrollar una expresión mediante uno o más E permite modalizar cada uno de sus tres elementos constitutivos y posibilitar la conexión de las 3^{as} columnas (o cualquiera de las de un E Base) con las 1^{as} columnas de otro u otros E modalizadores. En la medida en que estos resultados sean expresivos de las relaciones y opciones semánticas actualizadas por el productor del texto (y que sean de interés para el analista), será conveniente su desarrollo mediante E y no lo será, por un principio de economía, en el caso contrario.

Obsérvense los E que pueden surgir del análisis de los sintagmas nominales mencionados a título de ejemplo:

(5) *E 1. Los aires p. ser buenos

Es evidente que, en la generalidad de los casos, será un E incorrecto (“*E”) ya que destruye la designación denotativa de la ciudad de Buenos Aires; por ello, si la expresión en análisis hubiera sido, justamente, “La ciudad de Buenos Aires”, el E semánticamente útil sería:

2. La ciudad p. ser de Buenos Aires

que no sólo muestra una opción frente a otros E posibles (p.e.: “La ciudad de Mendoza” o “Las calles de Buenos Aires”, entre otros innumerables y sin que la operación diferencie entre la posible eficacia *atributiva* o *posesiva* del “de”,

lo que se especifica en el contexto de la columna o de la red que incluye al E de que se trate), sino que permite modalizar tanto “ciudad” (p.e.: “portuaria”) como “Buenos Aires” (p.e.: “cosmopolita”). Respecto de la expresión “La Cámara de Diputados”, parece importante, en una semántica cognitiva, disponer de la opción “de Diputados” vs. “de Senadores” o, incluso, vs. “de Comercio”, etc; y, en el caso de la expresión “Poder Judicial” pueden interesar los posibles contrastes de “Judicial” vs. “Legislativo” vs. “Ejecutivo” vs. “Sindical” vs. “de la Prensa”, etc., permitiendo, en cada caso, sus respectivas e imprevisibles modalizaciones, ya bien aplicadas a “La Cámara” o a “Poder” (1ª columna del correspondiente E), ya bien a la modalización efectivamente utilizada por el productor del texto (3ª columna del correspondiente E), lo que no podría efectuarse si la expresión se toma como totalidad (ubicándosela en una sola columna), dependiendo, en definitiva, la decisión del objetivo analítico del investigador.

Con la expresión “El cantor de los cien barrios porteños”, surgen con mayor claridad estos problemas; en principio, es un sintagma nominal que contiene varias relaciones semánticas mínimas, lo que, en principio, permite su análisis en los siguientes E:

- | | | | |
|-----|----------------|--------|----------------|
| (6) | 1. El cantor | p. ser | de los barrios |
| | 2. Los barrios | p. ser | cien |
| | 3. Los barrios | p. ser | porteños |

y el análisis será correcto si el objetivo de la investigación es, por ejemplo, estudiar la retórica en la construcción (popular o publicitaria) de los correspondientes sintagmas nominales. No obstante, estas designaciones, una vez construidas, se cristalizan como estereotipos prácticamente inamovibles (lo que quiere decir que no admiten modalizaciones de sus elementos componentes; salvo en la construcción de otra designación que pretenda diferenciarse de la primera; por ejemplo, “El cantor de las madres y las novias”). Por lo general, constituirá un término (en cuanto totalidad ubicable en una única columna) que podrá modalizarse (en cuanto tal totalidad), pero que no admitirá modalizaciones de sus partes componentes. Podrá usarse en un contexto semantizador mayor, como por ejemplo “Ayer escuché al popular cantor de los cien barrios porteños”, del que surge el siguiente CE:

- | | | | |
|-----|------------------------------|------------------|---|
| (7) | 1.1. Yo | 2.1. p. escuchar | 3.1. al cantor de
los cien barrios
porteños |
| | 2.2. “El escuchar” | p. ser | “pasado” |
| | 2.3. El escuchar | p. ser | ayer |
| | 3.2. El cantor de | p. ser | popular |
| | los cien barrios
porteños | | |

También admite modalizaciones “El Presidente” en la expresión “El Presidente de la Argentina”, si se lo desarrolla como E:

- | | | | |
|-----|------------------|--------|-----------------|
| (8) | 1. El Presidente | p. ser | de la Argentina |
|-----|------------------|--------|-----------------|

Salvo estos casos de “designadores” en los que la adopción explícita de una convención mantendrá el rigor y la coherencia desambiguada del análisis, la presencia de sintagmas (nominales o verbales), en cuanto secuencias de más de un término “categoremático”, en cualquiera de las tres columnas de un E, queda terminantemente excluida en virtud de esta primera regla. En este sentido, no estarían correctamente contruidos los siguientes E:

- | | | | |
|-----|----------------------|---------------|---------------------------------|
| (9) | *1. La misma noticia | p. difundirse | por todo el país
rápidamente |
| | *2. El otro perro | p. olfatear | su comida |
| | *3. El empresario | p. ganar | mucho dinero |

relativos, por ejemplo, a los textos: “La misma noticia se difundió rápidamente por todo el país”; “El otro perro olfateó su comida”; “El empresario pudo ganar mucho dinero”, que requieren, por el contrario, de los siguientes CE:

- | | | | |
|------|--------------------|--------------------|-------------------|
| (10) | 1.1. La noticia | 2.1. p. difundirse | 3.1. ø /B |
| | 1.2. La noticia | p. ser | la misma /m |
| | 2.2. “El difundir” | p. ser | “pasado” /ml |
| | 2.3. El difundir | p. ser | rápidamente /m |
| | 2.4. El difundir | p. ser | por el país /m/b |
| | 2.5. El país | p. ser | todo /m |
| | | | |
| (11) | 1.1. El perro | 2.1. p. olfatear | 3.1. la comida /B |
| | 1.2. El perro | p. ser | otro /m |
| | 2.2. “El olfatear” | p. ser | “pasado” /ml |
| | 3.2. La comida | p. ser | del perro* /m |
| | | | |
| (12) | 1.1. El empresario | 2.1. p. ganar | 3.1. dinero /B |
| | 2.2. El ganar | p. poderse | ø /m |
| | 2.3. “El poder” | p. ser | “pasado” /ml |
| | 3.2. El dinero | p. ser | mucho /m |

Algunas características del armado de estos CE (aparte de ejemplificar la unicidad de *término por columna*) corresponde a la aplicación de otras de las reglas básicas que se están comentando.

Regla 2: *En la 1ª columna, el término correspondiente sólo puede ir acompañado por un determinante.*

En primer lugar, el término que puede ocupar la 1ª columna deberá ser: un sustantivo, un adjetivo sustantivado, un infinitivo sustantivado o un pronombre; en algunos casos, también puede aparecer un adverbio pronominal, caso de exigirlo, por supuesto, el texto original; p.e.: “El aquí y el ahora concreto es lo que importa” da lugar al siguiente CE:

(13)	1.1. El aquí	2.1. p. ser*	3.1. (algo) /B
	1.2. El aquí	p. ser	y el ahora /m/b
	1.3. El ahora	p. ser	concreto /m
	2.2. "El ser*"	p. ser	"presente" /ml
	3.2. (Algo)	p. importar	ø /m
	3.3. "El importar"	p. ser	"presente + q!" /ml

dando lugar a la siguiente RE (la comprensión de su particular armado requiere el conocimiento de la Regla 19):

1.1. El aquí	2.1.p. ser*	3.1. (algo)
1.2.=p. ser	2.2.=p. ser	3.2.=p. importar
y el ahora	"presente"	ø
1.3.=p. ser		3.2.=p. ser
concreto		"presente +q!"

Por lo general, el término que ocupa la 1ª columna irá precedido de su determinante correspondiente (salvo, también por lo general, en el caso de los pronombres). Aparte de los anteriores, son asimismo ejemplos:

(14) 1. Los representantes	p. ser	de la provincia
2. Un ciego	p. pedir	la luz
3. Esos dibujos	p. ser*	tuyos
4. La bondad	p. criticarse	ø
5. Lo bajo	p. ser	de aquel hombre
6. El hablar	p. ser	sagazmente
(precedido por:		
6'. Ellos	p. hablar	ø)
7. El descansar	p. poderse	ø
(precedido por:		
7'. Ellos	p. descansar	ø)
8. El venir	p. negarse	ø
(precedido por:		
8'. El	p. venir	ø)
9. Nosotros	p.mirar	a los jugadores
10. Ellas	p. reunirse	ø

La presencia de pronombres demostrativos e indefinidos, acompañando al término ubicado en la 1ª columna, es admisible, equiparándose, a estos efectos, a los artículos, en cuanto meros *determinantes*. No obstante, si conviene al interés del análisis la recuperación de la relación semántica que puede construir un deíctico o un cuantificador mediante los correspondientes pronombres, puede articularse los como E. Así, el precedente E3 podría reescribirse desdoblándolo mediante el siguiente par de E:

3'. Los dibujos	p. ser	esos
3". Los dibujos	p. ser*	tuyos

Al respecto, lo importante es que el analista, desde el comienzo de una determinada investigación adopte uno u otro criterio, sin modificarlo mientras continúe trabajando en la misma investigación. En caso contrario, el analista se constituiría en *intérprete privilegiado* del texto en estudio y no es éste, en modo alguno, el papel que se le asigna en esta Semiótica de Enunciados.

El tipo (o forma) de determinante que aparece en la 1ª columna (y esto es generalizable tanto a los artículos, preposiciones y conjunciones que puedan aparecer en la 3ª columna, como a los sucesivos E que requieran una expansión de la 2ª columna) no es arbitrario, sino que tratará, en todos los casos, de recuperar las estructuras semánticas *efectivamente* utilizadas del modo más próximo posible a la textualidad *efectivamente* registrada. Esto quiere decir que los textos originarios de los E transcritos habrán debido ser, E1: “Los representantes de la provincia”; E2: “Un ciego pide la luz”; E3: “Esos dibujos son tuyos”; E4: “Se criticaba la bondad”; E5: “Lo bajo de aquel hombre”; E6 (precedido por E6’): “(Ellos) hablaban sagazmente”; E7 (precedido por E7’): “(Ellos) pudieron descansar”; E8 (precedido por E8’): “(El) no vino”; E9: “Nosotros mirábamos a los jugadores”; E10: “Ellas se reunieron”. Pero no se corresponderían, por ejemplo, con: “Esos representantes...”; “Aquel ciego...”; “Estos dibujos...”; “Aquella bondad...”; etc., ya que debe conservarse en el E la forma originaria del determinante en el texto. En el caso de los infinitivos sustantivados, “el” es la marca necesaria de sustantivación y, en cuanto tal, es invariable.

Vinculado al tema de la fidelidad a *lo efectivamente dicho*, pero desde una perspectiva general de las tres columnas de los E, obsérvese que no son intercambiables:

1. Los representantes	p. ser	de la provincia
1'. La provincia	p. tener	representantes
ni		
5. Lo bajo	p. ser	de aquel hombre
5'. Aquel hombre	p. ser	bajo

ya que corresponden a distintas textualidades: el 1' correspondería a "La provincia tiene representantes" y el 5' a "... aquel hombre bajo..." o "... aquel bajo hombre..."; si, en este último caso, el texto hubiera sido "Aquel hombre es bajo", el correspondiente E sería:

5''. Aquel hombre	p. ser*	bajo
-------------------	---------	------

con la diferencia fundamental, respecto de 5', del "p. ser*" *marcado* (ver 3ª Regla) Obsérvese, también, que el E:

3. Esos dibujos	p. ser*	tuyos
-----------------	---------	-------

no proviene de una expresión como "... tus dibujos...", que daría lugar al E:

3'''. Los dibujos	p. ser	tuyos,
-------------------	--------	--------

sino, como se dijo, de "... *esos* dibujos son tuyos" o bien "... *esos* dibujos tuyos", pero, en este último caso, no se marcaría con "*" la 2ª columna, como se verá en el desarrollo de la Regla 3. El E 3''' se correspondería, también, con la expresión "... *los* dibujos son tuyos" (marcando, de nuevo, la 2ª columna) o con "... los dibujos tuyos" (sin marcarla), etc.

Lo que, en definitiva, excluye esta regla es la posibilidad de una 1ª columna con la forma “*Para* los representantes...”, “*En* un ciego...”, “*Con* la bondad...”, “*A* nosotros...”, etc., que, por el contrario, serán muy frecuentes en la 3ª columna. Los *E mal contruidos que surgirían de semejante comienzo serían (supuestamente) como los siguientes:

(15)*E1. Para los representantes	p. prepararse	el recinto
*E2. En un ciego	p. admirarse	la orientación
*E3. Con la bondad	p. ganarse	amigos
*E4. A nosotros	p. gustarnos	pasear

Aún cuando esta forma de E estuviese más próxima a la correspondiente forma de enunciación textual, infringiría diversas reglas que se irán viendo. En principio, el reflexivo en la 2ª columna (con 3ª columna no-vacía) encubre, con frecuencia, una pasiva que, por la estructura postulada para los E, nunca puede aparecer en ellos. Por lo general, va a requerir *el desdoblamiento de los E*. Supóngase que los textos originarios de los precedentes *E mal formados hubieran sido (manteniendo la mayor proximidad posible): T1 “...para los representantes se preparó el recinto...”; T2 “... en un ciego se admira la orientación...”; T3 “... con la bondad se ganan amigos...”; T4 “... a nosotros nos gusta pasear...”. Dejando de lado los E/ml, los E (bien formados) correspondientes serían:

En vez del *E1:

5. El recinto	p. prepararse	∅
6. El preparar	p. ser	para los representantes

En vez del *E2:

7. La orientación	p. admirarse	∅
8. El admirar	p. ser	en un ciego

En vez del *E3:

9. Los amigos	p. ganarse	∅
10. El ganar	p. ser	con la bondad

En vez del *E4:

11. El pasear p. gustar a nosotros

Regla 3: *En la 2ª columna, sólo puede aparecer un verbo en infinitivo precedido por la expresión simbólica “p.”*

Indirectamente, ha sido una de las reglas más comentadas. Las observaciones pueden resumirse del siguiente modo: la 2ª columna, aparte del símbolo “p.” (a cuyo carácter exclusivamente cognitivo ya se ha hecho referencia), sólo puede contener un verbo en infinitivo. Esta forma verbal establece el tipo de conexión entre la 1ª columna y la 3ª; cuando la 3ª columna está vacía, el verbo de la 2ª es un reflexivo, un intransitivo o un transitivo del que el productor del texto no expresó su objeto directo; lo que puede enunciarse a la inversa: cuando tal es el carácter del verbo en la 2ª columna, la 3ª debe quedar vacía.

La modalización del verbo en la 2ª columna se realiza mediante un nuevo E que le vincula un adverbio o una expresión adverbial o un verbo auxiliar (modal o aspectual: “poder”, “deber”, “tener que”, etc.); al objeto indirecto se lo registra mediante un E que modaliza al verbo (de otro E precedente) sustantivándolo en infinitivo, con el valor y las características de una expresión adverbial (o sea, no es expansión de un sustantivo, adjetivo o pronombre en 1ª o en 3ª columnas, sino del verbo en 2ª). Supongamos el siguiente texto originario: “El diputado no tuvo que estar sentado constantemente en la banca...”; el CE correspondiente (que modaliza recursivamente al verbo en la 2ª columna) sería:

(16) 1.1. El diputado	2.1.p. sentarse	3.1. ø /B
2.2. “El sentarse”	p. ser	“pasado-cont + q!”
		/ml
2.3. El sentarse	p. tenerse	ø /m/b
2.4. “El tenerse”	p. ser	“pasado” /ml
2.5. El tenerse	p. negarse	ø /m
2.6. El sentarse	p. ser	en la banca /m
2.7. El sentarse	p. ser	constantemente /m

Viendo ese CE articulado en la correspondiente RE, resulta:

1.1. El diputado	2.1. p. sentarse	3.1. $\emptyset$
	2.2.=p. ser	
	“pasado-cont + q!”	
	2.3.=p. tenerse	
	$\emptyset$	
	2.4.=p. ser	
	“pasado”	
	2.5.=p. negarse	
	$\emptyset$	
	2.6.=p. ser	
	en la banca	
	2.7.=p. ser	
	constantemente	

se exige, también, una 3ª columna vacía (por efecto del verbo que ocupa la 2ª) en los siguientes ejemplos: “El diputado se volvió hacia su contrincante...” (reflexivo), cuyo CE es:

(17) 1.1. El diputado	2.1. p. volverse	3.1. $\emptyset$ /B
2.2. “El volverse”	p. ser	“pasado” /ml
2.3. El volverse	p. ser	hacia el contrincante /m/b
2.4. El contrincante	p. ser	suyo

Dado que los E están destinados, ya bien individualmente, ya bien integrados en columnas o en redes, a permitir búsquedas y contrastes *intra e inter-textuales*, en la práctica de la investigación resulta útil sustituir los pronombres por el nombre al que representan. En este caso, se tendría el E:

(2.4.)’ El contrincante p. ser del diputado

“El diputado salió del recinto...” (intransitivo), cuyo CE es:

(18) 1.1. El diputado	2.1. p. salir	3.1. $\emptyset$ /B
2.2. “El salir”	p. ser	“pasado” /ml
2.3. El salir	p. ser	del recinto /m

“El diputado agradeció a la presidencia...” (transitivo, acompañado sólo por el objeto segundo o indirecto), cuyo CE es:

(19) 1.1. El diputado	2.1. p. agradecer	3.1. $\emptyset$ /B
2.2. “El agradecer”	p. ser	“pasado” /ml
2.3. El agradecer	p. ser	a la presidencia

con la RE, en este último caso:

1.1. El diputado	2.1. p. agradecer	3.1. $\emptyset$
	2.2.=p. ser	
	“pasado”	
	2.3.=p. ser	
	a la presidencia	

Pero, obsérvese el CE, cuando en el texto originario aparece, también, el objeto directo: “El diputado agradeció el uso de la palabra a la presidencia”:

(20) 1.1. El diputado	2.1. p. agradecer	3.1. el uso /B
2.2. “El agradecer”	p. ser	“pasado” /ml

2.3. El agradecer	p. ser	a la presidencia /m
3.2. El uso	p. ser	de la palabra /m

y, en este caso, la RE se articula así:

1.1. El diputado	2.1. p. agradecer	3.1. el uso
	2.2.=p. ser	3.2.=p. ser
	“pasado”	de la palabra
	2.3.=p. ser	
	a la presidencia	

En el ejemplo (19) están implícitos, por economía del lenguaje (permitida (o no) por la pragmática de la enunciación), los E 3.1. y 3.2.

Una rápida mirada a los ejemplos de E que se construyen en este trabajo permite apreciar el neto predominio del verbo “ser” en la 2ª columna (o sea del “p. ser” no-marcado, a diferencia del que enseguida veremos como marcado “p. ser*”). La pretensión de reconducir todas las relaciones semánticas del discurso a relaciones con “ser” ha sido desechada en la teoría lingüística, lo que se verifica aquí por la frecuente presencia, en la 2ª columna, de verbos con contenido semántico específico; no obstante, siguen vigentes, con ajustes y precisiones gramaticales y/o lexicales, los cuatro conjuntos de valores que Frege le asigna al verbo “ser”: 1) existencia; 2) identidad o identificación; 3) pertenencia o atribución; y 4) inclusión o subordinación (ver, con actualización cognitiva del enfoque, en Desclés, 1987: 61ss). En este trabajo, la presencia de “p. ser” cumple una función, como se dijo, estrictamente cognitiva y, por su carácter operativo, involucra todos estos valores en el marco general de una *posibilidad de asociación léxica semánticamente relevante* entre la expresión nominal o nominalizada de la 1ª columna y la expresión nominal, adjetival, adverbial o pronominal de la 3ª columna.

El E Base puede contener, en su 2ª columna, ya bien un verbo de “acción” o “proceso”, ya bien una expresión verbal con “ser” marcado, (correspondiente, por tanto, a algún efectivo uso de este verbo); esto también puede ocurrir en los E modalizadores pero, en ellos, con la mayor frecuencia, aparecerán construcciones nominales en las que el “p. ser” que las estructura es un “ser”

implícito (para la diferencia entre frase verbal con “ser” y el “ser” implícito en toda frase nominal, ver Benveniste 1966: 157ss). El hecho de que toda macrounidad semántica (la que, en este trabajo, se segmenta mediante una DC) tenga, por definición, un único E Base y una posibilidad sintáctica de un número indefinido de E modalizadores (número acotado por su aceptabilidad), explica la presencia predominante del verbo “ser” (que, sin embargo, no es la única forma posible de modalización, pero sí es la forma específica de todas las modalizaciones implícitas realizadas mediante el incremento de adjetivaciones o adverbializaciones, que constituyen la mayoría de la expansiones semánticas discursivas).

La diferencia entre E que corresponden a auténticas frases verbales con “ser” y a frases nominales con el verbo “ser” implícito se manifiesta, por tanto, *marcando* los primeros con un asterisco: “p. ser*”. Tal sería el caso de un texto como el siguiente: “Este es un modelo de Estado intervencionista...”. Su CE es el siguiente:

(21) 1.1. Este	2.1. p. ser*	3.1. un modelo /B
2.2. “El ser”	p. ser	“presente” /ml
3.2. El modelo	p. ser	de un Estado /m/b
3.3. Un Estado	p. ser	intervencionista /m

y su RE:

1.1. Este	2.1. p. ser*	3.1. un modelo
	2.2.=p. ser	3.2.=p. ser
	“presente”	de un Estado
		3.3.=p. ser
		intervencionista

El verbo “ser” puede esfumarse; tal sería el caso si la expresión originaria, en (2), dijera: “... los tratados deben ser ratificados...” que se registraría mediante un reflexivo, ya que se optó, como norma general, por marcar la pasiva mediante el correspondiente E metalingüístico (“E/ml”) como especificador de dicho reflexivo. Se tendría, por tanto:

9. Los tratados	p. ratificarse	ø
10. “El ratificarse”	p. ser	“pasiva”

acompañado de la específica modalización verbal y el subsiguiente E meta-lingüístico:

11. El ratificarse	p. deberse	ø
12. “El deberse”	p. ser	“presente”

lo que diferencia la estructura semántica recuperada por este CE de la que surgiría de la expresión: “... los tratados deben ratificarse...”, en cuyo CE faltaría el E10.

Regla 4: *En la 3ª columna, el término correspondiente puede ir acompañado del determinante, preposición(es) y conjunción que correspondan, cuando sea el caso.*

La 3ª columna de los E puede incluir una amplia gama de expresiones, en virtud de ser el lugar específico para la presencia de preposiciones.

En lo que respecta al término categoremático (uno, por la regla 1ª de unicidad) que puede aparecer en esta 3ª columna, la categoría gramatical de dicho término podrá ser: a) un sustantivo (o cualquier otra categoría sustantivada), b) un adjetivo o participio en función adjetivadora (no como parte de una expresión verbal pasiva), c) un adverbio o expresión adverbial y d) un pronombre o expresión pronominal.

Ejemplos de 3ª columna con sustantivo:

(22) 1. Los principios	p. ser	de una organización
2. El respeto	p. ser	de los derechos

a partir de las expresiones: “Los principios de una organización” y “El respeto de los derechos”.

Ejemplos de 3ª columna con adjetivo:

(23) 1. Los valores	p. ser	espirituales
2. Las reformas	p. ser	numerosas

a partir de las expresiones: “Los valores espirituales” y “Las numerosas reformas” (o “Las reformas numerosas”).

Ejemplos de 3ª columna con participio en función adjetivadora:

(24) 1. Los pueblos	p. ser	civilizados
2. La felicidad	p. ser	merecida

El E1 proviene de: “Los pueblos civilizados”. Pero, aquí, el E2 será diferente si es parte del análisis de un texto como: “Rigoberto disfrutó la felicidad merecida por su sacrificio”, en que la ausencia de sujeto del “merecer” constituye a “merecida” en adjetivación de “felicidad”, que es lo que, correctamente, capta el E2 transcripto, el cual se incluiría en el siguiente CE:

1. Rigoberto	p. disfrutar	la felicidad
2. La felicidad	p. ser	merecida
3. “El disfrutar”	p. ser	“pasado”
4. El merecida	p. ser	por el sacrificio
5. El sacrificio	p. ser	de Rigoberto

con la RE:

1. Rigoberto	p. disfrutar	la felicidad
	3.=p. ser	2.=p. ser

“pasado”	merecida
	4.=p. ser
	por el sacrificio
	5.=p. ser
	de Rigoberto

o si se analiza la frase: “Rigoberto disfrutó la felicidad que fue merecida por su sacrificio”; en este caso, el CE correspondiente sería:

- | | | |
|-------------------|--------------|--------------|
| (25)1. Rigoberto | p. disfrutar | la felicidad |
| 2. “El disfrutar” | p. ser | “pasado” |
| 3. La felicidad | p. merecerse | ∅ |
- (que sustituye al anterior E2), siguiendo:
4. “El merecer” p. ser “pasado-cont + q!”
 5. El merecer p. ser por el sacrificio
 6. El sacrificio p. ser de Rigoberto

que daría lugar a la siguiente RE:

- | | | |
|--------------|--------------|--------------------|
| 1. Rigoberto | p. disfrutar | la felicidad |
| | 2.=p. ser | 3.=p. merecerse |
| | “pasado” | ∅ |
| | | 4.=p. ser |
| | | “pasado-cont + q!” |
| | | 5.=p. ser |
| | | por el sacrificio |
| | | 6.=p. ser |
| | | de Rigoberto |

ya que el “merecida” oculta un reflexivo (“que se mereció”) como falsa pasiva. La forma activa sería (con el “por” causal): “Rigoberto disfrutó (de) la fe-

licidad (a la) que (Rigoberto) mereció por (a causa de) su (de Rigoberto) sacrificio”: con este CE:

(26)1. Rigoberto	p. disfrutar	la felicidad
2. “El disfrutar”	p. ser	“pasado”
3. Rigoberto	p. merecer	∅
4. “El merecer”	p. ser	“pasado + q!”
5. El merecer	p. ser	la felicidad
6. El merecer	p. ser	por el sacrificio
7. El sacrificio	p. ser	de Rigoberto

con la RE:

1. Rigoberto	p. disfrutar	la felicidad
3.=p. merecer	2.=p. ser	
∅	“pasado”	
4.=p. ser		
“pasado + q!”		
5.=p. ser		
la felicidad		
6.=p. ser		
por el sacrificio		
7.=p. ser		
de Rigoberto		

o bien, con el “por” como preposición de la transformación pasiva, se tiene el CE:

(27)1. El sacrificio	p. merecer	la felicidad
----------------------	------------	--------------

2. “El merecer”	p. ser	“pasado”
3. El sacrificio	p. ser	de Rigoberto
4. Rigoberto	p. disfrutar	la felicidad
5. “El disfrutar”	p. ser	“pasado + q!”

y la RE:

1. El sacrificio	p. merecer	la felicidad
3.=p. ser	2.=p. ser	
de Rigoberto	“pasado”	
4.=p. disfrutar		
(5.=p. ser		
“pasado + q!”)		
la felicidad		

(para la comprensión del E4 de (25), el E4 de (26) y el E5 de (27) ver la Regla 19).

Esto muestra cómo los CE y las correspondientes RE de esta “Semiótica de Enunciados” registran las relaciones semánticas *efectivamente construidas* por el productor del texto, con prescindencia de (o, al menos, tomando distancia respecto a) la estructura profunda que pueda asignarse a las expresiones en análisis. Obsérvese, también, la diferente *representación de las operaciones cognitivas* (concretadas en las diferencias en la construcción de las respectivas RE) cumplidas, en cada caso, al formularse cada una de las precedentes frases.

Ejemplo de 3ª columna con adverbio o expresión adverbial:

(28) 1. El salir	p. ser	inmediatamente
2. La casa	p. estar	detrás de la colina

que, con los correspondientes E metalingüísticos, provendrían de las expresiones: “Salió inmediatamente” y “La casa estaba detrás de la colina”.

Ejemplo de 3ª columna con pronombre o expresión pronominal:

- | | | |
|------------------------|---------|----------------|
| (29) 1. Las exigencias | p. ser | mías |
| 2. El elegido | p. ser* | cualquier otro |

a partir de las expresiones: "... mis exigencias..." y "El elegido fue cualquier otro".

Regla 5: *En un E determinado, un mismo término sólo puede aparecer en una de sus columnas (no repetibilidad interna).*

Pese a que la posibilidad no es muy frecuente (pero tampoco insólita ni inaceptable), es necesario saber resolver el caso en que una macrounidad semántica (la acotada por una DC) reitera la presencia (explícita o pronominalizada) de un mismo término, vinculándolo, según los casos, en la interioridad de un mismo E y/o a diferentes E modalizadores. Si se descuida este aspecto, la asignación de E modalizadores a la correspondiente columna de algún o algunos E modalizados puede incurrir en ambigüedad o puede confundir, tergiversar o transformar en sinsentido la relación semántica efectivamente utilizada por el productor del texto.

Lo que se está excluyendo es la posibilidad de construir un E como:

- | | | |
|-------------------------|--------------|---------------|
| (30) *E1. La aplicación | p. completar | la aplicación |
|-------------------------|--------------|---------------|

ya que, si se trata de un E Base no permite decidir la ubicación de algún determinado E cuya 1ª columna contuviese, a su vez, el término "aplicación" y que, en cuanto tal, sería modalizador de dicho E Base (ya que el E Base puede tener modalizada cualquiera de sus tres columnas); y si se trata de un E modalizador que esté, a su vez, modalizado ("/m/b"), su 1ª columna (la primera presencia de "aplicación") modalizará al mismo término en otro E que, cognitivamente, le preceda, pero la segunda presencia de "aplicación" (en su 3ª columna) volvería a generar la ambigüedad acerca de si, ante un nuevo E que pueda modalizarlo (otro E con "aplicación" en 1ª columna), éste lo modaliza a él o, concurrentemente, al E modalizado en primer lugar. Los ejemplos serían los siguientes: si el precedente *E1 es un E Base, ¿dónde ubicar el E modalizador que tuviera esta forma?:

2. La aplicación p. ser de la ley

¿en la 1ª o en la 3ª columna? Según fuera el caso, se tendrían los siguientes fragmentos de RE:

1.1. La aplicación	2.1. p. completar	3.1. la aplicación
1.2.=p. ser		
de la ley		

con el E2 modalizador aplicado a la 1ª columna; o bien, aplicándolo a la 3ª columna:

1.1. La aplicación	2.1. p. completar	3.1. la aplicación
		3.2.=p. ser
		de la ley

La importancia de poder decidir se advierte, con todo su dramatismo, si, además, se tuvieran los E:

3. La aplicación	p. ser	de la costumbre
4. La aplicación	p. ser	por un tribunal

donde la combinatoria posible de encadenamientos, en las diversas RE que podrían formarse, se incrementa al mismo tiempo que el oscurecimiento acerca de las operaciones semánticas cognitivas efectivamente utilizadas por el productor de un texto jurídicamente tan característico como: “La aplicación de la costumbre por un tribunal puede completar la aplicación de la ley”.

La solución (que, quizá, no resulte muy elegante) consiste, cuando es ineludible la doble presencia de un mismo término, en *marcar* (con criterio semejante al que se usa en lógica para las “variables anotadas”) una de esas presencias en el E en que se da la duplicación; el termino marcado se reproduce con esa marca en los E que registran las relaciones semánticas que lo modalizan. El análisis adecuado del párrafo transcrito daría el siguiente CE:

1.1. La aplicación	2.1. p. completar	3.1. la aplicación*
1.2. La aplicación	p. ser	de la costumbre
1.3. La aplicación	p. ser	por un tribunal
2.2. El completar	p. poderse	∅
2.3. “El poderse”	p. ser	“presente”
3.2. La aplicación*	p. ser	de la ley

De este modo se transforma la doble aparición del término “aplicación” en la presencia de dos términos distintos: uno “aplicación” y otro “aplicación*” y ya no existe ambigüedad en la decisión acerca de las operaciones que articularán correctamente la RE correspondiente:

1.1. La aplicación	2.1. p. completar	3.1. la aplicación*
1.2.=p. ser	2.2.=p. poderse	3.2.=p. ser
de la costumbre	∅	de la ley
1.3.=p. ser	2.3.=p. ser	
por un tribunal	“presente”	

En ocasiones, no se tratará de la duplicación del mismo término, sino de una homofonía entre dos términos diferentes. La solución es la misma, como se ve en el CE correspondiente al siguiente texto: “El Consejo de la Facultad no siguió el consejo del Decano” (la variación mayúscula/minúscula no tiene potencia diferenciadora en el tratamiento informático):

(31) 1.1. El Consejo	2.1. p. seguir	3.1. el consejo*
1.2. El Consejo	p. ser	de la Facultad
2.2. “El seguir”	p. ser	“pasado”
2.3. El seguir	p. negarse	∅
3.2. El consejo*	p. ser	del Decano

con la RE inambigua:

1.1. El Consejo	2.1. p.seguir	3.1. el consejo*
1.2.=p. ser	2.2.=p. ser	3.2.=p. ser
de la Facultad	“pasado”	del Decano
	2.3.=p.negarse	
	∅	

Regla 6: En un E determinado, sólo puede aparecer vacía (“∅”) la 3ª columna.

Tanto el E Base de un CE, como los E modalizadores (“/m”) y los E modalizadores que, a su vez, resulten modalizados (“/m/b”), puede presentar vacía la 3ª columna. Por definición, en ningún caso puede aparecer vacía la 3ª columna de un E metalingüístico (“/ml”).

Predominantemente, la razón de que la 3ª columna aparezca vacía se encuentra en las características del verbo que ocupa la 2ª; ello ocurrirá, como se vio al comentar la Regla 3: a) cuando el verbo en 2ª columna está en forma reflexiva, b) cuando dicho verbo es intransitivo y c) cuando, siendo transitivo, se ha omitido, en el texto originario, el objeto directo y se trata de un verbo que admite objeto indirecto, siendo éste el único expresado en dicho texto. Son ejemplos de estas tres situaciones los E1.1. en (17), (18) y (19), entre otros varios que han ido apareciendo en este trabajo.

Pero existe otro tipo de razonamiento en la reflexión relativa a si se debe dejar vacía o no la 3ª columna. Proviene de la necesidad de dar simultáneo cumplimiento al conjunto de las Reglas enunciadas para la construcción de E y CE, las cuales, en definitiva, obedecen a la necesidad de permitir la articulación de RE desambiguadas.

Una situación, por ejemplo, es aquella en que resulta necesario *vaciar* la 3ª columna que, según la respectiva Regla, correspondería que estuviese normalmente ocupada. Ello ocurre cuando debe modalizarse la 2ª columna de un E modalizador (del tipo, por tanto, “/m/b”), lo que se encuentra impedido por la Regla 14: “De los E modalizadores sólo puede modalizarse el término que aparece en su 3ª columna”. Supóngase que, en determinado contexto, haya

podido decirse: “El problema del derecho constitucional, que regula en la práctica a la situación, permanece insoluble”; el análisis podría conducir al siguiente CE:

(32) 1. El problema	p. permanecer	insoluble /B
2. El problema	p. ser	del derecho /m/b
3. El derecho	p. ser	constitucional /m
*4. El derecho	p. regular	la situación /m
*5. El regular	p. ser	en la práctica /m
6. “El regular”	p. ser	“presente + q!” /ml
7. “El permanecer”	p. ser	“presente” /ml

El *E4 resulta incorrecto, no por haber violado alguna de estas Reglas, sino por la necesidad de continuarlo con el *E5 que resulta efectivamente incorrecto, como se comprueba al intentar articularlo en la RE, ya que está modalizando a la 2ª columna de dicho *E4, que es un E modalizador, con lo que se infringe la Regla 14 citada. Según la Regla 15: “De la regla anterior se exceptúan los E cuya 3ª columna aparece vacía (“ø”); en tal caso, lo que puede modalizarse es el verbo que aparece en la 2ª columna”. El analista tiene, en este caso, que dejar vacía la 3ª columna del *E4 (pese a tratarse de un verbo transitivo y a que aparezca, en dicha 3ª columna, el objeto directo) y generar un nuevo E que recupere el término perdido, con lo que automáticamente, se convalida el, hasta ahora, *E5:

(con 3ª vaciada)	4. El derecho	p. regular	ø /m/b
(nuevo)	7. El regular	p. ser	a la situación /m
(convalidado)	5. El regular	p. ser	en la práctica /m

lo que, atendiendo a la explicación del E6 según la Regla 19, permite articular normalmente la consiguiente RE:

1.1. El problema	2.1. p. permanecer	3.1. insoluble
1.2.=p. ser	2.2.=p. ser	
del derecho	“presente”	
1.3.=p. ser		
constitucional		
1.4.=p. regular		
∅		
1.5.=p. ser		
“presente + q!”		
1.6.=p. ser		
a la situación		
1.7.=p. ser		
en la práctica		

Otro tipo de solución a este tipo de dificultades, más fácil pero menos elegante, consistiría en considerar la existencia implícita de dos macrounidades semánticas (construir dos DC) que, en un nivel analítico posterior, volverían a integrarse mediante los correspondientes *conectores externos*. En el ejemplo anterior, serían: “El problema del derecho constitucional permanece insoluble” y “El derecho constitucional regula en la práctica a la situación”.

Regla 7: *El análisis de un segmento textual debe identificar un E Base y sólo uno.*

Como se ha dicho antes, la identificación del segmento de contexto que constituye una macrounidad (en las dimensiones adoptadas en este trabajo) se obtiene mediante el procedimiento técnico de construir una DC. A su vez, el análisis de las relaciones semánticas contenidas en dicho segmento y su registro mediante E, CE y RE constituye un proceso de revisión crítica acerca de si dicha segmentación ha sido o no la correcta.

Al organizar los E en el correspondiente conjunto (CE), *no puede faltar un E Base*. Cualquier otro E que se identifique en la misma segmentación del texto originario deberá remitirse a ese E Base; la remisión que es siempre recursiva, podrá ser directa, mediante la modalización de alguna de las tres colum-

nas de tal E Base, o indirecta, mediante la modalización de alguna 3ª columna (o 2ª, cuando la 3ª esté vacía) de otro E modalizador del mismo E Base. La articulación arbórea de las RE, que constituye la forma final de los CE, no admite la presencia de E independientes o “desenganchados” de los nodos generativos constituidos por cada una de las columnas del E Base.

Pero, al organizar los E en el correspondiente conjunto (CE), *tampoco puede aparecer más de un E Base*. Un E Base, para ser tal, requiere no modalizar a ningún otro E y, recursivamente, poder estar modalizado por todos los restantes E del CE. Un segundo E Base sería, por tanto, un E desenganchado del primer E Base; no tendría cabida en el mismo CE en que se encuentra dicho primer E Base; originaría, en consecuencia, su propia red o sea se integraría en su propio conjunto, independiente del anterior. Esta independencia de dos o más E Base se comprueba por el hecho de que, a partir de cualquiera de ellos, habría siempre E, de los que han sido incluidos en el mismo CE que los contiene a ambos, que quedarían excluidos al articular la RE. La conclusión sería que la DC había sido demasiado amplia y no había respetado el criterio del mínimo semántico (macrosemántico) que, autocorregido con el criterio del mínimo sintáctico (empíricamente verificado al construir la RE), constituye la guía para su demarcación. Esta posible inclusión de una DC en otra DC, en ocasiones, no es evidente en un primer momento del trabajo de segmentación; pero el análisis del encadenamiento de los E modalizadores lo muestra.

Hay ciertos casos, sintácticamente muy simples (construidos, por ejemplo, con una conjunción estratégicamente ubicada), que constituyen un recurso de la economía del lenguaje para, mediante una única frase, dar cuenta de una doble aserción. Tomemos, por ejemplo, el siguiente texto originario: “... este tratamiento no debe efectuarse por el procedimiento de la enmienda, sino por la Convención Constituyente que señalé precedentemente. Esto es un engendro legislativo que viola todo el derecho constitucional y su doctrina.” (Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires, Período 117º, 17ª Reunión; p. 41).

La DC de “derecho” (que se elige arbitrariamente y no agota, ni lo pretende, el conjunto de relaciones semánticas actualizadas en el párrafo transcrito), a primera vista, es la siguiente: “*Derecho* es aquel constitucional a todo el cual y a cuya doctrina viola el procedimiento de la enmienda que es un engendro legislativo”. El CE identificados en este texto (pero no ordenados) sería el siguiente:

(33) 1. El derecho	p. ser	constitucional /m
2. La doctrina	p. ser	del derecho /m/b
3. El engendro	p. ser	legislativo /m
4. El procedimiento	p. ser	de la enmienda /m
5. El procedimiento	p. ser*	un engendro /m/b
*6. El procedimiento	p. violar	al derecho /B (1)
*7. El procedimiento	p. violar	a la doctrina /B (2)
8. El derecho	p. ser	todo /m
9. “El violar”	p. ser	“presente”
10. “El ser*”	p. ser	“presente + q!”

El E que genera la incorrección es en *E7, que se ubica paralelamente como E Base junto con el *E6 que, así (concurriendo en un mismo CE), resulta también incorrecto. Los *E6 y *E7 no tienen cabida en el mismo CE ya que, comenzando por el *E6 queda excluido el E2 y, comenzando por el *E7 queda excluido el E1; todo lo cual indica que tanto el *E6 como el *E7 son auténticos E Base, pero en CE distintos.

Hay, pues, dos DC (o sea dos conjuntos de relaciones semánticas relativamente independientes) en la DC de “derecho” anteriormente transcrita: 1) “Aquel constitucional a todo el cual viola el procedimiento de la enmienda que es un engendro legislativo” y 2) “Aquel constitucional a cuya doctrina viola el procedimiento de la enmienda que es un engendro legislativo”. De la primera DC (suponiendo al lector en condiciones de identificar los E del correspondientes CE) surge la siguiente RE (ahora ya con su numeración canónica):

1.1. El procedimiento	2.1. p. violar	3.1. al derecho
1.2.=p. ser	2.2.=p. ser	3.2.=p. ser
de la enmienda	“presente”	todo
1.3.=p. ser*		3.3.=p. ser
(1.4.=p. ser		constitucional
“presente + q!”)		
un engendro		
1.5.=p. ser		
legislativo		

Mientras que de la segunda DC surge ésta:

1.1. El procedimiento	2.1. p. violar	3.1. a la doctrina
1.2.=p. ser	2.2.=p. ser	3.2.=p. ser
de la enmienda	“presente”	del derecho
1.3.=p. ser*		3.3.=p. ser
(1.4.=p. ser		constitucional
“presente + q!”)		
un engendro		
1.5.=p. ser		
legislativo		

El tema no se agota aquí, por lo que se lo reencontrará más adelante, al estudiar las “Reglas para la construcción de redes de enunciados (RE)”

Regla 8: *Todos los restantes E de un CE son modalizadores, salvo el (o los) E metalingüístico(s).*

Esta regla es una simple consecuencia de la anterior; requiere, tan sólo, la aceptación de que los E identificables en una segmentación semántica de un texto, tal como aquí se la propone (se utilice la DC y/o su delimitación mediante las exigencias provenientes de la correcta articulación de la RE), se distribuyen en E Base (“/B”), de los que habrá tan sólo uno en cada CE, E modalizadores, sin otro límite que el de la aceptabilidad del texto originario e incluyendo entre ellos tanto a los simplemente modalizadores (“/m”) como a los que, además, resulten estar, a su vez, modalizados (“/m/b”) y E metalingüísticos (“/ml”).

Como se dijo en su momento, los E metalingüísticos que, en este trabajo son siempre especificaciones de un verbo, poseen un cierto carácter opcional; podría prescindirse de ellos, con la correspondiente pérdida de matices semánticos y endurecimiento de la calidad “tarzánica” de la reconstrucción operable a partir de las correspondientes RE; o podría incrementarse o variarse la calidad semántica que se desea registrar, respecto de determinada decisión del analista. Los que aquí se ha decidido registrar se limitan a los tiempos *presente*, *pasado*, *futuro* y *potencial*, de los que, además, se marcará el aspecto *continuo* cuando corresponda (eliminando, en su caso, los E que requerirían el desarrollo de verbos como “estar”, “ir”, etc., cuando su función idiomática consista en elaborar dicho aspecto continuo) y a los modos *subjuntivo* e *imperativo*.

tivo así como a las construcciones *interrogativas* y *exclamativas*; por lo tanto, la calidad de *no-marcado* se reserva al tiempo *infinitivo*, al modo *indicativo*, al aspecto *no-continuo* y a la construcción *asertiva*. Téngase en cuenta que, a los efectos de esta investigación, más que las características opositivas de las inflexiones verbales, interesan las variantes semánticas estudiadas bajo el concepto de *Aktionsart* (P. Stockinger, 1989: 141).

No hay restricción en cuanto al número de E metalingüísticos que pueden presentarse en un determinado CE. Por lo general, será un verbo el que aparecerá especificado por un E metalingüístico, siendo menos habitual, pero no excepcional, la presencia de *dos o más* verbos con sus inflexiones marcadas. En este último caso, se tratará, también por lo general, de oraciones incrustadas, por lo común como subordinadas, cuando no sea necesario (por no dar lugar a la identificación de más de un E Base) separarlas en dos DC o cuando fuera incorrecto hacerlo (por derivarse, como modalizaciones, más o menos intermediadas, de un E Base). Aparte de los casos de doble E metalingüístico aparecidos anteriormente (ejemplos (32) (33)), puede observarse el siguiente ejemplo, en el que los tres E metalingüísticos caracterizan la 2ª columna de E cuya 3ª columna no está vacía y que requieren una particular forma de derivación en la correspondiente RE:

(34) 1.1. Este	2.1. p. ser*	3.1. el modelo
	=p. ser	3.2.=p. ser
	“presente”	de un Estado
		3.3.=p. ser intervencionista
		3.4.=p. crear (3.5.=p. ser “presente + q!” instituciones
		3.6.=p.y financiar (3.7.=p. ser “presente + q!” tribunales
		3.8.=p. ser para los obreros

que proviene del análisis del texto: “Este es el modelo de un Estado intervencionista (...) que (...) crea instituciones y financia tribunales para los obreros” (Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires, Período 117º, 17ª Reunión, p. 95); los E metalingüísticos son, aquí, E2.2., E3.5. y E3.7. En el comentario a la siguiente Regla 9 podrá encontrarse otro ejemplo con múltiples E metalingüísticos.

Conviene observar cómo se ha resuelto la presencia de una conjunción que asocia dos E (el E3.4. y el E3.6., siendo este último el que incorpora dicha conjunción “y...”), sin requerir la organización de dos RE ya que no se trata de E Base concurrentes competitivamente en un mismo CE. Cuando se da esta situación, es decir cuando no compiten como E Base, la notación es útil ya que permite la convención de que el E que modaliza al último (ya que puede haber más de dos) E al que se ha incorporado la conjunción, modaliza, asimismo, a todos los precedentes que quedan vinculados mediante tal conector.

En lo que se refiere a los E metalingüísticos, este comentario y, en especial, el ejemplo que acaba de desarrollarse son suficientes, también, como comentario a la:

Regla 16: *El E metalingüístico sólo puede especificar una 2ª columna (del E al que especifica) y puede hacerlo aun cuando la 3ª no esté vacía; no admite modalización posterior.*

Regla 9: *La modalización es recursiva; cualquier E modalizador puede, a su vez, resultar modalizado por otro y así sucesivamente.*

El proceso recursiva de la modalización ha podido apreciarse ampliamente en los ejemplos que se han venido trabajando.

Ya ha quedado suficientemente establecido que la única subdivisión que cabe en los E modalizadores es la que los diferencia entre simplemente modalizadores (“/m”) y aquellos que resultan, a su vez, modalizados (“/m/b”).

Un ejemplo (de raigambre russelliana), similar al que es característico de los textos chomskyanos sobre la incrustación, muestra esta recursividad y su diferencia respecto de las “incrustaciones” y “encorchetamientos” de la gramática generativa, recuperando algunas de las soluciones propuestas a diversos problemas e ilustrando algunas características relativas a las reglas anteriores: “El gato que comió al ratón que comió al queso que compró mi tía está durmiendo sobre la alfombra”. En un primer análisis, el CE correspondiente será:

(35)1.1. El gato	2.1. p. dormir	3.1. $\emptyset$
1.2. El gato	p. comer	al ratón
1.3. “El comer”	p. ser	“pasado + q!”
1.4. El ratón	p. comer*	al queso
1.5. “El comer*”	p. ser	“pasado + q!”
1.6. El queso	p. comprarse	$\emptyset$
1.7. “El comprar”	p. ser	“pasado + q!”
1.8. El comprar	p. ser	por la tía
1.9. La tía	p. ser	mía
2.2. “El dormir”	p. ser	“pasado-cont”
2.3. El dormir	p. ser	sobre la alfombra

Lo que permite la siguiente RE:

1.1. El gato	2.1. p. dormir	3.1. $\emptyset$
1.2.=p. comer	2.2.=p. ser	
(1.3.=p. ser	“presente-cont”	
“pasado + q!”)	2.3.=p. ser	
al ratón	sobre la alfombra	
1.4.=p. comer*		
(1.5.=p. ser		
“pasado + q!”)		
al queso		
1.6.=p. comprarse		
$\emptyset$		
1.7.=p. ser		
“pasado + q!”		
1.8.=p. ser		
por la tía		
1.9.=.ser		
mía		

donde el E1.2. modaliza al E1.1. y resulta modalizado por el E1.4. que, a su vez, es modalizado por el E1.6.; éste, a su vez, por el E1.8. y éste por el E1.9., último modalizador no modalizado (que es como debe terminar toda rama del árbol de las modalizaciones).

Obsérvese, también, la forma de incluir, en la RE, los E metalingüísticos E1.3. y E1.5. que caracterizan a la 2ª columna de los E1.2. y E1.4., cuya 3ª columna no está vacía, a diferencia de la forma de incluir los E metalingüísticos E1.7 y E2.2. que caracterizan a la 2ª columna de los E1.6. y E2.1., cuya 3ª columna está vacía (“ø”). Se trata de una mera solución notacional en la técnica de la representación, que no es la única posible y que, aquí, pretende facilitar, visualmente, el acceso inequívoco al verbo especificado (el recurso es aceptable, en conformidad con la regla 16).

Asimismo, debe advertirse la necesidad de separar en dos el, intuitivamente, posible, pero, en este CE, erróneo:

*E La tía p. comprar el queso

(al margen del normal desdoblamiento de “mi tía”). El precedente *E sería incorrecto (pese a no infringir ninguna regla, aislada, de formación de E), ya que la expresión “La tía” en 1ª columna de un E modalizador no encontraría el término “tía” a modalizar en ninguna 3ª columna de ningún otro E, ni en ninguna de las columnas del E Base (contra lo que establecen las reglas 17 y 18), por lo que quedaría “desenganchado” del CE y de la correspondiente RE.

Obsérvese, también, que fue necesario *marcar* la segunda presencia de “comer”; si bien, en este CE, se trata de un verbo que no puede estar modalizado (por estar en 2ª columna de un E cuya 3ª columna no está vacía) y cuya única caracterización viene establecida por los E metalingüísticos que, también atendiendo a este específico caso, atribuyen el mismo tiempo “pasado + q!” a ambas presencias, no obstante, ello podría no haber sido así (como ocurre en la mayoría de las oportunidades), siendo necesario establecer, sin ambigüedad, qué tiempo (si hubiera sido distinto), asignar a cada uno de esos verbos (“comer” y “comer*”) o qué modalizador (si la 3ª columna hubiera estado vacía) afectaría a cuál de ellos. Basta suponer la presencia, por ejemplo, de un adverbio: “vorazmente”, para que sea indispensable establecer a cuál de los dos “comer” modalizaría.

Por último, resulta de particular interés atender a la forma recurrente de introducir las subordinadas mediante los E metalingüísticos "... + q!" (E1.3., E1.5. y E1.7.), en conformidad con la exigencia de la Regla 19.

Regla 10: *Dos o más E pueden concurrir a modalizar un mismo E.*

Regla 11: *La modalización se efectúa puntualmente, a partir del término categoremático de la columna del E al que se modaliza.*

Regla 12: *El término del E que se modaliza debe corresponderse con el término que ocupa la 1ª columna del E que lo modaliza.*

Regla 13: *Sólo en el caso de los E Base puede modalizarse uno cualquiera de los términos de sus tres columnas o dos de ellos o los tres.*

Regla 14: *De los E modalizadores sólo puede modalizarse el término que aparece en su 3ª columna.*

Regla 15: *De la regla anterior se exceptúan los E cuya 3ª columna aparece vacía ("ø"); en tal caso, lo que puede modalizarse es el verbo que aparece en la 2ª columna.*

Todas estas reglas han sido ya frecuentemente aplicadas en los ejemplos precedentes. Se formulan, tan sólo, algunos desarrollos puntuales para su mejor comprensión.

Respecto del caso de la **Regla 10**, su aplicación requiere que dos o más E modalizadores posean, en su 1ª columna, el mismo término (sin que en alguna de tales presencias este marcado ("*")), lo que lo convertiría en otro término distinto), el cual, a su vez, deberá aparecer: a) en alguna 3ª columna de otro E modalizador, como es el caso, en el ejemplo (34) de los E3.3., E3.4 y E3.6, todos los cuales tienen, en su 1ª columna el término "Estado", con lo que son modalizadores, al mismo nivel o sea "en paralelo", del E3.2 que tiene ese término en su 3ª columna; b) en la 2ª columna de un E modalizador con la 3ª va-

cía, como es lo que ocurre, en el ejemplo (32), con los E1.6. y E1.7. que concurren simultánea y equivalentemente (o sea, en paralelo) a modalizar la 2ª columna (“p. regular”) del E1.4. cuya 3ª aparece vacía; y c) en cualquiera de las columnas de un E Base, como lo muestra el siguiente ejemplo de una RE en la que cada columna del E Base aparece con dos E modalizadores del mismo nivel (prescindiendo del E2.2. que es metalingüístico) y cuyo texto originario sería: “El tradicional aguinaldo de los trabajadores fue constante e intencionadamente motivo de discusión y de demagogia”:

(36)1.1. El aguinaldo	2.1. p. ser*	3.1. motivo
1.2.=p. ser	2.2.=p. ser	3.2.=p. ser
tradicional	“pasado”	de discusión
1.3.=p. ser	2.3.=p. ser	3.3.=p. ser
de los trabajadores	constantemente	y de demagogia
	2.4.=p. ser	
	e intencionalmente	

todo lo cual resulta, asimismo, de la aplicación, en cada caso, de las **Reglas 12, 13, 14 y 15**.

Lo que excluye la **Regla 11** es que la modalización tome en cuenta a *la expresión* tal como aparece en el E modalizado (en especial, cuando se modaliza una 3ª columna que admite múltiples y complejas variantes). Supónganse los E:

(37)1. La profundización	p. ser	de los derechos /m/b
2. Los derechos	p. ser	sociales /m

En alguna parte de la correspondiente RE aparecerá la articulación:

... la profundización... (“/m/b” o “/B”)

1.=p. ser

de los derechos (“m/b”)

2.=p. ser

sociales (“/m”)

Puesto que el E1 tenía como 1ª columna “La profundización”, el símbolo “=”, en la RE, está indicando que ese mismo término “profundización” aparecía en la 3ª columna de algún E /m/b o en cualquiera de las del E Base, al que el E1 está modalizando; pero puede haber aparecido (en 3ª columna) como “a la profundización” o “para la profundización” o “pese a la profundización”, etc., con la variante preposicional o adverbial que corresponda. Del mismo modo, el “=” del E2, en la RE, sustituye a “derechos”, que aparece en la 3ª columna del E1 y no a la expresión “de los derechos”. O sea, la posibilidad cognitiva que representa el E modalizador interviene en el término al que modaliza, con independencia de la estructura sintáctica en la que emergía.

En ocasiones, se produce, incluso, una restringida transformación lexemática al recuperarse el término modalizado en el E modalizador. El caso más frecuente ocurre cuando se toma un reflexivo de la 2ª columna; lo que reaparece en la 1ª columna del E modalizador suele ser la sustantivación del infinito sin la forma reflexiva; tal, por ejemplo, lo que ocurrió en (2) con los E:

5. Los tratados	p. <i>ratificarse</i>	ø
6. <i>El ratificar</i>	p. ser	por el poder

también, en (35) se vio:

1.6. El queso	p. <i>comprarse</i>	ø
1.8. <i>El comprar</i>	p. ser	por la tía

salvo que la diferencia de significado entre la forma reflexiva y la no reflexiva exija mantener la primera; por ejemplo, “volver” y “volverse” en los E:

(38)1. El diputado	p. <i>volverse</i>	ø
2. El volverse	p. ser	hacia el contrincante

no pudiendo sustituirse el E2 por otro cuya 1ª columna fuese “El volver”, ya que se modificaría el sentido o se lo perdería en la relación semántica en estudio.

Obsérvese la diferencia en la estructura de la RE y, por consiguiente, la diferente representación de las operaciones cognitivas efectivamente aplicadas por el productor de un texto según utilice modalizaciones representables *en paralelo* (con dos o más E modalizando un mismo término de un único E) o *ramificadas* (con una secuencia de E modalizadores, cada uno de los cuales modaliza al anterior y es modalizado por el siguiente). Los textos originarios tendrían la siguiente integración sintáctica: 1) “... la ley suprema de 1934 de esta provincia...”; 2) “... la ley que fue lo supremo en aquella época de la provincia...”, con, por supuesto, muy diferente interpretación semántica. Esta se registra, para el supuesto 1) mediante el CE y la RE siguientes:

(39) (CE)	1. La ley	p. ser	suprema /m
	2. La ley	p. ser	de 1934 /m
	3. La ley	p. ser	de esta provincia /m
(RE)	...la ley...	(/m/b o /B)	
	1.=p. ser		
	suprema /m		
	... 2.=p. ser		
	de 1934 /m		
	... 3.=p. ser		
	de esta provincia /m		

Para el supuesto 2), el CE y la RE serían los siguientes:

(40) (CE)	1. La ley	p. ser*	lo supremo /m/b
	2. “El ser*”	p. ser	“pasado + q!” /ml
	3. Lo supremo	p. ser	en aquella época /m/b
	4. Aquella época	p. ser	de la provincia /m

(RE)	... la ley...	(/m/b o /B)
	1.=p. ser*	
	(2.=p. ser	
	“pasado + q!” /ml)	
	lo supremo /m/b	
	3.=p. ser	
	en aquella época /m/b	
	4.=p. ser	
	de la provincia /m	

También ha sido comentada, conjuntamente con la Regla 8, la siguiente:

Regla 16: *El E metalingüístico sólo puede especificar una 2ª columna (del E al que especifica) y puede hacerlo aun cuando la 3ª no esté vacía; no admite modalización posterior.*

Tras los comentarios precedentes, las Reglas 17 y 18, ya aplicadas a precedentes ejemplos, son de inmediata comprensión:

Regla 17: *Si, en un CE determinado, un mismo término aparece: a) en alguna columna de un E Base o en la 3ª columna de un E “/m/b” y, b) simultáneamente, también en la 1ª columna de otro E modalizador, entonces, necesariamente, este último modalizará al anterior.*

Regla 18: *Como consecuencia de la regla anterior, en un determinado CE, un mismo término no puede aparecer simultáneamente: a) en cualquier columna de un E Base y en alguna 3ª columna de un E “/m/b”; ni b) en la 3ª columna de varios E “/m/b”. Si ningún E del CE lo modaliza, puede aparecer libremente en la 3ª columna de uno o varios E (que, por consiguiente, serán “/m”).*

Se formulan, elementalmente, algunos ejemplos. De los puntos a) y b) de la Regla 17:

- (41) 1. La ley p. recoger los principios /B
 2. Los principios p. ser los más modernos /m

que dará, como fragmento de RE:

...

1. La ley p. recoger los principios
2.=p. ser los más modernos

o bien (y, también, conjuntamente):

- | | | |
|-----------|------------|--------------------|
| 1. La ley | p. recoger | los principios /B |
| 3. La ley | p. ser | de la provincia /m |

que dará, como fragmento de RE:

...

1. La ley p. recoger los principios
3.=p. ser
de la provincia

o bien (y, también, conjuntamente):

1. La ley p. recoger los principios /B
4. El recoger p. ser audazmente /m

que dará, como fragmento de RE:

...

- | | | |
|-----------|------------|----------------|
| 1. La ley | p. recoger | los principios |
| | 4.=p. ser | |
| | audazmente | |

Si todos estos E, junto con el E metalingüístico:

- | | | |
|-----------------|--------|----------|
| 5. “El recoger” | p. ser | “pasado” |
|-----------------|--------|----------|

concurrieran en un mismo CE, que podría corresponder al texto: “La ley de la provincia recogió audazmente los más modernos principios”, la RE resultante sería:

- | | | |
|-----------------|-----------------|---------------------|
| (1) 1.1. La ley | 2.1. p. recoger | 3.1. los principios |
| (3) 1.2.=p. ser | (5) 2.2.=p. ser | (2) 3.2.=p. ser |
| de la provincia | “pasado” | los más modernos |
| | (4) 2.3.=p. ser | |
| | audazmente | |

Si el E1, en vez de ser un E Base, fuera un E modalizador destinado a ser modalizado (“/m/b”), sólo sería válido el primer par de E1 y E2, ya que no podrían modalizarse ni la 1ª columna: “la ley”, ni la 2ª “p. recoger” (esto último, por no estar vacía la 3ª).

En cuanto a las limitaciones que establece la Regla 18, son ejemplos pertinentes:

- | | | |
|---------------------------|---------------|-------------------|
| (42) *E1. La Constitución | p. introducir | las reformas /B |
| *E2. Los principios | p. orientar | las reformas /m/b |

que, desambiguadamente, daría cuenta de las relaciones semánticas utilizadas por el productor de un texto como: “Los constituyentes que defendían los principios que orientaban las reformas, sancionaron una Constitución que las introdujo”.

Reglas complementarias para la introducción de expresiones subordinadas

Regla 19.- La representación de oraciones subordinadas que modalizan a un sintagma **nominal, adjetival, adverbial o preposicional** se marca añadiendo, al E metalingüístico (“/ml”) del verbo de la oración subordinada, el símbolo “... +q!”; el E cuya 2ª columna se especifica con este tipo de E/ml no puede ser E Base.

Regla 20.- La representación de oraciones subordinadas que modalizan a un **sintagma verbal** se construye (sin marca específica) incluyendo, en la 3ª columna del E correspondiente, el conector de subordinación y el nombre (o pronombre) que introduce dicha subordinada; el E que contiene dicha 3ª columna puede ser, si corresponde, E Base.

Regla 21.- Como excepción a la Regla 19, cuando el conector de subordinación se ubica **entre un sintagma nominal, adjetival, adverbial o preposicional y otro nombre**, se aplica la Regla 20.

Los ejemplos que siguen proponen una sistematización de las posibilidades de representación, a través de E, CE y RE, de las oraciones subordinadas según las 5 categorías principales que se estudian en la gramática generativa (Chomsky, 1981): FN, FV, FAdj., FAdv. y FPrep.

La situación en análisis requiere que lo incrustado, como modalizador de una FN, FV, FAdj., FAdv., FPrep., sea una oración (completud sintáctica) o sea que se trate de una FV; la modalización mediante lexemas o expresiones nominales, adjetivales, adverbiales o preposicionales, que no constituyen una FV, es la que viene siendo estudiada conforme a las reglas precedentes (1 a 18). La necesidad de estas nuevas reglas (19, 20 y 21) proviene de la posibilidad de modalizar mediante una oración, tradicionalmente denominada “subordinada”, a cualquiera de las categorías frásticas mencionadas.

Los textos originarios, de los que surgen los correspondientes ejemplos de las reglas precedentes, con las RE que constituyen sus correspondientes representaciones cognitivas, pueden ser los siguientes:

(Por economía, se desarrollará, tan sólo, la RE, en la que el lector ya puede identificar, con facilidad, los correspondientes E y CE. En cada caso se **destaca** (a meros efectos didácticos) el desarrollo, en la RE, que corresponde a la oración subordinada en estudio.)

(43) N: “el diputado”; FN: “*el diputado que habló precedentemente* clausuró la sesión”; N + q! + V: R 19.

(43)1.1. <i>El diputado</i>	2.1. p. clausurar	3.1. la sesión
1.2.=p. <i>hablar</i>	2.2.=p. ser	
∅	“pasado”	
1.3.=p. <i>ser</i>		
“ <i>pasado + q!</i> ”		
1.4.=p. <i>ser</i>		
<i>precedentemente</i>		

(44) V: a) “dijo”; FV: “el diputado dijo que *el Estado financia la opulencia*”; V + q!: R 20

(44)1.1. El diputado	2.1. p.decir	3.1. <i>que el Estado</i>
	2.2.=p. ser	3.2.=p. <i>financiar</i>
	“pasado”	(3.3.=p. <i>ser</i>
		“ <i>presente</i> ”)
		<i>la opulencia</i>

(45) V: b) “corre”; FV: “(él) *corre que se las pela*”; V + q!: R 20

(45)1.1. El 2.1. *p. correr* 3.1. $\emptyset$

2.2.=*p. ser*

“*presente*”

2.3.=*p. ser*

que (él)

2.4.=*p. pelarse*

(2.5.=*p. ser*

“*presente*”)

$\emptyset$

2.5.=*p. ser*

ellas

(46) Adv.: “enfrente”; FAdv.: “la escuela estaba *enfrente*, *lo que no le gustaba a nadie*”; Adv + q! + V: R 19.

(46)1.1. La escuela 2.1. *p. estar* 3.1. $\emptyset$

2.2.=*p. ser*

“*pasado*”

2.3.=*p. ser*

enfrente

2.4.=*p. gustar*

$\emptyset$

2.5.=*p. ser*

“*pasado + q!*”

2.6.=*p. negarse*

$\emptyset$

2.7.=*p. ser*

a nadie

(47) Adj.: “amarillento”; FAdj.: “trajo un papel *amarillento porque habían pasado muchos años*”; Adj. + q! + N: R 21.

(47)1.1. El	2.1. p. traer	3.1. un papel
	2.2.=p. ser	3.2.=p. ser
	“pasado”	<i>amarillento</i>
		3.3.=p. ser
		<i>porque los años</i>
		3.4.=p. ser
		<i>muchos</i>
		3.5.=p. pasar
		∅
		3.6.=p. ser
		<i>“pas.cont”</i>

Es distinto el caso si la conexión causal subordina una FV propiamente dicha, ya que la subordina a un V, como es el caso en el texto:

(51) “Corre *porque tiene ganas*”; V + q!: R 20:

(51)1.1. El	2.1. p. correr	3.1. ∅
	2.2.=p. ser	
	“presente”	
	2.3.=p. ser	
	<i>porque (él)</i>	
	2.4.=p. tener	
	(2.5.=p. ser	
	“presente”)	
	<i>ganas</i>	

El ejemplo de texto (48) no lo es de una FAdj.subordinada sino que se trata de una FV ya que modaliza a un V: “amarillear”; exige, por tanto, la aplicación de la Regla 20:

(49) 1.1. (Tú) 2.1. p. mirar 3.1. $\emptyset$
 2.2.=p. ser
 “pasado”
 2.3.=p. ser
 desde lo más alto
 2.4.=p. haber
 $\emptyset$
 2.5.=p. ser
 “pasado + q!”
 2.6.=p. ser
 en el edificio

Obsérvese que el E2.3. contiene, como 3ª columna, una *locución adverbial con preposición*, lo que semánticamente permite considerar a la oración que con ella se inicia como dependiente de una Prep. y, por tanto, como una FPrep.; en cualquier caso, se aplica la Regla 19.

La modalización opera con mayor limpieza sobre una Prep. en el ejemplo del texto (50) que, por tanto, exige también la aplicación de la Regla 19:

(50) Prep.: b) “desde...”; FPrep.: “Vino *desde Tucumán, lo que puede parecer un largo camino*”; Prep. + q! + V: R 19.

(50)1.1. (El)	2.1. p. venir	3.1. $\emptyset$
	2.2.=p. ser	
	“pasado”	
	2.3.=p. ser	
	<i>desde Tucumán</i>	
	2.5.=p. <i>parecer</i>	
	$\emptyset$	
	2.6.=p. <i>poderse</i>	
	$\emptyset$	
	2.7.=p. <i>ser</i>	
	“presente + q!”	
	2.8.=p. <i>ser</i>	
	<i>un camino</i>	
	2.8.=p. <i>ser</i>	
	<i>largo</i>	

Hay expresiones en las que la fuerte presencia *de verbos* puede dificultarle al analista, si no tiene bien clara la estructura sintáctica, la determinación de en cuál de los casos se encuentra y, por tanto, qué regla aplicar. Por ello, se completa la ejemplificación de estas dos reglas con algunas otras situaciones.

(52) Texto originario: “**El que corre**, gana”; la frase modalizadora es una FN ya que está subordinada a un N; N + q! + V: R 19.

(52) 1.1. <i>El</i>	2.1. p. ganar	3.1. $\emptyset$
1.2.=p. <i>correr</i>	2.2.=p. ser	
$\emptyset$	“presente”	
1.3.=p. <i>ser</i>		
“ <i>presente + q!</i> ”		

(53) Texto originario: “Me tranquiliza **que trabaje**”; N + q! + V: R 19.

(53) 1.1. (<i>Ello</i>)	2.1. p. tranquilizar	3.1. a mí
1.2.=p. <i>ser</i>	2.2.=p. ser	
<i>trabajar</i>	“presente”	
1.3.=p. <i>ser</i>		
“ <i>pres.subj. + q!</i> ”		

donde la subordinada depende de un implícito “ello” (u otra pronominalización similar) que le confiere el carácter de FN, por lo que se aplica la Regla 19.

Pero obsérvese esta variante:

(54) Texto originario: “Me tranquilizo **cuando escucho que trabaja**”, en que se dan las dos situaciones: a) N + q! + V: R 19 y b) V + q!: R 20:

- (54) 1.1. (Yo) 2.1. p. tranquilizarse 3.1. $\emptyset$
 1.2.=p. *escuchar* 2.2.=p. *ser*
 (1.3.=p. *ser* “presente”
 (a) “*presente + q!*”)
 (b) *que él*
 1.4.=p. *trabajar*
 $\emptyset$
 1.5.=p. *ser*
 “*presente*”

ya que “cuando escucho” depende directamente de un “Yo” marcado en la persona del verbo y es, por tanto, una FN a la que se aplica la Regla 19, mientras que la expresión “que (él) trabaja” modaliza a “escucho” con lo que se constituye en FV y se aplica la Regla 20.

Aquí, “cuando” está simbolizado por “q!”; esta interesante posibilidad no se ha desarrollado en este trabajo; pero véase el comentario después del ejemplo (61).

- (55) Texto originario: “Nadie comprende **lo que hago**”; N + q! + N: R 21.

- (56) 1.1. Nadie 2.1. p. comprender 3.1. *algo*
 2.2.=p. *ser* 3.2.=p. *ser*
 “presente: *que yo*
 3.3.=p. *hacer*
 3.4.=p. *ser*
 “*presente*”

La reconstrucción produce el siguiente texto:

“Nadie	comprende	lo (algo)	que (yo)	hago”
(1.1.)	(2.1.+2.2.)	(3.1.)	(3.2.)	(3.3.+3.4.)

De no aplicar la excepción de la Regla 21, es decir, aplicando directamente la Regla 19 (suponiéndole la estructura N + q! + V) se tendría la RE:

(56)1.1. Nadie	2.1. p. comprender	3.1. algo		
	2.2.=p. ser	3.2.=p. hacerse		
	“presente”	∅		
		3.3.=p. ser		
		“presente+ q!”		
		3.4.=p. ser		
		por mí		

cuya reconstrucción daría el siguiente texto”

“Nadie	comprende	lo(algo)	que se hace	por mí”
(1.1.)	(2.1.+2.2.)	(3.1.)	(3.2.+3.3.)	(3.4.)

que establece un cambio semántico inaceptable o, al menos, una ambigüedad (por la posible interpretación del reflexivo “se hace” como una falsa pasiva “es hecho”) igualmente inaceptable.

Un cambio, aparentemente pequeño, en las relaciones semánticas efectivamente usadas por el productor del texto puede cambiar completamente la estructura sintáctica de la expresión y, en consecuencia, la decisión acerca de la regla que corresponde aplicar:

(57) El texto originario: “Nadie comprende *que lo haga*”; V + q!: R 20, se representa en la siguiente RE:

(57)1.1. Nadie	2.1. p. comprender	3.1. <i>que yo</i>
	2.2.=p. ser	3.2.=p. <i>hacer</i>
	“presente”	(3.3.=p. <i>ser</i>
		<i>pres. subj</i> ”)
		<i>a ello</i>

cuya reconstrucción daría:

“Nadie	comprende	que yo	haga	a ello”
(1.1.)	(2.1.+2.2.)	(3.1.)	(3.3.)	(3.2.)

con aceptable proximidad semántica. No obstante, se aplicó la Regla 20 y no, como en los casos (55) y (56), la Regla 19. En el ejemplo (57), la subordinada lo es a partir del V, por lo que se incrusta en una FV cuya representación en la RE está regida por dicha Regla 20.

Todavía un ejemplo más de la incrustación de una expresión adverbial en una FV, al ser una modalización de un V y requerir, por tanto, la aplicación de la Regla 20: V + q!: R 20:

(58) Texto originario: “Se levanta *cuando sale el sol*”, representado mediante la siguiente RE:

(58)1.1. El	2.1. p. levantarse	3.1. $\emptyset$
	2.2.=p. ser	
	“presente”	
	2.3.=p. <i>ser</i>	
	<i>cuando el sol</i>	
	2.4.=p. <i>salir</i>	
	$\emptyset$	
	2.5.=p. <i>ser</i>	
	<i>presente</i> ”	

Son otros ejemplos de aplicación de la Regla 21, por ubicación del conector de subordinación entre dos nombres, la representación en RE de los siguientes textos originarios:

(59) “*El avión que tenía el general* cayó anoche”; N + q! + N:

R 21:

(59) 1.1. <i>El avión</i>	2.1. p. caer	3.1. $\emptyset$
1.2.=p. <i>ser</i>	2.2.=p. <i>ser</i>	
<i>que el general</i>	“pasado”	
1.3.=p. <i>tener</i>	2.3. p. <i>ser</i>	
$\emptyset$	anoche	
1.4.=p. <i>ser</i>		
“pasado”		

(60) “*La ventana desde donde te veía* era demasiado alta”; N + q! + N: R 21:

(60) 1.1. <i>La ventana</i>	2.1. p. <i>ser</i> *	3.1. alta
1.2.=p. <i>ser</i>	2.2.=p. <i>ser</i>	
<i>desde donde (yo)</i>	“pasado”	
1.3.=p. <i>ver</i>	2.3.=p. <i>ser</i>	
(1.4.=p. <i>ser</i>	demasiado	
“pasado”)		
a ti		

(61) “*La casa en que vives* es grande”; N + q! + N: R 21:

(61) 1.1. la casa	2.1. p. ser*	3.1. grande
1.2.=p. ser	2.2.=p. ser	
en que (tú)	“presente”	
1.3.=p. vivir		
∅		
1.4.=p. ser		
“presente”		

Un comentario adicional merece la expresión simbólica “q!”. A los efectos específicos de esta Semiótica de Enunciados, puede tomarse *en sentido amplio* como marca genérica de incrustación de subordinada, cualquiera sea la categoría sintáctica de la expresión incrustada y cualquiera sea el concreto lexema efectivamente utilizado como conector.

No obstante, por el momento, en los casos de incrustación de subordinadas para cuya representación es aplicable la Regla 20, se ha optado por registrar el conector o la expresión adverbial efectivamente usada por el productor del texto: “*cuando...*”; “*que...*”; “*en el momento de...*”; “*desde...*”; etc.

En cierto modo, podría haberse optado por emplear siempre la misma simbolización “q!”, con la que se abarcaría el conjunto de las variaciones introductoras de subordinadas. En el primer conjunto de casos, por aplicación de la Regla 19, con “... + q!” se marcaría (como se ha venido haciendo) la especificación metalingüística; en el segundo y el tercer caso, por aplicación de las Reglas 20 y 21, aparecería “N + q!” o “q! + N”, en la 3ª columna, asociado al nombre o pronombre con que se inicia la oración subordinada; tales serían los casos de (44) **3.1. q! el Estado** (en vez de “que el Estado”); (45) **2.3... q! él** (en vez de “que él”); (47) **3.3... q! los años** (en vez de “porque los años”); (48) **2.3... q! ellos** (en vez de “cuando ellos”); (51) **2.3... q! él** (en vez de “porque él”); (54) **1.2... q! él** (en vez de “que él”); (55) **3.2... q! yo** (en vez de “que yo”); (57) **3.1. q! yo** (en vez de “que yo”); (58) **2.3... q! el sol** (en vez de “cuando el sol”); (59) **1.2... q! el general** (en vez de “que el general”); (60) **1.2.... desde q! yo** (en vez de “desde donde yo”); (61) **1.2.... en q! tú** (en vez de “en que tú”).

Se prescindió de esta generalización por la amplitud de las variaciones (mayores que las registradas en los ejemplos precedentes) que, en los diver-

sos textos, darían contenido a esa variable y para facilitar, tanto la tarea del analista (ya que su utilización en los casos pertinentes requiere una mayor habilidad lingüística), como para facilitar la prueba de la *reconstrucción del texto originario* que, como se verá, resulta importante para verificar la corrección de la RE construida y, en particular, la corrección de la selección de determinado E como E Base.

No obstante, se la considera una simbolización interesante, en especial cuando el universo lexemático al que “q!” sustituye está relativamente acotado, como ocurre, por ejemplo, con las que Alcina Franch y Blecua (1975: 979) sistematizan como “Proposiciones con ‘que’”. Los ejemplos guía que formulan (*Ibid.*: 981) nos sirven para precisar el comportamiento de dicho símbolo y, también, para observar que no en todos los casos se construye del mismo modo este tipo de subordinación, cuando se lo despliega según la representación semántica de las RE. Por supuesto, también incluye los casos en que el “que” está implícito (o sea, que puede aparecer por transformación parafrástica, sin cambio semántico sustancial); como en los ejemplos aquí trabajados: (48), (54) y (58): “*cuando*”, transformable en “en el momento en que” o “al tiempo que” y (60) “*desde donde*”, transformable en “desde la que”.

A/ “El ‘que’ anunciativo” (*ibid.*: 982)

(62) Ejemplo guía: “Antonio dijo *que* vendría mañana”

(Verbo + q! + Nombre: Regla 20)

(62)1.1. Antonio	2.1. p.decir	3.1. q! (él)
	2.2.=p. ser	3.2.=p.venir
	“pasado”	ø
		3.3.=p. ser
		“condicional”
		3.4.=p. ser
		mañana

B/ “El ‘que’ valorativo” (*ibid.*: 1042)

(63) Ejemplo guía: “Antonio era tan alto *que* no cabía por la puerta”

(Adjetivo + q! + Nombre: Regla 21)

(63)1.1. Antonio	2.1. p. ser*	3.1. alto
	2.2.=p. ser	3.2.=p. ser
	“pasado”	tan
		3.3.=p. ser
		q! (él)
		3.4.=p. caber
		∅
		3.5.=p. ser
		“pasado”
		3.6.=p. negarse
		∅
		3.7.=p. ser
		por la
		puerta

C/ “El ‘que’ relativo” (simple) (*ibid.*: 1022)

(64) Ejemplo guía: “Antonio leía el libro *que* le regalaron”

(Nombre + q! + Nombre: Regla 21)

(64)	1.1. Antonio	2.1. p. leer	3.1. el libro
		2.2.=p. ser	3.2.=p. ser
		“pasado”	q! (ellos)
			3.3.=p. regalar
			(3.4.=p. ser
			“pasado”)
			a él

D/ “Relativo compuesto” (*ibid.*: 1024)

(65) Ejemplo guía: “Antonio tumbó la mesa sobre *la que* se apoyaba”

(Nombre + q! + Nombre: Regla 21)

(65)1.1. Antonio	2.1. p.tumbar	3.1. la mesa
	2.2.=p. ser	3.2.=p. ser
	“pasado”	sobre <i>la que</i> (él)
		3.3.=p. apoyarse
		∅
		3.4.=p. ser
		“pasado”

E/ “Relativo simple con artículo anafórico” (*ibid.*: 982)

(66) Ejemplo guía: “Escuchó con atención *al que* leía”

(Nombre + Verbo (q!): Regla 19)

(66)1.1. (El)	2.1. p. escuchar	3.1. a (alguien)
	2.2.=p. ser	3.2.=p. leer
	“pasado”	∅
	2.3.=p. ser	3.3.=p. ser
	con atención	“ <i>pasado</i> + q!”

Como un apoyo técnico al analista, puede interesar la siguiente reflexión que proporciona una técnica empírica útil:

- a) cuando “q!” aparece después de un **V**, se aplica siempre la *Regla 20*;
- b) cuando “q!” aparece después de un **N** (o cualquiera de las categorías subordinantes, excepto el **V**):

bi) si después de “q!” sigue un V, se aplica la Regla 19;

bii) si después de “q!” sigue otro N, se aplica la Regla 20 por remisión de la Regla 21.

Obsérvese que, en castellano, no puede darse, como forma de introducción de una subordinada, la relación $V + q! + V$, ya que siempre habrá, al menos, un sujeto del 2º verbo (posiblemente eludido por economía del habla). No es el caso de expresiones como “... **que** tendría **que** suponer”, en que el segundo “**que**” no es el introductor de subordinada, sino el primer **que**, el cual antecede a un “yo” o “él” sujeto de “tendría”.

Por eso mismo, otra posibilidad de encuadrar el tema es a partir de los N, teniendo en cuenta que las reglas en estudio pueden reformularse en los siguientes términos:

Regla 19: $N1 + q! + (N2)V$: “... + q!”

Obsérvese que: $N1 = N2$

Regla 20: $(N1)V + q! + N2$: $q! + N / N + q!$ (en 3ª columna)

Obsérvese que: $N1 \# N2$

Regla 21: $N1 + q! + N2$: $q! + N / N + q!$ (en 3ª columna)

Obsérvese que: $N1 \# N2$

7. Reglas complementarias para la construcción de Redes de Enunciados (RE)

Como habrá podido observarse en cuanto antecede, las RE, al margen de ciertas características icónicas de su representación, quedan automáticamente articuladas cuando los E y los CE han sido construidos según las reglas expuestas.

Las nuevas reglas que ahora se formulan y las indicaciones prácticas contenidas en sus comentarios se proponen ofrecer la representación de las

construcciones semánticas inherentes a un conjunto determinado de relaciones léxicas, como el despliegue visual de un conjunto de conexiones físicas, apto para su tratamiento informático y para su integración en conjuntos indefinidamente más amplios: las “formaciones de enunciados” (FE), así como para su contraste con cualquier otro conjunto de conexiones físicas representativo de la descripción semántica inherente a otro conjunto de relaciones léxicas.

La representación de la articulación de estos conjuntos de conexiones físicas es lo que se ha denominado “RE” y se ha atendido, específicamente, a su producción de modo *computable* (o sea, sin necesidad de la información intuitiva que aporta su significado y sin otro recurso que el constituido por la calidad gramatical de los lexemas manejados y su posición relativa en las columnas de cada E y en los E de cada CE) y *desambiguado* (o sea, logrando que tales lexemas y E se relacionen según una única posibilidad, salvo en los casos en que fuera necesario respetar la ambigüedad propia del productor del texto). Por consiguiente las reglas para la construcción de E y CE son ya las reglas para la construcción de las correspondientes RE.

También se ha dicho que la calidad de los E, en cuanto a su posible calificación como “E Base”, “E/m”, “E/m/b” y “E/ml”, era consecuencia de su función en el CE y no dependía de su rotulación por el analista (o sea, automáticamente, al constituirse un CE tal que permita la configuración unívoca de una única RE, cada uno de sus E componentes cumple la función que le corresponde de entre esas diversas calificaciones posibles).

Con respecto a los E modalizadores y metalingüísticos ello ocurre ya, en virtud de las condiciones que se les han impuesto mediante las reglas correspondientes. Pero la decisión por la cual a uno de los E de un conjunto se la atribuye la calidad de E Base (“E/B”) puede presentar ciertas dificultades.

Parecería, en principio, requerir de la intuición de hablante nativo del analista para su identificación; con ello se estaría restringiendo la computabilidad o posibilidad de articulación automática, ya que se necesitaría de esta previa y, en mayor o menor medida, subjetiva identificación.

El problema lo es en especial para los objetivos de este trabajo, ya que, de requerirse la rotulación, por parte del analista, del E a partir del cual se estructura la red, ello estaría indicando que un E Base no lo es necesariamente, sino que dependería de la información semántica que transporte, la que

sólo podría ser evaluada, interpretativamente, por la intuición del hablante nativo.

Supóngase el siguiente texto: “El procedimiento legislativo siguió el trámite de costumbre”. Su análisis en E proporciona el siguiente CE (en el que se omite la calidad de cada uno de los E y cuya secuencia se numera arbitrariamente):

(67)

1. El procedimiento	p. ser	legislativo
2. El procedimiento	p. seguir	el trámite
3. El trámite	p. ser	el de costumbre
4. “El seguir”	p. ser	“pasado”

Se plantea el problema de identificar cuál de ellos es el E Base. De inmediato se excluye el E4, cuyas comillas (“”) son un marcador icónico de su carácter metalingüístico y éste siempre caracteriza una 2ª columna (un verbo).

Si se seleccionase el E3 como “E/B”, la construcción de la red se detendría de inmediato, ya que ni “trámite” ni “costumbre” se presentan en ninguna 1ª columna de los restantes E, por lo que ninguno sería modalizador de éste que, por tanto, no puede ser “E/B”.

El E1 permite la siguiente articulación de la red:

1.1. El procedimiento	2.1. p. ser	3.1. legislativo
1.2. p.seguir		
(1.3. p. ser		
“pasado”)		
el trámite		
1.4. p. ser		
el de costumbre		

la cual utiliza todos los E identificados y lo hace de modo coherente con las reglas enunciadas.

Pero, simultáneamente, el E2 permite, por su parte, articular esta otra red:

1.1. El procedimiento	2.1. p.seguir	3.1. el trámite
1.2.=p. ser	2.2.=p. ser	3.2.=p. ser
legislativo	“pasado”	el de costumbre

La intuición lingüística induce a aceptar esta última red como la que cumple su función de representar adecuadamente las relaciones semánticas mínimas que se integran en la frase originaria o, dicho de otra manera, la que contiene la representación adecuada de las condiciones semánticas de producción que tenían que estar a disposición del productor del texto originario.

En efecto, la reflexión sobre el significado de la frase indica que el autor sabía/creía que “(el procedimiento (puede ser legislativo))”, frente a otros tipos de procedimientos disponibles en su cultura; sabía/creía que “(el procedimiento legislativo (se puede seguir en el pasado))”, frente a la posibilidad de que sea un deseo para el futuro o una actividad que puede estarse cumpliendo en el momento en que habla; y sabía/creía que lo que el procedimiento legislativo siguió fue “(el trámite (que puede ser el de costumbre))”, frente a cualquier otro trámite atípico o anormal.

La red articulada a partir del E1 parece más distante de la intuición lingüística; afirma dos secuencias semánticas que sólo confluyen en el hecho de hablar de “el procedimiento”; por una parte que éste (sin especificar) siguió el trámite de costumbre y, por otra, que el procedimiento puede ser legislativo.

Pero, cuando se pretende que la red se articule automáticamente y que, por supuesto, opte por la red correcta, en cuanto aquella que da cuenta de las relaciones semánticas efectivamente puestas en funcionamiento, ¿cómo decidir cuál de los dos E es el “E/B” que jerarquiza adecuadamente las correspondientes modalizaciones?

Puede enunciarse un reducido número de pasos que decidan, de entre los E constitutivos de un determinado CE (construido cumpliendo con las reglas precedentemente formuladas), cuál de ellos es el “E/B” y que satisfaga tanto la exigencia de completitud y coherencia de la propia RE como, complemen-

taria pero no necesariamente, las exigencias de la intuición lingüística. Cada uno de tales pasos sólo debe recorrerse en la medida en que falle el precedente; o sea, si, pese a satisfacer la exigencia del primer paso o la del siguiente, etc., todavía aparecen dos (o más) E con pretensión de ser los “E/B” de la red. Se supone, por principio de este análisis, que en alguno de tales pasos (al menos en el último) puede decidirse acerca del E que posee la calidad de “E/B”.

Como reflexión previa a esta búsqueda del E Base debe tenerse en cuenta que *un E cuya 2ª columna tiene como especificador metalingüístico a un E con la marca “... + q!” no puede ser E Base* (ver al respecto el desarrollo de la Regla 19).

1er paso: *Establecer cuál de los E del conjunto permite agotar las posibilidades de modalización materializadas en la totalidad de los restantes E.*

Es lo que ocurre en el ejemplo (67) que acaba de desarrollarse; pero, tras este paso, quedan todavía dos E, el E1 y el E2 con capacidad para satisfacer la exigencia que plantea, por lo que no es suficiente para decidir cuál de ellos es el “E/B” que se busca. Tal como se comentó, el E3, de ese mismo conjunto, no cumple con la exigencia establecida; esto lo excluye de toda posibilidad de ser “E/B” (de los E metalingüísticos, en este ejemplo el E4, no volverá a hablarse, ya que, por definición, en ningún caso pueden ser “E/B”).

En cambio, con este 1er paso ya se decide la identificación del “E/B” en el siguiente conjunto:

(68)

1. Las reformas	2.1. p. introducir	3.1. el respeto
2. “El introducir”	p. ser	“pasado”
3. El respeto	p. ser	por los derechos
4. Los derechos	p. ser	humanos

que corresponde al siguiente texto: “Las reformas introdujeron el respeto por los derechos humanos”. La única RE construible lo es a partir del E1 como único E Base posible:

1.1. Las reformas	2.1. p. introducir	3.1. el respeto
	2.2.=p. ser	3.2.=p. ser
	“pasado”	por los derechos
		3.3.=p. ser
		humanos

El E3 no puede constituirse en “E/B” ya que, ni de él directamente, ni de su modalizador el E4, puede accederse al E1, que quedaría excluido de la RE; la solución es más terminante si se intenta partir del E4 como “E/B”, ya que ningún otro E del conjunto tiene acceso a él.

2º paso. A la inversa, también puede decirse: *no puede ser E Base aquel E cuyos términos (alguno o todos) aparezcan en la 2ª o 3ª columna de alguno o de todos los restantes E del conjunto.*

Obsérvese que la prohibición se satisface en el ejemplo anterior, en el caso del E3, el término de cuya 1ª columna (“respeto”) aparece en la 3ª del E1, y en el caso del E4, el término de cuya 1ª columna (“derechos”) aparece en la 3ª del E3 (ello ocurre por ser el E3 y el E4 modalizadores, respectivamente, de los E1 y E3 y no a la inversa).

El conjunto que se aporta a continuación como ejemplo muestra que, efectivamente, un único E se encuentra en condiciones, conforme a las exigencias del 1er. paso y a las restricciones del 2º, de poder calificarse como “E/B”. Pero se transcribe porque advierte acerca de una posible *petitio principii* en que puede incurrir el analista. Los E se enumeran, inicialmente, de modo arbitrario:

(7)

1. Los valores	p. ser	morales
2. El creador	p. ser	único
3. El creador	p. ser	de valores
4. El portador	p. ser	el creador
5. Los valores	p. ser	suyos
6. “El ser”	p. ser	“presente”

que corresponde al texto: “El portador es el único creador de sus valores morales”.

Aquí el problema, directamente vinculado a la decisión acerca de cuál sea el E Base de este conjunto, consiste en determinar a qué E caracteriza “El ser” del E6 (“/ml”), ya que todos los restantes tienen al verbo “ser” en su 2ª columna. Guiado por la intuición lingüística, el analista pudo haber marcado la 2ª columna del E4 como aquella a la que el E6 va a especificar con la correspondiente información metalingüística de “presente”. Pero no se trata sólo de la intuición sino que resulta constatable que se trata del único “ser” efectivamente **utilizado** por el productor del texto originario (“El portador es el único creador de sus valores morales”); ello se verá en el desarrollo del 3er. paso siguiente.

Por el momento, no obstante, el armado de la RE se resuelve, sin necesidad de resolver el que acaba de plantearse, ya que dicho E4 es el único que incorpora a todos los restantes E del CE (69). La RE producida será la siguiente:

1.1. El portador	2.1. p. ser	3.1. el creador
	2.2.=p. ser	3.2.=p. ser
	“presente”	único
		3.3.=p. ser
		de valores
		3.4.=p. ser
		suyos
		3.5.=p. ser
		morales

lo que permite organizar el siguiente CE adecuadamente numerado (entre paréntesis se mantiene la numeración inicial):

1.1. (4) El portador	2.1. p. ser*	3.1 el creador
2.2. (6) “El ser*”	p. ser	“presente”

3.2. (2) El creador	p. ser	único
3.3. (3) El creador	p. ser	de valores
3.4. (5) Los valores	p. ser	suyos
3.5. (1) Los valores	p. ser	morales

3er paso: *Establecer cuál de los E del CE presenta su 2ª columna especificada, inmediata o mediatamente (dentro de su rama de derivación), por un E metalingüístico.*

Si el análisis automático descrito en los pasos precedentes no fuera exitoso, deberá seguirse este procedimiento para determinar cuál sea el E Base.

El ejemplo (69) citado al final del comentario anterior registra una situación que se incluye en las previstas por este 3er. paso y que, no obstante, se soluciona mediante la aplicación de las reglas precedentes. Por lo general, la asignación, a uno de los E del conjunto, del incremento que establece el E metalingüístico no encierra ambigüedad alguna. Obsérvese cómo este procedimiento hubiera permitido decidir también, en el ejemplo (67), y, pese a tratarse de un verbo diferente a “ser” (en aquel caso “seguir”), llegar a establecer cuál de los E del conjunto habría de encabezar la correspondiente RE como E Base. O sea, es habitual y facilitador para la tarea del analista la concurrencia de los pasos 1º y 3º; no obstante, deben mantenerse diferenciados, ya que cuando es válido el 3er. paso es porque también lo es el 1º, pudiendo no ser válido el 3º por no cumplir con las exigencias del 1º; en definitiva, cuando el 1º deja más de un E con pretensión de ocupar el lugar del E Base, entre estos pretendientes decide el 3º.

La relación “p. ser” es la característica más general de las modalizaciones (si bien, por supuesto, no la exclusiva), lo que, cuando el verbo efectivamente utilizado por el productor del texto es también “ser”, dificultaría su identificación automática. Ello exige marcar dicho verbo (“p. ser*”) a los efectos de diferenciarlo de los restantes “p. ser” modalizadores de otras expresiones que, por tratarse de “p. ser” puramente **cognitivos**, no admiten especificación metalingüística. Marcarlo es, por tanto, una exigencia del análisis, no (sólo) para determinar el E Base, sino por ser ése y no otro (de los modalizadores con “p. ser”) el que va caracterizado por el E/ml.

Ello ocurre también con todos aquellos verbos de “estado” y de “acción” o “proceso” que se presentan aspectualmente modalizados en el texto originario, lo que requiere adscribirles el pertinente E/ml (se excluyen los verbos en infinitivo que, por economía en la convención, no se modalizan). Por lo general, pero no en la totalidad de los casos, estos verbos son los que establecen la relación básica que se identifica como el E Base buscado.

Véase lo que ocurre en el ejemplo (4) transcripto anteriormente. La RE.4 que allí se construyó (y que es la que se considera correcta conforme a los pasos que se están describiendo) no es la única posible; cabría también:

*RE.4 (variante incorrecta)

1.2. El utilizar	p. ser	para la reforma
1.4.= p. ser		1.3.= p. ser
únicamente		constitucional
1.5.= p. ser		
el mecanismo		
1.6.= p. ser		
de la ley		
1.1.= p. constituir		
(2.2.= p. ser		
“condicional”)		
una monstruosidad		
3.2.= p. ser		
del derecho		
3.3.= p. ser		
público		

La incorrección de esta *RE.4 proviene de utilizar como “E/B” uno que tiene el conector “p. ser” como mero conector cognitivo del E que identifica la relación semántica textual “... utilizar... para la reforma...”; o sea, este “p. ser” no fue *explícitamente utilizado* por el productor del texto, por eso carece de especificación metalingüística relativa a su aspecto verbal (lo que efectivamente ocurría en el ejemplo (69) cuyo texto de origen era: “El portador es el... creador...”, lo que autorizó a adoptar ese E como “E/B”).

El problema permanece, no obstante, vigente cuando se presenta más de una 2ª columna caracterizada metalingüísticamente; pero, por lo general, en tal caso la identificación del “E/B” ya se ha producido por aplicación de las reglas establecidas en alguno de los pasos previos.

Hasta aquí, puede resumirse la tarea de identificar al E Base, en un determinado CE, mediante las siguientes operaciones:

1: Es E Base aquél que permite incorporar la totalidad de los E de dicho CE como modalizadores de alguna o de todas sus columnas.

2: Si, por aplicación de la operación anterior, resultasen identificados 2 ó más E que la satisficieran, se seleccionará de entre ellos, como E Base, aquel cuya 2ª columna apareciera especificada metalingüísticamente.

3: En ningún caso puede ser E Base aquél cuya 2ª columna resulte especificada metalingüísticamente con la marca “... + q!”.

Si, pese a todo, no se hubiera podido identificar un único E Base, se hace necesario acudir al 4º paso.

4º paso: *Subdividir la DC (o el fragmento textual) en dos o más segmentos.*

En efecto, lo que se habría demostrado es que *la segmentación efectuada en el texto originario era incorrecta*. La presencia de más de un E Base indica la presencia de más de una macro-unidad semántica en el fragmento en estudio.

III. LA CONSTRUCCIÓN DE HIPER-REDES DE ENUNCIADOS

Las RE pueden agruparse de modo que constituyan conjuntos de redes o, como aquí se las denomina, “*Hiper-Redes de Enunciados (HRE)*”, las cuales pueden ser de dos clases: “*Hiper-Redes Secuenciales (HRS)*”, de naturaleza intratextual, o “*Hiper-Redes Contrastantes (HRC)*”, de naturaleza predominantemente intertextual.

El objetivo de las HRS consiste, en primera instancia, en la recuperación del más amplio contexto que se desee, para un término o expresión en estudio.

El objetivo de las HRC consiste, en primera instancia, en la demostración de las afinidades, diferencias y/o contradicciones existentes entre los contextos (con la amplitud de E, RE, o HRS que se desee), para un término o expresión en estudio.

Estas posibilidades operacionales no excluyen otros aspectos estructurales y/o cognitivos que se alcanzan también utilizando estos instrumentos metodológicos y que les otorgan su mayor interés. En especial, en los casos en que se toman en consideración (secuencial y/o contrastantemente) unidades más complejas que el estricto término o expresión, como pudieran ser columnas de RE o RE en cuanto totalidades, se puede dar cuenta, por ejemplo, de problemas relativos a la argumentación (intra o inter discursiva) o a la posibilidad de asociar determinadas estrategias discursivas a conjuntos determinados de discursos.

Se exponen y ejemplifican a continuación las características de las HRS, para hacerlo después, en el siguiente apartado de este trabajo, respecto de las características de las HRC.

8. Sobre una determinada secuencia textual: *Hiper-Redes Secuenciales (HRS)*

Si cada E es la representación sintáctica del conocimiento de alguna posible relación semántica entre términos individuales, poseída por el productor del texto y efectivamente actualizada en el texto producido, y si una RE es la representación del conocimiento de algunas posibles relaciones semánticas entre E, poseídas por el productor del texto y efectivamente actualizadas en el texto producido, entonces una HRS es la representa-

ción del conocimiento de las posibles relaciones semánticas entre RE, poseídas por el productor de un texto y efectivamente actualizadas en el texto producido.

Para que exista una HRS es suficiente con que se relacionen dos RE, a condición de que correspondan al análisis de dos segmentos textuales sucesivos de un mismo texto de referencia. No existe límite máximo en la cantidad de RE que pueden relacionarse, salvo el constituido por la memoria del sistema que se utilice.

Para la construcción de una HRS se requiere, además de los diversos aspectos considerados en relación a la construcción de E, CE y RE, la identificación de *recurrencias* y de *conectores*.

La presentación de una HRS consiste en un cuadro de doble entrada: a) en la columna vertical se inscribe la secuencia ordenada (de inmediato se explicará el criterio de esa ordenación) de la totalidad de los términos que aparecen en los E correspondientes a la totalidad de las RE registradas; b) en la hilera horizontal superior se inscribe el código de cada una de las RE previamente analizadas.

Para recuperar las *recurrencias* lexemáticas efectivamente producidas en el conjunto de RE en estudio, se inscriben en la columna vertical izquierda, primero los términos que han aparecido en la primera de dichas RE y en el orden secuencial con que han quedado registrados en los correspondientes E de cada una de las columnas de las RE. Bajo el código correspondiente a, en este caso, esa primera RE, se hacen figurar los números de identificación de tales E y columnas. Volviendo a la columna vertical de la izquierda, se añaden los términos *nuevos* que aparecen, por primera vez, en la segunda de las RE analizadas, haciendo figurar, bajo el código correspondiente a esta segunda RE, los números de identificación de los E y columnas de la RE en que figuran tales términos. Caso de que, en esta segunda RE, se repita algún término ya registrado en la primera de las RE en estudio, su identificación numérica se registra, bajo el código de esta segunda columna, a la altura horizontal del término ya registrado. Se obtiene así una representación visual del CE que contiene a los términos efectivamente incrementados, así como la representación visual del CE que contiene a los términos efectivamente reiterados. Como, a su vez, el registro numérico contiene información acerca de la posición relativa que ocupa cada E en cada columna de cada RE, se obtiene, así, una representación de la variación contextual que afecta a cada uno de los términos en estudio, es decir,

una representación del incremento o de la persistencia de las relaciones semánticas utilizadas por el productor del texto; en definitiva una representación del proceso de producción de la significación tal como ha ido siendo construida en dicho texto.

La lectura de cada una de las columnas de esta HRS, realizada según el orden numérico de los E y de las columnas de la RE que figuran en este registro, debe permitir recuperar la lectura de cada una de las RE correspondientes y, en consecuencia, la lectura del segmento respectivo del texto original. Ya bien esta lectura, ya bien la mera observación de las presencias y ausencias de términos y E, bajo el código de cada RE y en comparación con la lectura o la observación de lo ocurrido bajo el código de la RE anterior y/o posterior, permite establecer la insistencia y/o la variación de la *isotopía*, en cuanto “iteratividad, a lo largo de una cadena sintagmática, de los clasemas que aseguran al discurso-enunciado su homogeneidad” (Greimas, A. J. et J. Courtés, 1979: 197); con la importante sustitución, en esta definición, del término “clasemas” por “lexemas”. Con ello se limita la isotopía identificable a la evidenciada por la efectiva recurrencia lexemática, sin apoyarse en la intuición de hablante nativo para la normalización de sinonimias, hipernimias o hiponimias que, en función de la *positividad del discurso* de la que aquí se parte, quedan totalmente excluidas. Lo que no se excluye es que el analista, a su propio riesgo, o sea, asumiendo la carga de la prueba o justificación correspondiente, proponga la evaluación de recurrencias entre conjuntos de lexemas que hipotetice como constitutivos de un campo semántico importante para la concreta investigación a la que aplique la HRS.

Para recuperar las *conexiones* que vinculan entre sí a las distintas RE, la información lexemática registrada puede clasificarse en tres grupos de conectores: *externos*, *gramaticalmente marcados* y *gramaticalmente no-marcados*.

Respecto de cada RE, estos conectores pueden vincularla con la precedente “ $\leftarrow$ RE_n” con alguna precedente, cualquiera sea su distancia textual) o con la subsiguiente “RE_n $\rightarrow$ ” (o con alguna subsiguiente, cualquiera sea su distancia textual), lo que se marca conforme a los símbolos mencionados.

Aparte de los conceptos de “externo”, “gramaticalmente marcado” y “gramaticalmente no-marcado”, no se utilizan otros conceptos ni categorías para clasificar a los conectores; al menos, no se incluye la pretensión clasificatoria de conectores entre los objetivos de este trabajo.

Se entiende, en este trabajo, por “conector externo” aquel, puesto por el productor del texto, que vincula a una RE con otra anterior o posterior, sin pertenecer, necesariamente ni en el contexto del discurso en estudio, a las relaciones semánticas de ninguna de las RE vinculadas; así puede ocurrir con: “de manera que”, “por eso”, “por ejemplo” e, incluso, “y”, ya que, cuando tal sea el caso, no son conectores explícitos externos por sus propias características, sino que resultan serlo como efecto del agotamiento de los E pertenecientes a cada una de las segmentaciones cuya vinculación se estudia y que no incluye a dicha expresión en ninguno de los E del CE correspondiente; por eso, este conector es explícito, a los efectos de este trabajo, en la medida en que permanece *externo* a ambas RE.

Se entiende, en este trabajo, por “conector gramaticalmente marcado” aquel, puesto por el productor del texto, que pertenece a las relaciones semánticas de alguna de las RE vinculadas, de modo que forma parte de alguno de los E que las registran. No obstante, la intuición del hablante nativo le asigna una eficacia que se cumple fuera del segmento textual analizado. Esto implica que su efectiva presencia se registra mecánicamente por la exigencia de formar parte de alguno de los E del CE y de la RE correspondiente; pero nada indica, mecánicamente, su calidad de vínculo con otro segmento textual diferente al que se está analizando; por ello requiere ser anotado en cuanto tal por el analista; esta forma de anotación consiste, en este trabajo, en el subrayado del término al que se considera conector (implícito) gramaticalmente marcado. Tal sería el caso, por ejemplo, de las anáforas y catáforas; sirve a estos efectos la definición que da Tesnière de anáfora: “es una *conexión semántica suplementaria* a la cual no corresponde ninguna conexión estructural” (Tesnière, 1982: 85). Sin entrar en una discusión teórica más profunda, debe aclararse que no forman parte de los conectores implícitos que se están identificando las denominadas anáforas “pragmáticas” ni las “demostrativas” (deícticos), así como tampoco, el que constituye su ejemplo paradigmático: el pronombre posesivo (ya que, como técnica en la construcción de los E, quedará sustituido por el nombre originario; además de que, en la mayoría de los casos, la conexión semántica del posesivo se agota en el interior de un mismo segmento textual). Los que aquí se denominan “conectores gramaticalmente marcados” cumplen una *función* anafórica, sean o no gramaticalmente anáforas; así ocurre, por ejemplo, con las conjunciones adversativas “pero”, “sino”, etc. o ciertos adverbios de negación, como “tampoco”, que requieren de otra expresión precedente (que normalmente quedará incluida en otra RE) al oponerse o para reiterar (aplicada a otro objeto) una negación, etc.

Se entiende, en este trabajo, por “conector *gramaticalmente no-marcado*” aquel que vincula a dos segmentos textuales por la similitud o afinidad, intuitivamente establecida, de sus representaciones sin que exista, entre los términos de tales segmentos, similitud o afinidad lexemática en que pudiera apoyarse una búsqueda mecánica de dicho vínculo. El conector semántico es, por tanto, de naturaleza interpretativa; puede haber sido puesto por el productor del texto y así haber sido interpretado; o que no se lo haya interpretado como efectivamente vinculante, pese a haber sido puesto efectivamente con tal fin; o que se lo interprete como vinculante, sin que tal haya sido la pretensión de la tarea cumplida por el productor del texto. Esta decisión, que hace a la *intencionalidad* del productor del texto, no tiene sentido fuera de algún nuevo texto producido por el mismo productor y que de cuenta de lo ocurrido. Caso de que se marque en la HRS la presencia de conectores semánticos de este tipo, conforme a lo dicho anteriormente acerca de la exclusión de “clasemas” y de afinidades semánticas intuitivas, estos deberán haber sido previamente identificados y propuestos como tales por el analista y, pese a constituir uno de los elementos más importantes en el proceso de la significatividad textual, debe tenerse presente que su afirmación pertenece a la intuición interpretativa del analista y que, mientras no aporte otros textos que así lo avalen, corre a su exclusivo riesgo.

Por cuanto antecede, la eficacia de la HRS se apoya fundamentalmente en las *recurrencias* y sus variaciones contextuales, en cuanto representación del proceso, a su vez recurrente, de transformación de una significación inicialmente textualizada. En lo que se refiere a los *conectores*, en principio, puede observarse que, en la mayoría de los casos no están presentes ya que se da una mera contigüidad posicional (para utilizar una expresión de R. Jakobson, 1963: 62ss), en cuanto forma de la sucesividad de los segmentos textuales (y sus correspondientes RE), sin marca alguna acerca de su interconexión; el conector externo puede identificarse perceptualmente, al quedar excluido de los dos segmentos textuales (y de sus correspondientes RE) entre los que se presenta, pero su dirección y el contenido del vínculo que establece pertenece ya a la interpretación del analista; el conector *gramaticalmente marcado* tiene que estar marcado por el analista, puesto que pertenece al CE identificado, si bien su eficacia se funda en características gramaticales objetivas (no necesariamente intuitivas); el conector *gramaticalmente no-marcado* se apoya completamente en hipótesis interpretativas del analista, si bien las puede fundamentar en base a análisis paralelos de esas mismas expresiones en otros textos del mismo productor o del discurso social vigente.

Lo más importante de una HRS es que, por su intermedio, se recupera el contexto máximo (intratextual) en que puede ser analizado un término o una expresión. Si la relación semántica mínima que se registra mediante los E puede parecer de corto alcance semántico y puede resultar cuestionable por la inmediatez del contexto recuperado, constituye, no obstante, la base a partir de la cual se recupera, por incrementos sucesivos que en ningún caso la desvirtúan, el contexto que se considera adecuado y suficiente para la asignación de valor semántico al término o expresión en estudio.

9. Sobre un conjunto de segmentos textuales, con un lexema común:

Hiper-Redes Contrastantes (HRC)

Si un E ubica un término en determinado contexto con otro determinado término y si una RE ubica al E que contiene a ese término en un determinado contexto con otro u otros determinados E (todo ello según las posibilidades efectivamente actualizadas, en un determinado texto, por su productor), entonces las posibilidades efectivamente actualizadas, en otro (u otros múltiples) determinados textos, por otro productor (en cada caso) distinto, en lo que se refiere a la contextualización, en un E, de determinado término y, en una RE, de ese determinado E, marcarán, a través de sus semejanzas, diferencias y contradicciones, en esa tarea contextualizadora, respecto del primer (y cada otro) productor de un texto, el grado en que comparten las mismas o distintas o contradictorias *posibilidades sociales* de conseguir la significación del fenómeno (o hecho y ambos en su más amplio sentido) designado por el término en estudio.

Si va surgiendo una relativa homogeneidad entre determinados E, que contienen un mismo término, contruidos por diferentes productores de texto, así como entre las RE en que se integran esos mismos E, y si esta relativa homogeneidad se contrapone a otra relativa homogeneidad entre otros determinados E y RE contruidos por otro grupo de diferentes productores de textos y que contienen a ese mismo término, y, dado el caso, si ambas homogeneidades diferentes se contraponen a otra u otras relativas homogeneidades producidas por otros tantos grupos diferentes de productores de textos y así sucesivamente, entonces se podrá afirmar que se está conociendo *la dispersión de posibilidades, socialmente vigentes* en determinada comunidad en estudio, para construir la significación del fenómeno (o hecho y ambos en su más amplio sentido) designado por el término en estudio.

En función de cuanto antecede, con la expresión “Hiper-Red Contrastante” (HRC) se designa, en este trabajo, al dispositivo que marca en qué y cuánto las posibilidades sociales de construir la significación de un fenómeno son compartidas por un conjunto de productores de textos y que muestra la dispersión de las distintas posibilidades de construir la significación de un fenómeno que están vigentes en una sociedad determinada.

Para el efectivo contraste entre E, CE, RE y, eventualmente, HRS pueden seguirse (alternativa o conjuntamente) dos criterios: a) dados determinados grupos preestablecidos de productores de textos (por ejemplo, agrupar a los emisores por el partido político al que pertenecen), establecer si hay contraste y cuál sea éste entre los E, CE, RE y/o HRS efectivamente utilizados en los correspondientes textos; y b) dados determinados E, CE, RE y/o HRS efectivamente utilizados en un corpus de textos, establecer, en función del contraste identificado entre ellos, la distribución correspondiente de sus productores (por ejemplo, observar cómo se agrupan los emisores con prescindencia del partido al que pertenecen).

Aparte de culminar, del modo que acaba de esbozarse, la representación del proceso de producción de conocimiento de las *Formaciones Enunciativas* efectivamente vigentes en determinada comunidad, las HRC poseen una productividad heurística, si se cuenta con la información suficiente, para la identificación de una secuencia numerable de E, CE y RE, como componentes posibles de nuevas textualidades, cuyas relaciones semánticas sean *superadoras* de las relaciones semánticas aplicadas en la producción de los textos precedentes (Magariños de Morentin, 1990a: 15).

La razón del requisito de la alta cantidad de información necesaria consiste en que no se seleccionan *a priori* los textos (ni, por tanto, las correspondientes HRC) intuitivamente válidos para fundamentar la inferencia propuesta (salvo la hipótesis acerca de un corpus exhaustivo, representativo y homogéneo que formule el investigador; Courtine, 1981: 25), sino que los textos que puedan fundamentarla (y la HRC correspondiente) surgirán como tales a partir de la exploración del efectivo discurso social (y sus variantes: popular, científico y poético; Volpe, G. della, 1966: 115ss) vigente en determinada comunidad en estudio.

SEXTA PARTE

ANÁLISIS SEMIÓTICO DEL DISCURSO POLÍTICO

ANÁLISIS SEMIÓTICO DEL DISCURSO POLÍTICO*

SUMARIO

PRESENTACIÓN

I. INTRODUCCIÓN GENERAL

- 1. Lo ideológico en una investigación sobre las ideologías*
- 2. ¿Qué es “lo político” en el discurso político?*
- 3. Decisiones metodológicas*

II. EL DESARROLLO DE LA INVESTIGACIÓN

- 4. Primer acotamiento del corpus*
- 5 Tratamiento informático (inicial) del corpus seleccionado*

PRESENTACIÓN

El objetivo de la publicación de este *Análisis Semiótico del Discurso Político* consiste en dar a conocer las primeras reflexiones metodológicas que encuadraron su realización y someterlas al comentario crítico de sus lectores.

* Han colaborado en este trabajo: Cristina Baccin, Nancy Adriana Fernández, Carlos Eduardo Gassmann, Daniel Marandet y Juan Domingo Masiuk, investigadores de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata.

El instrumento metodológico que, a partir de estas reflexiones, hemos llegado a proponer está expuesto minuciosamente en *La Semiótica de Enunciados*.

Como no queremos generar falsas expectativas, advertimos, desde esta primera página, que no habrán de encontrarse en este texto comentarios ni conclusiones de *valor político*. Las expresiones políticas analizadas, así como los conceptos que se identifican y se ponen de relieve al analizarlas, no han sido seleccionadas ni trabajadas con el objetivo de alcanzar tal valor; en consecuencia, no deben interpretarse políticamente. Su registro lo es a mero título ejemplificativo y demostrativo del funcionamiento de los instrumentos metodológicos aplicados.

No obstante, la finalidad que nos guía es la de elaborar un conjunto de procedimientos analíticos que permitan identificar *lo político* como producción específica, diferencial y plural de la *actual sociedad argentina*. Por ello, apuntamos como producto final a la elaboración de un *Mapa Ideológico de la Política Argentina*. Este “Mapa” será un instrumento de diagnóstico:

i) que reflejará la interrelación, no sólo entre los discursos de los diversos *emisores* que intervienen con eficacia política en la organización social del país,

ii) sino entre esos mismos emisores y el discurso de los *medios de comunicación*, en cuanto transmisores, transformadores y generadores de discurso con eficacia política en la organización social del país,

iii) y entre unos y otros en relación con el *discurso social comunitario* producido por las diversas clases sociales, que no sólo posee eficacia política en la organización social del país, sino que lo estructuran efectivamente,

iv) debiendo, también, dicho “Mapa”, reflejar las *continuidades y transformaciones* de esta múltiple interrelación (emisor político individualizado-medios de comunicación intermediarios-discurso social colectivo) respecto de las formas en que se ha concretado esa misma interrelación en el pasado,

v) y permitir proyectar, a partir de cuanto antecede, determinados *mundos semióticos posibles de la política*, a título de hipótesis de trabajo y con el consiguiente valor tentativo y provisional,

vi) todo lo cual permitirá esbozar las líneas de una *historia política de la Argentina* asentada, no en el acontecimiento, sino en los *tiempos de duración de la vigencia de las representaciones contrapuestas de tales o cuales*

acontecimientos, así como en la dialéctica de su contraste y en la superación de las formas (y, en consecuencia, de los contenidos) de dichas representaciones.

La primera exigencia para la realización de este proyecto consiste en la disponibilidad de una metodología teóricamente bien fundada, operativamente eficaz y empíricamente adecuada al objeto de estudio que esa misma metodología contribuye a construir o proyectar (Jackendoff, 1983: 28-37 *passim* y 1987b: 24). Por ello hemos dedicado nuestros primeros esfuerzos, de los que da cuenta este trabajo, a fundamentar y decidir la opción metodológica que finalmente adoptamos.

Aun cuando este primer objetivo haya sido alcanzado (lo que, en definitiva, está fuera de nuestra propia posibilidad de evaluación), reconocemos que el objetivo final es ambicioso. Posiblemente no llegue a estar en nuestra capacidad (aislada) el lograrlo. Pero hemos iniciado un camino y hemos construido un punto de llegada. Ahora, con esta publicación, mostramos nuestros primeros, tentativos y decididos pasos y lanzamos un llamado a quienes tengan un interés en alguna medida afín con el que acabamos de formular. Ofrecemos nuestra colaboración a quienes están trabajando en el campo del *análisis semiótico del discurso* y, sobre todo, pedimos su colaboración, que habrá de consistir en la crítica teórica y en la formulación de propuestas metodológicas superadoras de las limitaciones que sólo pueden percibirse por haber llegado a donde hemos llegado, para alcanzar un conocimiento que nos permita entender mejor (o, quizá meramente, entender algo de) la compleja y traumática vida política de nuestro país.

I. INTRODUCCIÓN GENERAL

Con este Informe se da comienzo al análisis del *discurso político que se emite en la Cámara de Diputados de la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires*.

La demarcación de este universo de discurso deja de lado un material político que parecería mucho más atractivo y hasta susceptible de ofrecer conclusiones más “importantes”, como lo es, en las actuales circunstancias de la República Argentina, el discurso político electoral que se viene emitiendo y que habrá de continuar hasta mayo del corriente año (1989). Las razo-

nes para hacerlo así ya se mencionaron en la presentación inicial de este Proyecto: fundamentalmente, atender a la realidad regional de la comunicación política que se emite en el área de asentamiento de nuestra Universidad, la Provincia de Buenos Aires. Por otra parte, el discurso político legislativo posee características, en gran medida derivadas del ámbito institucional en que se emite, que lo diferencian del discurso político electoralista y que nunca han sido sistemáticamente estudiadas. Incluso, la selección de textos que transcurren, en cierto modo, al margen del fuerte ruido y contienda de las elecciones presidenciales, permiten un análisis más tranquilo y (relativamente) desapasionado, más acorde con la investigación académica. Consideramos que los resultados de toda investigación, por muy académica que se la pretenda, deben ofrecer conocimiento y/o instrumentos eficaces (por tanto, políticos) que redunden en beneficio de la sociedad. Pero consideramos también que se trata de dos momentos que deben mantenerse diferenciados: el de la investigación académica (orientada por los criterios del mayor rigor posible en la producción de conocimiento) y el de la práctica política (orientada por las opciones ideológicas de los usuarios del conocimiento producido).

Por otra parte, la decisión de acotar el universo en estudio al discurso político emitido en la Cámara de Diputados de la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires es meramente provisional.

Ya nuestro Plan de Trabajo prevé el análisis de la *prensa escrita* y del *discurso social* como ámbitos de producción, reelaboración e interpretación de lo político de los discursos. Es más, asentada la metodología de investigación, el análisis tendrá que abarcar, entonces sí, el resto del *discurso político que se emite en la República Argentina* e, incluso, acudir al *discurso político histórico* para alcanzar el objetivo pertinente al área de investigación que se conoce como “Análisis Semiótico del Discurso Político”: establecer la significación efectivamente vigente, en determinado momento de determinada sociedad, de los conceptos políticos y las redes ideológicas que los incluyen, tal como se los produce en la práctica política de esa sociedad. Con estos términos, fijamos un objetivo teórico-práctico a nuestra investigación: establecer *cómo se produce la significación política* de los significados políticos intuitivamente interpretados como tales y *cuál es el valor político diferencial* entre los diversos significados políticos socialmente vigentes.

1. Lo ideológico en una investigación sobre las ideologías

Lo anterior implica una opción, no exenta de riesgos, que no coincide, en última instancia, con los objetivos, ya tradicionales, de la Escuela de Análisis del Discurso desarrollada en Francia a partir de dos figuras principales: Michel Foucault que aporta los fundamentos filosóficos y teóricos de una concreta propuesta metodológica (Foucault, 1969) y Michel Pêcheux, con explícita inscripción en el materialismo dialéctico, que desarrolla diversos instrumentos analíticos coherentes, en principio, con el encuadre de Foucault (Pêcheux, 1975). Si bien todos están de acuerdo en no hacer del análisis del discurso político un mero análisis lingüístico tras el cual lo que se descubriría sería cómo los políticos transmiten información por medio del lenguaje (lo que Courtine, 1981: 62, califica de “concepción ingenua”), la búsqueda de un objetivo práctico como resultado de los análisis efectuados en el discurso político adquiere, en la mayoría de los autores de esta Escuela, un nítido perfil ideológico que vendría como exigido por la concreta coyuntura política francesa en la que se inscribe su experiencia analítica: “habría así una *política del análisis del discurso* o, al menos, efectos políticos reconocibles en el campo del AD (Análisis del Discurso). A fin de acotar la eventualidad de tales efectos se impone un recorrido por la coyuntura política de la formación social francesa desde hace una decena de años (*escribe en 1981*), fecha en la que se inaugura el AD político. Esta coyuntura está dominada en efecto por la alianza política entre los partidos de la Unión de la Izquierda, que condujo a un *acontecimiento discursivo* de importancia: la firma de un programa común de gobierno” (*Ibid.*: 63; los paréntesis son nuestros).

El uso del análisis del discurso con una intención política, por una parte, al margen de la calidad del análisis realizado y, por otra, con la pretensión de que la forma de lo científico oculte la intención ideológica potenciándola, todo ello en función de la situación conflictiva que atraviesa nuestro país, ha sido asumido, también en Argentina, como premisa en diversos de los estudios realizados (véase, Sigal y Verón, 1986; Landi, 1982; Magariños de Morentin, 1984c; Podetti, Ques y Sagol, 1988; Verón, Arfuch y otros 1987; etc.).

Identificar las secuencias verbales que producen significación política y valorar a cada una de ellas según un criterio diferencial constituye una actitud metodológica tendiente a reducir, en lo posible, el peso de lo ideológico. Somos conscientes de que resulta imposible pretender eliminar lo ideológico y que, incluso, proponérselo no sería aconsejable. Existe una “ideología interna de la lingüística” que, en un primer sentido, consiste en que “los lingüistas adoptan posiciones paradigmáticas, las defienden con fuerza y se fijan sobre

ellas. En segundo término, la fijación y el refuerzo de estas posiciones paradigmáticas se hace por ideología esencial: una ideología que es esencial a la cientificidad misma” (Parret, 1984: 9). En este sentido, sería imposible pretender eliminar la vinculación ideológica que nos liga a los presupuestos teóricos, a nuestra creencia en la eficacia de determinados instrumentos analíticos y al enfoque filosófico resultante de todo ello relativo a la eventual cientificidad de las disciplinas sociales.

Lo no aconsejable de pretender eliminar lo ideológico, aparte de que tal pretensión sería contradictoria con nuestra propia afirmación de que lo consideramos imposible, descansa, por una parte, en que no consideramos válidas las argumentaciones tendientes a establecer como un hecho histórico ya agotado “el fin de la ideología” (con un enfoque apologético de la posición que al respecto sostiene el marxismo: Moskvichov, 1975; ofrece un panorama bastante amplio del debate y de las posiciones defendidas por sus participantes) y, por otra, adherimos a la tesis de Adorno en cuanto afirma que la contradicción (determinación objetiva de la falsa conciencia, en la que incide la versión auténtica del concepto ideología; Adorno, 1973: 132) “puede tener su lugar –un lugar en extremo real– en la propia cosa, siendo, en consecuencia, ineliminable del mundo por simple aumento del conocimiento o por mayor claridad en las formulaciones” (*Ibid.*: 124).

Asumiendo, pues, la ideología implícita en las actuales orientaciones de la lingüística y, aunque todavía no se ha tocado el tema, en la actitud cognitiva y operativa inherente a las investigaciones sobre “inteligencia artificial” o de producción de “sistemas expertos” (que también han de jugar un papel instrumental progresivamente protagonístico en nuestro trabajo), de lo que pretendemos liberar a esta Investigación es de aquel tercer tipo de “ideología externa”, al que Parret califica como “‘ideología coocurrente’ de la teoría lingüística” y que ejemplifica con el caso de Chomsky: “el hecho de declararse socialista y anarquista, socialista libertario, representa una ideología co-ocurrente de la gramática transformacional” (Parret, 1984: 8). Podemos asumir, de modo semejante a como él lo hace, que hemos trabajado (y continuaremos haciéndolo) manteniendo independientes la Investigación y las adhesiones ideológicas de cada integrante del equipo: “Quiero dejar claro que yo tengo un gran respeto por las ideologías co-ocurrentes. Tengo un gran respeto por la posición política de Chomsky, durante la guerra de Vietnam, por ejemplo, o sobre la cuestión árabe. Pero no admito en absoluto, ni para el chomskysmo, ni para el estructuralismo, que exista un lazo analítico entre el pensamiento político y el pensamiento lingüístico” (*Ibid.*: 9).

En resumen, no consideramos inevitable asumir una definición ideológico-partidista en el desarrollo de una investigación acerca del Discurso Político y para eludirlo se ha mantenido especial cuidado en definir explícitamente cada una de las operaciones analíticas que se van aplicando. Conforme la investigación vaya alcanzando mayores niveles de complejidad, las opciones (por ejemplo, respecto de los discursos no directamente políticos o de los discursos históricos, con los que se contraste a los específicamente legislativos que se estén analizando) incrementarán los riesgos de la contaminación ideológica (externa y coocurrente); pero lo que se continuará preservando será *el modo o conjunto de operaciones para la realización de tales contrastes*. Muy lejos de clausurar la interpretación posible, en el ámbito de la práctica política, esta investigación pretende proporcionar una base sistematizada de información que se abra a las posibles interpretaciones que siempre podrán (deberán) provenir de los distintos enfoques ideológicos, vigentes en la Argentina, desde los que se efectúe su lectura; o sea, los resultados que periódicamente vayan siendo proporcionados serán *nuevos textos* (de carácter “metapolítico”) destinados a la interpretación intuitiva (y/o del genio político) de sus eventuales usuarios. Por todo ello, consideramos, también, que satisfacer las exigencias teóricas (utilizar y, en lo posible, superar las propuestas de la Escuela de Análisis del Discurso) y las exigencias pragmáticas (poner a disposición de los analistas políticos, historiadores, sociólogos y de las propias agrupaciones y partidos políticos una base de datos efectivamente utilizable, con la información necesaria y adecuada para el conocimiento, la evaluación o la toma de decisión política, en especial respecto de las características comunicacionales de los contenidos políticos en determinada coyuntura política) de un análisis del discurso político requiere, por tanto, mucho tiempo, muchos recursos y una excelente formación por parte de los investigadores que intervengan. Estamos al comienzo de un camino. Sólo considerando que una investigación en Ciencias Sociales requiere el mismo nivel de racionalidad y el mismo nivel de inversión en recursos humanos y materiales que los que son habituales en Ciencias Naturales y/o Exactas, será posible llevar a su término, con resultados concretos y eficaces (o sea, sin quedar en mera disertación académica) este Proyecto.

2. ¿Qué es “lo político” en el discurso político?

Otra precisión que hay que establecer respecto de la formulación de nuestro objetivo se refiere al alcance de lo político en la expresión “discurso político”.

En un primer sentido, todo discurso es “político” en cuanto *toda comportamiento comunicacional* (y éste es el contenido que, provisionalmente, atribuimos al término “discurso”) implica: a) *el ejercicio de un poder*: el de enunciar el mundo en un modo determinado (al hablarle a alguien estoy usando el poder de mis habilidades lingüísticas o semióticas para que aquello de lo que hablo adquiera el significado que yo deseo que tenga); b) *asumir la representatividad de determinada área de poder*: aquella donde está vigente y tiene aceptación ese concreto modo de enunciar el mundo (cuando hablo estoy usando una lengua del modo como me han enseñado a usarla, habiéndoseme garantizado que, usándola de ese modo, obtendré las finalidades que yo y mi grupo pretendemos); c) *la apetencia de incrementar el poder*: o sea, la pretensión hegemónica de que todos acepten esa forma de enunciar el mundo como la única portadora de los “auténticos” valores de verdad, justicia, libertad, etc. (cuando hablo trato de convencer a mi interlocutor de las ventajas que obtendría si, renunciando a su manera de hablar, adoptase mis propias frases o mis propios criterios en la construcción de las frases, como la manera más inteligente de comprender el mundo y la más útil para vivir en él). El conjunto de problemas aquí involucrados ha llegado a constituir un subconjunto teórico conocido como el análisis de “la política de la lengua”, con importantes desarrollos en el campo del análisis y la programación del “discurso pedagógico” (Désirat, Claude et Tristan Hordé, 1977).

Desde un segundo punto de vista, puede considerarse “política” a *toda comunicación emitida por quien actúa institucionalmente en política*, a lo que puede agregarse la exigencia de que lo haga en su condición de tal. Lo político, en este caso, es exterior al discurso, ya que tal calidad proviene de un acto formal (en mayor o menor medida) de atribución del carácter de político a quien habla, o de las circunstancias e, incluso, del lugar físico en el que, o desde el cual, habla. Este es el caso en que resulta ser político lo que dice un diputado en la Legislatura, un comentarista político en su columna periodística o en su espacio de TV, o un líder de opinión en su barrio cuando se dirige a sus convecinos en reuniones programadas o de emergencia. Incide, en esta consideración de lo político, el problema de las *condiciones de producción* como necesarias (o no) para la atribución de tal calidad y, en caso de admitir su necesidad, sus diferentes características en el enfoque sociológico e, incluso, psicológico que precedió a su tratamiento estrictamente lingüístico (Courtine, 1981: 19 y ss., para la decisión a favor del establecimiento de las condiciones de producción a partir, exclusivamente, del intradiscurso; Chauveau, 1978: 34 y ss., sosteniendo el criterio, más “clásico”, de “explicitar el conocimiento global de la situación histórica”).

Hay, al menos, un tercer sentido que puede adquirir el término “político” cuando se lo asocia al término “discurso”. Una frase es política cuando *se opone* (desde una diferencia de modalización hasta una contradicción de contenidos; por supuesto, con muy diferentes consecuencias en la distribución del mapa ideológico correspondiente) a otra frase. Según esto, la calidad política que puede llegar a adquirir (o no) un determinado discurso, no lo es por ninguna característica esencial a tal discurso aisladamente considerado (no habría un *en sí* político de ningún discurso; la negación kantiana de la *Dinge an sich*: Hintikka, 1969: 109), sino que *resultará ser tal* (o no) *en cuanto efecto del contraste con otro u otros discursos*. Si esto, en algún modo, parece contradecir lo obvio del reconocimiento intuitivo de un discurso como político, ello se debe, simplemente, a que, en cuanto perteneciente a una comunidad, se han aprendido los rasgos diferenciales respecto de *otros* discursos no-políticos, así como se conservan en la memoria los rasgos específicos de *otros* discursos políticos, a todo lo cual actualiza el eventual receptor tanto para admitir como político al *único* discurso que escucha en un momento determinado, como para adherir a sus propuestas o rechazarlo. Si en una sociedad hubiera un único discurso, éste no podría tener calificación alguna, cuya eficacia consiste en separarlo de otros (el supuesto es tan irreal que, en realidad, no habría sociedad). Ni tampoco es imaginable una sociedad en que existiera un único discurso político; tal discurso no podría calificarse de “político”, sino que sería el único que se permitiría comunicar, lo que respondería a un acto de violencia, reafirmador de los otros discursos reprimidos y contradictorios frente al autorizado; lo que atribuiría efectivamente el carácter de político a unos y otros. Tal el tema de análisis de “lo político del discurso”, respecto de lo cual “la contradicción constituye un *principio teórico*, que interviene en la representación de la realidad histórica, pero también un *objeto de análisis*, en cuanto la contradicción desigual entre formaciones discursivas antagónicas es lo que constituye al objeto de este estudio. El tema de la contradicción atraviesa así nuestra investigación, a niveles diferentes, de manera recurrente y con insistencia” (Courtine, 1981: 13).

Estos tres criterios para establecer la calidad *política* que puede (o no) predicarse de un “discurso”, considerados independientemente, son necesarios pero no suficientes. En efecto, el primer sentido de lo “político” (la *política de la lengua*) se satisface en el análisis de la discusión doméstica de una pareja. Se ejerce allí un “poder enunciativo”, ya que cada cual dice lo que sabe y como sabe decirlo; se asume una “representatividad enunciativa”, ya que cada cual disputa apoyándose en (y/o reproduciendo a) opiniones y expresiones que afirma como socialmente vigentes; finalmente, se busca un “incremento

de poder” que beneficiará a quien *gane* la discusión (si alguno). Existe un concepto de “política doméstica” para el cual, con las características que aquí asume *la disputa por el poder*, se satisfarían las condiciones para que tuviera sentido realizar un análisis de lo político del discurso producido por tal pareja en su cotidianeidad. Pero no existe la especificidad del “discurso político”, tal como resulta intuitivamente construido por la interpretación social vigente.

El segundo sentido de lo “político” (dependiente de las *condiciones de producción*) es el que satisface más fácilmente esta interpretación intuitiva social vigente. Lo que dice alguien, dotado de una investidura política y en el contexto específico para el ejercicio de esa investidura, es *obviamente* político. Pero esta obviedad se encuentra desmentida o, al menos, limitada o supeditada a nuevos condicionamientos (¿recursividad indefinida de las condiciones de producción sociológica o psicológicamente consideradas?). No es político *todo* lo que dice esa persona en esas circunstancias. Por ejemplo, las expresiones ritualizadas que se refieren al funcionamiento de la Legislatura o las denominadas “cuestiones de privilegio”, ¿son políticas? Por otra parte, la intuición social vigente atribuye valor político a expresiones o discursos emitidos por quien carece de investidura política y en contextos inespecíficos (o sea, sin características específicas que lo constituyan en *locus* político); tal el caso de un “chiste político” (de autor anónimo o inidentificable en la práctica), contado en una mesa de café.

El tercer sentido de lo “político” (*la contradicción como principio teórico y como objeto de análisis*) tampoco agota las exigencias para constituir en tal al discurso en que el análisis pueda detectarlo. El contraste de teorías científicas, tal como puede resultar expuesto en un congreso científico, ¿es político? La intuición indica que puede serlo (por ejemplo, la disputa Popper-Adorno en el histórico Congreso de Tübingen en 1961, fue una disputa sobre liberalismo versus materialismo histórico: Adorno *et al.*, 1973), pero también, esa misma intuición advierte que se está extrapolando el sentido de *lo político*. No obstante, la exigencia de contraste efectivo entre discursos divergentes o contradictorios se cumple. Por supuesto, también se cumple en el caso de la disputa doméstica (que no sería “política” en el sentido de la intuición social) y, por el contrario, no se da (al menos en principio) en el caso de discursos de “homenaje” pronunciados en la Legislatura (en los que la intuición social admitiría, al menos, la posibilidad de que tuvieran contenido político).

En resumen, no existe un criterio único y excluyente para *identificar lo político* (como “término teórico”) que permita intervenir analíticamente en el discurso correspondiente (donde se encontrarían los “términos observaciona-

les”), de modo que el análisis pudiera limitarse a descubrir “el objeto”, en este caso la frase o expresión que se corresponda con “el concepto” de lo político; o bien, tal criterio permanece en una zona de ambigüedad (metafísica) que lo sustrae a la disponibilidad del analista. La política de la lengua y la búsqueda de lo contradictorio abarcan demasiado y no permiten acotar una especificidad; las condiciones de producción acarrearán inclusiones y exclusiones injustificables. En definitiva, ¿es posible un “análisis del discurso político”, dado este aparente ocultamiento de lo político, que parece jugar a las escondidas con la mirada del analista? Podemos formular esta pregunta de otro modo: ¿es posible realizar el “análisis del discurso político” prescindiendo de un concepto o modelo apriorístico de lo político? Y si fuera posible, ¿cuál sería su utilidad?

Parece más simple comenzar respondiendo a esta última pregunta acerca de la utilidad de un “análisis del discurso político” sin disponer previamente de una noción de lo político. Y una respuesta tentativa podría ser la siguiente: es el análisis el que deberá producir el concepto de “lo político” que resulte *pertinente, diferencial y específico al discurso político argentino (contemporáneo)*. O sea, lo que esperamos es encontrarnos con una *práctica* y no, meramente, reencontrarnos con *La Teoría*; porque lo que buscamos es *el poder de la lengua efectivamente usada* por los políticos argentinos, por sus medios de comunicación y por su pueblo; y lo que no buscamos es *el Poder* metamorfoseado tras las definiciones de lo político (Sumpf, 1988: 6-7).

En cuanto a la primera pregunta, la que se cuestiona *la posibilidad del análisis prescindiendo de un modelo de lo político*, puede encontrar un principio de respuesta desde dos ángulos: por una parte, ubicándose en el plano estrictamente *metodológico* en que se formula la pregunta y, por otra, observando que prescindir de un modelo (teórico) de lo político no excluye disponer de un *significado intuitivo* de lo político.

Desarrollaremos con cierta amplitud este tema porque excede la problemática de la caracterización de lo político, al ser consistentes los criterios con que se trata de solucionarlo (en su especificidad) con los principios metodológicos adoptados para la conducción de la presente investigación.

3. Decisiones metodológicas

Se ha partido de la decisión de *excluir la utilización de modelos* en la práctica de las tareas analíticas (si bien éstas deberán construir una propuesta de *modelo coyuntural y plausible* de interpretación política). Nos ubicamos, así, en un momento crítico de la historia de las disciplinas sociales que, esquemáticamente enunciado, implica la superación (no la eliminación) de la etapa estructuralista que hizo muy buen uso (y abuso) de la utilización de modelos (crítica reflejada, por ejemplo, en Badiou, 1970). Entiéndase nuestra afirmación en el sentido de que excluimos la utilización *a priori* de los modelos, considerando, en cambio, que la finalidad del análisis consiste en establecer (reconstruir) *a posteriori* el modelo efectivamente utilizado en un determinado discurso, con su validez limitada a la contingencia del fenómeno en estudio y con aptitud para ser contrastado con el modelo efectivamente utilizado en otro determinado discurso. Sin querer entrar en discusiones filosóficas y sin desear, tampoco, quedar encuadrados en corrientes filosóficas determinadas (ya que no pasa de ser una inicial opción de naturaleza metafísica que, explícita o no, subyace en toda formulación teórica y en la práctica de toda investigación; y a la que no puede dejar de reconocérsele la responsabilidad de su potencia heurística; ver Wartofsky, 1969), es inevitable observar que la actitud que acaba de enunciarse nos aleja del *sustancialismo* y nos aproxima a lo que suele abarcarse con los términos de “constructivismo”, “convencionalismo”, “operacionalismo”, etc. Somos conscientes de las críticas que han recaído sobre estos últimos sistemas, pero, también, de las que se dirigen al primero. Por eso, nos limitamos a señalar un área de proximidad y no a enunciar un dogma que nos enclaustre. Pese a la excesiva generalización, podríamos decir que nuestra tarea estará más cerca de Heráclito y de Hegel que de Aristóteles y de Husserl.

No obstante, la aclaración es oportuna, teniendo en cuenta que la Escuela Francesa de Análisis del Discurso es dependiente, explícita o implícitamente, de A.-J. Greimas (Coquet, 1982: 15ss.). La importancia de una *sustancia* preexistente es un tema recurrente en este autor, aferrado al dualismo saussureano o, en su forma epistemológicamente más elaborada, al dualismo de Hjelmslev. Al enunciar el concepto de “núcleo sémico” (en su obra *Semántica Estructural*, que desde su edición, en 1966, habría de ser fundamental para el desarrollo de la semiología francesa) lo afirma como el *contenido positivo* de todo lexema, “suponiendo que se presenta como un mínimo sémico permanente, como una invariante” (Greimas, 1966: 67) y añade que “si Ns (el núcleo sémico) es una invariante, las variaciones de ‘sentido’ que hemos observado precedentemente no pueden provenir más que del contexto”. Estamos

completamente de acuerdo con esto último (y consideramos que en ello radica el aporte más importante de Greimas a la problemática del análisis de la significación), pero no consideramos que exista (pre-exista) tal “contenido positivo invariante”, sino tan sólo un (históricamente acumulado y diversamente utilizado en su correspondiente actualidad) conjunto de variaciones contextuales de sentido que producen la ilusión de una realidad sustancial significativa, como núcleo a partir del cual se mueven las restantes variaciones siempre y en la última instancia interdependientes unas de otras, en una pugna histórica y social por constituirse en *superación* de las preexistentes y/o coexistentes. El sustancialismo de Greimas es, por supuesto, mucho más sofisticado que el realismo de Russell (su clásico ejemplo acerca de la falsedad de la proposición: “El rey de Francia es calvo” se fundamenta en la inexistencia de “la persona realmente denotada” por dicha proposición; Russell, 1966: 61). Para Greimas, es una sustancia, no ya del mundo, sino de la lengua; por eso puede hablar de la “ilusión referencial” (e, incluso, de la “ilusión enunciativa”, muy próxima a la de-construcción del sujeto realizada por Foucault, 1969: 68-74) como lo hace en su *Dictionnaire raisonné de la théorie du langage* (Greimas et Courtés, 1979: 120). Este sustancialismo está expresado, también, con toda claridad, al defender “la concepción del lenguaje como una forma que organiza la co-ocurrencia de dos sustancias diferentes, articuladas en sus *formas semióticas* particulares, las cuales, además, deben distinguirse de las *formas científicas* de las mismas sustancias” (Greimas, 1970: 42), definiendo a continuación “las ciencias como lenguajes construidos, que manifiestan de manera específica la forma de la sustancia” (*Ibid.*), reafirmandose en la tradición hjelmsleviana.

En nuestro estudio acerca del valor político que adquieren los términos, expresiones, argumentaciones y “objetos” políticos construidos en los respectivos discursos, no partimos de ningún valor o significado previo, del cual el concretamente encontrado en tal discurso pudiera suponerse una variación. *Suponemos*, por decisión metodológicamente asumida, que no conocemos del significado en estudio más que las características de su aparición en el contexto específico que lo contiene. Sin enfrentar, ahora, la espinosa diferenciación entre “significado” y “sentido”, nos limitamos a afirmar, como mera hipótesis de trabajo, que consideramos al sentido como el significado actual de un término (actual, en cuanto efectivamente vigente, ya que aparece utilizado en determinados contextos y puede presumirse la negación de la posibilidad de su aparición en otros determinados contextos, presunción cuyo límite consiste en el universo de contextos registrados y analizados). Retomamos, con esto, la línea de pensamiento que arrancó del concepto fregeano del “sentido

del signo, es decir,...la manera como el signo es dado” (Frege, 1974: 32). Este enfoque (dialéctico para unos, meramente dinámico para otros) ubica a la investigación política en un “subespacio... del total y vasto espacio estructural e histórico de la generación y regeneración de los significados... La política se compone de significados de diversas clases. Algunos de estos significados pueden considerarse estructuras que proporcionan la base a los procesos de generación y regeneración de significados. Otro grupo de significados consiste en tales procesos y, todavía, otro grupo de significados resultan afectados, como efectos-de-significado, por tales procesos” (Ahonen, 1987: 143-4).

Con esto, en nuestra investigación, “lo político” renuncia a un carácter paradigmático, nuclear y sustancial, adquiriendo su calidad *política* en cuanto *cambio* (sincrónico: por diferencia o contradicción; diacrónico: por evolución o superación). No estudiamos lo político, sino el cambio político, por considerar que lo que la conceptualización teórica designa como “lo político” es un objeto de conocimiento que pertenece al discurso científico, mientras que lo que pretendemos identificar en el discurso político es la movilidad y el cambio en el uso de términos, expresiones, formas de argumentación, construcción de objetos, etc., que manifiestan en su habla los distintos emisores políticos.

De aquí, también, que, en nuestra investigación, se sustituya la pretensión de identificar *conceptos* políticos y construir con ellos sistemas ideológicos, por la de identificar las *operaciones* que los producen y establecer así la red (ideológica) de las formaciones discursivas que, como universo de las posibilidades del habla, han sido efectivamente utilizadas por los emisores políticos. Partimos, pues, de la inicial (en su versión moderna) afirmación de Bridgman: “el concepto es sinónimo de la serie de operaciones correspondientes” (citado en Suppe, 1979: 38), usándolo (y adecuándolo) en los dos ámbitos que constituyen toda investigación: respecto del objeto de conocimiento en el que se interviene y respecto de los instrumentos metodológicos que se aplican. Respecto del primero, conserva su adecuación la forma como Hempel enuncia las *definiciones operacionales*: “enunciados que especifican los significados de los términos teóricos con la ayuda de los términos observacionales” (Hempel, 1965: 184). En este sentido, la parte del trabajo designada específicamente como “Diccionario Político” contiene, bajo cada entrada lexemática (por ejemplo: PUEBLO) el sistema de todas las frases en que dicho lexema aparece efectivamente usado; y ningún otro elemento (textual o conceptual) puede entrar a formar parte de ese sistema; el concepto (de PUEBLO) adquiere en el trabajo un nivel de abstracción que lo constituye en un término político-teórico (pero no de Teoría Política); la configuración de tal concepto es

el resultado del significado que adquiere mediante su uso. En la prosecución de nuestra investigación, esto nos llevará, también, a adoptar un criterio netamente operativo para el análisis de la *enunciación*, en cuanto “sistema de operaciones aplicadas por un sujeto sobre su enunciado” (Marandin, 1979: 32), que es el espacio en el que el emisor político construye sus conceptos políticos.

Respecto de los segundos (los instrumentos metodológicos y la licitud de su empleo), el operacionalismo ofrece, al menos y aún para sus críticos, “un grano de verdad” al centrar en la *detección o la medida* “el acceso epistémico al referente” (Boyd, 1979: 386). No pretendemos hacer de Foucault un operacionalista, pero tampoco puede dejarse de lado su preocupación constante por “definir los discursos en tanto que prácticas que obedecen a unas reglas... definir los discursos en su especificidad... (definir) unos tipos y unas reglas de prácticas discursivas que atraviesan unas obras individuales... (la arqueología) no es nada más y ninguna otra cosa que una reescritura” (Foucault, 1969: 182-183). Este acceso epistémico al *referente político* encuentra, también, en Foucault su formulación explícita “a propósito del saber político” en un par de páginas que, a través de negaciones de lo político como sustancia predeterminada encuadra la concreta tarea del análisis del discurso: “esta positividad no coincidiría, evidentemente, ni con las teorías políticas de la época, ni con las determinaciones económicas... La cuestión no estaría en determinar a partir de qué momento aparece una conciencia revolucionaria” (*Ibid.*: 254-255), señalando, también, la emergencia de lo político en las *operaciones* que lo constituyen: “definiría lo que de la política puede devenir objeto de enunciación, las formas que esta enunciación puede adoptar, los conceptos que en ella se encuentran empleados y las elecciones estratégicas que en ella se operan... (se trataría) de mostrar cómo se han formado una práctica discursiva y un saber revolucionario” (*Ibid.*).

En definitiva, *operaciones metodológicas* para establecer las *operaciones constitutivas de una positividad política*, en que nada está analíticamente dado de antemano sino que habrá de establecerse interviniendo en las formas sociales de la producción de lo político. Esto, a su vez, nos aproxima al *convencionalismo*, dada la necesidad de establecer las convenciones de un lenguaje que dé cuenta del funcionamiento del lenguaje político; carácter, por tanto, *metalingüístico* de los textos en que se dé cuenta el análisis del discurso político.

El hecho de asumir esta *invasión* del convencionalismo en nuestra investigación proviene de muy diversos niveles. Por una parte, “convención” al

considerar al discurso político en función del *uso* que los emisores políticos hacen del lenguaje, sin buscar su explicación en teorías generales o en la intuición de los receptores: “lo que significan las palabras y las oraciones de una lengua es, en última instancia, tanto teóricamente inexplicable como empíricamente inverificable, excepto en términos de lo que los hablantes de esa lengua significan mediante los usos de tales palabras y oraciones” (Lyons, 1977: 4). Por otra parte, “convención” como acuerdo efectivamente vigente (o la vigencia de un desacuerdo, igualmente convencional) acerca de las condiciones de producción del discurso político: “las convenciones en la interacción pueden ser restringidas o amplias, lo esencial es que cada agente sepa cómo los otros agentes actuarán normalmente bajo ciertas condiciones de tal modo que puedan las actividades coordinarse satisfactoriamente” (van Dijk, 1980: 268). Pero, también, convención metodológica acerca del funcionamiento de nuestras propias operaciones analíticas, en el sentido en que es convencionalista Popper: “...consideramos las reglas metodológicas como *convenciones*: las podríamos describir diciendo que son las reglas de juego de la ciencia empírica” (Popper, 1977: 52), bien atentos a las críticas al dogmatismo convencionalista que formula el mismo Popper: “mientras que yo no pido a la ciencia ninguna certidumbre definitiva... el convencionalista busca en ella ‘un sistema de conocimientos apoyado en razones últimas’, empleando una frase de Dingler” (*Ibid.*: 77), al simplismo de “cualquier sistema de casillas” que le inculmina Lakatos (1982: 17) y al “prejuicio contractualista” que, según observa Rossi-Landi, hace “del lenguaje una convención o contrato *entre* individuos preformados” (Rossi-Landi, 1979: 20).

La existencia de esta “densidad” convencional es lo que permite elaborar una “gramática” o un sistema de relaciones y reglas (Zawadowski, 1970: 41). O sea, nuestra pretensión de ir elaborando lo que podíamos denominar “un sistema de producción de lo político”, a través de los discursos pertinentes, supone aceptar la posibilidad de dar una respuesta afirmativa (o relativamente afirmativa) a las mismas preguntas que se formula John Searle, en su caso, dirigidas a poder dar cuenta de las características de producción de los actos ilocucionarios: “Primera: ¿tienen convenciones los lenguajes? Segunda, ¿debe haber reglas (plasmadas de alguna manera) para que sea posible realizar este o aquel acto ilocucionario? y tercera, las convenciones, ¿son plasmaciones de reglas?” (Searle, 1980: 49). Si no existiera tal respuesta afirmativa, no existiría el discurso político sino sólo un conjunto de expresiones, frases, párrafos o discursos (en cuanto unidad del habla superior a la oración) caóticos, indiferenciados y erráticos; y aunque cierta malicia en nuestra calidad de receptores de tales discursos nos aproxime a considerarlos así, los muchos estudios

que les han sido consagrados y hasta nuestra más optimista intuición de receptores nos permite aceptar, al menos como hipótesis de trabajo, la existencia de algún tipo de reglas (contingentes) que justifique la tarea de buscarlas y precisar su funcionamiento en un determinado momento de una determinada sociedad.

Finalmente, unas palabras para aclarar el sentido en el que hemos afirmado que nos considerábamos, metodológicamente, próximos al constructivismo. Hay un primer enfoque del constructivismo, en cuanto principio (metafísico) ordenador, deductivamente, de las correspondientes posiciones científicas; es el reflejado en la polémica de Chomsky (innatismo) vs. Piaget (constructivista) (Piattelli-Palmarini, 1979), en la que se enfrenta la historia de ambos estudiosos en su consideración del aprendizaje como la puesta en funcionamiento de una gramaticalidad innata (Chomsky) o como un proceso evolutivo que replica la evolución filogenética (Piaget). Aparte de haber sido considerado este debate como “la confrontación entre dos narcisismos teóricos” (Gadet et Pêcheux, 1981: 190), compartimos las críticas de Rossi-Landi al innatismo chomskiano que clausura la mente humana en una estructura espacial e históricamente homogeneizada y sin posibilidad de evolución (Rossi-Landi, 1985: 263). Extrayendo una conclusión teórica (de excesiva generalidad), podríamos decir que las *reglas* que lleguen a identificarse en esta investigación acerca del discurso político (argentino) no pueden extrapolarse, en una pretensión explicativa, al discurso político, por ejemplo de Cicerón (así como el discurso político de Marco Antonio, ante el cadáver de César, en el *Julio César* de Shakespeare, tampoco ofrece *reglas* reconducibles a la Roma pre-imperial, sino a la Inglaterra de Isabel I), ni tampoco al discurso político español, venezolano, etc. Lo que consideramos que podría utilizarse es el *procedimiento metodológico* para establecer tales reglas, en la medida en que se muestre fructífero para identificar las que se están utilizando actualmente en la República Argentina.

La relación entre el constructivismo lingüístico y el positivismo lógico es muy evidente (Bar-Hillel, 1970: 206, los ofrece como prácticamente sinónimos). Este autor formula una observación que, desde otra perspectiva, habrá de ser desarrollada por quienes diferencian entre lenguajes hegemónicos y lenguajes populares (por ejemplo, Marcellesi, 1977). Escribe Bar-Hillel (*Ibid.*): “Las construcciones lingüísticas llevan a la conclusión de que (...) se debe abandonar la construcción de sistemas de lenguaje que permanezcan para siempre bajo el control de sus inventores y de aquellos que dominan sus reglas, fijadas de una vez y para siempre”, ya que, “el construccionismo lingüístico se ha lamentado incontables veces del carácter caótico de los lenguajes

naturales, *lo que hace tan difícil establecer reglas acerca de lo que ocurre en ellos*" (el destacado es nuestro). La inicial referencia acerca de la relación entre constructivismo y positivismo lógico nos resulta, metodológicamente, interesante, en cuanto, al margen de otros aspectos con los que manifestamos nuestra discrepancia, el positivismo lógico abre las posibilidades de los estudios semióticos y, consiguientemente, del análisis del discurso más allá de un *mero análisis de contenido* y su versión, igualmente apriorística e ideológica, de la *explicación de textos* (Marandin, 1979: 6), el primero de neto corte conductista y la segunda con importantes desarrollos a través de una hermenéutica fenomenológica, sobre todo aplicada a textos religiosos (Gadamer, 1986, Ricoeur, 1967 y, en especial, su hermosa, al margen de la cientificidad, obra sobre la metáfora, 1977; Maturo, 1983; Panier, 1979, entre otros muchos). Esta aproximación entre operacionalismo (constructivista) y positivismo lógico está, no obstante, cuestionada por Hempel quien, reconociendo su cercano parentesco, se detiene a estudiar sus diferencias consistentes, por parte del empirismo (o positivismo) lógico en "considerar el valor experimental como una característica de los enunciados (o sea, en cuanto a su susceptibilidad a ser testeados experimental u observacionalmente), mientras que el operacionalismo tendió a construir el significado experimental como una característica de los conceptos o de los términos que lo representan (o sea, en cuanto a ser susceptibles de definiciones operacionales)" (Hempel, 1970: 200). La distinción le interesa a Hempel para estudiar el operacionalismo como aporte eventual a la solución de los problemas, especialmente lógicos, implicados en los enunciados de reducción que parecerían requerirse a efectos de formalizar la interrelación de los términos teóricos y los términos observacionales; precisamente una de las razones por las que nos interesa la perspectiva operacionalista, ya que nuestros recursos metodológicos habrán de poder dar cuenta de cómo ha sido lícito pasar del registro observacional de los discursos políticos al registro teórico y metalingüístico del "Diccionario" y de las "formaciones discursivas". Pero eso no quita valor a la perspectiva del positivismo lógico, preocupado en definitiva por la *verificabilidad* de los enunciados teóricos; en nuestro caso, cada afirmación teórica acerca de las reglas o modos de construcción de lo político, identificada y contrastada en y entre discursos políticos diferentes, deberá poder ser verificada como efectivamente utilizada en tales discursos.

Foucault (1969) se refiere constantemente al concepto de "formación": "formaciones discursivas", "formación de los objetos", "formación de las modalidades discursivas" (o del sujeto), "formación de los conceptos", "formación de las estrategias", etc., instaurando en las Ciencias Sociales un concep-

to constructivo-operacional, superador de las formas radicalmente empiristas que ha asumido el operacionalismo, por lo general, en las Ciencias Naturales. Decimos “por lo general”, ya que nuestro enfoque metodológico encuentra afinidad con la filosofía *indeterminista* de un Heisenberg (1972, 1974) y con el enfoque epistemológico que preside la Escuela de Copenhague en su desarrollo de la teoría cuántica. La inclusión *esencial* del instrumento en el experimento, nos resulta absolutamente afín. Todas nuestras operaciones analíticas son inescindibles de los resultados que con ellas se alcancen. En la teoría cuántica, “la descripción de las condiciones experimentales no se desglosa como una mera relación intermediaria de inferencia, sino que permanece vinculada a la descripción (tanto formal como informal) de lo que se entiende por el objeto observado. Esto significa que el contexto ‘cuántico’ requiere un nuevo tipo de descripción que no haga uso de la separación actual o potencial entre ‘objeto observado’ y ‘aparato de observación’. En lugar de ello, la forma de las condiciones experimentales y el contenido de los resultados experimentales han de formar ahora un todo en el que ya no es relevante la descomposición en elementos” (Böhm, 1979: 429). En el caso del *lenguaje*, que constituye, simultáneamente, nuestro objeto experimental de conocimiento y nuestro *instrumento* para el conocimiento experimental, la inescindibilidad de estos dos aspectos, incluso en un campo teórico tan diferente como parecería ser el de un *lenguaje* científico respecto de una *realidad* objetiva (y extralingüística), fue terminantemente establecida por N. Bohr: “Estamos suspendidos del lenguaje de tal modo que no podemos decir qué está arriba ni qué está abajo” (citado en Bub, 1979: 453, como respuesta dada por Bohr a la afirmación de Aage Petersen acerca de que la realidad “yace bajo” el lenguaje). Utilizamos, en nuestra investigación, técnicas lingüísticas y semióticas, que “formalizan para deconstruir” (Kristeva, 1969: 25) y los elementos de esa deconstrucción, que irán nutriendo lo que hemos denominado “Formación Discursiva”, son los elementos utilizados por los políticos en la construcción de sus discursos (los términos, expresiones, frases, argumentaciones, etc., y las reglas de su utilización), *tal como nos permiten establecerlos los instrumentos metodológicos que hemos ido decidiendo adoptar*. No hay otra objetividad que pueda alcanzarse neutralizando el instrumento de observación del objeto, ya sea tal instrumento la intuición que nos construye la realidad cotidiana o las operaciones de atribución, sustitución y superación (Magariños de Morentin, 1986) que nos construyen el conocimiento (semiótico) de esa realidad.

Frente al supuesto positivista, “es posible otro enfoque diferente, un enfoque desde el cual se niega todo acceso epistemológico plenamente verídico a la realidad. La idea central de este enfoque es que el conocimiento (“cogni-

tion”) es el resultado de la construcción mental... Dado que, para el constructivista, el significado debe construirse en vez de ser meramente ‘interpretado’, el significado de los usos no-literales del lenguaje no constituye un problema especial” (Ortony, 1980: 1-2). El autor escribe esto en la introducción a su compilación sobre la utilización de la metáfora en el pensamiento científico; nos es aplicable tanto más ya que habremos de encontrarnos con una inmensa presencia de metáforas (¿a qué nivel de competencia lingüística algo comienza a ser considerado metáfora?) y de toda una amplia gama de usos atípicos del castellano (atípicos, ¿para quién?) e, incluso, de un mal uso del castellano (¿agramaticalidad? o acaso el diálogo cotidiano o la improvisación en diversas situaciones sociales, ¿no son característicamente agramaticales? ¿Cuál es, pues, el ámbito de existencia de la gramaticalidad?) en los discursos políticos que constituyen nuestro objeto de conocimiento.

Retomando la formulación del objetivo de esta investigación, decíamos inicialmente que pretendíamos “establecer *cómo se produce la significación política* de los significados políticos intuitivamente interpretados como tales y *cuál es el valor político diferencial* entre los diversos significados políticos socialmente vigentes” (pág. 402). Consideramos que esta es una tarea simultáneamente semiótica y científica, porque el valor que le atribuimos a la semiótica es el de constituir una *metodología de base en ciencias sociales*. No coincidimos con Herman Parret en su separación entre discurso (que atribuye a la semiótica) y lenguaje (que atribuye a la ciencia): “El discurso semiótico es un ‘saber-hacer’ (*“knowing-how-to-do”*) (*savoir-faire*), un ‘arte’, motivado por un ‘hacer saber’ (*“making-to-know”*) (*faire-savoir*). La transposición basada en estas modalidades es *interpretativa*. El lenguaje científico es un ‘hacer-conocer’ (*“making-to-know”*) (*faire-connaître*) que resulta en una trasposición *explicativa* del sentido” (Parret: 1983: 78). No coincidimos porque existe un discurso de la ciencia y existe un lenguaje de la semiótica; porque no consideramos que sean dos universos disociados el de la interpretación y el de la explicación; y porque consideramos que sus observaciones son válidas frente a una ciencia empírica “de secano” (Hanson, 1977: 21), pero dejan de serlo ante las transformaciones de la ciencia (natural) a las que hemos hecho referencia.

Preferimos establecer como base teórica de nuestra tarea *la de explicar la interpretación* que, acerca del universo social de la República Argentina, se construye en los discursos políticos; con todas las advertencias que sobre el convencionalismo, el operacionalismo y el constructivismo acabamos de formular.

II. EL DESARROLLO DE LA INVESTIGACIÓN

4. Primer acotamiento del corpus

La identificación del universo discursivo se efectuó, como elección temática, al diseñar el Proyecto de esta investigación: *los discursos que se emiten en la Cámara de Diputados de la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires*. Esto quiere decir que no nos lo hemos planteado como problema. Por tanto, también, su valor es el de una hipótesis de trabajo: el conjunto de los discursos que se emiten en la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires es el resultado de un conjunto de operaciones cognitivas, aplicadas sobre la lengua castellana que se habla actualmente en la República Argentina y realizadas por los específicos hablantes que los emiten en ese específico ámbito. El conjunto de estas operaciones cognitivas constituye la competencia lingüística de cada emisor, tanto en lo relativo a la producción de secuencias fonéticas, sintácticas y semánticas (Chomsky, 1971: 5-11), como en la atribución de significado a diversos ámbitos del universo social, mediante la utilización de dichas secuencias (la “restricción gramatical” de Jackendoff, 1983: 13-16). Entre estos ámbitos del universo social, *se supone* que se encuentra el que se designa habitual e intuitivamente como “político”.

Debe observarse que, en el párrafo anterior, coexiste el uso cotidiano y no-técnico del término “discurso” con el valor que a ese término se le atribuye en la teoría lingüística. Suele denominarse “discurso”, en el uso cotidiano, al acontecimiento social en que un político emite sus opiniones, dirigiéndose a una audiencia. De entre la polisemia que afecta al término “discurso” en los estudios lingüísticos (Maingeneau, 1980: 15; Marandin, 1979: 26 y ss.; Lavandera, 1985: 33 y ss.) optamos, tentativa y provisionalmente, por la siguiente definición: *producto textual de las operaciones cognitivas socialmente adquiridas por determinado emisor, en el cual y con las cuales se construyen los significados del mundo semiótico posible para ese determinado emisor* (sobre “mundos semióticos posibles”, ver Magariños de Morentin, 1990b y 1994a, 1994b, y la *Séptima Parte*, en esta misma edición). El uso que del término “discurso” hacemos en este informe se ajusta a este concepto y es, por tanto, técnico-lingüístico, al margen de la simultaneidad de sentido que puede ofrecer su lectura.

Trabajaremos, pues, sobre discursos que, por las características de su recopilación han sido calificados como de “archivo”, al menos en esta etapa, así como en la que, posteriormente, realicemos su contraste con el discurso de los medios de comunicación. Cuando sea la oportunidad de su contraste con el discurso social (en cuanto textualidad de las opiniones registradas, en su pro-

ducción inmediata por los integrantes de diversos ámbitos sociales y, consiguientemente, productores de los significados pertinentes a otros mundos semióticos posibles) se tomará en cuenta la calidad de discursos “experimentales” que tendrán los del corpus correspondiente (Gardin et Marcellesi, 1974: 241).

Pero, aún en el ámbito del discurso emitido en la Cámara de Diputados de la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires, es necesario establecer determinados acotamientos, en especial para hacer posible el objetivo metodológico inicial: identificar, describir y mostrar la eficacia y suficiencia de las operaciones analíticas que se utilizan. Por ello, de dicho discurso se tomará el emitido durante el *Período de Sesiones N° 116*, que abarca desde mayo de 1988 hasta su clausura en 1989. La elección se basa en un criterio de actualidad y en la preocupación por constatar la posibilidad de acortar los tiempos que distancian la emisión y los resultados del análisis. La magnitud desmesurada de esta distancia suele limitar la utilidad pragmática (no así la académica) del análisis del discurso, en especial del político, cuya abundancia de producción y eventual velocidad de cambio envejece implacablemente el valor de dichos resultados. No obstante, no creemos poder alcanzar, en esta oportunidad, la inmediatez deseada, por el peso que tienen en esta investigación la elaboración, fundamentación y prueba de las operaciones metodológicas. La expectativa consiste en que, una vez disponibles tales operaciones, la brecha se acorte de modo que los resultados sean efectivamente utilizables para el conocimiento social y para la decisión política.

El registro de tales discursos que se ha utilizado es la edición oficial del *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires*. No cuestionamos la fidelidad de la transcripción que allí se publica; la tomamos como plenamente válida. La calidad *impresa* de tal registro nos ubica, también, ante la necesidad de asumir que lo que estamos realizando es el análisis de la *versión escrita* de los discursos *oralmente emitidos*. Esto implica que no podremos tomar en consideración todo un conjunto de aspectos semióticos de los correspondientes discursos, en cuanto comportamientos comunicacionales (gesticulación, entonación, actitud de los receptores en cada situación de comunicación, etc.), salvo en los casos de su eventual registro mediante signos tipográficos o acotaciones del actuario (“!!!...!!!”, “(aplausos)”, “(silbidos)”, etc.). Todos estos aspectos pueden quedar incluidos en el concepto teórico de las “condiciones de producción” del discurso y, más específicamente, en las condiciones *psicológicas y/o sociológicas* (o en parte, al menos, de estas últimas) de producción. Las elaboraciones más depuradas del tratamiento de tales condiciones de producción las

considera exclusivamente como *intradiscursivas* y destinadas a establecer la formación discursiva que permite la emergencia de un determinado discurso y, en este sentido, de naturaleza estrictamente *lingüísticas* (por oposición a las psicológicas y sociológicas, que integrarían las *definiciones empíricas* de las condiciones de producción) (Courtine, 1981: 21). Sin anticipar un juicio acerca de la conveniencia de incluir o de excluir dichos aspectos psicológicos y/o sociales de la producción de los discursos políticos, consideramos que nuestra restricción a la textualidad del *Diario de Sesiones* está justificada, al menos desde el estado actual de la teoría. Nuestra eventual insatisfacción requeriría otra investigación, con mayor predominio de lo semiótico en cuanto posibilidad de prestar atención a la concurrencia de otros sistemas sémicos en la producción de los discursos políticos o el contraste de éstos con la producción de significados extralingüísticos, lo que exige otro encuadre teórico, no contradictorio con el presente, pero sí más amplio (Peirce, 1965; en especial su “Speculative Grammar”, parág. 2.219-2.444; Magariños de Morentin, 1983: 81-111).

Del *Diario de Sesiones* excluimos, a su vez, los textos legales, dictámenes de comisiones, etc., limitando el análisis a los textos que registran la intervención de todos y cada uno de los legisladores que hacen uso de la palabra y que figuran encabezados por sus respectivos nombres.

Cuando la investigación entre al análisis contrastativo de los medios de comunicación previstos (8 diarios de la Provincia de Buenos Aires), así como al del discurso social (entrevistas en la comunidad), se establecerán los criterios de acotamiento de las correspondientes textualidades.

5. Tratamiento informático (inicial) del corpus seleccionado

Uno de los criterios que fundamentan la pretensión de alcanzar la mayor *objetividad* posible, consiste en el de *exhaustividad*. Seleccionar este o aquel discurso, o los discursos de este o aquel legislador, o los de la sesión de tal o cual día, implican la intervención de la subjetividad que, de manera consciente o inconsciente, sesgan ideológicamente el análisis. Lo mismo ocurre con la selección de un término u otro, de una u otra expresión, o de las opiniones construidas verbalmente respecto de uno u otro de los temas que se van tratando en la Legislatura.

Por otra parte, ya lo mencionamos en la “Introducción” como una exigencia metodológica del análisis del discurso político: lo *político* deberá surgir

de la confluencia diferencial de los *modos de decir* que contextualizan un término, que construyen un concepto, una argumentación, un debate, etc. (si bien no deberá reducirse a las construcciones estilísticas del productor del texto, sino recuperando el sentido foucaultiano de la “*manière de parler*” y adecuándolo a las necesidades del análisis; como hace Marandin, 1979: 51-53; 57ss).

Por tanto, la apetencia de *totalidad* en el tratamiento del corpus es una característica particular de la variante de análisis del discurso que aquí desarrollamos. Asumimos, conscientemente, la necesaria *incompletitud* que habrá de afectarnos. Es la carencia inherente a la calidad semiótica (y a la incesante productividad semiótica) del ser humano. Ello condujo a considerar inviables los proyectos de un *lenguaje único y cerrado* que erradicara la ambigüedad y/o el desacuerdo de entre los hombres, trátase, desde un punto de vista lógico-filosófico de la “*mathesis universalis*” de Leibniz, de las fantasiosas especulaciones del obispo John Wilkins (Robins, 1974: 115ss.) o del ironizado lenguaje **con** objetos de los científicos con los que se encuentra Gulliver en su paso por la isla de Laputa (Magariños de Morentin, 1983: 50).

Por eso, también dijimos que trabajamos sobre el *cambio político*, no sobre conceptos de pretendida constancia y universalidad.

La cuestión se resuelve, no pretendiendo una exhaustividad *actual* y efectivamente disponible, sino elaborando instrumentos metodológicos que sean aptos para trabajar sobre cualquier discurso, por imprevisto que sea, integrable en una *posible* exhaustividad.

El recurso técnico ha consistido, en la presente etapa de la investigación, en formar un *archivo*, mediante el ingreso en la memoria de la computadora de los textos íntegros de la *totalidad* de los discursos políticos emitidos en el actual Período de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires. Este archivo se maneja mediante un programa de búsqueda (inicial) que permite la recuperación de cualquier término (secuencia de símbolos precedidos y seguidos de un blanco) de los que componen tales discursos. Cualquier texto posible que ingrese a ese archivo puede ser sometido a la misma operación (exhaustividad posible). Se cumplen así dos de las tres exigencias teóricas a las que, según los estudiosos de la Escuela Francesa de Análisis de Discurso, debe responder la constitución de un corpus: *exhaustividad* y *homogeneidad* (Courtine, 1981: 25).

Respecto de los concretos análisis que se efectúan a partir de este corpus, deberán considerarse como *ejemplos* (por ello no se sacarán conclusiones de

valor político) de los procedimientos que se van poniendo a punto para su aplicación a universos mayores y, según dijimos, prácticamente ilimitados, pero identificables por el interés del analista o del decididor político. Este carácter ejemplar es el límite (provisional y transitorio) a la tercera de aquellas exigencias en la constitución de un corpus: la de *representatividad* (*Ibidem*).

Como los términos no nos interesan en su individualidad, sino en el específico sentido que les confiere el *contexto* en el que se presentan, la mencionada recuperación automática de términos va precedida y seguida de 3 líneas del texto ingresado en el archivo. Salvo raras excepciones (que se resuelven solicitando más líneas de contexto), ello es suficiente para disponer del contexto suficiente para este primer paso del análisis.

La exhaustividad del análisis exigiría, también, intervenir en *todos los contextos* de *todos los términos* utilizados por los emisores políticos en sus discursos. Esto es virtualmente posible, pero prácticamente imposible. Téngase en cuenta, no obstante, que la posibilidad efectiva es mucho mayor de lo que suele suponerse; posibilidad cuyo incremento puede alcanzar una riqueza insospechada, caso de contarse con una red de equipos que, trabajando en distintos centros académicos, operen con metodologías homologadas. A efectos del ejemplo sobre el que ha comenzado a trabajarse, se han seleccionado 6 términos, tomados exclusivamente de la primera sesión del actual Período de Sesiones de la Legislatura. También, atendiendo a mantener (pese a tratarse de un ejemplo) una, al menos, relativa objetividad, estos 6 términos son los que la operación lexicométrica ha ofrecido como de mayor frecuencia. El sistema permite, ya en estos momentos, obtener los paquetes contextuales de cualquier término que le interese al analista político, dentro del conjunto de términos efectivamente utilizados por los emisores en los discursos hasta el momento publicados en el *Diario de Sesiones*.

Lo que se excluye, desde nuestro enfoque metodológico, es el análisis de cualquier tipo de *muestreo* estadístico de los contextos efectivamente producidos. Ello se basa en la general consideración de la significación política como entrecruzamiento diferencial de los diversos sentidos que puede llegar a adquirir un término en los distintos contextos utilizados por los diferentes emisores. Ningún contexto es obviaable, en cuanto efectivo generador de proximidades o distancias, lo que constituye el contenido a establecer en el tratamiento de los *enunciados* cuya identidad y reglas de enunciación quedarán registradas en las correspondientes *Formaciones Discursivas*.

SÉPTIMA PARTE

LOS MUNDOS SEMIÓTICOS POSIBLES

LOS MUNDOS SEMIÓTICOS POSIBLES EN LA INVESTIGACIÓN SOCIAL*

SUMARIO

I. INTRODUCCIÓN

II. HACIA UN PRINCIPIO DE FORMALIZACIÓN DE

LOS MSPs

- 1. Caracterización general de la forma lógica de un sistema de mundos semióticos posibles***
- 2. Operaciones sintácticas elementales y necesarias para la formación de conjuntos de modelos pertenecientes a un sistema de mundos semióticos posibles***
- 3. Operaciones semánticas elementales y necesarias para la interpretación de conjuntos de modelos pertenecientes a un sistema de mundos semióticos posibles***

* Con algunas modificaciones, este capítulo ha sido presentado como ponencia en el Sexto Congreso Internacional de la Asociación Española de Semiótica (Murcia, noviembre, 1994). Han colaborado en este trabajo los investigadores de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata: Nancy Adriana Fernández, Adriana Frávega, Carlos Eduardo Gassmann, Roque Graciano, Juan Domingo Masiuk, María Teresa Poccioni y Miriam Silvestre.

1. INTRODUCCIÓN

Una de las tareas fundamentales de la semiótica consiste en la identificación de las interpretaciones que, en un determinado momento y comunidad, puede recibir un texto.

Un *texto*, sus *interpretaciones* posibles y el conjunto de *referentes* construidos por cada una de tales interpretaciones, se integran en una estructura y un procesamiento de información para cuyo estudio resulta de utilidad el artefacto lógico conocido como “*mundos posibles*”. Atendiendo a los variados tipos de operaciones de interpretación, así como a las diversas calidades de los textos y de los referentes, de todo lo cual dicho artefacto lógico deberá dar cuenta cuando se lo aplica al ámbito de la semiótica, propongo denominarlo, en esta especificidad, “*mundos semióticos posibles*” (en adelante, MSP).

La designación de MSP se aplica por tanto a la *representación de toda estructura sintáctica mínima constituida por la relación triádica que asocia dos términos mediante un determinado conector, así como, si las hubiere, por las modalizaciones que reciba cada uno de tales términos y el conector, conservando siempre la estructura sintáctica mínima inicial*; se corresponde con las denominadas “definiciones contextuales”, de las cuales, así como de los “enunciados” y de las “redes” se conservan las reglas de formación, tal como se establecieron en otro trabajo (Magariños de Morentin y col., 1993: 12, 23-25).

Al mayor conjunto posible de MSPs (pero que siempre será una descripción necesariamente incompleta respecto al mundo del que da cuenta) lo denominó, siguiendo la terminología de Hintikka, un “*sistema de modelos*” (en adelante, SM). Un SM es, en consecuencia, la descripción formal de un *Sistema Semiótico*, entendiendo por tal al conjunto de funciones que vinculan un representamen con un fundamento para un interpretante (aceptando en sus líneas generales la representación peirceana), cualquiera sea la naturaleza de ese representamen (aceptando, también en sus líneas generales, la distribución peirceana en *íconos*, *índices* y *símbolos*, con la expansión proveniente de la combinatoria de sus tres categorías), de modo tal que el ámbito de vigencia de un determinado Sistema Semiótico identifica un determinado grupo social, en cuanto interpretante que resulta construido por dicho sistema.

En toda comunidad semióticamente estudiada, el Sistema Semiótico pertinente estará constituido, utilizando también para esto la terminología de Hintikka (1969: 71), por dos grandes “*conjuntos de modelos*” (en adelante, CM): el de los *textos*, por una parte, y el de las *interpretaciones-referentes* construidos, por la otra (la denominación de este último conjunto está regis-

trando que no existe interpretación que no construya un referente, ni referente sin la interpretación que lo construya; dando un paso más en esta dirección, puede decirse que la *interpretación es el referente* y viceversa, por lo que, en definitiva, sólo es necesario, como haré en adelante, hablar ya bien de “interpretación”, ya bien de “referente”, pero no de ambos, ni de relación alguna de causalidad entre ellos); estas calidades de *textos* e *interpretaciones* se establece en cada coyuntura de análisis, sin que nada impida que lo que es texto en determinado momento resulte ser interpretación (de otro texto diferente) en otro determinado momento y viceversa.

Finalmente, cada uno de estos CMs están constituidos por un número contingente y determinado de *MSPs*; según el CM en el que se los incluya, a estos *MSPs* se les asignará una función *textual* o *interpretacional*.

Un *MSP textual* es la representación de cualquiera de las estructuras sintácticas mínimas, modalizadas o no, a las que acabo de referirme, *identificables en el fenómeno social* (simbólico, icónico, indicial o sus combinaciones) en estudio. No es sino una cuestión de hecho, solucionable por diversas vías (o provisionalmente sin solución disponible pero posible), la dificultad inherente a la identificación de la estructura sintáctica mínima y a su representación, en especial cuando el fenómeno en estudio no es simbólico (ya que, cuando lo es, ello supone una sintaxis predominantemente formalizada, como en el lenguaje verbal) sino icónico o indicial (lo que supone el análisis de gráficos o de comportamientos o su participación, junto o no a símbolos, en fenómenos sociales semióticamente complejos).

Un *MSP interpretacional* es la representación de cualquiera de las estructuras sintácticas mínimas, modalizadas o no, a las que acabo de referirme, *identificables en el discurso* (simbólico, icónico, indicial o sus combinaciones) *de los interpretantes* del fenómeno social aludido. La selección de los discursos en los que el analista considera identificables las estructuras sintácticas mínimas, cuya representación dará lugar a los pertinentes *MSPs* interpretacionales, es un riesgo del propio analista quien los afirmará como válidos al enunciar su hipótesis de trabajo, la que resultará validada o no en el transcurso de la investigación (Magariños de Morentin y *col.*, 1991: par. 41-43).

El conjunto de todos los *MSPs* de todos los CMs textuales e interpretacionales constituye el SM o *Sistema Semiótico* de una determinada comunidad en un determinado momento de su historia. A dicho Sistema Semiótico no se lo puede abarcar en su totalidad, siendo necesariamente parcial (por faltarle, al menos, el *MSP* interpretacional que le confiere significado al Sistema Semiótico en cuanto *MSP* textual).

Por otra parte, es necesario organizar el estudio del Sistema Semiótico de modo tal que se constituyan no sólo los CMs de MSPs textuales por una parte e interpretacionales por otra, sino de modo tal que *se representen las relaciones que vinculan a cada MSP textual con todos y cada uno de los MSPs interpretacionales* que acerca de los primeros construye la comunidad en estudio.

La relación entre el *MSP textual* y algún (al menos uno) *MSP interpretacional* se estudia, fundamentalmente, a través de la *función de interpretación* y de las *relaciones de accesibilidad y de alternatividad*.

La *función de interpretación* consiste en un conjunto de reglas mediante las cuales cada uno de los individuos del MSP textual en estudio (y el paradigma de sus relaciones efectivas) se corresponde con determinado conjunto de individuos de los MSPs interpretacionales en estudio (y con el paradigma de sus relaciones virtuales). Ello requiere disponer de la representación de la articulación (sintáctica) de cada uno de dichos MSPs (el textual y los interpretacionales que se tomen en consideración), de modo tal que puedan proyectarse el uno sobre el otro u otros y, en consecuencia, puedan afirmarse o negarse las *relaciones de accesibilidad y de alternatividad* entre ellos.

A su vez, la representación de las consecuencias de esta proyección dará lugar a nuevos CMs, de naturaleza diferente a los primeros, los que podrán denominarse “*conjuntos de modelos accesibles*” (en adelante “*CMAC*”) tales que deberán permitir *identificar al conjunto de MSPs interpretacionales de un determinado MSP textual en estudio que no incurran en contradicción interna*¹ (o sea, cuando entre los primeros o bien entre cada uno de ellos y el segundo pueda afirmarse la existencia de una relación de accesibilidad) y *diferenciarlos de aquel otro conjunto de MSPs interpretacionales del mismo MSP textual en estudio* (entre los cuales también podrá afirmarse la existencia de una relación de accesibilidad similar a la anterior), *en virtud de establecer su contradicción recíproca* (lo que negará la existencia de una relación de accesibilidad entre los conjuntos diferenciados de MSPs interpretacionales del mismo MSP textual).

Esta *relación de accesibilidad* entre los MSPs interpretacionales así identificados y un determinado MSP textual, en el interior de un determinado CMAC, estará bien formada cuando reúna las condiciones de *reflexividad*, *transitividad* y *simetría* (o, lo que es lo mismo, de *equivalencia*²). En cuanto *reflexividad* ello quiere decir que siempre será posible, mediante la investigación correspondiente, acceder a cualquier MSP textual o interpretacional desde sí mismo. En cuanto *transitividad* quiere decir que, dado un MSP_{II} interpretacional, que es interpretación de otro MSP_I interpretacional, que lo es, en

definitiva, de un determinado *MSP textual*, si, mediante la investigación correspondiente, se demuestra que MSP_{II} es accesible respecto de MSP_I , el cual lo es, a su vez, respecto de *MSP textual*, entonces *MSP textual* y MSP_{II} se relacionan también entre sí por la relación de accesibilidad. La *simetría* quiere decir que siempre será posible, mediante la investigación correspondiente, acceder al *MSP textual* desde todos y cualquiera de los *MSP interpretacionales* y que, en tales circunstancias, siempre será posible también acceder a cualquiera de los *MSP interpretacionales* desde el *MSP textual*.

Por tanto, resulta conveniente extender el estudio del Sistema Semiótico hasta que se haya identificado la presencia de determinados *MSPs* que contradigan aquellos otros *MSPs* de cuya representación se ha partido. *Afirmo, por hipótesis, que todo $CMAC_x$ encuentra, en algún momento y/o sector social correspondientes a un mismo Sistema Semiótico, su dual³ o sea, un $CMAC_y$ en el que se afirma que el estado de cosas precedentemente descrito ya no tiene lugar.* Constituye, asimismo, una afirmación (de trabajo) hipotética del analista la que establece que el carácter dual atribuido a determinado *MSP* identificado (o a determinados *MSPs* identificados) tiene(n) efectivamente, por su isomorfismo y su complementariedad, las características suficientes y necesarias para constituir el *CMAC* (o los *CMACs*) dual(es) del que está siendo estudiado, lo que, por tanto, deberá probarse en el transcurso de la investigación.

En cuanto a la *relación de alternatividad* queda con ella planteado el tema de la *direccionalidad* de la función de interpretación; ésta deberá aplicarse: desde el *MSP textual* sobre alguno de los *MSPs interpretacionales* y viceversa, así como interrelacionando diversos (al menos dos) *MSPs interpretacionales* pertenecientes a un mismo *CMAC*. En efecto, en virtud de la relación de alternatividad y en el interior de un Sistema Semiótico, debe ocurrir que *dado un determinado individuo, ubicado en el contexto de un determinado MSP textual, sea posible identificar uno o un conjunto de MSPs interpretacionales en que el individuo que constituye la interpretación del primero aparezca ubicado en un contexto homólogo al textual*, pudiendo entonces decirse que tal o tales *MSPs interpretacionales* son alternativas del correspondiente *MSP textual*. Asimismo, puede entonces decirse que dicho *MSP textual* es la alternativa de cualquiera de los *MSPs interpretacionales*. Y, con la condición de operar en la interioridad de un determinado *CMAC*, también puede decirse que uno y cualquiera de los *MSPs interpretacionales* es la alternativa de cualquiera de los restantes *MSPs interpretacionales*⁴.

II. HACIA UN PRINCIPIO DE FORMALIZACIÓN DE LOS MSPs

Desde un enfoque operativo, por “mundos semióticos posibles” se entiende, en este trabajo, aquel *conjunto constituido por un texto y sus posibilidades de interpretación* que tienen a su disposición (con relativa permanencia) o que construyen (coyunturalmente)⁵ los integrantes de una determinada sociedad.

En una síntesis provisionalmente inicial, se formula la afirmación hipotética de que ***un sistema semiótico tiene la forma lógica de un conjunto de mundos semióticos posibles (MSP) y que las relaciones que vinculan a los individuos que componen alguno de tales mundos con los individuos que componen a cada uno de los restantes tienen el carácter de operaciones cognitivas***⁶.

La primera parte de la hipótesis precedente requiere establecer el valor de la afirmación de que “*un sistema semiótico tiene la forma lógica de un conjunto de mundos semióticos posibles*”. Esta *forma lógica* posee determinadas características, cuya especificidad identifica a lo semiótico propiamente dicho⁷.

La segunda parte de esa misma hipótesis requiere establecer el valor de la afirmación de que “*los individuos que componen un sistema semiótico son operaciones cognitivas*”. Estas operaciones cognitivas tienen características específicas que identifican las funciones y procesos de todo sistema semiótico⁸.

El alcance de este trabajo se limita a identificar tales operaciones y a situarlas en su lugar metodológicamente necesario.

1. Caracterización general de la forma lógica de un sistema de mundos semióticos posibles

i. Sea Ω la representación simbólica de un sistema semiótico. Siguiendo la terminología de Hintikka, Ω tendrá la forma de un *sistema de modelos* y estará constituida por *dos conjuntos de modelos básicos*, a los que aquí se simboliza mediante T y M , y por *otros múltiples conjuntos de modelos* resultantes de las operaciones semióticas aplicables entre los básicos y que reúnan determinadas condiciones, a los que aquí se simboliza mediante $\Phi\tau\mu_i$.

ii. Los conjuntos de modelos básicos contienen, a su vez, cada uno de ellos, un número determinado de *MSPs*, a cada uno de los cuales se designa, por su función semiótica, como “ τ_i ” (o *MSPs* textuales o *sustituídos* o interpretables), tal que “ $\tau_i \in T$ ”, y como “ μ_i ” (o *MSPs* discursivos o *sustituyentes* o interpretantes)⁹, tal que “ $\mu_i \in M$ ”. Todos los *MSPs* de un determinado sistema semiótico Ω pertenecen, por tanto, a uno u otro de los dos grandes conjuntos de modelos, simbolizados mediante *T* y *M* respectivamente¹⁰. Por consiguiente, estos *MSPs*: $(\tau_1, \tau_2, \dots, \tau_n) \in T$ y $(\mu_1, \mu_2, \dots, \mu_n) \in M$ ¹¹, considerados exhaustivamente, abarcan la totalidad de los textos disponibles en un sistema semiótico (u objetos interpretables) y la totalidad de sus interpretaciones en ese mismo sistema, siendo éste completo y decidible pero inconsistente. No obstante, a partir de los conjuntos *T* y *M* pueden identificarse subconjuntos “ Σ_{ji} ”, constituidos por la conjunción de un $[(\tau_x \vee \tau_y \vee \dots \vee \tau_z) \in T]$, seleccionado en el interior del sistema semiótico Ω en estudio, y todos aquellos $(\mu_x, \mu_y, \dots, \mu_z \in M)$ que son sus interpretaciones posibles en ese mismo sistema. Pues bien, algunos de estos subconjuntos (Σ_{ji}) cumplirán la condición de constituir un subconjunto completo, decidible y consistente, al que denominaremos “ $\Phi\tau\mu_i$.”

iii. Una vez identificados los conjuntos “ Φ ”, para la simbolización de cada uno de ellos son válidas las condiciones (C.~; C.&; C.v; C.E; C.U; C.automat.; C.=) enunciadas por Hintikka (1969: 71), con las aclaraciones y/o agregados que se derivan de los siguientes párrafos.

iv. Desde la teoría semiótica puede afirmarse que existe: i) *un mundo posible (τ_j) diferenciable en el conjunto de los T*, cuyo dominio consiste en el conjunto de los individuos que concurren a la efectiva actualización de un determinado texto (o semiosis sustituida); ii) *un mundo posible (μ_j) diferenciable en el conjunto de los M* (interpretantes), cuyo dominio consiste en el conjunto de los individuos que concurren a la efectiva actualización de *lo real*¹² (o semiosis sustituyente); iii) *los mundos posibles virtuales, en el conjunto de los T*, que representan los enunciados contrafactuales acerca de los *textos no sustituidos* y, por tanto, *no interpretables*; iv) *los mundos posibles virtuales, en el conjunto de los M*, que representan los enunciados contrafactuales acerca de los *discursos no-dichos o realidad no interpretada*; v) *los mundos posibles actuales*, resultantes de la efectiva interpretación (función δ , de Hintikka) de un *T* por todos aquellos *M* identificables en el corpus en estudio.

v. Ordenando las precedentes simbolizaciones, se tendrá:

- 1) $[(\tau_x, \tau_y, \dots, \tau_z) \in T]$
- 2) $[(\mu_x, \mu_y, \dots, \mu_z) \in M]$
- 3) $[(T \delta M) \in \Omega]$, completo, decidable e *inconsistente*¹³
- 4) $(\langle \tau_{x1} \delta (\mu_{x1}, \mu_{x2}, \dots, \mu_{xn} \dots) \rangle \equiv \langle \Sigma_{x1}, \Sigma_{x2}, \dots, \Sigma_{xn} \dots \rangle) \in \phi \tau \mu_x \in \Omega$
 $(\langle \tau_{y1} \delta (\mu_{y1}, \mu_{y2}, \dots, \mu_{yn} \dots) \rangle \equiv \langle \Sigma_{y1}, \Sigma_{y2}, \dots, \Sigma_{yn} \dots \rangle) \in \phi \tau \mu_y \in \Omega$
 $(\langle \tau_{z1} \delta (\mu_{z1}, \mu_{z2}, \dots, \mu_{zn} \dots) \rangle \equiv \langle \Sigma_{z1}, \Sigma_{z2}, \dots, \Sigma_{zn} \dots \rangle) \in \phi \tau \mu_z \in \Omega \dots$, etc.
 ...
- 5) $\phi \tau \mu_x$, completo, decidable y *consistente*¹⁴
 $\phi \tau \mu_y$, completo, decidable y *consistente*
 $\phi \tau \mu_z$, completo, decidable y *consistente*, etc.
- 6) $[(\phi \tau \mu_x \& \phi \tau \mu_y \& \phi \tau \mu_z \& \dots) \in \Omega]$, tiende a ser y en algún momento resulta ser completo, decidable e *inconsistente*¹⁵.

2. Operaciones sintácticas elementales y necesarias para la formación de conjuntos de modelos pertenecientes a un sistema de mundos semióticos posibles

Las iniciales operaciones de formación de un conjunto-modelo (CM) en un sistema de MSPs son las siguientes:

i. Identificación-constructiva de las *constantes individuales* en cuanto unidades semióticas mínimas¹⁶, atendiendo a la materia prima semiótica que las constituye: Íconos, Índices y Símbolos y/o sus combinaciones¹⁷, segmentada conforme a las características de la gramática¹⁸ que regula su uso relativamente contingente pero efectivo¹⁹.

ii. Identificación-constructiva de las *relaciones sintácticas mínimas* a las que, con independencia de cuál sea la materia prima (o combinación de materia prima) semiótica que las constituya, se designa en este trabajo “*enunciados*” y que, en consecuencia, pueden definirse como la *representación de las expresiones bien-formadas*²⁰ que vinculan dos funtores semióticos²¹ míni-

mos mediante un determinado conector (y que la operación de contrastarlas con otras expresiones bien-formadas del mismo tipo, permite atribuirles ya bien un valor de *identidad inmanente* en función del conjunto en el que se integran, ya bien un valor de *identidad diferencial* en función del conjunto del que se excluyen).

iii. Identificación-constructiva de las *composiciones sintácticas medias* a las que, con independencia de cuál sea la materia prima (o combinación de materia prima) semiótica que las constituya, se designa, en este trabajo, “*redes*”²² y que, en consecuencia, pueden definirse como *la representación de las expresiones bien formadas que agotan los modificadores textuales de cada uno de los funtores semióticos y/o de su conector, tal como aparecen coyuntural y efectivamente usados con ocasión de la construcción de determinado enunciado* (y que la operación de contrastarlas con otras expresiones bien-formadas del mismo tipo, permite atribuirles ya bien un valor de *identidad inmanente* en función del conjunto en el que se integran, ya bien un valor de *identidad diferencial* en función del conjunto del que se excluyen). Constituye el lugar específico de representación de los MSPs, identificando y describiendo cada red la estructura interna de un MSP.

iv. Identificación-constructiva de las *composiciones sintácticas principales* a las que, con independencia de cuál sea la materia prima (o combinación de materia prima) semiótica que las constituye, se designa, en este trabajo, “*hiper-redes secuenciales*” (HRS)²³ y que, en consecuencia, pueden definirse como *la representación de las expresiones bien formadas que integran el conjunto de redes direccionalmente²⁴ vinculadas con una red determinada, con posibilidad de agotar la totalidad de las redes coyuntural y efectivamente usadas con ocasión de la construcción de un determinado texto* (y que la operación de contrastarlas con las restantes expresiones bien-formadas del mismo tipo, permite atribuirles un valor de *identidad inmanente* en función del conjunto en el que se integran). Cada HRS identifica y describe el conjunto de MSPs que se articulan de modo hipotéticamente homogéneo en el interior de un mismo texto²⁵.

v. Identificación-constructiva de las *composiciones sintácticas dialécticas* a las que, con independencia de cuál sea la materia prima (o combinación de materia prima) semiótica que las constituye, se designa, en este trabajo, “*hiper-redes contrastantes*” (HRC)²⁶ y que, en consecuencia, pueden definirse como *la representación de las expresiones bien formadas que determinan el conjunto (siempre incompleto) de los sistemas de identidades, diferencias y contradicciones entre las relaciones ordenadas de las que es functor cada*

*enunciado de cada MSP y/o cada MSP de cada HRS*²⁷. El conjunto de todas las HRC integra un sistema de modelos, al que, aquí, se denomina “*sistema semiótico*” (Ω)²⁸.

vi. Descripción de las operaciones necesarias para *traspasar los límites* de cada uno de los niveles precedentes, siguiendo necesariamente el orden establecido en su enunciación

vi.1. Por *integración*²⁹, en cuanto operación por la cual dos funtores semióticos mínimos se vinculan mediante un conector, se pasa de los *funtores semióticos mínimos* a los *enunciados*.

vi.2. Se pasa de los *enunciados* a las *redes* mediante las operaciones de *identificación y representación* de (la totalidad de) *los modificadores* que, en el interior de un texto, afectan a los dos funtores y/o al conector con que se construyen los enunciados en estudio.

vi.3. Se pasa de las *redes* a las *hiper-redes secuenciales* mediante las operaciones de *listado y direccionamiento*, en cuanto aquellas que listan las redes, identificadas y representadas mediante la operación anterior, según la dirección secuencial del texto original y con especificación del conector inter-redes (cuando lo haya).

vi.4. Se pasa de los *enunciados* o de las *redes* o de las *hiper-redes secuenciales* a las *hiper-redes contrastantes* mediante la operación de *construcción de los respectivos conjuntos-modelo* (cada uno de ellos completo, decidable y consistente) y mediante las operaciones de *articulación* de los diversos conjuntos-modelo isomórficos³⁰ en un único conjunto-modelo (que continúa siendo completo, decidable y consistente) y de *diferenciación* entre conjuntos-modelo no-isomórficos (siendo el conjunto de los conjuntos-modelo diferenciados completo, decidable e inconsistente).

3. Operaciones semánticas elementales y necesarias para la interpretación de conjuntos de modelos pertenecientes a un sistema de mundos semióticos posibles

i. Entre los MSPs tales que $[(\tau_i \in T) \delta (\mu_i \in M)) \in \Omega]$ se definen: una *función δ de interpretación* y las relaciones de *accesibilidad* y de *alternatividad*.

ii. La *función δ de interpretación* consiste en una operación cognitiva que establece las regularidades del contexto de interpretación³¹ que hacen posible

la disponibilidad alternativa y la accesibilidad respecto de los MSPs vigentes, de modo tal que para cada constante individual " a " de alguno de los MSPs " $\tau_i \in \Omega$ " (sustituidos) se selecciona un $\delta(a)$ que es miembro del dominio de individuos "I" correspondientes a determinados otros MSPs " $\mu_1, \mu_2, \dots, \mu_n \in \Omega$ " (sustituyentes)^{32, 33, 34}.

iii. *La alternatividad* es la operación cognitiva que asocia, para una constante individual dada " a " y para un MSP τ_i (tal que $a \in \tau_i$), un conjunto de MSPs $\mu_1, \mu_2, \dots, \mu_n$ (tales que $\delta(a) \in M$) que serán sus alternativas. La alternatividad semiótica se caracteriza, justamente, por esta relación de un MSP (algún τ_i) a múltiples MSPs ($\mu_{1(n>1)}$)^{35, 36}.

iv. *La accesibilidad* es la operación cognitiva que decide la calidad de μ_i en cuanto identifica a τ_i como su ancestro; accesibilidad que puede ser necesaria, si para todos los MSPs de M se identifica a τ_i como su ancestro, o posible, si se lo identifica para al menos uno^{37, 38}. Esta *operación de accesibilidad* entre los MSPs interpretantes así identificados y un determinado MSP textual, en el interior de un determinado CM, reúne las condiciones de *reflexividad, transitividad y simetría*.

v. Así considerados, 1, 2 y 3 enmarcan aspectos fundamentales del universo metodológico de las ciencias sociales.

NOTAS

1. Estas CMAC pueden considerarse como el instrumento metodológico que permite construir y utilizar operativamente lo que Michel Foucault denomina "formaciones discursivas" (1969: 44ss).
2. Con lo que sería utilizable su descripción en el Sistema 5 de Lewis and Langford (1932: 501; Hughes y Cresswell, 1973: 72, 198).
3. Utilizo "dual" en el sentido en que lo utilizan Hilbert y Ackermann, 1962: 29.
4. Teniendo en cuenta que un MSPs interpretacional-1 puede ser, a su vez, MSP textual para otro nivel de MSP interpretacional-2, queda incluida en la relación de alternatividad la problemática de la *transposición (parafrástica, descriptiva o metalingüística) del sentido* que, para algunos (ver H. Parret, 1983: 78) constituye "la esencia del arte semiótico".
5. Otra forma de plantear esta disyunción puede formularse como la que se da entre las interpretaciones *canónicas*, en cuanto vigentes y, por tanto, socialmente aceptadas en determinada comunidad y las interpretaciones *desviantes* que puede cons-

truir determinado miembro de dicha comunidad como superación, posiblemente inaceptable en su actualidad, de tales interpretaciones canónicas.

6. Obsérvese que la hipótesis afirma que la relación se da entre los individuos de *alguno* de los MSPs con los de *cada uno* de los restantes MSPs. Esta es una característica específica de la lógica de los MSPs, sobre la que habrá de volverse.
7. “Sistema semiótico”, en este trabajo, abarca: 1) la *función semiótica* que vincula un representamen con un fundamento para un interpretante (aceptando en sus líneas generales la concepción peirceana) y 2) la totalidad de la *materia prima disponible y vigente* en una comunidad para la construcción del representamen (aceptando, también en sus líneas generales, la distribución peirceana en *íconos, índices y símbolos*, con la expansión proveniente de la combinatoria de sus tres categorías). A la función semiótica relativa a algún tipo de representámenes construido con una determinada clase de materia prima disponible y vigente o con alguna combinatoria de tales materias primas igualmente disponible y vigente en la comunidad en estudio, la denomino “*semiosis*”.
8. Algunas características de estas “operaciones cognitivas” son las siguientes: a) son de algún modo *signos*, pero no a modo de mera traducción o sinonimia entre este término y aquella expresión, sino estrictamente en cuanto *función semiótica* entre los conjuntos de mundos semióticos involucrados; b) esto reafirma que de ninguna manera habrán de considerarse *entidades* en cuanto algo completa y efectivamente realizado; c) por lo mismo que no son entidades, tampoco es posible originarlos en *realidad* ingenua alguna; d) son operaciones que poseen la capacidad específica para la producción de *constructos* posibles de interpretación.
9. Los MSPs sustituidos son aquellos ya siempre dichos precedentemente que, ante la nueva interpretación (MSP sustituyente), quedan dichos de otra manera.
10. Si a T y a M se los considera temporalmente ordenados, se observa que tienen cierta capacidad de intercambiar sus funciones. O sea, en un momento (t) determinado, los conjuntos de modelos T(tn) pueden consistir en textualizaciones de interpretaciones M(tn-1) de otros conjuntos de textos T(tn-1). Esta recurrencia tiene también otras direcciones que aquí no tomo en consideración.
11. Si se analiza el conjunto de modelos ($\mu_1, \mu_2, \dots, \mu_n$) que constituyen M, se podrá establecer, en cada situación concreta de interpretación, que uno de tales modelos se realiza efectivamente; es el mundo “real” o sea, el mundo tal como lo construye, para alguien, alguna (o cada una) de las interpretaciones vigentes en determinado momento y comunidad (o sector, todo lo acotado que se desee, de tal comunidad).
12. Con esto se define aquí, provisionalmente, lo real como lo efectivamente interpretado (ver también nota 28).

13. Equivale a decir que la interpretación de determinado texto vigente en una comunidad *por* el conjunto de todas las interpretaciones que pueda recibir: a) permite obtener todas aquellas interpretaciones que provienen de determinado texto; b) permite establecer si a partir de determinado texto puede obtenerse determinada interpretación; c) *pero no puede impedir que, en el conjunto universal de las interpretaciones de un determinado texto, aparezcan correctamente derivadas una interpretación y su dual.*
14. Equivale a decir que la interpretación de determinado texto vigente en una comunidad *por* determinado subconjunto de las interpretaciones que puede recibir: a) permite obtener todas aquellas interpretaciones que provienen de determinado texto; b) permiten establecer si a partir de determinado texto puede obtenerse determinada interpretación; c) *y, por las reglas de su construcción, no es posible que, en ese determinado subconjunto de las interpretaciones de un determinado texto, aparezcan correctamente derivadas una interpretación y su dual.*
15. El conjunto constituido por la totalidad de los pares de subconjuntos de textos y de interpretaciones constituye el *sistema semiótico* en estudio, con las características de completitud, decidibilidad e *inconsistencia* mencionadas en la nota 14.
16. Este carácter de ser “mínimas” no es absoluto sino dependiente de las dimensiones impuestas por el mundo interpretable en estudio o a producir.
17. Se acepta, en principio, la tradicional clasificación de C. S. Peirce (ver nota 8), con las observaciones al Índice formuladas en otro lugar (Magariños de Morentin, 1994c: 74).
18. Toda materia prima o combinación de materias primas semióticas se organiza en estructuras sintácticas que están en función de alguna (o de la combinación de algunas) de las gramáticas (con independencia de su formalización estricta o relativamente arbitraria) vigentes en determinado momento y comunidad (a las que cumplen o de las que se desvían en mayor o menor grado).
19. La reconstrucción de las características gramaticales efectivamente actualizadas en determinada estructura sintáctica es el objetivo de esta etapa analítica de los MSPs. Hablamos de “características” y no de “reglas”, ya que el uso que las manifiesta es “relativamente contingente”, en el sentido de que nada obliga a que sean unas y no otras las relaciones sintácticas vigentes en una comunidad (en cuanto gramática históricamente cambiante, pero con permanencia, al menos relativa, de las operaciones lógicas fundamentales), pero es “efectivo” en cuanto necesariamente deben estar presentes determinadas relaciones sintácticas.
20. Buena-formación relativizada a su vinculación a la contingencia histórica de su efectiva vigencia.
21. En el sentido en que usa Hjelmslev el término “*Funktiv*” (*functive*, en la trad. inglesa) (ver Hjelmslev, 1963: 33 y Def. 9).

22. En otros (Magariños de Morentin y *col.*, 1989: 26ss; 1993: 12 y 16), de mayor incidencia lingüística, se ha preferido la expresión “*definición contextual*”, reservándose en ellos el término “*red*” para la representación de la secuencia ordenada de operaciones cognitivas efectivamente aplicadas por el usuario e identificadas en la correspondiente definición contextual.
23. Con este nombre se desarrollan también en Magariños de Morentin y *col.*, 1993: 79ss.
24. Se está utilizando “dirección” en el interesante sentido que le atribuye Ives Lecerf, en cuanto lo afirma como plano autónomo “respecto de los otros dos planos del sentido y de la forma” (1979: 89ss).
25. Aquí, las hiper-redes secuenciales representan estructuras cognitivas muy semejantes a lo que Michel Foucault denomina “formaciones discursivas” (M. Foucault, 1969: 44ss).
26. Con este nombre se desarrollan también en Magariños de Morentin y *col.*, 1993: 84ss.
27. Las que, a su vez, constituyen la definición intensional de tales individuos y/o, en su caso, de los MSPs intervinientes.
28. A cuyas características de completo, decidible e inconsistente (ver notas 14 y 16) puede ahora añadirse la de estar *ordenado*.
29. Con este nombre se la define también en J. A. Magariños de Morentin, 1986: 145.
30. Este *isomorfismo* se replantea, para la semiótica, desde una perspectiva con ciertas diferencias respecto de la de Wittgenstein (“*La proposición es una figura de la realidad. La proposición es un modelo de la realidad tal como la pensamos*”, 1973: 4.01). No en el sentido atomista en el que Russell funda la verificación de las proposiciones, sino en el sentido pansemiótico en el que Peirce funda las posibilidades de conocimiento del mundo, el isomorfismo se establece (o no) entre la estructura de diversos campos simbólicos en estudio o también, p.e., entre la estructura de un campo simbólico y la de uno (o múltiples) campos indiciales, y *viceversa* con el mismo derecho (aunque quizá con mucho menor conocimiento de la gramática que estructura el campo indicial). Este “campo indicial” es lo que Wittgenstein designa como “realidad”; semióticamente el párrafo citado puede parafrasearse: “*La proposición simbólica es una figura de la proposición indicial. La proposición simbólica es un modelo de la proposición indicial tal como la pensamos*”). El isomorfismo constata la accesibilidad entre MSPs.
31. Véase un desarrollo metodológico del “contexto de interpretación” en J. A. Magariños de Morentin, 1993b.
32. De donde, “sustituido” e “interpretado” aparecen como sinónimos, en cuanto *sustituido* se dice de aquel recorte del mundo (simbólico, indicial o icónico) que ha

quedado *interpretado* de determinada manera (por alguna de las *interpretaciones posibles* y vigentes en determinada sociedad para determinado texto). Ver también, aquí, nota 5.

33. El isomorfismo y/o el no-isomorfismo entre los MSPs sustituidos se establece en virtud de determinada *clave* (que, aquí, se representa mediante “ δ ”) según la que se correlacionan elementos de T con elementos de M, a condición de ser de la misma categoría (individuos con individuos, propiedades con propiedades y predicados con predicados, según Hintikka, 1976: 42; o términos con términos, enunciados con enunciados y redes con redes, según la segmentación y representación en Magariños de Morentin y col. 1993: 9, 16 y 79).
34. La expresión “*función de interpretación*”, pierde su eventual residuo metafísico cuando se observa que el propio Hintikka (*Ibid.*: 42) la corporeiza en la operación de *correlación* entre *campos articulados* a la que denomina “*clave*”; no obstante, diferencia entre *clave* e *interpretación*, exigiendo a esta última la correlación no sólo de los lugares argumentales con el predicado representado, sino del símbolo predicativo con ese mismo predicado (Hintikka, *op. cit.*: 48).
35. La oposición de Hintikka (*Ibid.*: 44) entre *palabras-tipo* y *palabras-señal* (correlativa de la peirceana entre *type* y *token*) no se corresponde con la particular asimetría que se afirma, desde la semiótica, respecto de la relación de alternatividad. En ésta, términos o enunciados o redes de los *MSPs textuales* se correlacionan uno-a-muchos (o, al menos, uno-a-más de uno) con términos o enunciados o redes de los *MSPs interpretantes* o modelos (a posteriori) de construcción de la realidad.
36. La operación de alternatividad y la función de interpretación están íntimamente vinculadas. La función de interpretación permite establecer la relación entre el MSP textual en estudio y los MSPs interpretantes que constituyen los MSPs alternativos del primero. Así como una función de verdad de oraciones atómicas no nos presenta una figura simple del mundo, sino que admite ciertas posibilidades acerca de ese mundo y excluye otras (*Ibid.*: 52), la *función de interpretación*, en virtud de las diferentes *claves* vigentes en determinado momento de determinada sociedad, permite la construcción de los correspondientes *MSPs interpretantes*, en cuanto conjunto de figuras alternativas del mundo, a partir de determinado MSP textual.
37. Para establecer las condiciones de *accesibilidad* es necesario haber identificado previamente: 1) la totalidad o, 2) para el caso concreto, el conjunto considerado necesario de los MSPs interpretantes que surgen a partir de un determinado MSP textual, ya que dicha accesibilidad requiere un estudio de la *conservación de la consistencia* ante cada MSP interpretado que se incorpora al conjunto-modelo correspondiente; dando origen las inconsistencias a nuevos conjuntos-modelo que, en cada caso, conservarán su propia consistencia (de nuevo, las diversas “formaciones discursivas” foucaultianas).

38. La accesibilidad encuentra la explicación de su calidad de *posible* (lo que, en definitiva, hace a la calidad de los Mundos Semióticos Posibles) en consideraciones afines a las que constituyen la teoría figurativa de Wittgenstein y la concepción figurativa expandida del propio Hintikka a la que he aludido en este trabajo. Si desde un MSP textual es *accesible* un número (por lo general, indeterminado) de MSPs interpretantes, ello es en virtud de una capacidad de representación latente en dicho MSP textual y *manifestada* en cada uno de los MSPs interpretantes. Si se tiene en cuenta que la naturaleza de estos MSPs interpretantes es lo que, en el lenguaje cotidiano (y también en el fenomenológico y en el positivista), se entiende por “la realidad”, podrá comprenderse el papel que le corresponde aquí a la wittgensteiniana “teoría figurativa”. El MSP textual deberá contener, para que sea posible *entenderlo* (o sea, *interpretarlo*), en alguno de sus niveles de eficacia, la posibilidad de compararlo con “la realidad”. Como afirma Hintikka, para la eficacia de esta comparación no es suficiente que se conozcan los individuos a los que se refieren cada uno de los términos singulares libres de determinada expresión (*Ibid.*: 66); pero tampoco basta con el agregado, por él propuesto, de las reglas que establecen la lógica de las construcciones de conjuntos-modelo y no sería pertinente el agregado, también propuesto por Hintikka, de las reglas que establecen la lógica de las comparaciones escalonadas entre lenguaje y realidad. Aceptando, tanto la base wittgensteiniana, como el incremento de exigencia de la propuesta de Hintikka, para que pueda establecerse la pretendida correlación figurativa es necesario, también, determinar que ambos conjuntos, el de los MSPs textuales y el de los MSPs interpretantes son *lenguaje* o mejor, para evitar la excesiva expansión metafórica de este término, son *semiosis*. Esto equivale a decir que estamos *exhaustivamente rodeados de signos*, en el sentido de que *todo lo que percibimos tiene un significado para alguien*. *No hay signo sin sintaxis*, ya que si sus posibilidades combinatorias fuesen absolutamente aleatorias no tendría posibilidad alguna de ser identificado; *no hay signo sin pragmática*, ya que si no estuviese vinculado a algún uso en algún momento de alguna sociedad no podría adquirir sentido alguno, ya que sólo el uso puede conferírsele; *no hay signo sin semántica*, ya que su significado no es un aspecto perceptual del fenómeno (objeto o evento), pero no existe fenómeno perceptible sin significado. Por tanto, *toda realidad es una semiosis* (por lo general, indicial, pero también icónica e incluso simbólica y en todos los casos, teniendo en cuenta las especificidades pertinentes, con sintaxis, pragmática y semántica propia). Si se concuerda en esto, la teoría o la concepción figurativa del lenguaje tiene mucha mayor posibilidad de demostrar su razonabilidad. El problema se desplaza, pues, *al establecimiento de las relaciones sintácticas de esa semiosis que es la realidad*, con las cuales será posible correlacionar la sintaxis del discurso utilizado para interpretarla o sea, para conferirle un significado. Por eso creo poder afirmar que no es suficiente con multiplicar los pasos del proceso que va desde el lenguaje a la realidad, sino que para que esos pasos lleguen a algún destino, que será alguna realidad interpretada, es necesario sustituir la consideración ingenua de esa realidad por su consideración explicativa como semiosis y que

sea acerca de los signos de esa semiosis acerca de los que se evalúe su correspondencia con los signos del lenguaje que la nombra. En definitiva, se adopta la hipótesis de la calidad *intersemiótica* del significado (hipótesis que, desde una perspectiva fenomenológica, esboza H. Ruthvof, 1995). Esta correlación entre determinado conjunto de signos de un lenguaje que apetecen algún significado y los diversos conjuntos de signos de todas aquellas semiosis que, a través de su capacidad de interpretación, pretenden, competitivamente, atribuirle dicho significado, es lo que aquí denomino *Mundos Semióticos Posibles*.

LOS MUNDOS SEMIÓTICOS POSIBLES Y EL ESPACIO IMPOSIBLE

SUMARIO

I. INTRODUCCIÓN

II. LAS FORMAS DEL ESPACIO

- 1. El espacio como proyección***
- 2. El espacio como representación***
- 3. Los MSPs como organizadores del conocimiento del espacio***
- 4. Las formas del espacio y sus transformaciones***
- 5. Las formas del “topos”***

I. INTRODUCCIÓN

La designación “Utopía”, con la que Tomás Moro (1516) identifica a su obra más difundida, acentuaba el carácter crítico de las costumbres sociales inglesas de su época, construyendo *otro mundo* cuyas costumbres ya no serían criticables pero, con una *visión pesimista*, suponiendo que tal lugar era *necesario-que-no* existiera. Transferencia del espacio físico al espacio moral: la isla Utopía existe (y la imagen del Nuevo Mundo recién descubierto la pone a su disposición), lo inexistente, en cuanto imposibilidad afirmada desde su visión ideológica de las costumbres de la sociedad inglesa de su tiempo, es

la sociedad y la ética que en ella se desarrollan. En cuanto a la calidad del espacio moral construido en el escrito de Tomas Moro, en realidad se trata de lo que se ha denominado una *eutopía* o el buen lugar, ya que es una modificación, mediante modalizadores contradictorios, de una determinada experiencia que, por contraposición y en virtud de tal visión crítica, adquiere las características de lo que la teoría ha caracterizado como *distopía* o el lugar donde no es bueno vivir.

Ante esta posibilidad de elegir como “*topoi*” de estudio, ya bien al espacio moral o al espacio físico, hago un ajuste respecto del enfoque de lo que voy a desarrollar, limitándolo al *espacio físico*, sin atender a los comportamientos que en él ocurran. Visión, por tanto, fundamentalmente *morfológica* del espacio.

Voy a recuperar, brevemente, algunos antecedentes y algunas propuestas teóricas que vayan conduciendo hacia el concepto de *Mundos Semióticos Posibles*, que es, en definitiva, con el que considero que habrá de resultar fructífero trabajar el concepto de espacio.

II. LAS FORMAS DEL ESPACIO

1. El espacio como proyección

La *Gestalt* trabajó sobre la configuración de formas, en base a ilusiones ópticas. Sus hipótesis generales no resultaron probadas o, al menos, no lo fueron adecuadamente. No obstante, aquellas *ilusiones* se recuperan hoy en día como prueba de que la percepción del mundo no es una internalización de la “realidad”, sino una externalización o proyección de las estructuras conceptuales que la organizan; y esto no tiene por qué limitarse al dominio de las ilusiones, sino que abarca la totalidad del mundo percible, como ámbito de la experiencia.

David Marr analiza el modo de entender el funcionamiento de un mecanismo capaz de cumplir tareas de archivo de la información visual y de su procesamiento: dividido en tres etapas, la primera constituye una teoría del cálculo, de su lógica y de la estrategia para llevarlo a cabo; la segunda da respuesta al problema de encontrar la representación más adecuada para los correspondientes input y output así como para la selección del algoritmo mediante el que se cumpla la correspondiente transformación; y la tercera responde al problema de la realización física de la representación y del algoritmo (Marr, 1982: 24-25).

Es de particular importancia en el trabajo de D. Marr su concepción de los tres niveles representacionales, desde los que se obtiene información acerca de las formas derivadas de las imágenes. En el primer nivel, se identifica información acerca de la *imagen bidimensional*, a partir de cambios de intensidad y su distribución y organización geométrica. En el segundo, que constituye su conocido esbozo de 2 1/2 dimensiones (2 1/2 -D), se identifica la información acerca de la orientación y profundidad de las superficies visibles, así como la continuidad y discontinuidad de estas secuencias, en un marco de referencia centrado en el observador. En el tercero, el *modelo de representación tridimensional* (3-D), se describen las formas y su organización espacial, en un marco de referencia centrado en el objeto (*Ibid.*: 37-38; ver también Marr, D. & Vaina, L., 1982).

Otro aporte teórico, indispensable para la construcción de los MSPs relativos al espacio, lo proporciona Ray Jackendoff. Como prueba de la que denomina "*Hipótesis de la estructura conceptual*", según la cual "existe un único nivel de representación mental, *la estructura conceptual*, en el cual las informaciones lingüística, sensorial y motriz son compatibles" (Jackendoff, 1983: 17), propone una ingeniosa reflexión acerca de las *metáforas pragmáticas*. Estas muestran cómo se integran, en un único acto expresivo comunicacional, información lingüística, visual y motriz: "Tu sobretodo está allí"; la expresión verbal (lingüística) no alcanza sentido más que integrada con el gesto de señalar (motriz) y la percepción del lugar señalado (visión). El sincretismo de lo que nosotros (no Jackendoff) denominaríamos semiosis distintas (simbólica, indicial e icónica) como totalidad generadora de un *específico sentido* para cada uno de los componentes del acto expresivo total y de una *específica referencia*, como construcción producida por tal acto expresivo, lo considera como argumento fuerte en favor de su hipótesis acerca de la existencia de la estructura conceptual como ese único nivel de representación mental que contiene las claves para la interpretación de las diferentes semiosis (*Ibid.*: 48ss). Así, va probando, mediante diversos ejemplos, que estas asociaciones, a las que confiere (sin que ya concordemos tanto en ello) el carácter de *categorías ontológicas*, demuestran la existencia de determinados *COMPONENTES CONCEPTUALES* que serían la base de la posibilidad de identificar, en el mundo real (que deja de ser tal, para ser el *mundo proyectado*), las formas espaciales de *COSA*, *LUGAR* y *DIRECCIÓN* y su distribución; las formas de eventos: *ACCIÓN* y *ACONTECIMIENTO*, la primera desplegando un ámbito a partir, preponderantemente, del individuo, y la segunda concretando el ámbito de una actuación individual o social; y, finalmente, *MODO* y *CANTIDAD*, que atribuyen valores cualitativos y cuantitativos a las

precedentes, con lo que se completa la tarea de hacer posible la proyección (o sea, la identificación en el mundo de la experiencia) de un determinado espacio posible.

Además de las categorías ontológicas, existe para Jackendoff la posibilidad de generar *nuevas categorías*. Lo hace acudiendo a dos conceptos peirceanos de gran difusión: el *TYPE* y el *TOKEN* o sea, el *TIPO* y el *EJEMPLAR*. Al *TIPO* lo propone Peirce como otra designación de su *Legisigno*, con el que inicia la secuencia de la “terceridad” o categoría de los valores y al *EJEMPLAR*, al que también denomina “*Réplica*”, lo propone como otra designación del *Sinsigno*, con el que inicia la secuencia de la “segundidad” o categoría de los existentes (Peirce, 1965: 4.537). Elementalmente dicho, y volviendo a Jackendoff, el *TIPO* se vincula con el *EJEMPLAR* mediante el operador “*EJEMPLIFICADO POR*”, mientras que el *EJEMPLAR* se vincula con el *TIPO* mediante el operador “*SER UNA INSTANCIA DE*” (Jackendoff, 1983: 77ss).

Un ejemplo, en el universo de los objetos espaciales, sería: *TIPO*, [COSA]¹ *EJEMPLIFICADO POR EJEMPLAR* #*el edificio del Museo de Bellas Artes*#²; a la inversa, tendríamos: el *EJEMPLAR* #*el edificio del Museo de Bellas Artes*# *ES UNA INSTANCIA DEL TIPO*: [COSA]. En cualquier momento, no obstante, puede tomarse un *EJEMPLAR* o una agrupación arbitraria de *EJEMPLARES* para constituir un *NUEVO TIPO*. Por ejemplo, la percepción de una concreta planta de #*dieffenbachia*#, que es una *INSTANCIA* del *TIPO*: [PLANTA] y, por otra parte, la percepción de una concreta #*maceta*#, que es una *INSTANCIA* del *TIPO*: [MACETA], siendo ambas *INSTANCIAS* del *TIPO*: [COSA], pueden seleccionarse y hacerse confluir para constituir el *TIPO*: [PLANTA EN MACETA]; con eso tenemos un nuevo [COMPONENTE CONCEPTUAL] que nos permitirá encontrar en el mundo, *ya que podemos proyectarlos*, múltiples *EJEMPLARES*, #*planta en maceta*#, de dicho *TIPO*.

Así, sólo a partir de las categorías ontológicas y de las categorías culturales o nuevos *TIPOS* culturalmente contruidos o sea, sólo a partir de los *TIPOS* registrados como información en la *ESTRUCTURA CONCEPTUAL* es posible identificar *proyectivamente* entidades en el mundo y, simétricamente, nuestra posibilidad de identificar entidades en el mundo depende de nuestra posibilidad de disponer de las correspondientes *COMPONENTES CONCEPTUALES*, de modo que la percepción se organice como su ejemplificación (como un *EJEMPLAR* de dicho *TIPO*).

La percepción, por tanto, en cuanto va de la *ESTRUCTURA CONCEPTUAL* al mundo, es un *output* que *se superpone organizándolo* a un *input*, en

cuanto estímulo sensorial proveniente del mundo. Por eso, *sólo se percibe lo que es posible percibir y del modo en que se hace posible; posibilidad que no depende de la realidad sino de la información preexistente (y en permanente cambio) en la ESTRUCTURA CONCEPTUAL*. Este *#espacio en que me encuentro#* no es un dato sino un constructo o proyección del TIPO, complejamente elaborado, [ESPACIO]; la organización de nuestra experiencia nos lo propone como *efectivamente real* y exterior a nuestra estructura conceptual; se necesita un esfuerzo consciente para *opacar* esta experiencia y recuperar su carácter de *proyección*. En definitiva, no percibimos la realidad sino el mundo proyectado, que es, necesariamente, *alguno de los mundos que es posible proyectar*.

2. El espacio como representación

Pero todavía interviene otra variable: la semiosis que *dice* al espacio, o sea que lo propone con la sintaxis particular de la respectiva materia prima utilizada en su producción, *desde* algún momento particular de la historia de esa sintaxis y *para* los contextos interpretativos de alguna determinada comunidad. Al menos: *íconos*, *índices* y *símbolos*, la tríada peirceana básica, con algunos de los cuales o con sus combinaciones se construyen, por ejemplo, configuraciones gráficas bidimensionales o réplicas analógicas tridimensionales; distribuciones asociativas de objetos (animados o inanimados); expresiones verbales o escritas; o, incluso, plurales combinaciones de las precedentes.

Puede proponerse la hipótesis de que aquella asociación de EJEMPLARES para la constitución de TIPOS, a la que se refiere Jackendoff, requiere como condición necesaria, pero no suficiente, que haya sido enunciada, al menos, en alguna de estas semiosis. Además, atendiendo a su suficiencia, deberán concurrir procesos de comunicación social para que los nuevos TIPOS se pongan a disposición de la comunidad y ésta pueda aceptar (o no) las nuevas posibilidades de *ver* más espacio u otros espacios o, en definitiva, un espacio diferente. O sea, *la representación* es el instrumento que, a partir de alguna semiosis o combinación de semiosis y utilizando los EJEMPLARES proyectables a partir de los TIPOS disponibles, produce *la configuración del espacio*.

Así, por ejemplo, desde la *semiosis simbólica*, específica de lo literario, las novelas de caballería crearon el paisaje como TIPO, al configurar una detalla-

da clausura de la naturaleza, en cuyos límites acontecían sus empresas alucinadas. Aplicando otras reglas que modificaran ese TIPO, las novelas románticas del siglo XIX, proyectaron nuevos EJEMPLARES de paisaje, para que sirviera de escenario a sus suicidios lánguidos, violaciones salvajes o gestas heroicas. Otro TIPO, duro y cosificado, fue el paisaje que resultó perceptible por la intervención de las nuevas modalizaciones que impuso el “nouveau roman” y así tantos otros.

La pintura flamenca, mediante la *semiosis icónica* específica de lo gráfico, reformuló el paisaje, proponiendo TIPOS visuales que se concretaron en EJEMPLARES productores de una consonancia emocional con el primer plano de una Virgen que los tuviera como fondos, o como prolongación, a través de una ventana abierta, de la quietud maciza de una mujer dedicada a sus tareas hogareñas, o como perfil verde de una ciudad de agujas grises que así se delimitaba en su calidad de burgo laborioso o festivo, o como espacio veraniego o invernal, en el que acontecía el ir y venir, pausado o trajinado, de los labriegos.

Los diseñadores de parques y jardines utilizaron una *semiosis indicial* para proponer un paisaje culto, mediante una recuperación y ordenación de entidades naturales, a partir de concepciones estéticas derivadas predominantemente del diseño arquitectónico. Así, André Le Nôtre, a fines del siglo XVII, EJEMPLIFICÓ en los jardines de Versailles las reglas de orden y de ágil serenidad de los TIPOS propuestos, 50 años antes, por Le Vau en el diseño de las fachadas del palacio. Esos jardines fueron EJEMPLARES de esos TIPOS arquitectónicos y, a su vez, cuando Felipe V, tratando de consolar su angustiado desarraigo en España, los replicó en La Granja de San Ildefonso, se constituyeron en un TIPO específico de jardín. Como son o fueron TIPOS de jardín los jardines chinos, cuyos EJEMPLARES dieron origen al TIPO de jardín japonés; o los jardines italianos que antes fueron EJEMPLARES del jardín árabe; o los rincones de algunos parques o jardines a los que se percibe como EJEMPLARES, en una semiosis existencial, que son INSTANCIAS del TIPO de los rock garden ingleses; etc.

Cada escritor, cada pintor, cada proyectista de jardines que incorporó la naturaleza a su obra propuso un paisaje, con mayor o menor éxito (en cuanto a la aceptación social de *esa* manera de ver la naturaleza). Cada uno de ellos pretendió, mediante la *representación de EJEMPLARES concretos del espacio*, que se los adoptase como TIPOS de espacio que generasen nuevas identificaciones; o sea, que, ante determinado panorama, afirmáramos su propuesta: “¡Qué ‘van Gogh’!” o “¡Qué ‘Cézanne’!” o “¡Qué ‘Chagall’ es este paisa-

je”, sin que, antes de que cada uno de ellos los hubiera construido, existiera la posibilidad de proyectar esa variante todavía inexpressada. “¡Este es el campo que describió Güiraldes!”, “¡Éste es el de Atahualpa Yupanqui!”, “¡Éste es el de Horacio Quiroga!”. “¡Qué Gaudí es este parque!”, “¡Qué japonés!” o “¡Qué italiano!”

Desde el análisis de David Marr se dirá que, primero, opera en la mente un cálculo que asocia las percepciones *bidimensionales* según un nuevo algoritmo, al que, luego, proyecta desde su percepción en cuanto observador, generando un EJEMPLAR a partir de la $2\ 1/2-D$, con la que organiza, desde el centro de su subjetividad, un determinado panorama, para, finalmente, proponer un TIPO como resultado *tridimensional*, con sus alturas, lateralidades y profundidades, independientes ya de algún eventual observador (pero dependiente de alguna reflexión constructiva acerca del objeto). Tridimensionalidad de un mundo en el que se puede habitar, a condición de haber sido asumido, desde la subjetividad del observador, como regla, orden y algoritmo comunicativamente compatible y proyectable.

Paralelamente o con un pequeño atraso respecto de todas estas representaciones, la *sintaxis* (verbal, gráfica o existencial) utilizada en cada caso llega (o puede llegar) a independizarse de la pretensión de correspondencia con algún espacio concretamente proyectable (esto constituye el *opacamiento* de la sintaxis) y los productores de textos pueden jugar libremente con esas sintaxis que ya no adquirirán otra semántica que no sea la metalingüística: mostrarse a sí mismas. Juego que consiste en quebrar las reglas, en asociar formas que nunca estuvieron asociadas, en producir rupturas donde nunca se quebró una continuidad, en ubicar objetos en espacios sin concavidad, en invertir, transponer, sustituir, eliminar, lo que nuestra costumbre visual identifica como orden, dirección, presencia y necesidad. La anti-sintaxis (verbal, gráfica o existencial), no ya la mera retórica, construye *espacios improyectables pero posibles*, por tanto sin otra referencia que no sea la imaginaria, mediante el libre juego de la sintaxis de cada específica semiosis. En Borges, Lovecraft, Beckett, Escher, Magritte, Picasso y en la mayoría de la literatura y pintura posteriores (con las idas y vueltas de lo que aquí no se pretende historiar sino aproximar como ejemplos) se propone a la propia sintaxis o a la mera gramática (en el sentido en que la usa Wittgenstein), como exploración, análisis y recuperación de todos los medios de expresión; la sintaxis se hace tema sin enunciar otro tema, se quiebra la necesidad de que toda sintaxis exista para construir algo distinto a sí misma: una semántica. Y aún más, la materia prima de la sintaxis, el trazo, la voz, el pigmento, el color, la textura, se hacen

tema sin sintaxis y se proponen como espacio propio, como dimensión sin límite, como opacidad profunda. Esta representación gráfica o lingüística del espacio permite su construcción en textos repletos de paradojas, contradicciones y tautologías, el develamiento de cuyas trampas y opacidades se resuelve con un regreso metalingüístico a la semiosis utilizada (pese a la opinión en contrario de Wittgenstein al discutir la paradoja de Russell).

¿Hasta dónde puede alcanzar esta distancia, esta transformación y esta generación de nuevos espacios posibles?

Así voy llegando al punto a donde inicialmente me había propuesto llegar: *la dualidad posible/imposible en la generación del espacio*. ¿Cualquier espacio es imaginable? ¿Existe algún límite a la imaginación de los espacios posibles?

3. Los MSPs como organizadores del conocimiento del espacio

De nuevo voy a distanciarme, por un breve momento, del tema al que casi estábamos llegando, para referirme a un instrumento semiótico, de desarrollo todavía tentativo y escaso, pero que considero que promete resultados muy fructíferos: *los Mundos Semióticos Posibles*.

Los *Mundos Posibles* son un constructo de la lógica modal, destinado a dar cuenta de su semántica, en especial la relativa a las que, en esa lógica, se denominan “*actitudes proposicionales*”. Son autores fundamentales, desde la lógica, entre otros A. N. Prior (1957, 1967), D. Lewis (1969, 1973), S. A. Kripke (1980), J. Hintikka (1969, 1976). Desde la lingüística, B. H. Partee ha estudiado la relación de los mundos posibles con la semántica formal de R. Montague (1976, 1989) y, en el Nobel Symposium 65, celebrado en agosto de 1986, se mostraron los aportes de los mundos posibles al desarrollo de nuevas concepciones en la filosofía, la lingüística, la teoría literaria y estética y las ciencias naturales (S. Allén, 1989).

Lucia Vaina es la lingüista y estudiosa de la semiótica que ha aproximado, con mayor rigor, su uso al análisis semiótico de textos literarios (ver Versus, n.17 y L. Vaina 1980). Por mi parte, he tratado de darle la mayor especificidad posible, en el campo de la semiótica, de modo que se justifique designarlo como *Mundos Semióticos Posibles* (en adelante MSPs) y no, meramente, Mundos Posibles Semióticos, de menor alcance y operatividad (J. A. Magariños de Morentin, 1990b, 1993a, 1994a, 1994b).

En este sentido, propongo como definición (no formalizada) de MSPs: *el conjunto de **relaciones de accesibilidad** que pueden identificarse al relacionar un **texto**, sus **interpretaciones** vigentes en determinado momento histórico de determinada sociedad y el conjunto de **referentes** construidos por cada una de tales interpretaciones* (o por cada uno de los conjuntos de interpretaciones relativamente homólogas, identificables igualmente en un momento de una comunidad; esto aproxima el concepto a las “formaciones discursivas” de Michel Foucault, 1969).

La idea genérica es sugestiva y de modo inespecífico (dejando al margen el preciso rigor de los trabajos de Vaina) ha sido aplicada fructíferamente en el campo de la filosofía, de la lingüística y de la psicología (ver, entre otros, Jerome Bruner, 1986; Roberto Rojo, 1993), así como a las humanidades, las artes y las ciencias (Allén, 1989).

En un análisis semiótico *duro*, se requiere la formulación y aplicación del conjunto de operaciones *sintácticas* que identifiquen los *objetos semióticos* (en adelante, OS) utilizados en los respectivos textos, así como la formulación y aplicación de las sucesivas operaciones, siempre sintácticas, que relacionen a tales OSs en contextos progresivamente más amplios. Un OS no es una entidad sino una *función* y su significado, incluso el sintáctico, proviene de su relación con otros OSs externos y diferentes al que se estudia.

La representación de las *redes* de relaciones, así identificadas, entre determinados OSs, está en condiciones de *contrastarse* con las redes de relaciones que los vinculan con otros OSs, que son transposición de los primeros, en otros textos y/o en otras semiosis. Estas nuevas relaciones de contrastación son las que generan el valor semántico, por identificación diferencial, de los OSs involucrados. El tema, limitado al lenguaje verbal, lo he desarrollado, con cierta minuciosidad (Magariños de Morentin y *col.*, 1993a) y también he esbozado un tanteo inicial en el universo de lo gráfico, con un principio de búsqueda de una *semántica formal del diseño arquitectónico*, tal como resulta producido en los planos de plantas de iglesias y basílicas clásicas (J. A. Magariños de Morentin & J. L. Caivano, en *Semiótica*, en prensa y J. L. Caivano & J. A. Magariños de Morentin, 1994).

Por brevedad, aquí, dejo de lado las *operaciones sintácticas* y me centro, escueta y exclusivamente, en las *operaciones semánticas* que propone la lógica modal. Ellas son: la función de *interpretación* y las operaciones de *accesibilidad* y de *alternatividad*. Entre ellas, abreviando aún más, me detengo tan sólo en la de *accesibilidad*.

En toda *producción de sentido* existe, al menos, un *MSP textual* y *múltiples MSPs interpretacionales*. Uso, aquí, los términos “textual” e “interpretacional” en su acepción intuitiva, tal como pueden conceptualizarlos los usuarios del castellano con cierta información lingüística y semiótica.

La *relación de accesibilidad* es aquella que puede atribuir a un OS, identificado en un determinado MSP textual, el carácter de *ancestro* de otros determinados OSs identificables, como sus *sucesores*, en los MSPs interpretacionales, a los que, por hipótesis, seleccione un investigador o analista, considerándolos adecuados para conferirle significado al OS en estudio. Esta calidad de *ancestro* proviene de la conservación o transformación de las relaciones contextuales mínimas y de las progresivamente ampliadas, que tienden a abarcar la totalidad de los contextos identificables (conservándolos, no obstante, en su carácter de infinito enumerable); se afirma, así, la modificación sintáctica como base perceptual para la modificación semántica. Esta conservación o transformación afecta a determinado OS al pasar del MSP seleccionado como *texto* a los MSPs seleccionados como *interpretacionales*. O sea, la operación de *accesibilidad* reconocerá los OSs que sean, en los MSPs interpretacionales, los *sucesores* de los OSs que sean, en los MSPs textuales, sus *ancestros*.

Este análisis de la accesibilidad identifica los límites de la posibilidad de conservación de la semántica de un MSP textual, en los diferentes MSPs interpretacionales que pretendan conferirle sentido, en un momento y comunidad determinados.

Regreso ahora, definitivamente, al tema de la generación del espacio, ya que, a partir del esbozo precedente, se podrán proponer algunas ideas acerca de los ámbitos y los límites en que puede moverse la tarea de producir *espacios nuevos*, como EJEMPLARES₂ que sean INSTANCIAS de nuevos TIPOS, en cuanto transformación de los precedentes EJEMPLARES₁, siendo los EJEMPLARES₂ los sucesores de los EJEMPLARES₁ que se constituyen en sus ancestros.

4. Las formas del espacio y sus transformaciones

Recupero el ajuste, formulado inicialmente, de referirme, tan sólo, a algunos aspectos sumamente generales de la *morfología del espacio*. En este sentido, el espacio puede aparecer: i) como *concavidad*, ii) como *convexidad* y

iii) como *virtualidad*. Estos tres términos designan *sintagmas* o *tipos de contexto* que proyectan (retomando este término, de ahora en adelante, en el sentido de Jackendoff) un espacio diferente en cada caso o un espacio en el que puede incluirse otro espacio.

Como *concavidad*, se proyectan los OSs huecos, por lo que es el ámbito propio para la presencia, en su interioridad, de otros espacios cóncavos, convexos o virtuales.

Como *convexidad*, se proyectan OSs sólidos, simples o complejos, así como la exterioridad de otros posibles espacios cóncavos.

Como *virtualidad*, se proyecta un OS en cuanto extensión posible de determinada relación. Resulta un concepto muy sugestivo por la calidad de la relación que lo delimita. Por ejemplo: la *mirada* genera un espacio virtual que tiende al infinito: desde el espacio de su alcance natural, hasta su ampliación, mediante instrumentos, que permiten tender a generar un espacio infinitamente grande o infinitamente pequeño. Puede tenerse especialmente en cuenta, en este sentido, los espacios virtuales-digitales (y no ya analógicos), proyectables mediante el procesamiento informático de las imágenes telescópicas o microscópicas. Otro interesante ejemplo de espacio virtual es el proyectado por determinados comportamientos sociales, por ejemplo, el de *darse la mano*. En principio, hay una prolongación de cada uno en el otro, como espacio sólido (unificando la dualidad). O, desde otra interpretación posible (hallable en los MSPs de la historia), como renuncia al uso de las armas y, por tanto, renuncia a proyectar *el espacio posible de la lucha*; espacio éste que se expande, también, desde el inmediato a los hombres en lucha: el restringido alcance del espacio de las armas blancas (el de una esgrima de espadas), hasta el espacio que tiende a lo infinitamente grande mediante el uso de armas de fuego y su posterior incremento mediante los misiles de una posible guerra espacial.

A este nivel de elementalidad (que no utiliza los mínimos análisis de una semiótica de enunciados, pero que los implica necesariamente para cualquier investigación rigurosa), puede pensarse en las transformaciones *accesibles* que pueden hacer de un OS cóncavo, existente en un determinado MSP textual, otro OS: convexo, virtual o de alguna otra especie de concavidad, en otro u otros MSPs interpretacionales; o de un OS convexo, otro cóncavo, virtual o de alguna otra especie de convexidad; o de un OS virtual, otro cóncavo, convexo o de alguna otra especie de virtualidad.

Del mismo modo, atendiendo a aquellas materias primas peirceanas a las que me referí antes, la relación de *accesibilidad* puede transformarlas a ellas

o a sus respectivas sintaxis (vigentes actual o históricamente en determinada comunidad), de OSs icónicos, presentes en determinado MSP textual, en OSs indiciales o simbólicos o de alguna otra especie de iconicidad, presentes en otros MSPs interpretacionales; o de OSs indiciales, en otros icónicos, simbólicos o de alguna otra especie de indicialidad; o de OSs simbólicos, en otros icónicos, indiciales o de alguna otra especie de simbolicidad.

La condición permanente para estas transformaciones es el mantenimiento de alguna clase de *accesibilidad* o sea, que el OS del MSP textual debe ser el *ancestro* demostrable de los OSs existentes en todos o cualesquiera de los MSPs interpretacionales, los cuales deberán poder demostrar su cualidad de *sucesores* de los precedentes.

Y ésta no es una condición en cuanto regla-de-buena-formación de un MSP interpretacional, sino que es una *restricción cognitiva* inherente a las operaciones que la mente humana tiene a su disposición; por tanto es una regla-de-buena-formación de la *estructura conceptual*, mediante la cual se organiza, en una única totalidad estructurante, la información existente, de cualquier materia prima semiótica que se trate, para identificar las formas posibles del #espacio# en cuanto mundo proyectado. En términos de Jackendoff (si bien, sin hacer responsable a Jackendoff de esta utilización de su esquema teórico), esto equivale a afirmar la necesidad de la secuencia: la existencia, en la estructura conceptual, de un TIPO de [ESPACIO₁] hace posible SER EJEMPLIFICADO mediante un EJEMPLAR de #espacio₁#, el cual, aislado o asociado a otros (conservando o infringiendo la sintaxis y/o la materia prima, vigentes o históricas, pero de las que exista memoria, de alguna semiosis) puede CONSTITUIRSE en un nuevo TIPO de [ESPACIO₂] del que nuevos EJEMPLARES de #espacio₂# se proyectarán como INSTANCIAS percibibles de la COMPONENTE CONCEPTUAL correspondiente.

Un trivial pero expresivo ejemplo de esta secuencia puede encontrarse en el análisis semiótico del chiste del borracho y la columna. A los arquitectos les es familiar: un ebrio, lamentándose a gritos, se abraza a una gruesa columna, dando vueltas a su alrededor, sin despegarse de ella. Alguien lo ve, se le acerca y le pregunta:

¿Qué le pasa? ¿Cuál es su problema? A lo que el ebrio le responde: —¡Que me quedé encerrado y no puedo encontrar la salida!

En este relato, pueden identificarse:

1) un *MSP textual* (implícito): todo recinto tiene una puerta por donde se sale o se entra en él. La *puerta* es el OS que va a adquirir el valor de *ances-*

*tro*₁ y que está vinculado, mediante determinada sintaxis, con las *paredes* del recinto; éstas, a su vez, se relacionan entre sí, mediante determinada sintaxis, para construir el *espacio cóncavo del recinto*, que es el OS que va a adquirir el valor de *ancestro*₂. Su carácter de no formulados ni mostrados (ni paredes, ni puerta), pero necesariamente vigentes y actualizados por el relato que no los nombra, les confiere la calidad de **íconos** mentalmente representables: una percepción estereotipada y disponible socialmente, en cuanto fijación, en el discurso social, de un conjunto de reglas identificables a partir de la 2 1/2-D de Marr, centrada en el observador.

2) un *primer MSP interpretacional*: el recorrido, por el ebrio, de la superficie de la columna. Aquí, la *ausencia*, en esa superficie, de algo que dé acceso a otro ámbito es el OS que va a adquirir el valor de *1º sucesor*₁ de la puerta, en cuanto *ancestro*₁; mientras que la *superficie*, que se despliega mediante una sintaxis que la construye como el *espacio convexo de la columna*, es el OS que va a adquirir el valor de *1º sucesor*₂ del espacio cóncavo, constituido por las paredes del recinto, en cuanto *ancestro*₂. Su carácter de ámbito físico del comportamiento del ebrio les confiere (a la ausencia y a la columna) la calidad de *índices* efectivamente realizados (en cuanto transformación de los precedentes íconos mentalmente representados): una percepción dislocada de la configuración pertinente a un espacio 3-D que, al no encontrar respuesta en la experiencia, abandona la subjetividad y trata de hallar tal respuesta en la organización, dimensiones y lateralidad del objeto centrado en sí mismo.

3) un *segundo MSP interpretacional*: la respuesta verbal del ebrio. Aquí, el término “*salida*” es el OS que va a adquirir el valor de *2º sucesor*₁ de la puerta en cuanto *ancestro*₁, y el de *1º sucesor*₁ de la ausencia de acceso que así se transforma en su *2º ancestro*₁; mientras que el término “*encerrado*” es el OS que va a adquirir el valor de *2º sucesor*₂ del espacio cóncavo del recinto en cuanto *ancestro*₂, y el de *1º sucesor*₂ del espacio convexo de la columna que así se transforma en su *2º ancestro*₂. Su carácter de discurso verbal les confiere (a “*salida*” y a “*encerrado*”) la calidad de *símbolos* convencionalmente propuestos (en cuanto transformación de los precedentes íconos mentalmente representados e *índices* efectivamente realizados). El humor surge por la *simultánea* propuesta de dar cuenta de lo que antecede, desde el efectivo modelo 3-D centrado en el objeto y desde el modelo de la 2 1/2-D construido según las frustradas reglas de la percepción centrada en lo que el ebrio percibe.

Esta serie de transformaciones identificables, que afectan a los dos OSs del MSP textual (la puerta y el espacio cóncavo del recinto), al pasar de una

sintaxis a otra y de ésta a una tercera, así como al transformarse de una materia prima semiótica en otra y de ésta en una tercera, es lo que permite afirmar la existencia de una *relación de accesibilidad* entre los tres MSP intervinientes: un MSP textual y dos MSPs interpretacionales. Si bien no hemos desarrollado, por brevedad, el análisis de la *operación de alternatividad* entre los MSPs involucrados, llamo la atención acerca de la clara presencia, en este ejemplo, de dos de sus variantes: la *simetría* y la *transitividad*, cuya construcción puede completar el propio lector.

La determinación rigurosa de estas transformaciones, tanto las pertenecientes a las relaciones de accesibilidad y de alternatividad, como las relativas a la función de interpretación, a través de la tarea de identificación, formulación y representación del algoritmo que dé cuenta de ellas, constituye el objeto de una investigación desde la perspectiva de una *semiótica cognitiva*.

Cuanto antecede permite encontrar una respuesta a la pregunta que formulé acerca de *la existencia de límites en la imaginación de los espacios posibles*. La *restricción cognitiva* los establece a través de la inferencia constructiva de *nuevos TIPOS* a partir de *EJEMPLARES* simples o compuestos, que son *INSTANCIAS* de *TIPOS* preexistentes y, por tanto, *ancestros* de los *nuevos EJEMPLARES*, y que son propuestos, mediante determinada *representación* y en la medida en que sean socialmente aceptados, como *CONSTITUYENTES CONCEPTUALES* de tales *nuevos TIPOS*.

Esto permite distribuir al *espacio* en las siguientes categorías:

1/ *espacios posibles*: son los espacios *representables* y *no-necesarios*, en cuanto conjunto de las transformaciones que puede dar lugar a las correspondientes *nuevas formas del espacio* en otros MSPs interpretacionales;

2/ *espacios necesarios*: son los espacios *ya representados* y, *por tanto*, *no-posibles*, en cuanto pertenecen actual o históricamente al universo de los MSPs textuales efectivamente existentes (pese a la eventual dificultad de su concreta identificación mediante la pertinente investigación);

3/ *espacios imposibles* (y *éste es el límite*): son los espacios *irrepresentables*, cuya característica es *ser-necesario-que-no* puedan pensarse, por carecer de ancestro del que pueda derivar la transformación que permitiría proyectarlos, siendo esta última su única cualidad, por lo que no existe regla-de-buena-formación que permita construirlos como mundo proyectado.

5. Las formas del “topos”

Al principio, partí de una observación acerca del sentido (ideológico, en cuanto crítica social) que tenía el término “*utopía*”, en la obra de Tomás Moro. Ahora, en función de lo que antecede, se puede identificar un conjunto de variaciones a las que designaré haciendo uso (y ya cierto abuso) de los prefijos que pueden anteponerse al radical “*topos*”.

1/ El espacio *posible* se corresponde con una *dia-topía*, en cuanto su producción *atraviesa* diversos *topoi*: un MSP textual en el que se encuentra la forma de espacio que es el *ancestro* y, al menos, un MSP interpretacional en el que se proyecta, con distinta semiosis o distinta sintaxis, el *sucesor* de dicho ancestro.

2/ El espacio *necesario* se corresponde con una *sin-topía*, en cuanto en él *confluyen* los *topoi* efectivamente *representados* en algún (al menos) MSP textual y los *referentes* (en cuanto OSs proyectados actuales o imaginarios) efectivamente *construidos* mediante algún (al menos) MSP interpretacional; éstas son las formas del espacio disponibles como *ancestros* para la construcción de nuevos espacios posibles.

3/ El espacio *imposible* se corresponde, ahora sí, con una *u-topía*, en cuanto *ningún topos* puede identificarse a causa de la *inexistencia de ancestro alguno* del cual pudiera derivarse. Es la negación del lugar o la afirmación del lugar que es-necesario-que-no exista lo que lo hace *inaccesible* para cualquier MSP interpretacional que pretenda proyectarse. La *u-topía* es un puro concepto lógico cuya definición implica la aporía de su inexistencia. Parafraseando a Peirce, puede decirse que todo signo necesita la pre-existencia de otro signo en la mente del interpretante y si algo no tuviera a otro signo como su ancestro, no sería objeto de estudio en este texto (Peirce, 1965: 2.231).

Una teoría de la creación o una investigación acerca del carácter creativo de un texto o acerca de las posibilidades (futuras) de creación de nuevos textos, en determinado momento de determinada comunidad, ha de tener en cuenta esta dependencia de algún otro texto preexistente, donde el creador encuentra la base de la transformación que propone. Esto es lo que descubre el analista; el creador, normalmente, hace semiótica sin saberlo. Como la hace el hombre desde su acceso a la humanidad. En el mito bíblico de los orígenes, Adán le puso nombre a los espacios (cóncavos, convexos y virtuales) que tenían como *ancestro* a las separaciones que Dios introdujo en el Caos; porque incluso Dios tenía al Caos como *ancestro*, a partir del cual, como *sucesor* del Caos, fue posible el mundo.

NOTAS

1. Los “] [” identifican, como símbolos metalingüísticos propuestos por Jackendoff, un componente conceptual (*Ibid.*: 31).
2. El símbolo metalingüístico “#” está utilizado por Jackendoff para identificar entidades del mundo proyectado (*Ibid.*).

BIBLIOGRAFÍA GENERAL CITADA

- ACHINSTEIN, Peter (1968). *Concepts of Science. A Philosophical Analysis*. Baltimore: The John Hopkins Press.
- ADORNO, Theodor W. *et al.* (1973). *La disputa del positivismo en la sociología alemana*. Barcelona: Grijalbo (H. Luchterhand Verlag, 1969).
- ADORNO, Theodor W. (1973). Sobre la lógica de las ciencias sociales, en: Adorno, T.W. *et al.*: 121-38.
- AHONEN, Pertti (1987). Semiotics of Politics and Political Research, en *Semiotische Berichte*, 11, 2; 143-57.
- ALCINA FRANCH, Juan y José M. Blecua (1975). *Gramática Española*. Barcelona: Ariel.
- ALEXANDRESCU, Sorin (1976). Sur les modalités *croire et savoir*, en *Langages* 43: 19-27.
- ALEXANDRESCU, Sorin (1979). La critique littéraire: métadiscours et théorie de l'explication, en Greimas, A. J.; E. Landowski *et al.*: 208-37.
- ALLÉN, Sture (Ed.) (1989). *Possible Worlds in Humanities, Arts and Sciences*. Berlin/New York: Walter de Gruyter.
- ALTHUSSER, Louis et Étienne Balibar (1969). *Para leer el Capital*. México: Siglo XXI (Maspéro, 1967).
- ARNHEIM, Rudolf (1971). *El pensamiento visual*. Buenos Aires: Eudeba (University of California Press, 1969).
- Asociación Española De Semiótica (1986). *Investigaciones semióticas. I*. Sevilla: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- AYER, Alfred J. (1986). *Wittgenstein*. Barcelona: Grijalbo (G. Weidenfeld and Nicolson, 1985).
- BACHELARD, Gaston (1972). *La formación del espíritu científico*. Buenos Aires: Siglo XXI (Vrin, 1947).

- BADIOU, Alain (1970). *Le concept de modèle*. Paris: Maspéro.
- BADIOU, Alain (1976). *Théorie de la contradiction*. Paris: Maspéro.
- BARCO, Oscar del (Ed.) (1967). *Claude Lévi-Strauss. Problemas del estructuralismo*. Córdoba: Ed. Universitaria.
- BAR-HILLEL, Jehoshua (1970). *Aspects of Language*. Jerusalem: The Magnes Press - The Hebrew University.
- BARTHES, Roland (1957). *Mythologies*. Paris: Éd. du Seuil.
- BARWISE, Jon & Robin Cooper (1981). Generalizes Quantifiers and Natural Language, en *Linguistics and Philosophy* 4: 159-219.
- BENVENISTE, Émile (1966). *Problèmes de linguistique générale* 1, Paris: Gallimard.
- BENVENISTE, Émile (1974). *Problèmes de linguistique générale* 2, Paris: Gallimard.
- BERNSTEIN, Richard J. (1979). *Praxis y acción*. Madrid: Alianza (University of Pennsylvania Press, 1971).
- BERTALANFFY, Ludwig von (1976). *Teoría general de los sistemas*. Madrid: FCE (G. Braziller, 1968).
- BETH, Evert W. (1978). *Implicación semántica y derivabilidad formal*. México: UNAM (Koninklijke Nederlandse Akademie Van Wetenschappen, 1955).
- BLACHE, Martha y Juan A. Magariños de Morentin (1986). Criterios para la delimitación del grupo folklórico, en *Revista de Investigaciones Folklóricas* 1: 5-8.
- BLACK, Max (1980). More about Metaphor, en Andrew Ortony (Ed.): 19-43.
- BLANCHÉ, Robert (1965). *La axiomática*. México: UNAM (PUF, 1959).
- BLOOMFIELD, Leonard (1973). *Aspectos lingüísticos de la ciencia*. Madrid: Taller de Ediciones (International Encyclopedia of Unified Science, 1938).
- BOHM, David (1979). La ciencia como percepción-comunicación, en Suppe, F. (Ed.): 421-439.
- BORILLO, Mario (1977). Raisonner, calculer, en Borillo, M. *et al.* (Ed.): 1 -31.

- BORILLO, Mario (1986). La poésie comme expérience cognitive, en Le Moigne, J.-L. (Ed.): 251-266.
- BORILLO, Mario *et. al.* (Ed.) (1977). *Raisonnement et méthodes mathématiques en archéologie*. Paris: CNRS.
- BOYD, Richard (1979). Metaphor and Theory Change: What is 'Metaphor' a Metaphor for?, en Ortony, A. (Ed.): 356-408
- BRÉAL, Michel (1924). *Essais de sémantique. Science des significations*. Paris: Hachette (1897).
- BRODY, B. A. (Ed.) (1970). *Readings in the Philosophy of Science*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall.
- BRUNER, Jerome (1986). *Actual Minds, Possible Worlds*. Cambridge: Harvard University Press.
- BUB, Jeffrey (1979). Respuesta al Profesor Causey, en Suppe, F. (Ed.): 450-457.
- BUCKLEY, Walter (1978). La epistemología vista a través de la teoría de sistemas, en Klir, G. J. (Ed.): 219-36.
- BUNGE, Mario (1965). *Intuición y ciencia*. Buenos Aires: Eudeba (Prentice Hall, 1962).
- BUNGE, Mario (1973). *La investigación científica. Su estrategia y su filosofía*. Barcelona: Ariel (1969).
- CAIVANO, José Luis y Juan Angel Magariños de Morentin (1994). Semiotics of Spatial Configurations in Architecture, ponencia al *Fifth Congress of the IASS*, junio 12-18; University of California, Berkeley, USA.
- CALLINICOS, Alex (1988). ¿Postmodernidad, post-estructuralismo, post-marxismo?, en Picó, J. (Ed.): 263-292 (*Theory, Culture & Society* 2, nº 3; 1985).
- CARRÉ, René; J.-F. DÉGREMONT, Jean-François; GROSS, Maurice; PIERRREL, Jean-Marie et SABAH, Gérard (1991). *Langage humain et machine*. Paris: Presses du CNRS.
- CASSIRER, Ernst (1971). *Filosofía de las formas simbólicas. I: El lenguaje*. México: FCE (Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1964).
- CHAUVEAU, Geneviève (1978). Analyse linguistique du discours jaurésien, en *Langages* 52; 5-109.

- CHOMSKY, Noam (1971). *Aspectos de la teoría de la sintaxis*. Madrid: Aguilar (The MIT Press, 1965).
- CHOMSKY, Noam (1972). *Lingüística cartesiana. Un capítulo en la historia del pensamiento racionalista*. Madrid: Gredos (Harper & Row, 1966).
- CHOMSKY, Noam (1979). Human Language and Other Semiotic Systems, en *Semiotica* 25: 31-44.
- CHOMSKY, Noam (1981). *Reflexiones acerca del lenguaje*. México: Trillas (Pantheon Books, 1975).
- CHOMSKY, Noam (1984). *Lectures on Government and Binding*, Dordrecht: Foris Publications (First edition, 1981).
- CHOMSKY, Noam (1992). *A minimalist Program for Linguistic Theory*. Cambridge: MIT Working Papers in Linguistics.
- COHEN, Robert S. & Marx W. Wartofsky (eds.) (1969). *Boston Studies in the Philosophy of Science, V. III*; Dordrecht: Reidel; 123-72.
- COHEN, Bernard (1979). La historia y el filósofo de la ciencia, en Suppe, F. (Ed.): 349-392.
- COQUET, Jean-Claude (1982). L'Ecole de Paris, en Coquet, J.-C. (Ed.): 6-64.
- COQUET, Jean-Claude (Ed.) (1982). *Sémiotique*. Paris: Hachette.
- COSSIO, Carlos (1954). *Teoría de la verdad jurídica*. Buenos Aires: Losada.
- COURTÉS, Joseph (1980). *Introducción a la semiótica narrativa y discursiva*. Buenos Aires: Hachette (Hachette, 1976).
- COURTINE, Jean-Jacques (1981). Quelques problèmes théoriques et méthodologiques en analyse du discours, en *Langages* 62: 9-128.
- CUENA, José (1985). *Lógica informática*. Madrid: Alianza.
- CUNNINGHAM, Donald J. (1993). "A semiotic Critique of Cognitive Science", en *Symbolicity*. Lanham-New York-London: University Press of America.
- CURRY, Haskell B. y Robert Feys (1967). *Lógica combinatoria*. Madrid: Tecnos (North-Holland, 1958).
- DANESI, Marcel (1990). "Thinking is seeing: Visual metaphors and the nature of abstract thought", en *Semiótica* 80-3/4: 221-237.

- DESCLÈS, Jean-Pierre (1987). Réseaux Sémantiques: la nature logique et linguistique des relateurs, en *Langages* 87, 55-78.
- DESCLÈS, Jean-Pierre et Z. Guentcheva Desclès (1977). *Métalangue, métalangage, métalinguistique*. Urbino: Centro Internazionale di Semiotica e di Linguistica.
- DÉSIRAT, Claude et Tristan Hordé (1977). Formation des discours pédagogiques, en *Langages* 45; 3-8.
- DIJK, Teun van (1980). *Texto y contexto*. Madrid: Cátedra (1977).
- DIJK, Teun van (Ed.) (1985). *Handbook of Discourse Analysis*, 4 vol. London: Academic Press.
- DUCROT, Oswald (1988). "Argumentación y 'topoi' argumentativos", en *Lenguaje en contexto* 1/2: 63-84.
- DUBOIS, Danièle (Ed.) (1993). *Sémantique et cognition*. Paris: CNRS Éditions.
- ECO, Umberto (1972). *La estructura ausente. Introducción a la semiótica*. Barcelona: Lumen (Bompiani, 1968).
- ECO, Umberto (1977). *Tratado de semiótica general*. Barcelona: Lumen (Bompiani, 1976).
- FEYERABEND, Paul K. (1970). How to be a good empiricist - A plea for tolerance in matters epistemological, en Brody, B. A. (Ed.): 319- 342.
- FEYERABEND, Paul K. (1974). *Contra el método*. Barcelona: Ariel (University of Minnesota, 1970).
- FODOR, J. A. and T. G. Bever (1967). The Psychological Reality of Linguistic Segments, en L.A. Jakobovits & M.S. Miron (Eds.): 325-332.
- FOUCAULT, Michel (1964). Sobre la interpretación (Conferencia pronunciada en el *VII Coloquio Filosófico Internacional de Royaumont*).
- FOUCAULT, Michel (1966). *Les mots et les choses*. Paris: Gallimard.
- FOUCAULT, Michel (1969). *L'archéologie du savoir*. Paris: Gallimard.
- FOUCAULT, Michel (1971). *L'ordre du discours*. Paris: Gallimard.
- FOUCAULT, Michel (1973). *Raymond Roussel*. Paris: Gallimard.

- FREGE, Gottlob (1974). Sobre sentido y significado, en *Escritos lógico-semánticos*. Madrid: Tecnos; 31-52 (1892).
- FRONDIZI, Risieri (1958). *¿Qué son los valores?* México: FCE.
- GADAMER, Hans-Georg (1986). *Truth and Method*. New York: Crossroad.
- GADET, Françoise et Michel Pêcheux (1981). *La langue introuvable*. Paris: Maspéro.
- GARDIN, B. et MARCELLESI, Jean-Baptiste (1974). *Introduction à la sociolinguistique*. Paris: Larousse.
- GARDIN, Jean-Claude (1987a). Vers une épistémologie pratique in sciences humaines, in Gardin, J.-C. *et al.* (1987c): 27-100.
- GARDIN, Jean-Claude *et al.* (1987b). *Systèmes experts et sciences humaines*. Paris: Eyrolles.
- GARDIN, Jean-Claude *et al.* (1987c). *La logique du plausible*. Paris: Maison des Sciences de l'Homme.
- GREIMAS, Algirdas Julien (1966). *Sémantique structurale. Recherche de méthode*. Paris: Larousse.
- GREIMAS, Algirdas Julien (1970). *Du sens. Essais sémiotiques*. Paris: Éd. du Seuil.
- GREIMAS, Algirdas Julien (1976). *Sémiotique et sciences sociales*. Paris: Éd. du Seuil.
- GREIMAS, Algirdas Julien (1983). *Du sens II. Essais sémiotiques*. Paris: Éd. du Seuil.
- GREIMAS, A. J.; Roman Jakobson *et alt.* (Eds.) (1970). *Sign. Language. Culture*. The Hague: Mouton.
- GREIMAS, Algirdas Julien et Joseph Courtés (1979). *Sémiotique. Dictionnaire raisonné de la théorie du langage*. Paris: Hachette.
- GREIMAS, Algirdas Julien et Eric Landowski *et alt.* (1979). *Introduction à l'analyse du discours en sciences sociales*. Paris: Hachette.
- GRENIEWSKI, Henryk (1965). *Cibernética sin matemáticas*. México: FCE (Pergamon Press, 1960).
- Groupe μ (1989). Das System der plastischen Form, en *Semiotische Berichte* 13: 215-233.

- Groupe μ (1992). *Traité du signe visuel. Pour une rhétorique de l'image*. Paris: Éd. du Seuil.
- GUILLET, Eric & Paul Gochet (1990). Sémantiques des situations et sémiotiques, en *S European Journal for Semiotic Studies*, Vol. 2-3: 531-552.
- HABERMAS, Jürgen (1973a). “Teoría analítica de la ciencia y dialéctica”, en Adorno, T. W. *et. al.*: 147-180.
- HABERMAS, Jürgen (1973b). “Contra un racionalismo menguado de modo positivista”, en Adorno, T. W. *et. al.*: 221-150.
- HABERMAS, Jürgen (1988). *Ensayos políticos*. Barcelona: Península (Suhrkamp Verlag, 1985)
- HABERMAS, Jürgen (1989). *Teoría de la acción comunicativa. I.: Racionalidad de la acción y racionalización social*. Buenos Aires: Taurus (Suhrkamp Verlag, 1981).
- HANSON, Norwood R. (1977). *Patrones de descubrimiento. Observación y explicación*. Madrid: Alianza (Cambridge University Press, 1958. Harper & Row, 1971).
- HATCHER, William S. (1968). *Foundations of the Mathematics*. Philadelphia: Saunders.
- HEGEL, George W. F. (1956). *Ciencia de la Lógica*. Buenos Aires: Hachette (1812).
- HEGEL, George W. F. (1973). *Lógica*. Madrid: Ricardo Aguilera (1817).
- HEISENBERG, Werner (1972). *Diálogos sobre la física atómica*. Madrid: BAC (R. Piper, 1969).
- HEISENBERG, Werner (1974). *Más allá de la física*. Madrid: BAC (R. Piper, 1971).
- HEMPEL, Carl G. (1965). *Aspects of Scientific Explanation*. New York: The Free Press (1958).
- HEMPEL, Carl G. (1970). A Logical Appraisal of Operationalism, en Brody, B. A. (Ed.): 200-210.
- HENRY, Paul (1986). “On ne remplace pas le cerveau par une machine: un débat mal engagé”, en Le Moigne, J.-L. (Ed.): 297-330.

- HILBERT, David y Wilhelm Ackermann (1962). *Elementos de lógica teórica*. Madrid: Tecnos (Springer, 4ª Ed.: 1958).
- HINTIKKA, Jaakko (1969). **Models for Modalities**, Dordrecht: Reidel.
- HINTIKKA, Jaakko (1976). *Lógica, juegos de lenguaje e información*. Madrid: Tecnos (The Clarendon Press, 1973).
- HINTIKKA, Jaakko (1980). Las intenciones de la intencionalidad, en Manninen, J. y R. Toumela (Eds.): 9-40. (1974).
- HJELMSLEV, Louis (1963). *Prolegomena to a Theory of Language*. Madison: The University of Wisconsin Press.
- HJELMSLEV, Louis (1971). *Prologomènes à une théorie du langage*. Paris: Minuit (Akademisk Forlag, 1966/ Editions Ejner Munksgaard, 1943).
- HUGHES, G. E. y M. J. Cresswell (1973). *Introducción a la lógica modal*. Madrid: Tecnos (Methuen, 1968).
- JACKENDOFF, Ray (1983). *Semantics and Cognition*. Cambridge: The MIT Press.
- JACKENDOFF, Ray (1987a). On Beyond Zebra: The relation of linguistic and visual information, en *Cognition* 26: 89-114.
- JACKENDOFF, Ray (1987b). *Consciousness and the Computational Mind*. Cambridge: The MIT Press.
- JACKENDOFF, Ray (1990). *Semantic Structures*. Cambridge: The MIT Press.
- JACKENDOFF, Ray (1993). *Languages of the Mind*. Cambridge: The MIT Press.
- JAKOBOVITS, Leon A. & Murray S. Miron (Eds.) (1967). *Readings in the Psychology of Language*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall.
- JAKOBSON, Roman (1963). *Essais de linguistique générale*. Paris: É. de Minuit.
- JANIK, Allan y Stephen Toulmin (1974). *La Viena de Wittgenstein*. Madrid: Taurus (Simon and Schuster, 1973).
- KALINOWSKI, Georges (1975). *Du métalangage en logique. Réflexions sur la logique déontique et son rapport avec la logique des normes*. Urbino: Centro Internazionale di Semiotica e di Linguistica.

- KALINOWSKI, Georges (1976). Un aperçu élémentaire des modalités déontiques, en *Langages* 43: 10-18.
- KANT, Emmanuel (1950). *Crítica de la razón pura y Prolegómenos a toda metafísica futura*. Buenos Aires: El Ateneo (1781).
- KARS, Saúl (1971). Hegel y la dialéctica, en *Papeles* 13: 19-34.
- KARSZ, Saúl *et al.* (1970). *Lectura de Althusser*. Buenos Aires: Galerna.
- KELSEN, Hans (1956). *Teoría general del derecho y del estado*. México: UNAM (1944).
- KLIR, George J. (Ed.) (1978). *Tendencias en la teoría general de sistemas*. Madrid: Alianza (John Wiley & Sons, 1972).
- KRESS, Gunther (1985). Ideological Structures in Discourse, en Dijk, T. van (Ed.), V.4: 27-42.
- KRIPKE, Saul A. (1980). *Name and Necessity*. Cambridge: Harvard University Press.
- KRISTEVA, Julia (1969). *Semeiotiké. Recherches pour une sémanalyse*. Paris: Éd. du Seuil.
- KUGEL, Peter (1986). Thinking may be more than computing, en *Cognition* 22: 137-198.
- KUHN, Thomas S. (1979). Metaphors in Science, en Ortony, A. (Ed.): 409-419.
- LABOV, William (1984). *Sociolinguistic Patterns*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press (1972).
- LACAN, Jacques (1966). *Écrits I*. Paris: Éd. du Seuil.
- LADRIÈRE, Jean (1969). *Limitaciones internas de los formalismos*. Madrid: Tecnos (Nauwelaerts, 1958).
- LAKATOS, Imre (1981). *Matemáticas, ciencia y epistemología*. Madrid: Alianza (Cambridge University Press, 1978).
- LAKATOS, Imre (1982). *Historia de la ciencia y sus reconstrucciones racionales*. Madrid: Tecnos (Reidel, 1971).
- LAKOFF, George (1987). *Women, Fire, and Dangerous Things: What Categories Reveal about the Mind*. Chicago: University of Chicago.

- LANDI, Oscar (1982). Comunicación, cultura y proceso político, en *Crítica & Utopía* 7; 49-67.
- LANGACKER, Ronald (1986). An Introduction to Cognitive Grammar, en *Cognitive Science* 10: 1-40.
- LANGACKER, Ronald (1987). *Foundations of Cognitive Grammar. I: Theoretical Prerequisites*. Stanford: Stanford University Press.
- LANGACKER, Ronald (1991a). *Foundations of Cognitive Grammar. II: Descriptive Application*. Stanford: Stanford University Press.
- LANGACKER, Ronald (1991b). Noms et verbes, en *Communications* 53, 103-153 (*Language* 63.1; 1987).
- LAVANDERA, Beatriz (1985). *Curso de lingüística para el análisis del discurso*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- LECERF, Yves (1979). Des sous-universes du discours, qui seraient dégagés la fois du sens et de la forme. Applications en syntaxe, en *Langage* 55: 89-123.
- LECOMTE, Alain et Pierre Plante (1986). Espaces des séquences; approche topologique et informatique de la séquence, en *Langages* 81: 91-109.
- LEFEBVRE, Henri (1984). *Lógica formal, lógica dialéctica*. Madrid: Siglo XXI (Anthropos, 2ª ed., 1969/ originales de 1947).
- LE MOIGNE, Jean-Louis (1986). Genèse de quelques nouvelles sciences: de l'intelligence artificielle aux sciences de la cognition, en Le Moigne, J.-L. (Ed.): 15-54.
- LE MOIGNE, J.-L. (Ed.) (1986). *Intelligence de mécanismes, mécanismes de l'intelligence*. Paris: Fayard.
- LÉVI-STRAUSS, Claude (dir.) (1988). *La identidad. Seminario*. Barcelona: Petrel.
- LEVRAT, Bernard (1987). La canonicité, en *Langages* 87: 47-54.
- LÉVY, Pierre (1990). *Les technologies de l'intelligence*. Paris: La Découverte.
- LEWIS, C.I. & C. H. Langford (1932). *Symbolic Logic*. New York: Dover.
- LORENZ, Konrad (1965). *Über tierisches und menschliches Verhalten*. München: R. Piper.

- LYONS, John (1973). *Introducción a la lingüística teórica*. Barcelona: Teide (Cambridge University Press, 1968).
- LYONS, John (1977). *Semantics, I, II*. New York: Cambridge University Press.
- MAGARIÑOS DE MORENTIN, Juan Angel (1983). *El signo. Las fuentes teóricas de la semiología: Saussure, Peirce, Morris*. Buenos Aires: Hachette.
- MAGARIÑOS DE MORENTIN, Juan Angel (1984a). *Del caos al lenguaje*. Buenos Aires: Tres Tiempos.
- MAGARIÑOS DE MORENTIN, Juan Angel (1984b). *El mensaje publicitario*. Buenos Aires: Hachette.
- MAGARIÑOS DE MORENTIN, Juan Angel (1984c). El lenguaje de la democracia, en *El Observador* 8; 52-53.
- MAGARIÑOS DE MORENTIN, Juan Angel (1986). Logic Foundations of Semiotics, en *Semiotische Berichte* 10: 141-159 (modificado, en esta edición, ps.: 30-54).
- MAGARIÑOS DE MORENTIN, Juan Angel (1990a). Esbozo de Semiótica como Metodología de Base en Ciencias Sociales (en esta edición, fragmentos de los "Fundamentos Lógicos de la Semiótica"; ps.: 61 ss), en *Revista de la SAPPESU*, Año VIII, 7-27.
- MAGARIÑOS DE MORENTIN, Juan Angel (1990b). Future Scenarios and Possible Semiotic Worlds, en *Semiotische Berichte* nº 14: 15-25.
- MAGARIÑOS DE MORENTIN, Juan Angel (1991). *El mensaje publicitario. Nuevos ensayos sobre semiótica y publicidad*. Buenos Aires: Edicial, 2ª Ed. aumentada.
- MAGARIÑOS DE MORENTIN, Juan Angel (1993a). Los Mundos Semióticos Posibles. Introducción y principio de formalización. La Plata: IICS, Universidad Nacional de La Plata.
- MAGARIÑOS DE MORENTIN, Juan Angel (1993b). El contexto de interpretación en la narrativa folklórica, en *Revista de Investigaciones Folklóricas* 8: 19-22.

- MAGARIÑOS DE MORENTIN, Juan Angel (1994a). Possible Semiotic Worlds in Social Research, ponencia al *Fifth Congress of the IASS*; University of California, Berkeley, USA, junio 12-18.
- MAGARIÑOS DE MORENTIN, Juan Angel (1994b). Hacia un concepto estricto de “Mundos Semióticos Posibles”, ponencia al *VI Congreso Internacional de la asociación Española de Semiótica*; Murcia, España, noviembre 21-24.
- MAGARIÑOS DE MORENTIN, Juan Angel (1994c). *Comentarios a “Fundamentos lógicos de la semiótica”*. La Plata: IICS, Universidad Nacional de La Plata (en esta edición, ps.: 61-144).
- MAGARIÑOS DE MORENTIN, Juan Angel (1994d). Los mundos semióticos posibles y el espacio imposible, conferencia en la *1ª Jornada “Ciudad y Utopía”*, Museo Nacional de Bellas Artes (en esta edición, ps.: 445-460).
- MAGARIÑOS DE MORENTIN, J. A. y colaboradores (1989). *Análisis semiótico del discurso político, I*. La Plata: IICS, Univ. Nac. de La Plata, (en esta edición, ps.: 400-423).
- MAGARIÑOS DE MORENTIN, J. A. y colaboradores (1991). *Esbozo semiótico para una metodología de base en Ciencias Sociales*, La Plata: IICS, Univ. Nac. de La Plata (en esta edición, ps.: 249-300).
- MAGARIÑOS DE MORENTIN, J. A. y colaboradores (1993a). *La semiótica de enunciados*. La Plata: IICS Univ. Nac. de La Plata (en esta edición, ps.: 303-395).
- MAGARIÑOS DE MORENTIN, J.A. y colaboradores (1993b). Los mundos semióticos posibles en la investigación social. La Plata: IICS, Universidad Nacional de La Plata (en esta edición, ps.: 427-443).
- MAGARIÑOS DE MORENTIN, Juan Angel y José Luis Caivano (en prensa). Spatial Semiosis in Architecture: Descriptive and Generative Analysis, en *Semiótica*; Bloomington, USA.
- MAINGUENEAU, Dominique (1980). *Introducción a los métodos de análisis del discurso*. Buenos Aires: Hachette (Hachette, 1976).
- MALMBERG, Bertil (1969). *Lingüística estructural y comunicación humana*. Madrid: Gredos (Springer Verlag, 1967).

- MANNINEN, Juha y Raino Toumela (Eds.) (1980). *Ensayos sobre explicación y comprensión*. Madrid: Alianza (Reidel, 1976).
- MARANDIN, Jean-Marie (1979). Problèmes d'analyse du discours, en *Langages* 55: 17-88.
- MARCELLESI, Jean-Baptiste (1977). A propos du marrisme, en *Langage* 46: 3-23.
- MARR, David (1982). *Vision*. New York: Freeman.
- MARR, David & Lucia Vaina (1982). Representation and recognition of the movements of shapes, en *Proceedings and Philosophical Transactions of the Royal Society* 214: 501-524.
- MARTINET, André (1968). *La lingüística sincrónica*. Madrid: Gredos (PUF, 1965).
- MARTINET, André (1972). *Elementos de lingüística general*. Madrid: Gredos (Colin, 1960).
- MARTY, Robert (1986). La semiótica de C.S. Peirce: presentación formalizada, en *Asociación Española de Semiótica; Investigaciones Semióticas I*: 339-53.
- MARTY, Claude - Robert Marty (1995). *La Semiótica. 99 respuestas*. Buenos Aires: Edicial (Réseau Académique de Montpellier, 1993).
- MATURO, Graciela (1983). *Introducción a la crítica hermenéutica*. Buenos Aires: Tekné.
- MERLEAU-PONTY, Maurice (1972). *La structure du comportement*. Paris: PUF.
- MEUNIER, Jean-Guy (1989). Artificial Intelligence and Sign Theory, en *Semiótica* 77: 43-63.
- MONTAGUE, Richard (1977). *Ensayos de filosofía formal*. Madrid: Alianza (Yale University Press, 1974).
- MOORE, George (1974). En defensa del sentido común, en Muguerza, J. (Ed.): 252-77 (Allen and Unwin, 1925).
- MORE, Thomas (1516). *De optimo republicae statu deque nova insula Utopia* (1941 "Utopía", en *Utopías del renacimiento*: 37-140, Ed. y Estudio inicial: Eugenio Imaz. México: FCE).

- MORRIS, Charles (1946). *Signs, Languages and Behavior*. New York: G. Braziller.
- MORRIS, Charles (1938/1969). Foundations of the Theory of Signs, en Neurath, O.; R. Carnap; C. Morris (Eds.): 77-137.
- MOSKVICHOV, Lev (1975). *¿El "fin de la ideología"?* Buenos Aires: Cartago.
- MOSTERIN, Jesús (1971). *Teoría axiomática de conjuntos*. Barcelona: Ariel.
- MOUNIN, Georges (1971). *Los problemas teóricos de la traducción*. Madrid: Gredos (Gallimard, 1963).
- MOUNIN, Georges (1972). *Introducción a la semiología*. Barcelona: Anagrama (Éd. de Minuit, 1970).
- MUGUERZA, Javier (Ed.) (1974). *La concepción analítica de la filosofía*, 2 vol. Madrid: Alianza.
- NAGEL, Ernst y James R. Newman (1970). *El teorema de Gödel*. Madrid: Tecnos (New York University Press, 1958)
- NEURATH, Otto; CARNAP, Rudolf; MORRIS, Charles (Eds.) (1938/1969). *Foundations of the Unity of Science*. Chicago: The University of Chicago Press.
- NEWMAN, James R. (Ed.) (1974). *La forma del pensamiento matemático*. Barcelona: Grijalbo (1956).
- ORTONY, Andrew (1980). Metaphor: A Multidimensional Problem, en Ortony, A. (Ed.). Cambridge: Cambridge University Press.
- ORTONY, Andrew (Ed.) (1980). *Metaphor and Thought*. New York: Cambridge University Press.
- PANIER, Louis (1979). Le discours d'interprétation dans le commentaire biblique, en Greimas, A. J.; E. Landowski *et al.*: 239-54.
- PAPP, Arthur (1964). *Teoría analítica del conocimiento*. Madrid: Tecnos (Springer, 1955).
- PARRET, Herman (1993). *Semiótica y pragmática. Una comparación evaluativa de marcos conceptuales*. Buenos Aires: Edicial (John Benjamins, 1983).

- PARRET, Herman (1984). *Las teorías lingüísticas y sus ideologías esenciales*. Buenos Aires: UBA.
- PARRET, Herman (Ed.) (1994). *Peirce and Value Theory. On Peircean Ethics and Aesthetics*. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins.
- PARTEE, Barbara H. (1989). Possible Worlds in Model-Theoretic Semantics: A Linguistic Perspective, en Allén, S. (Ed.): 93-123.
- PÊCHEUX, Michel (1969). *Analyse automatique du discours*. Paris: Dunod.
- PÊCHEUX, Michel (1975). *Les vérités de La Palice*. Paris: Maspéro.
- PEIRCE, Charles S. (1931/1965). *Collected Papers*. Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press.
- PETITOT-COCORDA, Jean (1988). Identidad y catástrofes (topología de la diferencia), en Lévi-Strauss, Claude (dir.): 119-73.
- PETITOT-COCORDA, Jean (1989). Hypothèse localiste, modèles morphodynamiques et théories cognitives: Remarques sur une note de 1975, en *Semiotica* 77: 65-119.
- PIATELLI-PALMARINI, Massimo (1979). *Théories du langage. Théories de l'apprentissage. Le débat entre Jean Piaget et Noam Chomsky*. Paris: Éd. du Seuil.
- PICÓ, Josep (Ed.) (1988). *Modernidad y postmodernidad*. Madrid: Alianza.
- PLANTINGA, Alvin (1987). "Epistemic Justification", en *Noûs* 21: 3-18
- PODETTI, Mariana; QUES, María E. y SAGOL, Cecilia (1988). El lugar de la democracia en el discurso del peronismo renovador, en *Crítica & Utopía* 16; 49-61.
- POPPER, Karl R. (1977). *La lógica de la investigación científica*. Madrid: Tecnos (Hutchinson, 1958; 1ª ed. alemana: 1934).
- PRIETO, Luis J. (1967). *Mensajes y señales*. Barcelona: Seix Barral.
- PRIOR, Arthur N. (1957). *Formal Logic*. Oxford: Clarendon Press.
- PRIOR, Arthur N. (1967). *Past, Present and Future*. Oxford: Clarendon Press.
- PUTNAM, Hilary (1965). Trial and error predicates and the solution of a problem of Mostowski, en *Journal of Symbolic Logic* 20: 49-57.

- PUTNAM, Hilary (1988). *Razón, verdad e historia*. Madrid: Tecnos Cambridge University Press, 1981).
- QUINE, Willard van Orman (1962). *Los métodos de la lógica*. Barcelona: Ariel (H. Holt, 1956).
- RASTIER, Francois (1987). Présentation, en *Langages* 87: 5-19; y Représentation du contenu lexical et formalismes de l'intelligence artificielle, en *ibid.*: 79-102.
- RASTIER, François (1991). *Sémantique et recherches cognitives*. Paris: PUF.
- RÉCANATI, François (1981). *La transparencia y la enunciación*. Buenos Aires: Hachette (Éd. du Seuil, 1979).
- REICHENBACH, Hans (1938). *Experience and Prediction*. Chicago: University of Chicago Press.
- RICŒUR, Paul (1967). Estructura y hermenéutica, en Barco, O. del (Ed.): 115-44.
- RICŒUR, Paul (1977). *La metáfora viva*. Buenos Aires: Megalópolis.
- ROBINS, Robert H. (1974). *Breve historia de la lingüística*. Madrid: Paraninfo (Longman, 1967).
- ROJO, Roberto (Comp.) (1993). *Los mundos posibles. Ensayos sobre la utopía*. Tucumán: Secretaría de post-grado, UNT.
- ROSCH, Eleanor (1973). Natural Categories, en *Cognitive Psychology* 4: 328-350.
- ROSCH, Eleanor & Barbara Lloyd (1978). *Cognition and Categorization*. Hillsdale: Erlbaum.
- ROSSI-LANDI, Ferruccio (1979). *Semiotica e Ideologia*. Milano: Bompiani.
- ROSSI-LANDI, Ferruccio (1985). *Metodica Filosofica e Scienza dei Segni*. Milano: Bompiani.
- RUSSELL, Bertrand (1966). Sobre la denotación (1905), en *Lógica y conocimiento*. Madrid: Taurus; 53-74.
- RUTHROF, Horst (1995). "Meaning: An intersemiotic perspective", en *Semiótica* 104: 23-43.

- SACRISTÁN, Manuel (1973). *Introducción a la lógica y al análisis formal*. Barcelona: Ariel.
- SALLANTIN, Jean (1986). Logiques et comportements des systèmes rationnels, en Le Moigne, J.-L. (Ed.): 117-37.
- SAUSSURE, Ferdinand de (1972). *Cours de linguistique générale*. Paris: Payot (1915).
- SCHAFF, Adam (1966). *Introducción a la semántica*. México: FCE (Pergamon Press, 1962).
- SCHAFF, Adam (1970). Specific Features of the Verbal Sign, en Greimas, A. J.; R. Jakobson; *et al.* (Eds.): 113-123.
- SCHUSTER, Félix Gustavo (1982). *Explicación y predicción. La validez del conocimiento en ciencias sociales*. Buenos Aires: CLACSO.
- SEARLE, John (1980). *Actos de habla*. Madrid: Cátedra (1969).
- SEBEOK, Thomas A. (1970). Zoosemiotics: an approach to the study of animal communication, en Greimas, A. J.; R. Jakobson *et al.* (Eds.): 311-318.
- SEBEOK, Thomas A. (1972). *Perspectives on Zoosemiotics*. The Hague: Mouton.
- SEBEOK, Thomas A. (1975). Iconicity, en *Modern Language Notes* 91/6:1427-1456.
- SEBEOK, Thomas A. (1976). *Contributions to the Doctrine of Signs*. Bloomington: Indiana University Press.
- SEBEOK, Thomas A. (1978). *Considerazioni sulla semiosi*. Urbino: Centro Internazionale di Semiotica e di Linguistica.
- SEBEOK, Thomas A. (1991). *A Sign is Just a Sign*. Bloomington: Indiana University Press.
- SEBEOK, Thomas A. & Jean Umiker-Sebeok (1979). "You know my method": A juxtaposition of Charles S. Peirce and Sherlock Holmes, en *Semiotica* 26: 203-250.
- SEMIOTICA (1989) Volume 77-1/3 (Special Issue). *Semiotics, Cognition, and Artificial Intelligence*.
- SHAPER, Duley (1979). Las teorías científicas y sus dominios, en Suppe, F. (Ed.): 570-618.

- SIGAL, Silvia y Eliseo Verón (1986). *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Legasa.
- SIGURET, Françoise (1981). Jean-François Niceron: le dess(e)in politique, en *Communications* 34: 25-40.
- STAROBINSKI, Jean (1982). *Le parole sotto le parole. Gli anagrammi di Ferdinand de Saussure*. Genova: Il Melangolo (Gallimard, 1971).
- STENNING, Keith and Jon Oberlandes (1995). A Cognitive Theory of Graphical and Linguistic Reasoning: Logic and Implementation, en *Cognitive Science*, 19 nº 1: 97-140.
- STOCKINGER, P. (1989). A conceptual theory of state changes, en *Semiotica* 77: 137-150.
- STURTEVANT, E. (1947). *An Introduction to linguistic science*. New Haven: Yale University Press.
- SUMPF, Joseph (1988). *¿Para qué puede servir el análisis del discurso?* La Plata: IICS, Traducciones (1979).
- SUPPE, Frederick (1979). En búsqueda de una comprensión filosófica de las teorías científicas, en Suppe, F. (Ed.): 13-266.
- SUPPE, Frederick (Ed.) (1979). *La estructura de las teorías científicas*. Madrid: Ed. Nacional (University of Illinois Press, 1974).
- SUPPES, Patrick (1979). La estructura de las teorías y el análisis de los datos, en Suppe, F. (Ed.): 305-323.
- TARSKI, Alfred (1956). *Logic, Semantics, Metamathematics. Papers from 1923 to 1938*. Oxford: Clarendon Press.
- TESNIÈRE, Lucien (1959/1982). *Éléments de Syntaxe Structurale*, Paris: Klincksieck.
- THOM, René (1980a). *Modèles mathématiques de la morphogénese*. Paris: Bourgeois.
- THAGARD, Paul (1993). *Computational Philosophy of Science*. Cambridge: The MIT Press.
- THOM, René (1980b). L'espace et les signes, en *Semiotica* 29: 193-204.
- THOM, René (1983). Structures cycliques en sémiotique, en *Actes Sémiotiques V*, 47-48: 38-58.

- THOM, René (1988) *Esquisse d'une sémiophysique*. Paris: Inter Édition.
- THOMASON, Richmond H. (1977). Introducción, en Montague, Richard: 9-77.
- TOULMIN, Stephen (1979). Postscriptum: la estructura de las teorías científicas, en Suppe, F. (Ed.): 656-671.
- UEXKÜLL, Jakob von (1957). *Niegeschaute Welten*. München: Paul List.
- VAINA, Lucia (1977). Introduction: les "mondes possibles" du texte, en *Versus* 17/1: 3-11.
- VAINA, Lucia (1980). Fuzzy sets in the semiotic of text, en *Semiotica* 31: 261-272.
- VERÓN, Eliseo; ARFUCH, Leonor *et al.* (1987). *El discurso político. Lenguajes y conocimiento*. Buenos Aires: Hachette.
- VERSUS 17/1 (1977): *Théorie des mondes possibles et sémiotique textuelle*.
- VOLOSHINOV, Valentín Nicolaievich (1976). *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*. Buenos Aires: Nueva Visión (Seminar Press, 1973; Leningrado, 1930).
- VOLPE, Galvano della (1966). *Crítica del Gusto*, Barcelona: Seix Barral (Feltrinelli, 1963).
- WALLIS, Mieczyslaw (1970). The history of art as the history of semantic structures, en Greimas, A. J.; R. Jakobson *et al.*: 524-535.
- WARTOFSKY, Marx W. (1969). Metaphysics as heuristic for science, en Cohen, R. S. and M. W. Wartofsky (Eds.). Dordrecht: Reidel; 123-172.
- WATANABE, Satosi (1970). *Knowing and Guessing*. New York: John Wiley and Sons.
- WELLMER, Albrecht (1988). La dialéctica de la modernidad y postmodernidad, en Picó, J. (Ed.): 103-140 (Basil Blackwell, 1958).
- WITTGENSTEIN, Ludwig (1953). *Philosophische Untersuchungen-Philosophical Investigations*. New York: The Macmillan C.
- WITTGENSTEIN, Ludwig (1968). *Los cuadernos azul y marrón*. Madrid: Tecnos (Basil Blackwell & Mott, 1957).

- WITTGENSTEIN, Ludwig (1973). *Tractatus Logico-Philosophicus*. Madrid: Alianza (Routledge & Kegan Paul, 1922; Annalen der Naturphilosophie, 1921).
- WITTGENSTEIN, Ludwig (1992). *Gramática Filosófica*. México: UNAM (Basil Blackwell & Mott, 1969).
- WRIGHT, Georg Henrik von (1970a). *Ensayo de lógica modal*. Buenos Aires: Santiago Rueda (North-Holland, 1951).
- WRIGHT, Georg Henrik von (1970b). *Norma y acción. Una investigación lógica*. Madrid: Tecnos (Routledge & Kegan Paul, 1963).
- ZAWADOWSKI, Leon (1970). A classification of Signs, en Greimas, A. J.; R. Jakobson *et al.* (Eds.). The Hague: Mouton; 29-49.
- ZELENY, Jindrich (1982). *Dialéctica y conocimiento*. Madrid: Cátedra (Filosoficky casopis, 1974).
- ZIMA, Peter V. (1989). Parataxis und Dekonstruktion. Von Adorno zu Derrida, en *Semiotische Berichte* 13: 4-17.